La Jungla

Upton Sinclair

© Upton Sinclair
Agosto 2016

Cuidado de la edición: Ezra Alcázar y Alicia Rodríguez.
Traducción: José Ramón Calvo y Óscar de Pablo.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.
Ilustración de portada cortesía de: Mauricio López V.

INTRODUCCIÓN A ESTA EDICIÓN

Cuando la Brigada Para Leer en Libertad A.C. me pidió que revisara y actualizara modismos de una edición de 1936 de *La jungla* de Upton Sinclair para que fuera publicada, nunca imaginé la investigación literaria en la que me estaba metiendo. El libro que Paco Ignacio Taibo II me dio para llevar a cabo la revisión había sido editado y traducido por Vicente Vera en Argentina en 1936, y me pareció, desde el principio, una traducción espantosa —baste mencionar que el título era *Los envenenadores de Chicago*". Pero mayor fue mi disgusto cuando descubrí, al compararla con la edición en inglés que bajé de la página del proyecto Gutenberg, que la edición argentina tenía sólo veinte capítulos y omitía casi la tercera parte de la novela.

La jungla fue originalmente publicada en 1905 en el periódico *Appeal to Reason* (Llamado a la razón) en 36 entregas, del 25 de febrero al 4 de noviembre.

En esos años, ese semanario era la publicación periódica con la tirada más alta en el mundo (cerca de 500 mil ejemplares) y era blanco de persecución y espionaje por parte de las autoridades políticas de Estados Unidos.

Seguí investigando y descubrí que en el 2006, para conmemorar los cien años de la novela, una pequeña editorial de Estados Unidos había publicado una edición "no censurada" de *La jungla*, que comprendía 36 capítulos y una conclusión, lo que sugería que se habían ceñido a su publicación original en el periódico. Conseguí varias ediciones más; una de Penguin Modern Classics de 1962 y otra editada en español por Capitán Swing en 2011 y me puse a compararlas. Luego leí la autobiografía de Sinclair publicada en 1962, y puse particular atención a lo que decía sobre publicación de *La Jungla*; y esto es lo que encontré:

En octubre de 1904, Fred D. Warren, el editor de *Llamado a la razón* pagó 500 dólares a Sinclair como avance para que escri-

biera una novela sobre los 20 mil trabajadores de los mataderos de Chicago cuya huelga había sido rota con gran violencia en marzo de ese año. Sinclair pasa entonces siete semanas viviendo con ellos, escuchando sus historias, y luego escribe la novela rápidamente en los siguientes tres meses. Como estaba decidido a publicarla, pide a sus lectores, apenas dos semanas después de concluida la publicación por entregas en el periódico, que subsidien una edición pagando copias del libro por adelantado. Sinclair recibe más de cuatro mil dólares de sus lectores —más dinero del que había hecho hasta entonces— y procede a revisar el texto para su edición. Al mismo tiempo, la editorial *Double day* le hace una oferta para editar la novela, permitiendo que envíe su edición de autor a los lectores que ya habían pagado $1.20 dólares por ella. Ambas salen al mercado y se imprimen con las mismas galeras que preparó.

Sinclair siempre conservó los derechos de *La jungla* y la reeditó múltiples veces, siguiendo siempre el texto de su primera edición de autor, lo que parece descalificar la pomposa declaración de que exista una edición sin censura de la novela.

Según el profesor Phelps de la Universidad de Ohio, es mejor entender el texto de 1905 no como una versión pura y auténtica, sino como un borrador desigual escrito con prisa y en muy poco tiempo. No existe evidencia para decir que las correcciones de la edición de 1906 fueron hechas bajo presión, y por lo tanto, que no respondan a los criterios estéticos de Sinclair. A ojos de Phelps —y a los míos— el resultado es un texto más conciso, que no diluye un ápice la ética política de la novela y que elimina el tedioso didactismo de buena parte de su primera redacción. A pesar de esto, muchos críticos literarios siguen creyendo que a *La jungla* le sobran largos tramos.

Pero el misterio que descubrí no termina ahí. En mi revisión encontré otro hecho sorprendente: los nombres de varios de los políticos mencionados en la novela no coinciden en las traducciones, y los mataderos Brown de la versión inglesa se convertían en los mataderos Smith en la traducción al español. De igual manera, el temido irlandés Mike Scully, que controla al sindicato

blanco de los mataderos, transmuta su nombre al de Pat Cassidy y la fábrica de abonos de Anderson se convierte en la fábrica Durham. Ya consciente de esas variaciones, seguí descubriendo otras insignificantes, como la del cambio del nombre del camarada Tommy Hinds por Billy Hinds. Por supuesto, al tratarse de una novela basada en una larga investigación periodística, estos cambios se me antojaron injustificables.

Hice entonces una revisión de la historia de Chicago en esa época y rápidamente descubrí que los mataderos en 1905 estaban controlados por cuatro grandes empresas "The big four": la Armour, la Swift, la Morris, y la National Packing companies, y que el nombre más oscuro de los cuatro era el de Phillip Armour, que controlaba por sí solo más del 40% de toda la carne que se comía en Estados Unidos. En la novela de Sinclair, estas cuatro grandes empacadoras, son sólo tres: Durham, Brown y Jones, y en la traducción al español cambian a Anderson, Smith y Morton, que se parecen más a los nombres reales de Armour, Swift y Morris.

Leí decenas de textos en la red detallando la polémica de las diferentes ediciones, pero ninguna mencionaba cambios en los nombres de los políticos y empresarios. ¿Qué hay entonces detrás de esos cambios? ¿Se estaba Sinclair cubriendo contra posibles demandas? ¿Por qué no coinciden los nombres de las traducciones al español con los nombres de la edición en inglés? ¿Por qué Sinclair no usó los nombres reales de los patrones?

Es sorprendente que no exista una edición definitiva de *La jungla* que marque los pasajes eliminados o alterados y que explique de manera ponderada los cambios. Pero ésa es la situación actual. Tampoco encontré una edición en español que siga a la edición de 31 capítulos de 1906; y eso es lo el lector tiene en las manos en este momento.

Al igual que *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stow, *La jungla* es un libro que demuestra el poder de la ficción para mover a todo un país: provocó la aprobación de dos leyes en el congreso (la ley de inspección de carnes de 1906) y la creación de agencias fede-

rales para supervisar más estrechamente las prácticas de los mataderos. Es, sin duda, un libro importante, y su retrato de la industria como una jungla donde la única ley es la de la supervivencia de los más aptos la mantiene tan relevante como hace cien años. Jack London escribió en 1906: "*La jungla* puede hacer para los esclavos asalariados de hoy lo que *La cabaña del tío Tom* hizo por los esclavos negros del siglo pasado".

Hoy, esa posibilidad, sigue viva.

José Ramón Calvo
lnvierno 2015

CAPÍTULO 1

Eran las cuatro cuando, acabada la ceremonia, se pusieron en marcha los carruajes. La gente los siguió todo el camino, atraída por las ocurrencias de Marija Berczynskas, cuyos robustos hombros sostenían todo el peso de la boda. Ella era quien se encargaba de que todo se verificase con el orden más perfecto y según las más puras tradiciones del país natal. Obligada a estar en todas partes al mismo tiempo, regañando a uno, exhortando a otro, haciendo resonar continuamente su formidable voz, bastante ocupada estaba la buena mujer vigilando la conducta de todos como para ocuparse de la suya propia.

Había sido la última en salir de la iglesia y quería ser la primera en llegar a la sala del banquete, de modo que ordenó al cochero que fuera más aprisa; pero como éste insistía en hacer las cosas a su manera, Marija abrió bruscamente la portezuela y sacó el cuerpo para hacerle saber la opinión que tenía de su persona. Al principio, el hombre no comprendió, pues ella se expresaba en lituano, por lo cual se vio obligada a repetir el discurso en polaco. Entonces el cochero comprendió y replicó, lo que resultó en un furioso aletercado entre viajera y conductor, que duró todo el recorrido de la avenida Ashland, y que atrajo sobre el cortejo, de ambos lados de la calle, un enjambre de mirones.

La cosa era molesta, pues ya había mucha gente parada ante la puerta. Los músicos habían comenzado a tocar y en todo el barrio vibraban, a cuál más fuerte, el pesado runrún de un violoncelo y los chirridos de dos violines que competían produciendo intrincados y altísimos sonidos.

Cuando Marija vio a tanta gente agolpada, cortó en el acto la discusión sobre los antepasados del cochero, saltó del coche sin

aguardar a que se detuviera, se precipitó entre los curiosos y se abrió paso hasta el salón. Inmediatamente volvió sobre sus pasos para echar a la gente, gritando *¡Eik! ¡Eik! ¡Uzdaryk-duris!* con voz tan poderosa, que el rugido de la orquesta parecía, en comparación, una canción de cuna.

"Z. Graiczunas, Pasilinsksminimams darzas. Vynas Sznapsas. Vinos y licores. Cuartel General del Sindicato" se leía en el letrero. Tal vez interese al lector, seguramente lego en la lengua de la remota Lituania, saber que el sitio en el que Marija acababa de entrar era el reservado de un bar al que llaman *Back of the yards*. Esta descripción es exacta y conforme a la realidad de las cosas; aunque le resultará lamentablemente insuficiente a quien sepa que en ese mismo instante iba a alcanzar el supremo éxtasis de la vida una de las más graciosas criaturas de Dios; en aquel lugar se celebraba la boda de la pequeña Ona Lukoszis, a quien la dicha transfiguraba.

Daba pena ver a la feliz recién casada de pie, junto al umbral, acompañada de la prima Marija, a quien el esfuerzo de alejar a los curiosos había dejado sin aliento. Sus ojos brillaban, temblaban sus párpados; su carita, paliducha de ordinario, brillaba de rubor. Vestía un traje de muselina, de un blanco chillón, y su tocado consistía en un velo que le llegaba hasta los hombros, con cinco rosas y once hojas de rosal hechas de papel, atadas por pecíolos de alambre. Llevaba puestos guantes blancos de algodón completamente nuevos y su fisonomía expresaba el sufrimiento, y su cuerpecito temblaba de emoción. ¡Era tan joven...! Tenía apenas dieciséis años y estaba poco desarrollada para su edad. Se hubiera dicho que era una niña, y, sin embargo, ahí estaba, recién casada y con un hombre como Jurgis Rudkus, el de los hombros formidables y las manos de coloso, que estaba allí luciendo una flor blanca en el ojal de su traje nuevo.

Ona era rubia, de ojos azules, en tanto que Jurgis tenía grandes ojos negros, que brillaban bajo pobladas cejas, y una espesa cabellera negra que se rizaba sobre las orejas. En una palabra, formaban una pareja inverosímilmente desigual. Jurgis era hombre capaz de cargar hombros él solo un cuarto de buey de doscientas cincuen-

ta libras y llevarlo al camión sin vacilar, y quizá incluso sin preocuparse. En este momento, sin embargo, parecía asustado, como un corderillo perseguido, y se había colocado en el rincón más obscuro del salón. Cada vez que tenía que contestar a alguna felicitación, necesitaba pasarse la lengua por los labios resecos.

Poco a poco comenzó a establecerse entre los espectadores y los invitados una línea de demarcación, casi suficiente para diferenciarlos. Sin embargo, durante toda la fiesta, los grupos de curiosos no cesaron de apretujarse contra las puertas y las ventanas, y cuando alguno de ellos se aproximaba lo bastante o ponía cara de hambre, se le ofrecía una silla y se le invitaba a pasar.

Una de las leyes de la *veselija* es que nadie debe quedarse con hambre. Esa regla, creada para los bosques de Lituania, es mucho más difícil de cumplir en un distrito como el de *Stock-Yards*, poblado por doscientos cincuenta mil habitantes; pero se hacía lo posible, y los muchachos, y hasta los perros que encontraban medio de entrar, salían más contentos.

Una conmovedora falta de ceremonia caracterizaba esta fiesta. Los hombres estaban cubiertos, a menos que prefirieran quitarse los sombreros y los abrigos por comodidad. Cada cual se sentaba donde le venía en gana para comer lo que quisiera cuando le pareciera conveniente. También se levantaban cuando les daba la gana. Se pronunciaron discursos, se cantó; pero nadie estaba obligado a cantar ni a hablar, ni siquiera a escuchar.

La cacofonía resultante no molestaba a nadie, salvo, quizá, a los numerosos bebés, porque toda la progenie de los concurrentes estaba allí y no había sido uno de los preparativos menos importantes de la fiesta el de alojar en un rincón de la sala las carriolas y las cunitas colocadas sobre sillas, en las cuales dormían o se despertaban al mismo tiempo, según el momento, tres o cuatro infantes. Los mayorcitos, los que podían llegar a la mesa, vagaban de un lado a otro, royendo con profunda satisfacción un hueso de costilla o un trozo de salchicha.

La sala mide un centenar de metros cuadrados; las paredes, blanqueadas con cal, lucen, por todo adorno, un calendario, el retrato de un caballo de carreras y un árbol genealógico con orla de oro. A la derecha se abre una puerta que da al bar y deja ver tres o cuatro vagabundos que lanzan una mirada de deseo del lado del mostrador, en donde reina el genio de aquel sitio, con su americana blanca y sucia, su bigote negro con gomina y sus persianas sobre la sien. A la izquierda, dos largas mesas ocupan una tercera parte de la sala; están cargadas de entremeses y de carnes fiambres que los convidados más hambrientos ya han comenzado a consumir. Cerca del alto asiento donde está la novia, se eleva, entre el brillo de una profusión de bombones rojos, amarillos y verdes, blanco como la nieve, el pastel de boda, coronado por una torre Eiffel decorativa, rosas de azúcar y un par de ángeles. En el fondo, la puerta entreabierta de la cocina permite adivinar, entre una nube de vapor, mujeres atareadas, jóvenes y viejas, que van y vienen alrededor de un gran horno. Por último, el rincón de la izquierda está reservado a una orquesta de tres músicos que, sobre un pequeño estrado, se esfuerzan heroicamente en dominar el tumulto. Cerca de ellos están los bebés, que gritan con la misma intención; y, más lejos, una ventana abierta deja ver una multitud de curiosos atraídos por el espectáculo, el ruido y el olor de los alimentos.

De pronto, una parte de la nube de vapor sale de la cocina y avanza al mismo tiempo que la madrastra de Ona, la tía lsabel —o, mejor dicho, *Teta Elzbieta*—, que lleva una fuente de guisado de pato. La sigue Kotrina, una de las innumerables hermanastras que marcha a pasos contados, y medio minuto después aparece la vieja abuela Majauszkis, llevando una enorme fuente amarilla, casi tan grande como ella, rebosando de papas humeantes.

Poco a poco va tomando forma la comida. Ya está el jamón y el plato de col, el arroz cocido, los macarrones, las salchichas de Bolonia, los altos montones de pastelillos de a diez céntimos la pieza; los cántaros de leche, los vasos de espumosa cerveza, y además, a dos pasos, la barra del bar, donde se puede, sin pagar, pedir lo que se quiera.

¡Eikz! ¡Graicziru!, grita Marija Berczynskas y, tenedor en mano, comienza a comer, pues aún hay muchas cosas en la cocina y se perderán si no se comen.

Entonces, con grandes carcajadas, exclamaciones y bromas de toda especie, toman asiento los invitados. Los jóvenes, que en su mayor parte se habían mantenido adosados a la pared, junto a la puerta, se arman de valor y avanzan. Los viejos van en busca de Jurgis, le sacuden y le empujan hasta que se decide a sentarse a la derecha de su esposa. Las dos damas de honor, que llevan guirnaldas de papel como atributo de sus funciones, se instalan al lado de los esposos, y después de ellas, el resto de los asistentes, jóvenes y viejos, muchachos y muchachas. La solemnidad del acto decide al majestuoso dueño del bar a aceptar con condescendencia un plato de guisado: hasta el grueso polizonte —cuya misión, por esa noche, es impedir las probables riñas— acerca una silla y se sienta en lo más apartado de la mesa. Los niños gritan, los bebés lloran, los grandes ríen, cantan y charlan, y la prima Marija, cuya voz estentórea logra dominar aquel ruido ensordecedor, da una orden a los músicos.

Los músicos... ¿cómo describirlos? No han cesado un instante de tocar con frenesí. Toda esta escena debe ser leída, dicha o cantada con música. La música es el alma de la fiesta, es la que le da su verdadero carácter y metamorfosea aquella trastienda de bar en un rincón del paraíso.

El hombrecillo que dirige el terceto es un ser inspirado. Su violín está desafinado y su arco está huérfano de colofonia, pero él está inspirado. La Musa le ha tocado la frente con la mano. Toca como si estuviera poseído por algún demonio, por toda una horda de diablos, cuyas cabriolas invisibles se adivinan en la atmósfera, llevando el compás; los cabellos del violinista se le erizan, y los ojos se le salen de las órbitas mientras se esfuerza en conjurar a las potencias infernales.

El director de la orquesta, que ha aprendido a tocar el violín por sí solo, practicado noches enteras, después de haber trabajado todo el día en los mataderos, responde al nombre de Tamoszius

Kuszleika. Es de poca estatura y está en mangas de camisa, con un chaleco sembrado de herraduras doradas; esto y sus mangas a rayas de color rosa, produce la impresión de un chocolate envuelto. Su pantalón de uniforme azul pálido, adornado de bandas amarillas y al menos ocho pulgadas más corto de lo justo, revela su autoridad de jefe de la música. Uno se pregunta de dónde habrá sacado semejante pantalón, o mejor dicho, uno se lo preguntaría si el trance que provoca su presencia permitiera fijarse en detalles como ése. Pateando con ambos pies, moviendo vertiginosamente la cabeza, agitándose en todos sentidos o balanceándose con el rostro congestionado, produce un efecto cómico irresistible. Cuando ejecuta algún aire especialmente impetuoso, se le fruncen las cejas, le tiemblan los labios, los párpados se le abren y se le cierran con rapidez y hasta se le erizan las puntas de la corbata. A cada instante se vuelve hacia sus compañeros, les dirige furiosas miradas, les hace señas con la cabeza, gestos desesperados, y con toda su persona llama a las musas a socorrerlos.

Y es que sus dos compañeros de orquesta no son dignos de Tamoszius. El segundo violín es un eslovaco, alto y desgarbado, con los ojos parapetados tras unos lentes de armadura negra, aire pacífico y resignado, con la traza de un mulo viejo y demasiado cargado que apenas logra andar a pesar del látigo y que, una vez pasado el dolor del golpe, vuelve a su calma habitual. El tercer ejecutante, muy grueso, está adornado con una nariz de un rojo sentimental y mira constantemente al cielo con aspecto apasionado. Lleva el acompañamiento con su violoncelo, de suerte que no toma parte en el entusiasmo y el ardor de los violines. Que estos hagan lo que quieran con sus notas agudas, la misión que le está encomendada a él es la de rascar, a intervalos regulares, una larga y lúgubre nota, siempre la misma, desde las cuatro de la tarde hasta la misma hora de la siguiente madrugada, para ganar la tercera parte del estipendio convenido para la música: un dólar por hora.

Apenas cinco minutos después de comenzado el festín, Tamoszius Kuszleika, arrebatado por el entusiasmo, se pone en pie.

Un instante después deja su puesto, agitado y con las narinas dilatadas. Sus demonios le conducen. Con la mirada y con el gesto llama a sus compañeros, golpea con el violín a su segundo hasta que éste se levanta. Por último, los tres comienzan a avanzar paso a paso hacia los comensales haciendo resonar *Valentynaicza* sobre el pavimento con los golpes sordos de su violoncelo. Por fin se reúnen los tres al extremo de las mesas, y entonces Tamoszius se encarama sobre un alto taburete.

Hele ahí en el apogeo de su gloria, dominando la escena. Algunos de los invitados están comiendo; otros ríen y charlan; pero ¡cómo se engañaría quien creyera que uno solo dejaría de oírle! Nunca toca afinado; su violín cerdea en las notas bajas y rechina en los tonos altos; pero todo esto les es tan indiferente como la suciedad y el ruido que les rodean. ¿No es en medio de esta suciedad y de este ruido por donde ha de trascurrir toda su vida? De algún modo deben arreglárselas para expresar sus sentimientos y, ya estruendosa y alegre, ya lúgubre y quejumbrosa o apasionada y rebelde, aquella música habla a su alma, porque es la de su lejano país. Esa música les tiende los brazos y no tienen más que entregarse a ella. Chicago, sus bares y sus tugurios, desaparecen; los congregados sólo ven praderas verdes, soleadas riberas, inmensos bosques y colinas vestidas de nieve. Contemplan los paisajes del país natal y reviven en su alma las escenas de su infancia. Los antiguos amores y las viejas amistades comienzan a despertar, y las pasadas alegrías y las pasadas penas a reír y a llorar en sus almas.

Unos se recuestan sobre el respaldo de su silla y cierran los ojos; otros llevan el compás sobre la mesa. De vez en cuando, uno de ellos salta dando un grito y pidiendo que se toque tal o cual canción; entonces brota aún más brillante el fuego sagrado en los ojos de Tamoszius, que levanta bruscamente su violín, hace un llamado a sus colegas, y los lanza en una carrera loca y desenfrenada. Todo el mundo canta los coros; hombres y mujeres gritan como endemoniados. Algunos se levantan bruscamente dando patadas sobre el suelo, levantan los vasos y brindan. De pronto se le ocurre a alguno

pedir una antigua canción nupcial que celebre la belleza de la casada y los goces del amor. Excitado por aquella obra maestra, Tamoszius Kuszleika comienza a deslizarse entre las dos mesas y a abrirse camino hacia la recién casada, que está sentada a la cabecera. Entre las sillas de los invitados hay muy poco espacio, y Tamoszius es tan pequeño, que les clava el arco en el cuerpo cada vez que extiende el brazo para las notas bajas. Sin embargo, sigue avanzando inexorable con sus compañeros, a los que obliga a seguirle. Inútil es decir que, durante su marcha, los sonidos del violoncelo sólo se oyen muy débilmente. Por fin, reunidos los tres en la parte superior de la mesa. Tamoszius se coloca a la derecha de la casada y vierte su alma entera en melodiosos sonidos.

La pequeña Ona está demasiado nerviosa para comer. De vez en cuando prueba alguna cosa cuando la prima Marija le pellizca el codo para llamarla a la realidad, pero la mayor parte del tiempo permanece inmóvil con los grandes ojos abiertos y llenos de asustado asombro. La joven está toda temblorosa, como un colibrí, y sus hermanas, impresionadas también, corren constantemente a su lado y le hablan al oído con gran atención; pero ella que apenas parece oírlas; la música la atrae, su mirada se ausenta y con ambas manos se oprime el corazón. Después las lágrimas comienzan a llenarle los ojos y, como se avergüenza de secárselas, y de dejarlas correr por sus mejillas, se vuelve, sacude un poco la cabeza y luego se ruboriza intensamente al advertir que Jurgis la mira.

Cuando Tamoszius Kuszleika llega por fin a su lado y le agita su varita mágica por encima de la cabeza, las mejillas de Ona se tornan escarlata y parece como si quisiera levantarse y huir.

En este momento crítico se salva, gracias a Marija Berezynskas, a quien las musas inspiran repentinamente. A Marija le gusta mucho una canción de enamorados que se separan; expresa el deseo de oírla y, como los músicos no se la saben, se levanta ella y comienza a enseñárselas.

Marija es pequeña pero robusta. Trabaja en una fábrica de cajas de conservas, y toda la jornada maneja cajas de carne que pesan

catorce libras. Tiene el ancho rostro eslavo, con mejillas rojas y prominentes. Cuando abre la boca, su expresión es trágica, pero sugiere en el acto la idea de un caballo. Viste un corpiño de franela azul, cuyas mangas, entonces arremangadas, dejan ver sus musculosos brazos. Tiene en la mano un tenedor de trinchar, con el que marca el compás sobre la mesa. Mientras ruge su canción con una voz que llena los ámbitos más apartados de la sala, los tres músicos la acompañan laboriosamente nota por nota; pero siempre con una nota de retraso. Penosamente cuentan, estrofa tras estrofa, los lamentos de un pastor enfermo del mal de amores.

¡Sudiev' kvietkeli, tu brangiausis
Sudiev' ir laime, man biednam
Matau paskrye teip Aukszciausis
Jog vargt ant svieto reik vienam!

Cuando la canción termina, llega el momento de los discursos, y el viejo Diedas Antanas se levanta. El abuelo Antonio, padre de Jurgis, no tiene más de sesenta años, pero se le supondrían ochenta. Sólo hace seis meses que está en América y el cambio de aires no le ha sentado bien. Cuando era joven trabajaba en una fábrica de algodones, pero la tos crónica que contrajo le obligó a dejar aquel empleo. Se fue a vivir al campo y la tos desapareció, pero desde su llegada a Chicago trabaja en la fábrica de encurtidos de Durham, y el respirar todo el día aire húmedo y frío le ha producido una recaída. En el momento de levantarse le acomete un acceso y tiene que apoyarse en la silla y volver el rostro pálido y arrugado hasta que pasa el ataque.

Generalmente en los *veselijas* se acostumbra pronunciar un discurso de memoria; pero en su juventud Diedas Antanas era un sabio, hasta el punto de que redactaba todas las cartas amorosas de sus amigos. Ahora se sabe que ha compuesto un discurso inédito de felicitaciones y bendiciones, y ése es uno de los grandes acontecimientos del día. Hasta los muchachos que corren alrededor de la

sala se acercan y escuchan, y algunas mujeres sollozan y se secan los ojos con sus delantales. El momento es muy solemne, porque Antanas Rudkus tiene la idea de que no le queda mucho tiempo para estar con sus hijos. Su discurso los entristece a todos de tal modo que uno de los invitados, Jokubas Szedvilas, que tiene una tienda de embutidos en Halsted Street, y que es muy gordo y muy alegre, cree que debe levantarse para decir que las cosas no siempre son tan tristes y pronuncia un discursito a su manera. Se extiende en felicitaciones y en augurios de dicha para los recién casados, y entra en detalles que regocijan grandemente a los jóvenes, pero que ruborizan a Ona más intensamente que nunca. Jokubas posee lo que su esposa llama cariñosamente una *poetiezka vaindintuve,* una imaginación poética.

Ya un gran número de invitados ha acabado de comer; y como no hay para que perderse en formalidades, los comensales comienzan a separarse. Algunos hombres se reúnen junto al mostrador; otros se pasean cantando y riendo; aquí y allá, un grupo pequeño canta alegremente, con sublime indiferencia por los demás, lo mismo que por la orquesta. Todos están más o menos aburridos; se adivina que esperan algo. Es verdad; porque apenas terminan de comer los últimos, las mesas y los aprestos del festín son arrinconados y se apartan las sillas y los muchachos: entonces comienza la verdadera *soirée.*

Después de refrescarse con un vaso de cerveza, Tamoszius Kuszleika vuelve a su estrado y de pie vigila la escena. Da golpes autoritarios sobre los costados de su violín, se lo coloca cuidadosamente bajo la barbilla, agita el arco con gesto elegante y por último hace vibrar las sonoras cuerdas. Entonces cierra los ojos y deja volar su espíritu en alas de un vals soñador, la *Valentinavyczia*. Su compañero le sigue, pero con los ojos abiertos, como si mirase por dónde camina, y, por último, después de esperar algunos instantes, y medido el compás con el pie para entrar a tiempo, dirige sus ojos al techo y comienza a aserrar en el instrumento: ¡Brum! ¡Brum! ¡Brum!

Rápidamente la concurrencia se divide en parejas, y muy pronto está la sala entera en movimiento. Se ve que nadie sabe bailar, pero ¿eso qué? Hay música y danzan como les parece, tal como antes cantaron. La mayor parte prefiere el *two-step*, sobre todo los jóvenes, entre los cuales está a la moda. Los más viejos bailan danzas del país, extrañas y complicadas, que ejecutan con grave solemnidad. Algunos no bailan, sino que se tienen agarrados de la mano y se proporcionan el regocijo de un movimiento indisciplinado, no moviendo más que los pies. Entre estos se encuentran Jokubas Szedvilas y su mujer Lucija, dueños de una tienda de *delicatessen*, de las que consumen tanto como venden. Están demasiado gruesos para bailar, pero se sostienen en mitad de la sala estrechamente abrazados: sudorosos y jadeantes se balanceaban lentamente, haciendo gestos de satisfacción, produciendo la impresión de estar sumergidos en un éxtasis infinito.

Entre los de más edad, un gran número lleva trajes que, por un detalle, recuerdan el país natal: un chaleco bordado, o un *fichú,* un pañuelo de colores vistosos, o un frac con largos puños y botones de fantasía.

Los jóvenes evitan cuidadosamente incurrir en estos delitos de lesa elegancia: la mayor parte ha aprendido inglés y las da de vestirse a la última moda.

Las jóvenes llevan faldas y corpiños de bazar; algunas son muy bonitas. Si algunos de los jóvenes no llevaran puesto el sombrero, se les podría tomar por americanos del tipo de empleados de oficina. Cada una de aquellas jóvenes parejas tiene una manera especial de bailar. Unas están estrechamente enlazadas; otras tienen los brazos rígidos; más lejos, otras los balancean. Hay quien baila a saltos, quien baila deslizándose suavemente y quienes se mueven con grave dignidad. Hay parejas ruidosas que galopan locamente a través del salón, derribando a cuantos encuentran a su paso, y otras tímidas y encogidas que se asustan de aquellas y gritan *¡Musto! ¡Kas ira!* cuando pasan.

Cada pareja se forma para toda la velada: nunca se les ve cambiar. Ahí está Alena Jasaitis, por ejemplo, que ha bailado varias horas, en diversas circunstancias, con Juozas Raczius, su prometido. Alena es la belleza de la velada, y aun sería más bella si no fuera tan orgullosa. Lleva un corpiño blanco, cuyo precio representa tal vez su trabajo de media semana, pasada en pintar botes de conserva. Baila llevando la falda recogida con una mano, con majestuosa dignidad, a la manera de las grandes damas. Juozas conduce uno de los camiones de Durham y gana buen salario. Tiene un porte descuidado, lleva el sombrero ladeado y conserva durante toda la fiesta un cigarrillo en la boca.

Luego tenemos a Jadviga Marciukus, que también es bella, pero además es modesta. También pinta botes de conservas; pero, como tiene a su cargo una madre enferma y tres hermanitas, no gasta su salario en corpiños. Es pequeña y delicada, tiene los ojos negros y se peina retorciéndose el cabello de azabache en un pequeño moño sobre la cabeza. Jadviga viste una vieja falda blanca, obra de sus manos, que desde hace cinco años le sirve para todas las reuniones. Esta falda, de talle muy alto, no le sienta bien, lo que no sé preocupa, pues baila con su Mikolas. Jadviga es pequeña y Mikolas alto y robusto; la joven está en sus brazos, como si quisiera ocultarse en ellos, y apoya la cabeza sobre el hombro de su amado. Éste la estrecha contra su pecho y la rodea con los brazos como si quisiera llevársela, y ella baila y bailará toda la tarde, y siempre bailará así en el supremo éxtasis de la dicha. Dan ganas de sonreír al verlos, pero seguramente nadie que conozca toda su historia sonreiría. Hace ya cinco años que Jadviga es la prometida de Mikolas, pero su corazón no conoce la dicha. Se hubieran casado desde el principio de sus amores; pero Mikolas es el único sostén de su numerosa familia, pues su padre está borracho todo el día. Quizá, pese a ello, hubieran encontrado el modo de arreglárselas, porque Mikolas es un buen obrero, si varios crueles accidentes no les hubieran disuadido de su propósito.

Él es deshuesador, oficio peligroso, especialmente cuando se trabaja a destajo y se tiene la cabeza puesta en cómo formar un ho-

gar. Con manos escurridizas, el cuchillo resbala fácilmente cuando se trabaja con loca rapidez. Y si alguno te distrae, o golpeas el hueso, la mano se desliza sobre la hoja del cuchillo y se produce en ella una terrible cortadura. Pero esto no es nada al lado del peligro de la infección. La herida puede curar, pero no se puede nunca estar seguro de ello. Ya dos veces en tres años, Mikolas ha tenido que suspender el trabajo a causa de un envenenamiento en la sangre; una vez estuvo tres meses en casa, y la otra cerca de siete. La última vez, para colmo de su desgracia, perdió su plaza, y esto tuvo por consecuencia que durante más de seis semanas se viera obligado a estar a la puerta de los talleres a las seis de la mañana en espera de trabajo, resistiendo los terribles fríos del invierno, con un palmo de nieve cubriendo el suelo. Los que hacen estadística les dirán que un deshuesador puede ganar hasta cuarenta centavos por hora; pero quizás esos señores tan bien enterados no han mirado nunca las manos del obrero.

De vez en cuando Tamoszius y sus músicos, rendidos de cansancio, se ven obligados a descansar; entonces se paran los bailarines en donde se encuentran y aguardan pacientemente. No parecen cansados, y más les vale no estarlo, porque, si lo estuvieran, no encontrarían dónde sentarse. El reposo, en todo caso, dura poco, y a pesar de las protestas de los otros dos ejecutantes, el director de orquesta vuelve a empezar. Ahora tocan otra cosa, una danza lituana, lo cual no impide a algunos bailarines continuar bailando el *two-step,* mientras la mayoría se entrega a una complicada serie de movimientos que se parecen más a un caprichoso patinado que a una danza. El apogeo del baile llega con un *prestissimo* furioso, a cuyo son todas las parejas se cogen de las manos y comienzan a girar vertiginosamente. El contagio es irresistible y todos se abandonan a él, hasta que toda la sala no forma más que un caleidoscopio rapidísimo de cuerpos y de faldas flotantes.

Pero es Tamoszius Kuszleika quien merece en ese momento toda nuestra atención. El viejo violín chilla, gruñe y protesta, pero Tamoszius no tiene piedad. El sudor le cae de la frente en gruesas gotas,

y el infeliz se encorva como un ciclista durante los últimos esfuerzos de una carrera. Su cuerpo trepida como una máquina de vapor lanzada a toda velocidad, y no hay oído que pueda seguir los torrentes de notas que aquel hombre produce. En vez de arco, sólo se ve una neblina azul pálido; con impulso maravilloso llega al final de la pieza y luego, de pronto, levanta los brazos y cae hacia atrás rendido. Entonces, lanzando un último grito de alegría, los bailarines se separan y tambaleándose van a apoyarse en las paredes de la sala.

Luego hay cerveza para todos, incluso para los músicos; los bailarines toman aliento y se preparan para el gran acontecimiento de la velada, el *acziavimas:* una ceremonia que durará dos o tres horas, y que es en realidad una danza ininterrumpida. Los invitados forman un gran círculo y se cogen de las manos; cuando la música comienza, giran a la redonda. La casada está en el centro, y uno a uno entran en el círculo y bailan con ella. Cada uno la hace bailar durante varios minutos o tanto tiempo como quiera. Es una ceremonia regocijada, salpicada de risas y de cantos. Cuando el invitado termina, se encuentra frente a Teta Elzbieta que lleva un sombrero en la mano, y en él el invitado deja caer el dinero; un dólar o hasta cinco, según sus recursos y el valor que concede al privilegio de haber bailado con la recién casada. Es tradicional que los invitados paguen los gastos de la fiesta; y como son buenas gentes, se arreglan de modo que a los recién casados les quede una suma regular para el comienzo de su vida matrimonial.

Los gastos de esta fiesta serán considerables. Ascenderán ciertamente a más de doscientos dólares, tal vez a trescientos, suma que excede por mucho lo que produce un año de trabajo. Hay allí hombres vigorosos que penan desde por la mañana hasta la noche en sótanos helados, con dos centímetros de agua sobre el suelo; otros que durante seis o siete meses del año no ven jamás el sol entre la tarde de cada domingo y la mañana del siguiente, sin ganar por ello más que trescientos dólares anuales. Hay niños de apenas trece años, demasiado jóvenes para trabajar según la ley, cuyos padres han mentido para que tengan empleo, y que no ganan ni la mitad,

ni aun la tercera parte de esos trescientos dólares anuales. ¡Gastar en un solo día de su vida tal suma para una boda! Evidentemente da igual, o se gasta de una vez en la boda propia, o a la larga en las de los amigos. Es una cosa imprudente, casi trágica, pero tan hermosa.

Poco a poco, estas pobres gentes han abandonado todas las demás tradiciones de su país, pero se aferran a ésta con toda la fuerza de su alma: ¿cómo abandonar la *veselija*? Eso equivaldría no sólo a ser vencidos, sino a confesar su derrota, y la diferencia entre estos dos puntos constituye el hecho que mantiene al mundo en movimiento.

La *veselija* les viene de una tradición remota, de un pasado en el que el dinero estaba hecho para el hombre y no el hombre para el dinero, cuando los frutos de la tierra pertenecían a aquél que la trabajaba, y cuando la abundancia y el derroche eran la recompensa de una labranza honesta. Después de haberse encontrado así dueño de las cosas, el hombre puede volver a su labor y vivir de recuerdos hasta el fin de sus días.

Los bailarines danzaban sin tregua ni descanso, y, cuando se mareaban, daban vueltas en sentido contrario. Esto duró varias horas. Vino la noche, y dos lámparas humeantes apenas iluminaban la sala. La energía de los músicos había decaído de tal modo, que sólo tocaban la misma pieza con gestos que revelaban un supremo esfuerzo; aquel trozo musical sólo tenía unos veinte compases, que recomenzaban cuando llegaban al final. Cada diez minutos, poco más o menos, les faltaban las fuerzas y hacían ademanes de detenerse; pero esto provocaba invariablemente un espantoso tumulto, y el grueso policía que dormía detrás de la puerta lanzaba un sordo gruñido.

Todo esto sucedía a causa de Marija Berczynska, una de esas almas insaciables que se agarran desesperadamente al vestido de la Musa cuando ésta quiere batirse en retirada. Durante todo el día había estado en una gran exaltación nerviosa, y, ahora que esto se acababa, no quería que se le viera el fin. Su alma gritaba como Fausto: "¡Quédate, eres bella!". ¿Era esto efecto de la cerveza, del ruido, de la música o del movimiento? El caso es que había resuelto no dejarse arrebatar su regocijo; mas apenas se había lanzado en su

persecución, cuando la estupidez de aquellos músicos venía a cortarle las alas. Se lanzaba sobre ellos y les amenazaba con los puños, estremecida, roja de cólera. Tamoszius intentaba en vano responder que las fuerzas humanas tienen un límite; en vano el grueso Jokubas, ya sin aliento, apoyaba aquellas razones; inútilmente Teta Elzbieta imploraba a Marija, que les gritaba: "*¡Szalin! ¡Palauk! ¡lsz kelio!* ¿Para qué se les paga, hijos del lnfierno?" Entonces, aterrada, domada, la orquesta volvía a empezar; Marija ocupaba de nuevo su sitio y continuaba su ensueño.

Allí no quedaba nadie más que ella capaz de prolongar la fiesta. Todo el mundo estaba rendido, pero el alma de Marija era indomable. Ella dirigía la danza tirando de unos, empujando a otros, gritando y cantando, hecha un verdadero volcán de energía. A veces, alguno que entraba o salía dejaba la puerta abierta, y el aire de la noche estaba fresco; Marija, al pasar, la cerraba estrepitosamente de un poderoso puntapié. Una vez, esta manera algo brusca de proceder determinó una catástrofe: el pequeño Sebastijonas, de tres años de edad, se paseaba, olvidado de las cosas de este mundo y bebiendo una botellita de *pop rosa,* helado y delicioso. Como pasaba por la puerta en el momento en que Marija la empujaba, fue derribado al suelo, y sus gritos detuvieron en el acto todo el baile. Marija, que cien veces por hora amenazaba destruirlo todo, pero que era incapaz de hacer daño a una mosca, cogió en sus brazos al pequeño Sebastijonas, le besó, le sentó sobre el mostrador y le puso en los labios un tarro de espumosa cerveza. Esto dio origen a un largo descanso para la orquesta y a un gran consumo de refrescos entre los concurrentes.

Entre tanto, al otro extremo de la sala, Teta Elzbieta y Diedas Antanas estaban en gran conferencia con algunos de los más íntimos amigos de la familia. Una preocupación les agitaba. La *veselija* es un contrato, tanto más imperativo cuanto que es tácito. Cada cual debe pagar su cuota, según sus medios, sabe cuál es la cifra, y de ordinario se esfuerza en excederla; pero en este nuevo país todo había cambiado; sin duda había en el aire que se respiraba algún veneno

sutil cuya influencia se dejaba sentir sobre los jóvenes. Estos venían en gran número, comían hasta hartarse y luego se marchaban. Uno tiraba el sombrero de un amigo suyo por la ventana y ambos salían a buscarlo y no se les veía más; otros se iban descaradamente, mirando a todos con la mayor desfachatez y riéndose en las propias narices de los que se quedaban; otros, aun peores, se estacionaban junto al mostrador, bebían hasta no poder más a costa de los recién casados, sin ocuparse de nada, y fingían haber bailado ya con la novia o esperar su turno para invitarla. ¡He aquí lo que pasaba sin poder evitarlo! ¡Haber hecho tan bien las cosas y que resultaran de este modo! Ona estaba consternada. Durante todo el día y la noche no cesaba de sentirse asaltada a la idea de aquellas terribles cuentas que se le preparaban. ¡Cuántas veces, desde hacía algunos días, las había repasado en su memoria! Quince dólares por el alquiler del local, veintidós los patos, doce los músicos, cinco la iglesia, etc.

Pero la mayor de todas era la terrible factura de *Graiczunas* por la cerveza y los licores. Los propietarios de bares no pueden indicar de antemano, sino de una manera aproximada, a cuánto puede ascender el gasto, y luego, cuando presentan la cuenta, inclinan la cabeza, dicen que sus previsiones fueron sobrepasadas, que hicieron lo posible, pero que los convidados dieron en embriagarse de tal modo... Siempre se puede estar seguro de que les roban sin piedad, aun cuando tengan ustedes el honor de contarse entre sus centenares de mejores amigos. Quejarse a nada conduciría sino a estropear la fiesta; y en cuanto a apelar a los tribunales… daría lo mismo dirigirse al mismo demonio. El propietario del bar está en muy buenas relaciones con todas las autoridades del distrito, y cuando se sabe lo que es pasar por las manos de esas gentes, el mejor partido consiste en pagar sin decir palabra.

De todo esto, lo más penoso era que toda la carga venía a gravitar sobre el pequeño número de los que habían hecho cuanto podían; por ejemplo, aquel pobre viejo Jokubas había dado ya cinco dólares, y, sin embargo, nadie ignoraba que acababa de hipotecar su tienda de *delicatessen* por doscientos dólares, con objeto de pa-

gar varios meses de casa atrasados. La vieja Aniela, viuda, con tres hijos a su cargo y afligida de reumatismo, hacía la lejía a precios que partían para los comerciantes de Halsted Street. Aniela había dado todo el beneficio que sus pollos pudieran producirle durante varios meses. La infeliz tenía ocho, que guardaba en un rinconcito bajo la escalera del patio. Sus hijos pasaban el día en rebuscar entre los montones de basura, a fin de sacar alimento para los pollos, y muchas veces, cuando la competencia era excesiva, se les veía seguir los arroyos de Halsted Street, vigilados de cerca por la madre, temerosa de que les quitaran su botín. En cuanto a la anciana Sra. Jukniene, el valor de sus pollos no podía expresarse en dinero, porque representaban un medio de ganar algo con nada. Desde este punto de vista, al menos, ella sacaba beneficio de un mundo que, de múltiples maneras, sacaba continuamente beneficio de ella. Por esa razón estaba de guardia junto a sus pollos a todas las horas del día, y hasta había logrado ver claro durante la noche como las lechuzas, a fin de no interrumpir su vigilancia. Se comprenderá, por tanto, el valor del tributo que aportaba únicamente porque Teta Elzbieta le había prestado en una ocasión una pequeña suma que le había evitado ser expulsada de su casa.

Mientras la familia se lamentaba así, el círculo de amigos que les rodeaba no cesaba de aumentar. Entre los que se aproximaban para oír mejor la conversación había algunos culpables, es decir, gentes que no habían dado nada; ¿no era esto para exasperar a un santo? Por último, se acercó Jurgis, avisado por alguno, y se le expuso lo que ocurría.

Jurgis escuchaba en silencio, frunciendo sus espesas cejas negras. Por un momento sus ojos lanzaron un relámpago y miraron a la sala; tal vez sintió un atroz deseo de hundir sus fuertes puños sobre algunos de aquellos gorrones; pero luego, sin duda, se dio cuenta de que expulsar a unos cuantos no disminuiría ni en un céntimo la factura, y además habría escándalo... y Jurgis sólo pedía una cosa: irse con Ona lo más pronto posible y dejar que rodase el mundo como pudiera.

Así pues, se contentó con decir tranquilamente: "A lo hecho, pecho. ¿De qué sirve llorar, Teta Elzbieta?".

Su mirada cayó sobre Ona, que se estrechaba junto a él, y vio el espanto retratado en sus bellos ojos.

—Monina —le dijo en voz baja—, no te preocupes; eso no es nada. Acabaremos por pagar de un modo o de otro. Trabajaré más.

Esto es lo que él decía siempre. Ona había concluido por adquirir la costumbre de oírle resolver así todas las dificultades: "¡Trabajaré más!". Había dicho eso en Lituania cuando un funcionario le quitó el pasaporte y otro le detuvo bajo pretexto de que no tenía documentos, teniendo que dejar en manos de los dos compadres la tercera parte de sus economías. Había repetido aquella frase en Nueva York, cuando un amable agente de inmigración que se había hecho cargo de ellos le hizo pagar un precio fabuloso por su estancia en un hotel y de propina trató de retenerles. Hoy repetía por tercera vez su frase favorita. Ona suspiró profundamente. ¿No era maravilloso tener un marido cuando ella apenas era mujer, y un marido capaz de resolver de ese modo todos los problemas, un marido tan grande y tan fuerte?

El pequeño Sebastijonas acabó de sollozar, y la orquesta puso de nuevo manos a la obra. La fiesta continúa, pero casi no quedan bailarines. Es más de media noche y nadie está como antes. Todo el mundo se siente pesado y rendido; la mayor parte han bebido en exceso y desde hace mucho tiempo ha terminado el período alegre de la embriaguez. Se baila de una manera monótona y maquinal, vuelta tras vuelta, una hora tras otra, con los ojos vagos y casi abolida toda conciencia de lo que se hace. Hombres y mujeres se estrechan fuertemente, pero sin verse. Varias parejas ni siquiera intentan bailar y se sientan en un rincón, sobre el suelo, estrechamente enlazadas. Otras, aun más ebrias, vagan al azar, tropezando con todo lo que encuentran. Se forman grupos de dos o tres personas que cantan a coro cada cual su canción. A medida que el tiempo pasa, se manifiesta una nueva variedad de la embriaguez, sobre todo en los más jóvenes. Hay algunos que caen en brazos de otros, murmuran-

do no se sabe qué palabras entrecortadas. Otros, bajo los más fútiles pretextos, riñen y vienen a las manos y se hace preciso separarles.

El grueso policía se ha despertado definitivamente. Se cerciora de que su pesado bastón está pronto a hacer su oficio. Tiene necesidad de abrir el ojo, porque las riñas de las dos de la mañana, si no se las domina en cuanto empiezan, se desarrollan como un incendio en un bosque, y obligan algunas veces a apelar a todas las reservas del puesto de policía. Sólo hay un partido que adoptar: aniquilar a todo individuo que comience a pelearse, antes que el número de combatientes sea tal que haga imposible aniquilarlos a todos. No tiene la menor importancia matar a un hombre en el barrio situado a espaldas de los *Stocks-Yards*, en donde todos han tomado tal costumbre de matar animales, que no pueden menos de ejercitarla un poco sobre sus amigos y hasta, si llega el caso, sobre sus padres. Hay que felicitarse de que el progreso de los métodos modernos haya limitado a un pequeño número de hombres la función penosa y necesaria de matar para todo el resto del mundo civilizado.

Aquella noche no hubo batalla, sin duda por la vigilancia de Jurgis, más aún que por la del grueso polizonte. Jurgis ha bebido regularmente, como cualquiera hubiera hecho en su caso, ya que todo el consumo había de pagarse en bloque, ya se hubiera uno embriagado personalmente o no. Pero es un hombre sólido que resiste mucho.

Una sola vez hubo un poco de barullo por culpa de Marija Berezynskas. Marija parece haber llegado, cerca de las dos de la madrugada, a la conclusión de que, si el altar desde donde reina la divinidad uniformada de blanco mugriento no es precisamente el templo de las musas, por lo menos resulta su único equivalente terrenal. Y Marija está como una cuba en el momento preciso en que llega a sus oídos la historia de los gorrones que no han pagado nada aquella tarde. Entonces se precipita sobre algunos, aun sin proferir las injurias preliminares de rigor, y, cuando se la puede dominar, lleva entre las manos los cuellos de los fracs de dos de aquellos desconsiderados. Felizmente el policía está de humor conciliador y no expulsa a Marija del local.

Este pequeño alboroto no interrumpe la música más que un minuto o dos. Implacablemente empalma el mismo aire que venía repitiendo desde hacía media hora. Esta vez es un aire americano, uno de esos que se oyen por las calles. Todos los concurrentes parecen conocer la letra, al menos la del primer compás:

"¡Los alegres veranos de antaño,
los alegres veranos de antaño!
"¡Los alegres veranos de antaño,
los alegres veranos de antaño...!"

Cantan a media voz y vuelven a repetirlo hasta el infinito. Parece que una especie de hipnotismo se desprende de aquella repetición sin tregua ni fin. Los que escuchan, lo mismo que los que cantan, no pueden sacudir la obsesión de aquella música. Son las tres de la mañana. Todos han agotado sus reservas de alegría, de vigor y hasta todas las fuerzas ficticias que suministra la bebida, y, sin embargo, nadie tiene la energía de resolverse a marchar. No obstante, muy pronto, a las siete en punto, será preciso que todos se hallen en su puesto; ya sea en Anderson's, en Smith's o en Morton's. Un minuto de retraso y se pierde el jornal; varios minutos y se exponen a encontrar su placa de cobre vuelta del lado de la pared, lo que significa que se les envía a unirse a la tropa hambrienta de los sin trabajo, que se agolpa todas las mañanas a las puertas de los talleres, desde las seis hasta las ocho y media. La regla no sufre excepción alguna, y ni la pequeña Ona, que ha pedido licencia para el día siguiente al de su boda —permiso no retribuido, entiéndase bien— ha podido obtenerlo. ¡Hay tanta gente dispuesta a trabajar como se quiera! ¿Por qué habrán de tener consideraciones con los que no quieren trabajar sino a su gusto?

Falta poco para que la pequeña Ona se desvanezca a causa del olor que reina en la sala. Si bien ella ni siquiera ha tocado una copa, a su alrededor, todo el mundo quema literalmente alcohol, como las lámparas queman el petróleo. Hay sobre las sillas hom-

bres en sopor que huelen a alcohol, hasta el punto de que no hay modo de acercárseles. Jurgis la envuelve en su mirada. Su timidez hace tiempo que ha desaparecido, pero aún hay tanta gente, que se resigna a esperar un poco el coche que ha de llevarlos. Pero el coche no llega. Entonces se aproxima a Ona, la cual palidece y tiembla. Le pone un chal sobre los hombros y se viste el gabán; al fin y al cabo, viven a dos manzanas de allí y a Jurgis el coche le tiene sin cuidado.

Casi nadie advierte su partida. Todos los niños y casi todos los grandes duermen rendidos de cansancio. Diedas Antanas duerme, también los Szedvilas, marido y mujer, él incluso ronca armoniosamente. Sólo velan Teta Elzbieta y Marija que sollozan descorazonadamente. La noche está silenciosa. Las estrellas comienzan a palidecer por Oriente. Jurgis, sin decir palabra, coge a Ona en sus brazos y marcha a grandes pasos, mientras ella llora con la cabeza apoyada sobre su hombro. Al llegar a casa, Jurgis se pregunta si la joven duerme o si se ha desmayado; pero al sostenerla con una mano para abrir la puerta con la otra, ve que tiene sus grandes ojos abiertos:

—Hoy no irás a Smith's, pequeña —susurra en voz baja mientras remonta la escalera.

Pero ella le aprieta el brazo espantada y solloza:

—¡No, no, no me atrevo ! ¡Sería nuestra ruina!

Él insiste:

—Deja eso a mi cargo. Ganaré más; trabajaré duro.

CAPÍTULO ll

Jurgis hablaba del trabajo a la ligera, porque era joven. Inútil fue que le contasen la historia de obreros reducidos a la desesperación en el mismo Chicago; historias capaces de ponerle a cualquiera la carne de gallina. Jurgis se reía de todo ello. Sólo estaba desde hacía cuatro meses en la ciudad; era joven y fuerte como un coloso, rebosaba de salud. ¿Cómo pensar que todo aquello pudiera venir a tierra?

—Todo eso es bueno para hombres como ustedes —decía—, que son *silpnas,* alfeñiques; pero mis espaldas son fuertes.

Jurgis era como un niño, un niño del campo, precisamente la clase de obrero que más gusta a los capataces tener a sus órdenes. ¿Se le decía que fuera a tal parte? Pues allí iba corriendo. Cuando, por casualidad, nada tenía que hacer, se ponía a saltar y a bailar para gastar el exceso de energía. Cuando trabajaba en una sección, siempre adelantaba a sus compañeros y se le conocía fácilmente por su impetuosidad: esto mismo fue lo que llamó sobre él la atención en una circunstancia capital; en efecto: haría apenas media hora que aguardaba ante la puerta de Smith and Company's "General Time Station" cuando uno de los capataces le escogió. Se sentía orgulloso de ello, y cada vez más inclinado a reírse de los pesimistas. Ya podían decirle que había hombres en la multitud que aguardaban allí, desde hace un mes, o tal vez desde algunos meses, sin poder encontrar trabajo.

—Sí —decía Jurgis—, pero ¿qué clase de individuos? Vagabundos; gentes que, después de haber gastado todo su dinero en beber, sólo piden ganar más para seguir bebiendo. ¿Quieren ustedes hacerme creer que con unos brazos como estos (y al decir esto, cerraba los puños y los levantaba, haciendo resaltar sus formidables pulpas), se me puede dejar morir de hambre?

—Bien se ve —le contestaban— que acaba usted de llegar de su país, del fondo de la campiña.

Y era verdad; porque Jurgis jamás había visto una gran ciudad, ni siquiera una pequeña, antes de partir en busca de la fortuna a través del mundo, para adquirir el derecho a casarse con Ona. Su padre, su abuelo y todos sus antepasados, hasta los tiempos más remotos adonde podía alcanzar la tradición, habían habitado la parte de Lituania llamada *Brelovica*, el bosque imperial. Era éste una posesión inmensa de cien mil fanegas, que en todo tiempo fue destinada a que en ella cazase la nobleza. Un corto número de campesinos vive allí en virtud de un antiquísimo privilegio. Antanas Rudkus era de ese número y había criado a su familia en aquel pequeño

dominio hereditario, compuesto de media docena de fanegas de tierra cultivada en medio de las estepas. Tuvo otro hijo, además de Jurgis; pero la quinta se lo llevó y, desde hacía diez años que se incorporó al regimiento, no había vuelto a tener noticias suyas. Tenía también una hermana casada, y, cuando resolvió dejar el país con su hijo, vendió su patrimonio a su cuñado.

Haría cerca de año y medio que Jurgis había encontrado a Ona en una feria de caballos, a unos ciento cincuenta kilómetros de su casa. Jurgis jamás pensó que pudiera casarse: lo juzgaba una locura ridícula, la más peligrosa que un hombre puede cometer, y, sin embargo, de pronto, y aun sin haberle dirigido nunca la palabra ni haberse cambiado entre ellos más que media docena de sonrisas, se encontró ante los padres de Ona y, rojo de emoción, les pidió que se la vendieran como esposa, a cambio de los dos caballos que su padre le había encargado vender en la feria. El padre de Ona fue inflexible: la joven era todavía una niña, y además él era rico, y no daba a su hija de cualquier modo. Por eso Jurgis volvió a su casa con el corazón afligido, y se consumió durante la primavera y el verano en vanos esfuerzos para olvidar. Al otoño, después de la recolección, se persuadió de que ya no podía contenerse, y volvió a la región de Ona.

Llegó en el momento en que se desarrollaban acontecimientos inesperados; la joven había perdido a su padre y los acreedores se habían apoderado de la herencia. Jurgis sintió su corazón palpitar de júbilo; podía esperar. Allí estaba Elzbieta Lukosznite, *La Tía*, como la llamaban, que era la madrastra de Ona, seis niños de corta edad y el hermano de Elzbieta, Jonás, un hombrecillo seco que había trabajado en la granja. Para Jurgis, recién salido de los bosques, aquella familia era importante. Ona sabía leer y era mucho más instruida que él. Vendida la granja, no les quedó más que una suma de cerca setecientos rublos, es decir, trescientos cincuenta dólares. Hubiera debido quedarles el triple; pero había habido pleito, y como el juez estaba en contra de ellos, hubo que darle la diferencia para hacerle mudar de parecer.

Ona hubiera podido casarse y partir, pero no quiso hacerlo, porque amaba a su tía Elzbieta. Jonás fue quien sugirió la idea de marchar a América, donde uno de sus amigos había hecho fortuna. Él, por su parte, trabajaría, y también las mujeres y aún algunos de los niños probablemente. De todos modos vivirían. Jurgis había oído también hablar de América. Era, según le decían, un país en el cual un hombre podía ganar tres rublos diarios, y Jurgis se representaba el valor de este salario cotidiano en relación a lo que costaba la vida en su país. Decidió, pues, en el acto, ir a América para casarse allí y de paso hacer fortuna.

¿No se decía que en aquel país todos los hombres, ricos o pobres, eran libres?, No tendría, por tanto, que ir al cuartel ni mantener a un montón da malditos empleados; podría hacer lo que quisiera y considerarse igual a cualquiera otro hombre. América era la tierra con la que soñaban los jóvenes enamorados. Con tal de que se llegue a reunir el importe de la travesía, se pueda estar seguro de que, después, todas las preocupaciones habrán desaparecido.

Quedó convenido que partirían a la siguiente primavera, y entre tanto Jurgis se alistó por algún tiempo con un contratista e hizo a pie más de seiscientos kilómetros con una cuadrilla de obreros para ir a trabajar en el ferrocarril de Smolenske. Aquello fue una ruda prueba; mas, a pesar de estar mal alimentado, pésimamente tratado y trabajando con exceso, se mantuvo firme, y cuando volvió llevaba ochenta rublos cosidos a la ropa. Jamás se dejó arrastrar a la bebida ni a la riña, porque no cesó ni un instante de pensar en Ona. Era, además, de un natural tranquilo y dulce, hacía lo que se le mandaba y no se encolerizaba fácilmente; mas, si alguno llegaba a irritarle, se le quitaban las ganas de insistir. Cuando le pagaron su cuenta, tuvo la mala ocurrencia de partir con los jugadores y los borrachos de la cuadrilla, los cuales intentaron asesinarle; pero él logró escapar y se dirigió a su región, ganándose la vida a lo largo del camino con pequeñas ocupaciones y durmiendo siempre con un ojo abierto.

Cuando llegó el verano, estaban dispuestos a partir para América. A última hora, Marija Berezynskas, prima de Ona, se les

unió. Marija era huérfana y trabajaba desde su infancia en casa de un rico hacendado que la apaleaba cotidianamente. Sólo cuando tuvo veinte años se le ocurrió la idea da ensayar su fuerza y rebelarse. Medio mató a aquel hombre y tuvo que huir.

Eran doce entre todos; cinco personas mayores, seis niños y Ona. La travesía fue dura: un agente de negocios vino a su socorro, pero era un canalla que les hizo varias jugarretas con la complicidad de algunos funcionarios, lo cual les costó una buena parte del precioso metal que tanto miedo tenían de perder. En Nueva York les sucedió lo mismo, porque, bien entendido, desconocían en absoluto el país, y, como nadie se ocupó de ellos, no le fue difícil a un hombre vestido de uniforme azul conducirles a un hotel donde les saquearon. Por que si bien es cierto, según la ley, que los precios de los hoteles debe estar a la vista, la ley no dice, sin embargo, que haya que redactarlos en lituano.

El amigo de Jonás había hecho fortuna en los *Stock-Yards*, y por eso la caravana se dirigió hacia Chicago. Sólo conocían ese nombre, Chicago, lo cual, en suma, era suficiente, al menos hasta el momento en que llegaron a esa ciudad. Luego les hicieron apearse del vagón sin ceremonia y se encontraron más desorientados que nunca. Se quedaron estupefactos ante la perspectiva de Dearbon Street, incapaces de darse cuenta de que al fin habían llegado y de explicarse por qué, cuando entonces decían "Chicago", los transeúntes no les indicaban ya una dirección determinada, sino que quedaban perplejos, soltaban la carcajada, o seguían su camino. Abandonados a sus propias fuerzas, huían especialmente con terror de todo individuo vestido de uniforme, y cada vez que veían a un policía atravesaban la calle y apretaban el paso. Toda su primera jornada transcurrió de esta suerte, errando a la ventura, perdidos, desorientados. Sólo a la noche, cuando buscaron un refugio en el portal de una casa, un polizonte les dio asilo en la comisaría. A la mañana siguiente les encontró un intérprete que les puso en un tranvía y les enseñó la segunda palabra: "Stockyards". Cuando se cercioraron

de que habían escapado sanos y salvos de aquella noche sin haber hecho mella en su capital, su alegría fue indescriptible.

Sentados en el tranvía, iban mirando por las ventanillas; estaban en una calle que parecía interminable y que se prolongaba indefinidamente kilómetro tras kilómetro. A ambos lados de la calle estaban alineadas infinidad de casitas de madera de dos pisos, y todas las calles transversales, hasta donde podía llegar la vista, ofrecían el mismo espectáculo. Ni subida ni descenso; por todas partes la misma interminable perspectiva de sucias y feísimas casitas de madera, todas iguales. De vez en cuando se veía un puente, lanzado sobre una pequeña bahía cenagosa, en cuyos muelles se levantaban algunos almacenes. Alguna vez una vía férrea con una locomotora que escupía humo y arrastraba ruidosamente vagones de mercancías. También rompía lo monótono del paisaje alguna que otra gran fábrica, inmenso edificio obscuro con innumerables ventanas y altas chimeneas coronadas de humo negro, cuyos torbellinos obscurecían el cielo y manchaban la tierra. Mas, después de cada una de estas interrupciones, continuaba el desfile de casitas tristes y feas. Una hora antes de llegar a Chicago, la caravana había ya comenzado a observar extraños cambios en la atmósfera. Cada vez el cielo estaba más obscuro; en el suelo, la hierba estaba cada vez menos verde; minuto tras minuto, a medida que el tren avanzaba, los colores de todo se oscurecían, amarilleaban los campos como si estuvieran quemados, y el paisaje presentaba una aterradora desnudez. Les chocó luego un olor extraño y penetrante. No podían decir que aquel olor fuera realmente desagradable, pero a cualquier otra persona le hubiera revuelto el estómago. Por fortuna, su sensibilidad olfatoria casi no estaba desarrollada; pero, de todos modos, estaban seguros de que se trataba de un olor especial.

Ahora, en el tranvía comprendían que iban hacia aquel olor desde que salieron de Lituania. Ya no le percibían por ráfagas vagas y lejanas, sino que podían paladearlo tanto como olerle, y casi se le hubiera podido palpar. No estaban de acuerdo en cuanto a su naturaleza. Era un olor fuerte, crudo y sencillo, rico, cálido y un poco

rancio. Algunos lo aspiraban con la boca abierta como si bebieran un líquido embriagador, mientras otros se tapaban la nariz con el pañuelo. Los nuevos inmigrantes estaban aún discutiendo acerca de él cuando el tranvía se detuvo y por la puerta gritó bruscamente una voz: "¡Los Stock-Yards!".

Los dejaron en una esquina. Por una callejuela, entre dos filas de edificios de ladrillo, veían frente a ellos seis chimeneas más altas que las más altas construcciones, que tocaban realmente al cielo y que, sin embargo, estaban coronadas por seis columnas de un humo denso, graso y más negro que la noche. Sin duda procedía del centro de la tierra, tal vez del fuego primitivo que en ella se agita y que allí se manifestaba en forma de una erupción perpetua. Era inagotable; se podía estar allí horas enteras sin verle detenerse, sucediéndose los torbellinos a los torbellinos que formaban sobre la ciudad inmensas nubes que giraban, se enroscaban y formaban un gigantesco río que corría por el cielo hasta el más lejano horizonte.

Entonces, otro fenómeno llamó la atención de la caravana. Era, lo mismo que el olor, algo muy particular; era una especie de ruido sordo que se hubiera dicho estaba formado de muchos millones de pequeños ruidos: no se le advertía, desde luego, sino que parecía vibrar en lo íntimo de la conciencia como un vago murmullo. Era algo como el murmullo de los insectos en la primavera, como los ruidos de la selva, y hacía pensar en no sé qué actividad incansable, en el ruido de un mundo en movimiento. Era preciso un esfuerzo para darse cuenta de que aquel ruido era producido por animales y que se formaba del lejano mugido de diez mil bueyes y del gruñido lejano de diez mil cerdos.

Hubieran querido llevar más adelante sus conjeturas e ir a comprobarlas, pero no era aquél el momento. El policía de aquella zona comenzaba a mirarles con atención, y entonces, según su costumbre, comenzaron a andar. Apenas habían recorrido cien metros, cuando Jonás lanzó un grito señalando con el dedo el otro extremo de la calle. Antes que los demás hubiesen podido comprender el significado de aquellas exclamaciones, de un salto se había entrado

en una tienda cuyo letrero decía: "J. Szedvilas, Delicatessen". Cuando salió, venía acompañado de un señor muy grueso en mangas de camisa, que llevaba un delantal blanco y que le estrechaba ambas manos riendo a carcajadas. Entonces, Teta Elzbieta se acordó de que Szedvilas era el nombre del amigo legendario que había hecho fortuna en América. Encontrarle al frente de una salchichería era verdaderamente una fortuna extraordinaria; porque, aun siendo ya muy avanzada la mañana, todavía no se habían desayunado y los niños comenzaban a lloriquear.

Tal fue el fin afortunado de aquel triste viaje. Los miembros de las dos familias se lanzaron literalmente unos en brazos de otros, porque hacía mucho tiempo que Jokubas Szedvilas no había visto un compatriota de la misma región de la Lituania. A las pocas horas eran amigos para toda la vida. Jokubas conocía todas las escollos de este nuevo mundo, sabía explicar todos sus misterios, podía decirles lo que tenían que hacer en cada caso y, lo que era todavía más útil, podía decirles lo que tenían que realizar inmediatamente. Se encargó de acompañarles a casa de la vieja Antela, que tenía un pequeño hotel situado al otro lado de los *Stock-Yards*. La señora Jukniene, decía Jokubas, no tiene lo que se llama una casa de primer orden, pero sí todo lo que les hará falta por el momento; a esto Elzbieta se apresuró a responder que nada era demasiado barato para ellos, porque estaban asustados de las sumas que habían tenido que gastar.

Algunos días de experiencia práctica les habían bastado para comprender claramente que este país de salarios elevados era también el de los precios caros, y que el pobre era en él tan pobre como en cualquier otra parte del mundo. ¡En una noche se desvanecían todos los sueños de riqueza que habían cruzado por la imaginación de Jurgis! Lo que hacía aún más penoso el descubrimiento era que se veían en camino de gastar, con arreglo a los precios de América, el dinero que habían ganado con arreglo al salario de su país. ¡Así pues, se les robaba! Llevaban ya dos días en que casi se dejaban morir de hambre; tanto dolor les causaba pagar por su alimentación lo que les pedían.

A pesar de todo, cuando vieron la casa de la viuda Jukniene por poco caen de espaldas. En todo el viaje no habían visto nada tan pobre. Aniela tenía una habitación de cuatro piezas en una de esas casacas de dos pisos que se encuentran detrás de los Stock-Yards. Cada casa comprendía cuatro departamentos iguales, y en cada uno de ellos había una casa de huéspedes para extranjeros, lituanos, polacos, eslovacos o bohemios. Algunas de estas casas de huéspedes eran de particulares, otras cooperativas. Por término medio había seis huéspedes por pieza; pero las había hasta con trece y catorce, o sea de cincuenta o sesenta huéspedes por departamento. Cada uno de esos huéspedes traía su mobiliario, es decir, un colchón y ropa de cama. Los colchones estaban puestos en fila sobre el suelo, y en la pieza no había más que las camas, salvo una estufa. Era muy corriente que dos hombres poseyeran el mismo colchón en común, cuando el uno trabajaba de día y el otro de noche, y lo disfrutaban alternativamente. Con frecuencia también, el dueño de una de estas casas alquilaba el mismo lecho a dos huéspedes que se turnaban.

La señora Jukniene era una viejecita de rostro arrugado. Su casa estaba horriblemente sucia; no se podía pasar por la puerta de delante a causa de los colchones; y cuando se trataba de entrar por la escalera de atrás, también estaba cerrado el paso con tablas viejas y convertida en gallinero. Los huéspedes solían decir en broma que Aniela limpiaba su casa soltando en ella las gallinas. Efectivamente, los gusanos eran destruidos; pero el objeto probable de la vieja era, sin duda, más que el de limpiar las habitaciones, alimentar a sus volátiles. La verdad era que ella había renunciado definitivamente a la idea de limpiar nada, a causa de un ataque reumático que durante más de una semana la tuvo encorvada en un rincón de su cuarto. Durante este tiempo, once de sus huéspedes, que le debían mucho dinero, habían resuelto ir a tentar fortuna a Kansas-City. Tal era la casa que se ofrecía a los recién llegados. Nada mejor podía encontrarse, porque Jukniene, que había reservado una alcoba para ella y sus tres niños, se ofreció a compartirla con las mujeres y los niños de la banda. Les explicó que podían encontrar ropas de cama y

colchones en casa de un ropavejero, aun cuando realmente no eran necesarios mientras durase el calor. En tales noches dormirían por los paseos públicos, como la mayor parte de sus huéspedes.

—Mañana —dijo Jurgis— yo encontraré trabajo, y también puede que lo encuentre Jonás, en cuyo caso podremos tener una habitación nuestra.

Algo más tarde, él y Ona salieron a dar un paseo para ver el barrio en que iban a habitar. Detrás de los Stock-Yards, las tristes casas de dos pisos se distanciaban cada vez más y había grandes espacios sin edificar, cubiertos de hierbas amarillentas y sucias que cubrían innumerables latas vacías. Una multitud de niños jugaba allí persiguiéndose y pegándose. Lo más extraño en aquellos alrededores era el número de niños; tantos había, que costaba trabajo creer que todos ellos pertenecían a aquel barrio. En Packingtown los niños son tan numerosos, que los coches, por las calles, no pueden ir más que al paso.

De todos modos, no hubieran podido ir más aprisa a causa del estado de las calles. Aquellas por donde pasaban Jurgis y Ona parecían un mapa de relieve topográfico. La calle en general estaba dos pies por debajo de la base de las casas que comunicaban unas con otras por medio de tablas por falta de aceras. Había allí valles y montañas, arroyos y fosos, grandes excavaciones llenas de agua verdosa y pestífera. La niños jugaban en estas charcas y se revolcaban por el lodo de las calles. Causaban asombro aquellas desigualdades del terreno, y se preguntaba uno a sí mismo de dónde podían venir los enjambres de moscas que obscurecían el aire, y el olor extraño y fétido que molestaba el olfato, olor fantástico de todas las putrefacciones del mundo combinadas. Esto incitaba al espectador a preguntar a los habitantes, y estos últimos explicaban tranquilamente que las casas estaban construidas sobre un terreno artificial, fabricado con las basuras y los desperdicios de la ciudad. Al cabo de algunos años esperaban que aquellos inconvenientes desaparecerían; pero, entre tanto, en las épocas de calor, y sobre todo si llo-

vía, las moscas eran muy desagradables. El forastero preguntaba si aquello no era malsano y se le respondía:

—Tal vez, pero no lo notamos.

Algo mas lejos, Jurgis y Ona llegaron a un sitio en donde este terreno artificial estaba en vías de preparación. Allí se veía un gran agujero, hacia el cual se dirigían lentamente largas filas de carros llenos de detritus. Aquel sitio exhalaba un olor que la decencia prohíbe designar de un modo más explícito, pues aquel estercolero estaba lleno de niños que lo revolvían de arriba abajo. Algunas veces los visitantes de los mataderos se apartaban de su camino para ver aquel terreno artificial, y se preguntaban entonces si aquellos niños comían las substancias alimenticias que allí encontraban, o simplemente las recogían para mantener las aves de su casa. Es probable que nadie tratase seriamente de averiguarlo de un modo preciso.

Más allá de aquel basurero había una gran fábrica de ladrillos con humeantes chimeneas; se comenzaba por extraer la arcilla necesaria para la fabricación de los ladrillos, y luego se llenaban con detritus los huecos que esta operación producía. A los ojos de Jurgis y Ona era aquello una idea maravillosa y digna de la emprendedora América. Algo más lejos, otro gran agujero, no cegado, contenía agua. Durante todo el verano aquella agua permanecía estancada y recibía poco a poco las filtraciones de los terrenos vecinos; de este modo se calentaba al sol, y, cuando llegaba el invierno y la superficie se congelaba, se arrancaba el hielo para llevarlo al mercado de la población. Esto parecía a los recién llegados un método económico, porque no leían los periódicos y no tenían la cabeza obsesionada de prejuicios acerca de los microbios.

A la puesta del sol, aun se encontraban allí; del lado de Occidente, el cielo tomaba tintes rojo-sangre, y los techos de las casas brillaban como el fuego. Sin embargo, Jurgis y Ona no prestaron a ello la menor atención; todo su pensamiento iba hacia Packingtown, que veían tan nítidamente en lontananza. La línea de los edificios se destacaba claramente sobre el horizonte. Aquí y allá se elevan las grandes chimeneas, y el torrente de humo se dirige lentamente al fin

del mundo. Este humo, iluminado por el sol Poniente, presenta toda la gama de colores: es negro, sepia, púrpura, gris; todas las impresiones sugeridas por este antro sórdido se desvanecen en el crepúsculo, y no dan ya a estos dos seres en contemplación ante aquella fulgurante apoteosis, que poco a poco se esfuma y difumina, sino una sensación de poder. Les parecía asistir en sueños a algún maravilloso espectáculo: el de la energía humana y de las grandes cosas que ésta ha realizado; sueño de trabajo para millares y millares de hombres; sueño de libertad, de vida larga, de amor y de ventura. Cuando partieron, del brazo, Jurgis dijo:

—Mañana iré allá y encontraré trabajo.

CAPÍTULO lll

En su calidad de comerciante de *delicatessen,* Jokubas Szedvilas tenía muchos amigos. Entre estos se contaban uno de los policías especiales que Anderson empleaba a veces para elegir a sus obreros. Aun cuando Jokubas no había nunca puesto a prueba el valor de su influencia, manifestó la seguridad de procurar empleo a sus compatriotas por mediación de su amigo. Previa consulta, se convino que el policía haría una tentativa en favor del viejo Antanas y de Jonás; pues Jurgis tenía confianza en sus condiciones personales para encontrar trabajo sin la ayuda de nadie.

Como ya hemos dicho, no se equivocó en esto. Marchó a las oficinas de la Casa Brown, y no llevaba media hora de espera cuando uno de los capataces reparó en su corpulencia, que le hacía sobresalir entre los demás solicitantes, y le llamó. El diálogo que siguió fue breve, y al grano:

—¿Habla usted inglés?

—No; li-tua-no. (Jurgis había aprendido esta palabra concienzudamente.)

—¿Busca trabajo?

—*Je* (gesto afirmativo).

—¿Ha trabajado ya otras veces?

—No comprender.

(Signos y gesticulaciones por parte del capataz; vigorosos gestos negativos de Jurgis.)

—¿Sabe limpiar y palear tripas?

—No comprender. (Más gestos negativos.)

—*Zarnos. Papaiksztis. Szlwata.* (Mímica imitativa.)

—*Je.*

—¿Ve usted esa puerta? *¿Durys?* (Apuntando hacia la entrada de las dependencias.)

—*Je.*

—Mañana, a las siete. ¿Ha entendido? *¡Rytoj! ¡Priesspietys! ¡Septyn!*

—*¡Dekui, tamista!* (Gracias, señor.)

Y esto fue todo. Jurgis se marchó y después, de repente, se dio cuenta de la realidad de su triunfo. Dio un grito y un salto y echó a correr. ¡Ya tenía trabajo! ¡Ya tenía trabajo! Voló hacia su casa y entró en ella como un ciclón, con gran cólera de los numerosos huéspedes que acababan de entrar para su descanso del día, por haber trabajado de noche.

Mientras tanto, Jokubas había ido a ver a su amigo el agente de policía, y había recibido de éste algunas esperanzas; por consiguiente, todos estaban contentos. No teniendo ya otra cosa que hacer durante aquel día, se dejó la tienda al cuidado de Lucija, y su marido marchó a mostrar a sus amigos las curiosidades de Packingtown. Jokubas cumplió su cometido con todo el aire de un noble rural que muestra sus dominios a un grupo de visitantes. En realidad era allí un residente antiguo; todas las maravillas allí existentes habían nacido y se habían desarrollado ante sus ojos, y tenía en todo aquello un orgullo personal. Los fabricantes podrán ser dueños del suelo; pero él, Jokubas, reivindicaba la propiedad del paisaje, y esto nadie se lo disputaba.

Marcharon, pues, a lo largo de una calle que conducía a los "Stock-Yards" o campos donde se recibía el ganado. Era temprano, y

todo se hallaba en el máximo de actividad. Una corriente constante de empleados atravesaba la puerta en aquel momento: los de cierta categoría, como escribientes, taquígrafos, etc. Para las mujeres había vagones de dos caballos que esperaban en determinados sitios y, una vez llenos, marchaban al galope hacia las oficinas respectivas. A lo lejos se oía el mugir del ganado, como el ruido de un sótano distante. Nuestros amigos, guiados por este ruido, continuaron su camino con la misma avidez y curiosidad que los muchachos a la vista de un circo de feria, con su colección ambulante de fieras; y en verdad que el espectáculo era muy semejante. Así atravesaron las vías del camino de hierro, y entonces hallaron que a ambos lados de la calle se encontraban grandes cercados o rediles llenos de ganado vacuno. Bien hubieran querido los recién llegados detenerse para ver bien todo aquello; pero Jokubas les metió prisa para llegar a una escalera que conducía a un tablado o galería de bastante elevación y desde donde se podía, abarcando gran espacio, contemplar en conjunto todo el espectáculo. Así lo hicieron, y desde aquel lugar pudieron a su sabor, verdaderamente maravillados y casi suspendido el aliento por la emoción, apreciar la extraordinaria escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Mide aquel campo más de una milla cuadrada, y más de la mitad se halla ocupada por cercados o rediles para el ganado. Al Norte y al Sur, hasta donde la vista puede alcanzar, se extiende un verdadero mar de rediles. Y todos estaban llenos; nadie podría imaginar, al verlos, que existiera tanto ganado vacuno en el mundo. Allí se veían reses rojas, negras, blancas y amarillas; viejas y jóvenes; grandes bueyes de fuerte mugir y terneras recién nacidas; vacas lecheras de mirar dulce, y fieros toros de Taras, armados de largos y poderosos cuernos. El ruido que tal aglomeración de animales producía era tal, que cualquiera hubiera creído que allí se había juntado todo el ganado del Universo. Y en cuanto a contarlos, hubiera llevado todo el día sencillamente contar el número de rediles. Acá y allá, estos mismos rediles se hallaban separados por calles limitadas a uno y otro lado por las vallas de los cercados e interrumpidas de

trecho en trecho por barreras o compuertas. Jokubas manifestó que el número de estas barreras ascendía a veinticinco mil. Había leído recientemente un artículo en el periódico lleno de datos estadísticos semejantes y aprovechaba la ocasión para repetirlos muy ufano ante las exclamaciones de asombro de sus compañeros. También Jurgis sentía en ello su poquito de vanidad. ¿No acababa de conseguir empleo en aquel tráfago y de llegar a ser un partícipe de aquella inmensa actividad, una pieza de aquella maravillosa maquinaria?

Por las calles o avenidas mencionadas se veían galopar en todas direcciones jinetes con altas botas de montar y provistos todos ellos de sendos látigos. Parecían muy ocupados, interpelándose a cada momento unos a otros y a los que cuidaban o conducían el ganado. Algunos de estos jinetes eran arrieros, otros ganaderos llegados de luengas tierras de la Unión; muchos eran corredores, comisionistas o compradores, representantes de todas las grandes casas fabricadoras de carnes en conserva. De cuando en cuando estos jinetes se detenían para inspeccionar un grupo del ganado y cambiaban unas cuantas palabras. El comprador hacía una especie de saludo con el látigo, y esto significaba una transacción hecha; en seguida tomaba nota en un cuadernito, al lado de otros centenares de notas hechas aquella misma mañana. Después, Jokubas señaló a sus amigos el lugar hacia donde el ganado iba siendo poco a poco conducido y pesado por medio de una inmensa báscula que admitía cientos de miles de libras de una vez y registraba automáticamente los pesos. Los visitantes se encontraban cerca de la entrada que mira a levante, y a lo largo de aquella parte se extienden las vías férreas por donde corren los vagones que llegan llenos de ganado. Durante toda la noche habían estado llegando trenes así cargados, y a la sazón todos los rediles estaban llenos; pero antes de que terminara el día quedarían vacíos, y a la noche siguiente se repetiría la misma operación, continuando de misma manera todo el año.

—¿Y qué sucede con todos estos animales? —gritó Teta Elzbieta.

—Antes de llegar la noche —contestó Jokubas—, todos estarán muertos y hechos pedazos. Y al otro lado, por la parte opuesta

de las fábricas, hay otras vías férreas por donde llegan los trenes, que se llevan los productos del matadero.

El guía continuó diciendo que había unos cuatrocientos kilómetros de vía férrea dentro del recinto de los Stock-Yards. Cada día los trenes conducían sobre diez mil reses, otros tantos cerdos y cerca de la mitad de cabezas lanares, es decir, de ocho a diez millones de seres vivientes sacrificados y transformados en alimento para el hombre anualmente. A poco que el observador fuera fijándose, podría notar cierto movimiento lento pero constante de toda aquella masa, y advertir el sentido y dirección de la marea hacia los mataderos. En efecto, el ganado iba siendo conducido por grupos desde los cercados a unas salidas que comunicaban con unos caminos de quince pies de anchura y que, en plano inclinado, van elevándose sobre el nivel de los cercados. Por estos caminos la corriente de animales era siempre continua, y era cruel ver a los pobres seres marchar, apretándose unos contra otros, hacia su fin, completamente inconscientes de la suerte que les aguardaba. Aquello era un verdadero río de muerte. Pero nuestros amigos carecían de imaginación romántica, y el espectáculo no les sugirió ninguna metáfora romántica acerca de los destinos humanos. No pensaban, al ver todo aquello, sino en la poderosa organización que representaba. Los caminos destinados a los cerdos eran los que subían a mayor altura, hasta lo alto de los edificios que se veían a distancia. Jokubas explicó que de este modo los cerdos ascendían por su propio esfuerzo muscular, y después su mismo peso facilitaba el que fuesen pasando por todas las fases necesarias para transformarlos en diversos productos alimenticios.

—Aquí no se desperdicia nada —dijo el guía, y en seguida se echó a reír y añadió un chiste que sus amigos consideraron como de su propia cosecha. Todo se aprovecha en el cerdo, menos los gruñidos.

Frente al edifico donde se hallan las oficinas generales de la casa Smith hay un pequeño espacio cubierto de césped y bueno es saber que es el único pedazo verde que hay en Packingtown. Del mismo modo, el chiste acerca de los gruñidos de los cerdos que to-

dos los guías sueltan como espontáneo, es el único vestigio de buen humor que allí puede encontrarse.

Cuando nuestros amigos se cansaron de ver los cercados llenos de reses, subieron calle arriba, hacia el conjunto de edificios que ocupan el centro de los Stock-Yards. Estas construcciones de ladrillo, recubiertas de innumerables capas del humo especial de Packingtown, ostentaban por todas partes anuncios pintados, donde el visitante podía convencerse que había llegado al sitio de origen de muchos de los tormentos de su vida. Allí es donde se fabrican esos productos cuyas maravillas le han encomiado por todas partes hasta fatigarle y obsesionarle; ya con grandes carteles que le impiden ver los paisajes desde las ventanillas del tren; ya con anuncios repetidos en los periódicos y revistas; ya con llamativas pinturas colocadas en emboscada en todas las esquinas de las calles. ¡Allí es donde se fabrica el jamón y el tocino imperial de Smith, la vaca sazonada de Smith, las salchichas Excélsior Smith! ¡Allí se encuentra el cuartel general de las puras lonchas de tocino de Anderson, la res salada de Anderson, la res y el jamón de Anderson en latas, la pasta de pollo y los incomparables abonos Peerless.

Al entrar en uno de los edificios de la Anderson, encontraron los compañeros de Jokubas un buen número de otros visitantes que allí estaban aguardando. Poco tiempo después llegó un guía del establecimiento, que los condujo a los diversos departamentos de la fábrica. Se da gran importancia a las visitas de los extranjeros a las fábricas de conservas, porque constituyen una buena publicidad. Jokubas murmuró al oído de sus compañeros que los visitantes, sin embargo, no ven sino lo que los fabricantes quieren que vean.

Por una larga serie de escaleras exteriores subieron nuestras gentes cinco o seis pisos hasta llegar a lo alto del edificio. Allí encontraron el camino en plano inclinado ascendente, por donde una muchedumbre de cerdos subía con trabajo y empujándose unos a otros. Al final del plano había una explanada donde se dejaba a los animales descansar un momento para que se refrescasen, y en se-

guida, por un pasadizo, penetraban en una cámara de donde ya ningún cerdo vuelve nunca.

Aquella cámara estaba constituida por una nave larga, estrecha, con una galería a todo lo largo, destinada a los visitantes. En la extremidad que corresponde a la entrada había una gran rueda de acero de más de veinte pies de circunferencia, con anillas de trecho en trecho a lo largo de los bordes. A ambos lados de esta rueda había un espacio estrecho adonde iban llegando los cerdos al fin de su viaje; en medio de cada uno de ambos espacios se hallaba en pie un negro, alto y vigoroso, con el pecho y los brazos desnudos. En aquel momento los negros descansaban, porque la rueda estaba detenida mientras otros obreros la limpiaban. Sin embargo, al cabo de uno o dos minutos empezó a girar lentamente, y los negros de uno y otro lado reanudaron su trabajo. Cada uno de ellos tenía a mano cadenas que aseguraban por un extremo a una pata trasera del puerco que tenían más cerca, y que enganchaban por el otro extremo a uno de los anillos de la rueda. Cuando ésta giraba, el animal era violentamente arrastrado y quedaba suspendido en el aire cabeza abajo.

Al mismo tiempo, un grito de angustia, un gruñido intenso y terrible atronaba los oídos; los visitantes se estremecían de espanto; las mujeres palidecían y trataban de retroceder. Al primer clamor del animal seguía otro aún más angustioso, más fuerte y más continuado; porque, una vez en aquel camino de muerte, el cerdo ya no paraba hasta perecer. Cuando el anillo adonde estaba enganchado llegaba, por el movimiento de rotación de la rueda, a lo más alto de ésta, pasaba a un trole y el animal, oscilando cabeza abajo como un péndulo, marchaba colgando del cable movible a lo largo de la cámara. En seguida, otro cerdo era enganchado y suspendido del mismo modo, y luego otro, y otro, hasta formar una doble fila, todos colgando de una pata trasera, pataleando y gruñendo desesperadamente. El ruido resultante era tremendo, aterrador y capaz de romper los tímpanos de los visitantes. Parecía que la sala no era suficiente para resistir tal estruendo, y que techo y muros se iban a venir abajo. Se percibía toda clase de gruñidos, unos agudísimos, otros

graves y sordos, todos alaridos de agonía. De cuando en cuando había un momento como de calma, pero en seguida se reproducía el fragor aun más horripilante.

Esto era demasiado para algunos de los concurrentes. Los hombres se miraban unos a otros y reían nerviosamente para ocultar su impresión; las mujeres crispaban las manos, cambiaban de color y no podían contener las lágrimas.

Entretanto, los obreros allí empleados, sin detenerse ante estas cosas, continuaban su trabajo. Ni los alaridos de los cerdos, ni las exclamaciones y lágrimas de los visitantes les preocupaban en lo más mínimo. Uno por uno, los animales colgados, conforme iban pasando delante de ellos, recibían una rápida y tremenda cuchillada que les abría el pecho; manando sangre y gruñendo y pataleando todavía, continuaban marchando arrastrados por el cable movible hasta que caían sumergidos de un golpe, y los más de ellos aún en el estertor de la agonía, en un inmenso tanque de agua hirviendo.

Todo esto se hacía tan metódica y maquinalmente que el espectador, en medio del horror que experimentaba, quedaba fascinado. Era aquello una matanza a máquina y la preparación de cerdos por medio de matemática aplicada. Y, sin embargo, aun las personas menos sensibles no dejaban de pensar en los pobres cerdos. ¡Eran estos tan inocentes, habían llegado allí tan confiados, eran tan humanas sus protestas y tenían tanta razón en ellas! En verdad, los pobres animales no habían hecho nada para merecer tal fin; era añadir el insulto a la injuria engancharlos, colgarlos y degollarlos con tal sangre fría, sin mostrar por ellos la menor compasión, sin la menor excusa y sin el homenaje de una lágrima. De cuando en cuando, alguno de los visitantes lloraba, pero la máquina de matar continuaba funcionando, hubiera o no espectadores. Era aquello como un horrible crimen cometido en una mazmorra y sepultado después en el olvido.

No se podía contemplar largo tiempo esta escena sin sentirse inclinado a filosofar, sin empezar a encontrar símbolos y semejanzas, sin oír el alarido universal de toda la especie porcina. ¿Era po-

sible creer que en ninguna parte de la tierra, o más allá de la tierra, no haya un paraíso para los puercos, donde vean recompensados todos sus sufrimientos? Cada uno de estos pobres animales era una criatura completa, un ser sensible. Los había blancos, negros, pardos y manchados; unos eran viejos, otros jóvenes; unos grandes y delgados, cuales monstruos por lo gordos. Y todos y cada uno tenían una individualidad, una voluntad y esperanzas y deseos; cada uno de ellos estaba en la plenitud de la confianza en sí mismo, de su importancia y de su dignidad. Confiados y tranquilos seguían su camino e iban cumpliendo su misión, en tanto que una sombra negra los amenazaba y un destino horrible les aguardaba al paso. De repente, aquella sombra se lanzaba sobre ellos y los amarraba; inexorable, implacable, sorda a sus alaridos y protestas, ejercía sobre ellos su cruel voluntad, como si los deseos, los sentimientos de aquellos seres no existiesen en absoluto. Y los degollaba y contemplaba inalterable mientras de ellos se escapaba la vida. Ahora bien, ¿habría alguien que no creyera en la existencia de algún dios de los cerdos para quien la personalidad de estos animales sea preciosa y para quien sus gritos de agonía tengan significado? ¿Quién tomará a este ser sensible en sus brazos, le consolará y le recompensará por su misión bien cumplida y le mostrará el significado de su sacrificio? Acaso nuestro Jurgis en su humilde espíritu tuvo algún vago vislumbre de todo esto cuando, al volverse para marchar de allí con el resto de sus amigos, exclamó:

—*¡Diewes!* ¡Cuánto me alegro de no ser cerdo!

Los cadáveres de los cerdos se sacaban del tanque de agua hirviendo por medio de una máquina, y de allí descendían a otro piso, pasando por un complicado mecanismo provisto de numerosos rascadores que, adaptándose al tamaño y forma del animal, lo despachaban a otro departamento con la piel completamente limpia de cerdas.

Suspendido nuevamente el animal de otro trole, partía para otro viaje. Esta vez el cuerpo pasaba por entre dos filas de operarios sentados en una plataforma, cada uno de los cuales ejecutaba una operación distinta a medida que el cerdo sacrificado pasaba delante

de él. Uno limpiaba perfectamente la parte superior de una pierna, otro la inferior. Un obrero, de una sola cuchillada, abría el cuello; otro, de dos tajos, cortaba a cercén la cabeza, que caía al suelo y desaparecía por una trampa. El de más allá abría el cuerpo en canal, y el siguiente ensanchaba la abertura; un tercero, provisto de una sierra, cortaba el esternón; el cuarto destacaba las entrañas que el quinto cortaba y separaba, echándolas por otra trampa. Al mismo tiempo, otro hombre limpiaba cuidadosamente el lomo, otros los costados y, en fin, algunos limpiaban el interior del cuerpo, lo preparaban y lo lavaban. En suma: mirando a lo largo de la nave, se veía avanzar lentamente una fila de cerdos colgados, de más de cien metros de longitud. De metro en metro, había un hombre trabajando como un demonio. Al fin de esta peregrinación del cerdo sacrificado, cada pulgada de su cuerpo había sido reconocida y tratada varias veces; y, por último, el cuerpo, despojado como queda dicho, pasaba a unas inmensas cámaras frigoríficas, donde permanecía veinticuatro horas, y donde una persona extraña se podría perder en medio de aquella muchedumbre de cadáveres helados.

Antes que los cuerpos sean admitidos en las cámaras frigoríficas deben, sin embargo, pasar ante un inspector del Gobierno, sentado a la entrada de aquéllas, y el cual palpa las glándulas del cuello para reconocer si el animal estaba o no atacado de tuberculosis. Este inspector oficial no tenía el aire de un hombre agobiado por el trabajo. Al parecer no le preocupaba el riesgo de que el cerdo pudiera pasar a la cámara frigorífica sin que hubiera terminado por completo su reconocimiento. Si son ustedes personas sociables, entra de buena gana en conversación con ustedes y explica la naturaleza mortífera de las toxinas que se encuentran en la carne del cerdo tuberculoso. Y, mientras les habla, no sean tan descorteses y desagradecidos haciéndole notar que, en el entretanto, una docena de cuerpos han pasado sin su reconocimiento.

Este inspector lleva un magnífico uniforme azul, con botones dorados; comunica cierta atmósfera de autoridad a todo el departa-

mento y parece como que pone el sello de aprobación oficial a todo lo que se hace en la casa Anderson.

Jurgis, con los demás visitantes, siguió toda la fila antes descrita de los cerdos sacrificados, mirándolo todo con la boca abierta y estupefacto de admiración. También había asistido a la matanza de cerdos allá en los bosques de Lituania; pero nunca se le hubiera ocurrido que en la preparación de cada cabeza intervinieran cientos de hombres. Todo lo que veía era para él como un poema maravilloso, creyendo con la mayor ingenuidad en todo. Hasta en los llamativos carteles en que se exigía a los empleados una limpieza inmaculada. Así es que se sintió algo apabullado cuando el cínico Jokubaz tradujo los carteles, haciendo picarescos comentarios y prometiendo llevarle a los departamentos secretos donde se arreglan y componen las carnes desechadas.

El grupo de visitantes pasó después al piso inferior inmediato, donde se tratan y preparan los despojos. En una sala se recibían los intestinos que se limpiaban, lavaban y preparaban para destinarlos después a la confección de embutidos; allí, hombres y mujeres trabajaban en medio de una hediondez asfixiante, los espectadores procuraron pasar de largo para no morirse de asco. En otra cámara se recibían otros despojos destinados a la cuba, es decir, a ser hervidos en agua para separar la grasa, con la cual se preparaba después manteca y jabón. Más abajo se recogían los últimos desperdicios; pero también por este departamento pasaron de largo los visitantes. En otros lugares había obreros dedicados a descuartizar los cuerpos procedentes de las cámaras frigoríficas. Primero estaban los abridores, o sea los operarios más hábiles de toda la casa, que ganan hasta medio duro por hora, y los cuales no hacen otra cosa en toda la jornada sino partir cerdos de arriba a abajo. Después venían los cortadores, gigantes con músculos de acero, cada uno auxiliado por dos ayudantes. Estos llevaban cada mitad del cerdo ante el cortador y la sostenían en una mesa mientras su principal la cortaba en varios sentidos. Cada cortador estaba provisto de una enorme cuchilla, de unos dos pies de longitud, y nunca daba con ella más que

un solo corte en un sentido determinado; y este corte era dado con tal limpieza y exactitud, que la cuchilla nunca atravesaba el trozo de cerdo para irse a clavar el filo en la mesa. La fuerza del golpe iba tan perfectamente medida, que quedaba cortada la carne, pero nada más. De este modo, por varios agujeros practicados en el piso, iban cayendo al departamento inferior las diversas piezas cortadas. En una sala caían los jamones, en otra los cuartos delanteros, en otra los costados. Se podía descender también a este otro departamento y visitar los saladeros donde se ponían los jamones en grandes cubas; las cámaras de ahumar con sus puertas de hierro para impedir en absoluto el paso del aire. En otras cámaras se salaban las lonjas de tocino, de las cuales había sótanos completamente llenos, formando torres que llegaban hasta el techo. En fin, en otros departamentos se empaquetaban las carnes en cajas o en barriles; se envolvían los jamones y el tocino en papel empapado de aceite; y por último, los paquetes se enfundaban, se sellaban y se etiquetan. A las puertas de estos departamentos llegaban obreros con carretillas de mano que recogían los bultos y los trasladaban a un andén, junto al cual aguardaban los vagones que habían de ser cargados. Cuando el visitante sale, también por una de estas puertas, se entera con sorpresa que está al nivel del piso de la calle, es decir, que insensiblemente ha atravesado de arriba a abajo todo el inmenso edificio en donde entró por junto al tejado.

Después, nuestros amigos atravesaron la calle y fueron al departamento donde se sacrifican las cabezas vacunas, y en el que se matan, desuellan, cortan y preparan cuatrocientas o quinientas reses por hora. A diferencia del departamento que acababan de dejar, en este otro matadero todo el trabajo se hacía en un solo piso; y en vez de una línea de cuerpos de animales muertos, que se va moviendo automáticamente ante los operarios, había quince o veinte filas y los obreros pasaban de una fila a otra continuamente. Esto constituía una escena de extraordinaria actividad, un cuadro del poder humano digno de verse. Todo esto se efectuaba en una gran nave en forma de anfiteatro, con una galería en el centro para visitantes.

A uno de los lados de la gran nave corría otra galería estrecha, elevada algunos pies sobre el piso general. Hacia esta galería conducen el ganado unos hombres provistos de aguijones eléctricos. Una vez reunidas allí las reses, cada una de ellas queda separada de las demás y prisionera en una especie de celda formada con compuertas que caen repentinamente, no dejando sitio al animal para revolverse. Mientras la res, en aquel estrecho encierro, muge y patalea, un matarife armado de un gran martillo llega por la parte superior y aguarda el momento oportuno para dar el golpe de muerte. El ruido de los martillazos, que se suceden sin cesar; el de los cráneos, al ser rotos del golpe, y el del pataleo de los pobres animales, retumba continuamente en toda la gran nave. En el instante en que el animal cae, el matarife pasa a repetir la operación con otro. Entretanto, otro obrero, por medio de una palanca, hace que se incline el piso de la celda, y la res, todavía luchando y forcejeando en el estertor de la agonía, resbala al lecho de muerte, donde un hombre le engancha una cadena a una de las partes traseras, y, con otro movimiento de palanca, el cuerpo del animal sale colgando, elevado por los aires.

Jurgis vio cómo al lado de la gran nave había quince o veinte de estas celdas o toriles, y cómo en un par de minutos eran derribadas, heridas de muerte, las quince o veinte reses que allí encerraban, para luego hacerlas resbalar y salir colgando. Una vez vacíos los toriles, otro lote de animales entraba a llenarlos respectivamente; de modo que de cada uno de estos encierros fluía de continuo una corriente de reses sacrificadas, que eran recogidas inmediatamente del lecho de muerte y lanzadas hacia la gran nave. Era aquello un espectáculo tal, que, una vez visto, no se olvidaba nunca. Los obreros allí ocupados trabajaban con una furiosa actividad; corrían, literalmente, de un lado al otro, y con nada podía compararse aquel ir y venir y aquel teje-maneje, como no fuera con un partido de futbol.

Pero todo ello era simplemente un trabajo especializado en extremo, en el que cada operario tenía su misión particular. Ésta consistía, por lo general, para cada uno, en dar solamente dos o tres cortes especiales sobre cada res, de modo que cada obrero recorría

la fila de quince o veinte reses para dar a cada cuerpo los cortes que le correspondían.

Primero llegaba el degollador para sangrar al animal. Consistía la operación en una sola cuchillada, tan rápida, que sólo se veía el fulgor de la hoja al blandir el cuchillo, y, antes de que el observador pudiera darse cuenta, el obrero pasaba a la fila siguiente, y un torrente de sangre roja caía al suelo manando de las reses. En éste siempre había una capa de sangre de media pulgada de espesor, a pesar de los continuos esfuerzos de los obreros empleados en empujar el líquido hacia los sumideros dispuestos al efecto. Por fuerza el piso debía estar muy resbaladizo; pero nadie lo creería, al ver el modo como los operarios corrían de un lado para otro.

Se dejaban colgados los animales durante algunos minutos para que se desangrasen; sin embargo, no se perdía tiempo ninguno, porque siempre había varios cuerpos suspendidos en cada fila, y siempre alguno dispuesto para continuar en él las operaciones sucesivas. Se dejaba entonces caer al suelo y llegaba en seguida al encargado de decapitar, que, de dos o tres rápidas cuchilladas, separaba la cabeza del tronco; otro obrero daba inmediatamente un corte en la piel, y, casi al mismo tiempo, otra media docena de individuos, trabajando con rapidísima sucesión, dejaban la res desollada. Después de esto, el cuerpo quedaba suspendido otra vez, y, entre tanto, un hombre examinaba la piel para asegurarse de que estaba entera, sin cuchilladas ni perforaciones, y otro la arrollaba en seguida y la hacía desaparecer por una de las consabidas trampas del suelo, mientras la res desollada proseguía su camino. Unos obreros la abrían en canal, otros la descuartizaban, otros separaban las entrañas, otros limpiaban y lavaban el interior. Los había que, en seguida, lanzaban, por medio de mangas, chorros de agua hirviendo sobre todas las porciones, y quienes cortaban los pies y hacían las operaciones finales. Por último, igual que en el departamento de los cerdos, el resultado de todo esto pasaba a las cámaras frigoríficas, donde permanecían el tiempo necesario. A estas cámaras se conducía a los visitantes, donde podían ver las reses colgadas en orden

perfecto y cuidadosamente marcadas con el sello de los inspectores del Gobierno. Algunas, sacrificadas por un procedimiento especial, llevaban el signo rabínico, certificando que los israelitas ortodoxos podían consumir aquella carne. Después, los visitantes eran conducidos a otros departamentos del edificio donde podían ver lo que se había hecho con todas las porciones que habían desaparecido bajo el piso de la nave principal. Así vieron los saladeros, los talleres donde se preparaba la carne en latas y en botes, los salones de empaquetado y embalado, y, en fin, todos los departamentos destinados al arreglo de las carnes más selectas para ser expedidas en vagones refrigerantes y destinadas al consumo en todo el orbe civilizado.

Después, Jokubas y toda su compañía salieron de los mataderos y vagaron por el laberinto de edificios donde se efectúa todo el trabajo accesorio de esta gran industria. Prácticamente no había cosa alguna necesaria para la marcha de su negocio que la casa Anderson y Compañía no fabricase por sí misma. Allí había una gran instalación de motores de vapor y una gran instalación eléctrica; un inmenso taller de tonelería, y otro para recomponer calderas; un edificio al que llegaba la grasa por cañerías especiales, y donde con ella se elaboraba jabón y manteca; y había, asimismo, un departamento donde se fabricaban cajas a propósito para el primero y botes de hojalata para la segunda. En otro edificio se lavaban, limpiaban y secaban las cerdas y crines para hacer cojines de cabello y cosas semejantes; más allá se desecaban y curtían las pieles; en otro departamento, con las cabezas y los pies de las reses, se preparaba pegamento, y, más lejos, los huesos y otros productos de desecho se transformaban en fertilizantes. En rigor, ni la más pequeña partícula de material se perdía en la gran casa de Durham. Con los cuernos de las reses vacunas se hacían peines, botones, horquillas para el pelo e imitaciones de marfil. Con los huesos largos se fabricaban mangos de cuchillo, cepillos para los dientes y boquillas para fumar; con las pezuñas se hacían también horquillas y botones y los residuos se transformaban en pegamento. De los pies, articulaciones, raspaduras de piel y tendones se obtenían productos tan heterogéneos y tan

distintos como gelatina comestible, cola de pescado, fósforo, negro animal, betún para el calzado y aceite de huesos.

Allí había talleres donde se peinaban y trabajaban las crines de las colas de los toros, y departamentos para esquilar las pieles de oveja y cardar la lana resultante. Laboratorios donde se obtenía pepsina de los estómagos de los puercos, albúmina de la sangre y cuerdas de guitarra de las tripas malolientes. En definitiva, cuando de un producto ya no se podía obtener más materia útil, el residuo final se llevaba primero a la cuba para extraer toda la grasa y luego se transformaba en abono. Todas estas industrias tan distintas se hallaban establecidas en edificios próximos unos a otros y en comunicación, por medio de galerías y vías férreas, con el establecimiento principal, y se calculaba que, desde la fundación de la casa por el viejo Durham, una o dos generaciones antes de la actual, se habían sacrificado y aprovechado allí más de doscientos cincuenta millones de animales. Si, además de la de Anderson, se tienen en cuenta las grandes casas análogas establecidas en Chicago (y que, en realidad, hoy día no forman en conjunto más que una sola), se podrá apreciar, como Jokubas decía a sus acompañantes, que aquello constituía la mayor agregación de trabajo y capital que se había visto reunida en una sola localidad. Allí se empleaban treinta mil personas; otras doscientas cincuenta mil dependían directamente, en la vecindad, de esta inmensa instalación, y de ella obtenían su sustento; e indirectamente más de medio millón de personas vivían a costa de estas industrias que remiten sus productos a todas las comarcas del mundo civilizado y suministran artículos alimenticios a más de treinta millones de seres humanos.

Jurgis y sus compañeros veían todas estas cosas con la boca abierta y les parecía imposible que una organización tan vasta, tan estupenda, hubiera podido ser concebida por un simple mortal. Por eso Jurgis consideraba casi como una profanación hablar del establecimiento como lo hacía Jokubas; con comentarios satíricos y escépticos. Aquello era una cosa tan tremenda como el Universo mismo, y su organización, sus leyes y sus movimientos eran tan incomprensi-

bles como indiscutibles. A Jurgis le parecía que todo lo que un simple mortal podía hacer era tomar aquello tal como lo encontraba y obrar como se le ordenara. Ser recibido en aquel lugar y formar parte de aquella maravillosa actividad le parecía una bendición tan digna de agradecer como el sol y la lluvia. Además, Jurgis se alegraba mucho de no haber visto aquella prodigiosa instalación antes de conseguir el triunfo de lograr allí empleo, porque calculaba que la contemplación previa de aquella inmensidad le habría acobardado; pero ahora no. Ya estaba admitido y formaba parte de todo aquello. Sentía como si aquella grandeza lo hubiera tomado bajo su protección y se hiciera responsable de su porvenir y prosperidad.

Era tan inocente y se hallaba tan ignorante de la índole de aquel negocio, que no apreciaba un hecho gravísimo, una diferencia tremenda, a saber: que el había entrado al servicio de Smith's y que, para todo el mundo, Smith's y Anderson's eran enemigos y rivales mortales, a los que las mismas leyes del país ordenaban hacer cuanto pudiesen para arruinarse el uno al otro, bajo pena de multa y encarcelamiento.

CAPÍTULO IV

Con toda puntualidad, a las siete de la mañana del día siguiente, Jurgis se presentó a trabajar. Acudió a la puerta que se le había indicado y en ella estuvo esperando más de dos horas. El capataz le había querido dar a entender que entrara pero no se lo había explicado claramente, de modo que Jurgis no lo comprendió. De esta suerte, sólo cuando el capataz salió para contratar otro obrero, fue cuando se encontró con Jurgis. Le echó una buena rociada de insultos, pero como el lituano no entendió una palabra, no le hicieron ninguna impresión. Jurgis siguió al capataz, y éste, volviendo a entrar en el departamento, le mostró dónde debía dejar su traje de calle y aguardar a que le trajesen la indumentaria de trabajo, que se había com-

prado para él la víspera en una tienda de viejo. Una vez ataviado, el capataz lo llevó al matadero de ganado vacuno y a la sección de los lechos de muerte.

El trabajo encomendado a Jurgis era muy sencillo, y sólo necesitó unos cuantos minutos para aprenderlo. Se le dio una especie de escoba muy dura, como la que usan los barrenderos de las calles, y su obligación consistía en marchar tras el obrero encargado de arrancar las entrañas humeantes del cuerpo de la res, barrer dichas entrañas y empujarlas para que cayeran por una trampa que se cerraba en seguida, para que ninguno de los que allí trabajaban cayesen por ella. Al llegar Jurgis acababa justamente de llegar el primer lote de ganado que había de sacrificarse aquella mañana. Por lo tanto, no tuvo tiempo de mirar a su alrededor, ni menos de ponerse a hablar con nadie, empezando en seguida a trabajar. Era un día caluroso de julio, y el local estaba lleno de sangre caliente que le llegaba a los tobillos. El hedor era casi insoportable pero, para Jurgis, no significaba nada. Su espíritu rebosaba de alegría. ¡Tenía trabajo y ganaba dinero! Todo el día se repetía esto mentalmente. Su salario alcanzaba la fabulosa suma de diecisiete centavos y medio por hora, y, como fue una jornada de muchas prisas, trabajó hasta las siete de la tarde; de modo que, al volver a su casa, pudo informar a su familia que había ganado, en un solo día, ¡un jornal de un dólar y medio!

En la casa le esperaban también buenas noticias, de modo que en seguida se improvisó casi una verdadera fiesta en la sala que Aniela tenía para todo. Jonás había tenido una entrevista con el policía especial a quien Szedvilas le había presentado. Éste, a su vez, le había llevado a ver a varios capataces, y uno de ellos le había prometido una ocupación para el principio de la semana siguiente. Por su parte, Marija Berczynskas, inflamada de celos ante el éxito de Jurgis, había ido sola, y bajo su propia responsabilidad e iniciativa, a encontrar un sitio donde trabajar. Marija no llevaba consigo más recomendación que sus poderosos brazos y la palabra *job*, a costa de mucho esfuerzo aprendida. Toda la jornada se la pasó corriendo de un lugar a otro en Packingtown, y entrando en todos los sitios don-

de veía gente trabajando. A veces se la expulsaba con malos modos; pero Marija no temía a Dios ni al diablo. Se dirigió a todos los que encontró a su paso, visitantes, forasteros, a los trabajadores como ella y aún, una o dos veces, a los altos y solemnes personajes de las oficinas, que la miraron de arriba abajo como creyendo que estaba loca. Al fin, sin embargo, vio recompensada su perseverancia. En uno de los establecimientos más pequeños, llegó a una sala donde algunas docenas de mujeres y muchachas, sentadas ante largas mesas, preparaban latas de carne de res curada al humo. Vagando después, por una y otra sala del mismo departamento, llegó a un sitio donde se pintaban y etiquetaban las latas y donde tuvo la fortuna de encontrar a la capataz. Marija no comprendió entonces, como estaba destinada a comprender más tarde, cuánto agradó a la capataz la combinación de una fisionomía llena de animación y buen humor con la musculatura de un caballo de trabajo. No entendió sino que la mujer le dijo volviera al día siguiente y trataría de ver si aprendía a pintar latas. Este trabajo exigía cierta habilidad y se pagaba a dos duros por día; así es que Marija corrió a su casa y entró dando gritos como un indio comanche, danzando y saltando de alegría por la habitación, hasta el punto de asustar al pobre pequeñuelo, que casi tuvo una convulsión de miedo.

Difícilmente se podría esperar mejor suerte. No quedaba ya más que uno de ellos a quien le faltaba encontrar ocupación. Jurgis había decidido que Teta Elzbieta se quedaría en la casa para todos los cuidados del hogar, y que Ona la ayudaría. No quería Jurgis que Ona saliera a trabajar afuera. Esto era indigno de él, decía él mismo, y no era conveniente para ella. Sería extrañísimo que él no pudiera sostener a la familia con el auxilio que aportaron Jonás y Marija al vivir con ellos. Tampoco quería ni oír siquiera que los muchachos trabajaran. En América había escuelas donde, según había oído, se podía enviar a los niños y se les instruía gratuitamente. No tenía entonces la menor idea de que el sacerdote podría poner reparos a esas escuelas, y, por lo pronto, quedó decidido que los hijos de Teta Elzbieta disfrutarían de las mismas ventajas que los demás niños.

El mayor, Stanislovas, no tenía más que trece años, y estaba poco desarrollado para su edad; y aún cuando el hijo mayor de Szedvilas, que tenía doce años, hacía más de uno que trabajaba en la casa Jones, quiso Jurgis que Stanislovas aprendiera el inglés y fuera un obrero calificado.

No quedaba, pues, por resolver más que lo relativo al viejo Dede Antanas. Respecto a él, Jurgis hubiera querido también que descansara; pero tuvo que reconocer que tal cosa era imposible. Además, el buen viejo no quería que se hablara siquiera de que él hubiera de estar ocioso. Tenía la pretensión de creerse tan activo y tan boyante como un joven. Había ido a América tan lleno de esperanza como los demás y sin embargo, constituía el problema que más preocupaba a su hijo. Porque todos aquellos a quienes Jurgis había acudido le aseguraban que era perder el tiempo el buscar ocupación para un viejo en Packingtown. El mismo Szedvilas le dijo que los grandes fabricantes no conservaban ni aun a los obreros que habían envejecido a su servicio, mucho menos admitirían entonces a los de edad. Y no sólo era la regla allí, sino en toda América. Para satisfacer a Jurgis había pedido el parecer del policía, y éste le manifestó que no había ni qué pensar en ello. Todo esto no se lo habían dicho al viejo Antanas y, en consecuencia, éste había pasado dos días errante por los Stock-Yards buscando trabajo infructuosamente. Así es que, cuando volvió a casa, fue para ser testigo del buen éxito de los jóvenes. Sonrió, sin embargo, valerosamente y dijo que otro día le llegaría el turno.

En vista de como se les presentaba la suerte, creyeron que tenían derecho a pensar en el modo de crearse un hogar. Sentados en el umbral de la puerta, en aquella velada de verano, conversaron largamente acerca del asunto, y Jurgis aprovechó la ocasión para exponer una gran idea. Pasando aquella mañana por la avenida que le conducía al departamento donde trabajaba, había visto dos muchachos que iban dejando unos anuncios casa por casa y, notando que estos anuncios llevaban grabados, pidió uno, lo enrolló y se lo metió en el bolsillo. A medio día otro obrero con quien

estuvo hablando, se lo leyó y le dio algunas ligeras explicaciones sobre su contenido, y el resultado fue concebir un propósito verdaderamente trascendental.

Presentó, efectivamente, a sus compañeros el prospecto aludido, que era, verdaderamente, una obra de arte. Tenía aproximadamente dos pies de longitud y se hallaba impreso en papel satinado, con colores elegidos y tan brillantes, que relucían aun a la luz de la Luna. En el centro del anuncio iba representada una casa magníficamente pintada, nueva y reluciente. El techo parecía de púrpura guarnecido de oro; los muros de plata, y las puertas y ventanas de color rojo brillante. Formaba un edificio de dos pisos, con un pórtico al frente y decorados de fantasía, en madera tallada a los lados. Estaba completa y perfecta hasta en los menores detalles. Se veía, por ejemplo, la aldaba y el tirador de la puerta; junto al pórtico había colgada una hamaca, y cortinillas de encaje blanco en las ventanas. Debajo de todo esto, en una esquina, estaban representados un marido y su mujer abrazándose tiernamente; en la esquina opuesta se veía una cuna con cortinas, sobre las cuales descendía un querubín sonriendo y con argentadas alas. Tal vez por miedo de que todo esto no fuera comprendido, el prospecto llevaba una inscripción en polaco, en lituano y en alemán. *Dom. Nemai. Heim.* "¿Por qué pagar un alquiler? —preguntaba esta poliglota circular. ¿Por qué no ser propietario de su casa? ¿No saben que es posible comprar una por una cantidad menor que la que se paga por alquiler? Hemos construido miles de casas que están al presente ocupadas por familias felices." Así pues, el anuncio era elocuentísimo y pintaba las dichas de una familia en una casa donde no hay que pagar el alquiler. Además, se citaba la famosa canción inglesa *Hogar dulce hogar*, permitiéndose traducirla al polaco; pero, por algún motivo, se omitía su traducción en lituano. Acaso el traductor encontró difícil ser sentimental en un lenguaje en el que al sollozo se le llama *guckziojimas* y a la sonrisa *nusiszypsojimas.*

Toda la familia estuvo largo tiempo considerando este documento, y en particular Ona estudió, palabra por palabra, todo su contenido. Según aparecía, la casa estaba constituida por cuatro

grandes estancias, además de un gran sótano; y podía comprarse por mil quinientos dólares, incluyendo el solar. De toda esta suma sólo había que pagar trescientos dólares al contado, y el resto a razón de doce dólares por mes hasta la extinción de la deuda. Eran estas unas cantidades terribles; pero estaban en América, donde la gente habla de miles como si tal cosa. Nuestros amigos habían oído que tendrían que pagar, cuando menos, un alquiler de nueve dólares al mes por un piso muy reducido, a no ser que una familia de doce personas pudiera continuar viviendo en montón en una o dos habitaciones, como a la sazón vivían. Si bien, pues, tenían que pagar un alquiler bastante crecido, tendrían que pagarlo siempre, mientras que, haciendo solamente un sacrificio al principio por el procedimiento que anunciaba el prospecto, llegaría un tiempo en el que no tendrían ya que pagar alquiler alguno por el resto de sus días.

En vista de esto, empezaron a hacer sus cálculos. A Teta Elzbieta le quedaba todavía algún dinero, y otro poco a Jurgis. Marija llevaba todavía cosidos a las medias unos cincuenta duros, y el abuelo Antonio conservaba también parte de la corta cantidad que habla recibido por la venta de su granja. Reuniendo todos estos recursos, tenían sin duda suficiente dinero para hacer el primer pago de trescientos dólares, y si conseguían empleo, de suerte que pudiesen asegurar el porvenir, indudablemente el adquirir una casa era posible y resultaba a la larga el mejor plan. Sin embargo, el asunto no era para tratarlo a la ligera; al contrario, era cuestión que debía estudiarse a fondo y en sus menores detalles. Por otra parte, si se arriesgaban a correr la aventura, cuanto más pronto, sería mejor; porque, entre tanto, pagaban alquiler y vivían de un modo horrible. Jurgis estaba acostumbrado a la suciedad. Nada puede asustar a un hombre que ha formado parte de una cuadrilla de obreros que removían la tierra para la construcción de un ferrocarril en Rusia; obreros que duermen amontonados en recintos donde las pulgas pueden cogerse a puñados. Pero Ona de ningún modo debía continuar de aquella manera. Era preciso buscar lo más pronto posible un alojamiento mejor que el que tenía. Jurgis decía todo esto con la

seguridad de un hombre que acababa de ganar un dólar y cincuenta y siete centavos en una sola jornada. El buen lituano no podía comprender cómo, con salarios como aquellos, muchas gentes de la vecindad vivían de aquella manera.

Al día siguiente, Marija fue a ver a su capataz y ésta le dijo que se presentase al principio de la semana siguiente para aprender el oficio de pintar latas. Marija volvió a casa cantando a grito herido por todo el camino, y llegó al mismo tiempo que Ona y su madrastra salían, también, para enterarse respecto a la casita del anuncio. Por la noche, las tres dieron cuenta a los hombres de lo que habían averiguado. Todo era exactamente como decía el prospecto; por lo menos así lo manifestaba el agente o representante a quien habían visto. Las casitas se hallaban al sur, a dos kilómetros de los Stock-Yards. Aquel caballero les había asegurado que eran verdaderas gangas. Ésta era su opinión personal, y lo manifestaba así por el propio bien de los clientes pues, en cuanto a él, no tenía interés ninguno en la venta, siendo, como era, un simple agente de la Compañía que las había construido. Además, aquellas casas eran las últimas, porque la compañía iba a dejar el negocio; de suerte que, si alguien quería aprovecharse de aquella magnífica combinación para no pagar alquiler, debía decidirse en seguida. En realidad tenía dudas de si habría ya libre una sola casa, pues él mismo había llevado mucha gente a verlas y no sabía si hasta la última se habría ya vendido. Viendo el disgusto que mostró Teta Elzbieta al oír tales noticias, el agente, después de manifestar alguna vacilación, les dijo que, si realmente tenían intención de comprar, telefonearía, a su propio costo, pidiendo que se reservase una de las casas. Así lo hizo en definitiva, y quedaron convenidos en ir a verla en la mañana del domingo inmediato.

Esto era un jueves, y durante toda la semana, los matarifes de la casa Brown trabajaron sin descanso; de suerte que Jurgis llegó a ganar un dólar y setenta y cinco centavos por día. Esto representaba diez dólares y medio a la semana, y cuarenta y cinco al mes. Jurgis no entendía de aritmética, y sólo sabía echar cuentas cuando se tra-

taba de cantidades muy sencillas; pero Ona era muy lista para estas operaciones, e hizo en un momento los cálculos para toda la familia. Marija y Jonás deberían pagar dieciséis dólares mensuales cada uno como hospedaje. El viejo Antanas insistió en que él podía pagar otro tanto en cuanto encontrase ocupación, la cual conseguiría de un día a otro. Con esto y el salario de Jurgis resultaban ya noventa y tres dólares. Por otra parte, Marija y Jonás pagarían la tercera parte de la mensualidad para la adquisición de la casa, de modo que Jurgis no tuviera que contribuir más que con las otras dos terceras partes, o sea con ocho dólares. De este modo les quedaban ochenta y cinco dólares al mes para el sostenimiento de los doce que constituían la familia; y suponiendo que Dede Antanas no pudiera encontrar trabajo en seguida, sesenta y nueve o setenta dólares.

El domingo por la mañana, y con una hora de anticipación, toda la familia salió a ver la casa. Llevaban las señas escritas en un papel que iban mostrando de cuando en cuando a los que encontraban en el camino, con objeto de que les señalasen la dirección debida. Resultó que la milla y media de que había hablado el agente era una distancia mucho más larga pero, en fin, la anduvieron; llegaron al sitio convenido, y aún tuvieron que esperar más de media hora antes de que el agente se presentase. Era éste un sujeto de aspecto agradable, de fisonomía atractiva, elegantemente vestido y que hablaba el lituano con gran facilidad, lo cual le daba mucha ventaja para tratar con nuestros amigos.

Les llevó hasta la casa que para ellos se había reservado, una de tantas en una larga fila, todas iguales y de la misma hechura típica que tenían todas las construcciones de aquellos alrededores; construcciones en las cuales el arte arquitectónico es un lujo del que se prescinde por completo. A Ona se le cayó el alma a los pies al ver que la casa no era, ni mucho menos, tal cual se representaba en el prospecto; por una parte, los colores eran muy diferentes y, además parecía mucho más pequeña. Sin embargo, estaba recién pintada y hacía bastante efecto. El agente les dijo que era completamente nueva, ponderándola mucho y hablando con tal volubilidad que los

aturdía y no les daba tiempo para hacerle preguntas. En efecto, los lituanos habían pensado en muchas cosas relativas a la casa, acerca de las cuales querían enterarse bien; pero, al llegar el momento crítico, o las olvidaron o no se atrevieron a preguntárselas al agente. Cuando ellos abrían la boca para insinuar alguna duda o deseos de enterarse de algo, el agente salía a su encuentro manifestando que había que decidirse en seguida, por que otros compradores estaban listos para adquirirla. A nuestros amigos les pareció, entonces, que insistir en sus reparos parecería poner en duda las palabras de aquel personaje y, en realidad en toda su vida ninguno de ellos había hablado con un caballero de su clase sino con respeto y aun humildad.

La casa tenía una especie de sótano, con el piso unos dos pies más bajo que el nivel de calle y encima de este sótano otro piso, como a unos seis pies de altura, y al que se subía por un solo tramo de escalera. Además, había unas buhardillas formando la coronación del edificio, las cuales tenían una ventanita en cada extremo. La calle a que correspondía la casa estaba sin empedrar y sin faroles; la vista, todo alrededor, consistía en unos cuantos edificios, muy pocos, enteramente análogos, esparcidos aquí y allá, en terrenos invadidos por hierba sucia y amarillenta. El interior de la casa consistía en cuatro habitaciones, con las paredes blanqueadas, en lo que se podía llamar el piso principal. El sótano no tenía siquiera los muros enyesados, y el suelo no ostentaba ni ladrillos ni tarimas. El agente les explicó que las cases se construían de aquel modo porque los compradores preferían, generalmente, arreglar los sótanos a su gusto. Las buhardillas estaban también sin concluir, lo cual trastornaba los propósitos de Jurgis y sus compañeros, pues habían pensado que, en caso de necesidad, podían subarrendar dichas buhardillas; pero se encontraron con que tampoco tenían pavimento, viéndose debajo del piso, a medio concluir, el encañado y el yeso del techo correspondiente al piso inferior. Todo esto, sin embargo, no apagó su entusiasmo en la medida que podía esperarse, gracias a la volubilidad y a la elocuencia del agente. Este no terminaba nunca de enumerar las ventajas del edificio, no parando de hablar ni un

momento. Procuró mostrarles todo, incluso las cerraduras de las puertas y las fallebas de las ventanas, que hizo funcionar ante ellos. Les mostró en la cocina el fregadero con su fuente, dando al grifo para que vieran correr el agua cosa que entusiasmó a Teta Elzbieta, que nunca había soñado poseer una comodidad semejante. Después de un descubrimiento como éste hubiera sido ingrato encontrar ningún defecto; de suerte que los lituanos se dispusieron a cerrar los ojos a todas las demás faltas que pudiera haber.

Sin embargo, al fin y al cabo eran campesinos, y, por instinto, se aferraban a su dinero y no estaban dispuestos a soltarlo en un dos por tres. En vano insistió el agente en que el contrato debía hacerse en seguida. A esto contestaron que ellos verían, pues no podían decidirse en el momento. Volvieron a su alojamiento, y todo el día y toda la noche estuvieron calculando y discutiendo. Era para ellos una agonía tomar una decisión en asunto tan importante. No podían ponerse todos de acuerdo, ¡eran tantos los argumentos que se podían presentar en pro y en contra! Cuando uno de la familia se obstinaba sobre un punto cualquiera, y los demás, después de mucho trabajo, parecía que habían llegado a convencerle, otro de ellos comenzaba a vacilar. Cuando, por fin, al llegar la noche, parecía que todos estaban conformes y decididos a comprar la casa, se presentó Szedvilas, y con sus opiniones les echó un jarro de agua fría. Szedvilas era completamente opuesto a la idea de comprar casa. Les contó terribles historias de familias arruinadas por completo. Podían estar seguros de que se les metería en un callejón sin salida, en el que perderían todo su dinero. En tal sistema de operaciones los gastos no concluían nunca, y el interesado jamás se ve en libre posesión del edificio. Además, la casa podía no valer nada desde los cimientos hasta el tejado: ¿Quiénes eran ellos para conocerlo? Asimismo podían engañarles en el contrato: ¿Qué sabían ellos, extranjeros y campesinos, lo que es un contrato? Todas estas operaciones no son más que robos para los humildes y los ignorantes, y el único modo de salvarse es no meterse en operaciones de esa clase.

—Pero, ¿y estar pagando alquiler toda la vida? —preguntó Jurgis.

—¡Ah, sí! —contestó el otro. Eso también es un robo seguro. A los pobres siempre se les roba.

Al cabo de media hora de esta conversación, todos quedaron convencidos de que habían sido salvados al borde de un precipicio; pero, cuando Szedvilas se marchó, Jonás, que era un hombrecillo muy listo, les hizo observar que el negocio de comestibles finos a que Szedvilas se dedicaba iba muy mal, según decía el mismo interesado, y esto podía explicar sus ideas pesimistas. Esto, naturalmente, hizo que la discusión volviera a plantearse de nuevo.

Lo fundamental era que no podían continuar donde estaban; que tenían que trasladarse a otro sitio. Y al abandonar el proyecto de adquirir la casa a plazos y decidirse a pagar un alquiler por el método ordinario, la idea de estar abonando nueve dólares al mes por toda la vida, sin obtener por ello ventaja alguna, les parecía tan dura como la de la adquisición de la propiedad con todos sus inconvenientes. Durante casi toda la semana estuvieron día y noche dando vueltas al problema, hasta que, al fin, Jurgis se decidió a asumir toda la responsabilidad para resolverlo.

El hermano Jonás había conseguido empleo en la casa Anderson, donde estaba encargado de manejar una carretilla para el transporte, caga y descarga de paquetes; por otra parte, en los mataderos de Smith continuaba trabajándose desde muy temprano hasta muy tarde; de suerte que Jurgis lograba grandes salarios, se hacía más práctico en su trabajo y se sentía más confiado para el porvenir. Era, pues, como el jefe de la familia y a quien le correspondía decidir las cosas y llevarlas a cabo. Otros habrían podido fracasar, pero él no fracasaría; al contrario, se sentía dispuesto a mostrar cómo habrían procederse para salir con bien. Trabajaría no sólo todo el día, sino toda la noche, si necesario fuese, y no descansaría hasta que la casa estuviera pagada por completo y su gente tuviera un hogar de su absoluta propiedad. Así se lo manifestó a sus compañeros y así se decidió finalmente.

Hablaron de ver más casas antes de cerrar el trato respecto a lo que habían visitado, pero no sabían dónde habría más, ni conocían el modo de averiguarlo. La que habían visto dominaba su pensamiento, y cada vez que se ocupaban del asunto, aquella casa se les presentaba siempre como la que llenaba sus aspiraciones. En su consecuencia volvieron a ver al agente y le manifestaron que estaban dispuestos a cerrar el trato. Estaban convencidos, en principio, de que en cuestión de negocios todos los hombres pueden ser unos embusteros, es decir, que se considera lícito engañar a aquél con quien se trata; pero no podían menos de sentir la influencia de cuanto el locuaz agente les había dicho y, además, creían de buena fe que corrían el riesgo de perder la casa con sus dilaciones. Así, pues, cuando supieron que aún llegaban a tiempo, respiraron con satisfacción.

El agente les pidió que volviesen al día siguiente y tendría preparados todos los documentos. Jurgis comprendía que, en cuestión de papeles, había que tener mucha precaución; sin embargo, no podía asistir el mismo a la lectura y firma de los documentos, porque, según le dijeron, no podía pedir permiso en el matadero para que le dejasen el día libre sin correr el riesgo de perder su puesto solamente por hacer la proposición. Por consiguiente, había que conformarse con dejar el asunto a las mujeres, a las que acompañaría Szedvilas, que así lo había prometido. Jurgis empleó toda la noche en recomendar a las mujeres la mayor prudencia, pues el asunto que iban a resolver era muy serio y, ya completamente decididos, fueron sacando de mil escondrijos, ya de sus mismos trajes, ya de las cajas y baúles, el dinero que cada uno conservaba como oro en paño. Con todos los billetes hicieron un paquetito que se cosió al forro del vestido de Teta Elzbieta.

A la mañana siguiente, muy temprano, Szedvilas y las mujeres se pusieron en camino. Jurgis les había dado tantas instrucciones y prevenido tanto contra los peligros y engaños, que las mujeres iban pálidas de espanto, y hasta el imperturbable comerciante de comestibles, que se enorgullecía de no ser un hombre de negocios, no las tenía todas consigo. El agente tenía el contrato dispuesto y

les invitó a sentarse a leerlo. Así lo hizo Szedvilas, operación larga y penosa, durante la cual el agente golpeaba continuamente con los dedos la mesa del despacho. Teta Elzbieta, entre tanto, estaba tan sofocada, que el sudor le caía en gruesas gotas por la frente. Porque, según ella pensaba, ¿no era esta lectura una prueba evidente de que se dudaba de la honradez de aquel caballero? Sin embargo, Jokibas Szedvilas continuaba leyendo y leyendo, no tardando en presentársele ocasión para comprender que tenía motivos para hacer dicha lectura. Una horrible sospecha comenzó a germinar en su espíritu y, a medida que leía, sus cejas se fruncían más y más. Aquello no era, en modo alguno, un contrato de venta, según le parecía al leerlo; allí no se estipulaba más que el alquiler de la propiedad. Era difícil de comprenderlo claramente, pues en aquel documento redactado en lenguaje técnico y en un estilo completamente extraño para el, había una infinidad de palabras que nunca había oído pero, sin embargo, encontró párrafos como éste: "Las primeras partes consienten en alquilar a las segundas partes..." Y más adelante: "Un alquiler mensual de doce dólares por un periodo de nueve años y cuatro meses". Al llegar aquí Szedvilas no pudo más; se quitó los anteojos, miró al agente y le preguntó qué quería decir aquello.

El agente estuvo muy cortés y le explicó que aquello era la fórmula corriente, pues siempre se hacía el convenio como si la casa quedase simplemente alquilada hasta que todos los plazos estuviesen satisfechos por completo. Trató además de mostrar alguna otra cosa en el párrafo siguiente; pero Szedvilas no pasaba por la palabra alquiler, y cuando tradujo estas cláusulas a Teta Elzbieta, esta misma se echó a temblar. ¡Cómo! ¿Es que no iban a poseer la casa hasta que pasasen los nueve años? El agente, con suma paciencia, empezó otra vez a explicarles lo que se quería decir pero ninguna explicación les satisfacía. Elzbieta conservaba profundamente grabado en su espíritu el último consejo de Jurgis: "Si ven ustedes algo obscuro en el contrato, no le den el dinero. Vayan por un abogado para que les aconseje". Fue un momento angustioso pero Elzbieta, sentada en su silla, con las manos cruzadas como un muerto, hizo un supremo

esfuerzo, llamó en su auxilio toda su presencia de animo y, por fin, se atrevió a expresar su decisión.

Jokubas tradujo sus palabras. La lituana esperaba que el agente, al oír aquello, montase en cólera, pero, con gran asombro suyo, se le vio permanecer imperturbable. Hasta se ofreció él mismo a salir y buscar al ahogado; pero ella no aceptó la oferta y salieron con el propósito de procurárselo ellos mismos. Con este fin fueron muy lejos, pues su objeto era encontrar un jurisconsulto de otro barrio que no estuviera en connivencia con el agente. ¡Cual no sería su sorpresa y decepción cuando, al volver al cabo de una hora con un abogado, vieron que éste saludaba al agente por su nombre de pila!

Comprendieron entonces que estaban perdidos y se sentaron como prisioneros condenados a oír su sentencia de muerte. No podían hacer más, estaban cogidos como en una trampa. El letrado leyó muy despacio todo el documento y, cuando hubo terminado, manifestó a Szedvilas que aquello estaba perfectamente en regla y que era un contrato idéntico a los que se acostumbraba redactar para las ventas de aquella clase.

—Y el precio y las condiciones se estipulan ahí, ¿son como hemos convenido, trescientos dólares al contado y doce dólares al mes, hasta que el total de mil quinientos dólares quede abonado por completo?

—Sí, eso es exactamente lo que dice.

—¿Y ése es el precio por la venta de la casa, comprendido el terreno y todo cuanto contiene?

—Sí, señor —confirmó el abogado, mostrando el párrafo donde aquello estaba escrito.

—¿Y está todo perfectamente en regla? ¿No hay ahí engaños de ninguna clase? Mis amigos son pobres, y el dinero que van a dar es cuanto poseen en el mundo. Si hay en el contrato algo que no sea correcto, quedan arruinados.

Así continuó Szedvilas haciendo pregunta tras pregunta, siempre temblando, mientras que las miradas de las pobres mujeres, que no comprendían el inglés, se hallaban fijas en él, mostrando

una agonía infinita. Aún cuando ellas no entendían las palabras, conocían perfectamente que de aquella discusión dependía su suerte; y cuando el viejo hubo apurado sus preguntas y luego el momento de tomar la decisión final, es decir, de cerrar el trato o rechazarlo en absoluto, la pobre Teta Elzbieta no pudo contener sus lágrimas. Jokubas le preguntó si estaba dispuesta a firmar, y tuvo que repetir la pregunta dos veces. Pero, a esto, ¿qué iba a contestar ella? ¿Cómo podía saber si el abogado estaba diciendo la verdad? ¿Quién aseguraba que aquello no era una confabulación? Y, sobre todo, ¿cómo expresar estas dudas y qué excusa dar para ellas? Todas las personas que estaban en la estancia tenían los ojos puestos en ella, esperando su decisión. Por último, medio cegada por las lágrimas, comenzó a revolver en su vestido el sitio donde había guardado el precioso dinero. Con mucho trabajo, siempre dudando y temblando, sacó el paquete y lo deslió. A todo esto, Ona estaba sentada, observando desde una esquina de la habitación todo cuanto pasaba, apretándose las manos y muerta de miedo. Deseaba gritar y decirle a su madrastra que se detuviera, que aquello era una trampa, pero parecía que la voz se había atravesado en su garganta, y no pudo articular un sonido. Así, pues, Teta Elzbieta dejó el dinero sobre la mesa; el agente lo recogió y lo contó, escribiendo en seguida un recibo, que les entregó, por la cantidad correspondiente. Luego pasaron a la firma del contrato. Cuando todo hubo terminado, el agente no pudo contener un gesto de satisfacción; se levantó y estrechó las manos de cada uno de ellos, tan cortés y tan agradable como al principio. Ona recordó entonces vagamente qua el abogado había dicho a Szedvilas que habría que pagarle un dólar como honorarios, y esto ocasionó una nueva discusión y más angustia. Por último, después de abonado todo, salieron a la calle, estrujando la madrastra el documento entre sus manos. El miedo y la emoción les había agotado sus fuerzas de tal modo que no podían andar, y tuvieron que sentarse varias veces en el camino.

Así llegaron a su alojamiento, con el ánimo invadido de terror, y cuando Jurgis, por la noche, volvió del trabajo y se lo con-

taron todo, allí fue Troya. Jurgis estaba seguro que los habían engañado y que estaban completamente arruinados. Se tiraba de los pelos y maldecía como un loco, jurando que iba a matar al agente aquella misma noche. Por último, cogió el contrato y escapó de la casa, yendo hasta Halsted Street, donde vivía Szedvilas. Hizo que éste se levantase de la mesa donde estaba cenando y que fuesen juntos a consultar a otro letrado. Cuando llegaron al despacho de uno de quien Szedvilas tenía noticias, el abogado retrocedió espantado a la vista de Jurgis, que parecía un loco con la cabellera desgreñada y los ojos inyectados en sangre. Pero su compañero, más calmado, explicó la situación, y el jurisconsulto tomó el documento y empezó a leerlo, mientras que Jurgis, temblando de pies a cabeza, se agarraba convulsivamente a la mesa del despacho.

Una o dos veces, el letrado levantó la cabeza a hizo alguna pregunta a Szedvilas. Jurgis no comprendía una palabra de cuanto se hablaba, pero sus ojos se fijaban en la fisonomía del abogado, tratando, angustiosamente, de leer su pensamiento. Vio que al fin el letrado levantó los ojos del documento y se echó a reír, diciendo algo a Szedvilas. Entonces Jurgis, con el corazón oprimido, se volvió a su compañero y le dijo balbuceando:

—Bueno, ¿y?

—El abogado dice que todo está bien —contestó Szedvilas.

—¿Que está bien?

—Sí, dice que el documento es exactamente como debe de ser.

A estas palabras, Jurgis respiró y se dejó caer sentado en una silla.

—Pero, ¿están ustedes seguros? —insistió al fin; y continuó obligando a Szedvilas a seguir traduciendo pregunta tras pregunta para que las contestase el abogado. No se satisfacía con nada, le parecía que todas las explicaciones dadas no eran bastante. Pero el letrado le aseguró que, efectivamente, habían comprado la casa; que, según el contrato, ésta les pertenecía; únicamente tenían que pagar hasta el fin, y entonces todo estaría corriente. Entonces Jurgis se tapó cara con las manos, porque sintió que las lágrimas acudían

a sus ojos y se avergonzaba de sí mismo. Pero había tenido tanto miedo, a pesar de ser tan fuerte, que no podía tenerse en pie.

El letrado entonces, con más tranquilidad, les explicó y Szedvilas iba traduciendo la explicación al lituano, que el alquiler, tal como constaba en el contrato, era una mera fórmula. Se suponía que la casa estaba simplemente alquilada hasta que se pagase el ultimo plazo de compra. Esto tenía por objeto desahuciar más fácilmente a los ocupantes si no abonaban los plazos convenidos. Pero, si se hacían todos los pagos, no tenían nada que temer: la casa era suya. Jurgis quedó tan agradecido que pagó el medio dólar pedido por la consulta y en seguida corrió a su alojamiento a llevar todas estas noticias a la familia. Encontró a Ona desmayada, a los pequeñuelos gritando y toda la casa alborotada, pues habían creído que se había ido derecho a matar al agente. Pasó mucho tiempo antes que toda la excitación pudiera calmarse, y durante toda aquella cruel noche, Jurgis estuvo despertándose a cada momento, oyendo a Ona y a su madrastra en la habitación próxima llorando sin cesar.

CAPÍTULO V

Ya habían comprado la casa. Les parecía imposible que aquella casita maravillosa fuera suya y que pudieran mudarse allí cuando les pareciera. No dejaban de pensar un momento acerca de ello y en cómo se las arreglarían para amueblarla. La semana de hospedaje que tenían pagada a Aniele terminaba en tres días, y no tenían tiempo que perder. Era necesario dar pasos para amueblar la vivienda, y todos los momentos que les quedaban libres los dedicaban a debatir ese tema.

Cualquiera que en Packingtown hubiera de procurarse algo, no tenía que andar mucho. No había más que recorrer la avenida Ashland y leer las ofertas de los comercios, o meterse en un tranvía y examinar los anuncios en su interior, para obtener toda clase de información acerca de todo cuanto un ser humano puede nece-

sitar. ¿Deseaba uno fumar? En seguida un anuncio con una breve disertación acerca de los cigarros le demostraba que los Perfectos de Thomas Jefferson, a cinco centavos unidad, eran los únicos puros dignos de tal nombre. ¿Alguien, por el contrario, tenía problemas con el tabaco? Pues he ahí un remedio contra el vicio de fumar. Veinticinco tomas por otros tantos centavos y curación completa, absolutamente garantizada, a las diez tomas. También había un brebaje que le hacía a uno pensar que se estaba bebiendo ese matarratas habitual que llaman café, pero, en realidad, se estaba tomando un maravilloso concentrado muy saludable que le dejaba como nuevo por dentro. En cualquier cosa que se piense, cualquiera que sea la necesidad que se tenga, el transeúnte hallará que alguno de sus semejantes ha estado trabajando y discurriendo para allanarle el camino y poner en su conocimiento todo lo que está a su disposición. En Packingtown todos los anuncios tienen un estilo peculiar, adaptado a la naturaleza de su población. Algunos son tiernamente solícitos, por ejemplo: "¿Está pálida su esposa? ¿Está desanimada y anda vagando por la casa, encontrando defectos por todas partes y quejándose de todo? ¿Por qué no le aconseja usted que pruebe el elixir vital del doctor Lanahan?". Otro, de estilo familiar, habla como el amigo que nos da golpecitos en la espalda: "¡Hace falta ser tonto! ¿Qué espera usted para comprar el Callicida Goliath?". Otro reza así: "Camine con soltura y comodidad. Esto es fácil con los zapatos Eureka, a dos dólares y medio el par".

Entre toda esta retahíla de anuncios agresivos, uno, por sus dibujos, atrajo la atención de la familia. Se veía en él, dos lindos pajarillos construyendo su nido. Marija pidió a un amigo que hiciera el favor de leerle el texto y así supo que se refería al mobiliario de una casa. «Forme usted su nido», decía el cartel, para especificar, a continuación que, por la irrisoria suma de setenta y cinco dólares, la casa anunciadora podía suministrar todo lo necesario para amueblar un nido de cuatro habitaciones. Pero lo más importante de esta oferta era que no había necesidad de pagar al contado más que una cantidad muy pequeña; se podía abonar el resto mediante mensua-

lidades de unos pocos dólares. Nuestros amigos tenían necesidad de procurarse algunos muebles; esto era evidente, pero sus recursos habían quedado tan exhaustos que, por la noche, dándole vueltas al asunto, no conseguían conciliar el sueño. El anuncio les hacía ver el cielo abierto. De todos modos, esto era un compromiso más; otro rato de angustia y otro documento firmado por Elzbieta. Una noche, cuando Jurgis regresaba del trabajo, recibió la noticia de que el mobiliario había llegado y se encontraba convenientemente instalado en la casa. En total era un juego de sala de cuatro piezas, una cama, un armario y una mesita para la alcoba; una mesa de comedor y cuatro sillas; un lavabo decorado con preciosas flores color de rosa y una vajilla de loza, también con flores pintadas. Una de las fuentes de la vajilla había aparecido rota al desembalar los bultos, cosa que Ona remediaría a la mañana siguiente, a primera hora, yendo al almacén de donde procedía el envío, para que le cambiasen la pieza estropeada. Al mismo tiempo y como se habían recibido solamente dos cacerolas en lugar de las tres convenidas, Ona pensaba reclamar. ¿O es que Jurgis pensaba que iban a permitir el engaño?

Al día siguiente se trasladaron a la nueva casa. Cuando los hombres salieron del trabajo y, después de tomar un bocado en casa de Aniele, pusieron manos a la obra con la mudanza. La distancia que había que recorrer era, en realidad, de más de dos millas; pero Jurgis hizo dos viajes aquella noche, llevando en cada uno de ellos, sobre la cabeza, un enorme fardo de colchones, mantas y ropas, a los que habían sido añadidos, además, maletas, sacos de mano y otras cosas. En cualquier otra parte de Chicago es seguro que la policía le hubiera detenido al verlo así, pero los policías de Packingtown estaban acostumbrados a esa clase de mudanzas y se contentaban con echar, de vez en cuando, una rutinaria ojeada sobre lo transportado. Era maravilloso ver cómo lucía la casa, cuando todas las cosas estuvieron en su sitio, aun examinada a la débil luz de una lámpara. Aquello era verdaderamente un hogar, casi tan atractivo como el anuncio lo describía. Ona bailaba de alegría. Luego, ella y la prima Marija cogieron a Jurgis por el brazo y lo llevaron de habitación en habitación, sentán-

dose por turnos en todas las sillas e invitándole a que las imitase. Una de las sillas, entonces, crujió bajo su peso y eso hizo que las mujeres gritasen asustadas, y despertaran al niño más pequeño, que rompió a llorar y provocó una serie de carreras. De todos modos, era un gran día para ellos y, aunque estaban cansados, Jurgis y Ona velaron hasta muy tarde. Contentándose con asirse las manos, miraban a su alrededor llenos de alegría. En cuanto todo estuviera arreglado y pudiesen ahorrar algo, iban a casarse. Aquella sería su casa, y el pequeño cuarto contiguo, su habitación de matrimonio.

Poner fin a la mudanza supuso un gozo infinito. No podían gastar dinero, no lo tenían, pero había algunas cosas absolutamente necesarias cuya adquisición constituía una verdadera aventura para Ona. Había que hacer las compras de noche, a fin de que Jurgis pudiera estar presente, y cada una de ellas suponía una expedición, aun cuando se tratase solamente de comprar un molinillo para la pimienta o media docena de vasos por diez centavos. Un sábado por la noche, Jurgis y Ona volvieron a casa con una gran cesta llena de cosas que colocaron encima de la mesa del comedor. Toda la familia acudió, y los niños, deseosos de ver, se encaramaban a las sillas o gritaban para que se les levantase. Habían comprado azúcar, sal, té, galletas saladas, un tarro de manteca, un gran bote de leche, una jícara de aceite, una escoba, un martillo, un paquete de clavos y un par de zapatos para el segundo de los niños. Los clavos eran para fijarlos en las paredes de la cocina y de los dormitorios a fin de colgar cosas en ellos, e incluso hubo un debate familiar para determinar el sitio que debía ocupar cada clavo. Por último, Jurgis empuñó el martillo y se puso a clavar, se machacó un dedo porque el martillo era muy pequeño y entonces se enfadó con Ona, que no había aceptado pagar quince centavos más por otro mayor. Invitada a probar por sí misma, Ona cogió el martillo y se puso a clavar, pero se lastimó el pulgar y arrancó a llorar. Entonces Jurgis tuvo que besarle, a modo de remedio, el dedo herido. Finalmente, trabajando un poco, todos ellos por turnos, los clavos quedaron distribuidos y de ellos colgaron algunas cosas. Jurgis había traído consigo un gran

cajón de madera de los que se usan para embalaje y encargó a Jonas que fuera por el otro que había comprado, de iguales características. Con estos cajones, quitando uno de los lados, pensaba construir a la mañana siguiente estanterías para guardar objetos en los dormitorios. Ese nido que anunciaban no suministraba todas las plumas necesarias para acomodar a una familia con tantos polluelos.

La mesa de comedor la habían colocado, por supuesto, en la cocina, y el comedor fue convertido en alcoba para Teta Elzbieta y cinco de sus hijos menores. Ella y los dos más pequeños dormían en la única cama de que disponían y, los otros tres, en un colchón tendido en el suelo. Ona y su prima Marija echaban otro colchón en el salón, y allí pasaban la noche, mientras los tres hombres y el mayor de los muchachos ocupaban la otra habitación, donde se tendían en el puro suelo, a falta de mejor acomodo por el momento. A pesar de todo, dormían tan profundamente que, por la mañana, a las cinco y cuarto, Teta Elzbieta tenía que llamar varias veces a la puerta para que despertasen a tiempo. Para entonces ella tenía ya listo un gran jarro de humeante café, gachas de maíz y salchichas ahumadas. Eso era el desayuno, y después preparaba las fiambreras con gruesas rebanadas de pan untadas con manteca de tocino —la mantequilla estaba fuera de su alcance—, unas cuantas cebollas y un pedazo de queso. Pertrechados de este modo, marchaban al trabajo.

A Jurgis le parecía que aquella era la primera vez que realmente trabajaba en su vida. Era, en efecto, la primera vez que tenía que poner toda su persona en el trabajo. Cuando, como visitante, desde lo alto de las galerías había visto maniobrar a los obreros en el *killing floor,* se había asombrado de su habilidad y de su rapidez, como si fuesen máquinas portentosas. No se imaginó entonces el sudor y la sangre propia que conllevaba aquel trabajo incesante. Esto no pudo apreciarlo hasta que se cambió de ropa, como uno de tantos, y se puso a trabajar. Entonces vio las cosas de otra manera, porque las veía por dentro. El ritmo con que se desarrollaba el trabajo exigía que todas las facultades del individuo estuviesen constantemente en alerta desde que caía la primera res hasta que

sonaba el silbato del mediodía, y desde las doce y media hasta sabe Dios qué hora de la tarde o de la noche. En tan larga jornada nadie podía tener un segundo de respiro, ni para la mano, ni para los ojos, ni para el cerebro. Jurgis comprendió cómo se lograba esto. En la ejecución del trabajo general había ciertas fases que regían el ritmo de las demás, y estas fases estaban confiadas a hombres elegidos, en puestos bien pagados y que se renovaban con frecuencia. Estos obreros, encargados de dar el tono y la marcha del trabajo, podían distinguirse perfectamente de todos los demás. Operaban bajo la vista inmediata de los capataces y trabajaban como demonios. Esto se llamaba «meter velocidad a la tropa»; y si, por ejemplo, había algún obrero que no podía seguir el ritmo, ¡fuera!, en la calle aguardaban centenares de otros implorando una oportunidad.

Pero a Jurgis no le importaba esto, al contrario, le gustaba, porque le evitaba el aburrimiento de estar de vez en cuando cruzado de brazos, como le había sucedido en otros trabajos anteriores. Muchas veces, mientras avanzaba por la fila se reía por dentro, mientras echaba una mirada al obrero que iba delante de él. Cierto que su labor no era de las más agradables de imaginar; pero era una labor necesaria y ¿qué más puede pedir un hombre que la ocasión de hacer algo útil y de recibir un buen salario por ello?

Esto era lo que Jurgis pensaba y lo que decía, siguiendo sus hábitos de sinceridad y franqueza. Pronto, para sorpresa suya, descubrió que esta manera de pensar le procuraba enemistades y disgustos, porque la mayor parte de los demás obreros veían las cosas de modo muy distinto. Experimentó, en efecto, gran desaliento al constatar, por vez primera, que la mayoría de sus compañeros detestaban el trabajo. Esto le llegó a parecer extraño y hasta espantoso, al advertir la unanimidad de aquel sentimiento. Pero el hecho era incuestionable: todos odiaban su labor y cuanto les rodeaba. Odiaban a los capataces y odiaban a sus patronos. Odiaban el lugar, el barrio y la ciudad entera. Era un odio ciego, feroz, que lo abarcaba todo. Hasta las mujeres y los niños maldecían a voces. Todo aquello estaba podrido, infernalmente podrido. Cuando Jurgis preguntaba

qué querían decir con eso, empezaban por mirarle con aire sospechoso, y concluían por responderle:

—No importa. Si continúas aquí, lo descubrirás por ti mismo.

Uno de los primeros problemas con que se encontró Jurgis fue el de los sindicatos. Él nunca había oído hablar de tales cosas, y fue preciso que le explicaran cómo y por qué se unían los trabajadores para la defensa de sus derechos. Jurgis, entonces, preguntó qué era lo que entendían por sus derechos; pregunta que hacía con toda sinceridad, pues ni siquiera sospechaba que tenía más derechos que el de buscarse la vida trabajando y hacer lo que se le ordenase. Sin embargo, por lo general, estas preguntas, a su entender tan inocentes, enfurecían a sus compañeros, que le llamaban imbécil. En cierta ocasión, un delegado de la Asociación de Ayudantes de Carnicero fue a ver a Jurgis con el fin de alistarlo. Pero cuando Jurgis se enteró de que aquello suponía pagar una cuota a costa de su propio salario, se echó atrás en seguida. Entonces el delegado, que era irlandés y apenas sabía algunas palabras de lituano, se puso furioso y llegó a amenazarle. Por último, Jurgis se encolerizó de veras e hizo comprender muy elocuentemente al otro que un solo irlandés no era bastante para hacerle entrar a la fuerza en ningún sindicato. Poco a poco, sin embargo, fue dándose cuenta de que el principal objetivo que los obreros perseguían era concluir con la práctica de «meter velocidad a la tropa»; que lo que procuraban por todos los medios era obligar a los patronos a que se suavizase un poco aquel ritmo vertiginoso que muchos operarios no podían resistir y resultaba asesino. Pero Jurgis no estaba conforme con tales ideas. Él podía trabajar así e igual los demás, por poca capacidad que tuvieran. Si no servían, que se fueran y dejasen a otros en su lugar. Jurgis no había estudiado, ni leído libros, y seguramente ni siquiera sabía pronunciar la fórmula *laissez-faire*. Pero, en cambio, había visto bastante mundo para saber que todo hombre debe arreglárselas por sí mismo lo mejor que pueda y que, cuando se encuentra en el atolladero, nadie viene a sacarle de él.

Sin embargo, se sabe que existen filósofos y hombres sencillos que juran por Malthus en sus libros pero que, no obstante, no vaci-

lan en aportar sus fondos a cualquier colecta organizada con motivo de un desastre. Igual sucedía con Jurgis, pues al mismo tiempo que condenaba a los débiles a la destrucción, se le partía el corazón al ver a su pobre padre obligado a merodear por el barrio de los mataderos, mendigando la ocasión de ganarse el pan. El viejo Antanas había trabajado desde niño. A los doce años tuvo que escapar de su casa porque su padre le golpeaba por tratar de aprender a leer. Era, además, un hombre digno de toda confianza. Se le podía dejar solo un mes entero, bastaba con decirle lo que tenía que hacer durante ese tiempo. Sin embargo, el pobre hombre estaba ahora anulado, lo mismo de cuerpo que de espíritu, y sin más lugar en el mundo que el que puede tener un perro enfermo. Es verdad que tenía una casa y alguien que le ayudaría si no llegaba a encontrar trabajo; pero Jurgis no podía dejar de preguntarse qué hubiera sucedido a su padre si no hubiera sido así. Antanas Rudkos había recorrido casi todos los lugares de Packingtown y había entrado en casi todas sus habitaciones. Las mañanas las había pasado esperando entre la muchedumbre de obreros sin trabajo: los policías ya le reconocían y le aconsejaban que renunciase, que volviera a su casa. Se había presentado también en todos los almacenes y tiendas, e incluso en las tabernas, en una milla a la redonda, suplicando cualquier ocupación por pequeña que fuera, y de todos estos sitios le habían echado con cajas destempladas; muchas veces, incluso, con malos modos. En ningún caso le habían preguntado qué sabía o podría hacer.

He aquí cómo, después de todo, había una grieta en el hermoso edificio que la fe de Jurgis se había construido acerca de la organización de las cosas. Esta grieta, que ya era muy visible mientras Antanas anduvo a la caza de un trabajo, se hizo aún más ancha cuando el viejo, por último, logró encontrarlo. Un día, al anochecer, el viejo había llegado a la casa muy excitado contando que en uno de los pasillos de Anderson's se le había acercado un hombre y había preguntado que cuánto estaba dispuesto a pagar por una colocación. Antanas no comprendió lo que el desconocido quería decirle. Éste, sin embargo, había proseguido, explicándole sin ambages que

él podía proporcionarle trabajo a condición de que Antanas le cediera la tercera parte del salario percibido. Antanas le preguntó si era capataz, a lo que el otro respondió que eso no le importaba, pero que podía hacer lo que prometía.

Jurgis, que había hecho algunos amigos por aquel entonces, se dirigió a uno de ellos para preguntarle qué significaba aquella proposición. El amigo, que se llamaba Tamoszius Kuszlejka, y era un hombrecillo muy listo, encargado de enrollar las pieles de las reses en el matadero, escuchó el relato de Jurgis sin manifestar la menor sorpresa y le dijo a Jurgis que aquellos actos de rapacería eran muy comunes. Se trataba sencillamente de algún capataz que quería aumentar sus beneficios. Cuando llevase más tiempo allí comprobaría que todos los centros de trabajo estaban podridos por dentro. Los capataces explotaban a los obreros y se robaban entre ellos. Algún día el administrador se enteraría y acabaría por chantajear, a su vez, a los capataces. Ya metido en harina, Tamoszius explicó con más detalles a Jurgis la situación. La gran casa Anderson, por ejemplo, pertenecía a un hombre que trataba de sacar de ella el mayor provecho posible, sin preocuparle lo más mínimo los medios para conseguirlo. Por debajo de él, ordenados en jerarquías como en un ejército, se hallaban los directores, los administradores, los jefes de departamento y los capataces, cada uno de ellos empeñado en estrujar a su inmediato inferior a fin de extraer de él el mayor beneficio posible. Además, todos los individuos de la misma categoría estaban en competencia unos con otros, porque las contabilidades de sus servicios se llevaban separadamente, lo cual hacía que todos vivieran siempre bajo la amenaza de perder su empleo, si cualquiera de sus competidores resultaba más beneficioso para la empresa. Por esta razón, el establecimiento era de arriba abajo como una inmensa caldera donde hervían odios, celos y desconfianzas. Allí no había ni lealtad ni respeto humano; allí los hombres no representaban nada aparte de los dólares. Lo peor de todo era que, así como no había decencia, tampoco existía la honradez. ¿Cuál sería la razón de todo esto? Nadie acertaba a decirlo. Acaso proviniera del viejo

Anderson en un principio; era una herencia que había dejado a su hijo al mismo tiempo que sus millones. Nunca hubo en todo Chicago un hombre tan ruin como el viejo Anderson; ese hombre hecho a sí mismo. Desde su fallecimiento, la empresa había dejado atrás la costumbre de pagar dos dólares menos por cada cuarenta, pero seguían haciendo cosas que les llevarían directo a la cárcel, si no fuera porque podían permitirse el lujo de tener a los jueces en nómina. ¿Qué cosas eran esas? Tamoszius aseguró a Jurgis que él mismo lo descubriría si permanecía en la casa el tiempo suficiente. Los obreros manuales eran los que tenían que ejecutar, al fin y al cabo, todas las trampas sucias y todos los engaños. Con ellos, pues, no valían argucias. Acostumbrados ellos mismos a aquella atmósfera, concluían por obrar, en su esfera, como todos los demás. Jurgis había llegado allí con la idea de hacerse útil, de elevarse poco a poco en su grado y llegar a ser un obrero especializado. No tardaría mucho en salir de su error: nadie asciende en Packingtown por hacer bien su trabajo. Allí, por el contrario, podía sentarse como regla general que cuando un hombre va ascendiendo de categoría era porque se trataba de un canalla. El hombre que había hablado al padre de Jurgis, enviado indudablemente por un capataz, ascendería; el obrero que espía y denuncia a sus camaradas, asciende; pero el que no piensa más que en su propio trabajo y en hacer bien su labor, a ése se le «mete caña» hasta agotarlo, y entonces, cuando ya no sirve para nada, se le tira a la alcantarilla.

Aquella noche Jurgis regresó a casa con la cabeza loca. No podía creerse tales cosas. No, era imposible que fuesen ciertas. Tamoszius era, seguramente, uno de tantos charlatanes descontentos. Esclavo de su violín, perdía las noches asistiendo a fiestas de las que no se retiraba hasta el amanecer, con lo cual, a buen seguro, no le quedaban ganas de trabajar. Además, bien se veía que era un hombre débil y pequeño, rezagado en la lucha por la existencia. Esto, sin duda, explicaba su resentimiento. Sin embargo, la verdad era que cada día llegaban a conocimiento de Jurgis cosas muy extrañas.

Trató el lituano de persuadir a su padre de que no hiciera caso de la oferta que le habían hecho. Pero el viejo Antanas, que había mendigado una ocupación hasta extenuarse, estaba ya sin voluntad. Él quería trabajo, cualquier clase de trabajo. Así pues, al día siguiente salió en busca del hombre que le había hecho la proposición y, cuando lo encontró, prometió entregarle la tercera parte del salario que percibiera. Ese mismo día se le dio ocupación en los sótanos de la casa Anderson. Se encontró con que su salario sería un dólar y veinticinco centavos por día, de modo que sacaría cinco dólares por semana. Todo sería aportación para la casa: no quería ni oír hablar de lo contrario: él no necesitaba dinero, no quería cervezas y lo único que necesitaba era que le dieran de comer en casa. Pero las cosas no fueron tal y como pensaba. Destinado a uno de los talleres de salazones, en un local donde no había ni una pulgada de terreno que no estuviera empapada, casi todas sus ganancias de la primera semana se fueron en la compra de un par de botas de suelas gruesas. Su obligación consistía en pasarse toda la jornada con un largo palo de fregar limpiando el suelo de la conservera. Si no fuera por que el local era muy húmedo y muy oscuro, el trabajo no resultaba desagradable... en verano.

Antanas Rudkos era el hombre más sumiso que Dios ha echado al mundo; por consiguiente, Jurgis encontró una confirmación completa de todo lo que le habían dicho sus compañeros cuando vio que su propio padre, a los dos días de trabajo, volvió a casa tan amargado como el que más y maldiciendo a Anderson con todas sus fuerzas. Se le había encargado —supo la familia que, reunida en torno al viejo, escuchaba con arrobo los detalles de su relato— limpiar el suelo y las trampillas del local en donde se preparaba la carne de vaca para ponerla en latas. Dicha carne se echaba primero en tanques llenos de substancias químicas; ciertos obreros, con largas horquillas, sacaban los pedazos de las cubas y los arrojaban a unas vagonetas que los transportaban a la sala de enlatado. Cuando habían sacado de los tanques toda la carne que habían podido, vaciaban el tanque en el suelo, amontonaban con sus palas los despojos que habían quedado y los

cargaban en las vagonetas para enlatarlos. El suelo quedaba siempre terriblemente sucio y Antanas tenía que empujar con el cepillo todas aquellas "conservas" y echarlas en un albañal, de donde se recogían para ser utilizadas nuevamente. Y por si esto no fuera bastante, en el conducto que comunicaba con el albañal había una reja donde quedaban atascados muchos trozos de estas asquerosas porciones, y cada dos o tres días, el viejo se veía obligado a limpiar la reja, recoger los desperdicios allí acumulados y echarlos en una de las vagonetas para que fuesen con todo lo demás.

Esto es lo que Antanas había visto con sus propios ojos. Jonas y Marija vinieron después contando también cosas increíbles. Marija trabaja en una casa de conservas independiente de los grandes establecimientos. Allí ganaba salarios altísimos pintando latas, y esto la tenía rebosante de alegría y orgullosa hasta la insolencia. Pero un día, al salir del trabajo, mientras volvía a su casa paseando con una obrera pequeña y pálida que trabajaba enfrente de ella llamada Jadwiga Marciukus, se enteró de las circunstancias que habían permitido que Marija consiguiera su puesto. Antes ocupaba ese puesto una irlandesa que llevaba trabajando en el establecimiento desde no sabía cuándo, por lo menos quince años. Mary Dennis era su nombre. Tiempo atrás había sido seducida por un hombre y había tenido un hijo tullido y epiléptico que constituía, sin embargo, su único amor en este mundo. Madre e hijo vivían en un cuartito en la parte trasera de Halsted Street, en el barrio de los irlandeses. Mary estaba tuberculosa y durante toda la jornada laboral se la oía toser continuamente. En los últimos tiempos su estado había llegado a ser ruinoso y, al aparecer Marija, la encargada tomó la súbita decisión de despedir a la enferma. Según explicó Jadwiga, la encargada estaba obligada, a su vez, a rendir cuentas por la cantidad de trabajo que se cumplía en su departamento y no podía disminuir el rendimiento por causa de una enferma. El que Mary llevase tantos años trabajando en la casa no contaba para nada. De hecho, probablemente, ni la encargada ni el superintendente debían de tener conocimiento de ello, puesto que ambos eran relativamente nuevos en sus puestos, en los que

sólo llevaban dos o tres años. Lo cierto es que la pobre irlandesa fue despedida sin consideración. Jadwiga no sabía qué había sido de aquella pobre criatura. De buena gana hubiera ido a verla; pero no había podido, porque ella misma, Jadwiga, había estado enferma. Sentía un dolor continuo en la espalda y temía estar mal del útero. En rigor, no era trabajo apropiado para una mujer estar todo el día manejando latas de carne de catorce libras de peso.

Era una notable coincidencia que cada uno de los miembros de la familia hubiera obtenido el puesto de trabajo a causa de una desgracia ocurrida a alguien. Jurgis, después de preguntar, se encontró con que la misma mañana en que el jefe le había escogido había muerto un hombre diez minutos antes. Uno de los matarifes se había emborrachado la noche anterior y se había metido en una pelea. Cuando se encontró con su enemigo en el matadero, le había arrojado su cuchillo y, al fallar el tiro, le había abierto el abdomen a un inofensivo polaco que andaba allí recogiendo las tripas del suelo con la misma pala que utilizaba ahora Jurgis. La herida no quería curarse —toda herida que se produce en el *killing floor* se infecta— y el hombre había muerto tres días después.

Lo mismo pasaba con Jonas. Él estaba encargado de empujar una vagoneta con jamones desde el departamento de ahumado hasta un ascensor, y desde el ascensor a los talleres de enlatado. Las vagonetas eran de hierro, muy pesadas, y en cada una de ellas se acostumbraba a cargar hasta unas sesenta piezas, lo que ascendía a más de un cuarto de tonelada. Dada la desigualdad del piso, era muy difícil para un hombre poner en movimiento una vagoneta tan cargada, a menos que fuera un coloso, y, una vez que empezaba a andar, era natural que el operario hiciera lo posible por mantenerlo en marcha. Siempre había capataces vigilando y, en cuanto el obrero se detenía un segundo, le cubrían de insultos. Pero como los lituanos, los eslovacos y otros emigrados de parecida procedencia no comprendían lo que se les decía, los capataces habían adquirido la costumbre de tratarlos a puntapiés, como si fueran perros. Por este motivo, las vagonetas, con toda su carga, se llevaban a la carrera, y

el predecesor de Jonas había sido aplastado contra un muro por una de ellas de una manera horrible.

Todos estos hechos eran, en verdad, incidentes siniestros; pero, al mismo tiempo, podían considerarse bagatelas en comparación con lo que Jurgis vio con sus propios ojos poco tiempo después. Desde el primer día de trabajo en su puesto de recogedor de tripas, había notado una cosa muy curiosa: el truco al que recurrían los capataces del *killing floor* cuando se encontraban una ternera preñada. Todo el que sabe algo del negocio de la carnicería esta enterado de que la carne de la vaca recién parida, o que esta a punto de parir, no es comestible. Ahora bien, todos los días llegaban a los mataderos muchas vacas en estas condiciones y, si los jefes hubiesen querido, habría sido muy fácil mantenerlas en establos hasta que se hallasen en buenas condiciones para ir al matadero. Mas, con el objeto de ahorrarse tiempo y forraje, se había dispuesto que las vacas en tales circunstancias recibieran el mismo trato que todas las demás. Cuando un obrero cualquiera advertía que la vaca estaba preñada, corría a advertírselo al capataz, quien entonces se acercaba a hablar con el inspector del Gobierno y ambos salían a dar una vuelta. En un abrir y cerrar de ojos el tronco de la vaca era abierto en canal, y las entrañas con el feto desaparecían. La tarea de Jurgis consistía en empujar toda aquella mezcla por la trampilla correspondiente, y en el departamento inferior separaban el feto de las entrañas y utilizaban su piel. Alguna vez, cuando abrían la vaca en canal, los terneros se ponían de pie y comenzaban a andar, de modo que había que matarlos allí mismo.

Aún así, esto era una minucia comparado con lo que pasó un par de semanas después. Un día, un obrero resbaló y se lastimó una pierna; y aquella tarde, cuando la última res había sido retirada y los obreros se disponían a marchar, Jurgis recibió la orden de quedarse para realizar cierto trabajo especial del que se encargaba habitualmente el obrero herido. Era ya muy tarde, casi de noche; los inspectores oficiales se habían retirado ya y no quedaban en todo el *killing floor* más que una o dos docenas de operarios. Aquel día se

habían sacrificado unas cuatro mil reses, ganado que había venido en trenes de mercancías y desde lugares muy lejanos. Algunos de los animales resultaban lastimados en los viajes. Unos llegaban con las piernas rotas, otros con costillas partidas, muchos con cornadas y algunos muertos sin causa bien determinada. Todo este ganado se sacrifica por la noche en medio de la sombra y el silencio. Había en el matadero un ascensor especial para recoger estas reses "averiadas", como las llaman, y transportarlas al *killing floor* donde los obreros encargados de despacharlas ejecutaban las operaciones necesarias con una indiferencia que mostraba, con más elocuencia que cualquier palabra, que aquello era una rutina a la que estaban muy acostumbrados. En un par de horas, todas las reses averiadas quedaron preparadas como las demás, y al acabar el trabajo Jurgis vio que, una vez descuartizadas, eran introducidas en las cámaras frigoríficas y se distribuían cuidadosamente entre el resto de la carne. Por esta tarea le pagaron el doble y entendió perfectamente lo que ello significaba.

Cuando aquella noche volvió Jurgis a su casa, llevaba un aire preocupado y sombrío. Comenzaba a ver que tenían razón los que se mofaban de él y de su fe en los industriales alimentarios de América y le decían que no le habían contratado empresarios honestos, sino una panda de seres sin escrúpulos y enemigos públicos.

CAPÍTULO VI

Jurgis y Ona se amaban profundamente. Llevaban ya mucho tiempo esperando, puesto que hacía dos años que eran novios; y Jurgis consideraba todas las cosas que les iban ocurriendo solamente teniendo en cuenta si favorecían o retrasaban su matrimonio. Todos sus pensamientos iban dirigidos a esto. Había aceptado a la familia de Ona porque ella formaba parte de la misma. Se había interesado por la casa porque iba a ser el hogar de Ona. Todas las crueldades, trampas y engaños que presenciaba a diario en Anderson's tenían

poca importancia para él, salvo en lo que pudieran afectar a su porvenir con respecto a Ona.

El matrimonio se hubiera cumplimentado inmediatamente si se les hubiera dejado a ellos hacer su voluntad; pero esto quería decir que la boda habría tenido que celebrarse en familia y sin solemnidad de ninguna clase; y cuando lanzaron esta idea al resto de la familia, tropezaron con la abierta oposición de los viejos. Para Teta Elzbieta, en particular, la simple idea de casarse de aquel modo era un motivo de aflicción.

—¡Cómo! —exclamaba— ¡Casarse en un rincón, como unos mendigos! ¡Nunca, nunca!

Elzbieta estaba cargada de tradiciones. Hija de una familia de importancia, había vivido en una finca con criados que la servían; y hubiera llegado a convertirse en una verdadera dama con opción a un buen casamiento, de no ser por la circunstancia de haber tenido nueve hermanas y ningún hermano. Aun en las condiciones tan difíciles en que se encontraban, Elzbieta sabía lo que le correspondía hacer y se aferraba desesperadamente a las tradiciones. No iban a renunciar a su casta por el hecho de haberse convertido en obreros no especializados en Packingtown. El sólo oír hablar a Ona de omitir la *veselija* provocaba que la mujer se pasase la noche en vela. En vano fue que los novios dijesen que tenían muy pocos amigos en la localidad.

A esto contestaba Elzbieta que con el tiempo los tendrían, y entonces esos amigos murmurarían. No podían, pues, dejar de hacer las cosas como Dios manda; si así lo hiciesen, el dinero, a su vez no tendría ninguna clase de consideración hacia ellos. Teta Elzbieta acudió al viejo Diedas Antanas para que le ayudase a mantener sus argumentos. Los dos, en efecto, abrigaban en el fondo de su alma cierto temor de que el nuevo país minase las virtudes del pueblo al que pertenecían sus hijos. Desde su primer domingo en Chicago no habían faltado a misa y, a pesar de su pobreza, Elzbieta había juzgado indispensable emplear una porción de sus escasos recursos en adquirir un Nacimiento, hecho en yeso y pintado en colores muy

brillantes. Aunque apenas tenía un pie de altura, representaba un santuario con cuatro torrecillas cubiertas de nieve; en el interior, la Virgen, en pie, con el Niño en los brazos, y los Reyes Magos y los pastores, arrodillados, adorándole. El Nacimiento le había costado medio dólar; pero Elzbieta juzgaba que el dinero gastado en estas cosas no debía medirse con avaricia, pues siempre volvía por algún camino providencial. Además, aquel Nacimiento hacía muy buen efecto en la mesa del salón y no hay hogar que se precie que esté privado de toda clase de adornos.

De la misma manera, lo que gastasen en la boda Dios se los devolvería más tarde; pero el problema que había que resolver era el reunir, aun temporalmente, los fondos necesarios. Llevaban muy poco tiempo en la localidad para tener crédito, y Szadwilas era la única persona de quien podían esperar recibir algún préstamo. Velada tras velada, Jurgis y Ona, sentados uno junto a otro, pasaban el tiempo calculando los gastos probables y la fecha en que podrían celebrar su matrimonio. Vieron que no era posible arreglar las cosas decentemente con menos de doscientos dólares, y aun cuando contasen con todas las ganancias de Jonas y Marija, que estos habían puesto generosamente a su disposición, no era posible llegar a reunir aquella suma en menos de cuatro o cinco meses. En vista de ello, Ona comenzó a pensar en buscar trabajo, con la idea de que, por poca suerte que tuviera, lograría reducir ese plazo a la mitad. Ambos iban poco a poco acostumbrándose a esta idea cuando una tempestad vino a turbar la serenidad de aquel cielo y una catástrofe dispersó a los cuatro vientos todas sus esperanzas.

Una manzana más allá de donde ellos vivían, habitaba otra familia lituana, apellidada Majauszkis, consistente en una viuda de avanzada edad y su hijo, ya adulto. Nuestros amigos no tardaron en trabar amistad con ellos. Una noche, madre e hijo fueron a hacerles una visita y, naturalmente, la conversación se centró en seguida en el barrio y en su historia. Entonces, la abuela Majauszkis —así llamaban a la viuda— comenzó a contarles una serie de horrores que les helaron la sangre. La vieja tenía una cara espantosa; parecía que

tenía más de ochenta años; y al mascullar sus relatos a través de sus desdentadas encías tenía todo el aspecto de una bruja. La abuela Majauszkis había vivido tanto tiempo en medio del infortunio y la desgracia, que había venido a ser para ella su elemento natural y hablaba de hambrunas, enfermedades y muerte, como otras personas charlan de fiestas y de bodas.

Poco a poco, sin embargo, les fue enjaretando los detalles de la terrible historia. En primer lugar, la casa que madre e hijo habían comprado no era nueva, como creían, sino que tenía más de quince años. Lo único nuevo era la pintura, y ésta era de tan mala calidad que tendrían que renovarla cada año o cada dos. La casa formaba parte de un grupo de viviendas construido por una compañía creada exclusivamente para robar el dinero a los pobres. Le cobraba mil quinientos dólares, en tanto que el coste de la construcción no había sido ni de quinientos nueva. La abuela Majauszkis estaba bien enterada de todo esto porque su hijo pertenecía a una organización política de la que también formaba parte un contratista dedicado a construcciones de aquella índole. Para ellas se servían de los peores materiales y de los más baratos. Y las edificaban por docenas a la vez, no preocupándose más que de su aspecto exterior. La vieja les aseguró que se verían en grandísimos apuros, que ella conocía bien por haber adquirido la casa que habitaban exactamente por el mismo procedimiento. Pero como su hijo era un obrero cualificado y ganaba salarios de hasta cien dólares mensuales, teniendo al mismo tiempo el buen sentido de no casarse, habían logrado pagar todos los plazos y quedarse con la casa. Por lo tanto, ellos habían logrado zafarse de la constructora.

La abuela Majauszkis notó que sus amigos se habían quedado intrigados al escuchar aquella última frase. No comprendían, en efecto, qué quería decir eso de «zafarse de la constructora». Evidentemente era gente inexperta. No sabían que, aun cuando las construcciones eran muy baratas, se contrataban con la idea de que los ocupantes no podrían pagar todos los plazos. Cuando esto ocurría, aunque el retraso fuera sólo de un mes, se les desahuciaba, con lo que

perdían todo lo que habían abonado por ella, y la compañía entonces la ponía de nuevo en venta. ¿Que si esto sucedía con frecuencia?

—¡*Diewes*! —exclamaba la abuela Majauszkis levantando las manos hacia el cielo. ¡Ya lo creo!

Nadie podía decir cuántas veces ocurría pero, seguramente, en más de la mitad de los casos. No tenían más que preguntar a cualquiera que supiera lo que pasaba en Packingtown acerca de esto. Se encontrarían con que la familia que hubiera logrado cancelar su hipoteca y convertirse en propietarios de la casa constituía una excepción. Si la familia era numerosa y los trabajadores no eran especializados, estaban perdidos: que Dios se apiadase de ellos. ¿Por qué? Ya lo verían por sí mismos. El trabajo era inestable, había enfermedades y accidentes: se encontrarían con ellos con frecuencia. La propia casa en la que vivían había sido testigo de esta historia. La abuela Majauszkis había vivido en el barrio desde antes que se construyera esa casa que habitaban Elzbieta y su familia, de modo que podía referirles punto por punto la historia del edificio. ¿Que si había sido vendida alguna vez? "¡*Susimilkis*!" Desde que había sido construida, nada menos que seis familias que ella pudiera nombrar habían tratado de comprarla y fracasado en el intento. La vieja podía darles algunos detalles acerca de esto.

Los primeros fueron unos alemanes. Las diferentes familias eran de países distintos, en representación de las diferentes nacionalidades que se habían ido suplantando unas a otras en los mataderos. La abuela Majauszkis había llegado a América con su hijo en una época en la que no había en el distrito, que ella supiera, más que otra familia lituana. Los obreros eran, entonces, alemanes casi todos; matarifes y carniceros de oficio, que los empresarios se habían traído del extranjero para poner en marcha el negocio. Después, conforme aparecía mano de obra más barata, los alemanes desaparecieron, sucediéndoles los irlandeses, hasta el extremo de que seis u ocho años atrás se hubiera dicho que Packingtown era una ciudad irlandesa. Aún quedaban al menos unas colonias de irlandeses; las suficientes para formar el núcleo tanto de las asociaciones de obre-

ros como del cuerpo de policía y llevar todos los chanchullos; pero la mayor parte de los irlandeses había dejado los mataderos, a consecuencia de una rebaja de los salarios: justo después de una gran huelga. Tras los irlandeses llegaron los de Bohemia, y a continuación los polacos. Se decía que el viejo Anderson era quien organizaba estas emigraciones, jurando que constituiría en Packingtown una población con la cual no fuera posible huelga alguna. Para ello había enviado agentes por todos los pueblos de Europa, difundiendo la fábula de la facilidad con que se podía encontrar trabajo y buenos salarios en los mataderos. Los hombres habían acudido en rebaños, y el viejo Anderson los había agotado con el trabajo intensivo a que los sometía y, después de extraerles hasta la última gota de energía, tras destrozarlos, mandaba a buscar otros nuevos. De este modo los polacos, que habían llegado por millares, fueron reemplazados por los lituanos, los cuales, a su vez, iban desapareciendo y abrían paso a los eslovacos. ¿Puede haber en la tierra gente más pobre y más miserable que los eslovacos? La abuela Majauszkis lo ignoraba, pero estaba segura de que el hijo del viejo Anderson, que era quien dirigía la empresa, los encontraría, no cabía duda. Los atraerían fácilmente, porque los jornales eran superiores a los de esos lugares, pero las pobres gentes descubrirían después, ya demasiado tarde, que todo, a su vez, era mucho más caro. Estaban realmente tan mal como en sus lugares de origen, decía la anciana, pero ¿conocían alguna ciudad en la vieja Lituania en la que los trabajadores vivieran hacinados como en las casas de alquiler de Chicago, con doce personas durmiendo en un cuarto y en turnos de día y de noche? Seguramente la mayoría eran solteros e intentaban ahorrar todo el dinero que pudieran antes de regresar, pero si las condiciones eran tan buenas, ¿por qué estaban deseando volverse a casa? La verdad es que estaban atrapados como ratones en una trampa; pero lo cierto era que cada día se iban amontonando más y más. Llegaría, sin embargo, un día de venganza, porque las cosas iban rebasando los límites del sufrimiento humano y el pueblo terminaría por levantarse y dar muerte a los patronos. La abuela Majauszkis era socialista o

algo semejante; otro de sus hijos estaba trabajando en las minas de Siberia, y ella misma, en otros tiempos, había pronunciado discursos en reuniones públicas, todo lo cual la hacía aún mas terrible a los ojos de la familia que ahora la escuchaba.

Le pidieron que reanudase la historia de la casa. La familia alemana había sido gente de bien. Muy numerosa a buen seguro —circunstancia harto frecuente en Packingtown—, pero todos habían trabajado duro. El padre era un hombre sin defectos, y entre todos llegaron a pagar más de la mitad del valor de la casa. Pero un día, el jefe de familia encontró la muerte en uno de los ascensores de Anderson´s. Antes de que muriera, los abogados de la empresa le habían engañado para que firmase una indemnización por daños de veinticinco dólares, de modo que su familia no tuvo mucho margen de maniobra. ¿Qué había sido de ellos? Ni idea. Seguramente habrían seguido la senda de los que sucumben en Packingtown. Entonces vino la familia irlandesa, también muy numerosa. El marido era un borracho y pegaba a los niños, a quienes los vecinos oían chillar noche tras noche. Siempre pagaban con retraso sus mensualidades, pero la compañía se los toleraba. Había para esto razones políticas. La abuela Majauszkis no sabía exactamente cuáles eran, pero estaba enterada de que los Lafferty —ése era el nombre de la familia irlandesa— pertenecían a la «Liga del Grito de Guerra», especie de club político formado por todos los maleantes de la región. Los afiliados a este club tenían la seguridad de que, hiciesen lo que hiciesen, la policía no les pondría nunca las manos encima. Una vez el viejo Lafferty fue arrestado, junto con otros cuantos compinches suyos, por el robo de algunas vacas que eran propiedad de gentes modestas de los alrededores. Las habían matado y descuartizado en un tugurio detrás de los mataderos y las habían vendido. Lafferty no estuvo más de tres días en la cárcel, de donde salió carcajeándose para encontrarse con que ni siquiera había perdido su puesto en los mataderos. La bebida, sin embargo, acabó por dar al traste con la salud de Lafferty, que había quedado inútil. Uno de sus

hijos, que era un hombre honrado, continuó sosteniendo a la familia por un año o dos, mientras le fue posible, hasta que desaparecieron.

Luego llegaron los bohemios: dos familias de hermanos. Andaban bastante a la desesperada, no podían siquiera intentar comprarla, ya que no tenían dinero. El agente inmobiliario no obstante, había sido también bastante comprensivo con ellos; por aquellos días la inmobiliaria esperaba incluso a que la familia consiguiera una parte del dinero antes de empezar con los pagos. Luego dejaron de hacerlo, ya que creció la demanda de casas en el barrio y enseguida aparecieron compradores. Uno de los hermanos murió de tuberculosis y se acabó.

—Porque hay otra cosa además— dijo la abuela Majauszkis interrumpiendo su relato. Esta casa trae mala suerte. Toda familia que la habite por largo tiempo puede tener la seguridad de que alguno de sus miembros acabará tuberculoso en un año o morirá de ella en tres o cuatro. Nadie podía señalar la causa de aquello. Indudablemente estaba en el edificio mismo o en su construcción. Había quien aseguraba que todo era debido al hecho de que las obras se hubiesen iniciado en luna nueva. En Packingtown había muchos edificios de características semejantes. Algunas veces era una sola habitación la que señalaba como malsana. Si alguien dormía en ella podía considerarse perdido. En la casa adquirida por los lituanos, el caso de tuberculosis fue el del muchacho irlandés. Más tarde, la familia bohemia que ocupó la casa a continuación perdió un hijo de la misma manera aunque, a decir verdad, de esto no había seguridad, por que no se sabe lo que ocurre con los niños que trabajan en el barrio de los mataderos. Por aquellos días no había legislación sobre el trabajo infantil y los empresarios ponían a trabajar a todos menos a los niños de teta. Al llegar a ese punto la familia no pudo ocultar su asombro. Entonces la viejo Majauszkis tuvo que explicarles que había una ley que prohibía trabajar a los menores de dieciséis años.

—¿Y cuál es el objeto de esa ley? —preguntaron los lituanos, que ya habían pensado buscar trabajo para el pequeño Stanislovas.

—En realidad —dijo entonces la abuela Majauszkis— no hay que preocuparse por esa ley; pues su único efecto es obligar a que las familias mientan acerca de la edad de sus hijos. Nadie sabía qué es lo que pensarían los legisladores que iba a suceder. Hay muchas familias que sin el trabajo de los muchachos no conseguirían subsistir, y la ley que prohíbe a estos trabajar no ha procurado al mismo tiempo a sus familias otros medios de salir adelante. En caso de mendigar o de robar, se acababa en la cárcel: sería interesante enterarse qué es lo que los ricos querían con esta maniobra. Con frecuencia, un hombre pasaba meses enteros sin encontrar trabajo en Packingtown, mientras que un muchacho se empleaba con facilidad, pues siempre hay alguna máquina nueva por medio de la cual los patronos obtienen tanta productividad de la labor de un muchacho como de la que antes extraían del trabajo de un hombre, y eso por un tercio del salario.

Volviendo a la historia de la casa, en la familia que siguió a los de bohemia la víctima había sido la mujer. Eso ocurrió cuando llevaban unos cuatro años habitando el edificio, y aquella mujer daba a luz dos gemelos cada año, eso sin contar que ya tenían un número extraordinario de chiquillos cuando fueron a ocupar la casa. Después de muerta la mujer, el marido tenía que ir al trabajo durante todo el día, dejando a los muchachos solos en la casa para que se manejasen como pudieran. Los vecinos de vez en cuando les echaban una mano, sobre todo para que las pobres criaturas no se helasen de frío. Al final, los muchachos pasaron una vez tres días y tres noches sin que el padre apareciera: así se supo de su muerte. Siendo matarife en Morton's, un toro herido se había escapado y lo había aplastado contra una pared. Entonces echaron a los chicos a la calle y, en la misma semana, la compañía volvió a vender la casa, a una nueva familia de emigrantes.

De este modo continuó la sombría anciana su relato de horrores y desdichas. ¿Había exageración en lo que contaba? ¿Quién podía asegurarlo? Desde luego, era plausible. Por ejemplo, en lo relativo a la tuberculosis. La familia nada sabía acerca de aquella

enfermedad, salvo que hacía toser. Ahora bien, durante las dos últimas semanas habían estado muy intranquilos por los accesos de tos que acometían a Diedas Antanas. Los ataques le sacudían todo el cuerpo de arriba abajo y parecía que no iban a cesar nunca. Además, cada vez que escupía dejaba una mancha roja en el suelo.

Sin embargo, comparado con lo que supieron en seguida, aquello ni siquiera les impresionó. Empezaron a preguntar a la vieja cómo era posible que una familia llegase a no poder pagar.

Con cifras trataron de demostrar que los pagos podían ser atendidos. Pero la abuela Majuszkis rechazó los cálculos que le presentaban diciendo:

—Decís que son doce dólares al mes; pero ahí faltan los intereses.

—¿Qué intereses? —exclamaron los lituanos mirando estupefactos a la vieja

—Los del dinero que todavía adeudan —respondió la mujer.

—¡Pero nosotros no tenemos que pagar interés alguno! Solamente los doce dólares mensuales...

A esto, la vieja se echó a reír y exclamó:

—A ustedes les ha pasado lo que a todos los demás. Los han engañado, y se los comerán vivos. La compañía nunca vende las casas sin exigir interés. Echen un vistazo al contrato y ya verán.

Entonces, con el corazón oprimido por la duda, Teta Elzbieta abrió la cajonera y sacó el documento que tantas angustias les había ya causado. Se lo entregó a la vieja, que sabía leer inglés y, sentados alrededor de ella, siguieron, casi sin aliento, sus palabras. La abuela Majauszkis recorrió con la vista el documento y, por último, dijo:

—Efectivamente, aquí está la cláusula: «Con el interés del siete por ciento anual, que se devengará mensualmente».

Un silencio mortal siguió a estas palabras.

—Y ¿qué significa eso? —preguntó, por fin, Jurgis, casi imperceptible la voz.

—Esto significa —replicó la vieja— que tendréis que pagar el mes que viene ocho dólares y cuarenta centavos, además de los doce dólares.

Entonces se produjo un nuevo silencio. Aquello era alucinante, como una pesadilla en la que parece que el suelo desaparece bajo los pies y uno se siente caer y caer, sin fin, en un abismo insondable. Como a la luz de un relámpago se vieron víctimas de su inexorable destino, acorralados, cogidos en una trampa y en las garras de la destrucción. Todo el hermoso edificio de sus esperanzas se desmoronaba ante sus ojos. Y a todo esto, la vieja continuaba hablando.

—Por supuesto —continuó la anciana—, no tendrán que pagar esa cantidad todo el tiempo. Cada vez les deberán menos. Después de un año, sólo tendrán que pagar seis por los interés y así cada vez menos.

Pero no escucharon estas últimas palabras. Su voz sonaba en los oídos como el graznido de un ave de mal agüero. Jurgis, sentado en una silla, apretaba las manos y sentía que un sudor frío le bañaba la frente. Ona tenía en la garganta un nudo que le ahogaba. De repente, Teta Elzbieta rompió el silencio con un gran suspiro, y Marija comenzó a retorcerse las manos mientras exclamaba entre sollozos:

—*¡Ai! ¡Ai! ¡Beda man!*

Pero todas estas lamentaciones eran ya inútiles. Allí seguía la abuela Majauszkis, impasible, verdadera encarnación de la fatalidad. Por supuesto, decía la anciana, aquello no era justo. Pero la justicia no tenía que ver nada con las cosas de Packingtown. Los lituanos no habían sospechado que el contrato contuviera aquella cláusula fatal. Pero lo cierto era que allí estaba escrita, y con eso bastaba, como comprobarían a su debido tiempo.

Tras conseguir, por último, librarse de su visitante, la familia pasó toda la noche lamentándose. Los pequeños se despertaron y, comprendiendo que pasaba algo grave, se echaron también a llorar, sin que nada bastase para consolarles. Al llegar la mañana, la mayor parte de la familia tuvo que prepararse para ir al trabajo, pues los mataderos no iban a detenerse por sus cuitas. No obstante, a las siete en punto, Ona y su madrastra estaban a la puerta de la oficina del agente.

—Sí —les dijo éste cuando llegó—, es cierto que hay que pagar los intereses.

Entonces Teta Elzbieta prorrumpió en protestas e insultos con tal violencia que los transeúntes se paraban para atisbar a través de las vidrieras. Pero el agente se mostró tan frío y cortés como siempre. Lo sentía mucho, les dijo. No les había hablado de este pormenor porque juzgaba que esto era una cosa bien sabida, tratándose de una deuda por amortizar. Ésa era la ley y él no podía hacer nada al respecto. Si les hubiera vendido la casa sin intereses, le podrían haber metido en la cárcel, ¿le hubiera gustado eso a la señora Lukoszis? No, Teta Elzbieta no quería que nadie diera con sus huesos en prisión, pero era una vergüenza que la vida resultara tan dura para los pobres: no hay manera de que logren sobrevivir en este mundo. Ellos habían consultado a un abogado y le habían pagado un dólar: un dólar, que Dios y el diablo sabían, no les sobraba. Él había debido informarles sobre el interés. Si hubieran sabido que tenían que pagarlo, no se hubieran embarcado en la compra de la casa. A esto el agente de la inmobiliaria les contestó que ellos no habían preguntado al abogado si había o no intereses, de modo que él dio por supuesto que ellos lo sabían. La compañía tendría en cuenta este detalle para la próxima vez, pero —el hombre se apresuró a dejar bien claro, para que ni pudieran preguntarle— no le estaba permitido a la empresa recobrar la casa una vez que el contrato de venta ya estaba firmado.

En vista de esto, las dos mujeres se retiraron, y a mediodía Ona fue a los mataderos en busca de Jurgis, y le contó lo de la entrevista. Jurgis recibió el golpe con serenidad. Estaba ya preparado. Aquello formaba parte de su destino; pero ya se arreglarían de algún modo. Él, como habitualmente hacía en casos semejantes, contestó: «Trabajaré más». Lo sucedido ciertamente iba a trastornar sus planes por algún tiempo, y tal vez sería necesario que Ona buscase trabajo después de todo. Entonces Ona añadió que Teta Elzbieta había decidido asimismo que el pequeño Stanislovas trabajase también. No era justo que Jurgis y Ona mantuviesen solos a la familia;

era menester que ésta ayudase también cuanto fuera posible. Jurgis, que al principio había rechazado semejante idea, frunció ahora las cejas e inclinó lentamente la cabeza al tiempo que decía:

—Sí, acaso sea lo mejor. Todos tendremos que hacer algún sacrificio en estas circunstancias.

Así pues, aquel mismo día se puso a buscar trabajo. Por la noche Marija llegó a casa y dijo que había conocido a una joven llamada Jasaitis que tenía una amiga que trabajaba en la sección de embalaje en Smith's y que podía encontrar un puesto para Ona en su mismo taller. Únicamente había que tener en cuenta que la encargada era de las que no actuaban sino por interés. Era inútil que cualquiera le pidiera un puesto en el taller como al mismo tiempo no deslizase un billete de diez dólares en su mano. Jurgis ya no se manifestó sorprendido en lo más mínimo por tal exigencia; simplemente preguntó cuál sería el salario que darían a Ona. Así pues, empezaron las negociaciones y, después de una entrevista, Ona volvió a casa diciendo que parecía haber agradado a la encargada y que ésta le había dicho que, aunque no estaba segura del todo, creía que podría proporcionarle un puesto en el cual, por coser las fundas de lienzo de los jamones, tendría un salario de ocho a diez dólares la semana. Lo cual estaba bastante bien, según manifestó Marija, después de haber consultado a su amiga. Luego la familia se reunió en consejo para discutir ansiosamente el caso. El trabajo había que hacerlo en los sótanos, precisamente donde Jurgis no quería que fuera Ona. Pero la labor era fácil y, por otra parte, uno no podía pedirlo todo. De modo que, al final, Ona, con un billete de diez dólares que le quemaba la mano, celebró una segunda entrevista con la encargada.

Entretanto, teta Elzbieta había ido con Stanislovas a ver al párroco y obtuvo de éste un certificado en el que se atestiguaba que el muchacho tenía dos años más que su verdadera edad. Provisto de este papel, el muchacho podía emprender su camino y buscar fortuna en este mundo. Casualmente Anderson acababa de adquirir una nueva y maravillosa máquina para preparar manteca de cerdo y, cuando el policía especial encargado de los horarios vio a Stanis-

lovas con su documento en la mano, se sonrió, le llamó y le dijo, señalándole la puerta: *¡Czia! ¡Czia!*

Stanislovas atravesó un largo pasillo, subió un tramo de escaleras y se encontró en un gran salón con alumbrado eléctrico, en donde funcionaban las nuevas máquinas rellenando botes de manteca. Se acababa el producto en la planta superior a donde subía en surtidores blancos como la nieve, densos y compactos, como serpientes que se retorcían, propagando un olor desagradable. Estos surtidores eran de diferentes clases y tamaños, y tan pronto como salía al exterior por un tubo la cantidad precisa de cada uno, se detenían automáticamente y la maravillosa máquina giraba y colocaba por sí misma un bote vacío bajo un nuevo chorro de manteca, hasta que éste quedaba lleno. Entonces, automáticamente, se interrumpía la salida de manteca, el bote quedaba precintado y desaparecía. Para atender a todo este servicio y llenar varios cientos de botes por hora, no se necesitaban más que dos seres humanos; uno de ellos para colocar un bote vacío en un sitio determinado, cada dos o tres segundos; y, el otro, para retirar cada bote lleno de manteca y ponerlo en una especie de bandeja, también cada dos o tres segundos.

Stanislovas llevaba algunos minutos contemplando tímidamente todo aquello cuando un hombre se le aproximó y le preguntó qué quería. El muchacho respondió enseguida "¡Trabajo!" Le preguntó qué edad tenía y Stanislovas contestó: dieciséis años. Una o dos veces por año, un inspector del Estado recorría los talleres y las fábricas, preguntando a los muchachos de aquí y de allá qué edad tenían. Por esta razón, los empresarios procuraban cumplir con la ley, lo cual no suponía sino que el capataz correspondiente exigiera el certificado de edad y enviase al muchacho a las oficinas para que tomaran su filiación. Hecho lo anterior, el hombre destinó a otro servicio a un obrero, ya mayor de edad, y enseñó al muchacho a colocar los botes vacíos cada vez que, implacable, el brazo de la maquina se aproximaba a él. Y he aquí de qué manera y en qué momento quedó determinado el puesto que el pobre Stanislovas había de ocupar en el mundo hasta el fin de sus días. Él no se dio cuenta

de lo que significaba: volvió a casa dando saltos para contarle a su familia la fortuna que iba a ganar. Hora tras hora, día tras día y año tras año, estaría obligado a permanecer sobre un espacio de un pie cuadrado, desde las siete de la mañana hasta mediodía, y desde las doce y media hasta las cinco y media de la tarde, sin moverse y sin tener otro pensamiento que suministrar botes a la máquina. En el verano, el olor del material era nauseabundo y, en el invierno, los botes de hojalata le helarían los dedos en el sótano sin caldear donde trabajaba. Durante la mitad del año, todavía sería de noche cuando se dirigiera al taller, y ya de noche cerrada cuando regresara a casa. De esta forma, el muchacho no sabría nunca cómo luce el sol los días laborales. Por todo esto, cada fin de semana llevaría a su familia tres dólares: lo que le correspondía a razón de cinco centavos por hora; nada más y nada menos que la parte que le correspondía de las ganancias totales que reciben los casi dos millones de niños que se ganan la vida trabajando en la tierra de la libertad.

Mientras tanto, Jurgis y Ona hacían cálculos de nuevo. Eran jóvenes, y la esperanza no les abandonaba todavía. Pero descubrieron que el salario del pobre de Stanislovas serviría para poco más que pagar los intereses con que antes no contaban, y esto venía a dejarles, poco más o menos, en la misma situación en que estaban antes. Cabe, sin embargo, añadir, para ser justos, que el muchacho estaba encantado con su trabajo y con la idea de ganar montones de dinero y que, por otra parte, los novios se amaban sobremanera.

CAPÍTULO Vl1

Durante todo el verano la familia trabajó sin cesar, y en otoño tuvieron ya suficiente dinero ahorrado para que Jurgis y Ona se pudiesen casar observando las conveniencias y conforme a las tradiciones de su país. Hacia finales de noviembre alquilaron un salón, invitaron no sólo a todos sus amigos, sino también a los amigos de

sus amigos y a todos aquellos que pudieran llegar a enterarse. Los preparativos duraron un par de semanas: Ona tenía que tener un vestido blanco de muselina y Jurgis un traje negro nuevo. Desde el sábado por la mañana hasta el domingo por la tarde no pararon de meter cosas al horno y de cocinar; tampoco de hacer innumerables viajes a todas partes para hacerse con cubertería y vajilla. Al final llegó el gran momento y, como ya hemos visto, los huéspedes acudieron y enseñaron lo que significan el honor y la decencia en los dominios del mercado libre.

Una vez terminada la ceremonia quedó una pella de más de cien dólares. Fue ésta una prueba amarga y cruel y que les sumió en la desesperación. Era una desgracia que en ese momento, más que en otro alguno, la suerte les fustigase de aquel modo. Era un principio bien triste para su vida de casados. ¡Amarse tanto y no poder gozar ni el más breve momento de respiro! Era la ocasión en que todo les gritaba que debían ser felices, cuando la pasión que ardía en sus corazones les abrasaba en su llama al más leve aliento. Apreciaban la inmensidad de su amor que penetraba hasta el fondo de su alma. ¿Era debilidad acaso, en tales circunstancias, clamar por un poco de sosiego? Habían abierto sus corazones como las flores a la primavera, y el invierno despiadado había caído sobre ellos. No era, pues, extraño que se preguntasen si alguna vez en este mundo un amor, brotado y florecido de modo semejante, había sido tan cruelmente aplastado y pisoteado.

Sobre ellos flotaba sin cesar el fantasma de la necesidad. Éste les hostigó en sueños la mañana misma que siguió a la boda, y les hizo despertarse, para ir al trabajo, antes de rayar el día. Ona estaba tan fatigada que casi no podía tenerse en pie; pero, si perdía su puesto en el taller, se verían arruinados, y a buen seguro lo perdería si no se presentaba puntualmente al trabajo. Todos tuvieron que acudir a sus ocupaciones, incluso el pequeño Stanislovas que, por haber abusado de las salchichas y la zarzaparrilla, se encontraba indispuesto. Toda la jornada permaneció medio dormido delante de su máquina de llenar botes de manteca, con los ojos, muy a su

pesar, cerrándose a cada instante. Y a punto estuvo de perder el empleo, pues en dos o tres ocasiones el capataz tuvo que darle con el pie para despertarlo. Una más y le hubiera dado una patada para mandarlo a la calle.

Pasó una semana entera antes de que la familia volviera a la vida normal. Durante ese tiempo, los lloros y quejas de los chicos y el mal humor de los mayores hacían de la casa una residencia poco agradable. Marija y Jonas tuvieron que apañárselas sin sus ahorros hasta que Jurgis pudiera sacar el dinero suficiente para devolvérselos y, aunque nadie decía nada, todos se habían quedado muy desconcertados. Además estaba Grajczunas, el responsable del local, con su minuta: unos treinta dólares más de lo que esperaban y que hacía hincapié en que le corría mucha prisa para cobrarlos. Había razones para que los miembros de la familia comenzaran a discutir entre sí, ya que Jurgis nunca se fió de ese hombre y no quería saber nada de él. Lo único que podían hacer era pagarle. Jurgis sólo se sentía a gusto insultándolo y todos acabaron peleándose. En honor a la verdad, tampoco era justo llamarle chupasangre de los pobres, ya que él tenía sus propios problemas. Había más bares en Packingtown que hojas caídas en el otoño y la competencia era feroz. Hacía tiempo ya que los brebajes que dispensaban habían superado los límites de la adulteración y no era posible encontrar nada mejor. La mitad de los dueños de los garitos tenían deudas con los destiladores que les suministraban licor a crédito y luego, cuando no podían pagar, se apoderaban del negocio. De nuevo, por tanto, el fuerte se comía al débil, cumpliendo la ley que rige en la jungla.

Pese a todo, Jurgis rara vez se impacientaba. La causa era Ona, pues le bastaba con mirarla para calmarse. Ona era tan delicada e impresionable que no estaba hecha para una vida como aquella; y cien veces al día, cuando Jurgis pensaba en ello, apretaba los puños y acometía su trabajo con más ardor que nunca. Jurgis se decía a sí mismo que Ona era demasiado buena para él, y tenía miedo de hacerla suya. A pesar de haber deseado poseerla durante tanto tiempo, le parecía que aún no se merecía tan precioso derecho. Si Ona tenía

tanta confianza en él, era por su propia bondad, no porque él lo mereciera. Pero Jurgis había estaba decidido a no permitir nunca que Ona se percatarse de ello. Por eso siempre se cuidaba de no mostrar la parte mala de su carácter. Preocupado incluso de detalles insignificantes, suavizaba sus maneras y reprimía el hábito de maldecir cuando las cosas iban mal. Las lágrimas acudían tan fácilmente a los ojos de Ona, y ésta le miraba con un aire tan suplicante, que era preciso mantener esa clase de resoluciones que llenaban, además de otras mil cosas, su pensamiento. Lo cierto era que, por aquel entonces, pesaban en la mente de Jurgis tribulaciones que nunca antes había concebido.

Tenía que protegerla, luchar por ella contra todos los horrores que advertía a su alrededor. Él era la única persona a quien Ona podía volver los ojos. Si él fracasaba, Ona estaría perdida. Así pues, la rodearía con sus brazos y procuraría ocultarla del resto del mundo. Ya había comprendido cómo funcionaban las cosas que le rodeaban: las leyes de la jungla. En realidad, la vida no era sino una lucha de cada uno contra todos, en la que el diablo se lleva a los vencidos. Era una guerra a muerte, librada sin respiro y la única salvación estaba en permanecer muy atento, preparado para pelear o salir huyendo. Era mejor viajar a oscuras, atacar desde la sombras y, si la víctima resultaba muerta, no había que pararse en lamentos: el que cae tampoco pide compasión, se arrastra hacia su agujero para morir allí y punto. En otras palabras, se trata de meter dinero en la cartera. No se debía agasajar a la gente, sino esperar que la gente le agasajara a uno. Hay que andar por el mundo con el alma llena de sospechas y de odios; si alguien le habla a uno de amistad y confianza, ya se sabe lo que realmente quiere. Uno debe estar convencido de que siempre se halla rodeado de poderes hostiles que conspiran continuamente contra nuestro dinero y que se valen de la máscara de las virtudes para ocultar sus lazos y sus trampas. Los escaparates de las tiendas están llenos de toda clase de mentiras para atraernos; las bardas en los caminos, los postes telegráficos, los faroles y las esquinas de las calles, todo está cubierto de carteles llenos de em-

bustes. La gran compañía que nos emplea nos miente y miente al país entero. Todo de arriba abajo no es sino una inmensa patraña. El país entero es una mentira: una mentira su libertad, una trampa para los trabajadores pobres; su prosperidad no era sino una falacia creada por los empresarios ricos; su justicia, una falacia creada por políticos corruptos. No importa a dónde vayas o con qué motivo —para comprar una casa, por ejemplo—, no debes escuchar toda la palabrería amable ni dejarte persuadir por la cortesía: uno debía ser amable y cortés, hasta donde fuera posible, pero tenía que tener muy claro que en ese preciso momento la persona que estaba delante era un ladrón y en todo momento había que estar preparado para montar en cólera y amenazarle.

Así pensaba Jurgis, y así se decía a sí mismo que veía las cosas. Sin embargo, esta realidad era muy triste porque la lucha era sumamente injusta: todas las ventajas estaban de un lado. Él, por ejemplo, había hecho votos, hincado de rodillas, de salvar a Ona de todo peligro y, una semana más tarde, su mujer sufría atrozmente a consecuencia del golpe de un enemigo imprevisible. Llegó un día en que la lluvia caía a torrentes y en el mes de diciembre permanecer toda una jornada con la ropa mojada en uno de los fríos sótanos de Smith's no era algo para tomar a broma. Ona era obrera y no tenía impermeable, ni ninguna de esas prendas con que la gente rica se defiende de la humedad. Jurgis, pues, se limitó a acompañarla hasta el tranvía. Ahora bien, sucedía que esta línea de tranvías era propiedad de un rico caballero ávido de ganancias. La municipalidad había publicado una disposición según la cual las compañías de tranvías estaban obligadas a dar billetes de correspondencia a los viajeros. Esto había enfurecido a los empresarios por lo que se suponía una interferencia con el derecho elemental de los hombres de negocios a llevar sus asuntos a su manera, de modo que decidieron vengarse. Empezaron por establecer, como regla, que los billetes de correspondencia no serían entregados a los pasajeros sino en el momento en que pagasen su trayecto; y después, cada vez más desagradables, determinaron que los cobradores no ofrecerían nunca los

billetes de correspondencia si los pasajeros no los solicitaban. Ona estaba advertida de que debía tomar el billete de correspondencia pero, persona tímida, no había hecho valer sus derechos, de modo que, después de pagar, se limitó a seguir al cobrador con la mirada preguntándose cuando iría a acordarse de ella y le entregaría su billete. Cuando por fin, llegó el momento de apearse pidió la correspondencia y el cobrador se la negó. No sabiendo qué hacer, empezó a discutir con el hombre en un idioma del que éste no comprendía una sola palabra. Después de avisarle varias veces, el cobrador dio la señal y el tranvía se puso nuevamente en marcha. Entonces Ona rompió a llorar. En la siguiente parada descendió del vehículo pero, como no llevaba consigo más dinero, no pudo tomar el otro tranvía y tuvo que continuar a pie, bajo la lluvia torrencial, toda la distancia que aún la separaba de su taller. Pasó todo el día calada hasta los huesos y tiritando de frío; por la noche, cuando regresó a su casa, le castañeteaban los dientes y tenía dolores de cabeza y de espalda. Estuvo dos semanas sufriendo lo indecible y, sin embargo, no le quedaba otro remedio que salir de casa cada día y marchar como pudiera al trabajo. En dos ocasiones se desvaneció, pero la encargada no le permitió que se marchara a casa. Las jóvenes siempre quieren irse a casa y entonces se vuelve más complicado mantener el rendimiento productivo, de modo que lo que se suele hacer es decirles que se tumben en el suelo un rato a ver si se les pasa. La encargada se mostraba especialmente severa con Ona, a quien creía descontenta por habérsele negado el permiso de descansar al día siguiente de su boda. Ona, por su parte, pensaba que la mujer no veía con buenos ojos que sus obreras se casaran, tal vez porque ella era una solterona vieja y fea.

Por todas partes se veían expuestos a multitud de peligros y siempre con todas las desventajas de su lado. Los niños, por ejemplo, no se criaban tan sanos como en su país natal; pero ¿cómo podían sospechar Jurgis y los suyos que la casa que habitaban carecía de alcantarilla, y que las aguas fecales de quince años habían infestado completamente el subsuelo? ¿Cómo habían de figurarse que

la leche azulada que compraban en la esquina de su calle estaba diluída y adulterada con formol? Cuando en su país los niños se sentían enfermos, Teta Elzbieta cocía hierbas medicinales y los curaba. Ahora debía comprar extractos en la farmacia, y ¿cómo iba a saber que aquellos extractos estaban adulterados, que un pobre no puede comprar un fármaco natural en los Estados Unidos de América? ¿Cómo iban a imaginar que el té, el café, el azúcar y la harina estaban tratados químicamente, que los guisantes en conserva se hallaban coloreados con sales de cobre y las confituras con anilina? Y aun de haberlo sabido, ¿de qué les hubiera servido, si en muchas millas a la redonda era imposible encontrar nada diferente a estos productos? El terrible invierno se aproximaba y era preciso ahorrar dinero para comprar indumentaria y ropa de cama; pero, por mucho que se afanaron en economizar, no conseguían encontrar ropas que les abrigasen verdaderamente. Todas las ropas que se vendían en los almacenes de la localidad eran de algodón o de lana artificial, un material que se obtiene desmenuzando los tejidos viejos y volviendo a hilar las fibras. Si pagaban precios elevados, obtenían géneros de fantasía o sencillamente se les engañaba; pero no podían conseguir géneros de genuina calidad a ningún precio. Un joven amigo de Szadwilas, recién llegado del extranjero, había entrado a trabajar de dependiente en un bazar de la avenida Ashland y se había adaptado al lugar rápidamente. Les contó con regocijo una treta que había jugado a un confiado campesino y por la que consiguió el favor de su jefe. El hombre deseaba comprar un reloj despertador y el dependiente le enseñó dos exactamente iguales, diciendo que el precio de uno era un dólar y el del otro un dólar y setenta y cinco centavos. Cuando el comprador preguntó en qué consistía la diferencia entre ambos relojes, el vendedor dio a uno la mitad de la cuerda y al otro la cuerda entera, y después mostró al cliente cómo el uno sonaba más fuerte y por doble tiempo que el otro. El campesino que, según afirmaba, tenía el sueño pesado, compró el más caro.

Un poeta ha cantado: "Más profundo crece el corazón y más noble el porte de aquél cuya juventud se consumió en el fuego de

la angustia". Pero es poco probable que se refiriera a las angustias que acarrea la miseria y que son tan bajas, feas, sucias y humillantes; penas que nada dignifican, que ni siquiera tienen el interés del *pathos*. Éstas son angustias que los poetas no suelen describir. Las palabras que se necesitan para hacerlo no forman parte del vocabulario poético y sus pormenores no pueden referirse a un público refinado. ¿Cómo, por ejemplo, puede nadie infundir compasión entre los amantes de la buena literatura refiriendo el modo en que una familia encuentra su casa plagada de insectos? ¿Cómo referir todos los sufrimientos, incomodidades y humillaciones que ello implica? ¿Cómo hablar del dinero que, penosamente ganado, se gasta en esfuerzos inútiles para librarse de semejante peste? El lector culto tiene baño en su casa y, en ocasiones, media docena de baños. No tiene necesidad de estar de pie en medio de un charco de sangre y suciedad desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde y a veces las nueve de la noche. Tiene tiempo para su aseo personal y termina por no entender por qué el resto de la gente no está tan limpia como él. Por otra parte, cuando viaja no duerme en lugares en los que su ropa y sus maletas se llenen de polillas y, si sucediera tan deplorable accidente, seguramente la quemaría toda al momento. Después de largas vacilaciones, nuestros amigos se decidieron a pagar veinticinco centavos por un gran paquete de polvos insecticidas, preparación con patente, que resultó estar compuesta por un noventa y cinco por ciento de yeso y un poco de arcilla inofensiva; un preparado que, seguramente, no había costado al fabricante más que dos centavos. Los polvos no surtieron, por supuesto, efecto alguno, excepto en algunos pobres bichos que tuvieron la mala suerte de beber agua después de haber engullido el yeso, que se les fraguó en el estómago. Pero la familia no tenía idea de todo esto, ni más dinero que gastar, así que no tuvo más remedio que abandonar la lucha y resignarse a un sufrimiento más por el resto de sus días.

Hace algún tiempo, una mujer de gran corazón dio a conocer los sufrimientos de los esclavos negros y levantó a un continente en armas. Tenía varias cosas a su favor con las que no puede contar

quien pretenda describir la vida del esclavo moderno: el esclavo de las fábricas, de los talleres, de las minas. El látigo con el que se le azota no se puede ver ni escuchar y la mayoría de la gente no cree que exista: es la hipocresía típica de la filantropía y de la convención política la que niega su existencia. A este esclavo no se le caza con perros, no lo matan a golpes malvados arquetípicos ni muere en el éxtasis de la fe religiosa. De hecho, su religión no es más que otra de las trampas que le tienden sus opresores y la más amarga de sus desdichas. Los perros que le acosan son la enfermedad y los accidentes y el villano que lo asesina no es sino el índice salarial. ¿Quién puede generar una emoción intensa en el lector narrando una cacería humana en la que la víctima es un extranjero piojoso e inculto y en la que los perros de caza son los gérmenes de la tuberculosis, la difteria y el tifus? ¿Quién es capaz de novelar la historia de un hombre cuya única peripecia vital reside en cortarse un dedo con un cuchillo de matarife infectado y cuyo desenlace consiste en una caja de pino y una tumba de pobre? Aunque morir de envenenamiento sanguíneo pueda ser tan doloroso como morir consecuencia de los golpes, la imagen de unos perros de caza desgarrando a alguien hasta la muerte sugiere un destino más clemente que aquel al que se enfrentan cada año miles de personas de Packingtown: ser presas de la más amarga pobreza, estar mal vestidos, vivir en una casa infecta, debilitados por el hambre, el frío y las inclemencias del tiempo, derribados por la enfermedad o los accidentes laborales... Después de esto, esperar que el flaco lobo del hambre se acerque arrastrándose para roerte el corazón y destruir los cuerpos y almas de tu mujer y tus hijos.

Entonces le llegó el turno al viejo Antanas. Llegó el invierno. El lugar donde trabajaba era un sótano oscuro sin caldear, donde todo el día uno podía ver el propio aliento en el aire, y donde los dedos se quedaban yertos de frío. De ahí que la tos del pobre viejo se hiciera cada vez más fuerte, hasta llegar al extremo de que su presencia resultase ingrata. Le ocurrió algo más terrible aún: trabajando en un sitio donde el suelo estaba impregnado de productos quí-

micos, al poco tiempo estos le habían destrozado sus botas nuevas. Al poco, los pies se le cubrieron de llagas que cada día presentaban mayor extensión y peor aspecto. Él no sabía si era que su sangre estaba ya mal o si se habría cortado; pero, habiendo preguntado a los demás obreros, estos contestaron que aquello era una cosa corriente. Es el salitre, le dijeron. Más pronto o más tarde, todos pasaban por ello y, entonces, no había mas remedio que dejar aquel trabajo. Las llagas nunca se cicatrizaban y, si no se abandonaba el puesto, los dedos de los pies acababan por caerse. Pero el viejo Antanas no quería marcharse en modo alguno. Veía las penalidades que pasaba su familia y recordaba cuánto le había costado encontrar trabajo. En consecuencia, se vendó los pies y, renqueante, siguió trabajando y tosiendo hasta que al fin cayo como un edificio que se desmorona. Sus compañeros de taller lo trasladaron a un lugar seco y lo tendieron en el suelo. Aquella noche otros dos obreros lo llevaron a su casa. Se le acostó en seguida; y aunque todas las mañanas él trataba de levantarse, no pudo ya volver a ponerse en pie. No tuvo, pues, más remedio que permanecer en cama tosiendo día y noche sin cesar, consumiéndose rápidamente, hasta convertirse en un saco de huesos. Llegó un momento en que le quedaba tan poca carne que los huesos comenzaron a perforarle la piel. Era un espectáculo terrible; ya el mero hecho de pensar en ello resultaba espantoso. Una noche tuvo un síncope, con un vómito de sangre. La familia, loca de miedo, mandó a buscar a un médico y pagó medio dólar solamente para escuchar que no podía hacerse nada. El doctor, compasivo, no dijo esto al alcance del oído del enfermo, que seguía alimentando la esperanza de que al día siguiente estaría mejor y podría volver al trabajo. La compañía que le daba ocupación había mandado un recado diciendo que se le conservaría su puesto; o más bien, Jurgis había pagado a un obrero especialmente para que un domingo por la tarde fuera a decirlo. Diedas Antanas lo creyó de buena fe y así hizo frente a tres nuevas hemorragias. Hasta que, al fin, una mañana lo encontraron muerto en su lecho, rígido y frío. Las cosas no iban bien para la familia y, aunque a Teta Elzbieta le costase un terrible

disgusto, no tuvieron más remedio que prescindir de la mayor parte de las ceremonias habituales en un funeral. Se limitaron a pagar un carro fúnebre, y un coche de alquiler para las mujeres y los niños que fueran acompañando al cadáver. Jurgis, que aprendía rápido, empleó el domingo en contratar los vehículos, haciéndolo en presencia de testigos; de suerte que, cuando el agente quiso, después, cobrarle una infinidad de gastos extraordinarios, logró zafarse del tipo. Durante veinticinco años, el viejo Antanas Rudkos y su hijo habían vivido juntos en los bosques de su país y era triste separarse de aquel modo. Por eso, tal vez no vino mal que el joven tuviera que centrar toda su atención en la penosa tarea de organizar un funeral que no les arruinara. De otra manera se hubiera abandonado a sus penas y a los tristes recuerdos.

Vino, por fin, lo más crudo del invierno. En los bosques, durante el verano, las ramas de los árboles luchan por la luz; algunas son vencidas y mueren. Entonces vienen los vendavales, las tormentas de nieve y de granizo y el suelo se llena de los restos de esas ramas más débiles. Lo mismo sucedía en Packingtown. Entre la población se libraba una batalla mortal, y aquellos cuya última hora había sonado caían por centenares. Durante todo el año habían servido como piezas en la inmensa máquina destinada a la preparación de la carne o en sus accesorios; pero había llegado el momento de renovar las piezas dañadas o inservibles para el trabajo y reemplazarlas por otras nuevas. La gripe y la pulmonía se presentaban allí haciendo estragos, buscando las constituciones más débiles. Después, la muerte hacía su recolección anual entre los afectados de tuberculosis. Vientos crueles, fríos penetrantes; trombas de nieve y descensos de temperatura tremendos azotaban sin cesar los músculos debilitados y la sangre empobrecida. Más tarde o más temprano, los que no podían resistir no se presentaban al trabajo; y entonces, sin pérdida de tiempo, sin hacer averiguaciones de ninguna clase, sin la menor muestra de sentimiento, se les reemplazaba por gente nueva.

Obreros nuevos los había a millares. Durante todo el día, hombres medio muertos de hambre y completamente faltos de re-

cursos sitiaban las puertas de las fábricas. Acudían por miles todas las mañanas, luchando entre sí por la más pequeña posibilidad de ganarse la vida. Ni las tormentas de nieve, ni las heladas más intensas parecían tener influencia sobre ellos, porque siempre estaban allí, a las puertas, dos horas antes de amanecer, una hora antes de que empezase el trabajo. Algunas veces se les helaba la cara, otras, los pies y las manos, a veces se congelaban enteros; pero la masa de aspirantes continuaba afluyendo, pues no tenían otro sitio a dónde ir. Un día, Anderson anunció en los periódicos que necesitaba doscientos hombres para cortar hielo; durante toda aquella jornada, todos los seres de la jungla que carecían de pan y de abrigo llegaron trabajosamente, a través de la nieve, a los establecimientos de Anderson desde los cuatro costados de una ciudad de casi doscientas cincuenta millas de superficie. Por la noche, más de ochocientas almas llenaban ya el puesto de policía de los mataderos. Las salas quedaron atestadas, durmiendo unos en el regazo de los otros, apilados en los corredores y llenando las escaleras. La policía tuvo, por último, que cerrar las puertas y dejar que muchos se murieran de frío en la calle. A la mañana siguiente, antes de despuntar el alba, ya había más de tres mil hombres frente a la puerta de Anderson. Fue preciso llamar a las reservas de policía para prevenir desórdenes. Los capataces de Anderson eligieron entonces a veinte de los más vigorosos. Lo de doscientos había sido un error de imprenta.

El lago Michigan se encuentra a cuatro o cinco millas al Este del barrio de los mataderos; sobre él, los vientos helados del norte soplan con furia. Muchas veces, durante la noche, el termómetro desciende a diez, quince o veinte grados bajo cero; por la mañana, las calles se encuentran obstruidas por masas de nieve que alcanzan, a veces, hasta las ventanas de los primeros pisos.

Además, las calles por donde la mayor parte de los obreros tienen que pasar para ir al trabajo están a medio urbanizar, sin empedrado y llenas por todas partes de baches y socavones. En verano, cuando la lluvia cae a mares, el obrero, para llegar a su casa, tiene algunas veces que atravesar parajes con el agua hasta la cintura.

Pero, en invierno, pasar por los mismos sitios antes de amanecer o después de cerrar la noche no es cosa que pueda tomarse a la ligera. Podían, tratando de abrigarse, echarse encima cuantas ropas poseyeran; pero contra lo que no hay abrigo es contra la fatiga, y muchos hombres, en la lucha contra la nieve, caían rendidos y se dormían sobre el suelo helado.

Si el camino resultaba tan pesado para los hombres, cualquiera puede imaginarse lo que suponía para las mujeres y los niños. Algunos montaban en los tranvías cuando estos circulaban, pero cuando se gana solamente cinco centavos por hora, como le pasaba al pequeño Stanislovas, no está uno dispuesto a gastarse otro tanto en un viaje de dos millas. Por eso se veía llegar a los muchachos a los mataderos envueltos completamente en mantones, de tal manera que no era posible reconocerlos. Y, además, siempre ocurrían accidentes. Una cruda mañana de febrero el muchachito que trabajaba con Stanislovas en la máquina de enlatar manteca llegó con una hora de retraso y llorando de dolor. Le quitaron el embozo y un hombre se dispuso a frotarle fuertemente las orejas, pero como éstas se hallaban completamente congeladas, a las dos o tres fricciones, se le cayeron de raíz. El joven cayó al suelo y comenzó dar vueltas en su agonía. El resultado fue que el pobre Stanislovas, horrorizado por el hecho, cogió un miedo al frío que casi rayaba en la locura. Todas las mañanas, cuando llegaba la hora de ponerse en camino a los mataderos, comenzaba a llorar y a protestar. Nadie conseguía hacerle reaccionar, por que las amenazas no le hacían efecto alguno. Nada podía vencer su terror y la familia temía algunas veces que le entrasen convulsiones. Por último, hubo que decidir que todos los días marcharía con Jurgis y que volvería también con él. Muchas veces, cuando la nieve estaba muy alta, Jurgis llevaba al muchacho a cuestas todo el camino. Otras veces, cuando Jurgis se quedaba trabajando hasta muy entrada la noche, la situación era horrible, porque el chico no tenía sitio donde esperar, salvo en los portales, o en algún rincón de las naves del matadero, donde, muerto de sueño, corría el riesgo de quedar helado.

Las naves de los mataderos no estaban caldeadas y los obreros que trabajaban allí no se encontraban mejor que a la intemperie, durante todo el invierno. En realidad, no había calor en ninguna sección de la fábrica, excepto en las salas de cocción. Los empleados de los hornos, sin embargo, eran los que estaban expuestos a mayores riesgos, pues con mucha frecuencia tenían que pasar de unas salas a otras por corredores fríos como el hielo, no llevando sobre el pecho más abrigo que una camiseta sin mangas. En verano las salas de congelación resultaban lugares mortales, por el reumatismo y esa clase de enfermedades, pero cuando llegaba el invierno los trabajadores envidiaban a quienes desempeñaban allí su tarea: al menos las salas de congelación mantenían una temperatura regular y allí uno se moría congelado. En el *killing floor* se corría un serio riesgo de congelación si, por algún motivo, la cuadrilla tenía que parar un rato. Los obreros se veían con frecuencia expuestos a que la sangre les empapase la cara, las manos, todo el cuerpo. Esta sangre se helaba en seguida. Si el individuo, con las manos embadurnadas por la sangre reciente, se apoyaba contra el muro, el líquido al solidificarse, le dejaba la mano pegada a la pared. Si se tocaba la hoja de un cuchillo, se corría el riesgo de dejar allí adherido un trozo de piel. Para proteger los pies contra el frío los obreros se los envolvían en periódicos o en sacos viejos. Estos se empapaban en sangre que se helaba y como la operación se estaba repitiendo constantemente durante toda la jornada, se iban acumulando, unas sobre otras, capas de sangre congelada, de forma que, por la tarde, los obreros se movían sobre enormes coágulos que parecían patas de elefante. De cuando en cuando, si los capataces no lo veían, los operarios metían los pies, hasta el tobillo, en los troncos humeantes de las reses recién sacrificadas o cruzaban la nave a la carrera para lavar y escaldar las reses. Lo más cruel era que la mayor parte de ellos, sobre todo los que tenían que manejar cuchillos, no podían usar guantes; por lo cual, como es de imaginar, los antebrazos se les amorataban y las manos les quedaban yertas de frío, y eso daba lugar a un sinfín de accidentes. La atmósfera era tan opaca, debido a los vapores del

agua y la sangre caliente, que a cinco pasos alrededor no se distinguían ya los objetos. Y con los operarios corriendo de un lado a otro con la febril actividad que los agitaba, provistos todos ellos de cuchillos de carnicero, cortantes como navajas de afeitar, era milagroso que no resultasen muertos tantos hombres como animales.

Sin embargo, aun hubieran podido soportar todos estos inconvenientes de haber disfrutado de algo tan sencillo como un lugar para comer al mediodía. No hacía mucho tiempo que uno de los señores de Packingtown había dicho en un banquete que no valía la pena pagar más dinero a los trabajadores de los mataderos, ya que todo iría a parar a los dueños de los bares. Este caballero y sus socios se habían construido un cenador privado y para sus directivos y empleados de oficina un gran comedor, donde se podía conseguir la mejor comida que había en la ciudad. En cambio, a los cinco o seis mil hombres que trabajaban para ellos con sus manos, ni siquiera les habían suministrado un banco para sentarse. Cuando, por ejemplo, Jurgis había trabajado desde las siete a las doce para que este caballero retórico aumentara su capital, se le invitaba a despachar su almuerzo en el *killing floor,* en medio del insoportable hedor que le rodeaba. Otra posibilidad era salir y sentarse en las escaleras, donde el frío era más intenso. También podía salir a la calle, donde estaba a bajo cero y nevando. Por último, podía correr a la calle, como sus compañeros, a una de las centenares de tabernas que le recibirían con los brazos abiertos. Al oeste de los mataderos corre la avenida Ashland, y en ella se ve una hilera infinita de tabernas. "Avenida Whisky" era como llamaban a aquella vía en cuya parte norte se encuentra la calle 47, donde hay, por lo menos, seis tabernas en cada manzana. La esquina recibía el nombre de "Encrucijada del Whisky" y allí, en un espacio de quince a veinte acres, se daban, además de una fábrica de cola, más de doscientas tabernas. No se necesitaba andar muchos pasos para poder elegir: "Plato del día: Puré de chícharos y col cocida. Todo caliente", "Estofado de res", "Sauerkraut y salchichas de Frankfurt calientes. Le esperamos", "Sopa de ejotes y guiso de cordero. Bienvenido". Todo esto en muchos idiomas, así

como el nombre de los establecimientos, cuya variedad y aspecto era infinita. Se podía encontrar, por ejemplo: El círculo familiar, El rincón confortable, El fuego del hogar, El palacio del placer, El país de las maravillas. Ningún lugar resultaba lejano: había una Cabaña del tío Tom y un Tivoli. Nada era demasiado maravilloso: allí estaba El castillo del sueño, Las tierras de la música y Los encantos del amor. Incluso había un garito llamado La gloria y otro La visión. Pero, cualquiera que fuese el nombre del establecimiento, todos ellos eran, además, locales de asociaciones obreras y su intención era dar una bienvenida a los trabajadores. En todos ellos había una estufa siempre encendida, una silla cerca de ella y amigos con quienes charlar y reír. No se exigía, para disfrutar de estas cosas, más que una sola condición: era preciso beber algo. Al individuo que entraba en cualquiera de estos sitios sin ánimo de beber se le expulsaba en el acto; y si, aun habiendo consumido, no se marchaba muy deprisa, corría el riesgo de que le abriesen la cabeza de un botellazo. Pero todos los obreros aceptaban esta convención y bebían. De esta manera, aún se consideraban beneficiados pues al pagar una copa tenían derecho, no sólo al calor de la estufa, sino a un plato gratis de comida caliente. Pero en la práctica, la cosa no solía funcionar así, ya que nunca faltaba un amigo que le ofreciera a uno una copa y a quien había que corresponder invitándole, luego, a otra. Llegaban después nuevos conocidos y... ¡qué diablos! ¡Un par de vasos es el mínimo que puede permitirse un hombre que trabaja como una bestia! Al volver a los talleres, el obrero se encontraba más entonado, no titiritaba de frío como antes, ejecutaba su labor con más ardor y no le afligía tanto la terrible monotonía del trabajo; mientras desempeñaba su obligación, se le ocurrían ideas de modo que consideraba sus circunstancias de un modo más favorable. Pero, al regresar a su casa, el frío volvía a caer sobre él y obligaba al obrero a detenerse dos o tres veces en su camino para echar un trago y defenderse de la helada. Como a aquellas horas encuentra también en la taberna un plato caliente, podía ser que el jornalero llegase tarde para cenar en casa o incluso que no apareciera en ella en toda la noche.

Entonces, podía ocurrir que su mujer saliera a buscarlo y, aterida de frio, tuviera también que refugiarse en la taberna. Con frecuencia, la mujer llevaría consigo a sus hijos... Y de esta forma toda una familia se ve arrastrada a la bebida como son arrastradas las aguas de un río curso abajo. Como para propiciar este estado de cosas, los fabricantes pagaban a sus obreros, no en metálico, sino en vales. Ahora bien, ¿En dónde se puede hacer efectivo un vale en todo Packingtown con más comodidad que en la taberna? Pero luego hay que corresponder a este favor haciéndole otro al tabernero; un poco de consumo.

De todas estas tentaciones se libró Jurgis gracias a Ona. Nunca quiso tomar más de una copa al mediodía y eso le hizo adquirir una fama de mal compañero. En las tabernas no le miraban demasiado bien y se veía obligado a cambiar de establecimiento con frecuencia. Por la noche siempre iba derecho a casa, no sin antes haber recogido a Ona y a Stanislovas; a ella para dejarla en el tranvía rumbo a casa. Una vez que llegaba al hogar, muchas veces se veía obligado a salir de nuevo, recorrer trabajosamente una distancia de varias manzanas y volver, a través de la nieve, con un saco de carbón a la espalda. La casa no ofrecía muchos atractivos, por lo menos durante aquel invierno. No habían podido comprar más que una estufa y era tan pequeña que no bastaba ni para caldear la cocina los días más inclementes. Esto resultaba muy penoso para Teta Elzbieta durante todo el día y para los pequeños, cuando no podían ir a la escuela. Por la noche toda la familia se sentaba alrededor de la estufa, apretándose unos contra otros y tomaban la cena sobre las rodillas. Después, Jurgis y Jonas fumaban su pipa y, concluida ésta, todos se arrebujaban en la cama para entrar en calor. Antes, y a fin de economizar carbón, apagaban la estufa. El frío les hizo pasar muy malos ratos. Se acostaban vestidos y hasta con los abrigos puestos, echándose además encima todas las ropas de que podían disponer. Los niños dormían todos juntos en la misma cama y, aun así, no podían entrar en calor. Los que estaban en las orillas temblaban de frío, lloraban y procuraban saltar por encima de los otros para ponerse

en medio. Esto originaba verdaderos altercados. Aquella vieja casa, armada con maderos rezumantes, era bien distinta de las cabañas de su país, en las que los muros eran muy gruesos y estaban protegidos con espesas capas de adobe tanto por fuera como por dentro. En cambio, en la casucha de Packingtown el frío entraba como un ente, como un demonio cuya presencia se hacía sentir en todas las habitaciones. Si se despertaban en medio de la noche, cuando todo estaba en tinieblas, les parecía oír al exterior los mugidos del frío, o bien se sentían rodeados de un silencio mortal y de una atmósfera completamente helada y esto aún era peor. Sentían el frío penetrar a través de las rendijas y de las grietas, tocarles con sus dedos helados, portadores de la muerte. Entonces temblaban, se encogían, se esforzaban por agazaparse en las cobijas. ¡Todo era en vano! El frío se aproximaba, se acercaba sin cesar, fantasma odioso, espectro horrible, nacido en las tenebrosas cavernas del terror; poder cósmico primitivo destinado a ocultar en las tinieblas los tormentos de las almas perdidas y arrojadas al caos y a la destrucción. Era una angustia terrible. Hora tras hora resistían y luchaban bajo aquella garra inexorable, pero solos, completamente solos. Nadie les escucharía si gritaran, nadie les socorrería ni se compadecería de ellos. Y esto duraba toda la larguísima noche, hasta el amanecer. Entonces se levantaban para comenzar otra jornada de trabajo, un poco más debilitados, un poco más cerca del momento en que no pudieran aguantar más sacudidas y terminaran por caer.

CAPÍTULO VIII

A pesar de todo, durante la primera parte del invierno, nuestros amigos trabajaron duro y, si no hubiera sido por los gastos domésticos, hubieran podido hacerse con una pequeña suma de dinero. Siempre tenían algo que comprar, contingencias imprevistas. Una vez las cañerías se congelaron y reventaron y cuando, en su ignorancia, las calentaron para descongelarlas, se produjo una inunda-

ción en la casa. Esto sucedió cuando los hombres estaban fuera y la pobre Teta Elzbieta salió corriendo a la calle en busca de ayuda, ya que no sabía siquiera si podía detener la inundación o si ya estaban arruinados de por vida. Estaban más cerca de la segunda opción: al final, el plomero les cobró setenta y cinco centavos la hora y otros setenta y cinco para un ayudante que no hizo más que quedarse de pie mirándole. La factura, por supuesto, incluía todo el tiempo que había estado entrando y saliendo y además se les cargaba con toda clase de materiales y extras. Además, cuando fueron a pagar la mensualidad de enero, entraron en un estado de pánico cuando el agente inmobiliario les preguntó si tenían la casa asegurada. En respuesta a su pregunta, les mostró una cláusula del contrato en la que tenían que asegurar la casa por cien dólares, tan pronto como la póliza que estaba vigente expirase, lo que sucedería en unos pocos días. El golpe cayó como un mazazo sobre la pobre Teta Elzbieta que preguntó entonces a cuánto ascendía el seguro. Siete dólares fue la respuesta. Por la noche apareció Jurgis, con el ceño fruncido y sin ambages, y le pregunto al agente que si era capaz de informarle, de una vez por todas, todos los gastos que les iban a afectar. El contrato ya estaba firmado, señaló Jurgis, con ese sarcasmo típico del nuevo estilo de vida que había aprendido; el contrato ya está firmado, de modo que el agente no ganaba nada con quedarse callado. Mientras hablaba, Jurgis le miraba fijamente a los ojos, de modo que el agente no perdió tiempo en protestas y le leyó el contrato. Ellos tendrían que renovar el seguro anualmente; tendrían que pagar los impuestos, diez dólares al año; tendrían que pagar el impuesto del agua, más o menos seis dólares anuales: Jurgis decidió silencio cerrar la llave de paso. Esto, además de los intereses y de las cuotas mensuales serían todos los gastos, a menos que la ciudad decidiera abrir una alcantarilla o poner una acera en la calle. Así estaban las cosas, dijo el agente: no importaba si las querían o no, era la ciudad quien decidía. La alcantarilla les costaría veinticinco dólares y la acera quince, si era de madera, y veinticinco si era de cemento.

Jurgis regresó a casa: al menos era un alivio saber qué era lo peor que podía pasar, así no habría sorpresas. Se dio cuenta de cómo les habían saqueado, pero ya estaban dentro y no había vuelta atrás. Sólo quedaba la posibilidad de seguir adelante, pelear y ganar, ya que la derrota era algo impensable.

Poco a poco estaban logrando devolver el préstamo a Jonas y a Marija, aunque ésta, con su gran e irracional corazón, se gastaba buena parte del dinero en cosas que ella veía que necesitaban. Marija era la capitalista del grupo, ya que se había convertido en una experta pintora de etiquetas. Sacaba catorce centavos por cada una de las ciento diez latas que pintaba: era capaz de pintar más de dos latas por minuto y ganaba una suma considerable todas las semanas. Marija sintió, por decirlo de algún modo, que estaba al mando y el vecindario resonaba con sus alegres canciones.

Aunque sus amigos sacudían la cabeza en señal de desaprobación y le aconsejaban que fuera más despacio, no podían con ella y, por tanto, cuando llegó el golpe, el estado de pena en que quedó Marija resultaba descorazonador. La conservera en la que trabajaba cerró, lo que para Marija era como si hubiera cerrado el mismo sol: la gran fábrica era algo semejante a los planetas y las estaciones. Y ahora estaba cerrada. Ni siquiera les habían avisado el día antes, no les habían dado explicación alguna: sólo un anuncio, un sábado, de que todos los trabajos hechos se pagarían ese sábado por la tarde y que no se retomaría el trabajo hasta, al menos, el mes siguiente. Eso era todo.

Era el fin de la temporada, le dijeron las compañeras, en repuesta a las preguntas de Marija. Siempre después había un alto. A veces se recomenzaba el trabajo a media jornada al poco tiempo, pero nunca se podía saber: una vez había estado cerrado hasta el verano. Las perspectivas no eran muy alentadoras, ya que los transportistas que trabajaban en los almacenes le habían contado que había cajas de lata apiladas hasta los techos, de modo que la compañía no había podido encontrar salida a una nueva producción semanal. Habían dejado sin tarea a tres cuartas partes de los trabajadores de los almacenes, lo que era signo de que la situación era grave, dado que

eso significaba que había órdenes que cumplir. Era todo un ritmo, lo de pintar latas, decían las muchachas: una se volvía loca por que se embolsaba doce o catorce dólares por semana y lograba ahorrar la mitad, pero luego te lo gastabas todo en sobrevivir mientras que no había trabajo, de modo que realmente se estaba cobrando la mitad del dinero que pensaba.

Marija volvió a casa y, dado que era una persona incapaz de descansar sin entrar en combustión espontánea, puso a todo el mundo a hacer limpieza y luego se fue a Packingtown en busca de un trabajo que rellenara el hueco. Como la mayor parte de fábricas de conservas estaban cerradas y todas las chicas estarían buscando trabajo, era bastante comprensible que Marija no lo encontrara. Luego probó en tiendas y tabernas y, al no haber nada, fue más lejos, cerca del lago, hasta las regiones remotas en las que habitan los ricos en sus espléndidas mansiones y preguntó por algún trabajo que pudiera hacer alguien que no sabía inglés. A Marija le resultaba difícil entender cómo en una ciudad tan grande no había tarea que pudieran desempeñar sus robustos brazos.

También los hombres del matadero sintieron los efectos de la caída del mercado que había dejado a Marija en la calle, pero de otro modo, un modo que hizo que Jurgis comprendiera de una vez por todos la amargura de los trabajadores. Los grandes conserveros no cierran del modo en que lo hacen las pequeñas fábricas de latas, ellos empiezan a dar cada vez menos horas de trabajo. Si hubieran querido hacer saber al mundo que para ellos todos sus empleados valían menos que uno solo de los animales que mataban, no hubieran podido hacerlo mejor.

Obligaban siempre a sus operarios a presentarse en los mataderos a las siete de la mañana, dispuestos a trabajar aunque casi nunca hubiera nada que hacer hasta que los compradores no comenzaban sus operaciones y parte del ganado había salido de los rediles en dirección a las naves. De este modo, en tiempo ordinario, los obreros del matadero tenían que esperar alguna veces hasta las diez o las once del día antes de empezar su labor; y esto era ya bas-

tante duro; pero, en la época de recesión productiva, los mismos obreros permanecían ociosos hasta muy avanzada la tarde: de todos modos tenían que estar en el *killing floor* a las siete de la mañana. Por ello debían esperar cruzados de brazos y paseando de un lado a otro, pero sin poder abandonar el local, en aquellas naves abiertas por todas partes y a una temperatura que alcanzaba a veces veinte grados bajo cero. Al principio de la jornada se les veía correr de un extremo otro, o jaraneando entre sí para entrar en calor pero, hacia el final del día, el frío los había penetrado por completo y se hallaban entumecidos; de manera que, cuando por fin llegaba algún ganado, estaban tan ateridos que el menor movimiento le causaba terribles dolores. Y entonces, de repente, el establecimiento recobraba toda su actividad y comenzaba el implacable "a darle".

Había semanas en que Jurgis volvía a su casa sin otras ganancias que dos horas de trabajo, lo cual suponía un salario de unos treinta y cinco centavos; otros días no había trabajado más de media hora y, al final, hubo días en que el trabajo faltó por completo. El término medio era, en general, de seis horas por día, lo cual representaba seis dólares por semana. Para esas seis horas de trabajo había que esperar en el *killing floor* desde el amanecer hasta la una, y a veces hasta las dos y hasta las tres de la tarde. No era raro, tampoco, ver llegar al fin de la jornada una gran cantidad de ganado, que había que sacrificar y preparar antes de que los obreros se retirasen a sus casas, trabajando con frecuencia con luz eléctrica hasta las nueve o las diez, y a veces hasta pasada medianoche, sin un instante de descanso ni para tomar un bocado. Jurgis intentó enterarse de por qué sucedía todo esto, pero los trabajadores apenas tenían ideas vagas al respecto. Lo que sí sabían era que estaban a merced del ganado.

Los compradores esperaban hasta el último momento para obtener mejores precios. Si lograban asustar a los vendedores y hacerles creer que aquel día no tenían intención de comprar, conseguían imponerles sus condiciones. El precio del forraje dentro de los mataderos era, no se sabe por qué, mucho más elevado que el corriente en el mercado y los ganaderos tenían prohibido llevar fo-

rraje de fuera. Además, muchos trenes llegaban con enormes retrasos por estar las vías cerradas por la nieve y los patronos hacían sus operaciones de compra la misma tarde o noche en que llegaba el ganado para conseguirlo más barato. Entonces aplicaban su regla inflexible, según la cual todas las reses debían ser sacrificadas el mismo día en que se habían comprado. Era inútil protestar por esto. Los obreros habían enviado, una tras otra, comisiones a los patronos y estos siempre respondían lo mismo: que aquello era una regla establecida y que no había la más remota probabilidad de que pudiera alterarse. Todos los que trabajaban para ellos tenían que quedarse y trabajar, fuera de horario o cuando fuese, no importaba la hora. Domingos y festivos, todos los días eran iguales: a Jurgis se le podía necesitar en cualquier momento. Así sucedió que, en Nochebuena, Jurgis estuvo trabajando hasta la una de la madrugada, y al día siguiente, Navidad, tuvo que presentarse en el *killing floor* a las siete de la mañana.

Todo esto era un infierno para los hombres, pero no era lo peor porque, después de ejecutar un trabajo tan tremendo, los obreros sólo recibían una parte del pago correspondiente. Jurgis había sido de los que se mofaban de la idea de que en tan vastos establecimientos se engañase y se explotase a los empleados pero pudo, al fin y al cabo, convencerse de la amarga ironía del hecho. Precisamente su magnitud era lo que permitía a los patronos realizar sus abusos tan impunemente. Jurgis veía con sus propios ojos el engaño y que lo hacían constante y sistemáticamente, en todo momento y en cualquier lugar: cualquier cosa era susceptible de generar ganancias. Si habían hecho fortuna era precisamente porque se habían dado cuenta de que cualquier cosa podía ser una fuente de ingresos, por pequeña que fuera, siempre se sacaba un millón más de otros lados. Una de las reglas en los mataderos establecía que por un minuto de retraso se rebajaba a un obrero una hora de salario. Este método era muy rentable, porque no se permitía a los operarios permanecer con los brazos cruzados, sino que les obligaba a trabajar el tiempo de la penalización. Se contaba que Charles Lamb, cuando le amonestaron

por llegar tarde al trabajo, dijo que realmente había salido pronto. Por otra parte, si un obrero comenzaba a trabajar con anticipación, no recibía por ello suplemento alguno y era corriente que los capataces dispusiesen las brigadas para el trabajo diez o quince minutos antes de sonar el silbato.

El mismo sistema se seguía hasta el fin de la jornada. No se pagaban fracciones de hora. Un obrero podía, de este modo, trabajar otros cincuenta minutos sin ninguna retribución, si faltaba trabajo para completar una hora. De esta forma, al final de cada jornada se establecía una verdadera batalla entre los capataces y los obreros: estos, haciendo toda clase de esfuerzos por alargar el trabajo y aquellos apretando para acelerar la labor. La mayoría de la gente hubiera tenido esta historia por un invento de la imaginación, pero era una constante diaria en la vida de Jurgis y la amargura iba corroyendo su alma día tras día. Jurgis culpaba a los capataces, pero lo cierto es que estos no siempre eran culpables, pues los patronos los tenían aterrorizados con la amenaza constante de perder su puesto. Y cuando alguno de ellos se veía en riesgo de no llegar al mínimo de trabajo exigido, nada más sencillo que forzar a los obreros a que trabajasen un poco "para la lglesia". Ésta era una broma feroz, los compañeros de Jurgis tuvieron que explicarle. Todos estos hombres leían los periódicos y mientras que sabían que Anderson, Smith y el resto de los empresarios alimentaban su caudal como si fuera un cerdo, también sabían que otros grandes industriales estaban haciendo picadillo a sus trabajadores según esta misma lógica horrible y sistemática, e incluso tenían tiempo para presentarse como filántropos y benefactores públicos, cubriendo los gastos que suponían bibliotecas, hospitales e iglesias. Por esta razón, siempre que los obreros hacían algún trabajo antes del horario o cuando se quedaban media hora más para terminar con un rebaño de vacas, se miraban unos a otros guiñando el ojo y decían: "Esto es para la biblioteca" o "Ahora estamos pagando la lglesia".

Cabe señalar que en todo este asunto los empresarios estaban perfectamente en su derecho. Mentir y engañar son parte del privilegio fundamental del modo en que un empresario lleva sus nego-

cios, se le tiene que dejar en paz. Jurgis, por ejemplo, vive ahora en un país libre y comparte los privilegios que allí se dan. Si no le gusta el modo en que hacen las cosas en Smith´s, tiene toda la libertad de marcharse a donde quiera. Puede irse a Anderson's y, cuando se de cuenta que tanto Smith como Anderson, como el resto de los empresarios de la carne de Chicago, se han puesto de acuerdo en las condiciones de trabajo de sus empleados, tiene derecho coger a su familia, pagar cien o doscientos dólares por unos billetes de tren, y marcharse a Nueva York, a San Luis, a Kansas City o a Omaha, donde se encontrarían otras empresas del ramo. Cuando se enterara de que estas empresas también pertenecen a Smith o a Anderson y que operan con la misma injusticia, podría también marcharse al campo, a las praderas cubiertas de nieve de la tierra de la libertad, echarse en ellas y morirse allí en paz, con la conciencia tranquila por no ser esclavo de nadie. Que no lo hiciera y siguiera trabajando en Smith's , aceptando el salario que allí quisieran darle, significaba que no era un americano, alguien nacido libre, sino un extranjero pobre e ignorante.

No obstante, el sentido de la justicia no estaba del todo muerto en su interior y su odio iba creciendo con los días. Una de las consecuencias de todo esto fue que Jurgis ya no manifestaba ninguna perplejidad cuando oía a sus compañeros hablar de la lucha por sus derechos. Ahora se sentía ya dispuesto a unirse a la lucha; y cuando el delegado irlandés de la Asociación de Ayuda a los Carniceros fue a verle por segunda vez, Jurgis lo recibió en una actitud muy diferente. Ahora a Jurgis le parecía una idea maravillosa que los obreros, uniéndose y entendiéndose, pudiesen llegar a resistir y vencer a sus patronos. A Jurgis le hubiera gustado saber quién había preconizado aquella idea. Cuando se le dijo que aquello era una cosa corriente en América, comenzó a entrever el significado de la frase "un país libre". El delegado irlandés le explicó que el éxito dependía de que todos los obreros se uniesen y tomasen parte en la organización; a lo cual Jurgis manifestó que estaba dispuesto a contribuir con lo que le correspondiese. Antes de terminar el mes,

cuatro de cada cinco individuos de la familia que trabajaban tenían sus carnets de afiliados —excepto Stanislas, porque la idea de un sindicato de jóvenes trabajadores de la manteca era aún inviable— y lucían orgullosamente sus insignias. Durante una semana no cabían en sí de felicidad pensando que pertenecer a una asociación significaría el término de todas sus zozobras.

Pero no habían pasado diez días de esto, cuando cerró la fábrica donde trabajaba y el golpe los dejó estupefactos. No podían comprender cómo la asociación no lo había impedido, y la primera vez que Marija asistió a una reunión de afiliados se levantó y dio un discurso sobre el asunto. La reunión, que se celebraba en inglés, no era más que una junta para despachar asuntos corrientes. De las chicas que pintaban latas y que estaban en el sindicato probablemente sólo una entre veinte entendió una palabra del lituano. Marija no puso atención en ello y dijo cuanto quiso en su idioma nativo, sin que los campanillazos del presidente ni el tumulto y la confusión que levantó entre la concurrencia la inmutasen. Dejando aparte lo que personalmente le afectaba, se manifestó enfurecida por la injusticia general con que se procedía contra los obreros, y dijo cuanto pensaba acerca de los patronos y acerca de un mundo y una sociedad donde esas cosas podían ocurrir. Aún retumbaban en el salón los ecos de su extraordinaria voz, cuando, ya desahogada, tomó asiento y comenzó a abanicarse. La sesión recobró entonces su curso normal y se procedió a la elección de un secretario de actas.

Jurgis tuvo también una aventura la primera vez que asistió una reunión de esta clase, si bien no fue porque él la buscara. Había acudido con el propósito de permanecer en un rincón y observar, sencillamente, lo que ocurría, pero su actitud silenciosa, la marcada atención con que seguía todos los detalles, hicieron que un individuo se fijase en él y que lo eligiera como víctima. Tommy Finnegan era un irlandés pequeño, de ojos grandes y vivos, de aspecto algo salvaje, rebelde por naturaleza y completamente chiflado. Hacía mucho tiempo que Tommy Finnegan había sufrido cierta extraña aventura que le había marcado y desde entonces no pensaba en otra

cosa sino en explicar lo que había sucedido. Cuando hablaba, cogía a su víctima por la solapa y aproximaba su rostro al del oyente hasta casi tocarlo, lo cual era muy desagradable, por que tenía los dientes podridos. Jurgis no reparó en este detalle, por que le daba miedo aquel sujeto tan extraño. Tommy Finnegan tenía por tema favorito el del funcionamiento de las inteligencias superiores y deseaba saber si Jurgis había pensado alguna vez que la representación de las cosas en su forma actual podría ser absolutamente inteligible en una esfera más elevada, porque, seguramente, el desarrollo trascendental de los fenómenos presentaba misterios maravillosos. Después, adoptando un tono confidencial, comenzó a referir a algunos de sus descubrimientos personales.

—¿Has tenido alguna vez algo que ver con los espíritus? —preguntaba, mirando a Jurgis con un aire inquisitorial.

Jurgis sacudía vigorosamente la cabeza en señal de negación.

—No importa —continuaba el irlandés. No por eso dejan de tener influencia en ti. Es tan seguro como que te estoy hablando. Los espíritus que se refieren a las cosas que inmediatamente nos rodean son siempre los más poderosos. En mi juventud me fue concedido entrar en relación con los espíritus.

Y así continuó Tommy Finnegan explicando todo un sistema de filosofía, en tanto que el sudor le bañaba a Jurgis la frente. ¡Tan grande era su perplejidad y su desasosiego! Al fin, un obrero, viéndole en aquel conflicto, acudió en su socorro y lo libró del maníaco. Explicar a Jurgis lo ocurrido fue, sin embargo, algo más arduo, pues su salvador tardó en encontrar intérprete. De todas formas, ante el temor de que le atrapase de nuevo el irlandés, Jurgis estuvo todo el resto de la noche andando de un lugar a otro del salón.

A pesar de ello, no faltó en lo sucesivo a ninguna de las reuniones. Por aquel tiempo ya había aprendido algunas palabras de inglés, y los amigos lituanos le ayudaban a comprender los discursos. Estos encuentros resultaban a veces muy turbulentos, con media docena de oradores perorando a un tiempo y empleando otros tantos distintos dialectos ingleses; pero los que hablaban lo

hacían con una sinceridad feroz. También Jurgis era sincero, porque comprendía que se trataba de una lucha, la suya propia. Desde que abriera los ojos a la realidad de su vida, había jurado no confiar en nadie, como no fuera en las personas de su familia. Pero allí, en aquellas reuniones de obreros, descubrió hermanos de infortunio y verdaderos aliados. Habían entrado en batalla y habían perdido, heridos y ensangrentados, abatidos y pisoteados, su única salvación era la unión de todos, con todo el fervor que da la desesperación. "¡Unámonos! ¡Permanezcamos juntos!" era su grito: hablaban de ello, lo soltaban a los cuatro vientos con el fervor de creyentes devotos. Era su única oportunidad y la lucha se convirtió en una especie de cruzada. Jurgis había pertenecido siempre a la lglesia Católica, porque así debía ser, pero la religión no alcanzaba a su fuero íntimo. Esto lo dejaba para las mujeres. Ahora, sin embargo, se le presentaba una nueva religión que le conmovía, que le tocaba en todas las fibras del corazón y, con todo el celo y el ardor de un recién convertido, se lanzó a conquistar prosélitos como un misionero. Había entre los lituanos muchos que no formaban parte de sindicatos obreros y con estos era con los que discutía y peleaba, afanándose por mostrarles cuáles eran sus derechos y cuál debía ser su norma de conducta. Algunas veces sus oyentes se obstinaban en no ver claro y Jurgis no siempre tenía paciencia. Olvidaba que él mismo había estado ciego también hasta hacía poco tiempo, como les pasa a todos los cruzados que, desde siempre, han ido a extender el evangelio de la fraternidad por la fuerza de las armas.

Se estaba librando una batalla entre los sindicatos y los empresarios, una batalla sin tregua. Día y noche se enfrentaban para conseguir un mínimo de ventaja y cada semana, en las asambleas, había nuevas informaciones que transmitir, así como anuncios de guerra y rumores que flotaban por el aire. Los trabajadores querían que los empresarios les pagaran en metálico, de modo que no tuvieran que depositar los cheques en las tabernas. Querían evitar, por otra parte, que se contratara a gente nueva, ahora que no había trabajo suficiente para aquellos que ya estaban empleados. Exigían

que se abandonara la ley que hacía depender al trabajador del ganado, que se impusiera un límite a las horas extras, así como que se fijara una hora límite para trabajar. Reivindicaban, además, media hora para cenar cuando tuvieran que trabajar de noche y, lo más importante, poner freno a lo de "meter caña".

Los editores de los periódicos, los políticos, los presidentes de las asociaciones de empresarios, las universidades y otros pilares del estado de las cosas estaban muy ocupados para transmitir al público informaciones continuas sobre estas reivindicaciones. "Limitar la producción", lo llaman, y es el principal de los ataques sindicales. ¡En realidad lo que son es un atajo de vagos que presumen de unidad y pretenden decirles a sus jefes cuánto es el trabajo que tienen que hacer por sus sueldos! ¡Lo que quieren es restringir la capacidad productiva de las fábricas y sumir al país en la ruina! ¡Lo que conseguirán es maniatar a la industria alimentaria de Chicago y hacer que la gente tenga que pagar más dinero por su comida! Eran muchas las cosas que esta gente pretendía, según querían hacer creer estos hombres sabios y poderosos: mas si uno es medianamente piadoso no podrá dejar de pensar que lo que los sindicatos estaban intentando hacer realmente era poner fin a un asesinato. Un asesinato que se escenificaba cada día en el *killing floor,* un asesinato sistemático, deliberado y cruel: no había otra palabra para definirlo y no se podía contar de otro modo. Allí se sacrificaba hombres al igual que se sacrificaba ganado: cortaban sus cuerpos y sus almas en piezas y los convertían en dólares y centavos. Jurgis habló con varios de los que trabajaban en la sala de embutidos y le contaron cómo en todo momento había peligro de dejarse un dedo en las máquinas de cortar y cómo cuando así sucedía paraban la máquina pero sólo durante un minuto. Si no podían encontrar el dedo, lo dejaban ahí y lo llamaban salchicha. Eso sí que es hacer picadillo a la gente, está bien claro, aunque lo que más los hacía picadillo era el sistema de «meterle caña» a los trabajadores. Un millar de demonios con látigos y hierros candentes no hubieran podido infundir más terror entre seres humanos o aguijonearlos para rendir más

hasta la agonía: la rutina diaria de los tajos era mucho peor que eso, con espías y capataces vigilando por todas partes, gruñendo y gritando a hombres, mujeres y niños, maldiciéndolos, golpeándolos, escupiéndoles a veces. Mientras tanto afuera, miles de hambrientos se peleaban y luchaban por una oportunidad. Cuando no podían aguantar más la espera, no podían sino caer derrumbados y arrastrarse hasta sus casas para morir.

CAPÍTULO IX

Una de las primeras consecuencias de que Jurguis descubriera las asociaciones obreras fue que deseara aprender inglés. Quería saber lo que pasaba en las reuniones, poder tomar parte en ellas. Así pues, comenzó a escuchar con atención cuanto oía, esforzándose por retener en la memoria el mayor número posible de palabras. Los muchachos, que iban a la escuela y aprendían más de prisa, le enseñaban algunas voces y un amigo le prestó un pequeño manual que Ona le leía. Jurgis, entonces, sintió en el alma el hecho de no haber aprendido a leer de niño, de modo que, cuando más tarde, en el curso del invierno, alguien le dijo que había escuelas nocturnas y gratuitas, fue a una de ellas y se inscribió. Después de esto, todos los días, al volver del trabajo, iba a la escuela siempre que podía, aunque no dispusiera más que de media hora. Allí le enseñaban a leer y a hablar inglés y le hubieran enseñado otras cosas de haber dispuesto de un poco más de tiempo. Le hubiera gustado que Ona le acompañara y se prometió a sí mismo que llegaría el día en que ella no tuviera que trabajar hasta caer rendida, sino que tuviera aún energías para ir con él a la escuela.

Además, el sindicato ejerció sobre él gran influencia en otro sentido, haciéndole que empezase a prestar atención a los asuntos del país. Éste fue el principio de su educación democrática. La asociación a la que pertenecía representaba, en definitiva, un pequeño Estado, una república en miniatura. Sus asuntos eran los asuntos de

todos los miembros y cada uno de estos tenía el derecho de expresarse al respecto. Todo hombre tenía derechos y el resto tenía que respetarlos: si así lo hacían, las leyes se cumplían. Tan pronto como Jurgis llegó a entender este punto y acostumbrarse a ello, tuvo un criterio con el cual juzgar al Estado, al país en el que vivía, en el que las leyes no se cumplían y en el que un hombre, en cuanto que hombre, no valía nada.

En otros términos, en la asociación, Jurgis aprendió a conocer y a hablar de política. En el país de donde procedía no había política. Lituania es la unión de cinco provincias que pertenecen a Rusia y Jurgis consideraba que el gobierno era una calamidad natural como el rayo o el granizo. Algo que había existido siempre y que continuaría por los siglos de los siglos, de modo que los hombres no podían hacer nada más que apartarse de su camino. "Esquiva, hermano, esquiva; todo pasa" era lo que decían los sabios ancianos del campo. Cuando Jurgis llegó a América supuso que en ese país sucedería lo mismo. Había oído decir que América era un país libre, pero ¿qué significaba eso? En realidad encontró las cosas exactamente igual que en Rusia; es decir, que los ricos lo poseían todo, de modo que sólo sirviéndoles se podía uno ganar la vida. Y si no conseguía un trabajo a su servicio, el hambre que empezaba a sentir, ¿no era la misma en todas partes? Además había policías para vigilar que uno no robara y evitar que molestara. Rusia era el único lugar donde los policías era amables y le llamaban a uno "hermano" mientras le empujaban. En América, en cambio, los policías eran como los cosacos. En los mataderos, la mayoría de los policías eran de origen irlandés y consideraban que un eslavo era lo más bajo que había. Los insultaban y pateaban, los buscaban por las calles o irrumpían en sus casas, si les apetecía, y si uno protestaba, le abrían la cabeza a golpes. Si no aguantaba en silencio, lo llevaban a la comisaría y lo encerraban allí dos o tres días sin avisar a nadie de la detención. A menudo ni siquiera apuntaban su nombre en el registro de detenidos, para burlar la ley. Peor aún era si la cosa llegaba a los tribunales. Entonces le acusaban de todo lo que se les pasaba por la cabeza, desde embriaguez a robo. Cuando el detenido

contaba su versión al juez, el intérprete decía que estaba confesando y pidiendo clemencia.

Cuando Jurgis llevaba trabajando unas tres semanas en Smith's, se acercó a él, a la hora del descanso del mediodía, un hombre que trabajaba allí también como guarda de noche y le preguntó si no le agradaría naturalizarse y llegar a ser ciudadano americano. Jurgis no comprendía lo que eso significaba, y entonces, el otro le explicó las ventajas de aquella gestión. En primer lugar, no le costaba nada; además, tendría para el trámite medio día de asueto pagado; y por último, cuando llegasen las elecciones, tendría derecho a votar y eso también tenía su valor. Jurgis, naturalmente, aceptó con mucho gusto; entonces el vigilante nocturno habló un poco con el capataz y al lituano se le permitió dejar el trabajo por el resto del día. Cuando, más tarde, necesitó un día de permiso para casarse, no pudo conseguirlo. ¿Qué poder había hecho que en aquella circunstancia le concediesen tan fácilmente el medio día libre, sin que le descontaran la paga? ¡Dios lo sabría! Lo cierto es que en esa primera ocasión Jurgis salió del matadero con el guarda, el cual reclutó del mismo modo a otros extranjeros recién llegados: polacos, lituanos y eslovacos, y con todos ellos salió del establecimiento a cuyas puertas esperaba un gran furgón, tirado por cuatro caballos, en el que a había otros quince o veinte individuos. Fue aquella una ocasión magnífica de ver la ciudad. Además se divirtieron en grande, porque en el propio furgón la cerveza corrió abundantemente. Así se les condujo al centro, donde el vehículo se detuvo ante un imponente edificio todo de granito, en el cual vieron un empleado del gobierno que les esperaba ya con todos los documentos dispuestos, en los que sólo faltaba inscribir los nombres de los nuevos ciudadanos. Cada individuo, por turno, prestó un juramento del cual no comprendía una palabra y recibió un magnífico título adornado con un gran sello rojo, en el que iba estampado el escudo de los Estados Unidos. A partir de aquel momento, según se les explicó, cada uno de ellos era ciudadano de la república e igual al mismo presiden-

te.

Un mes o dos después, Jurgis volvió a entrevistarse con el mismo guarda, quien le indicó dónde debía de inscribirse para figurar en las listas electorales. Por último, cuando llegó el día de las elecciones, los patronos fijaron carteles, en sitios bien visibles de sus establecimientos, anunciando que los obreros que deseasen ir a votar tenían permiso para ausentarse de los mataderos hasta las nueve de la mañana. El mismo vigilante nocturno condujo entonces a Jurgis y al resto del grupo a la trasera de una taberna, donde les enseñó cómo debían marcar su voto, les dio dos dólares a cada uno y los acompañó al colegio electoral, donde un policía, encargado especialmente de aquel servicio, cuidaba de que el acto se celebrase con toda normalidad. Jurgis se sintió muy orgulloso de su buena fortuna, hasta que por la noche, volvió a casa y habló con Jonas, que había sido más inteligente que él. Jonas había estado haciendo sus pesquisas y había hablado en privado con un agente electoral, ofreciéndose a votar tres veces por cuatro dólares, cosa que el agente había aceptado.

Más tarde, ya en el sindicato, le explicaron a Jurgis aquel misterio. Supo entonces que América se diferenciaba de Rusia en que el gobierno tenía forma democrática. Era menester que todos los que desempeñaban puestos oficiales y disfrutaban de los beneficios consiguientes fuesen primeramente elegidos por el pueblo. Había dos grupos rivales de aspirantes a dichos beneficios; grupos a los que se conocía con el nombre de partidos políticos: el que compraba más votos era el que conseguía el poder. Las elecciones, a veces, se presentaban muy reñidas y en esas ocasiones era cuando se recurría a la compra de votos. En los mataderos sólo sucedía con motivo de las elecciones nacionales o las del Estado de lllinois, ya que en las elecciones locales o municipales, el partido demócrata siempre se llevaba todo por delante. Por consiguiente, el verdadero dueño y dictador de aquel distrito municipal era el jefe de los demócratas, un pequeño irlandés llamado Tom Cassidy. Este individuo tenía un empleo importante en el estado y, según se decía, daba órdenes al

propio alcalde de la ciudad. Cassidy se vanagloriaba de tener los mataderos en el bolsillo. Era inmensamente rico y participaba en todos los grandes monopolios y negocios lícitos e ilícitos de la localidad. El propietario de los vertederos que Jurgis y Ona habían visto el día de su llegada a Chicago, por ejemplo, no era otro que el propio Cassidy, que poseía no sólo los solares sino también fábricas de ladrillo allí establecidas. Primero extraía la arcilla del terreno para fabricar ladrillos y después conseguía que la municipalidad rellenase con escombros las grandes hondonadas que él había producido para, luego construir, sobre aquel terreno, casas de construcción muy débil que vendería luego a los menesterosos por el triple de su valor. No paraba ahí la cosa, ya que, por último, vendía al municipio los ladrillos al precio que él mismo fijaba y hacía que la municipalidad los recogiera y transportara por sus propios medios. Cassidy era también dueño de aquellos agujeros en los que se estancaba el agua que en invierno se convertía en hielo, y era él quien extraía este hielo y lo vendía en la ciudad; más aún, no pagaba contribución alguna por el agua y además había construido su fábrica de hielo con madera perteneciente a la ciudad, por la cual no había apagado un solo dólar. Los periódicos habían hecho público todo esto y se había armado un gran escándalo, pero Cassidy había comprado a un individuo que, tras confesarse culpable de todo, abandonó el país. Se decía también que Cassidy había construido los hornos de ladrillos siguiendo los mismos procedimientos y que los obreros de su fábrica estaban en la nómina del ayuntamiento. Sacar estas cosas a la luz no había sido fácil, sin embargo, ya que los colaboradores de Cassidy se inhibían, pensando, sin duda, que el asunto no era cosa suya y era una persona con la cual convenía estar bien. Una nota firmada por él proporcionaba empleo seguro, en cualquier momento, en los establecimientos de Packingtown. Él mismo daba empleo a un gran número de obreros a quienes no exigía más que ocho horas de trabajo y a los que pagaba los salarios más altos. De esta manera había conseguido tener muchos amigos que reunía en una asociación llamada «Liga del Grito de Guerra»,

con edificio propio, situado junto a la salida de los mataderos. El inmueble era, indudablemente, el mayor y más espléndido de los que de su clase se pudiera encontrar en todo Chicago. En él la asociación celebraba sesiones de boxeo, peleas de gallos y luchas de perros. Todo esto estaba prohibido, pero Cassidy era la ley. Todos los agentes de policía del distrito pertenecían a la Liga, lo que era también ilegal y, en lugar de impedir aquellos espectáculos, vendían entradas para presenciarlos. El hombre que había inducido a Jurgis a naturalizarse ciudadano americano era uno de los "indios", que era como se llamaba a los miembros de la asociación. Cuando llegaban las elecciones, se veían por las calles centenares de "indios", todos con grandes fajos de billetes en los bolsillos, ofreciendo bebida gratis en todas las tabernas del distrito. Se contaba, además, que todos los taberneros estaban obligados a ser "indios" y a subscribirse a la asociación, pues de otro modo no hubieran podido hacer negocio en sus establecimientos los domingos, ni se les hubiera permitido el juego en ninguna circunstancia. Asimismo tenían controlados todos los puestos de bomberos y el resto de chanchullos públicos en el distrito de los mataderos. Eso explicaba, por ejemplo, que en aquel momento se estuviera construyendo una manzana de casas en la avenida Ashland y que el arquitecto que dirigía los trabajos recibiera su sueldo de la municipalidad como inspector de alcantarillas. El ingeniero de canalización municipal había muerto hacía más de un año, pero alguien seguía cobrando su sueldo. El inspector de empedrados era dueño de un bar de la Liga. ¿Qué tendero de la ciudad, en vista de eso, se hubiera atrevido a ponerse contra Cassidy?

Hasta los grandes patronos le tenían miedo, según decían los obreros. Y esto les producía a ellos gran satisfacción, porque Cassidy se ponía siempre de parte del pueblo como su más ardiente defensor y así lo proclamaba abiertamente; sobre todo cuando llegaban las elecciones. Los patronos habían estado pidiendo un puente sobre la avenida Ashland, que no se consiguió hasta que hablaron con Cassidy. Lo mismo ocurrió con el "Arroyo Burbujeante": en son de amenaza, el municipio estaba exigiendo a los propietarios de los

mataderos lo cegaran, hasta que Cassidy acudió en ayuda de los propietarios. El "Arroyo Burbujeante" es un brazo del río Chicago y es el límite meridional de los mataderos. Todas las alcantarillas del barrio, en una extensión de una milla cuadrada, se vierten en él de forma que, en realidad, constituye un gran colector de aguas fecales al aire libre de trescientas a seiscientas yardas de anchura. Una de las derivaciones de este brazo del río no tiene salida alguna, de tal modo que el agua permanece estancada perpetuamente. La grasa y los productos químicos allí vertidos sufren toda suerte de extrañas transformaciones y reacciones que producen la constante efervescencia y desprendimientos de gases que da nombre a aquel depósito semilíquido. Esa masa está en constante movimiento, como si en su interior se alimentasen y movieran peces enormes o como si grandes leviatanes se agitasen en su fondo. El ácido carbónico se desprende en enormes burbujas que, al llegar a la superficie, estallan y forman anillos de seis y nueve yardas de diámetro. En algunos sitios, la grasa y la suciedad se solidifican y forman masas compactas, lo que da aquella porción de río el aspecto de un lecho de lava. Las gallinas pasean, entonces, por la superficie de estas costras sólidas, picoteando aquí y allá y, más de una vez, algún incauto forastero se ha hundido para no volver mientras intentaba cruzar aquello. Los propietarios de la grandes factorías del distrito dejaban que las cosas siguieran de esta manera, sin inquietarse para nada, salvo en aquellas ocasiones, no infrecuentes, en que la grasa líquida y las costras sólidas del "Arroyo Burbujeante" acababan por inflamarse y arder furiosamente, hasta acudían los bomberos a sofocar el fuego. A todo esto, sin embargo, se presentó un ingenioso desconocido que, desde barcazas, halló la manera de recoger la basura del "Arroyo Burbujeante", conforme iba apareciendo en la superficie, para elaborar en jabón. Los conserveros se apresuran a aprovechar la lección: consiguieron que el municipio prohibiera al inventor continuar con las extracciones, que ellos mismos retomaron. Las dos orillas del "Arroyo Burbujeante" aparecen recubiertas asimismo de cerda animal que las empresas recogen y limpian.

Pero no era sólo esto. Según las murmuraciones de los obreros, ocurrían cosas aun más extrañas. Los patronos habían construido cañerías clandestinas, por medio de las cuales robaban al municipio enormes cantidades de agua, lo que significaba que se ahorraban cientos de miles de dólares: ¿hay alguien que crea que Cassidy no se llevaba su parte del pastel? Cuando era nuevo en Chicago, Jurgis no podía creer lo que le estaban contando, pero, poco después, los periódicos publicaron toda clase de pormenores revelando el escándalo. El ayuntamiento se vio obligado a abrir una investigación. Se hallaron varias cañerías clandestinas, pero la noche anterior habían sido excavadas y se había cortado el paso del agua: los tubos habían sido tratados con productos químicos para que pareciera que llevaban ahí desde siempre. Una vez que los impúdicos periódicos quedaron satisfechos, se conectaron de nuevo las cañerías y se volvieron a tapar.

Desde entonces el asunto se archivó, hasta que la historia volvió a susurrarse en las bocas y oídos de la gente.

La gran ventaja de los industriales radicaba en que eran tan grandes que nadie podía pensar que fueran tan ladrones. Son una institución nacional y es absurdo suponer que sean tan miserables, pero siempre sucede lo mismo: si son capaces de amasar semejantes fortunas es precisamente porque son tan miserables. El resto de la gente estúpida sigue diciendo que no puede ser y hablando de los riesgos que correrían con esas prácticas ilegales: en Chicago sólo los pobres corren riesgos si se ponen fuera de la ley. Mencionan también de la pérdida de reputación y esa clase de cosas: como si los empresarios tuvieran más necesidad de reputación que un salteador de caminos que te da un golpe y te roba. Los hombres se lo solían tomar a broma, ya que lo entendían perfectamente. No se podía poner fin a esto, mientras los visitantes se arremolinaban alrededor de ellos para hacerles preguntas. Por ejemplo, de la sala donde se sacrifica a los cerdos, en cada una de las diferentes factorías, salen un buen número de cerdos muertos con un sello rojo que dice: "U.S. Condemned". Estos cerdos tienen tuberculosis, lo que significa que

la carne tiene bacterias. Estas bacterias son venenos mortales, no son gérmenes que desaparezcan con la cocción de la carne, sino venenos reales que permanecen en ella y matan, no importa cómo se trate la carne. El Gobierno exige que estos cerdos muertos sean arrojados juntos en un tanque, destruidos y que se conviertan sus restos en fertilizantes, con una regulación muy precisa sobre el procedimiento que se debe seguir. Ha de ser un funcionario público el que selle los tanques y está terminantemente prohibido quitar el sello y abrir el tanque hasta la destrucción de la carne. Ante estas leyes delante, nadie es capaz de convencer de esto a quien pregunta: los tanques se abren y con la carne enferma se fabrican salchichas. Jurgis conoció muchos hombres que habían visto esto con sus propios ojos y algunos incluso habían colaborado en el proceso. Cada día estaba más interesado y veía que también para el resto de hombres era algo importante. También les hacía reír contar cómo los periodistas y algunos visitantes les preguntaban si podían redactar una declaración jurada contando eso. Ellos contestaban: "Bueno, si tu me juras que me encuentras un trabajo para el resto de mi vida".

De todos modos no tenían razón para desesperarse, había muchas cosas que podían ver con sus propios ojos, si eran lo suficientemente afortunados y lograban zafarse de los vigilantes que tenían distribuidos los patrones. Resultaba bastante sencillo, por ejemplo, presenciar cómo se cumplía la ley sobre envasado para transporte. Cualquiera podía ir a Washington y hacerse con una copia escrita de esta ley en la oficina de industrias animales: allí se especifica la labor del inspector oficial y los asistentes a su cargo, en cualquier lugar donde haya carne para empaquetar y transportar. Ha de examinar cada paquete y luego poner un sello numerado que ha de cancelar además de una manera muy concreta: las líneas curvas del estampado han de sobresalir por ambos lados del sello. El objeto de esto es que se selle al embalar y no antes. Esto es lo que normalmente ve el visitante, pero hay miles de trabajadores de Packingtown que te pueden señalar una docena de departamentos en los que uno se encuentra con que el capataz del almacén de carga

va a la oficina del inspector, agarra un montón de sellos cancelados, se vuelve a los embalajes y los va poniendo uno a uno en las cajas. Jurgis habló con trabajadores en las asambleas que habían trabajado en estos almacenes durante años y nunca habían visto que se cumpliera el procedimiento legal.

Una vez que salía del *killing floor,* la carne ya no pasaba por ninguna otra inspección, salvo la selección que hacía la propia empresa y sólo con la carne destinada a la exportación. Jurgis preguntó la razón de esto y le respondieron que había países extranjeros en los que se cumplían las leyes. Por ello, toda la mejor carne salía para exportación: no había posibilidad de encontrarla en el país, ni siquiera en los hoteles o clubs más selectos. La buena iba para Francia e lnglaterra y la mejor para Alemania que, aparentemente, era el único país en el que no se engañaba. Alemania había causado muchos problemas a los industriales, por lo cual, con su clásico ingenio, estos se habían vengado colocando en el mercado local imitaciones de carne alemana. El servicio de imprenta de Anderson's elaboraba miles y miles de etiquetas en alemán, francés, italiano y otros idiomas.

Uno de los hombres que trabajaba allí llevaba varias en el bolsillo y le mostró una colección entera de etiquetas de carne ahumada en lata: en una de ellas, en colores brillantes se leía: «August Bauer, Frankfort am Main».

Jurgis se fue enterando de todo esto poco a poco, oyendo los comentarios de quienes estaban obligados a perpetrarlo. Cada vez que uno se encontraba con alguien de un departamento nuevo, se escuchaban nuevas estafas y nuevos delitos. Por ejemplo, en el establecimiento donde Marija había estado trabajando, había un carnicero lituano, encargado de sacrificar reses destinadas solamente a conservas. Hubiera merecido la pena que Dante o Zola oyeran a aquel hombre describir los animales que llegaban a sus manos. Según él, parecía que los patronos tuvieran agentes diseminados por todo el país para buscar todas las reses viejas, deformes o enfermas para usarlas como carne en conserva. En las praderas cercanas había multitud de granjas que suministraban leche a la ciudad: todas las

vacas que en ellas desarrollaban "mandíbula abultada", que caían enfermas o quedaban secas de puro viejas eran apartadas hasta llenar con ellas un camión de unas veinte, y luego las enviaban a envasar. Había reses que, cebadas con la malta de los desperdicios de las fábricas de whiskey, tenían todo el cuerpo cubierto de tumores y era un trabajo verdaderamente asqueroso y repugnante matar estos animales, puesto que, al hundir el cuchillo en el cuerpo de la res, los tumores reventaban y la pus hedionda salpicaba la cara. En esos casos, con las manos y las mangas empapadas en sangre, ¿como podían limpiarse la cara y los ojos para ver lo que estaban haciendo? Su sola visión daba náuseas. ¡Y pensar que la gente se tenía que comer eso…! Y se lo estaban comiendo, porque las fábricas seguían produciendo año tras año. Seguramente los inspectores del gobierno se llevaban una buena comisión. Todo lo que se hacía era retirar la parte de la carne que estaba verde o amarilla y se dejaba pasar el resto. Con este material se fabricaba la llamada "carne embalsamada", que ocasionó más víctimas entre los soldados estadounidenses durante la guerra de Cuba que las balas de los españoles. Además, esta carne en conserva, dedicada a la alimentación del ejército, no era de fabricación reciente, sino material antiguo que había estado rodando por los almacenes durante años y años. El informador de Jurgis añadió que el anciano sinvergüenza que había sido Secretario de Guerra, y se había llevado la comisión correspondiente, era ahora un venerable senador en Washington.

Un domingo por la noche estaba Jurgis fumando su pipa junto a la estufa de su cocina, hablando con un hombre de edad ya avanzada, que Jonas había presentado a su familia y que trabajaba en el departamento de carnes enlatadas en Anderson's. De este modo Jurgis aprendió algunas cosas de los magníficos e incomparables artículos en conserva preparados por Anderson: conservas que habían llegado a ser una especie de institución nacional. Los directores de la casa Anderson eran verdaderos alquimistas. Se vendía, por ejemplo, una famosa salsa de setas y los obreros que las fabricaban no habían visto una seta en toda su vida. La sopa de pollo que

habían lanzado al mercado hacía pensar en el caldo de las casas de huéspedes baratas, tal como se describe en las publicaciones festivas: sin más substancia que la que un pollo pudiera haber dejado al pasar por la cazuela calzado con botas de goma. Tal vez, quién sabe, en Anderson's tuvieran un procedimiento secreto para producir gallinas artificiales. Así se expresaba el nuevo amigo de Jurgis. Pero, que él supiese, en la preparación de todas estas cosas, él no había visto más que una mezcla de tripas, grasa de puerco, sebo de buey, corazones de vaca, y, finalmente, desperdicios de ternera, cuando los había. Las ponían a la venta en distintas versiones, según la condensación, y también se vendían a precios distintos, pero el contenido procedía siempre de la misma masa. Así se fabricaba "guiso de caza", "ganso silvestre", "jamón cocido" y "jamón adobado" o "endiablado", como lo llamaban los operarios. El jamón "adobado" se hacía con los desperdicios de carne de res ahumada, cuando eran tan menudos que podían cortarse a máquina. En la preparación entraban, además, tripas teñidas con substancias químicas para que no se viera su matiz claro, retales de jamón y de cecina, patatas sin mondar y, finalmente, los cartílagos que quedaban en las laringes de los bueyes después de habérseles separado la lengua. Entonces se trituraban concienzudamente con especias en grado suficiente para darles sabor y aroma. Todo el que fuera capaz de inventar algo en este sentido podía tener la seguridad de que el viejo Anderson le daría por ello una fortuna. Así se expresaba el nuevo amigo de Jurgis, pero añadía que era muy difícil contarle nada nuevo a un hombre que incluso mandado salir a reunir cargamentos de ceniza a lo largo de las vías del tren, las había llevado a la fábrica y las había utilizado para adulterar los fertilizantes orgánicos. Hacía un año o dos que se había comenzado a sacrificar caballos en los mataderos, la mayoría de las veces para hacer fertilizantes; pero, después de generar bastante revuelo los periódicos, habían publicado que los caballos, en realidad, estaban siendo enlatados como carne para consumo. Entonces se había prohibido sacrificar caballos en Packingtown y se acataba la ley. Por otra parte, cualquiera que se

fijara podía ver mezcladas con las ovejas ciertas reses de cuernos puntiagudos y pelo largo y liso; y sin embargo, hubiera sido muy difícil convencer al público de que lo que compraba como carnero era, en realidad, carne de cabra.

En Packingtown se podía recoger otra interesante serie de datos estadísticos: los referentes a las enfermedades y accidentes a que están sujetos los hombres que allí trabajan. Cuando Jurgis visitó por primera vez aquellos inmensos establecimientos, guiado por Szawilas, se había extasiado escuchando la interminable lista de productos que podían fabricarse con los canales de las reses y de las muchas industrias secundarias que vivían de aprovechar sus despojos. Ahora descubría que cada una de estas industrias secundarias era un infierno tan horrible como el *killing floor* y fuente de todo aquello. Los obreros de cada clase de trabajo tenían sus enfermedades particulares; el visitante que recorriera todas las fábricas, talleres y almacenes podía mostrarse escéptico acerca de las tretas y engaños que allí se practican pero, en cuanto a las afecciones y sufrimientos de los trabajadores, no hubiera sido posible desmentirlo; sus rastros estaban tan a la vista en los propios trabajadores que para reconocerlos bastaba con que enseñaran las manos.

Por ejemplo, en los departamentos donde se prepara la carne para conservas —como el departamento donde el viejo Atanas había encontrado la muerte— difícilmente se hubiera hallado un solo operario que no mostrase alguna llaga o alguna otra herida horrible. Cualquiera que se arañe un dedo al empujar una vagoneta en aquellos antros, corre el riesgo de desarrollar una llaga capaz de llevarle al otro mundo, a medida que las falanges del dedo van siendo corroídas, una tras otra, por los ácidos. Entre los cortadores, desolladores y en general entre todos los obreros que manejan cuchillos, se encontrarán pocos que conserven el dedo pulgar. Este dedo sufre frecuentes cortaduras, de forma que, al cabo de poco tiempo en el trabajo, el obrero no tiene, en lugar del dedo, más que un muñón, del cual se sirve únicamente para asegurar el cuchillo en la mano. Ninguno de los obreros tiene uñas, las han perdido arran-

cando pellejos, y tienen los nudillos tan inflamados que los dedos se les separan, como las varillas de un abanico. Las manos aparecen tan acribilladas de cortaduras y pinchazos, que es imposible contarlos. Otros obreros trabajaban en los hervideros, en medio de una atmósfera llena de vapor de agua e infestada de olores repugnantes. En estos locales, siempre alumbrados por luz artificial, los gérmenes de la tuberculosis pueden vivir hasta dos años, pero en realidad su número aumenta cada hora. Luego están los que se ocupan de transportar los cuartos de las vacas, que pesan, generalmente, unas doscientas libras, para cargarlos en los vagones frigoríficos. Este trabajo ingente, que suele empezar a las cuatro de la mañana, en unos pocos años acaba con los hombres más robustos. Los empleados de las cámaras frigoríficas se ven atacados especialmente de reumatismo. Se calcula que el período máximo que un hombre puede trabajar en dichas cámaras es de cinco años. En cuanto a los que arrancan la lana de las pieles de los carneros y ovejas, se destrozan las manos aún más pronto que los que preparan las conservas, porque las pieles del ganado lanar se tratan previamente con una solución ácida para que la lana se suelte con más facilidad y los obreros tienen que arrancarla con las manos desnudas, hasta que el ácido acaba por destruirles los dedos. Los que se ocupan de la fabricación de botes de hojalata llevan también las manos llenas de cortaduras, y cada una de estas representa una probabilidad de contraer el tétanos o gangrena. Algunos hacen funcionar las máquinas de estampar, cuyo ritmo es tan vertiginoso que no pasa mucho tiempo antes de que algún aturdido deje una mano en el mecanismo al primer descuido. Y no hay que olvidar a los que manejan las palancas que levantan las reses muertas. Estos obreros tienen que andar a lo largo de una viga, en medio de nubes de vapor, escudriñando el espacio que queda bajo sus pies y, como los arquitectos del viejo Anderson no construyeron los mataderos atendiendo a la comodidad de los operarios, los encargados del servicio de las palancas, al correr por las vigas, tienen a cada momento que bajar la cabeza para no chocar con otra situada cuatro pies más arriba. Esta circunstancia hace

que contraigan el hábito de andar encorvados de forma que, a los pocos años, andan como chimpancés. Nadie que haya trabajado en esta área ha llegado a cumplir cincuenta años. Pero los más desgraciados de todos son los que trabajan en la elaboración de abonos y al servicio de los tanques de vapor. Los obreros destinados a las fábricas de abono no pueden, en realidad, presentarse al público, porque el olor que despiden tumba de espaldas al menos delicado a cien yardas de distancia. En cuanto a los que trabajan en las salas de calderas, que se encuentran abiertas al mismo nivel del suelo, su mala fortuna consiste en que, cegados por el vapor que inunda el ambiente, caen con cierta frecuencia al interior de esos tanques y, cuando se les quiere sacar, es tan poca cosa lo que queda de ellos que no merece la pena mostrarse, pues la masa informe que se saca no tiene la menor semejanza con un ser humano. A veces no se echa en falta al obrero, y cuando, días más tarde, los demás se percatan, ya no hay nada que hacer, porque su carne y sus huesos han ido mezclados con los demás materiales de los tanques y se han vendido como Manteca Pura Anderson.

CAPÍTULO X

Durante la primera parte del invierno, la familia tuvo fondos suficientes para vivir y aun para ir pagando sus deudas pero, cuando las ganancias de Jurgis descendieron de nueve o diez dólares semanales hasta cinco o seis, no les quedó excedente alguno. Al concluir el invierno y apuntar la primavera, apenas tenían medios para vivir al día y con la mayor justeza. Un solo mes sin ingresos les hubiera conducido a la inanición. Marija estaba desesperada, pues no se sabía una palabra acerca de la reapertura de la fábrica donde había trabajado y sus ahorros se habían agotado casi por completo. La familia miraba con terror el hecho de que el dinero de Marija se terminara y que fuera preciso reintegrarle sus préstamos mediante la manutención. Mientras le quedaba dinero, Marija siempre había

estado dispuesta a dejar el tema del préstamo, pero cuando no le quedara nada, evidentemente, no podían dejarla en la calle. Ante esta situación, Jurgis, Ona y Teta Elzbieta se pasaban en vela hasta altas horas de la noche haciendo cálculos de cómo se las arreglarían para no morirse de hambre.

A eso se veía reducida su existencia: una penuria tan despiadada que no había de permitirles ni un instante de tranquilidad, ni un momento en que no se viesen angustiados por la falta de recursos. Según salían milagrosamente de una dificultad, se les presentaba otra nueva. Así, a los rigores de su existencia material se unía la constante tensión de su ánimo, oprimido día y noche por la zozobra y por el miedo. En realidad, aquello no era vivir, apenas era existir y juzgaban que esto era muy poco costándoles tan caro. Estando dispuestos a trabajar duro todo el tiempo posible y no valía con eso: cuando la gente ha hecho todo lo que ha podido, eso debe ser suficiente para que puedan seguir viviendo. Cuando llegó la primavera se vieron libres, por lo menos, de un terrible enemigo: el frío. Y esto era un gran alivio; pero, aparte de que ya habían contado con el dinero que economizarían por la disminución de consumo de carbón, resultó que, justamente por entonces, Marija ya no pudo abonar la parte que le correspondía por hospedaje. Además, la primavera tenía también sus suplicios. Cada estación, según fueron viendo, conllevaba los suyos. En la primavera caen lluvias torrenciales que convierten aquellas calles sin pavimentar en verdaderos ríos y que llenan el resto de la barriada de charcas y lodazales. El lodo era, algunas veces, tan abundante que los carros se atascaban hasta los cubos de las ruedas, de forma que los caballos no bastaban para sacarlos del lodo. Además, era imposible llegar al trabajo con los pies secos, cosa lamentable, teniendo en cuenta que los obreros iban siempre muy malamente abrigados y calzados. Las mujeres y los niños, naturalmente, salían peor parados todavía. Después venía el verano con su calor sofocante, que convertía los destartalados mataderos de Anderson en un verdadero purgatorio. En un solo día habían llegado a caer muertos por insolación tres hombres. Durante

toda la jornada corrían por el suelo arroyos de sangre caliente, hasta que, con el ardor del sol y la atmósfera confinada, al caer la tarde, se producía un hedor capaz de derribar a cualquier hombre. Aquel calor era, en efecto, suficiente para hacer revivir todos los malos olores almacenados o retenidos en los edificios a través de los años, pues allí nunca se limpiaba y las paredes y los pilares estaban cubiertos de una suciedad que se sumaba por generaciones. Los obreros que trabajaban en el *killing floor* desprendían un vaho de suciedad y podredumbre que bastaba para anunciar su presencia a cincuenta yardas de distancia. Les era tan difícil mantenerse limpios y aseados que hasta el hombre más cuidadoso se daba por vencido y se abandonaba a la inmundicia. En Anderson's no había siquiera un lugar donde lavarse las manos y a la hora del almuerzo los hombres ingerían tanta sangre cruda como comestibles llevasen dispuestos. Mientras estaban trabajando, no podían enjuagarse ni tan siquiera la cara, en esto se hallaban tan desamparados como recién nacidos. Parecerá un detalle insignificante, pero cuando el sudor comienza a correr por la cara y cuello, o las moscas se posan, impertinentes, sobre la piel, la molestia llega a ser tan insufrible como el suplicio de las llamas. Fuera por la presencia de los mataderos, fuera por la humedad que mantenían las charcas vecinas, lo cierto es que, durante el verano, las moscas se abatían sobre Packingtown como sobre Egipto las plagas. Era indescriptible: las moscas cubrían de negro las fachadas de las casas. No había escapatoria posible. Aunque se protegieran las puertas y ventanas con telas metálicas, uno no dejaba de oírlas zumbar en el exterior como un enjambre de abejas irritadas y, cada vez que se abría una puerta, se precipitaban al interior, como si las empujara un huracán

Puede que los hermosos días de verano sugieran al lector ideas de la campiña, visiones de valles verdes, de montañas pintorescas y lagos rutilantes. Las gentes de los mataderos no asociaban el estío con ninguna de estas cosas. La gran máquina carnicera seguía laborando impenitente, sin cuidarse del verdor de las campiñas. Y a los hombres, mujeres y niños que formaban parte de la inmensa

máquina tampoco se les permitía hacerlo. Hace poco, uno de los numerosos millonarios que hay Nueva York se tomó la molestia de escribir un artículo en el periódico sobre la injusticia del período vacacional y los periódicos cayeron sobre él sin piedad por su malicia, en defensa del trabajador y su derecho al descanso. Seguramente los periodistas actuaron con sinceridad, ya que los de arriba saben muy poco de la vida de los que trabajan. La mayoría de los editores de prensa creen realmente que los trabajadores tienen vacaciones, no sólo ese millón o dos de oficinistas, sino que también los diez o quince millones de trabajadores de la industria, mecánicos y mineros están, todos ellos, acostumbrados a descansar dos semanas por año y recibir sus sueldos de manos de sus generosos patrones mientras están de vacaciones.

Pero no había vacaciones en Packingtown y sus habitantes nunca salían al campo, ni veían una pradera verde ni una flor. A cuatro o cinco millas al este de donde habitaban se extienden las aguas azules del lago Michigan pero, para ellos, resultaban tan remotas como las del océano Pacífico. Había parques, pero no para los pobres, que ni siquiera sabían dónde estaban. Su único asueto era el de los domingos, pero entonces estaban demasiado cansados para pensar en paseos. Se hallaban atados a la inmensa máquina, atados de por vida. Tendrían que trabajar y trabajar, día y noche, como ya hacían año tras año, hasta que murieran, y nunca tendrían un descanso, ni un momento de libertad, ningún aumento de sueldo, ninguna oportunidad de mejorar, ni un trabajo más fácil ni esperanza alguna. Los directores, los superintendentes y los altos empleados en Packingtown se reclutaban entre otros estamentos, nunca entre la clase obrera, a la que desprecian, en realidad, los empleados administrativos, al menos los más ruines. El más humilde de los oficinistas de Anderson's, que ha estado trabajando durante veinte años en la empresa por seis dólares a la semana —y que puede trabajar otros veinte años sin que sí situación mejore en lo mas mínimo— se considera un caballero, un verdadero antípoda del mejor o más hábil operario del *killing floor*. Se viste de distinto modo, vive en otra

parte de la ciudad, va a su trabajo a otra hora del día y cuida por todos los medios de no tener el menor contacto con el obrero manual. Acaso esto se deba a lo repulsivo del trabajo de los mataderos. En cualquier caso, el obrero manual forma una casta aparte, y en todo momento y de todas maneras se le hace comprender así. Si se tiene la mala suerte de haber nacido en esa clase, se vive y se muere en ella. Ningún condenado a galeras estuvo tan atado a su remo como un operario a su máquina. Jurgis y su familia pagaban doscientos o doscientos cincuenta dólares al año por la casa y, al final, en ocho o diez años, ya no tendrían que pagar ni un dólar más. Ésa era la única esperanza que albergaban en este mundo y la única mejora que experimentarían en su vidas.

Ya bien avanzada la primavera, la fábrica donde Marija trabajaba pintando latas volvió a abrirse, y otra vez se oyeron sus cantos. No fue por mucho tiempo, sin embargo, puesto que, un mes o dos después, cayó sobre Marija una gran calamidad. Justamente un año y tres días después de haber empezado su trabajo como pintora de latas, perdió el empleo.

La historia es larga. Marija sospechaba que la causa había sido su participación activa en las asociaciones obreras. Los patronos, por supuesto, tienen espías en los sindicatos y además acostumbran comprar a cuantos de sus miembros importantes juzgan conveniente. De este modo, todas las semanas reciben informes de lo que pasa y aun de lo que va a pasar, antes de que la mayoría de los agremiados lo sepa. Todo aquel al que consideran peligroso descubre pronto que no goza de las simpatía de su capataz. Y Marija había desplegado gran actividad entre los obreros extranjeros, a quienes aleccionaba. Cualquiera que fuese el motivo, el hecho es que, pocas semanas antes de que la factoría se cerrase, a Marija le habían escatimado de su salario el pago de trescientas latas. Las obreras trabajaban sentadas en una larga mesa, y tras ellas se paseaba una mujer provista de un lápiz y un cuaderno donde tomaba nota del número de latas que cada una despachaba. Esta mujer era, al fin y al cabo, un ser humano, y como tal, estaba sujeta a errores. Cuando esto sucedía, la cosa no tenía re-

medio; y si, al llegar el sábado, se recibía menos dinero del que en realidad se había ganado, no le quedaba a uno sino resignarse. Pero Marija no pasó por esto y armó un escándalo. Las protestas de Marija, es decir, sus gritos y exclamaciones, no produjeron ningún efecto mientras sólo fue capaz de expresarse en lituano o en polaco. La gente se limitaba a reírse al oírla y así la hacían llorar. Pero ahora Marija sabía suficiente inglés como para insultar en esa lengua, con lo que consiguió que la mujer que había cometido el error la aborreciese. Probablemente, según sostenía Marija, algunos de esos errores eran deliberados; de todos modos, lo cierto es que sucedían y, a la tercera vez que le ocurrió, Marija rompió las hostilidades y fue a exponer sus quejas, primero a la encargada y, más tarde, no habiendo encontrado satisfacción debida, al jefe del taller. Esto era una osadía inaudita, pero el jefe dijo que se encargaría del asunto y Marija consideró que esto significaba que al fin recibiría su dinero. Transcurridos tres días, volvió a ver al jefe del taller. Esta vez el alto empleado arrugó el entrecejo y contestó que no tenía tiempo de ocuparse del asunto y cuando Marija, contra el parecer y los consejos de todas sus compañeras, trató de hablar al individuo una vez más, éste, hecho una furia, le ordenó volver a su trabajo. Qué sucedió después, Marija no lo supo con seguridad, pero aquella misma tarde, la encargada le notificó que no necesitaban más de sus servicios. La pobre Marija no se hubiera quedado más estupefacta si la encargada le hubiera dado un martillazo en la cabeza. Al principio no podía creer lo que oía y después, al aceptar la realidad, se enfureció, jurando que volvería al taller de todos modos, pues el puesto le pertenecía. Al fin se sentó en el suelo y comenzó a llorar y a lamentarse. Fue una lección muy cruel, pero Marija era testaruda; debió haber hecho caso de los que tenían más experiencia que ella. La próxima vez —como dijo la encargada— sabría cuál era su sitio. De esta manera, Marija abandonó la fábrica y su familia se encontró, otra vez, cara a cara con el problema de la subsistencia.

Además, aquella desventura ocurría en muy malas circunstancias. Ona estaba encinta, se acercaba el tiempo en que no podría trabajar y Jurgis procuraba, por cuantos medios podía, ahorrar todo

lo posible para afrontar la situación. Había oído contar cosas terribles de las comadronas, que abundan en Packingtown casi tanto como las moscas, y tenía decidido que a Ona la atendiera un médico. Jurgis era muy obstinado cuando se lo proponía, y lo fue en este caso, con gran desagrado de las mujeres de la familia, que consideraban impropia la asistencia de un médico, juzgando que el asunto era más bien cosa de mujeres. Además, el médico más barato les costaría quince dólares o más. Jurgis contestó que lo pagaría todo, aunque se quedara sin comer.

Cuando Marija se encontró sin empleo, tenía solamente veinticinco dólares ahorrados. Día tras día recorrió los mataderos implorando trabajo, pero esta vez no tenía esperanzas de encontrarlo. Perfectamente capaz de realizar la labor de un obrero fuerte, el desaliento la abatía de tal forma que por la noche, al volver a casa, su agotamiento y desánimo daban lástima. La pobre criatura había aprendido una lección terrible y la familia la aprendió con ella: cuando alguien consigue una ocupación cualquiera en Packingtown, debe aferrarse a ella y conservarla suceda lo que suceda. Ha de aferrarse a ella, aunque reciba palos y patadas, todo el tiempo en que seas aún capaz de arrastrarte hasta el puesto de trabajo. A veces es tan literal el modo en que la gente se aprende la lección, que terminan moribundos y fallecen allí mismo.

Por cuatro semanas y la mitad de la quinta anduvo Marija a la caza de trabajo. Por supuesto, dejó de pagar sus cuotas del sindicato. Perdido todo el interés que sintiera por aquellas asociaciones, ahora se maldecía a sí misma por haber sido tan tonta de meterse en ellas. Ya se creía completamente desahuciada en cuanto a encontrar trabajo, cuando alguien le mencionó la existencia de una vacante; acudió inmediatamente y consiguió un puesto como preparadora de desperdicios. Obtuvo la plaza porque el capataz vio que tenía la musculatura y la fuerza de un hombre; entonces, despidió al obrero que había y puso en su lugar a Marija, pagándole poco más de la mitad del salario que abonaba al hombre.

Recién llegada a Packingtown, Marija hubiera depreciado un trabajo de esa clase, que la obligaba a preparar la carne de las reses más enfermas de las que tanto le había hablado Jurgis. Tenía que permanecer todo el día encerrada en una habitación a cuyo interior rara vez llegaba la luz del sol. Debajo de ella estaban las cámara frigoríficas, donde la carne se conservaba helada y el departamento de encima lo ocupaban los cocederos, de modo que tenía los pies sobre un suelo helado como la nieve y la cabeza envuelta en tal sofoco que apenas podía respirar. Separar la carne de los huesos, por quintales, de pie, desde la mañana temprano hasta la noche, calzada con botas altas y duras, andando sobre un piso siempre húmedo y cubierto de charcos, con la amenaza constante de un paro repentino a causa de caídas imprevistas del mercado; sujeta, además, en temporada, a trabajar horas extraordinarias y siempre sin respiro, sin descanso, hasta que todos sus nervios se agotaran, exponiéndola a perder el dominio de sí misma y a producirle heridas ponzoñosas; ésa era la nueva vida que aguardaba a Marija. Pero con un alma como la suya y la resistencia de un caballo, Marija no sólo acogió riendo su nuevo destino, sino que se mostró, además, muy contenta porque le permitía satisfacer nuevamente su hospedaje a la familia y ayudar a ésta a sostenerse.

El escarmiento de Marija llegó justamente a tiempo para salvar a Ona de un infortunio semejante. Tampoco Ona estaba satisfecha con su puesto, y con más motivos que Marija. No contaba en su casa ni la mitad de lo que le pasaba, porque comprendía que sería un tormento para Jurgis y temía que éste hiciera alguna barbaridad. Hacía mucho tiempo que Ona había notado no ser del agrado de la encargada de su departamento.

Al principio creyó que el motivo era que había pedido permiso para la celebrar su boda. Después dedujo que la verdadera causa se debía a que no le había hecho ningún regalo. Después, según vio Ona, la encargada gustaba de admitir presentes de sus obreras y prestaba toda clase de favores a aquellas que le hacían regalos.

Pero por último descubrió que el poco afecto que aquella mujer le demostraba obedecía a razones todavía más abyectas.

Finalmente, se filtró que la mujer era amante del director de uno de los departamentos de aquella misma empresa, y que había obtenido su cargo gracias a un favor de su amigo que, de esa manera creyó contentarla, aunque, al parecer el hombre no había conseguido sus propósitos, pues más de una vez se les había oído discutir fuertemente. Ella tenía el carácter de una hiena y muy pronto el taller que dirigía se convirtió en un infierno. Algunas de las obreras que tenía a sus órdenes eran de su mismo linaje y condición, dispuestas siempre a adularla con obsequios y a intrigar con ella contra las demás empleadas, con lo que aquello se había convertido en un hervidero de odios. Pero aún sucedía algo peor. La encargada vivía en una casa de mala nota, en la parte baja de la ciudad, y algunas de las chicas iban allí cuando los tiempos venían duros. De hecho se podía decir sin exageración, que aquella mujer dirigía su departamento en Smith's a la vez que la casa de citas. Por consiguiente, en muchas ocasiones, mujeres procedentes de la casa trabajaban en el taller al lado de las obreras decentes, todo ello previo despido de cuantas operarias honestas fuera necesario para dejar puestos vacantes a las otras. El resultado de todo esto era que en esa sección no dejaba de respirarse en ningún momento la atmósfera de aquella casa de la ciudad, por que en el taller nunca faltaba algo que la recordase, como ocurre en Packingtown con los olores nauseabundos que se desprenden por la noche de las fábricas, cuando surge bruscamente el viento. Por todo el taller circulaban historias extrañas y no tardaban en llegar a oídos de cualquiera a través de los comentarios y los guiños de las propias operarias. Ona no hubiera permanecido un solo día en un sitio semejante, pero necesitaba el salario para ayudar al sustento de su familia. Aun así, nunca estaba segura de si tendría que marcharse al día siguiente. Llegó entonces a comprender que la animadversión de la encargada procedía del hecho de que fuera una joven casada y decente y que ésa era también la causa del odio que les demostraban las que, dedicándose a hacer

halagos y a intrigar con la encargada, hacían cuanto era posible por atormentarla y amargarle la vida.

Pero en Packingtown no hay sitio alguno donde pueda trabajar una obrera demasiado escrupulosa en lo que a esas cuestiones se refiere; ningún establecimiento donde una prostituta no pueda hacer mejor carrera que una mujer decente. Es inevitable, como sabe todo aquél que esté familiarizado con la naturaleza humana. Existe allí una masa de población de clase baja y, en su mayor parte, extranjera, casi siempre sin recursos y cuya existencia depende, por lo tanto, del antojo de hombres tan brutales y desprovistos de conciencia como los negreros de antaño. Bajo esas circunstancias, la inmoralidad es tan inevitable y tan dominante como lo fuera bajo el sistema de la esclavitud. En los establecimientos de Packingtown ocurren muchas cosas absolutamente inenarrables que todo el mundo, sin embargo, acepta como normales. La única diferencia es que ahora esos hechos no resultan tan ostensibles como en los tiempos de la esclavitud, porque no hay diferencia de color entre el amo y el esclavo. Una vez sucedió un hecho terrible: fue en el departamento donde Marija había encontrado trabajo, como una o dos semanas después de que se incorporara. Una de las trabajadoras, soltera, que había estado acudiendo al trabajo días tras día, cuando su estado no lo recomendaba, se arrastró al interior de un pasillo oscuro y dio allí a luz a un bebé. No sabiendo qué hacer con él y por miedo a perder su puesto de trabajo, subió como pudo hasta el piso de arriba y lo arrojó a una de las vagonetas cargadas de carne de res que esperaban allí a entrar en los tanques de cocción. Fue por la casualidad que alguien escuchó el llanto del bebé y pudo sacarlo de allí antes de que toda la carga fuera arrojada al tanque. Se llevaron a la mujer al hospital y no se supo más de ella.

Quizá fue debido a este suceso, que causó una profunda conmoción en los mataderos, por lo que Ona no dudó en dejar el puesto de trabajo cuando le vino el momento. Un sábado por la mañana regresó a casa y Jurgis, según había determinado, llamó a un médico y, asistida por él, Ona dio a luz con toda felicidad un hermoso bebé.

Era un muchacho enorme y, siendo Ona tan delicada y tan menuda, parecía imposible que hubiera dado a luz a tan espléndida criatura. Jurgis se pasaba las horas muertas contemplando a su hijo, incapaz de creer que aquello fuera realidad.

El nacimiento del niño fue un acontecimiento decisivo para la vida de Jurgis, a quien convirtió de un modo irrevocable en un hombre casero, matando en él hasta el último de los impulsos que pudieran haberle llevado a salir por las noches y sentarse a conversar con otros camaradas en la taberna. Nada le preocupaba tanto como sentarse al lado de su hijo y contemplarlo horas enteras. Esto era muy curioso, porque Jurgis, hasta entonces, no había mostrado el menor interés por los niños. Pero el suyo era una cosa excepcional. Tenía los ojos negros más hermosos y más vivos que podía imaginarse, con lindos ricitos negros por toda la cabeza . Era, en fin, una imagen viva y perfecta de su padre. Todo el mundo lo decía, y Jurgis consideraba esto como una circunstancia verdaderamente extraordinaria y fascinante. Era para dejar perplejo a cualquiera que aquel ser hubiera venido al mundo como lo había hecho y verdaderamente misterioso que hubiera nacido con una imitación tan cómica de la nariz de su padre.

Este hecho lo interpretó Jurgis como una confirmación de que aquél era su hijo y que había de constituir el cuidado de toda su vida y de la de Ona. Jurgis nunca creyó llegar a poseer algo de tan absorbente interés. En efecto, si se piensa en ello, un niño constituye una propiedad maravillosa. Irá creciendo hasta convertirse en hombre, en un ser humano completo, con su personalidad y su voluntad propias. Todos estos pensamientos que no abandonaban a Jurgis, llenaban su ánimo de emociones extrañas y casi dolorosas. Estaba soberbiamente orgulloso de su pequeño Antanas, manifestaba la mayor curiosidad por cuantos detalles a él se referían. Lavarlo, vestirlo, alimentarlo y hasta acunarlo eran motivos para que el padre hiciera toda clase de preguntas a cual más absurdas. Luego llegó, incluso, a obsesionarse con la idea de que el niño tenía demasiado cortas las piernitas, y paso tiempo antes de que rechazara esa aprensión.

Desgraciadamente, Jurgis gozaba de pocos asuetos que dedicar a su hijo. Nunca había sido consciente como entonces de las cadenas que lo sujetaban. Cuando volvía del trabajo, por la noche, el niño estaba dormido, y era una casualidad que se despertase antes de que el padre se acostara. Por la mañana tampoco tenía ni un minuto para ver al pequeño, de forma que el único tiempo que podía dedicar a su hijo eran los domingos. La situación era aún más cruel para Ona, que, según el consejo del médico, debía quedarse quieta en casa y amamantar a su hijo en beneficio de la salud de ambos; pero a eso se anteponía la necesidad de trabajar dejando que Teta Elzbieta cuidase del niño y que lo alimentara con el veneno blanco-azulado que llamaban leche en la tienda de la esquina. Así pues, Ona, con motivo de su parto, sólo perdió una semana de salario. Al lunes siguiente decidió interrumpir su ausencia y todo lo que Jurgis pudo obtener de ella fue que accediera a servirse del tranvía, mientras él, a pie, cubría el mismo trayecto para acompañarla luego, cuando se apease, hasta la casa Smith. Eso, según Ona, sería más que suficiente, pues, una vez en la factoría, coser fundas para jamones no le costaba el menor esfuerzo, aunque el trabajo se prolongase todo el día. Y, en cambio, si dejaba de asistir a su labor por más tiempo, podía suceder que su aborrecible encargada pusiera a otra en su puesto. Esto sería, en aquellas circunstancias, más calamitoso que nunca —seguía diciendo Ona—, a causa del niño al que todos debían proteger, trabajando más duro para que no creciera en las penosas condiciones que ellos habían conocido, era una gran responsabilidad. En rigor, esto fue también lo primero que pensó Jurgis tan pronto como su hijo vino al mundo, inmediatamente había apretado los puños para lanzarse a la lucha con más ardor que nunca, el alma puesta en aquella diminuta potencia de ser humano.

Así pues, Ona volvió a Smith's y conservó su puesto y aun comenzó a cobrar su salario una semana antes de lo previsto, pero a costa de su propia salud, pues pronto contraería una de esas innumerables afecciones que las mujeres agrupan bajo el nombre de "enfermedades de la matriz", de la que nunca, en el resto de su

vida, lograría recuperarse. Es difícil explicar lo que esto significaba para Ona. El error cometido era, en todo caso, tan pequeño y el castigo que por ello recibía tan desproporcionado, que ni ella misma, ni nadie, podía relacionar uno con otro. Estar enferma de la matriz no significaba para Ona precisamente el diagnóstico de un especialista y seguir un tratamiento apropiado y, acaso someterse a una o dos operaciones. Significaba, tan sólo, jaquecas y dolores de espalda, depresiones, congojas y neuralgias cuando tenía que ir al trabajo en días de lluvia. Casi todas las mujeres empleadas en Packingtown sufren de lo mismo y por igual causa, de modo que nadie veía la necesidad de consultar por ello a un médico. Ona se limitó, pues, a ensayar una medicina tras otra, según sus amigas se las recomendaban. Y como todos estos específicos contienen alcohol o algún otro estimulante, siempre encontraba cierto alivio después de ingerirlos. Así perseguía ella el fantasma de la salud, pero éste se le escapaba continuamente por carecer de recursos para emprender un tratamiento. Todo esto es tan típico y familiar que uno ha de pedir perdón por referirlo, aunque lo que resulta realmente interesante y merece un análisis psicológico es por qué, cuando nos enteramos de que a alguien le ha sucedido algo terrible y cruel, deja de generarnos conflicto en cuanto nos damos cuenta de que eso mismo les sucede a otros tantos millones. Quizá es porque sentimos que no hay esperanza alguna de resolverlo y preferimos dirigir nuestros pensamientos hacia lugares donde sabemos que podemos hacer algo bueno. ¿Hay alguien en sus cabales que no considere que problemas como los de Ona continuarán siendo habituales mientras esas mujeres a las que "Dios en su sabiduría infinita" ha condenado a trabajar en las máquinas pretendan tener niños como si fuesen mujeres normales?

CAPÍTULO XI

Con la llegada del verano, las fábricas recobraron su plena actividad y Jurgis comenzó otra vez a ganar dinero, aunque no tanto como en

el verano anterior, pues los patronos habían incorporado más obreros. Todas las semanas se veían caras nuevas. Era su modo de obrar: estos obreros adicionales se conservaban hasta que bajaba la producción, de modo que cada uno de los operarios alcanzaba menos jornal que nunca. Con este plan, más pronto o más tarde, los patronos conseguían que no hubiera en Chicago, entre los que andaban a la caza de empleo, quien no conociera lo esencial del trabajo que se hacía en los mataderos. ¡Y qué treta tan astuta! Por este medio, los operarios especializados iban enseñando a otros nuevos de los que, llegado el momento, los patronos echarían mano para desbaratar las huelgas y, al mismo tiempo, los trabajadores ganaban tan poco que no podían economizar nada para prepararlas.

Pero no se crea que esta superabundancia de empleados significaba que el trabajo resultase más fácil o más cómodo para nadie. Al contrario, el sistema de "meter caña a la gente" era cada día más salvaje. Continuamente se inventaban nuevos procedimientos para hacer el trabajo más activo. Aquello parecía el tormento de la cuerda de los tiempos medievales. Todos los días se presentaban en los mataderos nuevos individuos que, capaces de acelerar la marcha del trabajo, eran los únicos que recibían buena paga; todos los días entraba en funcionamiento alguna nueva máquina que aceleraba el ritmo de las tareas. Se decía, incluso, que en el matadero de cerdos la velocidad con que eran sacrificados los animales estaba regulada por un reloj y que día a día se iba haciendo más deprisa. Para el destajo se había reducido el tiempo, exigiéndose la misma labor en menor plazo pero a cambio de igual pago, y, cuando los trabajadores se habían acostumbrado al nuevo régimen, se les reducía el salario para cuadrarlo con la reducción de tiempo. En los talleres de enlatado se había llevado a cabo este mismo sistema con tanta frecuencia que las obreras estaban desesperadas. Los dos últimos años, sus jornales se habían visto reducidos en más de dos tercios; el descontento estaba gestando una tormenta que podía estallar cuando menos se pensase. Hacía sólo un mes que Marija había entrado en el departamento de preparación de embutidos cuando la fábrica de enlatado

en donde trabajaba antes puso en vigor normas que reducían los salarios de las obreras casi a la mitad; la indignación que esto produjo fue tal que todas, sin acuerdo ni convenio, abandonaron el taller y se reunieron en la calle. Una de las muchachas había leído, no sabía dónde, que la bandera roja era el símbolo de los obreros oprimidos y se procuraron una bandera roja. La enarbolaron y recorrieron el distrito, vociferantes y enfurecidas. El resultado de esta revuelta fue la aparición de un nuevo sindicato. Mas aquella huelga, nacida de un modo tan espontáneo, fracasó antes de tres días a causa de la afluencia de otras obreras, ansiosas de ocupación. El fin de todo ello fue que la joven de la bandera roja tuvo que irse a otro distrito y contentarse con un puesto en unos grandes almacenes a cambio de un salario semanal de dos dólares y medio.

Jurgis y Ona escucharon estas noticias con desaliento porque temían que en cualquier instante pudiera llegarles a ellos el turno. Una o dos veces habían corrido rumores de que una de las grandes casas de Packingtown iba a reducir los jornales del peonaje a quince centavos por hora y Jurgis sabía que, de suceder eso, le afectaría pronto. Para entonces ya había descubierto que, lejos de representar un aglutinado de diversas empresas, Packingtown era, en realidad, una sola firma, el trust de la Carne. Todas las semanas, los directores de este organismo celebraban reuniones e intercambiaban información, de modo que las tablas de salarios y rendimientos habían acabado por ser idénticas. También contaron a Jurgis que los directores del trust fijaban de igual manera el precio que debía pagarse por el ganado vivo y el que alcanzaría, en cualquier lugar del país, la carne manufacturada. Esto último no lo comprendía con mucha claridad todavía o no le interesaba tanto aún.

La única que no temía una reducción de salario era Marija, quien, en su ingenuidad, se congratulaba de que aquella se hubiera producido ya poco tiempo antes de su ingreso en la fábrica de embutidos. Por eso, y porque veía cercano el momento de convertirse en obrera especializada, pronto volvió a rebozar de entusiasmo y confianza. Durante el verano y el otoño, Jurgis y Ona acabaron de

pagarle hasta el último centavo de lo que le debían y de esta forma Marija llegó a abrir una cuenta corriente en el banco. La posesión de alguna riquezas, por limitadas que sean, trae consigo cuidados y responsabilidades, según pudo apreciar enseguida la pobre Marija que, siguiendo el consejo de una amiga, había depositado sus ahorros en un banco en la avenida de Ashland del que nada sabía, excepto que estaba en un edificio inmenso e imponente. ¿Y cómo iba a comprender una pobre trabajadora extranjera nada de los negocios bancarios y de cómo se llevaban en el país de la locura financiera? Marija vivía, pues, en continua zozobra, temiendo siempre que a su banco le pudiera ocurrir algo y eso la hacía desviarse por las mañanas, cuando se dirigía al trabajo, para pasar por delante del edificio y asegurarse de que el banco seguía allí. Su principal temor eran los incendios, porque ella había depositado su dinero en billetes y temía que, si se quemaba el banco, no le darían otros. Jurgis se mofaba de ella por estos temores y, muy ufano de los conocimientos superiores que le conferían su condición de hombre, le explicaba que los bancos disponían de sótanos construidos a prueba de fuego, donde depositaban, completamente a salvo, sus millones de dólares.

Sin embargo, una mañana, al hacer Marija su desvío habitual, vio con horror y desaliento una gran masa de gente que, apiñada delante del banco, abarrotaba media manzana. El terror demudó el semblante de Marija que, haciéndose hueco entre los grupos, comenzó a preguntar a derecha e izquierda qué ocurría, pero sin pararse a escuchar las contestaciones, hasta llegar a un sitio donde la gente se apiñaba de tal manera que no pudo dar un paso más. Supo, entonces, que se trataba de un "pánico bancario". Pero Marija no entendía qué significaba eso y preguntaba a unos y a otros, llena de angustia y de miedo, pidiendo que alguien se lo explicara. ¿Había ocurrido algo malo en el banco? Nadie estaba seguro, pero todos pensaban que era algo grave. ¿Podía recobrar su dinero? Sobre esto nadie podía decirle nada. Aquellos a quienes se dirigía temían que no, pero todos estaban allí con el propósito de ver si podían recoger sus depósitos. Era muy temprano todavía para poder asegurar

nada. El banco tardaría lo menos tres horas en abrir. En la furia de la desesperación, Marija comenzó a abrirse camino hacia la puerta entre aquella multitud de hombres, mujeres y chiquillos, todos tan excitados como ella. Era una escena terrible de confusión salvaje. Las mujeres gritaban, con las manos crispadas hacia lo alto o desmayándose, mientras los hombres luchaban a brazo partido derribando cuanto se les ponía por delante. En medio de este tumulto, Marija recordó que no tenía en su poder el talonario de cheques, y que, por lo tanto, no podría de ninguna manera recoger su dinero. Al percatarse de esto, recomenzó a abrirse paso entre la gente y corrió hacia su casa. Tuvo suerte en esto, porque, a los pocos minutos de marcharse, acudieron todas las reservas de la policía del distrito: que Dios o el diablo se apiaden de una masa de gente a la que acuda a dispersar la policía de los mataderos.

Media hora después, Marija estaba de vuelta, en compañía de Teta Elzbieta, ambas sin aliento, a causa de la carrera, y muertas de miedo por lo que pudiera ocurrir. La multitud formaba ahora una cola que se extendía a lo largo de varias manzanas, vigilada por medio centenar de policías, lo cual no dejaba a las dos mujeres otra alternativa que tomar su puesto en la fila y esperar. A las nueve de la mañana se abrió el banco y empezó a pagar a la muchedumbre. Pero esto no tranquilizó a Marija, al ver que había delante de ella más de tres mil personas, suficientes para agotar los recursos, no sólo del banco, sino de otra docena más. ¿cómo, en toda esta confusión iban a saber cuál era su dinero y cuál el de los demás?

Para empeorar las cosas, sobrevino una abundante lluvia que calaba hasta los huesos. Sin embargo, allí permanecieron toda la mañana, avanzando lenta y trabajosamente hacia la meta. Y llegó la tarde y allí siguieron, llenas de ansiedad, viendo que se acercaba la hora de cerrar, y que se iban a quedar en la calle. Marija decidió continuar allí, pasara lo que pasase, y conservar su puesto, pero, como casi todos hicieron lo mismo, permaneciendo durante aquella larga y fría noche, lo que avanzó en la cola fue bien poco. Ya de noche cerrada, llegó Jurgis. Al volver del trabajo, los muchachos le habían

contado lo que ocurría y él se apresuró a llevar a las dos mujeres ropas secas y un poco de comida, con lo cual la espera se desarrolló con alguna comodidad.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, llegó aún más gente que el día anterior, y también más refuerzos de policías procedentes del centro. Marija defendió su puesto contra viento y marea y por fin, al llegar la tarde, pudo entrar en el banco y recoger su dinero. Se lo entregaron todo en dólares de plata, llenándole un pañuelo. Cuando vio el dinero en su poder, todos sus temores se desvanecieron, y quiso volver a depositarlo en el banco, pero el empleado que estaba a la ventanilla le dijo, hecho una furia, que el banco no admitía depósitos de aquellos que habían secundado el pánico. Por consiguiente, Marija se vio obligada a llevarse a casa el dinero. Por el camino, miraba recelosa a derecha e izquierda, esperando a cada momento que alguien la asaltara para robarla. Cuando llegó a su casa, tampoco recobró la calma. Hasta que encontrase otro banco, no halló más recurso que coserse el dinero a los forros del vestido, de modo que, durante una semana o más, anduvo cargada siempre con todo el metálico y temiendo cruzar su propia calle, pues Jurgis le había dicho que con todo ese peso se hundiría en el lodo. A pesar de todo, al día siguiente marchó con su carga al trabajo, también temblando por si había perdido el puesto después de haber faltado dos días; pero, afortunadamente para ella, sucedía que cerca de un veinte por ciento de la población obrera de Packingtown había depositado sus ahorros en el mismo banco y los patronos no encontraron conveniente despedir a tantos a la vez. Luego se supo que la causa del pánico había sido la siguiente: un policía había intentado arrestar a un borracho en una taberna inmediata al banco. Esto hizo que mucha gente de la que iba al trabajo se detuviese a ver lo que ocurría y que su aglomeración fuera relacionada por otros con algún percance ocurrido a la entidad bancaria.

Por este tiempo, Jurgis y Ona empezaron también a ahorrar. Además de haber devuelto a Jonas y a Marija el importe del préstamo, habían satisfecho casi todos los plazos de los muebles, por

lo que podían empezar a contar con una pequeña suma. Mientras cada uno de ellos pudiera llevar nueve o diez dólares por semana, podrían arreglárselas perfectamente. Además, con la llegada de las elecciones, Jurgis, ya más conocedor de las cosas, pudo sacar beneficios limpios que equivalían al jornal de media semana. Fue muy reñida la elección de aquel año y los ecos de la lucha llegaron hasta Packingtown. Los dos partidos, rivales en corrupciones, alquilaron locales, lanzaron fuegos artificiales, pronunciaron discursos, todo con el fin de granjearse a los interesados en la contienda. Aunque Jurgis no apreciaba bien el alcance de todas estas cosas, comprendía entonces lo suficiente para darse cuenta de que no era correcto ni moral vender el voto. Pero como todo el mundo lo hacía y el hecho de que un solo hombre no siguiera la corriente general no produciría la menor diferencia en los resultados, la idea de rechazar la venta hubiera parecido absurda y ni se le pasó por la cabeza.

Por entonces, los vientos fríos y los días más cortos empezaron a anunciarles que el invierno se les echaba encima de nuevo. Parecía que el respiro dado por la buena estación había sido tan corto que no habían tenido tiempo de disfrutarlo. Pero, en fin, el horror al frío venía inexorable y empezó a presentarse en los ojos del pobre Stanislovas. La proximidad de la mala estación también llenaba de miedo a Jurgis, porque Ona no estaba aquel año en condiciones de resistir el frío y las tempestades de nieve. Bien podía ocurrir que una de ellas los sorprendiera cualquier día, que el trafico de tranvías quedase interrumpido y Ona no pudiera acudir a su taller. ¿No podría suceder que al día siguiente, al presentarse, se encontrara con que su plaza había sido ocupada por otra obrera que viviera más cerca y con cuya presencia y trabajo se pudiera contar de modo más seguro? Una semana antes de Navidad se presentó el primer temporal verdaderamente serio y, con él, un reto para Jurgis, que vio despertar su coraje como lo hace un león dormido. Durante cuatro días, los tranvías de la avenida Ashland estuvieron paralizados y por esto Jurgis conoció, por primera vez en su vida, lo que era una dificultad invencible. Ante esto, los obstáculos que previamente ha-

bía conocido se le antojaban un juego de niños. Lo que ahora tenía planteado era un combate a muerte, en el que parecía que todas las furias se hubiesen desencadenado contra él. El primer día del temporal se levantaron dos horas antes de amanecer y se dispusieron a marchar, Ona envuelta en mantas de pies a cabeza y echada como un saco sobre su espalda, mientras el pequeño Stanislovas, apenas visible entre el fárrago de ropas que llevaba encima, iba aferrado a los faldones de su chaqueta. Un viento frío azotaba el rostro de Jurgis y el termómetro señalaba muchos grados bajo cero; al marchar sobre la nieve, se hundía siempre hasta más arriba de las rodillas y en muchos casos hasta la cintura. Tenía que luchar vigorosamente para poder continuar así su camino. En ocasiones, la misma nieve le inmovilizaba los pies o se erigía en muro para cortarle el paso y entonces Jurgis tiraba hacia adelante con violencia, como un toro herido que muge de rabia. De esta manera, paso tras paso, hacía su penosa caminata. Cuando al fin llegó a Anderson´s, se encontraba exhausto de fatiga, casi ciego y estaba apoyado en un pilar, sin aliento, dando gracias a Dios porque el ganado hubiera llegado tarde aquel día. Por la noche volvía a repetirse la penosa jornada y, como no podía determinar a qué hora iba a salir de su trabajo, concertó con el dueño de una casa de comidas que Ona esperase sentada en un rincón del establecimiento a que él llegara. Una vez les dieron las once de la noche en el camino, en medio de la más negra oscuridad, pero llegaron a casa, a pesar de todo.

Ese temporal acabó con muchos hombres despedidos, pero la muchedumbre de los que esperaban a las puertas de las fábricas y mataderos era mayor que nunca, y los patronos no esperaban por nadie. Cuando pasó el temporal, Jurgis no cabía en sí de gozo, porque había afrontado al enemigo y lo había vencido, sintiéndose de este modo dueño de su destino. Así deben sentirse los reyes de las selvas, después de haber vencido en franca lucha a sus adversarios. Mas no pueden sospechar que después de la pelea noble vayan a caer, en la oscuridad de la noche, en medio de una cobarde trampa.

Hay demasiadas trampas en la jungla y si se quiere escapar a ellas, hay que estar siempre alerta.

Una situación de peligro típica del *killing floor* era que se escapara un animal. En Anderson's a la hora de matar el ganado no importa, por supuesto, nada más que la rapidez. En los mataderos de Europa, donde hay leyes, ponen sobre la cabeza del animal una capucha de cuero que tiene un clavo prendido. Luego, dado que se supone que el matarife tiene suficiente habilidad como para descargar un golpe en el clavo con su maza, no puede fallar en la tarea. En los mataderos de Chicago no se paraban a pensar en esas cosas: los matarifes tenían que alzarse sobre los establos y golpear al animal con un martillo terminado en punta. Si no lo mataban a la primera, no tenían más que intentarlo de nuevo. A veces podían pasarse un minuto entero dando golpes con el animal coceando y bramando en agonía y terror. Era lo normal. Sólo en algunas ocasiones, por la prisa, volcaban al animal en el suelo pero, si no estaba completamente aturdido, podía levantarse y salir en estampida. En ese caso se soltaba un grito de alerta: los hombres dejaban todo y se refugiaban detrás de una columna resbalándose por la viscosidad del suelo y tropezándose unos con otros. En verano era peligroso, pero se podía ver; en invierno ponía los pelos de punta, ya que la sala estaba cubierta de humo y no se alcanzaba a ver más que un par de yardas delante. El ganado, por lo general, estaba medio cegado y muy excitado y sin demasiadas intenciones de atacar a nadie. No obstante, había cuchillos por todas partes y los obreros, a la carrera. Al final, el capataz venía corriendo con una escopeta y comenzaba a disparar. Jurgis había visto alguna que otra vez cómo se habían necesitado ocho disparos para darle muerte: ocho disparos en una sala en la que había cientos de hombres.

Fue en una de estas ocasiones en la que Jurgis cayó en su trampa. Trampa es lo que mejor designa la calamidad que le sobrevino, por cruel y por difícil de prever. Al principio apenas notó lo que había sucedido, pues en realidad pareció un incidente insignificante: al escapar de un toro falló un salto y se torció un tobillo.

Sintió entonces un ligero dolor, pero Jurgis estaba acostumbrado a los dolores y esto no le acobardó lo más mínimo. Sin embargo, cuando por la noche marchó a su casa, advirtió que el dolor persistía y se hacía cada vez más pronunciado. Por la mañana, la región del tobillo estaba tan hinchada que parecía duplicada de tamaño y no pudo calzarse la bota. Aun entonces no hizo más que jurar un poco, envolverse el pie en unos trapos viejos y tomar esta vez el tranvía para ir al trabajo. Ocurrió que aquel día fue de mucha actividad en Anderson's y toda la mañana se la pasó trajinando sobre el pie dolorido. A mediodía el dolor era tan insoportable que casi le hizo perder el sentido y hacia las dos de la tarde no pudo resistir más y tuvo que decírselo al capataz. Entonces se avisó al médico de la empresa, que examinó el pie y dispuso que Jurgis se fuera inmediatamente a su casa y se acostase, añadiendo que su imprudencia le costaría probablemente varios meses de postración.

El accidente no era de la categoría de los que entraban bajo la responsabilidad de Anderson y Cía. y, por lo tanto, la misión del médico terminaba allí.

Jurgis regresó a su casa sin saber cómo, pues apenas podía ver del dolor. Tenía el ánimo aterrado. Elzbieta le ayudó a acostarse y le puso en el pie unas compresas de agua fría. Hacía esfuerzos supremos para disimular a Jurgis la consternación que aquella desgracia le ocasionaba. Cuando el resto de la familia volvió del trabajo, Elzbieta los fue recibiendo en la puerta y contándole a uno tras otro lo ocurrido. Todos, entonces, para animar a Jurgis, se mostraron muy animosos, al tiempo que le aseguraban que antes de una semana, a lo sumo dos, se habría restablecido y todos, entretanto, le ayudarían a salir del brete.

Sin embargo, cuando vieron que Jurgis se había quedado dormido, toda la familia se reunió en la cocina, y allí, hablando a media voz alrededor de la estufa, examinaron la situación. Veían claramente que aquel inopinado percance les dejaba a merced del hambre. Jurgis tenía solamente sesenta dólares en el banco y eso con la temporada de calma a punto de paralizar el trabajo. Tanto

Jonas como Marija no ganarían sino lo suficiente para sufragar su hospedaje y, aparte de esto, no quedaban más ingresos que el jornal de Ona y lo que ganaba el pequeño Stanislovas. Había que pagar la renta de la casa y, aunque poco, lo que aún debían por los muebles. La póliza de seguros estaba también a punto de vencer y durante todo el invierno se hacía preciso comprar carbón. Corriendo el mes de enero, el invierno andaba apenas mediado y era una época terrible para afrontar privaciones. Vendrían todavía grandes nevadas y, entonces, ¿quién ayudaría a Ona a ir a su trabajo? Si esto ocurría, podría perder su puesto; en realidad, estaba segura de que lo perdería. El pequeño Stanislovas rompió también a llorar. ¿Quién cuidaría de él?

Era terrible que un accidente como aquel, al que cualquiera estaba expuesto, produjera sufrimientos tan grandes, sobre todo a Jurgis, que pasaba todas las horas del día amargado, ya que era inútil tratar de engañarle. Jurgis, que veía la situación tan claramente como los demás, se daba perfecta cuenta de que, sitiada por el hambre, no aguardaba a la familia otra cosa que la muerte por inanición. La zozobra le consumía y, al poco tiempo, se había tornado sombrío su aspecto y huraño su talante. Verdaderamente era para volverse loco el que un hombre tan fuerte, un luchador como él, tuviera que permanecer tendido en el lecho, postrado e inválido. Era la historia de Prometeo encadenado. Jurgis se sentía como un animal salvaje en una trampa: más aún porque era precisamente por el pie por donde estaba aprisionado, un pie que se había dañado y torcido al intentar escapar. Los naturalistas nos cuentan que en raras ocasiones las criaturas del bosque mueren de muerte natural. Día y noche están expuestos a la caza, viven agazapados y refugiándose aquí y allá, mirando aterrorizados en todas direcciones y en una inmensa soledad. Cuando uno resulta herido, por cualquier circunstancia, se arrastra hasta un escondrijo y se queda allí, oculto, hasta que el destino lo encuentra. Eso mismo le sucedía a Jurgis. Las largas horas de postración despertaron en él emociones que hasta entonces no había conocido. Antes había recibido la vida con alborozos. Vivir tenía

sus contratiempos, pero ninguno era tal que un hombre de energía no pudiera afrontarlos. Mas ahora, sobre todo durante las noches interminables, cuando se revolvía impaciente en el lecho, le parecía ver en la habitación un terrible fantasma cuya vista le hacía temblar de pies a cabeza y le erizaba el cabello. Le daba la presión que el mundo entero desaparecía bajo sus pies sumergiéndose en abismos insondables, en las negras cavernas de la desesperación. Era verdad, después de todo, lo que otros le habían dicho acerca de la vida; esto es, que todo el poder de un hombre no es bastante para resistirla. Era verdad que, por más que luchase y se debatiera, podría caer y ser vencido y aniquilado. Y ante esa idea, sentía el corazón oprimido por lo que se hubiera dicho una garra de hielo; le aterraba el pensar que allí mismo, en aquel hogar desolado donde todo horror tenía su asiento, él y todos aquellos que le eran tan queridos podían caer abatidos por el hambre y el frío, y perecer víctimas de ambos sin que hubiera oídos que escucharan sus lamentos ni mano que les ayudase. Era verdad que allí, en aquella ciudad inmensa y opulenta, criaturas humanas podían ser perseguidas, cazadas y destruidas por los poderes ciegos de la naturaleza, exactamente igual que en aquellos días prehistóricos en que el hombre vivía en las cavernas como uno de tantos animales.

Ona ganaba entonces unos cuarenta dólares al mes, Stanislovas cerca de trece. Sumando a esto los hospedajes de Jonas y Marija, es decir, cuarenta y cinco dólares, apenas reunían noventa dólares al mes. Deduciendo la renta de la casa, los intereses y el pago de los muebles, quedaban unos sesenta dólares y, quitando el gasto del carbón, quedaban unos cincuenta. La familia se privaba de todo cuanto un ser humano puede privarse; llevaban vestidos viejos y raídos que les dejaban a merced del frío; cuando el calzado de los pequeños se destrozaba, se lo aseguraban con cuerdas y Ona, a pesar de estar medio inválida, iba a pie al trabajo afrontando la lluvia y el frío por no pagar el tranvía. No compraban literalmente más que alimentos, y aun así no podían vivir con cincuenta dólares mensuales. Hubieran podido resistir con sólo tener alimentos puros

y a precios razonables, o si hubieran sabido qué era lo que debían comprar; en una palabra, si no hubiesen sido tan lastimosamente ignorantes. Lo normal en América era que hombres y mujeres que trabajaban el día entero, así como los niños que estaban creciendo, se alimentaran básicamente de carne. No había nadie que les dijera que los nutrientes que había en esa carne los hubieran podido encontrar mucho más baratos en las gachas de avena, las judías y el pan negro. La carne, en Packingtown, era más barata que en cualquier otro sitio, pero lo que se vendía era lo peor de los restos de los mataderos, que terminaba en los mostradores de minoristas y en las tabernas del barrio, ya que, de otro modo, hubieran tenido que enlatarla. Ésa era la comida con la que la familia consideraba que debía alimentarse y era sorprendente la cantidad diaria que necesitaban once personas. Con dos dólares al día, no tenían, por más esfuerzos que hicieran, bastante para alimentarse, de modo que cada semana iba menguando el reducido depósito que Ona había acumulado en el banco. Gracias a que este depósito estaba a su nombre, pudo Ona ir retirando sus fondos, sin que Jurgis lo supiera, librándole así de una nueva pesadumbre.

En realidad, hubiera sido mejor para Jurgis estar verdaderamente enfermo, porque eso le habría ahorrado el tormento de pensar. Porque, a diferencia de otras personas obligadas a guardar cama, para él no había más recurso que permanecer tendido, no podía pasar el rato leyendo, ni tenía nada que leer, ni sabía. Todo lo que podía hacer era permanecer tumbado y dar vueltas en la cama. De vez en cuando rompía a jurar, sin reparar en nada y, de cuando en cuando, acabada la paciencia, pugnaba por levantarse. Entonces, la pobre Teta Elzbieta tenía que luchar con él a brazo partido. Elzbieta estaba con él casi todo el día. Sentada junto al lecho, se pasaba las horas acariciándole la frente, hablando con él y distrayéndole para que olvidase su triste situación. A veces hacía mucho frío para que los chicos fuesen a la escuela y se quedaban jugando en la cocina, que era donde Jurgis estaba, porque era la única habitación caliente de la casa. Entonces, Elzbieta pasaba muy malos ratos, por-

que Jurgis se incomodaba con los chicos y se ponía hecho una fiera. En rigor, había que disculparle, pues bastantes cosas le afligían para que se añadiera a ellas el ruido y las travesuras de los muchachos, que no le dejaban ni echar una cabezada.

En estas ocasiones, el único solaz de Elzbieta era el pequeño Antanas y, en realidad, si no hubiera sido por aquel ángel de Dios, no hubiera podido, muchas veces, solventar la situación. Poder contemplar al pequeño cuanto le placiera fue el único consuelo de Jurgis durante el largo período en que se encontró preso en su casa. Teta Elzbieta ponía la cestita, que servía de cuna al niño, al lado del colchón donde Jurgis estaba tendido y de esta manera el padre podía pasarse horas y horas contemplándole e imaginándose miles de cosas acerca de su hijo. El pequeño abría los ojos y miraba, ya iba fijándose en las cosas. Después sonreía ¡y cómo sonreía! Esto hacía olvidar a Jurgis todas sus penas y le hacía creerse dichoso, porque, al fin y al cabo, estaba en un mundo donde había una cosa tan linda, tan dulce como la sonrisa de su Antanas y porque ese mundo no tendría más remedio que ser bueno con un ser tan tierno y tan inocente como aquél. Antanas iba pareciéndose a su padre cada día más, así lo decía Elzbieta y lo repetía docenas de veces al cabo del día porque se daba cuenta de que esto agradaba mucho a Jurgis. La pobre mujer, llena siempre de miedo, estaba constantemente discurriendo el modo de aplacar a aquel gigante prisionero que se le había confiado. Jurgis, que no sabía nada de la ancestral maestría de las mujeres en el arte de fingir, se dejaba engatusar como un chiquillo. A menudo, entonces, ponía el dedo índice frente a los ojos del niño, hasta que éste se fijaba en él, y después lo movía lentamente de un lado a otro, riéndose de todo corazón al ver como Antanas lo seguía con la vista. No hay en este mundo juguete tan fascinante como un niño pequeño. Algunas veces el chiquitín se quedaba mirando a Jurgis, cara a cara, con tan solemne seriedad, que el padre no podía menos de gritar dirigiéndose a Elzbieta: Palauk ¡Mira, Muma! ¡Ya conoce a su papá! ¡Sí, sí le conoce! ¡Tu mano szirdele! ¡qué bribón!

CAPÍTULO Xll

Durante tres semanas, Jurgis no pudo levantarse del lecho. El esguince era tan persistente que la hinchazón no bajaba y el dolor no disminuía. Al cabo de ese tiempo, sin embargo, ya no pudo contenerse más y empezó a levantarse y a andar un poco cada día, tratando de persuadirse de que estaba mejor. No escuchó razones ni consejos y, tres o cuatro días después, declaró que estaba en condiciones de volver al trabajo. Cojeando se arrastró hasta el tranvía y así llegó a Smith's, donde el capataz le había guardado el puesto; es decir, que estaba deseando echar otra vez a la nieve al pobre diablo que había tenido en lugar de Jurgis todo aquel tiempo. Jurgis se puso a trabajar, pero, de cuando en cuando, el dolor le obligaba a detenerse y, cerca de una hora antes de que terminase la jornada, ya no pudo sino reconocer que, si continuaba, acabaría desmayándose. Con el corazón destrozado por la pena, se apoyó entonces contra un poste y rompió a llorar como un chiquillo. Dos de sus compañeros le ayudaron a montar en el tranvía y al apearse en su destino tuvo que esperar echado en la nieve a que pasara alguien y le ayudara a llegar a casa.

Allí lo acostaron de nuevo y fueron a buscar un médico, que era lo que debían de haber hecho desde el principio. Resultó entonces que tenía una luxación de la que jamás se hubiera repuesto sin asistencia facultativa. Jurgis se agarró con manos crispadas a ambos lados del lecho, apretó los dientes y, lívido por el dolor, dejó que el médico manipulara, con lo que parecían garras de acero, su tobillo inflamado. Cuando por fin se despidió el doctor, le dijo que tenía que guardar reposo absoluto durante dos meses y, que si volvía a su trabajo un día antes del plazo señalado, era posible que quedara cojo para toda su vida.

Tres días después sobrevino otra furiosa tempestad de nieve, y Jonas, Marija, Ona y el pobre Stanislovas salieron juntos hacia los mataderos una hora antes del amanecer. Hacia el mediodía Ona y

el muchacho volvieron a la casa, el segundo llorando. Los dedos, al parecer, se le habían helado por completo. Tanto Ona como Stanislovas habían tenido que desistir de la marcha antes de alcanzar los mataderos y poco había faltado para que sucumbieran bajo la borrasca. Lo único que se les ocurrió fue mantener durante todo el día manos y pies cerca del fuego, y esto ocasionaba a Stanislovas tan vivos dolores, que el muchacho no cesaba de llorar y retorcerse, hasta que, perdida la paciencia en un ataque de cólera, Jurgis se incorporó en su colchón y jurando como un loco amenazó con matarle si no callaba. El temor de que Ona y el muchacho hubieran perdido sus puesto hizo que la familia viviera, hasta la mañana siguiente, horas de indecible angustia. De modo que de madrugada salieron para el trabajo una hora antes que de costumbre. Para que Stanislovas saliera de casa Jurgis tuvo que recurrir a los golpes. Pero no era posible, en la situación en que se encontraban, andar en contemplaciones; el caso era para ellos de vida o muerte. Sólo que el pequeño Stanislovas no llegaba a entender que fuera mejor el perecer helado entre la nieve que perder su puesto al lado de la máquina mantequera. Ona, que tenía la certidumbre de haber perdido su puesto, no cabía en sí de gozo cuando, habiendo llegado al taller, descubrió que tampoco la encargada había podido asistir el día anterior y tuvo, por lo tanto, que ser indulgente con sus operarias.

Una de las consecuencias de este episodio fue que las falanges de tres de los dedos del muchacho quedaron insensibles para siempre y otra fue que, de ahí en adelante, hubiera siempre que recurrir a los golpes, tan pronto como aparecían las primeras nieves, para conseguir que marchase al trabajo. Jurgis era quien tenía que cumplir tan penosa obligación y como esto le dañaba el pie y le producía agudos dolores, se ensañaba con el pobre muchacho. Al mismo tiempo, esta costumbre no contribuía en modo alguno a endulzar su carácter. Suele decirse que el perro más manso llega a volverse una fiera si se le mantiene siempre encadenado. Lo mismo sucede con el hombre y Jurgis no podía hacer otra cosa sino estar sujeto al lecho día y noche, jurando y maldiciendo, con lo cual llegó

un tiempo en que maldecía con cualquier pretexto y lo aborrecía todo. Sin embrago había momentos en que tenía que contenerse, porque cuando Ona se echaba a llorar, Jurgis perdía toda la fiereza. Con la cara chupada y los largos mechones de su cabello negro cubriéndole los ojos casi por completo, el pobre hombre parecía más un espectro que un ser humano. La verdad es que no tenía ánimos para arreglarse el pelo ni dedicar otros cuidados a su persona. Sus músculos habían desaparecido y lo que quedaba estaba blando y caído. No tenía apetito y la familia carecía de recursos para proporcionarle alimentos apetitosos. Después de todo, decía Jurgis, era mejor no comer, con eso gastarían menos. Hacia finales de marzo, y tras haber encontrado el talonario de Ona, se enteró de que, de todos sus ahorros, no les quedaban más que tres dólares.

Pero acaso lo peor de cuanto tuvieron que afrontar aquel largo invierno, fue la pérdida de otro miembro de la familia. El hermano Jonas desapareció sin dejar rastro. Un sábado por la noche no volvió a la casa y cuantos esfuerzos hicieron para averiguar su paradero fueron completamente en vano. Su capataz en Anderson's dijo que, después de cobrar su salario de la semana había marchado, sin más. Esto podía no ser cierto, por supuesto, pues ocurría muchas veces que cuando un hombre sufría en el trabajo un accidente mortal, hacer tal declaración era lo más sencillo para eludir responsabilidades. Cuando, por ejemplo, por haber caído en uno de los tanques donde se extrae la grasa, un obrero quedaba convertido en manteca pura o en abono de primera clase, ¿de qué servía informar de ello a la familia y causarle semejante pena? Además la historia acabaría en los periódicos y agitaría a esa plaga que se llama a sí misma «reformadores». No obstante, era posible que Jonas hubiera sido robado y asesinado, algo que sucede a menudo en la jungla. Lo más probable, sin embargo, era que, harto de las penalidades de aquella casa, Jonas los hubiera abandonado. Esta fue la conclusión a la que llegó la familia. Jonas se había puesto en camino hacia alguna parte, en busca de su felicidad. Hacía mucho tiempo que se le veía disgustado y no sin motivo. Pagaba bastante y, sin embargo, se veía obligado a vivir en el seno de una

familia donde nadie tenía lo suficiente para comer. Además, como Marija seguía dando al fondo común cuanto ganaba Jonas no podía menos de sentirse obligado a hacer lo mismo. La casa, además, estaba llena de chiquillos que no eran suyos, siempre gritando y molestando, y sumida en la más negra miseria. Requería heroísmo resistir todo aquello con paciencia y Jonas no era más que un hombre envejecido, si no por la edad, por el trabajo y, lo que anhelaba después de su labor de todo el día, era disfrutar de una buena cena y sentarse al lado del fuego a fumar su pipa con sosiego antes de irse a dormir. Pero allí ni había sitio ni para acercarse a la lumbre y, durante el invierno, la cocina nunca estaba lo suficientemente caldeada para resultar acogedora. Por consiguiente, cercana ya la primavera, ¿no era lo más probable que hubiera resuelto escapar? Durante dos años había estado uncido como un buey a una de las pesadas vagonetas de los oscuros sótanos de Anderson's, sin más descanso que el de los domingos, ni otra vacación que los cuatro días festivos que traía el año, sin recibir una palabra de afecto o reconocimiento por su trabajo, sino tan sólo puntapiés, pescozones e insultos que ni un perro hubiera podido soportar. Ahora, cuando terminaba el invierno y los vientos anunciaban la proximidad de la primavera, cuando, con sólo una jornada de camino, podía un hombre dejar para siempre a su espalda los humos de Packingtown, ¿no era tentación irresistible marchar a sitios donde los campos son verdes y las flores tienen todos los matices del arco iris?

Todos los hombres lo saben y eran pocos los que no habían vagabundeado unas cuantas veces en sus vidas y no habían tenido el sueño de una libertad salvaje. Todos los días salían cientos de trenes de los mataderos y bastaba con esconderse en uno de ellos, o en los camiones, y al día siguiente se estaba en el campo al aire libre. Allí habría arroyos en los que quitarse toda la porquería de Packingtown; establos y montones de paja en los que dormir y gallineros en los que robar. En el peor de los casos con media hora de trabajo se sacaba lo suficiente para comer. Lo que echaba para atrás era la vuelta del invierno y había que refugiarse entonces en alguna ciudad, una de esas en las que una maltrecha y pobre mu-

chedumbre se arremolina en masa en la cola de los desempleados. El invierno, no obstante, estaba aún lejos, y con quedarse; Jonas iba a sacar poco más que un despido o un accidente mortal en alguno de los montacargas.

Lo primero en lo que pensó la familia, ese sábado por la noche en el que Jonas no apareció, fue en los montacargas. Cuando se dieron cuenta que se había marchado, dijeron: ¡Tenía miedo de los montacargas! En la planta en la que trabajaba habían encontrado la muerte dos compañeros suyos, en tan sólo dos meses, y eso llevó a Jonas a la desesperación. La ley indica que los montacargas de las fábricas han de tener puertas, pero seguramente los legisladores no se dieron cuenta del inconveniente que eso suponía para las fábricas. En Anderson´s no siempre había puertas y, dado que el hombre que manejaba el montacargas ganaba un poco más que el que empujaba los carros, siempre había un aire de superioridad en el primero que le dotaba del derecho de insultar al pobre diablo que no hacía el trabajo con suficiente rapidez. En cuanto las ruedas traseras del carro estaban dentro del montacargas, daba un portazo y que el operario se las arreglase como pudiera. Seguramente las botas de éste estaban llenas de restos y quizá llegara sin resuello y medio mareado después de empujar el carro desde una distancia considerable. Tenía altas probabilidades de ser víctima de un accidente. La primera vez que sucedió uno en la planta de Jonas, medio cuerpo de un hombre quedó aplastado, lo sacaron de allí y se restableció el ritmo habitual: tan sólo dos o tres minutos después del accidente, como Jonas vio, no quedaba más rastro de éste que las manchas de sangre. La segunda vez que sucedió, Jonas estaba detrás del tipo y eran además amigos: falló en el salto y el carro le amputó uno de sus pies. Daban escalofríos con sólo escuchar el relato de Jonas; el horror hacía que sus ojos se salieran de las cuencas. El accidentado, un eslovaco, no perdió el conocimiento, sino que comenzó a retorcerse en el suelo, gritando de dolor. Mandaron a llamar al médico de la empresa y también al abogado. Jonas no entendía qué estaba pasando. Pero vio cómo el abogado se acercaba al herido y escuchó cómo

le preguntaba si no quería ir al hospital, que la compañía pagaba los gastos médicos. El hombre, como pudo, respondió que sí y entonces el abogado sacó un papel, una pluma y le dijo que firmara. El hombre logró poner su nombre, aunque su mano temblaba como una hoja. A continuación Jonas se enteró de que lo que había firmado ese hombre era una declaración en la que aceptaba diez dólares como toda indemnización por parte de Anderson y Cía. El informante le dijo que aquello era una mentira podrida, que el gobierno de la ciudad era quien pagaba el hospital y que era donde recalaban todas la víctimas de Anderson y Cía. Jonas se enteró de que este hombre tenía una mujer y ocho hijos y se preguntó si también la ciudad les pagaría el hospital a ellos.

Ahora los ingresos de la familia disminuían en más de un tercio, mientras que el consumo de alimentos sólo se había reducido en una décima parte. La situación, por lo tanto, era peor que nunca. De nuevo tuvieron que recurrir a los adelantos de Marija, cuyos ahorros la familia consumía poco a poco. Para poner remedio a tan críticas circunstancias, se decidió que otros dos de los muchachos dejasen de ir a la escuela.

lnmediatamente después de Stanislovas, que ya tenía quince años, venía una muchacha, la pequeña Kotrina, que era dos años más joven, y luego dos chicos, Villimui, que tenía once años, y Nikalojus, que había cumplido los diez. Estos dos últimos eran muy listos y no había razón para que su familia viviera sitiada por el hambre cuando miles y miles de muchachos de la misma edad estaban ya ganándose la vida. Así pues, una mañana dieron a cada uno veinticinco centavos y un pedazo de pan con un trozo de salchicha, les llenaron la cabeza de instrucciones y consejos, y se les envió a la ciudad para que se iniciasen en la venta de periódicos. Los muchachos volvieron a altas horas de la noche, muertos de cansancio, después de haber andado cinco o seis millas, y explicaron, llorando, que un hombre que les habló en la calle se había ofrecido a guiarles a un sitio donde podrían adquirir los periódicos que habían de vender al público. Después de cogerles el dinero, el hombre había entrado a comprar

los diarios en un almacén, pero no le volvieron a ver más. La familia propinó a ambos muchachos una azotaina y a la mañana siguiente los envió de nuevo a la ciudad. Esta vez localizaron ellos mismos el almacén donde debían adquirir su mercancía pero, después de haber estado vagando por las calles hasta cerca del mediodía, ofreciendo los periódicos a todo aquel que encontraban, tuvieron la desgracia de dar con otro vendedor, un mocetón tremendo que les quitó los diarios que aún llevaban en la mano y dio, además, un fuerte pescozón a cada uno por haber invadido "su jurisdicción". Afortunadamente, ya habían vendido algunos ejemplares y pudieron volver a casa casi con el mismo dinero que habían recibido.

Al cabo de una semana de contratiempos y desventuras de ese estilo, los muchachos empezaron a conocer las triquiñuelas de su oficio: los nombres de los diferentes periódicos, cuántos ejemplares debían tomar de cada uno, a qué clase de gente debían ofrecerlos, qué sitios debían frecuentar y de qué lugares debían apartarse. Con todo esto, saliendo de casa a las cuatro de la madrugada, y después de correr todo el día por las calles, primero con los periódicos matutinos y después con los de la noche, al final de la jornada regresaban al hogar con una ganancia de veinte o treinta centavos cada uno, y algunas veces, un poco más. Al principio, de estas ganancias había que descontar el precio del tranvía, porque era enorme la distancia que tenían que recorrer hasta el centro, pero pronto hicieron amigos que les enseñaron a viajar gratis, entrando en los tranvías cuando el cobrador estaba distraído para, enseguida, disimularse entre el público. De este modo, la mayor parte de las veces pasaban inadvertidos y, si por ventura el cobrador les reclamaba el precio del billete, empezaban a rebuscar por los bolsillos y, luego, rompían a llorar, con lo cual alguna señora bondadosa les pagaba el billete; o bien, si esto fallaba, se apeaba del tranvía e intentaban en otro. Esto era jugar limpio en medio de la jungla. Al menos así lo sentían instintivamente, pero si hubiesen conocido los hechos, podrían haber respondido con argumentos: las propias compañías eran, como todo el mundo sabía, unas

ladronas, que habían conseguido todos sus privilegios y franquicias merced a la ayuda de políticos corruptos.

¿Qué culpa tenían ellos de que a las horas en que la gente va y vuelve del trabajo vayan los coches tan llenos de viajeros que el cobrador no acierte a vender billetes a todo el mundo? Los pasajeros de dentro iban apretados como ganado, las paradas estaban abarrotadas de gente y la gente iba colgada de las ventanas, incluso en el techo, a pesar del crudo invierno.

Ahora las finanzas de la familia estaban, más o menos como antes de la marcha de Jonas. Esto quería decir que tenían que seguir viviendo con Marija y fue por entonces que Teta Elzbieta aceptó con alegría una oportunidad que se le presentó. Siempre se había dado por supuesto que Teta Elzbieta tenía que hacerse cargo del cuidado de la casa, pero también se suponía que los niños tenían que ir a la escuela, aprender a leer en inglés, en lugar de adquirir todos los vicios de las calles. Se suponía, asimismo, que Ona tenía que quedarse en casa y cuidar de su hijo, en lugar de ir a Smith's a coser jamones. Todas estas buenas intenciones habían tenido que ser dejadas de lado, una tras otra, y ahora era el turno de la última. El hijo de la abuela Majauszkis pertenecía a un club en el que había un hombre que trabajaba de cochero en Hyde Park, el distrito junto al lago. Allí se necesitaba una cocinera que ganaría quince dólares por mes. Eso mejoraba las cosas. Por otra parte, la pequeña Kotrina abandonó también la escuela y se quedó en casa para cuidar a los pequeños, mientras su madre salía a trabajar. Esto resultaba humillante para Teta Elzbieta, que se consideraba a sí misma una señorita y ahora se veía obligada a servir de pinche de cocina. Lo tomó como penitencia, para expiar la marcha de su hermano. Elzbieta lo llevó mal; significaba de nuevo una victoria de América sobre Lituania.

Kotrina era como el resto de hijos de los pobres: prematuramente madura, se había tenido que hacer cargo del cuidado de su hermano y de su hermana pequeños, del bebé y también de Jurgis. Cocinaba, lavaba los platos y limpiaba la casa y tenía que tener la cena lista para cuando los demás llegaran del trabajo. Tenía sólo

trece años y era pequeña para esa edad, pero se aplicó a su tarea sin rechistar y lo hizo maravillosamente. Ella y Jurgis se llevaban de maravilla, ya que Kotrina había aprendido cosas en la escuela y su maestro le prestaba juegos y libros con imágenes.

Entretanto, el invierno iba tocando a su fin y, libres de la amenaza de la nieve, sin tener que comprar nuevas provisiones de carbón, con otra habitación disponible donde meter a los pequeños cuando llorasen y reuniendo lo suficiente cada semana para llegar hasta la próxima, Jurgis comenzó a calmarse y a aceptar la forzada inacción a que se veía reducido. Ona tuvo mucho cuidado, habiendo advertido este cambio, en no alterará la paz de espíritu de su marido y le ocultó lo mucho que sufría. Era entonces la época de las lluvias de primavera, y la pobre se veía obligada, a pesar del gasto, a usar el tranvía para acudir a su trabajo. Día a día su palidez iba en aumento, y a veces, a pesar de su buen ánimo, le entristecía el que Jurgis le pasara todo ello inadvertido. Ona temía que su marido no tuviera por ella el cariño de antes; recelaba que tanta miseria y privaciones hubiesen terminado por corroer el amor de Jurgis. Pasaba el día entero apartada de su marido, sufriendo, resignada, sus dolores y sus disgustos, mientras Jurgis soportaba los suyos y, cuando volvía al hogar por la noche, se sentía tan extenuada que no tenía aliento ni para hablar. Además, sus únicas conversaciones giraban siempre en torno a lo mismo; sus penas y sus preocupaciones. Es realmente difícil que en condiciones semejantes subsista sentimiento alguno. Esta idea sublevaba a veces a Ona: en medio de la noche se refugiaba en los brazos de su marido y, rompiendo en llanto, le preguntaba apasionadamente si seguía amándola de veras. El pobre Jurgis, a quien la agobiante penuria que soportaba iba haciendo cada día menos idealista, no llegaba a comprender lo que estos arrebatos de su mujer significaban y solamente hacía esfuerzos para recordar la última vez que se había enfadado. A ella, por consiguiente, no le quedaba más recursos que perdonarle y seguir llorando a solas hasta quedarse dormida.

A final de abril, Jurgis fue a ver al médico, quien le preparó un nuevo vendaje para el pie y le dijo que ya podía volver a su trabajo. Pero esta vez necesitó algo más que el permiso del médico; pues, al presentarse de nuevo en el *killing floor* de Smith´s, el capataz le dijo que no le había sido posible conservarle el puesto por tanto tiempo. Jurgis sabía que esto no significaba otra cosa sino que el capataz había encontrado alguien que podía ejecutar su labor tan bien como él y que no quería molestarse en hacer nuevos cambios. Jurgis, pues, se quedó a la puerta del matadero contemplando melancólicamente cómo sus compañeros seguían trabajando, y al verse en aquella situación, se sintió como un proscrito. Luego salió a la calle y fue a ocupar su puesto en la masa de desempleados.

Pero esta vez Jurgis no tenía aquella espléndida confianza de los primeros días y tenía buenas razones para no tenerla. Ya no era aquel hombre robusto que destacaba entre cualquier grupo de hombres y los capataces no reparaban siquiera en él. Estaba delgado, macilento; su ropa deteriorada y su aspecto daban lástima. Ya era uno más de aquellos que por meses y meses, andaban rondando Packingtown en demanda de trabajo. Fue un período crítico en la vida de Jurgis y, si hubiera sido un hombre de ánimo más débil, se hubiera abandonado igual que los demás. Aquellos desgraciados sin trabajo permanecían esperando a las puertas de las fábricas todas las mañanas hasta que la policía acudía a dispersarlos, y entonces se refugiaban en las tabernas del distrito. Muy pocos entre ellos tenían coraje para afrontar la negativa que seguramente encontrarían al penetrar en los establecimientos y hablar con los capataces. Si no conseguían por la mañana que alguno de ellos buenamente los escogiese, ya no hacían otra cosa que merodear por las tabernas el resto del día y toda la noche. Jurgis se libró de todo esto, primeramente porque ya hacía buen tiempo y no era preciso buscar un abrigo contra la intemperie pero, sobre todo, porque siempre llevaba fija en la mente la carita de su esposa. «¡Hay que encontrar trabajo!», se decía a sí mismo y continuaba con ardor sus esfuerzos durante

todo el día. «¡Hay que encontrar trabajo, hay que hallar un puesto y ahorrar algún dinero antes de que venga el próximo invierno!»

Pero, a pesar de todo su empeño, el trabajo no aparecía. Jurgis habló con todos los miembros de su sindicato —pese a todo, seguía afiliado— y les rogó que intercedieran en su favor. Luego se dirigió a todos sus conocidos pidiendo trabajo, fuera donde fuese. Pasaba el día entero visitando fábricas y talleres, y cuando, después de todo esto y al cabo de una o dos semanas, hubo recorrido todos los mataderos y penetrado en todos los establecimientos, tras hablar con todo el mundo y percatarse de que en ninguna parte había un puesto para él, se le ocurrió que por fuerza debía haberse producido entretanto algún cambio en los primeros establecimientos visitados de modo que recomenzó su ronda por el principio, hasta que los guardias y vigilantes de las compañías, que le conocían ya de vista, le despedían con amenazas en cuanto se presentaba. Entonces ya no le quedó más recurso que mezclarse todas las mañanas con la multitud de los que aguardaban a la puerta de las fábricas y mataderos: en primera fila, adoptando un aire de ánimo e impaciencia por trabajar; no valía para nada, de forma que se volvía a casa a entretenerse con la pequeña Kotrina y con su hijo.

Lo más amargo de todo esto era que Jurgis llegó a comprender y apreciar plenamente el significado de esto. Recién llegado a Packingtown, era un hombre fresco, robusto, y por ello encontró trabajó al primer día; pero ahora era un artículo usado —de deshecho, por así decirlo— que nadie quería. Los patronos se habían aprovechado de él, lo habían destruido con sus ritmos de trabajo y su falta de consideración y ahora lo tiraban a la calle. Al trabar conocimiento con otros muchachos de los que, como él, se hallaban en paro, Jurgis descubrió que habían pasado por las mismas circunstancias que había conocido él. Los empresarios los habían explotado, a todos. Había, por supuesto, algunos que procedían de otros lugares, que habían gastado su vigor en otros trabajos. Los había, también, que se hallaban sin trabajo por su propia culpa, por ejemplo, los que no podían resistir lo penoso de la labor sin abu-

sar de la bebida. Pero la inmensa mayoría eran piezas averiadas de la inexorable máquina, gastadas ya por el uso, que habían estado allí, funcionado en su puesto a un ritmo terrible, algunos durante diez, quince o veinte años, hasta que, finalmente, llegó el tiempo en que ya no podían seguir la vertiginosa marcha de los demás. A algunos les habían dicho con toda crudeza que ya eran demasiado viejos, que se necesitaban hombres más jóvenes, más frescos; otros habían dado motivo para ser despedidos por algún acto negligente o incompetencia. La mayor parte, sin embargo, habían perdido sus puestos por causas semejantes a las que habían privado a Jurgis del suyo: faltos de alimentación suficiente y rendidos por el trabajo una jornada tras otra, habían acabado por contraer alguna enfermedad, sufrido un envenenamiento de la sangre o algún otro accidente. Cuando, después de un percance semejante, un hombre regresaba a su lugar de trabajo, dependía por entero, para recuperar su plaza, de la gentileza del capataz. En eso no había excepciones, salvo cuando la empresa era responsable del accidente. En este caso, los patronos solían enviar a un abogado correoso para que se entrevistara con el obrero, quien procuraba convencerle de que renunciara a su demanda; si el obrero era listo y no se dejaba embaucar, se le prometía trabajo fijo para él y cualesquiera otros miembros de su familia con tal que suspendiera la presentación de su demanda. Esta promesa era cumplida con toda exactitud durante dos años, que es el límite fijado por la ley para las reclamaciones; pasado este tiempo, la víctima ya no podía llevar a los patronos ante los tribunales, y acababa en la calle.

Lo que sucediera después a un hombre que estaba en esta situación dependía enteramente de las circunstancias. Si era un obrero cualificado y de primera clase, probablemente había hecho algunos ahorros para poder resistir y tomar otros rumbos. Los mejores obreros ganaban un jornal de cinco a seis dólares por día en la temporada y de un dólar a dos fuera de ella. Con ese jornal un hombre podía vivir bien y economizar bastante, pero trabajadores de esa clase sólo se contaban seis u ocho en cada establecimiento y uno de

ellos, a quien Jurgis conocía, tenía a su cargo una prole de veintidós hijos, y todos pensaban seguir el mismo oficio que su padre. Para los obreros comunes, que ganaban diez dólares por semana, cuando apretaba el trabajo, y no más de cinco cuando decrecía, todo estaba en función del número y la edad de las personas que de él dependían. Pero sólo podía ahorrar el que era soltero o el que bebía y actuaba con egoísmo, esto es, no hacía nada por sus ancianos padres o por sus hermanos menores o por otros parientes necesitados que pudiera tener, ni le importaba la suerte del vecino que se muere de hambre, la de sus colegas del sindicato o la del compañero víctima de una desgracia.

CAPÍTULO XIII

Durante el tiempo en que Jurgis estaba buscando trabajo, sucedió la muerte de Kristoforas, uno de los hijos pequeños de Teta Elzbieta. Tanto Kristoforas como su hermano Juozapas eran inválidos, pues el segundo había perdido una pierna atropellado por un carro y Kristoforas tenía una dislocación congénita de la cadera que le impedía andar. Era el último de los hijos de Teta Elzbieta y acaso la naturaleza quiso mostrar a la madre, con el infortunio de aquel desgraciado, que ya no debía tener más. De todos modos, el muchacho era enteco y enfermizo; afectado de raquitismo, a los tres años no abultaba más que uno de uno. Kristoforas se pasaba todo el día arrastrándose por el suelo, metido en un vestido sucio, llorando, gritando, tosiendo y estornudando, porque el piso estaba siempre frío y expuesto a las corrientes de aire helado que penetraba por debajo de las puertas. El pobre niño era, por tanto, una molestia y un motivo de preocupación para toda la familia. Pero por eso mismo, la madre lo quería más que a todos y lo mimaba constantemente, dejando que hiciera cuanto le venía en gana y se echaba a llorar cuando veía que Jurgis se acaloraba con las molestias que causaba el pequeño.

Al final, el pobre se murió. Acaso fue por la salchicha que

había comido aquella mañana, fabricada tal vez con carne de algún cerdo tuberculoso rechazado para la exportación. Lo cierto es que, una hora después de haberla comido, el chico empezó a llorar, acometido de fuertes dolores y al cabo de otra hora rodaba por el suelo con violentas convulsiones. Su hermanita Kotrina, que estaba entonces sola con él, salió a la puerta para pedir socorro y al rato llegó un médico, pero ya después que el infortunado Kristoforas exhalara su último suspiro. Nadie se afligió verdaderamente por esta desgracia, a excepción de la pobre madre, que estaba destrozada. Jurgis manifestó que el niño habría de recibir un entierro de caridad, puesto que ellos no tenían dinero para pagarlo.

Poco faltó para que, al oír estas palabras perdiera el sentido la pobre mujer que, retorciéndose las manos, rompió a gritar llena de desesperación ¡Su hijo enterrado en la fosa común! ¡Y sus hijastras estaban presentes y lo oían sin rechistar! Aquello era bastante para hacer que el padre de Ona se levantara de su tumba y la maldijera. Si había llegado a tal extremo, mejor era que todos se dieran por vencidos y que los enterraran juntos.

Por último, Marija se ofreció a contribuir con diez dólares para los gasto y, como Jurgis permaneciera impasible, Elzbieta, llorando a lágrima viva, pidió un mes de anticipo en el lugar donde trabajaba. De este modo el pobre Kristoforas tuvo su misa y un coche fúnebre con penacho de pluma blanca y una diminuta tumba en el cementerio con una cruz de madera para marcar el sitio en donde reposaría para siempre. La madre tardó muchos meses en recobrarse del golpe; sólo con ver el suelo por donde el pobre chiquillo se arrastraba, rompía a llorar. ¡Pobre niño! —exclamaba—, ¡siempre había sido desgraciado! ¡Desde que nació no había hecho más que sufrir! ¡Tenía tan buen corazón! ¡Si ella hubiera podido acudir a tiempo lo habría llevado a aquel famoso doctor para que le curase la cojera! Porque alguien había dicho a Elzbieta tiempo atrás, que un multimillonario de Chicago, cuya ocupación no vamos a desvelar aquí y que respondía al nombre de Ogden Armour, había pagado una fortuna —el equivalente a los ingresos de toda la vida de varios

trabajadores como Jurgis— a un gran cirujano europeo para que acudiera a sanar a una hija suya del mismo defecto que Kristoforas padecía. Y como el cirujano necesitó niños en quienes experimentar el procedimiento que había de seguir, anunció que trataría gratis a los niños de los pobres, muestra de magnanimidad que todos los periódicos ponderaron en términos encomiásticos. Pero la pobre Elzbieta no leía los periódicos, ni hubo quien la avisara a tiempo. Y acaso fue mejor, porque ellos no tenían recursos ni para pagarse a diario el tranvía hasta la consulta del cirujano, ni tampoco había nadie en la familia con el tiempo disponible para acompañar al pequeño. Además, había diez veces más niños pobres que pedían pasar por las manos del cirujano que los que éste podía atender, de modo que la mayor parte se tuvo que quedar en casa y seguir tullida, ya que pertenecían a ese sector masivo de la población para el que no existen ni la medicina ni la cirugía. Es evidente que, para los médicos, este sector esta desahuciado, ya que por sus modos de vida generan enfermedades diez veces más rápido de lo que ellos pueden curarlas. Además, no puede ser voluntad del Todopoderoso que la ciencia de la curación se aplique también a seres humanos que habitan casas sin ventilar y llenas de suciedad, cuyos trabajos son extenuantes y peligrosos, que comen mal y se abrigan peor; en otras palabras, que no son seres humanos, sino partes de una máquina que genera riqueza y bienestar.

Durante el tiempo que Jurgis estuvo buscando trabajo, una sombra negra se cernía sobre él, como si una fiera estuviera acechándole en el camino de su vida y él lo supiese, y sin embargo, no pudiera evitar aproximarse al sitio de la emboscada. Hay gradaciones entre los que en Packingtown se encuentran sin trabajo y Jurgis temblaba ante la perspectiva de verse en el más bajo de los niveles. Porque sólo existe un destino al hombre que ha caído en lo mas bajo: la fábrica de abonos.

Las gentes hablaban acerca de ella con horror y con misterio. En realidad, ni un diez por ciento de los obreros habían llegado a conocerla; el noventa por ciento restante se contentaba con escuchar lo

que los demás decían acerca de aquel lugar espantoso o, a lo sumo, con echar una ojeada al interior desde sus puertas. Hay cosas que son todavía peores que morir de hambre. Sus compañeros de infortunio preguntaban a Jurgis si había llegado ya a trabajar en la fábrica de abonos o si pretendía hacerlo y él discutía el problema consigo mismo. Estando tan necesitados como estaban y haciendo la familia los sacrificios que hacía, ¿se iba a atrever a rehusar cualquier clase de trabajo que se le ofreciera, por horrible que fuese? ¿Podría ir a casa y comer el pan ganado por Ona, débil y enferma como estaba, sabiendo que, existiendo aún una posibilidad de encontrar trabajo, había carecido de valor para aprovecharla? Así discurría Jurgis, y así batallaba consigo mismo día y noche; y, sin embargo, una sola ojeada a la fábrica de abonos bastó para hacerle retroceder espantado. Iba allí a diario, como un prisionero al paredón. No obstante, considerando que era un hombre y que debía cumplir su obligación, se presentó en la fábrica en busca de trabajo. Si bien en lo más íntimo de su ser no dejaba de anhelar que su solicitud fuera rechazada, sabía que la oportunidad de conseguir trabajo allí es mayor que en el resto de los mataderos.

La fábrica de abonos de Anderson se hallaba al sur, apartada del resto de las dependencias de la compañía. Muy pocas personas la visitaban y las que se decidían a hacerlo salían de allí con el mismo aspecto que Dante, de quien los campesinos paisanos suyos decían que había estado en el infierno. En efecto allí iban a parar todos los residuos, desperdicios y basuras de los mataderos; allí se desecaban los huesos, y en sótanos donde la luz del día nunca llegaba a penetrar, se encontraban hombres, mujeres y chiquillos en medio de una atmósfera sofocante, al lado de máquinas que giraban a una rapidez vertiginosa, serrando huesos para obtener fragmentos de todas formas y dimensiones. Los pulmones se impregnaban de un polvo finísimo, que condenaba a todos, sin excepción, a morir al cabo de un plazo tan breve como seguro. Allí se preparaba la albúmina extrayéndola de la sangre y productos malolientes se convertían en otros que olían peor todavía. En los sótanos y caver-

nas donde se llevaban a cabo estos trabajos un visitante podía extraviarse como en las inmensas grutas de Kentucky. En medio del polvo y del vapor que llenaba aquella atmósfera, las luces eléctricas brillaban como estrellas lejanas, lanzando destellos rojos o azules, verdes o violados, según el color de la neblina que flotaba en torno a las lámparas. Para los olores que se desprenden en estos lugares infernales podrá haber nombres en lituano, pero el inglés no los tiene. Antes de penetrar en un antro semejante, un hombre necesitaba el mismo coraje que para sumergirse de un salto en un baño de agua muy fría. Una vez dentro, el visitante marchaba como un hombre que nadara bajo el agua. Se cubriría con el pañuelo boca y narices, y empezaría a toser y a sofocarse; y si, a pesar de todo, se obstinaba en su propósito de recorrer todo el establecimiento, notaría que su cabeza empezaba a vacilar, que las arterias de las sienes latían con violencia, hasta que, al fin, acometido por una insoportable ventisca de humos de amoniaco, no podía resistir más y tenía que precipitarse al exterior para salvar su vida.

Sobre los sótanos se encontraban las naves donde se desecaban los residuos de los hervideros: la masa parda y amorfa que daba después de haber extraído la grasa de todas las piltrafas y desperdicios que salían de la preparación de la carne. Todo este material, tras secarse, se convertía, por medio de máquinas apropiadas, en un polvo finísimo que se mezclaba íntimamente con el obtenido de una piedra misteriosa, pero inofensiva, también de color pardo, que se transportaba al establecimiento con centenares de carros. La mezcla resultante se ponía en sacos para su exportación, como un fosfato más. Luego el granjero de Maine, de California o de Texas, compra este producto a veinticinco dólares la tonelada, por ejemplo, y lo disemina sobre sus cereales; y ocurre entonces que, por varios días después de la operación, los campos así abonados desprenden un olor desagradable y fortísimo y el labrador, los carros, y hasta las caballerías, que han servido para transportar el producto, hieden de la misma manera. La siguiente temporada de siembra, el labrador tendrá en cuenta este asunto y tratará de imaginarse cómo será el

olor si, en lugar de echar una tonelada en varios acres a cielo abierto, se encontrara con miles y miles de toneladas en una nave cerrada, apiladas en montes que se levantan varias pulgadas por encima del suelo y cubriendo el aire con un polvo que produce ahogo y que ciega en cuanto se levanta una mínima corriente de aire.

Ésta era la nave a la que se encaminaba Jurgis un día tras otro, como arrastrado por una mano invisible. Todo el mes de mayo había sido excepcionalmente fresco y Jurgis vio cumplidas sus secretas esperanzas de no hallar empleo en aquel lugar. Pero a principios de Junio sobrevino un período de calor extremo a cuyo paso surgieron varias vacantes en la fábrica de abonos, de modo que "no había excusa para seguir en la inactividad", para usar una frase común en Packingtown. Había necesidad de mano de obra en la fábrica de fertilizantes.

El capataz de la nave ya conocía de vista a Jurgis por aquel tiempo y había reparado en él como posible candidato; de modo que, cuando se presentó ante las puertas de la fábrica hacia las dos de la tarde de uno de aquellos días de calor sofocante, un estremecimiento de angustia sacudió todo su cuerpo al ver que el capataz le hacía una seña. A los diez minutos, Jurgis se había quitado ya chaqueta y camisa y, apretando los dientes, se enfrentó a lo que le aguardaba, resuelto a superar aquella nueva y dura prueba.

Su labor era, sin embargo, bien sencilla. No tardó más de un minuto en aprenderla. Delante de él se encontraba una de las puertas de vertido del establecimiento, a través de la cual el abono ya preparado, caía al exterior, en pardos torrentes que levantaban al fluir, densas nubes de un polvo superfino. La misión de Jurgis y otra media docena de obreros era, provistos de palas, recoger el material y llenar con él las vagonetas. Que junto a él había otros hombres ocupados en el mismo trabajo lo deducía por el ruido de sus palas o porque de vez en cuando se tropezaban unos con otros; de no ser por esto, se hubiera creído completamente solo, pues en medio de tales torbellinos de polvo no podía distinguir a otro a dos pasos de distancia. Cuando una vagoneta se llenaba, tenía que buscar a

tientas la siguiente o esperar, perdidos en la bruma, a que llegase. Por supuesto a los cinco minutos Jurgis se encontró cubierto de fertilizante de pies a cabeza. Le habían dado una esponja para que, convenientemente atada, le cubriera la boca y pudiera respirar; pero la esponja no impedía que labio, párpados y oídos, se empastasen de una mezcla de abono y sudor. Cobró, al fin, el aspecto de un espectro marrón, puesto que, desde los zapatos hasta el pelo, todo él presentaba el mismo color que el edificio y todos los objetos circundantes en más de cien yardas a la redonda. La fábrica tenía que tener abiertas las puertas y ventanas durante todo el tiempo y por eso, cuando soplaba el viento, Anderson y Cía. perdía gran cantidad de abono en polvo. Sin duda ya lo habían tenido en cuenta y también que iban a perder más dinero en pagas extra que el que iban a ganar con el fertilizante que se perdía, de modo que todo estaba ajustado. No obstante era muy difícil que los empleados aguantaran —no los trabajadores que de esos había a montones—, sino los capataces y encargados. En noviembre de 1900 durante una semana tuvieron empleados a ciento veintiséis trabajadores y al poco sólo quedaban seis hombres capaces de continuar.

Jurgis podía controlar el asco que le daba el olor del fertilizante, pero no podía evitar que su cuerpo se rebelara. Trabajando en mangas de camisa, y con el termómetro a treinta y ocho grados, los fosfatos penetraban a través de todos los poros de su piel, de tal forma que a los cinco minutos le invadió un terrible dolor de cabeza y a los quince se encontraba casi desvanecido. La sangre le afluía al cerebro como el agua a los hervideros de una caldera; sentía un dolor intolerable en la parte superior del cráneo y apenas podía manejar sus manos. Sin embargo, acordándose de sus cuatro meses de asediado enclaustramiento, renovó con denuedo sus esfuerzos y siguió trabajando; pero, media hora más tarde, empezó a vomitar y lo hizo hasta que le pareció que estaba arrojando sus propias entrañas. El capataz le había dicho que un hombre podía habituarse al trabajo de la fábrica con sólo poner en ello verdadero empeño, pero pronto Jurgis se dio cuenta que el problema no era cuestión de voluntad, sino de estómago.

Al fin de aquel día horrible, apenas podía tenerse en pie. Obligado a sobreponerse a cada paso, no hubiera llegado a casa de no detenerse aquí y allá para apoyarse en las paredes de los edificios hasta recuperar la orientación

Al concluir la Jornada, la mayor parte de los obreros que trabajaban en aquel infierno se iban derechos a la taberna, como si en el matarratas de aguardiente viesen el mejor antídoto contra el abono. Pero Jurgis, demasiado indispuesto para pensar en bebidas de ninguna clase, empleó las fuerzas que le quedaban en arrastrarse hasta la parada del tranvía. Jurgis tenía cierto sentido del humor y, con el tiempo, al ganar veteranía en su nuevo trabajo, encontraba cierto placer en abordar los tranvías por las reacciones que provocaba. Al principio, sin embargo, era demasiado su propio malestar para advertir el que suscitaba a su alrededor en el resto de los viajeros que comenzaban a sofocarse y a toser, a protegerse la nariz con el pañuelo y a lanzarle, todos, miradas furibundas. Lo único que notó Jurgis fue que un hombre, sentado enfrente de él, se levantó inmediatamente y le dejó su sitio; que medio minuto después, las dos personas que iban sentadas a su lado se levantaron también y se marcharon; y que, en poco más de un minuto, el coche, que rebosaba gente, quedó casi vacío, pues los pasajeros que no hallaban sitio en la plataforma optaron por bajar y continuar a pie su camino. Por supuesto, a los pocos minutos de entrar Jurgis en su casa, ésta quedó convertida a su vez en una pequeña fábrica fosforera, porque Jurgis llevaba sobre sí una capa de fertilizante de media pulgada de espesor que había impregnado no sólo su piel, sino hasta lo más profundo de su organismo de tal forma que una semana de raspado y lavado no hubiera sido suficiente para eliminarlo sin recurrir además a una tanda de vigoroso ejercicio. Tal como estaba, no podía compararse a ninguna cosa conocida de las gentes, como no fuera a esa substancia que constituye el reciente descubrimiento científico, el radio que emite energía indefinidamente sin que por eso se note en él disminución de masa ni de fuerza. Como Jurgis; él olía y hacía que oliera todo cuanto tocaba y hasta comunicaba el olor a los ali-

mentos que se servían a la mesa, haciendo que la familia vomitase en cuanto se llevaba algo a la boca. Él mismo, durante tres días, no pudo soportar nada en su estómago. ¿De qué le servía lavarse las manos y la cara y usar tenedor y cuchillo para todo, si tenía la boca y la garganta impregnadas de veneno?

Mas, a pesar de todo, Jurgis resistió y se mantuvo firme. No obstante los terribles dolores de cabeza, volvió a la fábrica, ocupó su puesto y continuó trabajando con la pala en medio de las cegadoras nubes de polvo. De esta manera, al final de la semana ya se había convertido, para el resto de su vida, en uno más de los operarios de la fosforera. Ya pudo comer y, aunque el dolor de cabeza no se le quitó nunca por completo, al menos no era intolerable y le permitía trabajar. Todos los hombres que trabajaban en la fábrica de fertilizantes estaban expuestos a una muerte lenta, pero en la medida en que el proceso era lento, no les preocupaba en exceso: afuera y sin trabajo se moría más deprisa.

Así transcurrió otro verano. Fue una temporada de prosperidad en todo el país; por todas partes se consumieron copiosamente los productos de Packingtown y, por consiguiente, hubo también trabajo en abundancia para toda la familia, a pesar de los esfuerzos de los patronos, que tenían exceso de mano de obra. De este modo, Jurgis y los suyos se encontraron en situación de pagar sus deudas y de empezar a ahorrar. Pero había algunos sacrificios que consideraban excesivos para prolongarlos por más tiempo: uno de ellos que la casa estuviera tan desprovista y que Teta Elzbieta tuviera que trabajar de cocinera; el otro, que los muchachos tuvieran que vender periódicos siendo todavía de tan pequeños. Era absolutamente inútil aconsejarles o reprenderles. Insensiblemente y sin advertirlo ellos mismos, iban adquiriendo el tono y las costumbres del medio en que se encontraban, de modo que se estaban endureciendo y haciéndose menos obedientes.

Aprendieron a insultar en inglés de mil maneras, a recoger del suelo colillas que luego se fumaban, a pasar las horas jugando a las chapas y a los dados; sabían dónde estaban las casas de mala

nota del distrito de los muelles y los nombres de las mujeres que los dirigían y los días que ellas se daban grandes banquetes, a los que asistían los jefes de la policía y los altos cargos políticos. Si un forastero les preguntaba, podían enseñarle cuál era la famosa taberna Hinkydink e incluso darle los nombres de los tahúres y maleantes de toda clase que tenían aquel garito por cuartel general. Y peor que todo esto, los dos chicos empezaron a contraer el hábito de no volver a casa por la noche. ¿Para qué —solían preguntarse— perder tiempo, energías y, acaso, el importe del desplazamiento para ir todas las noches a su casa, cuando el tiempo estaba tan hermoso y podían dormir no menos bien debajo de un coche o en el quicio de una puerta? Siempre que llevaran dinero a casa, a razón de medio dólar por día, ¿qué importaba cuándo y cómo lo entregasen? Pero Jurgis declaró que de esto a no volver más al hogar no habría más que un paso. Por eso se decidió que, al llegar el otoño, Vilimui, Nikalojus y la pequeña Kotrina volvieran a la escuela y que Elzbieta regresara a las labores de casa.

En septiembre la familia estaba otra vez viviendo de los salarios de Jurgis y Ona y de lo que pagaba Marija de renta, cuando, de repente, y sin media hora siquiera de cortesía, Ona perdió su puesto de trabajo en Smith's.

Es fácil de explicar, muy fácil realmente. Ona había estado trabajando en el empaquetado de jamones durante dos años y cada día había estado esperando que sucediera esto: que se presentara la encargada para decirle que ya no necesitaban más sus servicios. Ona se quedó callada, pálida, contuvo la respiración dos o tres veces y luego intentó balbucear una pregunta: qué había hecho.

—Nada en particular— fue la fría respuesta de la encargada. No se te necesita más.

Le pagarían el tiempo que le debían. Ona recogió sus cosas, salió a la calle y se sentó en las escaleras, llorando hasta romperse el corazón.

Al día siguiente, Jadwiga Marciukus le contó que la encargada había puesto en su lugar a una de las chicas del burdel. Eso

pasaba tan a menudo que no suponía ninguna sorpresa; aunque era tremendamente injusto, no había nada que hacer. No había superior a que remitir protestas, el superintendente era cómplice y amante de la encargada y en el tiempo que había pasado en ese trabajo la voluntad de ambos se convertía en la ley que había que acatar: pedir o buscar una instancia superior sería visto como una impertinencia punible. En Packingtown la disciplina funcionaba al modo militar: cada oficial está al mando de su unidad y rinde cuentas solamente ante su superior inmediato, siendo, además, responsable de los resultados obtenidos. El departamento de empaquetado de jamones estaba compitiendo con el resto de departamentos de empaquetado de jamones de los mataderos. Cada semana se enviaban los resultados y los directivos los analizaban. Los ingenuos seguirán pensando que los atareados hombres de negocios se reúnen a discutir de qué modo pueden hacer que sus empleados trabajen con mayor motivación o cómo obrar de la manera más gentil con los que se han ganado su confianza tras mucho tiempo: no es así, de lo que tratan es acerca de quién es el que ha empaquetado más jamones.

Así las cosas, la familia se vio sometida a un nuevo asedio. Era más fácil que una mujer consiguiera trabajo en los mataderos a que lo hiciera un hombre: además, la introducción de nueva maquinaria y el perfeccionamiento de los procesos productivos hacía que los hombres tuvieran que dejar paso a las mujeres y a los niños. Ona, no obstante, no era una mujer corriente. No podía esperar el éxito del que había gozado Marija, por ejemplo, que era capaz de asumir el trabajo de un hombre e incluso un poco más. La ansiedad que flotaba en el ambiente dio paso a la maravillosa sorpresa el día en que una de las antiguas compañeras de Ona vino a contarle que quizá pudiera entrar en el departamento de salchichas. Era extraño, porque precisamente la que había venido a contárselo había sido una muy afín a la encargada, así como una visitante habitual de la "casa" del centro: la última persona de la que Ona hubiera esperado un favor. Al principio pensó que debía ser una broma cruel y esa impresión se corroboró cuando entró en el departamento de salchichas

y se encontró con el jefe, un rufián irlandés de rostro rubicundo al que había visto en compañía de la "encargada" en alguna ocasión. Mas el hombre, después de hacerle unas preguntas, le dijo que le podría dar una oportunidad y añadió que, si hacía bien el trabajo, podría incluso ganar algo más de dinero que en el departamento en el que había estado.

Ona se convirtió en la esclava de una máquina de hacer salchichas. Encontró muy duro el cambio aun ganando más dinero, pues, mientras que envolviendo jamones podía sentarse, ahora tenía que estar de pie derecha desde las siete de la mañana hasta el mediodía y desde la una hasta las seis de la tarde. Durante los primeros días pensó que no podría resistirlo; en realidad, sufrió casi tanto como Jurgis antes de habituarse a la fábrica de abonos, y volvía todas las tardes con la cabeza hendida de dolor. EL trabajo, además, se desarrollaba en un local oscuro, iluminado todo el día con luz eléctrica, y en medio de una humedad horrible, pues había charcos de agua por todas partes y, en el ambiente, un olor a carne enmohecida que trastornaba. Los que trabajaban allí se iban acomodando sin remedio a esa norma de la naturaleza, que hace que las hojas muertas en otoño aparezcan pardas, así como la nieve en el invierno, y que el camaleón sea negro, cuando reposa sobre el tronco de un árbol, y verde cuando se mueve sobre las hojas. Así, los hombres y mujeres que trabajaban en aquel departamento eran, precisamente, del color de los embutidos frescos camperos que allí se fabricaban.

La nave salchichera era un lugar digno de ser visitado… por dos o tres minutos, se entiende, y procurando no mirar a los que allí trabajan. Las máquinas eran acaso lo más maravilloso de todo el establecimiento. Seguramente, en un principio, todas las operaciones para la preparación de los embutidos se hacían a mano, de modo que hubiera sido interesante averiguar cuántos obreros se habían quedado sin trabajo por la introducción del nuevo invento. A un lado del local se encontraban las tolvas, en las cuales un equipo de operarios vertía a paletadas enormes masas de carne y volcaban especias por carretillas. En la parte inferior de estas grandes tolvas

se encontraban unos depósitos provistos de cuchillas que giraban a dos mil revoluciones por minuto. Cuando la carne había quedado bien picada y, una vez adulterada con harina de patata y mezclada con agua, pasaba automáticamente a las máquinas de embutir, que se encontraban al otro lado del local. Estas últimas eran atendidas por mujeres. Allí se veía una especie de boquilla semejante al extremo metálico de una manga de riego.

Entonces una de las mujeres tomaba una tripa ya preparada y la adaptaba por su extremo abierto a la boquilla, que penetraba en la tripa como un dedo en un guante estrecho. La tripa, que así se rellenaba, tenía de seis a nueve yardas de longitud, pero la obrera conseguía acomodarla en un santiamén y, cuando ya tenía varias dispuestas en otras tantas embocaduras, activaba una palanca y entonces una corriente de mezcla para embutidos brotaba de las boquillas e iba penetrando en la cubierta y empujándola hacia fuera. De este modo el visitante veía aparecer, como milagrosamente nacida de la máquina, una espiral de embutido de una longitud increíble. Enfrente había un recipiente metálico que recibía aquellas espirales y otras dos mujeres las iban recogiendo conforme aparecían, retorciéndolas de trecho en trecho, como si hicieran eslabones de una cadena. Este trabajo parecía muy sencillo al profano, que veía cómo las obreras lo realizaban con un simple movimiento de muñeca, pero, en lugar de resultar cada espiral una prolongada cadena de salchichas, quedaba una especie de manojo en el que las distintas porciones de embutidos, a modo de eslabones, pendían todas de un centro común. Era éste un trabajo semejante al de un prestidigitador porque, en realidad, las obreras maniobraban tan deprisa que la vista no podía seguir sus movimientos, de los que apenas se percibía el espectro conforme iban apareciendo, uno tras otro, los manojos de embutidos. Sin embargo, a poco que el visitante se fijara, podría advertir la tensión que denotaban las caras de las obreras, con dos profundas arrugas siempre marcadas en la frente y una palidez extraordinaria en sus mejillas. Entonces el visitante reaccionaba y decidía que era tiempo de continuar su paseo. Las

obreras, en cambio, no podían imitarle: ellas permanecían allí hora tras hora, día tras día, año tras año, retorciendo embutidos y echándole una carrera a la muerte. Esta labor se pagaba a destajo y las obreras que la realizaban solían tener toda una familia a su cargo; pero leyes duras e inflexibles habían determinado que no pudiera hacerse de otro modo más que poniendo en ella toda el alma y sin permitirse un instante de distracción, ni aun para echar una mirada a las damas elegantes y a los distinguidos caballeros que acudían a verlas trabajar, mostrando la misma curiosidad que se dedica a un animal raro en un parque zoológico.

CAPÍTULO XlV

Con un miembro de la familia preparando carne de res para la fabricación de conservas y otro trabajando en la manufactura de salchichas, nuestra familia tuvo un conocimiento directo de las tretas y engaños de Packingtown. Así descubrieron, en efecto, que no había carne, por malo que fuera su estado, que no pudiera emplearse, ya para enlatarla, ya para picarla y convertirla en salchichas. Con lo que les había referido Jonas cuando trabajaba en los establecimientos de salado y adobo de carnes, conocía ya en toda su extensión los misterios de la industria de la carne y apreciaban ya la triste y verdadera significación de aquella broma de Packingtown: "Aquí del cerdo se aprovecha todo, menos los gruñidos".

Jonas les había contado también que, a veces, al sacarla de los tanques donde se adobaba, la carne estaba en estado de descomposición y les explicaba de cómo, entonces, la frotaban con sosa para quitarle el mal olor y la vendían a esas mismas tabernas donde se da un plato gratis con sólo pagar la bebida. También les refirió todos los milagros que allí se realizaban merced a la química, dando a toda clase de carne, fresca o salada, en grandes trozos o picada, el color, sabor y aroma deseados. Para el adobo de los jamones de disponía de un ingenioso aparato, por medio del cual se economizaba

mucho tiempo y se aumentaba la capacidad productiva. El aparato consistía en un aguja hueca comunicada con una bomba de aire. Se introducía la aguja dentro de la carne y se hacía funcionar la bomba con el pie: un obrero podía así impregnar un jamón con los materiales necesarios para su adobo en pocos segundos. A pesar de esto, se encontraban algunos jamones en tan mal estado y con un olor tan fétido, que era imposible permanecer en la nave. Para estos jamones, en concreto, la bomba estaba cargada de sustancias químicas muy fuertes que destruían en seguida el olor de la carne corrompida. El empleo de esta segunda bomba era conocido entre los obreros como "dar a los jamones un treinta por ciento". Algunos de los jamones ahumados también se echaban a perder. En un principio, estos jamones se vendían con la denominación de "grado tres" pero posteriormente, algún ingenio descubrió un nuevo procedimiento consistente en extraer el hueso, alrededor del cual suele hallarse la parte más dañada, e introducir en el hueco un hierro candente. Después de esta invención, ya no hubo mas Grados Uno, Dos y Tres, sino solamente "Grado Uno".

Cuando el jamón ya estaba tratado era cuando llegaba al departamento de Ona. Allí lo cortaban unas cuchillas que iban a dos mil revoluciones por minuto y lo mezclaban con media tonelada de una carne distinta, de modo que desaparecía el olor y cualquier particularidad que diferenciara esta carne. Si la gente comía esa salchicha y moría de tuberculosis, los empresarios no llegarían siquiera a enterarse. Nunca se atendía a la carne que se cortaba para salchichas. Las salchichas que se importaban de Europa y que habían sido rechazadas allí, ya mohosas y blancas, se las trataba con bórax y glicerina, se volcaban en las tolvas y se procesaban de nuevo para consumo alimenticio. También se aprovechaba la carne que andaba tirada por el suelo, en la suciedad y el serrín, donde los obreros pisaban y escupían millones de gérmenes. Había, también, carne apilada en montones, sobre la que goteaba el agua que rezumaba de los techos y corrían las ratas por millares. La oscuridad que reinaba en aquellos antros impedía ver a dos pasos de distancia, pero un

obrero que pasase la mano por estos montones de carne encontraba siempre la masa cubierta de excrementos secos de los roedores. Las ratas, en efecto, constituían una verdadera plaga que los patronos intentaban exterminar dejando pan envenenado en los almacenes. Así, las ratas morían a centenares y, después, estas, el pan, el veneno y la carne iba todo junto a las tolvas de trituración. Y esto no es broma. La carne se cargaba en vagonetas por paletadas y los obreros no se tomaban la molestia de apartar una rata cuando veían el cadáver del animal revuelto con la carne. Después de todo, comparada con muchas de las cosas que entraban en los embutidos, una rata envenenada era un lujo. En el taller no había sitio alguno donde los trabajadores pudieran lavarse las manos antes de almorzar, de modo que los obreros habían tomado la costumbre de usar para ello el agua que se empleaba en la confección de los embutidos; eso sin hablar de las sobras y residuos de todas clases que, procedentes de cualquier rincón de los mataderos, se guardaban en los sótanos en viejos toneles esperando el momento de utilizarlos. Bajo el sistema de rígida economía que los patronos tenían establecido, algunos trabajos, como el de limpiar las cubas de los despojos, se realizaban sólo muy de tarde en tarde. Se solía hacer limpieza cada primavera y en las tubas se encontraba entonces toda clase de roña, óxido, agua corrompida y hasta clavos viejos. Pues bien; con todo esto se cargaban carretillas y más carretillas que se vaciaban en las tolvas, donde, mezclada con carne fresca, se convertía en embutidos que luego servirían de desayuno al público de la ciudad. Algunas veces, todo este material se destinaba a la preparación de embutidos "ahumados", pero como esto exigía tiempo y, además era costoso, se trasladaba el producto al departamento químico, donde se conservaba en bórax y se le oscurecía con gelatina. En rigor, todos los embutidos procedían de la misma pasta; pero, al hacer el empaquetado, algunos de ellos recibían una etiqueta con la mención «especial», y se vendían con un recargo de dos centavos por libra.

Así era el nuevo lugar en el que trabajaba Ona y la clase de tarea que estaba obligada a ejecutar. Era una labor penosa y embrute-

cedora. La mujer formaba parte de la maquina que atendía, y todas las facultades no necesarias para este trabajo quedaban condenadas a atrofiarse, a desaparecer. Una sola merced había que agradecer a esta cruel ocupación, y era que dotaba a Ona del don de la insensibilidad. Poco a poco se iba haciendo más callada, más indiferente a todo lo que la rodeaba. Ordinariamente, después del trabajo, iba a encontrarse con Jurgis y, a pie, los dos regresaban juntos a casa, por lo general sin decirse una palabra; también Ona fue cayendo en la costumbre de permanecer silenciosa, ella, que antes iba siempre de un lado a otro cantando como un pájaro. Ahora, enferma, triste y decaída, apenas podía reunir fuerzas para llegar hasta la casa. Una vez allí, comían lo que no tenían más remedio que comer y, después, como no tenían sino pesares y desdichas que contarse, se arrojaban sobre el lecho y caían rendidos por la fatiga y el aturdimiento, no dando señales de vida hasta la hora de levantarse de nuevo para, después de vestirse y asearse a la luz de una vela, marchar al trabajo a formar parte de la máquina. Eran ya tan insensibles a todo, que ni sentían el hambre, solamente se quejaban los chicos cuando la comida escaseaba.

Sin embargo, sus espíritus no habían muerto, solamente estaban dormidos. De cuando en cuando despertaban y entonces pasaban ratos muy amargos. Las puertas de la memoria se abrían para ellos: antiguas alegrías les tendían los brazos, antiguas esperanzas e ilusiones los llamaban y entonces era cuando conocían en toda su extensión la carga que tenían encima y sentían su peso abrumador, tanto que, sin siquiera ánimo para quejarse, se veían presos de una angustia peor que la de la misma muerte. Era una sensación de la que difícilmente se podía hablar, una sensación de la que nunca habla el que no quiere reconocer su derrota.

Ellos habían sido vencidos: perdida la batalla, habían sido barridos. La derrota no era menos trágica por haber sido tan sórdida, por relacionarse con cosas tan prosaicas como sus pagos, las facturas del tendero y las mensualidades de la casa. Habían soñado con ser libres, con la ocasión de beneficiarse de su entorno y

aprender algunas cosas; con poder estar limpios y disfrutar de un modesto bienestar; con ver a los pequeños crecer sanos y fuertes. Pero todas estas ilusiones quedaban muertas para siempre. Todo esá se había esfumado. Habían jugado y habían perdido. Seis años más de trabajo incesante, de fatiga y angustia continuas era lo que tenían por delante antes de que pudieran esperar el menor respiro; antes de ver satisfechos todos los pagos de la casa; y bien clara veían, con certeza cruel, que no podrían resistir seis años más de la vida que llevaban. Estaban vencidos, cada vez más abatidos y no veían salida a su situación, ni esperanza que los alentase. Porque toda la ayuda que podían esperar de la ciudad inmensa donde vivían era la misma que la que puede encontrar un náufrago en medio del océano o un viajero en las soledades del desierto: una tumba. Muy a menudo acudían estos pensamientos a la mente de Ona cuando, por cualquier circunstancia, se despertaba en medio de la noche. Entonces se arrebujaba en el lecho y permanecía completamente inmóvil, con miedo hasta de los latidos de su corazón y aterrada ante la sanguinaria mirada del espectro que amenazaba su vida. Dominada por esa angustia, una vez, al principio, Ona prorrumpió en sollozos que despertaron a Jurgis; él, rendido de fatiga, se enfadó y Ona aprendió a sufrir y llorar en silencio. Ya no sentían, como antes, al unísono. Era como si sus esperanzas hubieran quedado enterradas en fosas distintas.

Jurgis, como hombre, tenía también sus propias cuitas. También él se debatía ante otro espectro que le amenazaba. Nunca había hablado de ello ni hubiera consentido alusión alguna al respecto; en rigor, ni el mismo Jurgis quería darse cuenta de la existencia del terrible enemigo. Y, sin embargo, la lucha contra éste gastaba todas sus reservas de vigor y energía, y acaso más. Jurgis había caído víctima del alcohol. Había estado trabajando en las propias entrañas del infierno día tras día, semana tras semana, hasta que no hubo parte alguna de su cuerpo que funcionase sin sufrimiento, hasta que sus oídos comenzaron a zumbar día y noche, como un eterno oleaje, mientras que, al regresar del trabajo cotidiano, hasta

los edificios bailaban ante su vista y parecían desplazarse a su paso. Y para todo este interminable horror había un alivio y una forma de evasión: la bebida. Así podía olvidar sus sufrimientos, librarse de su pesada carga; podía verse dueño de su cerebro, de sus pensamientos, de su voluntad: ver claro alrededor de sí. Su espíritu muerto revivía entonces, y podía reír y bromear con sus compañeros; volvía a ser hombre y dueño de su vida.

No era fácil para Jurgis beber más de dos a tres copas de una vez. Con la primera solía tomar gratis algo de comer, y juzgaba que esto era, después de todo, económico. Con el segundo vaso podía tomar una nueva ración de alimentos. Pero llegaba un momento en que, incapaz de comer más, pagar por la bebida representaba un derroche, un desafío a los instintos desdichados de una clase presa del hambre. Un día, sin embargo, no pudo contenerse y bebió hasta donde le alcanzó cuanto llevaba en el bolsillo, y volvió a su casa "medio cocido", como suele decirse. Se sintió, entonces, más dichoso que lo que había estado en todo el año pero, al mismo tiempo, sabiendo que aquella felicidad era pasajera, se llenó de furia contra todos los que buscaban disiparla, contra el mundo entero y contra sí mismo. Bajo todo ello, subyacía, además, el disgusto y la vergüenza que él mismo se inspiraba. Después, cuando vio la pena inmensa de su familia y al reparar en el dinero que había derrochado, las lágrimas acudieron a sus ojos y comenzó la tremenda lucha con el fantasma.

Era ésta una lucha sin término y que uno no podía dominar, pero Jurgis no podía ver esto claramente, porque era poco el tiempo de que disponía para reflexionar, ya que vivía enteramente en el presente. Lo único que notaba era que siempre estaba batallando contra el enemigo. Sumido como estaba en la desesperación y en el abatimiento, el mero hecho de andar por la calle le abocaba a la tentación. Siempre había una taberna en la esquina; acaso cuatro en una encrucijada, algunas otras en medio de la manzana y cada una de ellas le tendía la mano; cada una de ellas tenía su propio carácter y un atractivo particular que la distinguía de las otras. Al ir al traba-

jo y al volver de él, antes de amanecer y después del ocaso, allí había una atmósfera cálida y acogedora, una luz espléndida, una comida caliente y acaso música; una cara amiga o una frase alegre y afectuosa que escuchar. Ante ello, Jurgis comenzó a buscar a la salida de la compañía a Ona, cuyo brazo estrechaba con fuerza mientras avivaba el paso al cruzar ante aquellos lugares. Hubiera sido terrible —pensaba Jurgis— que Ona llegase a conocer su debilidad, el sólo pensarlo le enfurecía. Ella, que en su vida había probado las bebidas alcohólicas, no hubiera sabido comprender lo irresistible de la tentación. Algunas veces, sin embargo, en sus horas de desesperanza, Jurgis hubiera deseado que Ona conociera la bebida y, así, él no tendría que avergonzarse ante su mujer. Entonces podrían beber juntos y librarse de los horrores de la vida, aunque sólo fuera por cortos instantes, sucediera lo que sucediese.

De este modo llegó un tiempo en que casi toda la vida consciente de Jurgis se gastaba en su lucha contra la bebida. A veces, no podía ser peor su talante. En esas ocasiones llegaba a odiar a Ona y a toda la familia por interponerse en su camino. Entonces se persuadía de que había sido un tonto por casarse, porque de este modo se había atado de pies y manos, se había hecho esclavo. Si algo le obligaba a permanecer en los mataderos era, precisamente, su condición de casado, pues si no hubiera sido por ello, habría buscado, imitando a Jonas, otros horizontes y hubiera mandado al infierno a todos los empresarios. En la fábrica de abonos había, en efecto, muy pocos hombres solteros trabajando y esos pocos estaban allí temporalmente, acechando la primera oportunidad para largarse. Entretanto, ellos siempre tenían algo en que pensar, aunque sólo fuera en la última vez que se habían emborrachado, mientras se recreaban en la esperanza de volver a emborracharse otra vez. De Jurgis, en cambio, se esperaba que llevara a su casa hasta el último centavo de lo que ganaba; no debía acompañar a sus camaradas durante el descanso del mediodía, sino sentarse en un rincón de la fábrica y despachar su almuerzo sobre un montón de polvo fertilizante.

Por supuesto, no siempre era éste su estado de animo; Jurgis continuaba amando a su familia. Pero en aquellos mementos estaba atravesando un periodo de crisis. El pobrecillo Antanas, por ejemplo, que nunca había dejado de conquistarle con sus sonrisas, ya no sonreía, cubierto todo él, como estaba, por granos rojos. El pobre niño, en su primer año, había sufrido todas las enfermedades que afectan a los pequeños, como escarlatina, anginas, fiebres y tosferina. Ahora pasaba el sarampión. No tenía nadie que le cuidase, a excepción de Katrina, ni habían llamado al médico, porque la familia andaba siempre falta de recursos; además, los niños no mueren de sarampión, por lo menos son pocos los casos. De cuando en cuando, Katrina encontraba un poco de tiempo para atender a su llanto, pero la mayor parte del día había que dejarlo solo y sujeto en su camita, porque el suelo estaba tan frío y expuesto a las corrientes de aire que había que apartarlo, pues, en su estado, un catarro le hubiera costado la vida. También por la noche había que inmovilizarlo, para que no se destapase mientras los demás, rendidos por la fatiga, se abandonaban al sueño. De este modo, el pequeño se pasaba horas y horas tendido y sin moverse, llorando sin cesar, casi convulso; y, luego, cuando el llanto acababa por agotarlo, se le oía gemir en silencio, torturado por la enfermedad. La fiebre le abrasaba, y tenía los ojos con llagas de tanto llorar. Cubierto de granos, bañado en sudor y lleno de moretones, su aspecto no podía ser más lamentable.

Sin embargo, esta situación no era en realidad tan cruel coma pueda parecer porque, enfermo y todo como estaba, Antanas era el menos desdichado de la familia. Tenía fuerza y naturaleza para soportar las dolencias, como si todas esas dolencias físicas le hubiesen llovido para dar prueba de su prodigiosa constitución. Era el hijo de la juventud y de la alegría de sus padres; se había presentado con la lozanía y la frescura de una flor silvestre, y el mundo entero parecía ser tan sólo un marco a su figura. De ordinario, solía vérsele gateando todo el día por la cocina, siempre con cara de hambre, porque la porción de alimentos que la familia podía asignarle nunca era bastante y el pequeño no cesaba de recla-

mar más. Antanas tenía entonces poco más de un año y ya nadie, excepto su padre, podía dominarle.

Parecía como si se hubiera llevado consigo todas las fuerzas de su madre, no dejando absolutamente nada para los que pudieran venir tras él. Ona estaba embarazada por segunda vez y daba lástima verla; el mismo Jurgis, a pesar de su insensibilidad y su aturdimiento, no podía dejar de comprender las nuevas angustias que aquella circunstancia les reservaba y, al pensar en ellas, se estremecía. Ona decaía por momentos. En primer lugar, había adquirido una tos semejante a la que había acabado con el abuelo, el viejo Diedas Antanas. Esta tos se le había iniciado en aquella mañana fatal en que la avidez de la compañía de tranvías la puso en la calle en medio de una copiosa lluvia; desde entonces la tos había ido creciendo en intensidad y ahora, a menudo, llegaba a despertarla por la noche. Aún peor que esto era el estado nervioso en que se hallaba. Sufría fuertes dolores de cabeza y ataques de llanto originados por las cosas mas baladíes. Muchas veces volvía del trabajo a su casa con fuertes escalofríos y sin pensar en cenar, se dejaba caer en el lecho ahogada en lágrimas. También era frecuente que perdiera el dominio de sí misma, vencida por el histerismo, y entonces Jurgis experimentaba tanto miedo que creía perder la razón. Elzbieta trataba de explicarle que aquello no podía remediarse, que una mujer está sujeta a tales trastornos cuando se halla encinta, pero Jurgis se convencía con dificultad y pedía a todos que le explicasen lo que había sucedido. Ona nunca había estado en una condición semejante, decía Jurgis; aquello era monstruoso, inconcebible. Seguramente había que achacarlo a la vida que llevaba, a aquel maldito trabajo, que la estaba abrasando a fuego lento. Ona no estaba hecha para soportar una labor semejante; ninguna mujer lo estaba, en realidad, ni habría de consentirse que mujer alguna trabajase de aquella manera; si el mundo no podía mantenerlas de otro modo, era preferible matarlas y acabar de una vez. No debían haberse casado ni tenido hijos; los obreros no deberían de crear vínculos. Si él hubiera sabido lo que era una mujer, su delicadeza y los sufrimientos a que estaban suje-

tas, se hubiera arrancado los ojos antes de fijarse en una. Y así seguía torturándose Jurgis, también medio histérico, lo cual resultaba un espectáculo lastimoso en un hombre de semejante constitución. Ona, entonces, procuraba rehacerse. Se arrojaba en los brazos de su marido y le suplicaba que se calmase, asegurándole que pronto se repondría, que todo marcharía bien. De este modo, Ona apoyaba la cabeza en el hombro de Jurgis y rompía a llorar, mientras él la miraba con expresión de total impotencia, como la fiera herida que no puede escapar y se convierte en blanco de cazadores invisibles cuyo acecho presiente.

Todo esto comenzó en septiembre: Ona le prometía, con voz trémula, que no volvería a suceder, mas era en vano. Cada crisis dejaba a Jurgis más aterrorizado y perplejo, más dispuesto a no confiar en las palabras de consuelo de Elzbieta y a creer que, en realidad, estaba sucediendo algo que no le dejaban saber. Una o dos veces, en esos arranques, miró a los ojos de Ona y le pareció que eran los de un animal cazado. Entre sollozos, decía frases sueltas de angustia y desesperación. La razón de que Jurgis no atendiera más a estas cosas era que estaba en un estado de insensibilidad y hundimiento que no le dejaba preocuparse por ello, excepto cuando se le venía encima. Vivía como una bestia de carga, sólo pendiente del presente.

CAPÍTULO XV

Se avecinaba el invierno nuevamente, más amenazador y cruel que nunca. Era el mes de octubre y la proximidad de las fiestas imprimía un ritmo febril al trabajo. La maquina de preparar carne tenía que funcionar hasta altas horas de la noche para proveer de alimentos las mesas navideñas: Marija, Elzbieta y Ona, piezas de esa máquina, comenzaron a trabajar quince y dieciséis horas al día. En esto no había discusión; cualquiera que fuera su duración, no tenían más remedio que aceptar aquellas larguísimas jornadas si deseaban con-

servar sus puestos. Además, como esto suponía ingresos adicionales, se aplicaban a la labor con verdadero ahínco, indiferentes a la rudeza del esfuerzo. Empezaban a trabajar todas las mañanas a las siete, almorzaban a mediodía, y desde entonces seguían trabajando hasta las diez o las once de la noche sin volver a probar bocado. Jurgis propuso aguardar su salida para acompañarlas a casa por la noche; pero las mujeres no querían ni siquiera hablar de ello. La fábrica de abonos se cerraba al anochecer y no había sitio alguno donde Jurgis pudiera esperarlas entretanto, como no fuera una taberna. Así pues, concluido el trabajo, cada una abandonaba su taller y, mal que bien, noche cerrada, emprendía la marcha hasta la esquina donde se habían dado cita. Si alguna se retrasaba y al llegar punto de reunión encontraba que las otras dos se habían marchado ya, tomaba el tranvía, y, una vez en él, comenzaba una penosa lucha consigo misma para no dormirse. Un par de veces le pidió al conductor que gritara el nombre de su calle cuando llegaran y fue insultada por importunarle. Cuando llegaban a casa estaban tan rendidas que, sin ánimos ni para comer ni para desnudarse, frecuentemente se metían en la cama vestidas y calzadas como iban, y el sueño las aturdía de inmediato. La cuestión era poderse levantar a la mañana siguiente en disposición de ir al trabajo. Si desfallecían, la batalla estaba perdida; si, por el contrario, conseguían resistir, habría carbón suficiente para enfrentarse al invierno.

Dos o tres días antes de Acción de Gracias, sobrevino una tempestad de nieve que al anochecer ya cubría el suelo con una capa de más de dos pulgadas de espesor. Jurgis, que se proponía esperar a las mujeres, entró en una taberna huyendo del frío, pero como temiese, después de haber tomado dos copas, no poder sustraerse a la tentación, salió del lugar y echo a correr, como el que huye del demonio, sin detenerse hasta llegar a casa. Una vez allí y con ánimo de esperar a las mujeres, se tendió vestido en el lecho. Un instante después, dormía profundamente. Cuando abrió los ojos estaba en medio de una pesadilla. Elzbieta le sacudía fuertemente para despertarlo, gritando al mismo tiempo.

Al principio Jurgis no captó el significado de sus palabras.

—¡Ona no ha venido! —clamaba Elzbieta.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Esta amaneciendo. Es hora de levantarse.

Ona, pues, había pasado la noche fuera de casa con aquel frío horrible y las calles cubiertas por un palmo de nieve.

Jurgis se levantó de un salto. Marija lloraba de miedo y los chicos la imitaban, también el pequeño Stanislovas, siempre aterrado por la nieve. Jurgis no hizo más que ponerse las botas y el gabán y en menos de un minuto estaba ya en la calle. Entonces, comprendió que no servía de nada apresurarse, cuando ni siquiera sabía adónde encaminar sus pasos, de modo que se detuvo junto a la puerta. Aún no era de día y continuaban cayendo copos espesos. Era tan profundo el silencio que incluso podía percibirse el tenue rumor de la nevada; era tan copiosa que, a los pocos segundos de haberse detenido para orientarse, Jurgis quedó cubierto de blanco.

No tardó en tomar una determinación, y echó a correr hacia los mataderos, preguntando en todas las tabernas que encontró abiertas a su paso. Ona podía haberse vista obligada, incapaz de afrontar tormenta, a refugiarse en cualquier lugar, o bien haber sufrido algún percance con las máquinas de la factoría. Cuando llegó al lugar donde Ona trabajaba, preguntó a uno de los vigilantes si tenía noticia que hubiera ocurrido algún accidente. El guarda dijo que no había oído nada al respecto. Entonces Jurgis acudió al departamento donde se controlaba la llegada y salida de los obreros. Allí un empleado le informó de que la contraseña de Ona estaba en su sitio, lo cual quería decir que ella la había entregado por la noche, al concluir el trabajo.

Después de estas averiguaciones nada podía hacer, salvo esperar a la puerta del establecimiento caminando de un lado a otro para no helarse de frío. A aquellas horas, los mataderos ya estaban en plena actividad. Lejos, en los apartaderos del ferrocarril, estaban descargando ganado de los vagones y allí enfrente mozos del matadero acarreaban cuartos de buey de doscientas libras de peso para

depositarlos en los vagones refrigerantes. Con las primeras luces del día llegó la oleada de los trabajadores, que avanzaban en nutridos grupos tiritando de frío, con las fiambreras del almuerzo balanceadas por la viveza del paso. Jurgis, entonces, se apostó junto a la ventana de la portería, único lugar con luz suficiente para distinguir los rostros de los que entraban. La nieve caía tan espesa que hubo de aguzar mucho la vista para convencerse de que Ona no había cruzado ante él inadvertida.

A todo esto dieron las siete, la hora que la gran máquina conservera recobra su ritmo, Jurgis debía estar ya en su puesto de la fábrica de abonos pero, en lugar de ello, seguía allí, esperando a Ona con ansia indecible. Ya habían pasado más de quince minutos de la hora cuando, al ver surgir en mitad de la nieve una silueta conocida, profirió un grito y se precipitó hacia ella. Efectivamente era Ona, que llegaba corriendo y que, al distinguir a Jurigs se lanzó a su encuentro para casi caer en sus brazos.

—¿Que ha sucedido? —pregunto Jurgis con impaciencia— ¿Dónde has estado?

Pasaron algunos segundos antes que Ona pudiera tomar aliento para contestarle. Al fin, y haciendo un esfuerzo, exclamó:

—No pude llegar a casa. La nieve... Ios tranvías no circulaban...

—Pero entonces ¿dónde has estado? —insistió Jurgis.

—En casa de Jadwiga, una compañera —dijo, todavía sofocada por la carrera. Tuve que pasar allí la noche.

Pero enseguida notó que su mujer lloraba y estaba temblando como si fuera a acometerle una de aquellas crisis nerviosas que tanto temía.

—Pero, ¿qué te ocurre? —exclamó Jurgis. ¿Que ha sucedido?

—¡Oh Jurgis! ¡He pasado tanto miedo! —contestó ella abrazándose a él con todas sus fuerzas. ¡Estaba tan preocupada!

Se encontraban entonces junto a la ventana de la portería y la gente empezaba a mirarles. Jurgis se llevó a Ona un poco más lejos al tiempo que, lleno de extrañeza, le preguntaba:

—¿Has tenido miedo? ¿Qué quieres decir?

—Sí —dijo—; he tenido miedo... Estaba asustada —dijo Ona gimiendo. Me preocupaba qué irías hacer, no sabiendo dónde estaba. Traté de ir a casa, ¡pero era tanto mi cansancio! ¡Oh, Jurgis, Jurgis!

Él se sentía tan dichoso de ver a Ona de regreso y a su lado, que no acertó a discurrir nada más. No le pareció extraño que ella estuviera tan abatida y trastornada. Todo su miedo y todas sus protestas incoherentes no tenían importancia alguna al lado del hecho positivo de tenerla allí, a su lado. La dejó llorar, hasta que se hubo desahogado y entonces, como eran cerca de las ocho, y los dos podían perder una nueva hora de salario si se entretenían, la dejo a la puerta del taller; la faz más blanca que la misma nieve y, en los ojos, aquella singular expresión de pánico.

Vino entonces otro breve intervalo de calma. Las Navidades estaban encima y como seguían las nevadas y los fríos severos, todas las mañanas Jurgis acompañaba a su mujer al trabajo, llevándola en brazos en buena parte del camino, en medio de la oscuridad, y de traspiés en traspiés, hasta que una noche llegó el fin.

Faltaban sólo tres días para las fiestas. Hacia la medianoche, Marija y Elzbieta regresaron a casa y, al ver que Ona no había llegado todavía, no pudieron ocultar su preocupación. Las dos habían convenido reunirse con Ona y, después de aguardarla infructuosamente, fueron al taller donde trabajaba, averiguando que todas las operarias habían marchado hacía más de una hora. Aquella noche no nevaba. El frío no era muy intenso, sin embargo, Ona no aparecía. Algo más grave debía de ocurrir esta vez.

En vista de ello, despertaron a Jurgis, que se sentó en el lecho y escuchó el relato con expresión ceñuda.

—Ona se habrá ido otra vez a casa de Jadwiga —les dijo—, Jadwiga vive a dos pasos de los mataderos y, probablemente, Ona estaría tan cansada, que se ha sentido sin fuerzas para regresar. Seguramente no le ha pasado nada y, aunque no fuera así, nada se puede hacer hasta que amanezca. Después de esto, Jurgis volvió a

acostarse y, antes de que las dos mujeres hubiesen cerrado la puerta, ya estaba roncando de nuevo.

A la mañana siguiente, no obstante, se levantó una hora antes de lo ordinario y salió en busca de su mujer. Jadwiga Marciukus vivía al otro lado de los mataderos, detrás de la calle Halsted, con su madre y hermanas en una sola habitación situada en un sótano, porque su novio Mikolas había perdido recientemente una mano a causa de la gangrena, de modo que el matrimonio se había pospuesto indefinidamente. La puerta de la habitación estaba en la trasera de la casa y se llegaba a ella atravesando un patio muy estrecho. Al acercarse, Jurgis vio una luz en la ventana y le pareció oír ruidos de cocina, de manera que llamó a la puerta, casi esperando que Ona fuera quien contestase.

Pero, en lugar de su mujer, Jurgis vio a una de las hermanitas de Jadwiga. que entreabrió la puerta y se le quedó mirando muy extrañada.

—¿Dónde está Ona? —preguntó él.

—¿Ona?—repitió la niña

—Sí —dijo Jurgis. ¿No esta aquí?

—No —contestó la pequeña.

Jurgis hizo un brusco movimiento de sorpresa. En seguida apareció Jadwiga, asomando la cabeza por encima de la de su hermana. Al ver quién estaba a la puerta volvió a retirarse, porque estaba a medio vestir, y en voz alta pidió a Jurgis que la dispensara, pues su madre estaba muy enferma,

—Pero ¿no está Ona aquí? —preguntó Jurgis muy alarmado y sin dejarle concluir.

—No, aquí no esta —contestó Jadwiga ¿Que te ha hecho pensar eso? ¿Dijo Ona acaso que iba a venir?

—No —contesto Jurgis. Pero no ha ido a casa esta noche y pensé que podría estar aquí como la otra vez.

—¿Como la otra vez? —repitió Jadwiga con asombro.

—Sí —insistió Jurgis. Aquella vez que tuvo que quedarse aquí.

—Sin duda te equivocas —respondió ella al momento— Ona nunca ha pasado aquí la noche.

Jurgis parecía no entender aquellas palabras y porfió:

—No, Jadwiga, no estoy equivocado. Hace ahora precisamente dos semanas. Nevaba mucho, no pudo ir a casa y se vino aquí contigo.

—Repito que debe de haber alguna equivocación —insistió Jadwiga. Ona no estuvo aquí ese día.

Entonces, Jurgis buscó apoyo en el marco de la puerta, como si le faltase el equilibrio. Jadwiga, llena de ansiedad, pues quería mucho a Ona, abrió la puerta de par en par, mientras con la otra mano se cerraba el cuello de la chaqueta.

—¿Estas seguro de haberla entendido bien? —exclamó. Es posible que Ona se refiriera a otro sitio, a otra amiga.

—¡No! —la interrumpió Jurgis. Fue aquí donde dijo que estuvo. Me habló de ti, de cómo eras y de lo que le dijiste. ¿Acaso no lo recuerdas? ¿No será que lo has olvidado? A lo mejor, estuviste fuera esa noche...

—¡No, no! —exclamó la joven, y al mismo tiempo se oyó una voz aguda desde el interior, que gritaba:

—¡Jadwiga! ¡Le está dando frío al niño: cierra la puerta!

Durante otro minuto, o quizá menos, Jurgis estuvo diciendo cosas inconexas en dirección a la brevísima rendija que dejaba la puerta, y después, como realmente no había ya más que decir, musitó algunas excusas y se fue.

Aturdido, echó a andar, sin saber adónde. ¡Ona le había engañado! ¡Ona le había mentido! ¿Qué significaba esto? ¿Dónde había estado? ¿Dónde estaría entonces? Jurgis no comprendía nada, y menos aún podía resolver sus dudas; pero cien crueles sospechas le asaltaron y una vaga sensación de que alguna tremenda calamidad se cernía sobre él invadió todo su ser.

Como en realidad no podía hacer otra cosa, se dirigió al taller de Ona, resuelto a esperar en la portería. Aguardó cerca de una

hora después de las siete y luego entró en el departamento donde Ona trabajaba y preguntó por la encargada. Ésta no había llegado todavía. Todas las líneas de tranvías procedentes del centro estaban paralizadas desde la víspera a causa de un accidente ocurrido en la central eléctrica. Entretanto, y para no detener el trabajo, las máquinas de hacer salchichas estaban funcionando bajo la supervisión de otra persona. El hombre que informó a Jurgis de todo esto lo hacia sin detener su trabajo como si temiera ser observado. A todo esto llegó un hombre que empujaba una carretilla de mano y que, sabiendo que Jurgis era el marido de Ona, se mostró muy intrigado al enterarse del suceso:

—Acaso la interrupción de los tranvías haya sido la causa —dijo como para tranquilizar a Jurgis—, puede ser que haya ido al centro.

—¡No, no! —exclamó Jurgis. —Mi mujer no ha ido nunca a la ciudad.

—Quizá no —respondió el hombre.

A Jurgis le pareció que el cargador había cambiado mientras hablaba. Lo vio cambiar una rápida mirada de complicidad con el operario de antes y se apresuró a preguntar:

—¿Qué sabes de todo esto?

A lo cual el otro, advirtiendo que el capataz le miraba siguió su camino.

—Yo no sé absolutamente nada —exclamó, con la cara vuelta hacia Jurgis mientras se alejaba empujando la carretilla. ¿Qué quieres que sepa yo de los pasos de tu mujer?

Jurgis, entonces, salió del establecimiento y se puso a pasear ante la puerta. Allí permaneció toda la mañana sin dedicar el menor pensamiento a su trabajo de la fábrica de abonos. Hacia el mediodía se dirigió al puesto de policía para hacer averiguaciones, y luego volvió para de nuevo montar guardia a la puerta del taller de Ona. Finalmente, a media tarde, emprendió el camino de regreso hacia su casa.

En la avenida Ashland se había restablecido el tráfico y los tranvías circulaban atestados de viajeros. Al verlos pasar, Jurgis recordó involuntariamente la irónica observación que por la mañana

le había hecho el de la carretilla y, sin darse cuenta de ello, comenzó a examinar con la vista, conforme los iba encontrando, coches y pasajeros. Pronto, sin embargo, se paró en seco y lanzó una exclamación para, finalmente, emprender veloz carrera tras uno de los tranvías cuyo avance siguió a lo largo de casi dos manzanas, siempre a corta distancia del vehículo. El sombrero negro con una mustia flor roja, entrevisto fugazmente, podía no ser el de Ona, pero se le parecía demasiado. En todo caso, no tenía más que aguardar hasta la parada siguiente para despejar sus dudas, pues era allí donde debía apearse su mujer, si es que la dueña del sombrero lo era. Jurgis detuvo su carrera y dejó que tranvía siguiera su marcha.

En efecto era Ona la mujer que había bajado del tranvía, y, tan pronto hubo doblado por la siguiente bocacalle, Jurgis echó a correr como antes. Asaltado por terribles sospechas, ahora no le avergonzaba espiarla. De esta forma la vio torcer la esquina próxima a su domicilio, y entonces, apurando de nuevo el paso, pudo avistarla en el momento en que subía los escalones del porche. Luego Jurgis se dio la vuelta y, por espacio de cinco minutos se dedicó a andar y desandar un mismo trecho de calle. Tenía crispados los puños y prietos los labios. Cuando, por fin, se encaminó hacia la casa y entro en ella, su mente era una vorágine.

Al abrir la puerta vio a Elzbieta, que había estado también buscando a Ona y acababa de regresar. Al advertir la presencia de Jurgis, la mujer se puso a andar de puntillas y cruzando el índice sobre los labios se llegó hasta él. Sin decir palabra, Jurgis dejo que la mujer se le acercara.

—¡Silencio! ¡No hagas ruido! —dijo Elzbieta con un rápido bisbiseo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Ona está durmiendo —jadeó la mujer. Está muy enferma Jurgis, me temo que su razón desvaría. Anoche se extravió y no pudo dar con la casa. Hasta ahora no he podido conseguir que empezase a descansar.

—¿Cuándo volvió? —quiso saber.

—Esta mañana, apenas marcharte.

—¿Y ha vuelto a salir después?

—¡No, de ninguna manera! ¡Si está tan débil!, Si...

Jurgis apretó fuerte los dientes.

—¡Todo eso es mentira! —exclamó.

Elzbieta tuvo un sobresalto. Había palidecido.

—¡Cómo! —exclamó, sofocando un grito. ¿Qué significa eso?

En lugar de responder, hizo a Elzbieta a un lado, se plantó de dos zancadas ante la puerta del dormitorio y la abrió.

Ona estaba sentada en la cama. Al ver entrar a su marido, los ojos se le llenaron de miedo, Jurgis cerró la puerta en la misma cara de Elzbieta y se acercó a su mujer.

—¿Dónde has estado? le preguntó.

Ona tenía las manos cruzadas sobre el regazo. Junto a una intensa lividez Jurgis advirtió en su rostro una expresión de dolor que lo demudaba. Dos o tres veces abrió ella la boca con ánimo de contestarle, pero apenas pudo articular sonido. Cuando por fin, rompió a hablar, lo hizo con voz apenas perceptible y atropelladamente.

—Jurgis, creo... creo que he estado sin sentido. Salí del trabajo anoche y me extravié en el camino. He estado andando, andando toda la noche, yo creo, y... no conseguí llegar a casa, hasta esta mañana.

—Estarías fatigada, necesitabas descanso. ¿Por qué, pues, volviste a salir? —observó Jurgis en tono duro.

Estaba mirando a Ona de hito y no se le escapó, por eso, la expresión de miedo y angustia que había asomado a sus ojos.

—He tenido que salir a la tienda —balbuceó Ona con voz imperceptible. Tuve que salir a...

—¡Mientes! —dijo Jurgis. Y, crispando las manos, avanzó un paso hacia ella. —Pero ¿por qué mientes? —la increpó furibundo. ¿Qué has echo que te obliga a mentir?

—¡Oh Jurgis! —exclamó ella— ¿Cómo puedes creer...?

—¡Estás mintiendo, digo! —gritó él de nuevo. Me dijiste que habías estado casa de Jadwiga la otra noche y no es verdad. Esa noche

estuviste en el mismo sitio donde has pasado ésta, en algún lugar del centro, por que te he visto bajar del tranvía. ¿De dónde venías?

Fue como si le hubiera asestado una puñalada y, herida de muerte, hubiera de desplomarse allí mismo. Primero, por un instante, se quedó estática, mirando fijamente a Jurgis con expresión de terror; después, con un grito de angustia, se inclinó hacia adelante abriendo los brazos a su marido.

Mas él se apartó deliberadamente y la dejó caer. Ona se agarró al borde del lecho y, ocultando la cara entre las manos, hincó las rodillas en tierra y rompió a llorar con grito herido.

A eso siguió una de aquellas crisis histéricas que tanto desmoralizaban a Jurgis. Ona gemía y lloraba presa de una angustia y un miedo que iban creciendo hacia el paroxismo. Fuertes estremecimientos sacudían todo su cuerpo, como el vendaval agita y sacude los árboles en las colinas. Parecía como si fuera a troncharse bajo la fuerza del embate, como si algo horrible, surgido de su interior, tomara posesión de ella, la torturara y desgarrase. Jurgis, que en crisis semejantes solía ponerse también fuera de sí, permaneció esta vez inmóvil, apretando los labios y agarrotados los puños por la tensión. Ona podía llorar hasta matarse, sin que esto le conmoviera ni le hiciera avanzar hacia ella una sola pulgada. Porque los llantos de su mujer sólo conseguían enfriarle la sangre y transmitir a su boca un temblor que no lograba dominar. Se alegró cuando Teta Elzbieta, pálida de espanto, abrió la puerta y se precipitó en la alcoba. Ello, sin embargo, no impidió que se volviera hacia la intrusa y proliferase un juramento.

—¡Fuera, fuera de aquí! —gritó.

Al ver que la mujer vacilaba y parecía dispuesta a decirle algo, la sujetó por un brazo y la expulsó de la habitación, cerrando enseguida la puerta, que atrancó colocando una mesa detrás. Luego se volvió otra vez hacia Ona y, encarándose con ella, gritó:

—¡Ahora contéstame!

Pero Ona, todavía en poder de aquella fuerza maléfica, no le oyó. Jurgis acertó entonces a fijarse en sus manos, que se retorcían y

agitaban saltando de un lado a otro del lecho seres vivos. Pudo ver como fuertes convulsiones nacidas en su seno recorrían sus miembros sacudiéndolos violentamente. Lloraba y se sofocaba como si se acumulasen demasiados sonidos en su garganta empujándose y atropellándose unos a otros, como las olas del mar. Luego, su voz empezó a alzarse en gritos cada vez más fuertes, hasta que rompió en horribles y salvajes risotadas. Jurgis resistió todo esto hasta que no pudo más, y entonces, abalanzándose sobre ella y sujetándola por los hombros, la sacudió con fuerza al tiempo que le gritaba al oído:

—¡Para de una vez! ¡Para!

Ona le dirigió una mirada angustiosa y luego se arrojó a sus pies, agarrándolos fuertemente con ambas manos, sin que Jurgis pudiera hacer nada por zafarse. Ella, entretanto, se revolcaba sobre el suelo, ocultando el rostro. Verla en esta actitud, puso a Jurgis un nudo en la garganta y le hizo gritar con más furia que antes:

—¡Para, te digo!

Esta vez Ona atendió a la orden y, conteniendo el aliento, permaneció tendida sin que nada, salvo los ahogados sollozos que todavía la dominaban, quebrase su silencio. Por más de un minuto siguió así, perfectamente inmóvil, hasta que un terror frío invadió a Jurgis, que la creyó en trance de muerte. Y en ese momento oyó, muy tenue, su voz:

—¡Jurgis, Jurgis!

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—¡Cree en mí! Créeme que te amo; y no me preguntes... no me interrogues como lo has hecho… te lo ruego, Jurgis, te lo ruego, es mejor; es...

Él trató de hablar, pero Ona le interrumpió en seguida, para prorrumpir nuevas protestas.

—¡Si lo hicieras! ¡Si te contentaras con creerme! No ha sido culpa mía. No pude evitarlo… Pero no pasará nada... No es nada. No te preocupes. ¡Por favor, Jurgis, te ruego!

A todo esto, Ona se había aferrado fuertemente a él y trataba de incorporarse para ver su rostro. Jurgis pudo percibir el temblor

de las manos que le tendían y la fatigada respiración del pecho que trataba de estrechar contra él. Ona consiguió al fin apoderarse de una de las manos de Jurgis, y, asiéndola, convulsivamente, se la llevó a la cara para bañarla en llanto mientras gemía:

—¡Créeme! ¡Créeme!

Pero él, lleno de furia, replicó:

—¡No¡ ¡No voy a hacerlo!

Ona continuaba asida a él, gimiendo con desesperación:

—¡Oh, Jurgis! ¡Piensa en lo que estas haciendo! Esto nos arruinará, nos perderá para siempre. ¡No puedes, no debes hacerlo! Me volvería loca, me mataría. ¡Por Dios, Jurgis, no! Ahora no sé lo que hago, ni lo que digo. Pero esto no tiene importancia. Realmente tú no necesitas saber nada. Podemos ser felices. Podemos amarnos uno a otro como antes. ¡Por favor, por favor! ¡Créeme!

Pero estas palabras, en lugar de calmar a Jurgis, lo enfurecían más. Con un brusco movimiento se desasió de Ona, la apartó de sí y gritó:

—¡Contéstame, maldita sea! ¡Contéstame de una vez!

Ella se desplomó en el suelo y de nuevo rompió a llorar. Era como escuchar los lamentos de un alma en pena y Jurgis no pudo resistirlo. Descargando un puñetazo sobre la mesa, volvió a gritar:

—¡Contéstame!

Ona empezó entonces a emitir aullidos como los de un salvaje.

—¡No puedo! ¡No puedo! —chillaba.

—¿Por qué no puedes? —rugió él.

–Porque no se cómo decirlo.

Entonces él se abalanzó sobre ella, la asió por los brazos, la alzó en el aire y devorándola con la mirada, le dijo con un jadeo:

—Dime dónde estuviste anoche. ¡Acaba de una vez!

Ona, entonces, empezó a balbucear, deteniéndose en cada palabra:

—He estado... en una casa... en la ciudad.

—¿En qué casa? ¿Qué quieres decir?

Ona trató de sustraer su mirada a la de Jurgis, pero él se lo impedía.

—En casa de la señorita Henderson —dijo Ona jadeando, como si le faltara el aire.

Al principio, Jurgis pareció no comprender.

—En casa de la señorita Henderson —repitió sin entonación alguna.

Luego, de repente, como una explosión, la terrible verdad apareció ante él. Aturdido por ella, retrocedió unos pasos y profirió un grito. Luego, buscando apoyo en el muro, se llevó una mano a la frente, volvió los ojos en torno y dijo con ahogo:

—¡Dios! ¡Dios!

Pero en un instante se rehizo y cayendo sobre Ona, que se arrastraba a sus pies, la aferró por el cuello y, ronco de ira, vociferó:

—Dime, ¿quién te llevó a ese sitio?

Ona trató de desasirse y esto enfureció más a Jurgis. Creyó que era miedo lo que Ona sentía, o que, lastimándola con la férrea presión de sus dedos, ella pretendía zafarse. No se daba cuenta de que era la angustia que le causaba su vergüenza. Ona, sin embargo, contestó al fin:

—Mi jefe.

Jurgis había apretado aún más la mano y, sólo al ver que Ona cerraba los ojos, comprendió que la estaba asfixiando. Entonces aflojó los dedos y, agachándose sobre ella, aguardó a ver animados sus párpados. El aliento de Jurgis abrasaba la cara de su mujer.

—¡Dime! —masculló por fin —¡Cuéntamelo todo!

Ella permanecía inmóvil por completo y cuando acertó, por último, a hablar, fue menester que Jurgis contuviera el aliento para no perder sus palabras.

—Yo no quería —murmuró Ona—, no quería hacerlo. Procuré... intenté resistir... Sólo fui por salvarnos... era el único medio.

Otra vez, después de estas palabras, siguió un silencio interrumpido por el jadear de Jurgis. Ona cerro los ojos y, cuando por fin volvió a hablar, lo hizo sin abrirlos.

—Él me dijo... que haría que me echaran, que nos despidieran a todos. Dijo que nunca volveríamos a encontrar trabajo aquí... Hablaba en serio... Sé que nos hubiera arruinado.

Los brazos de Jurgis temblaban de tal modo que apenas conseguía mantenerse erguido. Varias veces, mientras escuchaba la confesión, osciló como si fuera a caer.

—¿Y cuándo... cuándo empezó esto?

—Desde el primer día que empecé a trabajar en el taller —contestó ella como en trance. Todo fue una estratagema entre él y la señorita Henderson. Esa mujer me odia. Y él, él me deseaba. Solía abordarme en el muelle de carga y descarga, y luego empezó a insinuárseme. Me ofreció dinero. Me rogó, me suplicó, diciéndome que me quería. Después vinieron las amenazas. Sabía todo lo relativo a nuestra situación y que podía reducirnos a la miseria. Conoce a tu capataz y al de Marija también. Podía acosarnos, destruir nuestras vidas, y afirmó que lo haría, pero que, si yo... que, si le aceptaba, nunca habría de faltarnos el trabajo.

—¿Dónde fue eso?

—En el portal de la fábrica. Era de noche. Después de que todo el mundo se había marchado. No pude hacer nada. Pensé en ti, en el niño, en mamá y en los chicos. Tuve miedo, miedo de Connor, y hasta miedo de gritar.

Pocos momentos antes, el rostro de Ona mostraba una palidez cenicienta, pero ahora se veía rojo como la grana. Su respiración se había hecho, de nuevo, fatigosa. Jurgis, entretanto, no articulaba un sonido. Ona continuo:

—Esto fue hace dos meses. Entonces quiso que fuese... a casa de la señorita Henderson. Quería que me quedase. Dijo que, si me quedaba, ninguno de nosotros necesitaría trabajar. Me obligó a ir a la ciudad al anochecer, cuando me creíais aún en la fábrica. Luego, una noche, nevó mucho y no pude volver. Anoche, también, los tranvías se paralizaron. Una cosa tan simple, y sin embargo, nos perdía... Traté de venir andando, pero no pude. Yo quería ocultártelo todo, ¡que no supieras nada! Las cosas hubieran seguido igual

sin necesidad de que te enterases. Connor estaba ya cansado de mí y me hubiera dejado pronto en paz. Voy a tener un hijo y eso me ha afeado. Connor me lo dijo dos veces. Anoche mismo. Me pegó... también anoche... y ahora tú lo vas a matar... Sí, lo vas a matar y todos vamos a morir...

Ona dijo todo esto sin el menor estremecimiento. Seguía en el suelo, inerte, como muerta y ni siquiera pestañeó. Jurgis no había pronunciado una sola palabra. Se incorporó haciendo un esfuerzo y, puesto de pie, permaneció unos instantes inmóvil junto a la cama. Luego, sin dirigirle una mirada, se volvió hacia la puerta abrió y salió sin reparar siquiera en Elzbieta, que se agazapaba en un rincón, muda de espanto. Sin detenerse, descubierta la cabeza, salió a la calle, dejando la puerta abierta tras de sí. En el instante en que puso los pies en la acera, echó a correr como un loco.

Su carrera fue furiosa, desesperada, ciega. Se encontró en la avenida Ashland antes que la falta de respiración le obligase a acortar el paso y entonces, viendo un tranvía, se lanzó tras de él y lo tomó en marcha. Los ojos le fulgían como ascuas, flotaba su cabello al viento y jadeaba como un potro cansado, como un toro herido. La gente en el tranvía, no reparó, sin embargo, en nada de todo ello. Acaso juzgaban natural que un hombre que olía como Jurgis presentara un aspecto tan salvaje. Todo el mundo empezó a apartarse de él, como de costumbre. El propio cobrador tomó con repugnancia los cinco centavos del billete sin tocar la moneda más que con la punta de los dedos y luego se quedó solo. Jurgis no se dio ni cuenta de esto. Sus pensamientos estaban muy lejos y su interior ardía como un horno. Estaba contenido como un resorte, presto a dispararse en cuanto llegara el momento.

Había recobrado en parte el aliento cuando el tranvía llegó a la entrada de los mataderos, de modo que pudo, sin aguardar a que el vehículo se detuviese, saltar a tierra y reemprender la marcha a todo correr. Las gentes que encontraba a su paso se volvían a mirarle, pero él no reparaba en nada ni en nadie. Vio el establecimiento donde Ona trabajaba y allí se dirigió, atravesando sin detenerse el

portal para enfilar el corredor que, partiendo de él, llevaba al departamento que buscaba. Jurgis conocía de vista a Connor, el capataz de los cargadores, y así llegó al lugar en donde esperaba encontrarle. Se detuvo y miró a su alrededor.

Las máquinas estaban entonces en pleno trabajo, y los hombres y mujeres acarreaban cajas y barriles hacia los camiones dispuestos para transportarlos. Jurgis registró todo el muelle de carga de una rápida ojeada, pero el hombre que andaba buscando no estaba allí. Súbitamente oyó una voz en la galería próxima, y hacia allí se dirigió de un salto. A los dos segundos tenía al capataz frente a él.

Era un irlandés corpulento, de rostro encendido y groseras facciones, que olía a whisky a veinte pasos. Al ver a Jurgis entrar en la galería, palideció. El hombre vaciló un momento, como si pensara huir, pero, un instante más tarde, su enemigo estaba encima. El irlandés alzó los brazos instintivamente, como para protegerse la cara, pero Jurgis, lanzándose hacia él con toda la fuerza de su cuerpo y de su brazo, le dio entre los ojos un golpe tremendo que le hizo caer redondo al suelo. Un segundo después estaba sobre él, clavándole los dedos en la garganta.

La sola presencia de aquel hombre daba cumplido testimonio del crimen cometido. El solo contacto con su cuerpo hizo que Jurgis se volviera como loco, sacudiendo todos sus nervios y despertando la bestia que llevaba dentro. Aquel hombre, mejor, aquella bestia inmunda, se había solazado con Ona a su antojo y ahora lo tenía allí, en sus manos. ¡Ahora llegaba su turno! Jurgis sintió cómo una ola de sangre que le nublaba la vista y, loco de rabia, gritando y aullando, alzó a su víctima y comenzó a golpearle la cabeza contra el suelo.

En la nave, por supuesto, la confusión no podía ser mayor. Las mujeres se desmayaban o gritaban despavoridas y los hombres acudían a la carrera. Jurgis estaba tan ciego, descargando su rabia en su enemigo, que ni se dio cuenta de que la gente trataba de apartarle de su presa. Solamente cuando media docena de aquellos hombres le agarraron por brazos y piernas, procurando sujetarle y alejarlo,

comprendió que trataban de arrancarle de su captura. Entonces, y más rápido que un relámpago, clavó sus dientes en la mejilla del irlandés; y cuando los cargadores consiguieron separarlos, la boca de Jurgis chorreaba sangre, y de sus dientes pendían tiras de la piel de su enemigo.

Los cargadores tumbaron a Jurgis en tierra y allí le agarraron de piernas y brazos, pero a duras penas podían sujetarlo. Luchaba como un tigre, debatiéndose con tal denuedo que poco faltó para que los derribara a todos y se abalanzase de nuevo sobre su oponente, que yacía en tierra sin sentido. Pero llegaron más obreros, hasta que se formó sobre Jurgis una verdadera montaña de cuerpos, brazos y piernas, luchando, moviéndose y forcejeando de uno a otro lado del local. Al fin, con el peso de todos, más que con la fuerza, consiguieron reducirlo y, falto ya de aliento, se lo llevaron al puesto de guardia de la fábrica, donde permaneció inmóvil hasta la llegada del coche patrulla de la policía que se lo llevó.

CAPÍTULO XVI

Cuando lo pusieron en pie, exhausto y medio aturdido como estaba, y viendo también los uniformes azules de los policías, Jurgis no opuso más resistencia. Le metieron en un furgón celular, con media docena de agentes vigilándole a la mayor distancia posible, a causa del hedor de los fertilizantes. Después se encontró ante el pupitre del sargento de guardia, donde hubo de dar nombre y domicilio para enterarse, luego, de que le detenían acusado de asalto y agresión. En su marcha hacia el calabozo, un enorme policía le increpó duramente porque se equivocó de galería y después le dio un puntapié porque no iba bastante de prisa. Sin embargo, Jurgis ni levantó los ojos, habiendo vivido dos años y medio en Packingtown, sabía perfectamente cómo se las gastaba la policía. Oponerse a sus métodos allí, en sus propios dominios, era jugarse el físico. A la menor provocación se le echarían encima una docena de guardias que le destrozarían la cara a

puñetazos. Y si salía con el cráneo fracturado, cosa más que posible, el informe policial zanjaría el asunto atribuyéndolo a una caída por causa de la embriaguez. Nadie advertiría la diferencia ni iba a tomarse, tampoco, el trabajo de averiguar lo ocurrido.

Ya en el calabozo, se cerró tras él una puerta cargada de cerrojos y Jurgis quedó completamente solo. Se sentó, entonces, en un banco y ocultó el rostro entre las manos. Tenía el resto de la tarde y toda la noche para entregarse a sus pensamientos.

Se sentía, al principio, como la fiera que, tras el festín que le ha proporcionado su presa, queda sumida en el estupor de la satisfacción. Había dado a aquel canalla una buena paliza. Si le hubiesen dejado un minuto más, el castigo hubiera sido mayor, pero, aún así, le pareció satisfactorio. Los dedos le hormigueaban aún por el contacto del cuello de su rival. Pero más tarde, poco a poco, conforme se iban restaurando sus energías y aclarándosele los sentidos, comenzó a ver las cosas de otro modo, más allá de esta momentánea satisfacción. El haber dejado medio muerto al capataz no remediaba modo alguno todos los horrores que Ona había sufrido, ni podía borrar su recuerdo, en el resto de sus días. No servía, tampoco, para mantenerla a ella y a su hijo, porque Ona seguramente perdería su puesto en la fábrica... y, en cuanto a él, sólo Dios sabía qué destino le aguardaba.

La mitad de la noche se la pasó dando pasos por el calabozo; debatiéndose con esta pesadilla y, cuando ya rendido se echó en el banco tratando de dormir, se encontró, por primera vez en su vida, con que no podía vencer la excitación de su cerebro. En el calabozo contiguo había un borracho recluido por apalear a su mujer y en la celda siguiente, un maniaco empeñado era proferir alaridos. A medianoche la policía abría el puesto a los infelices sin hogar que, temblando de frío, se apelotonaban a la puerta a la espera de que se les permitiera hacinarse en la galería que corre delante de los calabozos al abrigo de las gélidas ventadas invernales. Algunos de estos indigentes se echaban en el desnudo suelo de losas y rompían, sin más, a roncar; pero otros continuaban en vela, hablando, riendo, llorando y disputando. El aire del local se había corrompido con el

hálito de aquellas gentes, lo cual no impidió que algunos percibieran el olor que despedía Jurgis, con lo que empezaron a llamar para su castigo todas las penas del infierno; él, sentado en lo más hondo del calabozo, se dedicaba a contar los latidos que la sangre llevaba a sus sienes.

A la hora reglamentaria le sirvieron la cena, que consistía en una mezcla de rebanadas de pan seco, servidos en un plato de estaño, y un café al que los detenidos solían llamar "la droga" porque aseguraban que el café tenía tranquilizantes. Y a buen seguro que, de haberlo sabido, Jurgis hubiera apurado con ansia aquel brebaje para aplacar la pena y la ira que mantenían sus nervios en tensión. De madrugada, cuando el local quedó en silencio, Jurgis se levantó y comenzó de nuevo a recorrer la celda en todas direcciones, hasta que, surgido de lo más hondo de su ser, un espectro horrendo, un cruel fantasma de rojas pupilas, se ensañó con su corazón, cuyas fibras comenzó a desgarrar una por una.

No era él por quien sufría. A un hombre que trabaja en la fábrica de abonos de Anderson's, ¿qué importa ya lo que pueda hacerle el mundo? ¿Qué era la tiranía de una prisión comparada con la tiranía de su pasado, con las desdichas sufridas cuya memoria nunca podría borrar? El horror de todo esto lo volvía loco. Jurgis alzó sus brazos al cielo implorando que le ahorrase aquella tortura; pero tal merced era imposible, porque ni en los cielos hay poder para impedir lo que ya ha sucedido. Éste era el fantasma que no podía ahuyentar, que le seguía, que se apoderaba de él, que lo derribaba y golpeaba contra el suelo. ¡Ah, si lo hubiera podido prever! ¡Y pensar que, de no haber sido tan loco, todo se habría podido evitar! Discurriendo así se golpeaba la cabeza con las manos y se maldecía a sí mismo por haber consentido que Ona fuera a trabajar a ningún establecimiento de Packingtown, por no haberse interpuesto entre su mujer y un destino tan frecuentemente repetido. Debía haber mantenido a Ona siempre apartada de aquel mundo, aunque fuera a costa de morir juntos de hambre en el arroyo, en medio de las calles de Chicago. Pero, ya nada tenía remedio y, sin embargo, lo sucedido se le antojaba demasiado terrible, demasiado monstruoso.

Aquella era una prueba que excedía cuanto un hombre puede afrontar. Un nuevo estremecimiento sacudía todo su cuerpo cada vez que pensaba en ello. No era imposible soportar aquella carga. Era imposible vivir bajo aquel peso. Y lo mismo había de sucederle a Ona. Sabía que, aunque la perdonase, aunque se lo suplicara de hinojos, ella no podría volver a mirarle a la cara ni podría ser su mujer de nuevo. La vergüenza la mataría. Sí; Ona no podía esperar más consuelo ni otro olvido que los de la muerte y era mejor que muriera.

Todo esto era evidente, clarísimo, y, sin embargo, por una cruel inconsecuencia, cada vez que salía de esta pesadilla era para sufrir aún más imaginando a Ona reducida a la inanición. A él lo habían metido en la cárcel, sabe Dios por cuánto tiempo, años tal vez. Ona, seguramente, no volvería a trabajar, hecha pedazos como estaba. Elzbieta y Marija también perderían sus puestos. Si Connor, aquel engendro infernal, decidía arruinarlos, toda la familia se vería en la calle. Aun cuando esto no sucediera, tampoco podrían subsistir. Aunque los chicos dejasen de nuevo la escuela y volviesen a trabajar, sin el salario de Ona y sin el suyo era imposible soportar todos los gastos. Los recursos de la familia se reducían en aquel momento a unos pocos dólares. Acababan de pagar el alquiler de la casa hacía una semana, pero, como lo habían abonado con dos de retraso, dentro de ocho días les tocaría pagar otra vez. Y, sin dinero para afrontar el compromiso, perderían la casa después de una lucha tan larga y agotadora. Porque, por tercera vez ya, el agente les había notificado que no les tolerarían un nuevo retraso. Acaso era una mezquindad por parte de Jurgis pensar en la casa cuando aquella otra calamidad pesaba sobre su ánimo, pero ¡habían sufrido tanto por aquella casa, habían hecho por ella tantos sacrificios! No sólo constituía su única esperanza de alivio para el porvenir, sino que en aquel empeño habían puesto todos sus recursos y ellos eran gente trabajadora y pobre para la que el dinero representaba la misma sustancia de la vida, su cuerpo y su alma, la misma energía que les permitía alentar y cuya ausencia determinaba su muerte.

Ahora iban a perderlo todo. Se verían en la calle y obligados a buscar asilo en algún gélido sotabanco para vivir o morir como mejor supieran. Toda esa noche, y otras muchas, hubo Jurgis de entregarse a estas reflexiones y vivir en sus menores detalles, tan verazmente como si asistiera a él en persona, al cuadro que representaba. Vio a su familia vender los muebles; después, caer en deuda y perder el crédito en las tiendas; les vio pedir prestado al buen Szadwilas, cuya tienda de comestibles estaba también al borde de la ruina. Los vecinos les ayudarían un poco. La pobre Jadwiga, enferma y todo, les llevaría algunos centavos, corno hacía siempre cuando veía gente conocida muy necesitada; y Tamosziuz Kuszlejka les entregaría de vez en cuando lo que sacara de uno de aquellos conciertos que duraban toda una noche. De este modo, irían trampeando hasta que él saliera de la cárcel. Pero, ¿sabrían que había sido encarcelado? ¿Se podrían enterar de dónde estaba y cómo lo pasaba? ¿Les permitirían ir a verle? ¿O formaba parte de su castigo que no pudiera conocer la suerte de su familia?

Su pensamiento no vislumbraba sino el lado peor de las cosas. Veía a Ona atormentada y enferma; a Marija sin trabajo y sin recursos; al pobre Stanislovas imposibilitado de ir al trabajo por causa de la nieve y, en fin, a toda la familia abandonada en mitad de la calle. ¡Dios Todopoderoso! ¿Los dejarían perecer en medio de la calle? ¿No habría para ellos ningún socorro? ¿Andarían errantes hasta que la nieve los helase? Jurgis nunca había visto muertos de hambre en las calles; pero sabía de gente que había desaparecido sin que llegara a saberse su paradero y, aunque el municipio tenía un departamento para el socorro de los necesitados y existía una asociación de caridad en el distrito de los mataderos, Jurgis nunca había oído hablar ni del uno ni de la otra. Porque ambos centros operaban sin anuncios, teniendo siempre muchas más demandas de las que pueden atender, silenciando sus actividades.

Así llegó la mañana. Le hicieron montar de nuevo en el furgón celular, esta vez en compañía del alcohólico que pegaba a su mujer, del maníaco, de varios borrachos sin otra calificación, de va-

rios camorristas de taberna, de un ladrón y de otros dos hombres que habían sido detenidos por robar carne de las fábricas de conserva. Con todos ellos entró en una gran sala de paredes blancas, que olía a rancio y se hallaba atestada de gente. En el fondo de esta sala, sobre una plataforma protegida por una baranda, se encontraba sentado un individuo grueso, rozagante, un irlandés de cara animada y satisfecha y con la nariz cubierta de manchas rojas.

Jurgis comprendió entonces que lo iban a juzgar pero, en realidad, no sabía por qué, pues ignoraba si su enemigo habría muerto o no, y, en caso afirmativo, qué castigo le aguardaba. Acaso lo hervirían vivo o le apalearían hasta matarlo. Nada hubiera sorprendido a Jurgis, que conocía muy poco de leyes. Sin embargo, y por lo que había oído a su alrededor, llegó a la conclusión de que el personaje que ocupaba la plataforma y que, por cierto, tenía una voz muy resonante, debía ser el famoso juez Callahan, acerca del cual la gente de Packingtown hablaba siempre con miedo.

Pat Callahan o "Pat el gruñón", como se le llamaba antes de haber ascendido al sitial de juez, había empezado su vida como aprendiz de carnicero, convirtiéndose, después, en un boxeador de reputación local. Se metió en política en cuanto aprendió a hablar un poco en público y, antes de tener edad para ejercer el voto, ostentaba ya dos destinos oficiales en régimen simultáneo. Si Cassidy era el pulgar, Pat Callahan era el dedo índice de la mano invisible con que los patronos de Packingtown oprimían al pueblo del distrito. Ningún político en Chicago había llegado a conquistar en tan alto grado la confianza de los empresarios. Y la cosa venía de lejos. En realidad, Callahan había sido agente de negocios en el Ayuntamiento de Chicago del viejo Anderson, el hombre hecho a sí mismo, en los días en que la ciudad comenzaba a configurarse. "Pat el Gruñón" había despreciado en los primeros años de su carrera política toda clase de empleos municipales, aspirando sólo a ganar verdadera influencia en el partido y dedicando el resto de su tiempo a regentar los negocios ilícitos y los burdeles de los que era propietario. Al pasar los años, sin embargo, cuando sus hijos estaban ya

crecidos, comenzó a apreciar el valor de la respetabilidad y se hizo designar magistrado, cargo para el cual no podía ser más apto, en vista de sus fuertes ideas conservadoras.

Durante las horas que duró la espera, Jurgis se dedicó a inspeccionar visualmente la sala. Confiaba en que algún miembro de su familia estaría allí, entre el público, pero sus esperanzas resultaron fallidas. Finalmente, fue conducido al banquillo y un abogado de la compañía compareció como acusador. Tras referir, en breves palabras, que Connor estaba en tratamiento médico, el abogado solicitó del juez que suspendiera el caso por una semana, manteniendo, entretanto, en prisión al detenido.

—¡Trescientos dólares! —fue la contestación inmediata del juez.

Lleno de asombro, Jurgis miraba, alternativamente, al juez y al abogado acusador.

—¿Hay alguien que responda por usted? —pregunto el juez.

Como Jurgis no entendiera la pregunta, un oficial del juzgado, que estaba junto a él, le explicó su sentido. Jurgis, entonces, contestó negativamente con la cabeza y, antes de que pudiera percatarse de nada, se encontró con que los policías se lo llevaban. Le condujeron a otra sala donde aguardaban otros detenidos y allí permaneció hasta que concluyeron las vistas, tras lo cual y otra vez a bordo del furgón, hubo de soportar, helado de frío, la larga marcha hasta la cárcel provincial, situada en la parte norte de la ciudad, a nueve o diez millas de los mataderos.

Allí lo registraron minuciosamente, dejándole sólo el dinero que llevaba consigo y que sumaba quince centavos. Luego lo metieron en una habitación y ordenaron que se desnudara para bañarse. Después lo condujeron por la larga galería que flanqueaba las celdas de los presos. Para los huéspedes de la prisión, la revista diaria de los recién llegados, que pasaban por la galería completamente desnudos, constituía un gran acontecimiento con comentarios para todos los gustos. Con la vana esperanza de que dejara en él parte de

los ácidos y fosfatos que impregnaban su cuerpo, a Jurgis le obligaron a permanecer en el baño más tiempo que los demás.

Las celdas, por lo general, eran compartidas por dos presos, pero aquel día había una vacía y allí encerraron a Jurgis. Las celdas se hallaban dispuestas en largas filas abiertas sobre un corredor. La de Jurgis tenía unos siete pies de largo por cinco de ancho con un piso de losas y un macizo banco de madera empotrado en el muro. La celda no tenía ventana, de modo que la única luz que recibía era la procedente de las troneras del centro de la nave, abiertas cerca del techo. En la celda había dos literas superpuestas, cada una con un jergón de paja y un par de mantas cenicientas, acartonadas por la suciedad y plagadas de pulgas, chinches y piojos. Cuando Jurgis levantó los jergones, descubrió bajo ellos una colonia de cucarachas que huyeron despavoridas como él, en todas direcciones.

La comida que le sirvieron incluía, además de la "droga", una escudilla de sopa. Muchos de los presos se hacían llevar su comida de un restaurante, pero Jurgis no tenía dinero para eso. Algunos disponían, también, de libros y naipes, y hasta de velas para alumbrarse por noche pero, falto de todo eso y completamente solo, no le quedó a Jurgis más que la oscuridad y el silencio. Tampoco pudo dormir y eso hizo que se viera hostigado por los mismos pensamientos abrumadores de la noche anterior, auténticos latigazos sobre su espalda desnuda. La noche le encontró debatiéndose en su celda como una fiera enjaulada. De cuando en cuando la desesperación lo llevaba a precipitarse contra los muros de su encierro, o a descargar sobre ellos furiosos puñetazos, no consiguiendo si no lacerarse pues las paredes eran duras y crueles, como los hombres que las habían construido.

A poca distancia de la cárcel había un campanario que desgranaba, una a una, las horas. Al llegar la medianoche, Jurgis estaba tendido en el suelo, con la cabeza reclinada en los brazos, escuchando. Al final, en vez de quedar en silencio, las campanas rompieron en un agitado repique. Jurgis levantó la cabeza. ¿Que podría significar aquello? ¿Sería fuego? ¡Santo Dios! ¡Si hubiera fuego en la cár-

cel! Al fijarse, le pareció percibir cierta melodía en los sonidos. Las campanas grandes sonaban combinación con las pequeñas y había ritmo y medida en la producción de las notas, que parecían empeñadas en despertar a toda la ciudad. A aquellas se unieron luego, más distantes y dispersas, muchas otras campanas, todas repicando como de alborozo. Pasó algún tiempo antes de que Jurgis, perplejo, entendiera el significado de aquel bullicio. Era Nochebuena.

Nochebuena. Lo había olvidado por completo. Pero, en aquel instante, las puertas de su imaginación se abrieron de par en par y un torrente de recuerdos y de melancolía se desbordó en su mente. Allá, en la lejana Lituania, ellos habían celebrado también la Nochebuena. Todo acudió a su memoria, como si hubiera sido anteayer: él era niño; entonces vivía su hermano y también su padre: habitaban todos la choza perdida en lo más profundo del bosque, donde la nieve, cayendo día y noche, los tenía apartados del mundo. Verdad que las tierras de Lituania eran demasiado remotas para que hasta ellas llegase el influjo del exótico de Santa Claus, pero no estaban tan lejos que pudiesen alcanzarles las bendiciones de paz y buena voluntad para los hombres, para que llegase hasta allí la soberana visión y el glorioso resplandor del Niño Dios. Hasta en el mismo Packingtown, la familia lituana no había olvidado la celebración de la Nochebuena. Nunca había faltado algún resplandor de aquella festividad que rompiera la negrura de su vida. La última Nochebuena y todo el día de Navidad, Jurgis había estado trabajando en el *killing floor* y Ona embalando jamones, pero aún encontraron tiempo y fuerzas suficientes para llevar a los pequeños a dar un paseo por la avenida y contemplar los escaparates de las tiendas que aparecían todos, profusamente iluminados y adornados con árboles de Navidad. En un escaparate se veían gansos vivos; en otro, prodigios de azúcar, barras de caramelo, blancas y rosadas, de tamaño enorme, como concebidas para contentar gigantes, y tortas coronadas con querubines. Una tercera tienda mostraba filas de rollizos pavos amarillos, decorados con rosetas y conejos y ardillas colgados. Otro almacén pre-

sentaba un mundo de ensueño, poblado de juguetes maravillosos: muñecas con preciosos vestidos color de rosa, borreguitos con su piel de lana, tambores y sombreros como los que lucen los soldados. Nunca la familia lituana pasó de largo sin llevar su parte de todas estas cosas. La última vez habían vuelto casa con una gran cesta colmada de compras navideñas: cerdo asado, una col para aderezar y un pan de centeno; un par de mitones para Ona; una muñeca de caucho que reía y lloraba. En fin, una cornucopia verde, llena de dulces, que colgaron del mechero de gas en la habitación principal de la casa y que los niños contemplaban con ojos asombrados.

Medio año de máquinas salchicheras y de fabricación de abonos no había bastado para destruir en ellos el espíritu de la Nochebuena. Jurgis tuvo ahora que ahogar un gemido al recordar que la noche de la primera ausencia de Ona, Teta Elzbieta le tomó del brazo y le mostró un regalo del día de san Valentín que había comprado por tres centavos en una papelería. Era una tarjeta algo deslucida por el almacenaje, pero llena de vivos colores y adornada con figuras de ángeles y de palomas. Ella, que había limpiado cuidadosamente las manchas que tenía la tarjeta, se proponía colocarla sobre la chimenea, donde los niños pudiesen alegrar sus ojos. Los sollozos ahogaban a Jurgis conforme revivía estos recuerdos y consideraba su situación actual. La familia pasaría esta Nochebuena sumida en la desesperación y la miseria: él en la cárcel. Ona enferma, y la casa completamente desolada. Era demasiado atroz. ¿Por qué, al menos, no le habían dejado en paz? ¿Por qué, después de encerrarle en un calabozo, le llenaban los oídos con el campaneo de Navidad?

Pero aquellas campanas no sonaban para él ni le estaba destinada la Nochebuena que proclamaban: él estaba al margen de todo ello. Él no era nadie. Había sido arrojado a un lado, como un trapo viejo, como los despojos de un animal. Aquello era realmente horrible. Acaso su mujer estuviera agonizando, su hijo muriéndose de hambre. Toda la familia pereciendo de frío, mientras sonaba el alegre repique de Nochebuena. Y lo más amargo de esta burla era que

todo esto se suponía un castigo para él solo. Le habían encerrado en un sitio donde la nieve no podía azotarlo, donde el frío no podía calarle los huesos; le habían dado alimento y bebida. ¿Por qué, santo cielo, si el castigado era él, no habían encarcelado a su familia, abandonándole a él en la calle? ¿No habían encontrado otro medio de castigarle que dejar a tres débiles mujeres y seis inocentes niños a merced del hambre y del frío?

Ésta era la ley de los hombres, ésta su justicia. Jurgis se puso en pie, temblando de rabia, apretados los puños, alzados los brazos, y todo su espíritu vibraba de odio y desafío. ¡Malditos mil veces los hombres y malditas sus leyes! ¿Su justicia...? Era mentira, una odiosa y brutal mentira; algo demasiado negro y odioso para un mundo que no fuera el de las pesadillas: era una burla vergonzosa y sangrienta. Aquello no era justicia; aquello no era derecho ni nada parecido: era sólo violencia, tiranía; el prurito del poder, ejercido sin freno y sin medida. La sociedad le había pisoteado, había agotado todas sus energías, asesinado a su anciano padre, aniquilado a su mujer, aplastado y deshecho a toda su familia; y ahora, habiéndole convertido en un objeto inservible, lo desechaba; y porque él había tratado de intervenir, porque se había interpuesto en el camino de la sociedad, ésta lo trataba de aquel modo. Los hombres lo encerraban tras barrotes de hierro, como si fuera una bestia feroz o un ser irracional, sin derechos, sin afectos, sin sentimientos. ¡No! ¡Ni a una bestia la hubieran tratado los hombres como lo trataban a él! ¿Acaso un hombre cabal que caza a un animal salvaje en su cubil abandona la prole para que muera de hambre?

Aquellas horas de medianoche fueron horribles para Jurgis. En ellas comenzó su rebeldía, su descreimiento, su odio a la ley. Jurgis carecía de las luces suficientes para seguir la pista a aquel crimen social hasta sus orígenes. Jurgis no sabía que lo que a él le aplastaba era lo que los hombres llamaban el "sistema", que eran los patronos, sus amos, los que habían comprado la ley y los que habían lanzado contra él su brutal voluntad desde el sitio que debía ocupar su justicia. Jurgis no veía más que a él, desde el principio hasta el fin,

le habían tratado de un modo que no merecía, que no correspondía a la rectitud de sus intenciones; que la ley, la sociedad con todo su poder, lo habían declarado su víctima. Y, a medida que pasaban las horas, su espíritu se ennegrecía más; a cada momento sentía más deseos de venganza, de desafío, de odio rabioso y frenético.

Las acciones más viles, cual hierbas ponzoñosas,
Prosperan bien en el ambiente de la cárcel;
Sólo lo que de bueno hay en el hombre
Es lo que allí se agosta y se marchita.
Guarda la pesada puerta pálida Angustia,
la Desesperación es el carcelero.

Así escribió un poeta a quien la sociedad había aplicado su justicia:

Yo no sé si las leyes son justas
O si las leyes están equivocadas;
Todo lo que los presos sabemos
Es que los muros son gruesos.
Y ellos esconden bien su infierno
Pues las cosas allí son de tal manera
Que ni el Hijo de Dios ni el Hijo del Hombre
Jamás podrían mirar hacia ellas.

CAPÍTULO XVIl

A las siete de la mañana siguiente dejaron a Jurgis salir de la celda para procurarse agua con que limpiarse, operación que hizo a conciencia, pero que la mayor parte de los presos solían descuidar, hasta que sus calabozos estaban tan sucios que los guardianes tenían que intervenir. Después, obtuvo como desayuno los consabi-

dos mendrugos y el famoso café, y, por último, un recreo de tres horas en un largo patio de paredes de cemento y techo de cristal. El patio era el punto de reunión de todos los reclusos que lo ocupaban formando nutridos grupos. A un lado había una zona destinada a visitantes, protegida pero una recia alambrada doble con un foso intermedio de un pie de anchura, concebido para que los presos no pudieran recibir objetos del exterior. Jurgis estuvo mirando con ansiedad en aquella dirección durante el tiempo del recreo, mas para él no hubo visita.

Luego, a poco de haber regresado a su celda, el guardián abrió la puerta para introducir un nuevo preso. Era éste un joven de apuesta figura, de bigote trigueño, ojos azules y facciones muy agraciadas. El recién llegado saludó a Jurgis con un movimiento de cabeza y, una vez que el guardián hubo cerrado de nuevo la puerta, comenzó a examinar con aspecto crítico el entorno. Cuando, en una de esas ojeadas, se encontró con la mirada de Jurgis le dijo:

—¡Bien, compañero; buenos días!

—Buenos días —contestó Jurgis.

—Bonita manera de pasar la Navidad, ¿eh? —añadió el otro.

Jurgis asintió con la cabeza.

El nuevo huésped se dirigió entonces hacia las literas y reconoció las mantas. Después levantó los jergones, pero los soltó en seguida.

¡Dios santo! Esto va de mal en peor —y, después de haber dedicado a Jurgis una nueva mirada, añadió. Parece que no ha dormido aquí esta noche. Insoportable, ¿no?

—Anoche no tenía ganas de dormir —dijo Jurgis.

—¿Cuando ingresaste?

—Ayer.

El recién llegado dirigió una nueva mirada alrededor de la celda y frunciendo la nariz declaró.

—Hay aquí una peste del demonio, ¿de dónde viene?

—De mí —contestó Jurgis.

—¿De ti?

—Sí, de mí.

—Pero ¿no te obligaron a bañarte?

—Sí, pero el baño no lo quita.

—¿Qué es?

—Abono.

—¡Ah! ¡Abono! ¡Caray! Pero ¿en qué trabajas?

—Trabajo en los mataderos; o, por lo menos, trabajaba hasta hace dos días. El olor es de mi ropa.

—¡Hombre! Esto es nuevo para mí —exclamó el compañero de Jurgis. ¡Y yo que pensaba que había ya pasado por todo...! ¿Y por qué te encerraron?

—Golpeé a mi, capataz.

—¡Ah! ¡Éso esta bien! ¿Qué te había hecho?

—Me trató mal.

—¡Ya comprendo! Tú eres lo que se llama un obrero honrado.

—¿Y usted? —preguntó entonces Jurgis.

—¿Yo? —rió el otro. Yo soy un ganzúa o, al menos, eso dicen.

—¿Y qué es eso?

—Cajas fuertes y cosas semejantes.

—¡Ah! —exclamó Jurgis con expresión de asombro, al tiempo que dirigía a su interlocutor una mirada de respeto.

—¿Quieres decir que las descerrajas, que las abres, para…?

—¡Sí, sí! ¡Eso dicen! —continuó el otro, siempre riendo.

El nuevo preso parecía no tener más de veintidós o veintitrés años, aunque, según supo después Jurgis, había cumplido ya los treinta. Hablaba como un hombre con educación, como los que la sociedad llama caballeros.

—¿De modo que estas aquí por eso? —inquirió Jurgis.

—No —respondió el otro. Me detuvieron por escándalo público. Están furiosos porque no tienen pruebas —declaró, para, después de una ligera pausa, preguntar.

—¿Cómo te llamas? Yo, Duane, Jack Duane. Tengo más de una docena de nombres, pero ése es el que utilizo con mis amigos.

Dicho esto, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas. Luego continuó hablando con gran lo-

cuacidad. No tardó en tratar a Jurgis como a un antiguo amigo. Evidentemente era un hombre de mundo, acostumbrado a todo, que se avenía perfectamente a conversar mano a mano con un simple trabajador. Esto hizo que Jurgis se sincerase también y refiriera toda su historia; toda, menos la verdadera causa de su encarcelamiento, aquel estigma que no osaba mencionar. A continuación Duane relató muchas cosas acerca de su vida. Era, aunque algunas de sus explicaciones no fuesen muy edificantes, un narrador privilegiado. El estar en la cárcel no parecía haber alterado su buen humor. Al parecer ya había estado preso en otras dos ocasiones y se lo tomaba con cierta sorna. Con las mujeres, el vino y las emociones de su oficio, no venía mal, de vez en cuando, un periodo descanso.

Naturalmente, la reclusión de Jurgis se vio considerablemente alterada por el hecho de compartirla. Con la llegada de su compañero de celda, ya no podía volver la cara a la pared y abandonarse a su congoja; tenía, por el contrario, que mantener cierta compostura, y contestar cuando le hablaban. La conversación de Duane, por lo demás, no podía menos que interesarle: era el primer hombre educado con quien había hablado. ¡Y cómo no maravillarse ante a las aventuras que el otro le refería, con sus peripecias de medianoche, sus escapadas milagrosas, los festines, las orgías y los relatos de fortunas disipadas en una noche! El joven Duane, con una mezcla de desdén y entretenimiento, consideraba a Jurgis una especie de mula de carga. También Duane había sentido la injusticia del mundo pero, en lugar de sufrirla con paciencia, había contestado al golpe con el golpe, procurando, por su parte, dar bien fuerte. Su vida era una lucha continua, puesto que había una guerra declarada entre él y la sociedad, pero su genio le permitía vivir a costa de su enemigo, sin temor ni vergüenza. En la lucha no siempre salía victorioso pero, como la derrota significaba aniquilamiento, su ánimo no se abatía ni menguaba su coraje.

A pesar de todo, era un hombre de buen corazón; demasiado bueno, al parecer. Duane no refirió a Jurgis su historia el primer día ni el segundo; su vida fue saliendo a la luz más tarde, en el curso de

las largas horas de reclusión, en las que no podían hacer otra cosa más que hablar, ni hablar de otra cosa que no fueran ellos mismos. Jack Duane procedía de uno de los Estados del Este, donde había recibido educación superior e iniciado la carrera de ingeniería eléctrica, pero un revés de fortuna había empujado a su padre al suicidio y Duane quedó al frente de la familia, compuesta por su madre, su hermana y otro hermano más joven. Su hermana era hermosa. Jurgis no estaba muy seguro, ya que se había hecho ya de noche, pero le dio la sensación de que a Duane le vinieron lágrimas a los ojos al hablar de ella. No la había visto en seis años: prefería que le rompieran un brazo a que ella supiera que había sido de su hermano.

Había, además, algo relativo a un invento de Duane, algo que Jurgis no comprendió bien, pero qué tenía que ver con la telegrafía y era de gran importancia. Aquel invento suponía una fortuna, millones y millones de dólares. El problema era que eran pobres y había que patentarlo con todo detalle. Duane se había gastado todo en abogados y al final había llevado su invento a una importante compañía que, entendiendo su posición, le había ofrecido por sus derechos una miseria. Él había rechazado la oferta, y unas semanas mas tarde, se había encontrado con que habían infringido la patente. Había intentado detenerlos y se vio envuelto en juicios: le hubiera costado una fortuna y la mitad de su vida conseguir que se hiciera justicia. Mientras ellos se aprovechaban de su invento y él estaba arruinado. Luego, por ciertas informaciones que prometían ganancias seguras en las carreras de caballos, había tratado de recobrar su fortuna, valiéndose del capital de otra persona. Al final tuvo que escapar y éste había sido el origen de sus posteriores andanzas. Jurgis le preguntó, entonces, qué le había hecho elegir por profesión la de forzar cajas fuertes, que a él se le antojaba de lo más salvaje y descabellado. A esto contestó Duane que un compañero de prisión le había iniciado en ello. Una cosas conducen inevitablemente a otras. Jurgis le preguntó entonces si había pensado alguna vez en su familia, y el otro le contestó que lo hacía algunas veces, pero con poca frecuencia, porque lo evitaba deliberadamente. Pensar en la

familia no remedia los males. Además, el mundo en que vivían no era el más adecuado para las relaciones familiares. El mismo Jurgis habría de descubrir esa realidad y a partir de ese momento, dejaría de abatirse y pensaría sólo en sí mismo.

Era tan manifiesta la buena fe de Jurgis que su compañero de celda le mostraba la misma franqueza que se dedica a un niño. Por otra parte, era muy agradable para Duane referirle sus aventuras, tanto era el asombro y la admiración que le causaban, y tanta la novedad que tenían para él los usos y costumbres del país. Duane no se tomaba ni siquiera la molestia de ocultar ni disfrazar en sus relatos nombres ni lugares; contó todos sus triunfos y todos sus fracasos, sus amores y sus desdichas. Además, presentó a Jurgis a otros muchos reclusos, a la mitad de los cuales conocía por su nombre. Estos ya habían puesto mote a Jurgis y lo llamaban "el Apestoso". Esto era un poco cruel, pero como no lo hacían con intención de hacerle daño, Jurgis lo aceptó con una sonrisa bonachona.

Por mucho que de cuando en cuando hubiere percibido las fétidas emanaciones de la cloaca social que bullía bajo sus pies, las charcas y estanques de la jungla, ésta era la primera vez que Jurgis se veía salpicado por su podredumbre. Aquella cárcel era una verdadera Arca de Noé donde todos los crímenes de la ciudad tenían su representación. Allí había asesinos, atracadores, ladrones, estafadores, falsificadores, bígamos, soplones, rateros, carteristas, jugadores, mendigos, golfos, borrachos, alcahuetes y camorristas; los había blancos y negros, viejos y jóvenes, americanos y procedentes de todos los países de la tierra. Había criminales empedernidos y hombres inocentes, demasiado pobres para obtener la libertad provisional bajo fianza; se veían hombres viejos junto a muchachos que aún no llegaban a adolescentes. Entre todos formaban el pus de la gran úlcera de la sociedad; daba rechazo verlos y todavía más hablar con ellos. La vida entera se había vuelto en ellos mancha o perdición. Para ellos, el amor era bestialidad; la alegría, trampa y engaño; Dios, una imprecación. Durante el recreo, vagaban de un lado a otro del patio y Jurgis no podía menos que oírles. Él era igno-

rante y ellos eran sabios; él apenas conocía el mundo y ellos habían estado en todas partes y lo habían probado todo. Aquella gente podía referir la odiosa historia y poner al descubierto el espíritu íntimo de una ciudad en la cual la justicia y el honor, las almas de los hombres y los cuerpos de las mujeres, todo se compraba y vendía corno en un mercado; donde los seres humanos luchaban y reñían y se arrojaban unos sobre otros como lobos atrapados en un fondo; de una ciudad en la que los deseos eran fuegos destructores, los hombres su combustible y la humanidad se cocía y encenagaba en su propia corrupción. Todos aquellos hombres habían nacido, sin su consentimiento, en medio de aquella confusión salvaje, en medio de aquel infierno y habían tomado parte en él y habían vivido en él sin poderlo remediar. Estar en la cárcel no era deshonroso para ellos porque el juego nunca había sido leal; las cartas estaban marcadas. Ellos eran timadores y ladrones de calderilla y habían sido atrapados y quitados de en medio por los timadores y ladrones de millones de dólares.

Jurgis procuraba no oír, no enterarse de la mayor parte de esas cosas. Le asustaban aquellos hombres y sus burlas salvajes; constantemente, su corazón y su pensamiento estaban muy lejos, adonde lo llamaban sus seres queridos. De cuando en cuando, en medio de aquel hormiguero de pasiones, su imaginación volaba a otros ámbitos y, entonces, las lágrimas acudían a sus ojos; después eran las carcajadas de sus compañeros de prisión las que lo devolvían a la realidad.

En esas compañías pasó una semana y durante todo el tiempo no supo ni una palabra de los suyos. Gastó uno de sus quince centavos en una tarjeta postal y su compañero, Duane, escribió en ella una nota a la familia diciendo dónde estaba y cuándo se celebraría el juicio. No recibió respuesta alguna y, por último, la víspera de Año Nuevo Jurgis se despidió de Jack Duane. Éste le dio, al separarse, las señas de su domicilio, o más bien del domicilio de su amante, e hizo que Jurgis le prometiera ir verle cuando saliera de la cárcel.

—Acaso te pueda ayudar algún día a salir de algún apuro —le dijo y añadió que sentía que se marchase.

Jurgis fue conducido en el coche celular al tribunal del juez Callahan para ser juzgado. Lo primero que vio, al entrar en el mismo salón donde estuvo la primera vez, fue a Teta Elzbieta y a la pequeña Kotrina que, pálidas y asustadas, ocupaban asientos entre las últimas filas del publico. El corazón de Jurgis latía con violencia, pero no osó hacerles señal alguna y lo mismo le pasó a Elzbieta. Jurgis tomó asiento en el recinto reservado a los acusados y allí permaneció, mirándolas lleno de angustia. Viendo que Ona no estaba con ellas, se entregó, para explicar su ausencia, a las hipótesis más fantásticas. En eso consumió más de media hora hasta que, de repente, sintió dentro de sí una violenta sacudida a medida que la sangre se le subía a la cabeza. Un hombre acababa de entrar en la sala, y aunque Jurgis no pudo verle las facciones, a causa de los vendajes que cubrían su rostro, lo reconoció en seguida por su corpulenta figura. ¡Era Connor! Un estremecimiento se apoderó de Jurgis e involuntariamente se levantó como movido por un resorte. Pero en seguida sintió una mano que le sujetaba del cuello, y una voz bronca, tras de sí, que le decía:

—¡Sentado, hijo de…!

Cedió a la advertencia, pero ya no separó los ojos de su enemigo. Vio que éste estaba vivo y esto, en cierto sentido, le contrarió; pero, en fin, no dejaba de complacerle el verlo lleno de parches y hecho una lástima. Connor y el abogado de la compañía, que iba con él, tomaron asiento tras la baranda que protegía la tarima del juez y un minuto más tarde el oficial llamó a Jurgis. El policía que lo custodiaba lo puso en pie de un empellón y lo condujo hasta el banquillo, sujetándolo fuertemente por el brazo como si temiera que fuera a lanzarse de nuevo sobre el capataz.

Jurgis siguió atento al irlandés mientras éste pasaba a ocupar el puesto de los testigos, prestaba juramento y hacía su declaración. Manifestó Connor que la mujer del acusado había estado empleada en un departamento próximo al suyo y la habían despedido por in-

competente. Media hora después había sido violentamente atacado por el marido, derribado y golpeado hasta dejarlo medio muerto. Podía presentar testigos...

—Probablemente no sean necesarios —observó el juez; luego, volviéndose hacia Jurgis, le preguntó.

—¿Confiesa usted haber atacado al demandante?

—¿A ése? —preguntó Jurgis señalando al capataz. Le he pegado, sí señor—dijo.

—Se dice "su señoría" —apuntó el policía al oído de Jurgis, soltándole, al mismo tiempo, con toda su fuerza un pellizco en el brazo.

—Su señoría —dijo Jurgis obediente.

—¿Trató usted de ahogarle?

—Sí señor... su señoría.

—¿Qué tiene usted que decir en su defensa?

Jurgis vaciló. ¿Qué iba a decir? En los dos años y medio que llevaba en Chicago había aprendido el inglés apenas necesario para manejarse en las cosas elementales de la vida y en entre éstas no estaba el explicar como un individuo había amedrentado y acosado a su mujer. Sin embargo, trató por dos o tres veces de comenzar una explicación, balbuceando y tartamudeando, con gran enojo del juez, a quien el olor del fertilizante tenía medio sofocado. Por último, el acusado pudo dar a entender que su vocabulario inglés era insuficiente para expresarse como lo deseaba; y a estas indicaciones un apuesto joven que exhibía un bigote lleno de gomina se acercó a Jurgis y le invitó explicarse en el idioma que quisiese.

Jurgis, entonces, habló. Creyendo que le darían tiempo para contarlo todo, comenzó por decir que el capataz se había aprovechado de las ventajas de su posición y de las circunstancias de su mujer para hacer proposiciones a ésta, amenazándola con la pérdida de su puesto en el taller. Cuando el interprete tradujo todo esto al juez, que tenía una agenda harto apretada y el automóvil citado a una hora fija, interrumpió el relato diciendo:

—¡Ah! ¡Ya veo! Pero si el capataz acosó a su mujer, ¿por qué no se quejó ella al jefe del taller o buscó empleo en otro sitio?

Jurgis vaciló, desconcertado por la observación del juez y comenzó a explicar que eran muy pobres, que era muy difícil encontrar trabajo.

—Ya veo —le interrumpió el juez Callahan. Y por eso creyó usted más conveniente liarse a golpes con el capataz.

Después se volvió hacia el demandante y le preguntó:

—¿Hay algo de verdad en este relato, señor Connor?

—Ni una palabra, su señoría —respondió el capataz. Es muy desagradable, pero estas gentes siempre dicen lo mismo en cuanto se despide a una mujer.

—Sí, ya lo sé —dijo el juez. He oído esto muy a menudo. Y parece que el amigo le ha tratado a usted con bastante dureza. Treinta días y los costos. ¡El siguiente caso!

Jurgis había escuchado todo esto con gran perplejidad. Únicamente cuando el policía que le tenía sujeto por el brazo se dio vuelta, con ánimo de conducirlo a la salida, comprendió que se había dictado la sentencia. Entonces lanzó en torno a sí una mirada llena de violencia, y exclamó:

—¡Treinta días! —luego, volviéndose con rapidez hacia el juez, gritó frenéticamente.

—¡Señor! Tengo una esposa y un hijo que no tienen dinero, ¡Dios mío! ¡Se morirán de hambre!

—Eso debió usted pensarlo antes de los golpes —contestó el juez secamente y se volvió hacia el siguiente acusado.

Jurgis trato de hablar de nuevo, pero el policía le había agarrado por el cuello de la chaqueta, de forma que le inmovilizaba y, entretanto, un segundo agente se dirigía hacia él con intenciones visiblemente hostiles. Comprendió, entonces, que no tenía más remedio que callarse y seguirles. Al mismo tiempo vio, en el fondo de la sala, a Elzbieta y Kotrina que le miraban aterradas, conforme abandonaban sus asientos. Jurgis hizo un esfuerzo por acercarse a ellas, pero un segundo aviso del guardián en su garganta le hizo bajar la cabeza y abandonar la lucha. Los policías lo llevaron al calabozo de los detenidos, donde aguardaban otros acusados y, tan pronto el

tribunal suspendió la vista, los metieron a todos en el furgón celular, al que los presos llamaban *Black Maria* y se los llevaron.

Esta vez Jurgis fue conducido a la prisión de Bridewell, un establecimiento penal de segunda categoría destinado a los reclusos del Condado de Cook. El hacinamiento y la suciedad eran allí todavía mayores que en la prisión provincial donde había estado antes. Todos los presos de menor importancia que había en la primera fueron trasladados a esta segunda cárcel. Bridewell era el receptáculo de toda la delincuencia que, procedente del primer establecimiento, purgaba delitos de menor importancia; su clientela eran rateros, timadores, vagabundos y camorristas. El compañero de celda de Jurgis era un italiano que tenía un puesto de frutas, que, por negarse a pagar una cuota de protección al policía de su zona, se vio arrestado por llevar encima una navaja de ciertas proporciones. Como el italiano no comprendía una palabra de inglés, Jurgis celebró verlo partir para ser sustituido por un marinero noruego que había perdido media oreja en una riña de borrachos y que resultó un pendenciero que se dedicaba a maldecir a Jurgis por el simple hecho de que, al revolverse en la litera, le echaba encima las cucarachas que se encontraban bajo el jergón. Hubiera sido completamente intolerable permanecer todo el día en una celda con aquel animal; pero, afortunadamente, los presos pasaban fuera toda la jornada, dedicados a picar piedra.

Así paso Jurgis diez de los treinta días de su condena sin recibir la menor noticia de los suyos. Pero, al undécimo, un guardián le notificó que tenía visita. Esto hizo que Jurgis palideciera y hasta le temblasen piernas, que parecían no querer llevarle fuera de la celda. El guardián lo condujo a través de un pasillo al fondo del cual había un tramo de escaleras que daba acceso al cuarto de las visitas, una sala con rejas como las de un calabozo. A través de los barrotes Jurgis advirtió una persona que ocupaba una silla. Al acercarse, el visitante se puso en pie y entonces Jurgis reconoció al pequeño Stanislovas. A la vista de un miembro de su familia, el gigantesco Jurgis se sintió desfallecer. Tuvo que apoyarse en una silla, al mismo

tiempo que se llevó la mano libre a la frente, como si algo le nublase la vista y quisiera disiparlo. Por fin, con voz débil, preguntó:

—¿Qué hay?

El pobre Stanislovas estaba también temblando, y el miedo le impedía hablar. Por fin, tartamudeando, dijo:

—Me envían para decirte...

—¿Qué? —exclamó Jurgis, con desenfado. —¿Cómo están todos?

—Ona esta muy enferma —dijo Stanislovas. Estamos pasando un hambre de muerte. No conseguimos salir adelante. Y pensamos que tú, a lo mejor, podrías ayudarnos.

Jurgis, al oír esto, cerró el puño sobre la silla. La frente se le había humedecido de sudor y le temblaban las manos.

—No... no puedo hacer nada por ustedes —balbuceó.

—Ona se pasa el día en su habitación, sin moverse de la cama —prosiguió el muchacho, que parecía falto de aliento. No quiere comer nada y no cesa de llorar. No quiere decir una palabra de lo que pasa, tampoco acude al trabajo. Hace días el agente vino a cobrar el alquiler y se enfadó mucho al ver que no le pagábamos. La semana pasada volvió otra vez y dijo que nos echaría de la casa. Además, la pobre Marija...

Un sollozo forzó a Stanislovas a interrumpir su relato.

—¿Que le sucede a Marija? Jurgis alzó la voz.

—Se ha hecho un corte en una mano —contestó el muchacho. Y la herida es mala esta vez, peor que la anterior. No puede trabajar y la herida ha tornado un color verde muy extraño. El médico de la compañía dice que tal vez... que tal vez sea necesario cortársela. Marija grita todo el día; se ha quedado casi sin dinero y no podemos pagar el alquiler de la casa ni los intereses; y no tenemos carbón, ni nada que comer, y el tendero dice...

El pobre chico se detuvo de nuevo, echándose a llorar.

—¡Sigue! ¡Sigue! —le apuró Jurgis jadeando de ira .—¡Dímelo todo!

—Ya... ya voy —contestó Stanislovas entre sollozos. Pasamos un frío terrible. El domingo nevó mucho, mucho, y no pude ir al trabajo.

—¡Santo Dios! —gritó Jurgis, y dio un paso hacia el muchacho.

Había una cierta hostilidad entre ambos a causa de la nieve desde aquella horrible mañana en que a Stanislovas se le helaron los dedos y Jurgis tuvo que pegarle para que fuera a trabajar. Ahora, al oír sus palabras, Jurgis apretó los puños con todo el aire de querer derribar las rejas.

—¡Lo mucho que te esforzarías tú en intentarlo, canalla! —gritó.

—Sí me esforcé, sí me esforcé —balbuceó Stanislovas, apartándose, aterrorizado, de donde Jurgis pudiera alcanzarlo. Lo intenté muchas veces durante dos días. Elzbieta estaba conmigo y tampoco ella pudo ir. No conseguíamos dar un paso. ¡Había tanta nieve! No teníamos nada que comer y ¡hacía tanto frío! Volví a probar y el tercer día Ona salió conmigo.

—Ona.

—Sí, Ona trató también de ir a trabajar. No había más remedio, si no queríamos morir de hambre. Pero se encontró con que había perdido el puesto.

Las últimas palabras de Stanislovas, hicieron que Jurgis se tambalease y jadeara sin resuello.

—Pero, ¿ha vuelto Ona a su trabajo? gritó.

—Lo intentó —dijo Stanislovas, mirando a Jurgis lleno de perplejidad. ¿Por qué no?

Antes de hablar, Jurgis respiró hondo tres o cuatro veces.

—Continúa —dijo por fin.

—Yo fui con ella, pero el capataz no quiso readmitirla: la cubrió de maldiciones, al verla. Todavía va vendado de arriba abajo. ¿Por qué le pegaste, Jurgis?

El muchacho se había dado cuenta que un gran misterio rodeaba aquel suceso, algo que todo el mundo trataba de ocultarle.

Jurgis no podía hablar. Sólo miraba, y lo hacía con tal fijeza que los ojos parecían salírsele de las órbitas.

—Ona ha estado buscando trabajo en otras partes; pero está tan débil que ha tenido que dejarlo. Mi capataz también me ha despedido. Ona dice que es porque conoce a Connor y se ha puesto de su parte. Todos ellos están ahora en contra de nosotros. De manera que no he tenido más remedio que ir a la ciudad a vender periódicos con los pequeños y con Kotrina.

—¡Con Kotrina!

—Sí, también está vendiendo periódicos y es la que mejor se defiende, por ser muchacha. Lo malo es que a veces hace un frío atroz. Es terrible tener que volver a casa por la noche. Algunas veces, los pequeños no pueden. Ahora voy a ver si los encuentro y dormiré con ellos esta noche. Es tan tarde y la casa está tan lejos, que es imposible volver a pie hasta allí. He venido andando hasta aquí y ni siquiera sé el camino ni cómo hay que volver. Pero mamá dijo que era preciso venir a contártelo todo, porque tú querrías saber lo que pasa y acaso alguien deba ayudar a tu familia, puesto que estás en la cárcel y no puedes trabajar. Llegar a pie hasta aquí me ha llevado todo el día y sólo he comido un pedazo de pan esta mañana, Jurgis. Teta Elzbieta tampoco tiene trabajo porque ya no la necesitan y ahora va con un cesto, pidiendo limosna por las casas. De esta manera conseguimos un poco de comida; pero ayer apenas consiguió nada. Hacía mucho frío, los dedos se le helaban, y esta mañana estaba llorando.

Y así continuó Stanislovas sollozando al mismo tiempo que hablaba. Jurgis seguía en pie, inmóvil, la mano aferrada a la mesa del locutorio, mudo, pero sintiendo que la cabeza le estallaba. Parecía como si fueran colocando encima de él pesas y más pesas con el propósito de hacerle sucumbir, de aplastarle bajo una carga insoportable. Luchaba y peleaba consigo mismo, como sumido en una de esas horribles pesadillas, en las que atormentado hasta la agonía, no puede uno, sin embargo, ni mover una mano, ni gritar y, entretanto, siente que va a enloquecer de dolor, que el cerebro le abrasa por dentro.

Cuando creía que una nueva vuelta de la tuerca bastaría para matarle, el muchacho se detuvo y preguntó, casi sin voz:

—¿Y tú nos puedes ayudar?

Jurgis sacudió la cabeza.

—¿De modo que aquí no te dan nada?

Nuevo gesto negativo.

—¿Cuando saldrás de la cárcel?

—Dentro de tres semanas.

Entonces el muchacho miró a su alrededor como si no supiera adónde volver los ojos y dijo:

—Entonces, lo mejor será que me vaya.

Jurgis asintió con la cabeza; pero, entonces, recordando algo repentinamente, se metió la mano en el bolsillo y la volvió a sacar temblando.

—¡Toma! —dijo, sacando el brazo por los barrotes y mostrando a Stanislovas catorce centavos que le quedaban.

—Lleva esto a casa.

Stanislovas tomó el dinero, después de vacilar un poco, y se dirigió, por fin, hacia la puerta.

—Adiós, Jurgis —fueron sus últimas palabras.

Y, mientras se alejaba hasta perderse de vista, Jurgis advirtió que el paso del muchacho era inseguro.

Durante más de un minuto el preso permaneció apoyado en la silla, balanceándose. Entonces el guardián le tocó el brazo, él se volvió y regresó a picar piedra.

CAPÍTULO XVlll

Jurgis no salió de Bridewell tan pronto como esperaba. A los treinta días de la condena había que añadir las costos, un dólar y medio —pues se le suponía obligado a pagar por la molestia de meterle en la cárcel— y, no teniendo con que satisfacer esa cantidad, hubo de redimirlo mediante otros tres días de trabajo. Nadie se había preocupado de informarle sobre ese particular y el descubrimiento se produjo al cabo de esos treinta días de mortificada espera, esas

treinta jornadas contadas una a una, al término de las cuales, cuando esperaba verse libre, fue, una vez más, conducido a la cantera. Elevó una tímida protesta, pero se rieron de él. Creyó, entonces, que se había equivocado en la cuenta pero, cuando llegó el día siguiente y sucedió lo mismo, perdió ya toda esperanza y se sumió en la más negra desesperación, hasta que al cuarto día, después del desayuno, llegó un guardián a notificarle que había concluido su condena y estaba libre. Luego devolvió el uniforme de la prisión, se vistió nuevamente su traje de obrero de la fábrica de abonos y atravesó, sin más, la puerta que se cerró a sus espaldas con un sonido metálico.

Se detuvo entonces en la escalinata de acceso y allí permaneció un instante, sin saber qué hacer. Le parecía casi imposible que aquello fuera verdad: que el cielo se extendiera sobre él en todas direcciones, que el camino estuviera abierto ante su vista y que fuera libre de nuevo. Pero el frío comenzó a traspasarle y hubo de ponerse en marcha rápidamente.

Había caído una abundante nevada, que ahora comenzaba a derretirse bajo una lluvia fina que, empujada por un gélido ventarrón, calaba hasta los huesos. Jurgis no se había cuidado de coger el abrigo cuando salió en busca de Connor; de modo que sus viajes en el coche celular habían sido de lo más crueles a causa del frío, ya que de puro viejas sus ropas apenas le abrigaban. Al salir de la cárcel, la llovizna no tardó en impregnarlas, y con medio pie de lodo y nieve derretida en el piso, pronto, aunque no hubiera tenido agujeros y grietas en las botas, se le calarían también los pies.

Durante su estancia en la cárcel, no le había faltado alimentación y el trabajo de la prisión resultó ser el menos fatigoso de cuantos había tenido desde su llegada a Chicago. Pero a pesar de ello, no sólo no era mejor su aspecto sino que, asaltado constantemente por el temor y la pesadumbre, se había consumido. Iba, pues, temblando de frío, con las manos en los bolsillos, altos los hombros y hundida la cabeza entre ellos. La cárcel de Bridewell se hallaba a las afueras de la ciudad, entre descampados y solares vacíos. A un lado corría el gran colector donde desembocaban las alcantarillas de la

ciudad y, del otro, un laberinto de vías férreas que proporcionaban al viento un corredor sin obstáculos. Después de una buena caminata a la ventura, Jurgis encontró a un muchacho con todo el aspecto de un ladronzuelo, al cual gritó desde lejos:

—¡Eh, muchacho!

El muchacho, al verlo, guiñó un ojo, como para dar a entender que conocía la procedencia de Jurgis y, al mismo tiempo, le gritó a su vez:

—¿Qué quieres?

—¿Cómo te vas de aquí a los mataderos?

—Yo no voy —respondió el chico.

Jurgis vaciló un momento, pasmado por la contestación y, después de una pausa, insistió.

—Quiero decir, ¿cuál es el camino para ir allí?

—Haber empezado por ahí —argumentó el muchacho y, señalando hacia el noroeste, al otro lado de las vías férreas, añadió:

—Por allá.

—¿A qué distancia? —preguntó Jurgis.

Y el alma se le cayó a los pies al considerar la enorme distancia y el hecho de que, habiendo salido de la cárcel sin un centavo en el bolsillo, no tendría más remedio que recorrerla a pie.

Rendido a la evidencia, echó a andar con toda decisión, y cuando, por efecto de la marcha, comenzó a entrar en calor, olvidó todas las dificultades presentes y se dejó llevar por la fiebre de su pensamiento. Todas las visiones de terror que le habían asaltado en la cárcel acudieron súbitamente y en tropel a su imaginación. Su angustia casi había terminado, pensaba, y muy pronto todas las incógnitas se verían despejadas. Ante esta idea, apretaba los puños dentro de los bolsillos y seguía marchando rápidamente, casi corriendo y anhelando tener alas para volar. Ona, el niño, la familia, la casa, pronto sabría qué suerte habían corrido. Allá iba en su auxilio, libre de nuevo, con las manos dispuestas al trabajo para ayudarlos y luchar por ellos contra el mundo.

De este modo anduvo durante una hora y entonces comenzó a mirar de nuevo a su alrededor. Le parecía que se alejaba más de Chicago en vez de acercarse, puesto que la calle por donde caminaba iba tomando el aspecto de una carretera de campo, surcando, a un lado y a otro, campos cubiertos de nieve. Siguió, sin embargo, su camino hasta que, al poco rato, encontró a un campesino en un carro de dos caballos cargado con paja. Dirigiéndose resueltamente a él, preguntó:

—¿Es éste el camino para los mataderos?

El campesino se rascó la cabeza con gesto de duda y dijo:

—No estoy seguro, pero deben estar en algún sitio de la ciudad y vas en dirección completamente opuesta.

A Jurgis le surgió una expresión de asombro y exclamó:

—Pues me dijeron que éste era el camino.

—¿Quién se lo dijo?

—Un muchacho.

—Puede que se haya querido divertir a tu costa. Lo mejor que puede usted hacer es volver sobre tus pasos hasta llegar a la ciudad y entonces preguntar a un guardia. Yo le llevaría, pero vengo de muy lejos y llevo mucha carga ¡Arre!

Jurgis siguió el consejo y, andando sin cesar, hacia el medio día avistó los primeros suburbios de Chicago. Atravesó, luego, interminables barriadas formadas por humildes casas de dos pisos, caminando por aceras de tablas y atravesando encrucijadas sin empedrar y llenas de traidoras hondonadas cubiertas de lodo. A cada poco iba encontrando pasos de nivel de distintas vías férreas que, discurriendo a ras de las aceras, resultaban trampas mortales para peatones distraídos; por allí cruzaban largos trenes de mercancías, con el choque y golpes de los vagones, a cuyo paso Jurgis había de detenerse o iniciar, consumido por la impaciencia, paseos sin sentido. En ocasiones los trenes se detenían por espacio de varios minutos y, entonces, vagones y tranvías se apiñaban unos contra otros a ambos lados de la calle; mientras los conductores se insultaban o buscaban refugio de la lluvia bajo sus paraguas. En tales casos, Jur-

gis traspasaba las barreras y atravesaba las vías corriendo entre los coches, jugándose la vida.

Siguiendo su camino, pasó por un gran puente, tendido sobre un río helado y cubierto de fango. Ni aún en las márgenes de este río se veía blanca la nieve, pues el humo que impregnaba la atmósfera lo ennegrecía todo y el propio Jurgis tenía ya la cara y las manos moteadas de negro. Luego alcanzó el sector comercial de la ciudad, donde las calles asemejaban canales negros, como de tinta. Allí se veían caballos que se resbalaban y derrumbaban, y mujeres y chiquillos que cruzaban de una acera a otra en manadas, asustados. Eran estas vías inmensos desfiladeros flanqueados a ambos lados por edificios, también negros, de colosal altura, que retumbaban con los ecos de las bocina y los gritos de los cocheros. Parecía un hormiguero: la gente tan atareada, corriendo de un lado a otro, siempre anhelantes, sin pararse y sin mirar a nada, ni siquiera entre sí. El solitario extranjero, con su aspecto de golfo, con sus vestidos calados por la humedad, con la fatiga y la pena retratadas en el rostro, con los ojos asombrados ante aquel espectáculo, quedaba tan solo en medio de aquellas multitudes, tan inadvertido y aislado como si recorriera un país desértico, perdido a miles de leguas de distancia.

Un policía le indicó la dirección que debía tomar y le explicó que le quedaban aún unas cinco millas de camino. Luego Jurgis se internó nuevamente en barrios pobres, después por avenidas donde abundaban las tabernas y las tiendas baratas, alternando con edificios de ladrillo destinados a las fabricas y talleres; más adelante encontró carboneros y tendidos del ferrocarril; hasta que, por último, levantando la cabeza cual animal alertado, pareció percibir ya en la atmósfera el aire del territorio que le daba morada. La tarde iba ya avanzada, y Jurgis se sentía hambriento.

Pero las comidas gratis con que las tabernas invitaban al que pagaba por la bebida no eran para él...

De esta manera llegó, por fin, a los mataderos, con sus volcanes de humo negro, su atmósfera hedionda y su aire poblado de los lejanos mugidos de las reses. Entonces, viendo pasar un tranvía

abarrotado de gente, no pudo contener su impaciencia y saltó a la plataforma trasera, ocultándose tras otro pasajero para que el cobrador no lo notase. De este modo, en diez minutos más, llegó a su calle y a su casa.

Casi corriendo atravesó la última bocacalle y dio vuelta a la esquina. Por fin llegaba a su hogar; pero de repente, al alzar la vista, se paró y miró asombrado: ¿que había sucedido en su casa?

Jurgis miró dos veces completamente atónito y luego dirigió la vista primero a las casas contiguas y, más tarde, a la taberna del chaflán. No había duda, no se había equivocado. Estaba en el sitio correcto. Pero su casa estaba pintada de distinto color.

Dio dos pasos más y se convenció de que lo que veía no era una ilusión de sus sentidos; la fachada, antes de color gris, ahora era amarilla; y los embellecedores que bordeaban las ventanas, antaño rojos, ahora eran verdes. ¡La casa había sido pintada de nuevo! ¡Qué extraño era aquello!

Jurgis se aproximó más, pero siempre marchando por la acera opuesta. Una sensación de ansiedad, de miedo horrible, le sobrecogió de repente. Las piernas se le doblaban y la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo compaginar los apremios de la gente y el hallarse la casa recién pintada y ver canalones nuevos en lugar de los antiguos, que ya habían empezado a pudrirse? También notó enseguida que unas tejas nuevas cubrían una gotera del tejado; la misma que, durante seis meses, había sido un tormento, porque no tenían dinero para mandarla reparar, ni tiempo para hacerlo él mismo; por allí había estado rezumando constantemente el agua, hasta desbordar las latas y recipientes con que intentaba contenerla, sin poder impedir que se derramase por el piso de la buhardilla, estropeando los techos de las habitaciones inferiores. Y, ahora, veía todo aquello reparado: además un cristal de las ventanas, roto hacía mucho tiempo, había sido reemplazado por otro nuevo, y las cortinillas de las ventanas estaban blancas y planchadas. Entonces, de pronto, se abrió la puerta de la casa. Jurgis se detuvo conteniendo el aliento. A la puerta se asomó un muchacho completamente desconocido para

él: un muchacho gordo, colorado y sano, como nunca habían estado los de su casa.

Jurgis miró al muchacho, fascinado en su contemplación. El chico bajó los escalones silbando, apartando con el pie la nieve allí acumulada. Se detuvo al pie de la escalinata, amontonó un poco de nieve y comenzó a formar con ella una bola. Un momento después levantó la cara, tendió la vista en derredor, vio a Jurgis y sus ojos se encontraron. La mirada del muchacho era hostil, sin duda convencido de que el otro sospechaba de dónde iría a parar la bola de nieve. Cuando Jurgis se decidió a cruzar lentamente la calle, dirigiéndose hacia el chico, éste volvió rápidamente la cabeza hacia la casa, como considerando la retirada, pero optó por permanecer en su sitio.

Al llegar junto a él, Jurgis se apoyó en la balaustrada porque se sentía desfallecer y venciendo el jadeo, preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Largo! ¡Vete! —exclamó el muchacho.

—Tú...—preguntó Jurgis—¿qué tienes que ver con esta casa?

—¡Cómo! —contestó el chico con enfadado. —Yo vivo aquí. Ésta es mi casa.

—¿Que tú vives aquí? —exclamó Jurgis, palideciendo y apoyándose con más fuerza en la balaustrada. ¿Que tu vives aquí? Entonces, ¿dónde está mi familia?

El muchacho le miró sorprendido, y repitió:

—¡Tu familia!

Jurgis, entonces, se aproximó más a él, voceando:

—Ésta... ésta es mi casa.

—¡Quita! —dijo el chico.

A todo esto, se había abierto la puerta de la casa, y el muchacho, al advertirlo, alzó la voz en dirección a ella.

—¡Eh, mamá! ¡Aquí hay un hombre que dice que esta casa es suya!

Una irlandesa robusta apareció en lo alto de los peldaños y exclamó:

—¿Qué?

Jurgis se volvió hacia ella y gritó con expresión salvaje:

—¿Dónde está mi familia? ¡Yo la deje aquí! ¡Ésta es mi casa! ¿Qué hacen ustedes aquí?

La mujer se quedó mirando a Jurgis entre asombrada y asustada, pensando, sin duda, que tenía un loco delante, pues, verdaderamente, era el aspecto que Jurgis presentaba. Por fin, la irlandesa abrió la boca para decir:

—¡Su casa!

—Sí, mi casa —afirmó Jurgis, casi chillando.

—Yo vivía aquí.

—Debe ser un error —respondió la mujer. Aquí no ha vivido nadie. Ésta es una casa nueva. Así nos lo han dicho "ellos".

—Pero, ¿qué han hecho con mi familia? —gritó Jurgis fuera sí.

Pareció, entonces, como si la mujer hubiera vislumbrado repentinamente una luz. Acaso abrigaba ya sus dudas acerca de lo que habían dicho "ellos".

—No sé donde esté su familia —dijo al fin. Compré esta casa hace solamente tres días. Aquí no había nadie y me dijeron que la casa era completamente nueva. ¿Dices que la tenías alquilada?

—¡Alquilada! —exclamó Jurgis. ¡Comprada! ¡He pagado por ella! ¡Es mía! ¿Y dices que...? ¡Dios mío! ¿No puedes indicarme adónde ha ido mi gente?

La irlandesa pudo, por fin, hacer que Jurgis entendiera que ella no sabía nada de lo que le preguntaba. Jurgis sufría tal confusión de ideas, que no alcanzaba a percatarse de todo aquello. Le parecía como si su familia hubiera sido borrada de la faz de tierra; más todavía, como si fuesen seres fantásticos que nunca hubieran existido. Realmente no sabía qué hacer ni qué decir, cuando de repente pensó en la abuela Majauszkis, que vivía en la manzana inmediata. ¡Ella lo sabría todo! Dio entonces media vuelta y echó a correr.

Fue la propia abuela Majauszkis quien salió a abrir. Al verle profirió un grito, se puso a temblar y alzó hacia Jurgis unos ojos despavoridos. ¡Sí, sí! exclamó al verlo, ella podía explicárselo todo. La familia se había marchado. No habían podido pagar el alquiler

y los habían echado a la calle, sin importarles que nevara; a la semana siguiente habían repintado la casa y la volvieron vender. No, ella no sabía lo que había sido de ellos, pero le constaba que habían vuelto a casa de Aniele Juknos, donde habían estado nada más llegar a Chicago. A esto invitó a Jurgis a que entrase y descansara. Lo sucedido era una desdicha, prosiguió la vieja. ¡Si Jurgis no hubiera estado preso!

Pero Jurgis, que había oído ya bastante, se volvió y se alejó trastabillando. No llegó, sin embargo, muy lejos; al volver la esquina se rindió por completo, y, sentándose en el umbral de una taberna, con el rostro escondido entre las manos, prorrumpió en roncos sollozos sin llanto que sacudían todo su cuerpo.

¡Su casa! ¡Su casa! ¡Perdida para siempre! El dolor, la desesperación, la rabia, le abrumaban. Sus peores sueños nada eran comparados con la terrible realidad de ver su hogar invadido por extraños que encortinaban ventanas que eran suyas y le rechazaban con miradas hostiles. Todo esto era monstruoso, increíble. ¡No podía ser! ¿Con qué derecho le despojaban así? ¡Y pensar en lo que habían sufrido por aquella casa, las miserias y privaciones que habían soportado, lo que habían pagado por ella!

Todas las angustias pasadas acudieron entonces a su mente. El sacrificio inmenso que hicieron al principio; aquellos trescientos dólares, reunidos entre todos, que constituían su único patrimonio y su sola defensa contra la indigencia. Luego, sus apuros, mes tras mes, para reunir los dólares y los intereses, y de cuando en cuando las contribuciones, los seguros, las reparaciones, y tantos y tantos desembolsos olvidados. Sí, ellos habían puesto su alma entera en la compra de aquella casa. Habían pagado por ella con su sudor y con sus lágrimas; más aún, con su propia sangre. Diedas Antanas había muerto en la lucha por ganar el dinero necesario; de otra manera, si no hubiera tenido que trabajar en los húmedos y oscuros sótanos de Anderson's para contribuir a los gastos, el pobre viejo viviría aún lleno de salud. También Ona había sacrificado la suya, y dado su propia vida en el pago; y él mismo, Jurgis, que tres años atrás fuera

un hombre fuerte y robusto, se veía ahora rendido, destrozado, acobardado y llorando como un chiquillo. ¡Ah, todos ellos habían sido arrastrados a la lucha para no conocer más que la derrota!

Todo lo habían perdido, hasta el último centavo. La casa había desaparecido y, desposeídos de todo, se encontraban como al principio, pero ahora a merced del frío y del hambre.

Jurigs veía de pronto la cruda realidad. Se veía a sí mismo, a través de todo el largo curso de acontecimientos: víctima de buitres hambrientos que se habían cebado en sus entrañas, de demonios que le habían atormentado y hostigado, mofándose de él, riéndose de sus desdichas. ¡Dios Todopoderoso! ¡Qué horrible, que atroz, que satánica burla! Él y su familia, pobres mujeres y chiquillos luchando por la vida, ignorantes, indefensos y desamparados, frente a enemigos que siempre estaban al acecho, que les seguían los pasos y los acosaban, ávidos de su sangre. Primero, aquel anuncio, lleno de mentiras, y la taimada locuacidad del agente. Luego, el lazo de los pagos adicionales, los intereses y otras cargas que no tenían medios de afrontar, ni nunca hubieran aceptado de haberlo sabido a tiempo. Después, las artimañas de los empresarios, su amos, los tiranos que lo dirigían y lo dominaban todo: manejando los cierres, reduciendo jornadas, implantando horarios irregulares, acelerando abrumadora e inhumanamente la labor, rebajando los salarios y aumentando los precios, todo ello a su libre arbitrio. Y, además de todo esto, la inclemencia de la naturaleza, del calor y el frío, de la lluvia y la nieve; la inclemencia de la ciudad y del país entero, cuyas leyes y costumbres no comprendían. Todas estas cosas habían operado en conjunto en favor de la compañía que, tras atraparlos en sus redes, no hacía sino aguardar su momento. Y éste había llegado con aquella última y odiosa injusticia, echándolos sin contemplaciones a la calle para apoderarse de la casa y venderla otra vez. Entretanto, ellos nada podían hacer; estaban atados de pies y manos, porque tenían la ley en contra y todo el mecanismo de la sociedad al servicio de sus opresores. Apenas alzase una mano contra ellos, Jurgis se

vería nuevamente preso, como una fiera, en el calabozo de donde acababa de salir.

Levantarse y marchase del sitio en donde se encontraba era rendirse, reconocer la derrota, dejar aquella familia extraña en posesión de la casa. Y con toda seguridad Jurgis hubiera permanecido horas y horas sentado junto a la acera, sufriendo la nieve o la lluvia, de no ser porque pensaba al mismo tiempo en su familia.

Acaso tuviera todavía que descubrir cosas peores. Movido por esa idea se puso en pie y echó a andar de nuevo vacilante y medio aturdido, como en sueños.

Hasta la casa de Panei Aniele, que se encontraba en *Back of the yards*, había más de dos millas. Nunca esta distancia había parecido a Jurgis tan larga; cuando distinguió el pobre edificio, tan conocido, sucio y ceniciento, el corazón comenzó a latirle con violencia. Subidos tres o cuatro escalones que conducían a la entrada, comenzó a aporrear la puerta.

Fue la propia Aniele quien acudió a abrir, consumida por reumatismo desde la última vez que Jurgis la había visto. La pobre vieja se asomó al umbral, con el rostro amarillento y apergaminado; apenas sobrepasaba la altura del picaporte. Al ver a Jurgis, la mujer se sobresaltó.

—¿Está Ona aquí? —pregunto él sin resuello.

—Sí —contestó la vieja. Aquí está.

—¿Cómo...? empezó Jurgis, pero se detuvo de repente, apoyándose en el quicio y agarrándose, convulso, a la puerta.

Del interior de la casa había salido un grito desgarrador, horrible, angustioso. Era Ona quien lo había emitido. Aquella era su voz. Por un instante Jurgis quedó paralizado por el miedo. Después, apartando a la vieja Aniele ganó, de un salto, el interior.

Se encontró en la cocina de la casa, donde media docena de mujeres pálidas y aterradas se apretujaban en torno a la estufa. Una de ellas, un brazo envuelto vendajes, huraño y extraordinariamente demacrado el rostro, dio un respingo al ver a Jurgis y se levantó del asiento. Jurgis, que ni siquiera se había dado cuenta de que aquella

era Marija, comenzó a buscar a Ona con la mirada y, al no verla entre las demás mujeres, fijó en ellas sus ojos aguardando sus palabras. Pero ellas permanecieron inmóviles, mudas, mirándole de soslayo y temblando de miedo. Un segundo después se oyó otro grito desgarrador. El grito venía de la parte trasera de la casa, de algún lugar del piso superior. Jurgis cruzó entonces de dos zancadas la cocina y abrió de un empellón la puerta que había al otro lado. Allí, una escalera de mano apoyada en una trampilla daba acceso al sotabanco. Ya al pie de la escalera, oyó una voz tras de sí y vio a Marija a su lado.

Ella le sujetaba el brazo con la mano sana y, jadeante, desaforada, gritó:

—Jurgis, ¡no! ¡Detente!

A él se le cortó la respiración.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que no subas! —exclamó Marija.

El terror y el azoramiento habían puesto a Jurgis fuera de sí.

—¿Pero qué pasa? —voceó— ¿qué ocurre?

Marija se aferró a él con toda su fuerza. Pero, oyendo a Ona, que seguía sollozando y quejándose arriba, Jurgis trató de desasirse y subir, sin aguardar la respuesta de Marija.

—¡No, no, Jurgis! —le atajó ella. —¡No subas! ¡Es el niño!

—¿El niño? —repitió él lleno de confusión.

Marija le contestó en voz muy baja:

—No, el nuevo.

Como si todas sus fuerzas le hubiesen abandonado de golpe, Jurgis hubo de buscar apoyo en la escalera y se quedó mirando a Marija come si fuera un espectro lo que veía.

—¿El nuevo? —repitió sin aliento para, en seguida añadir bruscamente.—¡Pero si no es tiempo todavía!

Marija asintió con la cabeza y dijo:

—Ya lo sé, pero ha venido.

En ese memento se oyó otro grito de Ona, que fue para Jurgis como un golpe en plena cara. Tuvo, primero, una mueca de dolor y

luego palideció intensamente. La voz de Ona, que se había ahogado en un gemido, renació entonces entre sollozos:

—¡Dios mío! ¡Déjenme, déjenme morir!

Marija le echó los brazos en torno como para cerrarle el paso, y su voz sonó aguda:

—¡Sal de aquí! !Vete!

Medio arrastrándolo, porque parecía completamente aniquilado, como si las columnas de su espíritu se hubiesen venido abajo, se lo llevó a la cocina y allí, abrumado por el terror, trémulo como una hoja en el árbol, sujeto todavía por Marija, se desplomó en una silla ante la mirada de las mujeres, que le contemplaban mudas y llenas de miedo.

Otra ves sonaron los gritos angustiosos de Ona, tan audibles como antes. Entonces Jurgis se puso en pie, y preguntó, anhelante:

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—No mucho —contestó Marija. Y, en seguida, a una señal de Aniele, añadió– Vete ahora, Jurgis. No nos puedes ayudar en nada. Vete y vuelve más tarde. Está todo bien...

—¿Quién está con ella? —le interrumpió Jurgis. Y viendo que Marija vacilaba, volvió a gritar con más fuerza—: ¿Quién está con ella?

—Ona está atendida —contestó Marija—, Elzbieta está con ella.

—Pero, ¿y el médico? ¡Alguien que entienda!

Había asido a Marija por el brazo; ella se puso a temblar y, al responder, su voz no era ni un susurro.

—No tenemos... no tenemos dinero —y, asustada por la expresión de Jurgis, añadió—: Pero todo va bien, Jurgis. Tú no sabes de estas cosas. ¡Vete, vete! ¡Por que no habrás venido un poco más tarde!

Pero silenciando estas protestas volvieron a oírse los chillidos de Ona, que hacían perder a Jurgis la razón. Todo esto era nuevo para él, crudo, horrible, era como la descarga de un rayo. Cuando nació Antanas, Jurgis estaba en el trabajo y no supo nada de lo su-

cedido hasta que volvió a su casa, cuando ya todo había terminado. Pero ahora no sería fácil apaciguarlo.

Asustadas, sin saber a qué recurrir, las mujeres trataron, una tras otra, de argumentar con él y convencerle de que aquello no era sino el resultado de una ley natural. Así consiguieron, por último, poco menos que arrastrarlo hasta la calle, donde seguía lloviendo. Allí, delante de la casa, con la cabeza descubierta, comenzó a pasear arriba y abajo sin poder dominar su agitación. Como desde la calle continuaba oyendo los gritos de Ona, trató, primero, de alejarse para no tener que soportar aquella angustia y luego, incapaz de sufrir el distanciamiento, volvió otra vez sobre sus pasos. Al cabo de un cuarto de hora, subió de nuevo la escalinata y golpeó la puerta. Por miedo a que la derribara, las mujeres abrieron y lo dejaron entrar.

Y ya no hubo manera de aplacarle. Convencerle de que el parto se desarrollaba con normalidad fue inútil. ¿Qué sabían ellas?, gritó. Ona se estaba muriendo, la estaban destrozando.

—¡Óiganla! —gemía—: ¡escuchen sus gritos!

Ah, aquello era monstruoso, intolerable. Por fuerza debía haber un remedio para ello. ¿Habían intentado llamar a un médico? Se le podría pagan más adelante; podrían prometerle.

—No podemos prometer nada, Jurgis —intervino Marija. No tenemos dinero. Subsistimos de milagro.

—Pero yo puedo trabajar —gritó Jurgis. Yo puedo ganar lo que haga falta.

—Sí —respondió Marija—, pero creímos que seguías en la cárcel. ¿cómo podíamos saber cuándo te verías libre? Y los médicos, como todo el mundo, no trabajan de balde.

Marija continuó explicando a Jurgis que habían tratado de que la asistiera una comadrona, y que todas ellas habían pedido diez, quince y hasta veinticinco dólares, y pagados por adelantado; y añadió:

—Y yo no tengo más que veinticinco centavos. He gastado cuanto tenía en la casa y en el banco. Debo dinero al doctor que me ha estado curando: ha dejado de venir porque cree que no pienso

pagarle. A Aniele le debemos dos semanas de renta y la pobre no tiene qué comer y esté temiendo que la echen de la casa. Hemos pedido prestado, hemos mendigado para poder vivir; ya no nos queda más que hacer...

—¿Y los muchachos? —preguntó Jurgis.

—Hace tres días que no vienen a casa. El tiempo ha sido pésimo. No saben nada de lo que ocurre. Esto ha venido de repente; dos meses antes de lo que pensábamos.

Jurgis, que estaba de pie junto a una mesa, se agarró a ella. Trémulos los brazos, agachó la cabeza como si fuera a desplomarse. Entonces Aniele se levantó repentinamente y se acercó a él renqueando al tiempo que rebuscaba en el bolsillo de su falda, de donde extrajo un pedazo de trapo muy sucio, en una de cuyas esquinas había algo atado.

—¡Toma Jurgis! —exclamó. —Aún me queda algún dinero. *¡Palauk!* ¡Mira!

Desató el saco y vació su contenido: treinta y cuatro centavos.

—¡Cógelo todo! —dijo a Jurgis—, y sal, a ver si puedes traer a alguien. Quizá las demás quieran también ayudarte. Sí amigas mías —dijo volviéndose a las otras mujeres—, denle lo que tengan. Él les devolverá todo. Necesita ocuparse en algo. Eso le hará bien aunque no logre nada. Y, cuando vuelva, quizá todo haya concluido.

A estas palabras, las demás mujeres vaciaron sus bolsillos. La mayor parte de ellas sólo tenía monedas de diez y veinticinco centavos, pero se las entregaron todas. La señora Oiszewski, que vivía en la casa de al lado, y cuyo marido era un carnicero muy cualificado, y muy borracho, pudo dar cerca de medio dólar, con lo cual llegó a reunir un dólar y veinticinco centavos. Jurgis recogió el dinero, se lo metió en el bolsillo sin abrir la mano y salió corriendo de la casa.

CAPÍTULO XIX

"Madame Haupt Hebamme" decía el rótulo colocado en la ventana de un segundo piso sobre una taberna de la avenida. Junto a la

puerta de la casa se veía, además, la misma inscripción y debajo, una mano pintada que señalaba una escalera angosta y oscura. Jurgis subió los peldaños de tres en tres.

Madame Haupt estaba en su cuarto, friendo tocino y cebollas y había dejado la puerta entornada, para dejar salir el humo. Cuando Jurgis apoyó en ella la mano, para llamar, la puerta se abrió de par en par y mostró a la comadrona en el crítico momento en que se llevaba una botella a la boca. Jurgis llamó entonces con fuerza y, sobresaltada por el ruido, la mujer dejó a un lado la botella y volvió la cabeza. La comadrona era una holandesa extraordinariamente gorda, tanto que, al andar, se bamboleaba como una barquilla en el océano y los platos colocados en la alacena entrechocaban unos contra otros. Llevaba puesta una bata sucia de color azul y tenía los dientes negros.

—¿Qué querer? —preguntó al ver a Jurgis.

Éste había corrido de tal modo, que le faltaba aliento para hablar, y desaliñado, con la mirada extraviada, parecía salido de una tumba.

—¡Mi mujer! —exclamó él todavía sin resuello—, ¡ven enseguida!

Madame Haupt separó la sartén del fuego, se limpió las manos en la bata y díjo con fuerte acento holandés:

—¿Es que llamar para un parto?

—Sí —jadeó Jurgis.

—Acabo de venir de otro sin haber tenido tiempo toda de comer. Pero, si es muy grave…

—Sí, lo es.

—Entonces, acaso... ¿Qué va usted a pagar?

—Yo... yo... ¿cuánto quieres? —balbuceó Jurgis.

—Veinticinco dólares.

Jurgis se desmoronó.

—No puedo pagar eso —dijo.

La holandesa, que le miraba con mucha atención, indagó.

—¿Cuánto puede pagarme?

—¿Ha de ser ahora mismo?

—La costumbre. Todos mis clientes los hacen.

—Yo... ahora... tengo poco dinero —tartajeó Jurgis en agonía.—He estado... he tenido contratiempos y... me encuentro sin dinero. Pero te pagaré hasta el último centavo en cuanto pueda. Y puedo trabajar.

—¿En qué trabaja?

—Ahora en nada. Debo encontrarlo. Pero...

—¿De cuánto disponer ahora usted?

Jurgis no se atrevía a responder. Cuando dijo que tenía un dólar y veinticinco centavos, la comadrona se echó a reír y dijo con rudeza:

—Yo ni pongo sombrero por dólar y veinticinco centavos.

—Es todo lo que tengo —exclamó Jurgis casi sollozando. Y es preciso que consiga ayuda o morirá mi mujer. ¡Qué más quisiera yo que...!

Madame Haupt puso otra vez la sartén sobre la hornilla y, volviéndose hacia Jurgis, entre el humo y el chisporroteo, le dijo:

—Deme diez dólares, contado, y resto lo pagará usted mes que viene.

—¡No puedo, no lo tengo! arguyó Jurgis. Ya he dicho que no tengo más que un dólar y veinticinco centavos.

La mujer volvió a su guiso.

—No creo a usted —dijo. Todo eso es tratar de obligarme. No es posible: ¿hombrón como usted, sólo un dólar y veinticinco centavos?

—Acabo de salir de la cárcel —gritó Jurgis, dispuesto a ponerse de rodillas ante la comadrona. Yo no tenía dinero y mi familia ha estado a punto de morir de hambre.

—Pero amigos ¿no ayudarle?

—Todos son muy pobres. Ellos me han dado esto. He hecho cuanto podía...

—¿Tiene usted nada que vender?

—Nada, ya te lo he dicho. ¡No tengo nada! —gritó Jurgis enloquecido.

—¿Y pedir prestado? Los tenderos donde usted compra ¿no confianza en ustedes? —insistió la comadrona; y, viendo que Jurgis hacia signos negativos con la cabeza, prosiguió.

—¡Óigame! Si atiendo a su mujer, usted contento. Salvaré a ella y a la criatura... y todo le parecerá a usted poco al final. En cambio, pierde a su mujer y al niño, ¿cómo cree sentirse después? Y yo soy una persona que conoce su oficio; en el barrio me conoce mucha gente que puede decirlo.

Mientras pronunciaba su discurso, Madame Haupt, como para dar más fuerza a sus palabras, blandía un tenedor ante Jurgis. Incapaz de aguantar la retahíla, desesperado, éste echó los brazos al aire y volviéndose para ponerse en marcha, exclamó:

—No te molestes.

Pero repentinamente oyó la voz de la holandesa, que gritaba a su espalda:

—¡Oiga! Siendo usted, cinco dólares.

—Y, como Jurgis siguiera alejándose, siguió tras él, diciendo:

—Usted, loco si no aprovecha mi oferta. No encontrar usted a nadie por menos en un día frío y lluvioso como éste. Qué no he asistido a un parto por tan poco dinero. Yo tengo mis gastos: pagar esta habitación...

Jurgis, entonces, la interrumpió con un juramento y dijo lleno de rabia:

—Pero si no tengo los cinco dólares, ¿cómo te los voy a dar? ¡Maldita sea! Yo te pagaría si pudiese; pero ya te he dicho que no tengo ese dinero. ¿Me oyes? ¡No lo tengo! Dicho esto, partió escaleras abajo. Llegaba como a la mitad del tramo, cuando Madame Haupt, desde lo alto gritó de nuevo:

—¡Espere! ¡Ir con usted! Venga.

Jurgis volvió a subir las escaleras y entró en el cuarto.

—No soporto saber que alguien sufriendo —dijo la mujer con trino melancólico. De hecho, voy sin cobrar, por esto tan poco que

ofrece. Pero, de todos modos, trato de ayudarle. ¿Es lejos?

—Tres o cuatro manzanas de aquí.

—¿Tres o cuatro? ¡Me pongo poner perdida! *Gott in himmel!* ¡una miseria! ¡Dólar y veinticinco centavos por ir lejos en un día así! Pero aclaremos una cosa: ¿me pagará pronto el resto del dinero?

—Tan pronto como pueda.

—¿En este mes?

—Sí, dentro de un mes —respondió el pobre Jurgis— lo que quieras, ¡pero date prisa!

—¿Dónde el dólar y los veinticinco centavos? persistió Madame Haupt, inexorable.

Jurgis puso el dinero sobre la mesa, y la mujer lo contó y lo guardó. Después se volvió a limpiar las manos grasientas y sin dejar de quejarse un momento, inició sus preparativos. Estaba tan gorda que se movía con verdadera dificultad, rezongando y sofocándose a cada paso. Sin siquiera tomarse el cuidado de volverse de espaldas a Jurgis, Madame Haupt se quitó la bata primero, se puso un corsé, el vestido y luego un sombrero negro que se colocó con mucho cuidado; después, trató de localizar un paraguas que no estaba en su sitio; a continuación, quiso recoger un maletín y su instrumental, diseminado por toda la habitación. Jurgis, entretanto, se desesperaba de impaciencia. Ya en la calle, Jurgis iba siempre como cuatro pasos delante de la comadrona, volviendo la cabeza a cada momento como si quisiera acelerarla con la fuerza de su deseo. Pero Madame Haupt no podía andar más que pasito a paso y, aún así, necesitaba de cuando en cuando detenerse para tomar aliento.

Al fin llegaron a la casa y encontraron en la cocina al mismo grupo de mujeres angustiadas que Jurgis habla dejado allí. El parto aún no había concluido, dijeron a Jurgis, que volvió a oír los gritos de Ona. Madame Haupt se quitó el sombrero y lo dejó en la repisa de la chimenea; después, sacó del maletín un vestido viejo y un bote de grasa de ganso, con la cual procedió a frotarse las manos. Cuantas más veces se use la misma grasa se supone que más suerte tiene la comadrona en el ejercicio de su profesión y, por este motivo,

las parteras conservan el bote en su cocina o en un armario entre la ropa sucia, durante meses y aun años enteros.

Cuando la holandesa estuvo lista, la acompañaron todos hasta el pie de la escalera de mano y entonces Jurgis la oyó lanzar una exclamación de desaliento.

—*Gott in himmel!,* ¿por qué ha traído usted a un sitio este? Yo no puedo por esa escalera, ni por esa trampilla del techo. No intento siquiera. ¡Vaya! ¡Me mato, seguro! ¿Qué sitio éste para dar a luz un niño? ¡Un desván, al que subir por una escalera así! Debían a ustedes tener vergüenza.

Jurgis permanecía en pie a la puerta de la habitación escuchando los regaños de la mujer, que casi cubrían los horribles lamentos y chillidos de Ona.

Aniele consiguió, por fin, calmar un poco a la comadrona y que se decidiera a intentar la escalada. Pero luego, a mitad de camino la detuvo otra vez para que tuviera cuidado en el desván, porque no estaba enladrillado ni entarimado. En el rincón que habitaba la familia habían dispuesto unas tablas a modo de suelo y por allí se podía andar sin cuidado, pero en el resto del desván no había entre las vigas más que los listones y el yeso que formaban el cielo raso de la habitación inferior y caminar por ahí sería causa de una catástrofe. Como, además, el desván estaba muy oscuro sería mejor, propuso Aniele, que uno de la casa subiera delante con una vela, abriendo camino. Esto produjo un nuevo estallido de exclamaciones y amenazas, hasta que, por fin, Jurgis vio un par de patas de elefante que desaparecían a través de la trampilla del techo y sintió la casa crujir y estremecerse conforme Madame Haupt se adentraba en el desván. Entonces, avanzando inesperadamente hacia él, Aniele le cogió por un brazo y le dijo:

—Y ahora, vete. Haz lo que te digo. Has hecho ya cuanto podías hacer y aquí estorbas. Vete y quédate por ahí.

—Pero ¿adónde voy? —preguntó Jurgis con aire desvalido.

—¿Qué sé yo —contestó Aniele. A la calle, si no tienes otro sitio. Y no aparezcas por aquí en toda la noche.

Por último, entre Aniele y Marija consiguieron empujarle hasta la puerta, ponerlo fuera de la casa y cerrar. Estaba anochecien-do y el frío era más intenso. La lluvia se había convertido en nieve y el barrillo de la última nevada, que empezaba a derretirse en el suelo, se estaba helando otra vez. Mal abrigado como iba, Jurgis había comenzado a temblar; pero, hundiendo las manos en los bolsillos, echó a andar a la ventura. No había probado bocado desde la mañana y se sentía débil y enfermo. Corno un rayo de esperanza, recordó entonces que, a no mucha distancia de allí, había una taberna a la que había ido a comer con frecuencia. Tal vez se apiadasen de él o acaso encontrara algún amigo en el local. Con esta idea se encaminó en aquella dirección lo más deprisa que pudo.

—¡Hola, Jack! —dijo el tabernero en cuanto le vio entrar. —En Packingtown, a todos los extranjeros y en general al peonaje se les llama Jack. —¿Dónde has estado?

Jurgis marchó derecho al mostrador y contestó en voz baja:

—En la cárcel. Acabo de salir ahora. He tenido que venir a pie todo el canino; no tengo ni un centavo, ni he comido nada desde esta mañana. Me han quitado la casa, mi mujer está enferma y no puedo más.

El tabernero se quedó mirando con fijeza su pálido semblante y aquellos labios amoratados que no cesaban de temblar. Entonces le acercó una botella de licor y dijo:

Jurgis casi no pudo coger la botella, tanto le temblaban las manos.

—¡Bebe!

—No tengas miedo —insistió el tabernero—: ¡Bebe!

Jurgis bebió un gran vaso de whisky y después, haciendo caso a la otra recomendación, se dirigió al otro mostrador, donde había comida. Comió cuanto quiso y con la rapidez de un perro hambriento y, tras haber intentado manifestar su gratitud al dueño, se sentó junto a la estufa encendida que ocupaba el centro del local.

Pero aquello era demasiado bueno para que durase mucho, como sucede siempre en este mundo. Los vestidos de Jurgis, empapados de agua, comenzaron, con el calor de la estufa, a desprender

vahos de vapor y, al mismo tiempo, el horrible olor del fertilizante se fue esparciendo por todo el local. En una hora poco más o menos, concluía la jornada para la mayor parte de las fábricas y talleres de Packingtown y, de vuelta de su trabajo, no era fácil que los obreros se detuvieran en un sitio que apestara de aquel modo. Además, era sábado en la noche; dentro de un par de horas llegarían un violín y un cornetín y, en la parte de atrás de la taberna, las familias de la vecindad pasarían la velada atracándose de salchichas vienesas y cerveza de barril hasta las dos o las tres de la mañana. El tabernero tosió un par de veces y, por último, dijo a Jurgis:

–¡Oye, Jack! Lo siento mucho, pero me parece que te vas a tener que marchar.

Estaba acostumbrado a ver naufragios humanos. Todas las noches ponía en la calle a docenas de ellos, tan ateridos, tan hambrientos, tan destrozados como Jurgis. Pero todos eran hombres vencidos por la vida, gente desahuciada, mientras que Jurgis seguía en la pelea y conservaba ciertos rasgos de dignidad y de vergüenza. Al verle levantarse sumiso, el tabernero reflexionó que aquel hombre había sido siempre un buen trabajador y que acaso muy pronto pudiera volver a ser un buen parroquiano.

—Ya veo que te han zumbado bien —le dijo. Ven por aquí.

En la parte trasera de la taberna había una escalera que conducía a la bodega, cerrada, a uno y a otro extremo, por puertas de recios candados. El espacio intermedio no podía resultar más a propósito para dar cobijo a un parroquiano en desgracia o a cualquier sujeto que por razones políticas no conviniera echar a la calle de una patada.

Fue allí donde Jurgis pasó la noche. El whiskey no le había calentado más que a medias y, aún fatigado como estaba, no consiguió dormir; yerto de frío, volvía a caer en sus pensamientos. Así pasaron, una tras otra, las horas, hasta que, a no ser por los ecos de la música, las risas y los cánticos que le llegaban de la taberna, hubiera asegurado que amanecía. Cuando, por último, todos los ruidos cesaron, creyó que le sacarían de su confinamiento y le pondrían en la

calle. Pero, como el tiempo pasaba y nada sucedía, empezó a pensar si el tabernero se habría olvidado de él.

Al fin, no pudiendo resistir más el silencio ni su impaciencia, llegó hasta la puerta y comenzó a aporrearla. Entonces acudió el tabernero bostezando y frotándose los ojos. El bar permanecía abierto toda la noche y él no conocía otro descanso que el que le daban sus parroquianos.

—Quiero irme a mi casa —dijo Jurgis cuando el hombre abrió—, estoy muy intranquilo por mi mujer. No puedo esperar más.

—¡Mil demonios! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Yo creía que no tenías dónde ir. Jurgis salió a la calle. Eran las cuatro de la madrugada y estaba tan oscuro como a medianoche. Una nueva capa de nieve de tres o cuatro pulgadas de espesor cubría el suelo y los copos seguían cayendo espesos y apretados. Jurgis echó a correr hacia casa de Aniele.

A través de la ventana de la cocina, y aunque las cortinas estaban echadas, se distinguía el resplandor de una luz. La puerta no estaba cerrada y Jurgis se abalanzó al interior. Panei Aniele, Marija y el resto de las mujeres estaban acurrucadas alrededor de la estufa, exactamente corno las había dejado, pero Jurgis notó que había caras nuevas y que en la casa reinaba un profundo silencio.

—¿Qué ha pasado? —indagó.

Pero no obtuvo respuesta. Todos le miraban con semblantes demudados.

Entonces volvió a gritar:

—¿Qué ha pasado?

A la luz humeante de la lámpara, distinguió a Marija, próxima a él, que, moviendo lentamente la cabeza, le contestó en voz baja:

—Todavía no.

Jurgis, al oírla, exclamó desalentado:

—¿Todavía no?

Marija volvió a mover la cabeza. Él se quedó sin habla. Luego acertó a murmurar:

—Pues no oigo nada.

—Lleva tranquila mucho rato —replicó Marija.

Siguió después otra larga pausa, interrumpida por una voz que gritó desde el desván:

—¡Eh! ¿Están ahí?

Algunas de las mujeres se levantaron precipitadamente y corrieron a la habitación inmediata, donde estaba la escalera que conducía al desván. Marija se colocó delante de Jurgis y dijo:

—¡Aguarda!

Los dos se quedaron mirándose uno a otro; pálidos, sin moverse, sólo escuchaban. A los pocos momentos se hizo evidente que Madame Haupt trataba de bajar la escalera, renegando y maldiciendo mientras, a su vez, los peldaños manifestaban su protesta. Al fin consiguió poner el pie en tierra firme, rabiando y sin aliento, y se la oyó avanzar hacia la cocina, Con sólo mirarla, Jurgis se quedó lívido y conmovido. La comadrona se había quitado la chaqueta y, como los operarios del *killing floor*, llevaba las manos y los brazos cubiertos de sangre que había salpicado sus vestidos y su rostro.

Al entrar en la cocina se detuvo respirando profundamente y mirando a su alrededor. Ninguno de los presentes rompió el silencio.

—Hecho cuanto he podido —rompió a hablar de pronto Madame Haupt. —No puedo más, inútil.

Nadie contestó.

—No es mi culpa. Debían haber llamado a un médico y no esperar tanto tiempo. Ya era muy tarde.

Otra vez volvió a reinar un silencio angustioso. Marija apretaba a Jurgis con toda la fuerza de su brazo sano.

En esto, Madame Haupt, volviéndose bruscamente hacia Aniele, le dijo:

—¿Tiene usted algo de beber? ¿Brandy?

Aniele sacudió la cabeza negativamente.

—*Herr Gott!* —gritó la comadrona. —¡Vaya una gente! Entonces, por lo menos, dará usted de comer. No he probado bocado desde la mañana de ayer y esta noche trabajado hasta matarme. Si sé qué me aguarda, no vengo por el dinero que me habéis dado.

En aquel momento, al mirar a su alrededor, vio a Jurgis, y, apartándole con el dedo, le dijo a voces:

—¡Entiéndame usted! Me pagas lo prometido. Yo no he tenido culpa de venir tan tarde para socorrer a su mujer. Tampoco tengo culpa de que la criatura haya venido con un brazo lo primero y que, por eso no he podido salvarla. He trabajado toda la noche en un sitio que ni para parir perros y sin más que comer que lo que hay en mis bolsillos.

Dicho esto, Madame Haupt hizo una pausa para tomar aliento y Marija, viendo las gotas de sudor que perlaban la frente de Jurgis, y percibiendo el temblor que agitaba toda su cuerpo, preguntó con voz apagada:

—¿Y Ona, cómo está?

—¿Que cómo está? —repitió la comadrona. ¿Cómo quieren que esté, después de dejarla matarse a ella misma? Ya lo dije cuando pedí un sacerdote. Es mujer joven: podía resistir y restablecerse, con un buen trato. Ha peleado bien la pobre. Todavía no está muerta.

Jurgis, entonces, lanzó un grito frenético:

—¿Muerta?

—Morirá, por supuesto —dijo la comadrona llena de enojo. La criatura ya murió.

Iluminaba el desván una vela pegada a una tabla. Estaba ya casi agotada y la llama oscilante y humeante amenazaba con extinguirse en cuanto Jurgis penetró en el desván. A duras penas pudo distinguir, en un rincón, un montón de mantas viejas y de trapos tendidos en el suelo. Al lado se hallaba un crucifijo y un sacerdote que murmuraba una plegaria. En la esquina opuesta, acurrucada en el suelo, gemía Elzbieta. Sobre el jergón yacía Ona.

La cubría una manta; pero Jurgis pudo ver los hombros y uno de los brazos completamente desnudos. Estaba tan demacrada, que ni el mismo Jurgis hubiera podido reconocerla. No era más que un esqueleto y estaba amarilla como la cera. Tenía cerrados los ojos y la inmovilidad de la muerte. Jurgis corrió hacia ella y cayó de rodillas a su lado, gritando con angustia:

—¡Ona!¡Ona!

Ella no se movió. Jurgis tomó entre las suyas la mano que Ona tenía al descubierto y, estrechándola frenéticamente, siguió diciendo:

—¡Ona, mírame! ¡Contéstame! ¡Soy yo, Jurgis, he vuelto! ¿No me oyes?

Percibiendo entonces un ligerísimo movimiento de sus párpados, Jurgis gritó con frenesí:

—¡Ona! ¡Ona!

Entonces, y repentinamente, la joven abrió los ojos. Pero sólo un instante. Un instante en que ella le miró, y en el que hubo como un relámpago de reconocimiento entre ambos. A Jurgis le pareció verla en una estampa olvidada y evanescente. La estrechó entre sus brazos y comenzó a llamarla con una desesperación salvaje. Sintió que en su ser surgía, junto al miedo, un ansia por ella que era agonía, un deseo por su vida que era una nueva vida que brotaba en él, algo que nunca había experimentado y que le desgarraba hasta las últimas fibras del corazón. Pero todo fue en vano. Ona se le iba; inclinó la cabeza hacia atrás y se fue. Jurgis, entonces, lanzó un gemido angustioso; terribles estremecimientos sacudieron todo su cuerpo y ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la muerta. Como un loco, se apoderó de las manos de Ona y las estrechó con fuerza contra su pecho; después la sacudió, la tomó entre sus brazos, la oprimió contra sí; pero Ona seguía fría y rígida: ¡Estaba muerta, estaba muerta! Estas palabras, que Jurgis repetía, resonaban dentro de él como el eco de una campana, vibrando hasta las últimas profundidades de su espíritu y haciendo que sonaran las cuerdas más olvidadas de su ser, que despertaran antiguos y sombríos temores: temor a las tinieblas, temor al vacío, temor a la destrucción. ¡Ona estaba muerta! ¡Ya no la vería más! ¡Ya no la oiría más! Se apoderó de él un terrible sentimiento de soledad que lo helaba. Se vio solo, aparte del resto del mundo y que éste se disipaba ante él como si fuese una quimera, un engaño. En medio de su espanto y de su dolor se sentía como un niño desamparado, llamó

a Ona una y otra vez, sin obtener respuesta alguna y sus gritos de desesperación retumbaron en toda la casa, haciendo que, abajo, las mujeres se apretaran unas contra otras, muertas de miedo. No había modo de consolar a Jurgis. Cuando el sacerdote se acercó a él, le puso una mano en el hombro y musitó unas palabras, no oyó ni el menor sonido. Él también se había ido; se escapaba a través de las sombras y galopaba tras el alma que se había marchado.

Ella yacía. Un amanecer gris fue penetrando poco a poco en el desván. Se marchó el sacerdote, también Elzbieta y se quedó solo con aquella figura blanca y rígida, más calmado ya, pero sollozando, gimiendo y luchando con los espantosos espectros que le acosaban. De cuando en cuando se ponía de pie y fijaba la vista en el cadáver y luego cerraba los ojos, porque no podía resistir aquel espectáculo. ¡Muerta! ¡Muerta! —repetía. —¡Y era una niña todavía, recién cumplidos los dieciocho años! Su vida apenas había comenzado, y allí yacía asesinada, mutilada, torturada hasta la muerte!

Ya era bien entrada la mañana cuando Jurgis bajó a la cocina, pálido y ceniciento el rostro, vacilante el paso, descompuesto todo su ser. Habían llegado más vecinos y todos le contemplaban en silencio, mientras él, derribado en una silla cercana a la mesa, ocultaba la cara entre las manos. Pocos minutos después se abrió la puerta y, tras una bocanada de frío y nieve, apareció Kotrina, exhausta y amoratada.

—¡Al fin estoy en casa! —exclamó. Creí que no podría...

Pero, al ver a Jurgis, se detuvo con una exclamación. Mirando a un lado y a otro, comprendió que algo extraño había ocurrido y preguntó.

—¿Qué pasa?

Antes que nadie contestase, Jurgis se levantó y dirigiéndose hacia ella con paso incierto, le dijo:

—¿Dónde has estado?

—Vendiendo periódicos con los chicos —contestó la muchacha. Pero la nieve...

—¿Traes dinero?

—Sí.

—Cerca de tres dólares, Jurgis.

—Dámelos.

Kotrina, atemorizada por el tono, miró a los demás.

—¡Dámelos! —gritó Jurgis de nuevo.

Entonces la muchacha se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas atadas en un trapo. Jurgis cogió el dinero sin decir una palabra, se dirigió hacia la puerta y de un salto se plantó en la calle.

Tres puertas más abajo había una taberna y allí entró.

—¡Whiskey! —dijo; y mientras el tabernero le alargaba el vaso, rasgó con los dientes el trapo que envolvía el dinero y, sacando medio dolar, añadió:

—¿Cuánto es la botella entera? Necesito emborracharme.

CAPÍTULO XX

Un hombrón como Jurgis no podía emborracharse durante mucho tiempo con tres dólares. Esto ocurría en la mañana del domingo y el lunes por la noche volvía Jurgis a casa sobrio ya, pero enfermo de remordimiento por haber derrochado, hasta el último céntimo, los recursos de la familia, sin haber recibido a cambio un solo instante de olvido.

Ona no había sido enterrada todavía, pero se había dado aviso a la municipalidad; la mañana siguiente, recogerían el cadáver y se lo llevarían en un ataúd de pino a la fosa común. Elzbieta había salido a pedir limosna, unos cuantos centavos de cada uno de los vecinos, para pagar una misa de funeral. Los muchachos estaban en el desván, muriéndose de hambre y de frío, mientras él, el muy haragán, el muy canalla, se gastaba en alcohol el dinero de la familia. Así hablaba Paneli Aniele, llena de rabia y desprecio; cuando Jurgis se dirigió a la estufa de la cocina, le hizo saber, además, que aquel sitio no estaba para que él lo infestase con el olor a fosfato

que despedía. Que ella hubiera amontonado a todos sus huéspedes en una sola habitación era a causa de Ona, pero Jurgis podía subir al desván, que era su sitio, y eso no por mucho tiempo, como no le pagara algo de renta.

Jurgis se levantó sin decir una palabra y, saltando sobre media docena de huéspedes que dormían en el suelo en la habitación inmediata, subió por la escalera. El desván estaba a oscuras por que no había dinero para velas y el frío era tan intenso como en la calle. En un rincón, sentada cuan lejos era posible del cadáver, Marija acunaba en el brazo hábil a Antanas tratando de dormirle. En otro rincón, Juozapas, el otro pequeñuelo, lloraba porque en todo el día no le habían dado de comer. Maija no dijo una palabra a Jurgis; éste cruzó el desván con aire de perro apaleado y fue a sentarse junto a la muerta.

Acaso debiera haber pensado entonces en el hambre de los pequeños y en su propia vileza; pero no pensó en ello, sino en Ona solamente, entregándose de nuevo a la embriaguez del dolor. No lloró, porque no osaba hacer el menor ruido. Permaneció sentado sin moverse, trémulo de dolor. Jamás hubiera imaginado que amaba tanto a Ona; había sido necesario, para comprenderlo, que la viera muerta, que sentado, como ahora, junto a su cuerpo, se diera cuenta de que a la mañana siguiente iban a llevársela para siempre y que nunca jamás volvería a verla, nunca, en todos los días de su vida. El viejo amor, que la vida había matado de hambre, golpeado hasta la muerte, renacía ahora en su interior. Abiertas de par en par, las compuertas de su memoria le mostraron toda su vida al lado de Ona; la volvió a ver como la había visto en Lituania el primer día, en la feria, hermosa como las flores y cantando como un pájaro; la volvió a ver como el día de su boda, con toda su ternura y el corazón rebosante de ilusión. Resonaban en sus oídos las mismas palabras que Ona había dicho y también sus lágrimas parecían humedecerle las mejillas. La prolongada y cruel batalla con el hambre y la miseria lo había endurecido y amargado, pero no había logrado cambiarla a ella. Ona había permanecido idéntica hasta el fin: un alma hambrienta de cariño, que no había cesado de tenderle los brazos como

implorando su amor y su ternura para sólo obtener sufrimientos, penas e infamias tales, que su mero recuerdo le abrumaba intolerablemente. ¡Santo Dios, qué monstruo de maldad, qué poco corazón había tenido! Todas las palabras duras que había dirigido a Ona se reproducían ahora en su mente y le cortaban como un cuchillo. Todos sus actos de egoísmo eran ahora tormentos que le hacían pagar bien cara su vileza; y toda la devoción y el respeto que en estos momentos profesaba por ella, habría de silenciarlos para siempre y llegaban demasiado tarde. Todo esto hacía que su seno ardiese, que pareciera a punto de estallar; tendía los brazos hacia Ona y no encontraba sino el vacío, porque ella se había ido para siempre. De buena gana hubiera gritado con todas sus fuerzas, dando rienda suelta a su horror y a su desesperación. Un sudor de agonía le bañaba la frente y, sin embargo, no se atrevía a producir el más leve sonido. Casi no se atrevía a respirar a causa de la vergüenza y repugnancia que sentía de sí mismo.

A altas horas de la noche llegó Elzbieta que, habiendo reunido lo suficiente para la misa, la había pagado de antemano antes de volver a casa, para no caer allí en la tentación de darle otro destino al dinero. Llevó, en cambio, unos mendrugos de pan de centeno que alguien le había dado de limosna y con ellos calmaron a los más pequeños y lograron que se durmieran. Entonces se acercó hacia donde estaba Jurgis y se sentó a su lado.

No le dijo ni una sola palabra de reproche. Tanto ella como Marija lo habían convenido mucho antes. Se limitó a velar junto a él, el cadáver de Ona. Ya Elzbieta había ahogado sus lágrimas, porque en su espíritu el dolor y la angustia habían dado paso al instinto de conservación. Iba a enterrar a una hija, pero esto no era nuevo para ella. Tres veces había pasado Elzbieta por la misma prueba y, tras afrontarla, había vuelto a la brecha para luchar y defender a los que quedaban vivos. Elzbieta era un ser muy primitivo, en cierto modo comparable a esas lombrices que siguen viviendo aunque las partan por la mitad; semejante, también, a la gallina que, privada uno a uno de sus polluelos, concentra su afán de madre en el último que

le queda. Y todo esto lo hacía por naturaleza, sin preguntarse acerca de la justicia o injusticia de todo ello, ni indagar si merecía la pena de ser vivida una vida tan colmada de destrucción y de muerte.

Era este primitivo buen sentido, esta sabiduría de lo inmemorial, lo que, sentada a su lado, preñados los ojos de lágrimas, trataba Elzbieta de imbuir en el ánimo de Jurgis. Ona había muerto, pero otros vivían y había que salvarlos. Elzbieta no solicitaba nada para sus propios hijos. Ella y Marija cuidarían de ellos de algún modo, pero quedaba Antanas, el hijo de Jurgis. Ona le había dejado a Antanas, que era el único recuerdo que de ella le quedaba. Jurgis tenía que cuidarlo y protegerlo; debía demostrar que era un hombre capaz de ello. Él sabía que Ona no hubiera esperado de él otra cosa, que era eso lo que le pediría en aquel momento si pudiera hablar. Era terrible que Ona hubiera muerto de aquel modo, pero la vida había sido muy cruel con ella y hubo de abandonarla. También era horrible no poder enterrarla decentemente, ni honrar su cuerpo siquiera un día; pero las cosas habían venido así y había que conformarse. Su situación no podía ser más angustiosa; no tenían un céntimo y los niños estaban amenazados de muerte.

No había más remedio que conseguir algún dinero. Por la memoria misma de Ona, ¿no debía él portarse como un hombre y sacar fuerzas de la flaqueza? En poco tiempo se verían fuera del trance; ahora, sin el atadero de la casa, podían vivir con mucho menos, y con los chicos trabajando, conseguirían salir adelante, si él no se rompía en pedazos. Así prosiguió Elzbieta, con febril vehemencia, acaso porque sabía que la lucha era a muerte. No temía entonces que Jurgis volviera a emborracharse, pues no tenía dinero para ello; pero le aterraba el pensamiento de que los abandonase, como Jonas había hecho.

Mas, con el cadáver de Ona ante sus ojos, Jurgis no podía ni pensar siquiera en traicionar a su hijo. Y así lo prometió; por amor a Antanas lo intentaría. No le negaría al pequeño su oportunidad: buscaría trabajo en seguida, en cuanto amaneciese, sin esperar a que

Ona fuera enterrada. Podían contar con él, con que cumpliría su palabra a costa de lo que fuera.

Y, efectivamente, antes de romper el día, con la cabeza ardiendo, con el corazón destrozado, salió a la calle a continuar la lucha por la vida. Se encaminó primero a la fábrica de abonos, para ver si podía recuperar su antiguo puesto; pero el capataz movió la cabeza negativamente en cuanto le vio. Su sitio había sido ocupado hacía mucho tiempo y allí no había lugar para él.

—Pero ¿crees que lo habrá más adelante? —preguntó Jurgis. Esperaré.

—No —contestó el capataz. —Es inútil que esperes. Aquí no habrá nada para ti.

Jurgis se quedó mirándole perplejo y volvió a preguntar:

—Pues, ¿qué pasa? ¿Acaso no cumplía yo con mi trabajo?

El capataz sostuvo con fría indiferencia la mirada de Jurgis y le respondió:

—Ya te he dicho que aquí nunca va a haber nada para ti.

Mil sospechas asaltaron a Jurgis acerca de este incidente, mientras se alejaba con el desaliento en el corazón. Fue entonces a mezclarse con el grupo de hambrientos que, en medio de la nieve, a las puertas de las fábricas, esperaban una remota probabilidad de ocupación. Allí permaneció dos horas con el estómago vacío, hasta que la policía dispersó a los grupos porra en ristre. Aquel día no hubo trabajo para él.

Jurgis había trabado muchas amistades durante el largo periodo que había trabajado en los mataderos. Había taberneros que le fiarían un trago y un bocadillo y antiguos compañeros de sindicato que no le negarían diez centavos en aquel aprieto. No era cuestión de vida o muerte emplearse de inmediato. Podía seguir buscando trabajo durante todo el día, y, si no lo encontraba, volver al siguiente y continuar así semanas enteras, como hacían otros cientos y miles de hombres. Entretanto, Teta Elzbiela podía pedir limosna en el distrito de Hyde Park, y los muchachos, vendiendo periódicos, llevar a casa dinero suficiente para apaciguar a Aniele y mantenerlos vivos.

Al cabo de una semana de esperar así, a los fríos vientos del invierno y vagando en las tabernas, obtuvo Jurgis su oportunidad, en los sótanos de la gran fábrica Morton´s, cuando un capataz que pasaba por la puerta de entrada atendió a sus señas.

—¿Aceptarías una plaza de carretero? —inquirió el capataz.

—¡Ya lo creo! —respondió Jurgis sin darle tiempo de concluir.

—¿Cómo te llamas?

—Jurgis Rudkos.

—¿Has trabajado antes en los mataderos?

—Sí.

—¿Dónde?

—En dos sitios. En los mataderos de Smith's y en la fábrica de abonos de Anderson's.

—¿Por qué los dejaste?

—La primera, a causa de un accidente que tuve; la segunda porque estuve preso un mes.

—¡Ya! En fin, probaremos. Ven mañana temprano y pregunta por el señor Thomas.

Jurgis corrió a casa con la buena noticia. El terrible asedio había terminado. Esa noche fue casi una fiesta para la menguada familia y, a la mañana siguiente, Jurgis acudió al lugar de la cita media hora antes de que abriera el establecimiento. Poco tiempo después apareció el capataz que, al ver a Jurgis, frunció el ceño.

—¡Ah! —exclamó. Te prometí un trabajo ayer, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Jurgis.

—Pues lo siento mucho, pero me equivoqué. No puedo darte trabajo.

Jurgis se quedó mirándole, enmudecido de sorpresa. Por fin, acertó a murmurar.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada —dijo el otro. Que no puedo darte trabajo.

Pronunció esas palabras con la misma fría y hostil mirada que había en los ojos del encargado de la fábrica de abonos cuan-

do aquél le manifestó su rechazo. Dándose cuenta de que era inútil decir una palabra más, Jurgis dio media vuelta y se alejó del lugar.

Después, en las tabernas, los amigos se lo explicaron todo. Cuando contó lo que le había sucedido, le miraron con ojos compasivos y exclamando: "¡Pobre hombre! Lo han puesto en la lista negra...!".

—¿Qué es lo que ha hecho? —se preguntaban.

—Pegarle a un capataz.

—¡Pegarle a un capataz! ¡Santo Cielo! Entonces debió imaginar lo que le aguardaba.

Tenía las mismas probabilidades de encontrar trabajo en Packingtown como de ser elegido alcalde de Chicago. ¿Para qué había perdido el tiempo buscando ocupación? En los departamentos de personal de todos los establecimientos de Packingtown, grandes o pequeños, tenían su nombre inscrito en una lista secreta y lo mismo sucedía ya en Saint Louis y en Nueva York, en Omaha y en Boston, en Kansas City y en Saint Joseph. Estaba condenado y sentenciado sin proceso y sin apelación. Jamás podría trabajar para la industria de la carne, en ningún lugar adonde alcanzase su influencia, ni siquiera limpiando establos o conduciendo un camión. Podía hacer la prueba, como centenares en su caso la habían hecho, y convencerse por sí mismo. Nunca se le diría la razón, ni le darían más explicaciones de las que ahora había recibido; pero siempre, a la hora de la verdad, encontraría una negativa. Ni aunque intentara utilizar un nombre falso conseguiría nada. Los patronos tenían para estos casos espías y sabuesos por todas partes. No conservaría ningún puesto ni aun por tres días. Para los patronos, el sistema de las listas negras constituía un arma muy eficaz: eran un aviso y una amenaza para los obreros, así como un medio insustituible para poner freno al activismo sindical y al descontento político.

Jurgis volvió a su casa llevando estas fatales noticias al consejo de familia. Era lo más cruel que podía haberles sucedido. Allí, en aquel distrito, tenían su hogar, fuera éste lo que fuera; allí estaban, también, su ambiente y sus amigos, los únicos que conocían. Y

ahora se le negaba toda posibilidad de empleo, todo medio de vida. En Packingtown no hay más industria que la cárnica y todas sus fábricas estaban ahora cerradas para Jurgis. Era exactamente lo mismo que si le hubieran proscrito de su patria.

Ese día y parte de la noche Jurgis y las dos mujeres estuvieron cavilando. El centro de la ciudad resultaba más ventajoso para el trabajo de los muchachos, pero no así para Marija que, ya casi restablecida, alentaba la esperanza de encontrar empleo en los mataderos. A Elzbieta, por otra parte, le habían hablado de la posibilidad de encontrar trabajo de limpieza en las oficinas de Anderson's y se pasaba los días a la espera de noticias. En vista de todo ello se decidió que Jurgis partiría solo al centro en busca de empleo y el resto lo resolverían cuando lo consiguiera. Jurgis no conocía allí a nadie a quien recurrir en caso de necesidad y no atreviéndose, por miedo a que lo arrestasen, a pedir limosna, se convino que saldría cada día al encuentro de uno de los niños para recibir quince centavos de sus ganancias: lo suficiente para subsistir. A partir de ese momento su jornada consistiría en recorrer las calles, en compañía de cientos, de miles de otros desdichados sin hogar, a la busca de una ocupación de tienda en tienda, de almacén en almacén y de una fábrica a otra. Luego, al caer la noche, buscaría refugio en algún portal o se deslizaría bajo un camión para esperar, así escondido, la madrugada y, con ella, la oportunidad de introducirse en alguna estación, tender unos periódicos en el suelo y buscar allí el sueño en medio de una muchedumbre de vagos y mendigos, al hedor del alcohol, el tabaco y los cuerpos sucios, rodeado de miasmas y a merced de los parásitos.

Así pues, durante dos nuevas semanas, Jurgis estuvo peleándose contra el fantasma de la desesperación. Durante ese tiempo se le ofreció la oportunidad, primero, de trabajar durante medio día cargando un camión y, más tarde, de acarrear la maleta de una anciana que le gratificó con veinticinco centavos. Estos ingresos le permitieron pasar en una pensión noches en las que, sin ese cobijo, hubiera muerto de frío. También pudo, gracias a ese dinero, comprar, de vez en cuando, un diario e iniciar de mañana, a través de los

anuncios, la caza de un trabajo que sus rivales habían de postergar a la espera de que algún transeúnte desechara un periódico. Esto, sin embargo, no resultaba tan ventajoso corno pueda parecer, pues los anuncios de la prensa suponían a menudo una pérdida de tiempo y un sinfín de viajes extenuantes. Más de la mitad de los reclamos eran meros "ganchos" tendidos por una pléyade de agencias que vivían de la desesperada ignorancia de los desempleados. Si Jurgis perdía su tiempo, era porque no podía perder nada más. Así, cuando, meloso, un agente le explicaba lo magnifíco de las colocaciones que tenía en cartera, él se limitaba a menear la cabeza con aire apesadumbrado y decirle que no disponía del dólar exigido como depósito; o bien, nada más informarle de las "cuantiosas ganancias" que podían obtener él y su familia iluminando fotografías, contestaba prometiendo regresar tan pronto contase con los dos dólares que el negocio requería como inversión.

La primera oportunidad real de empleo que se le presentó a Jurgis la consiguió a través de un encuentro casual con un antiguo conocido de sus días del sindicato. Cuando se tropezó con él, el hombre, que se dirigía a su trabajo en las gigantescas factorías del Harvester Trust, le propuso que le acompañara y prometió recomendarle al capataz, al que conocía bien. Tras caminar en compañía de su amigo no menos de seis millas, llegaron a la fábrica, a cuya puerta se arremolinaba una muralla de hombres en busca de empleo. Jurgis franqueó el cerco escoltado por su amigo, y a punto estuvo de perder el equilibrio cuando, después de examinarle con la mirada y hacerle unas preguntas, el capataz dijo que tenía sitio para él.

A Jurgis le llevó tiempo el darse cuenta de lo providencial que había resultado el encuentro. Al principio no podía saber que los establecimientos del Harvester Trust constituían una de esas instituciones que filántropos y reformistas señalan con orgullo. La empresa mostraba interés por sus empleados: sus vastas instalaciones incluían espaciosos talleres, una cafetería donde los operarios podían comprar buena comida a precio de coste, una sala de lectura e incluso, para la mano de obra femenina, lavabos bien acondiciona-

dos. Y no sólo para esto; el trabajo, además, estaba exento de todos los rasgos de suciedad y repugnancia que caracterizaban el de los mataderos. Todas estas cosas —jamás imaginadas, y ni soñadas tan siquiera— las fue descubriendo Jurgis gradualmente, con el paso de los días, hasta convencerse, por último, de que en su nuevo trabajo tenía algo parecido al paraíso.

La enorme fábrica cubría una superficie de casi cuatrocientos acres y daba empleo a más de cinco mil personas para obtener, al cabo del año, una producción de trescientas mil unidades de maquinaria agrícola, lo cual representaba buena parte de toda la utilizada en el país. Jurgis, como es natural, no había visto más que una parte de todo ello. Corno ocurriera también en los mataderos, todas las labores se realizaban por especialización. De los centenares de piezas que integran una segadora mecánica, cada una procedía de un lugar diferente y, en muchos casos, había pasado por las manos de cien hombres. En el taller donde Jurgis trabajaba había una máquina de la cual brotaban, ya cortadas y estampadas, piezas de acero, de unas dos pulgadas de superficie, que iban a parar a unas bandejas, con lo cual la labor de la mano humana se reducía a amontonar regularmente unas y reemplazar, a determinados intervalos, otras. Este trabajo corría a cargo de un solo operario, un muchacho, que permanecía frente a la máquina, con la mirada y el pensamiento fijos en ella, y movía los dedos con tal rapidez que, al entrechocar, los fragmentos de acero producían un sonido musical, semejante al tintineo que el viajero de un tren nocturno percibe desde su coche-cama. El trabajo, por supuesto, se realizaba a destajo pero, además, y para que el muchacho no holgase demasiado, la máquina había sido ajustada en su producción al máximo ritmo que pueden atender las manos humanas. De esta forma, eran treinta mil piezas las que manipulaba al cabo del día, y de nueve a diez millones de ellas en el transcurso del año: el número de piezas que el chico habría de apilar en toda su vida era una cifra que sólo Dios podría determinar. No lejos del joven operario se agrupaban otros que, inclinados sobre muelas mecánicas, ponían a punto el vaciado de las cuchillas segadoras. Tomaban con la mano

derecha las hojas de un cesto y, tras apoyar primero un canto y luego el otro en la muela, las dejaban con la izquierda en otro cesto idéntico. Uno de estos obreros dijo a Jurgis que llevaba quince años afilando cuchillas de acero a razón de tres mil unidades diarias. En la nave contigua, unas máquinas portentosas devoraban por tramos largas varas de acero deteniéndose unas veces para seccionarlas, otras para medir las porciones resultantes, marcarlas y pulirlas y, finalmente, una vez fileteadas, lanzarlas a una canasta, listas ya para ensamblarlas en una cosechadora. Una tercera máquina vomitaba por decenas de millares tuercas de acero destinadas a asegurar las piezas producidas por la anterior. Luego, en otro lugar de la nave, otras piezas eran sumergidas en tinas de barniz, puestas a secar y, por último, transportadas en vagonetas a un nuevo local, donde otros operarios las pintaban a bandas rojas y amarillas a fin de que las máquinas diesen colorido a los campos de labranza.

El amigo de Jurgis trabajaba en la planta superior, en las naves de fundición, encargado de hacer los moldes de determinada pieza. Armado de una pala, colmaba receptáculos de hierro con arena negra que luego apisonaba. El contenido, una vez duro, era extraído de la matriz y en él vertía, más tarde, hierro fundido. Este operario cobraba, también, conforme al número de piezas manipuladas, con la diferencia que en su caso sólo se contabilizaban los moldes perfectos, de manera que casi la mitad de su labor resultaba baldía. Junto a docenas de otros operarios, se le podía ver afanándose, como poseído por una legión de demonios, los brazos disparados cual bielas de locomotora, sus largos cabellos negros flotando locos al viento, los ojos próximos a desorbitarse, el sudor bañándole la cara. Una vez colmado de arena el molde y ya apisonado el material con el instrumento que para ello utilizaba, el hombre adquiría todo el aire de un conductor de canoa que, empeñado en una competición sobre las aguas de un rápido, se aferra a su pértiga al advertir una roca sumergida. Así se le pasaba la jornada a ese hombre: entregado con todo su ser al propósito de sacarle veintitrés centavos, en lugar de veintidós y medio, a la hora, tras lo cual su

trabajo sería registrado por los oficiales del censo, permitiendo, así, que en el curso de sus banquetes algunos jubilosos magnates de la industria alardeasen a cuenta de la eficiencia del obrero americano, que doblaba la de los trabajadores de cualquier otro país. Si la nación americana es la más grande de cuantas existen bajo el sol, ello debe de obedecer al talento de los que han conseguido arrastrar al pueblo obrero a semejantes cotas de frenesí. Claro está que hay algunas cosas igualmente grandes en el seno del país, como, por ejemplo, el volumen de las ventas de alcohol, que excede los mil doscientos cincuenta millones de dólares año y se duplica con el paso de cada nueva década.

Una de las maquinarias estampaba las planchas de hierro y otra, merced a un golpe formidable, les imprimía la forma que suelen tener las nalgas de un granjero americano. A continuación eran amontonadas en una carretilla, tras lo cual la misión de Jurgis era transportarlas a la nave donde tenía lugar el "ensamblaje" de las máquinas. Esto, que para Jurgis era un juego de niños, le reportaba un jornal de un dólar con setenta y cinco centavos por día. Aquel sábado pagó a Panei Aniele los setenta y cinco centavos a que ascendía el alquiler semanal de la buhardilla y sacó de la casa de empeño el abrigo que Elzbieta había empeñado durante su estancia en la cárcel.

Muy pronto aparecieron los beneficios de esta última iniciativa, ya que es imposible, a riesgo de comprometer la propia salud, transitar por Chicago sin abrigo en pleno invierno y tenía que recorrer diariamente unas seis millas en los desplazamientos que le llevaban a su trabajo y le traían de vuelta. El trayecto se efectuaba en direcciones opuestas, a base de correspondencias entre varias líneas y, si bien la ley estipulaba que los enlaces habían de ser gratuitos en cualquier intersección, la compañía de los ferrocarriles había ingeniado, para rehuir el precepto, atribuir las líneas a propietarios diferentes. De este modo, los desplazamientos en cada sentido le costaban a Jurgis diez centavos o, dicho de otra manera, algo más del diez por ciento de su salario como tributo a esos piratas que habían obtenido sus permisos de explotación muchos años atrás a base de sobornos del consistorio; y todo ello en medio de protestas públicas que habían

rayado en el amotinamiento. Por eso, y a pesar de todo el cansancio que hacía presa de él por la noche, y a pesar, también, de la negrura y el frío de las mañanas, Jurgis optaba por hacer el trayecto a pie. Se daba, además, la circunstancia de que a esas horas del día en que es mayor la afluencia de viajeros, el monopolio vera conveniente reducir de tal manera el servicio que los pocos tranvías que circulaban lo hacían abarrotados, con sus estribos, topes y partes traseras cubiertos por racimos de hombres que, a menudo, llegaban a instalarse en el propio techo, sobre la nieve que lo tapizaba. De esta manera, claro está, las puertas de los coches jamás se podían cerrar y en su interior la temperatura era la misma que en la calle. Jurgis, al igual que otros muchos, prefería gastar el importe del billete en uno de aquellos figones donde por el precio de una copa podía uno almorzar gratis y acumular energías para la caminata.

Todas estas cosas, sin embargo, constituían dificultades de muy poca monta para un hombre como Jurgis, que había conseguido escapar de la fábrica de abonos Anderson's. Pronto el joven comenzó a armarse de nuevas fuerzas y a concebir proyectos. Por mucho que hubiera perdido su hogar, también era cierto que ya no había de soportar sobre las espaldas la carga agobiadora del alquiler y los intereses, con lo cual, tan pronto Marija se restableciera, podrían ahorrar y comenzarían de nuevo. En el taller donde Jurgis trabajaba había otro lituano, un hombre del que sus compañeros, admirados por las proezas que llevaba a cabo, hablaban a media voz. Este héroe, que se pasaba el día ante un torno fabricando pernos, corría a la escuela pública, concluida su jornada, a estudiar inglés y aprender a leer. No contento con esto, y dado que el jornal no le alcanzaba para mantener a los ocho hijos que formaban su prole, el sábado y el domingo trabajaba como guarda privado. Su misión consistía en pulsar, cada cinco minutos, botones instalados en extremos opuestos del edificio; ya que el paseo le llevaba dos minutos, le quedaban tres para estudiar. Jurgis sentía envidia de ese hombre que no hacía sino lo que, dos o tres años atrás, hubiera sido su sueño. E incluso ahora, pensó, podría emprender una vida

semejante, si la suerte le sonriera un poco otorgándole la oportunidad de destacar y convertirse en obrero calificado o en capataz, como más de uno había conseguido ya en el Trust. También podría ocurrir que Marija obtuviera colocación en aquella gran fábrica de cordelería. Eso les permitiría trasladarse a un barrio cercano y, de esa forma, él tendría opciones reales. Con esas esperanzas, la vida tenía algún sentido: trabajar en un lugar donde el obrero era tratado como un ser humano, ¡y él sabría demostrar que era digno de las consideraciones que recibía! Luego, pensando en todo lo que iba a emprender a fin de conservar su empleo, rompió a reír. Pero he aquí que una tarde, cuando completaba su noveno día de trabajo, Jurgis advirtió, al ir a recoger su abrigo, que había un grupo de hombres apiñados ante una puerta sobre la cual campaba un cartel. Cuando se acercó para preguntar de qué se trataba, le informaron de que *National Harvester Works* quedaba clausurado a partir de la mañana siguiente y hasta nuevo aviso.

CAPÍTULO XXI

¡Así funcionaban las empresas! Lo anunciaban así, lo que se dice en el último minuto: la fábrica cierra. Aquello, decían los hombres, había ocurrido ya en otras ocasiones y se repetiría, sin duda, muchas veces más, siempre de la misma manera. Habían montado el suficiente número de cosechadoras para abastecer al mundo entero y ahora no quedaba sino esperar a que algunas de ellas quedasen inservibles. Y a nadie cabía culpar de una situación engendrada por el orden natural de las cosas. Sólo que, con ella, hombres y mujeres por millares se veían arrojados a la calle en invierno, forzados, quien los tuviera, a echar mano de sus ahorros, y a perecer, quien careciera de ellos. A las miríadas de indigentes que recorrían la ciudad mendigando un empleo se unirían ahora otros cinco mil parados.

Anonadado, con el corazón partido, Jurgis se encaminó a casa con su exigua paga en el bolsillo. Una vez más le habían qui-

tado la venda de los ojos para revelarle, cuando ya era demasiado tarde, los peligros de la jungla. ¿De qué servían la generosidad y las consideraciones de los patronos si estos eran incapaces de asegurarle el trabajo por haber producido más maquinaria agrícola de la que el mundo entero puede comprar? ¿Y qué broma macabra hacía posible que, tras haberse reventado trabajando en la construcción de cosechadoras, los obreros se viesen en la calle sin otra razón que haber hecho su trabajo demasiado bien?

El disgusto le tuvo completamente abatido por espacio de dos días. En ese tiempo no probó el alcohol porque Elzbieta no sólo había puesto la paga a buen recaudo sino también, conociéndole, no se dejó intimidar por sus airadas protestas. Jurgis, sin embargo, se confinó en la buhardilla y allí dio rienda suelta a sus negros pensamientos. ¿Qué propósito tenía partirse el alma por encontrar un empleo, si éste le era arrebatado a uno antes de haber aprendido el oficio? Lo cierto, con todo, era que los recursos de la familia estaban próximos a agotarse. El pequeño Antanas no comía lo suficiente y lloraba a causa del frío, vivísimo en el sotabanco. Por otra parte, Madame Haupt, la comadrona, no le dejaba en paz con sus reclamaciones de dinero. Así pues, una vez más, Jurgis se lanzó de nuevo a la calle.

Diez días anduvo vagando, enfermo y hambriento, por las calles y los callejones de aquella ciudad desmesurada, en busca de un trabajo. Sus tentativas le llevaron de los almacenes a las oficinas y de los restaurantes a los hoteles; probó, también, en la zona portuaria y en las instalaciones del ferrocarril, en los comercios, en los talleres, en las fábricas que elaboraban productos para vender en todo el mundo. A veces se ofrecían plazas: una, dos; pero para cada vacante había más de cien candidatos y él nunca era elegido. Las noches las pasaba en cobertizos, en sótanos, en portales donde se introducía subrepticiamente. Luego, el invierno, que se alargaba, trajo un período de recrudecimiento. Soplaba un furioso viento huracanado y el termómetro, que a la puesta del sol marcaba cinco grados bajo cero, seguía descendiendo durante toda la noche. A Jurgis no le quedó entonces sino debatirse como una fiera para hacerse sitio en

el interior de la espaciosa comisaría de Harrison Street, tan atestada que en los corredores había de dormir compartiendo con otros dos hombres el espacio de un escalón.

Durante esos días se hicieron frecuentes las peleas: para conseguir sitio a la puerta de las fábricas y también en la calle con las pandillas. El trabajo de mozo en las estaciones de ferrocarril, por ejemplo, constituía, pronto pudo comprobarlo, una especie de feudo infranqueable. Cuantas veces lo había intentado, se había encontrado con ocho o diez hombres y muchachos que habían caído sobre él y se había visto obligado a correr para salvar el pellejo. Además estas cuadrillas tenían comprada la pasividad de la policía. Correr hacia ellos en busca de protección era inútil. Que Jurgis no muriera entonces de hambre se debió exclusivamente a la mísera ayuda que los niños le aportaban. Pero tampoco con ésta podía contar seguro porque, por una parte, el frío era más de lo que los pequeños podían soportar y, por otra, también ellos estaban expuestos a la incesante amenaza que representaban sus rivales, muchachos como ellos, prestos a desvalijarlos y a pegarles. Por si esto fuera poco, estaban las prohibiciones impuestas por la ley: Al pequeño Vilimui que, a pesar de sus once años, no parecía tener más de ocho, lo había parado en mitad de la calle una dama de edad avanzada, con gafas y aspecto muy severo, para decirle que no tenía edad suficiente para trabajar y que, si continuaba vendiendo diarios, le denunciaría a la Protección de Menores. Una noche, un hombre muy extraño agarró a Kotrina del brazo e intentó convencerla para entrar al interior de un oscuro sótano. El incidente aterrorizó de tal manera a la muchacha que no resultaba fácil lograr que siguiera con su trabajo.

Por fin, un domingo, ante la inutilidad de buscar trabajo ese día, Jurgis consiguió llegar a casa a fuerza de cambiar muchas veces de tranvía sin pagar billete. Entonces se enteró de que llevaban tres días esperándole. Había un posible trabajo esperándole.

La historia era larga de contar. El pequeño Juozapas, casi trastornado por el hambre en los últimos tiempos, se había echado a la calle para mendigar por su cuenta. El niño, que de pequeño había

sido atropellado por un carro, no tenía más que una pierna, pero se servía de una muleta construida por él mismo con el palo de una escoba. Había trabado amistad con un grupo de otros chicuelos que le habían llevado hasta el vertedero de Tom Cassidy, que distaba unas cuatro manzanas de la casa. A ese lugar llegaban a diario centenares de carros cargados de basuras y desechos procedentes de las casas cercanas al lago, donde vivían los ricos. Hurgando entre los desperdicios, los niños encontraban pedazos de pan, mondaduras de patata, corazones de manzana y huesos, todo ello medio congelado y aprovechable. El pequeño Juozapas, que había comido de eso hasta hartarse, llevó consigo, de regreso a casa, tantos desperdicios como pudo envolver en un papel de diario y con ellos alimentaba a Antanas en el momento en que llegó su madre. Elzbieta, a quien nunca se le hubiera ocurrido que el contenido de los vertederos pudiera utilizarse como alimento, quedó muda de horror. Al día siguiente, sin embargo, cuando Juozapas comenzó a llorar de hambre y comprobando que nadie estaba en contra, transigió por fin y dio al niño permiso para repetir la excursión. Esa tarde, al regresar, Juozapas les contó que, hallándose en el vertedero y mientras se dedicaba a hurgar con un bastón, una señora le había llamado desde la calle. Se trataba —explicó el muchacho— de una auténtica dama, una mujer muy hermosa que quiso saber todo lo concerniente a él: si era comida para las gallinas lo que estaba recogiendo, por qué usaba aquel palo por muleta, cómo había sido la muerte de Ona, qué había hecho Jurgis para ir a la cárcel, qué le sucedía a Marija y todo lo demás. Por último, la señora le había preguntado dónde vivía y luego prometió ir a verle y llevar una muleta nueva que le permitiría andar. La dama —concluyó Juozapas— lucía un sombrero con un pájaro de adorno, y una larga estola de piel en torno al cuello.

Y no había faltado aquella señora a su promesa de venir. Lo hizo a la mañana siguiente. Salvó la escalerilla de mano que conducía a la buhardilla y, una vez allí, se quedó inmóvil, mirando en torno y palideciendo al descubrir en el suelo las manchas de sangre que Ona había dejado al morir. Luego se identificó ante Elzbieta

diciendo que trabajaba para el Auxilio Social y que tenía su domicilio en los alrededores de la avenida Ashland. Elzbieta sabía de qué lugar estaba hablando: un piso situado encima de una tienda de ultramarinos. Alguien la había invitado a visitar la casa, pero ella, pensando que aquello tenía que ver con cuestiones de religión, había rehusado. Su sacerdote no aprobaba los contactos con otras religiones y, refiriéndose a aquella casa en concreto, había dicho que se trataba de gente rica que habitaba esa parte de la ciudad con el propósito de conocer las condiciones de vida de los pobres, sin que nadie supiera qué beneficio podía reportarles ese propósito. Así se lo expuso la ingenua Elzbieta a su joven visitante, la cual rompió a reír para luego, durante un instante, adoptar un aire indeciso mientras escudriñaba, siempre en pie, el ático y traía a la memoria las cínicas palabras de alguien que, hablando de ella, decía que vivía asomada a la boca del infierno, echando bolas de nieve al interior con el fin de enfriarlo.

Feliz de tener quien la escuchara, Elzbieta relató a la joven todos sus infortunios. Le habló de lo sucedido a Ona, del episodio de la cárcel, de cómo habían perdido su casa, del accidente de Marija, de cómo, por fin, su hija había muerto y de la situación de Jurgis, sin trabajo como estaba. Mientras escuchaba a Elzbieta, los ojos de la hermosa joven se habían llenado de lágrimas. Luego, rompió en sollozos y, sin importarle que la habitación estuviera llena de pulgas, ni tampoco la sucia y vieja bata que cubría el cuerpo de Elzbieta, fue a ocultar el rostro en el hombro de la anciana. La buena de Elzbieta sentía vergüenza de sí misma por haber contado un relato tan triste y su visitante hubo de recurrir a la súplica para que continuara. La historia concluía con el hecho de que la joven les hiciera llegar una canasta con víveres y dejase, para Jurgis, una carta que debía presentar a cierto caballero, director de uno de los talleres de las grandes fábricas de acero que ocupaban la parte sur de Chicago.

—Él le encontrará algún trabajo —había explicado la joven dama sonriendo entre lágrimas. Porque, en caso contrario, no será conmigo con quien se case.

Las acerías se encontraban a quince millas de distancia trayecto en tranvía y, como de costumbre, exigía la compra de dos billetes. Hasta donde alcanzaba la vista, a lo ancho y largo, el cielo aparecía inflamado por un fulgor rojo enviado por multitud de gigantescas chimeneas dispuestas en largas baterías. Por lo demás, era noche cerrada cuando Jurgis llegó a su destino. Los vastos talleres, que formaban por sí mismos una ciudad, se levantaban tras un recinto de vallas y había ya más de cien hombres congregados ante la puerta donde se efectuaba la admisión de nuevo personal. Nada más rayar el día comenzaron a sonar las sirenas y a la llamada aparecieron de repente miles de hombres surgidos del interior de las tabernas, las casas de hospedaje cercanas y de los tranvías en tránsito, que parecían haber emanado del propio suelo bajo la pálida luz de la aurora. Concentrados en un río humano, una multitud de ellos franqueó las cancelas para, luego, dispersarse de nuevo al otro lado hasta que, una vez desaparecidos los últimos, que corrían para no rezagarse, no quedó más que el guarda, ocupado arriba y abajo en su ronda, y la masa hambrienta de los que aguardaban, trémulos, pateando el suelo.

El portero a quien entregó Jurgis su preciosa carta de recomendación era un hombre arisco que estuvo asaeteándole a preguntas. Él, sin embargo, se limitó a insistir en que nada sabía, y ya que había tenido el buen tino de cerrar el sobre, su interrogador no pudo hacer otra cosa que cursarlo a su destinatario. Un mensajero regresó con el encargo de pedir a Jurgis que esperara y eso le llevó al otro lado de la verja con, tal vez, menos conmiseración de la debida hacia los que, menos afortunados, le miraban pasar con ojos llenos de envidia.

La gran factoría estaba despertando a su actividad cotidiana. De ello daba prueba un dilatado estruendo en el que al rodar de las máquinas se unía el runrún de los motores y el estrépito de los martinetes. Luego el panorama fue cobrando lentamente relieve: por doquier salpicado de construcciones negras, mastodónticas, y largas hileras de cobertizos y talleres, aparecía surcado por pequeños

trenes de infinitas ramificaciones. El pavimento era un campo de cenizas y el cielo un océano surcado por enormes ondas de humo negro. Limitaban la explanada, de un lado, un tendido ferroviario con doce pares de carriles y, del otro, la extensión del lago Michigan, donde atracaban los cargueros.

No le faltó a Jurgis tiempo para contemplarlo todo y admirarse, pues transcurrieron dos horas hasta que lo recibieron. Llamado a las oficinas, un celador de la empresa salió a su encuentro para informarle de que, si bien el director se hallaba ocupado en ese momento, él vería cómo proporcionarle un puesto de trabajo. Luego, en el curso de la entrevista, le preguntó si había trabajado con anterioridad en la industria del acero y, caso contrario, si estaba dispuesto a aceptar cualquier tipo de tarea. Ante la afirmación de Jurgis, el hombre dijo que saldrían a dar una vuelta para ver qué encontraban.

El paseo les ofreció espectáculos que dejaron a Jurgis boquiabierto. Se preguntó si llegaría a acostumbrarse a trabajar en un lugar donde el ruido ensordecedor hacía vibrar el propio aire y las sirenas lanzaban por todas partes y al mismo tiempo alaridos de advertencia, donde locomotoras en miniatura se le echaban a uno encima a cada paso y masas de metal al rojo vivo, palpitantes y sonoras, cruzaban su camino entre explosiones ígneas y cascadas de ascuas cegadoras que chamuscaban el rostro. Todos los trabajadores de los talleres aparecían cubiertos de hollín, tenían hundidos los ojos y macilento el semblante. Su labor se desarrollaba a un ritmo furioso, entre carreras constantes y sin levantar para nada la mirada, fija siempre en el trabajo. Jurgis se aferraba a su guía como un pequeñuelo asustado a su niñera y, mientras el celador iba de un encargado a otro en busca de ocupación para un nuevo peón sin especializar, él iba mirándolo todo con ojos asombrados.

Juntos llegaron hasta el horno Bessemer —una estructura abovedada de las dimensiones de un gran teatro— donde laminaban el acero. Situado a la altura de un palco de ese teatro ideal, Jurgis advirtió en el lugar que hubiera ocupado su escenario, tres gi-

gantescas calderas con capacidad suficiente para atender los trabajos de todos los demonios del averno, donde una masa de un blanco incandescente borbotaba salpicones y se agitaba como si guardara en sus entrañas un volcán en erupción, todo en medio de un fragor tal que la voz no era audible sino al nivel del grito. El ígneo líquido escapaba de las calderas para, en contacto con el suelo, producir estallidos como de bombas. Al ver que los hombres seguían trabajando alrededor, indiferentes a todo ello, Jurgis se quedó sin aliento de puro espanto. Se hizo audible entonces el corto silbato de una sirena, y, a continuación, una pequeña locomotora se abrió paso a través del telón de esta especie de teatro, arrastrando tras de sí una carga de materiales desconocidos que pasarían a nutrir los formidables recipientes; y, luego, tras un nuevo silbo, un segundo tren, que había emergido del fondo del escenario, se aproximó hacia las calderas hasta que, de súbito y sin previo aviso, una de éstas, decantándose, vertió en él, atronador, un largo chorro de llamas líquidas. Convencido de que acababa de producirse un accidente, Jurgis retrocedió sobrecogido y en ese momento, una columna flamígera, deslumbrante como el sol, se desplomó con el contenido ímpetu de un gran árbol cayendo a plomo en un bosque. Un torrente de ascuas barrió entonces todo el ámbito de la nave sustrayéndola a la vista, eclipsando todos los demás objetos. Jurgis, que se había llevado las manos al rostro, entreabrió los dedos y pudo discernir una catarata de fuego palpitante, vivo, que, brotando de la caldera, irradiaba una luz ajena a las de este mundo, un fulgor que escocía el globo de los ojos. Más arriba, el espacio se irisaba de incandescencias y alrededor, el azul, el rojo y los tonos dorados flotaban en una especie de danza. El propio torrente, sin embargo, no tenía más matiz ni coloración que el blanco, un blanco inefable: flujo emanado de las regiones de lo portentoso; un río que se hubiera dicho el propio origen de la vida. Contemplándolo, el alma se estremecía de emoción y se hubiera creído pronta a sumirse en él, deseosa de emprender hacia él una veloz y dócil carrera que la devolviera a los remotos territorios donde moran lo bello y lo sublime. Luego, ya vacía, la colosal

caldera recuperó su posición primitiva y, viendo Jurgis que nadie, para su gran alivio, había recibido daño alguno, se dio vuelta y se encaminó, en pos de su guía, al exterior, ahora bañado por el sol.

Posteriormente atravesaron los altos hornos y las forjas rotativas donde, volteadas en el aire, las barras de hierro eran reducidas a menudos pedazos como si de queso se tratase. Mientras, por todas partes, en derredor y en lo alto, máquinas formidables hacían volar sus brazos, caían gigantescos martillos y ruedas colosales no cesaban de girar. Arriba, las grúas-puente avanzaban trepidantes y rechinando, y alargaban hacia el suelo manos metálicas en busca de presas férreas. Era como asistir, en el propio centro de la tierra, a las evoluciones de la maquinaria que rige el tiempo.

Por último, Jurgis y su acompañante alcanzaron el lugar donde se fabricaban los rieles de acero. Jurgis, que había percibido un bocinazo a su espalda, dio un salto para esquivar una vagoneta que transportaba un lingote de hierro al rojo, tan grande como el cuerpo de un hombre. El vehículo, de pronto, se detuvo con un audible respingo y su candente carga salió proyectada sobre una plataforma móvil. Allí, brazos y zarpas de acero se apoderaron del descomunal lingote, a golpes y empellones lo situaron en un lugar conveniente y lo impulsaron hasta donde unos enormes rodillos habrían de apresarlo. Más allá, la masa metálica siguió avanzando entre renovados choques y trepidaciones para ser, luego, volteada como una tortilla en una sartén y de nuevo prendida e impulsada, marcha atrás, en dirección al espectador, a través de nuevos transportadores. De esta forma, en medio de un estrépito ensordecedor, saltaba adelante y atrás y se tornaba más delgada y más plana conforme adquiría mayor longitud.

Se hubiera dicho que aquel lingote tenía alma, animado y reacio a partir en aquella loca trayectoria, pero, presa del destino, volteaba sin cesar entre rechinidos y chasquidos de protesta. Por último, convertido en una larga serpiente roja evadida del purgatorio, mientras resbalaba sobre el lecho de rodillos, se hubiera jurado que estaba vivo: tal era su manera de retorcerse y serpear, tales los ester-

tores de su cola que, próxima a desprenderse, se contraía en espiral. No hubo descanso alguno para aquel cuerpo hasta que, frío ya, ennegrecido, quedó listo, a falta de que lo seccionasen y enderezaran, para su uso en el tendido de un ferrocarril. Allí donde el periplo del riel concluía fue, precisamente, donde Jurgis encontró colocación. Una vez forjados, los carriles debían ser movidos con palancas y al capataz no le venía mal un nuevo par de brazos. Jurgis, pues, se quitó la chaqueta y se puso a trabajar en el acto.

El desplazamiento hasta las acerías le llevaba dos horas diarias y un desembolso semanal de un dólar y veinte centavos. Ante lo absurdo del caso, Jurgis hizo un hatillo con su ropa de cama, se lo echó al hombro y se trasladó a una casa de hospedaje regentada por polacos que le había presentado un compañero de trabajo. Allí, por diez centavos, obtendría el privilegio de pasar la noche sobre el entarimado. Las comidas las hacía en las tabernas donde, por el precio de un trago, le daban a uno un almuerzo, y los sábados por la noche se volvía a casa con el hatillo a cuestas y entregaba a Elzbieta la mayor parte de su sueldo semanal. Elzbieta no veía el arreglo con buenos ojos, porque temía que esta situación llevase a un paulatino distanciamiento, y aducía que ver al niño una sola vez por semana no era suficiente. Pero la cosa no tenía otro remedio ya que, aun cuando Marija estaba ya en condiciones de trabajar, las acerías no empleaban mano de obra femenina. Eso no dejaba a la muchacha más que la esperanza, alentada día a día, de encontrar de nuevo empleo en los mataderos.

Al cabo de una semana en la factoría, Jurgis había ya superado aquella sensación de impotencia que le anonadara al principio. Pronto aprendió a desenvolverse y a aceptar como cosas normales todos aquellos terroríficos portentos y trabajar ajeno al estrépito y la violencia de los golpes. De un extremo había pasado al otro: presa, antes, del pánico, procedía, ahora, con un arrojo imprudente que hacía pensar en la indiferencia. En esto no se diferenciaba de sus compañeros que, absortos en su tarea, se olvidaban, o poco menos, de sí mismos. Era prodigioso, a poco que se reflexionara, que aquellos hombres hu-

biesen llegado a tal concentración en su trabajo, teniendo en cuenta que se les pagaba por horas y que el celo no aumentaba el salario. Estos trabajadores sabían que, en caso de accidente, prescindirían de ellos y se verían relegados al olvido, mas no por ello dejaban de correr hacia su tarea, utilizando atajos peligrosos, ni vacilaban ante el empleo de métodos más rápidos y efectivos por mucho que esto aumentase el riesgo. Así, durante su cuarta jornada en el trabajo, Jurgis había presenciado cómo una vagoneta hacía puré el pie de un hombre que, corriendo ante ella, había perdido el equilibrio. Más adelante, antes de cumplir su tercera semana en el puesto, fue testigo de un accidente todavía más atroz. Había una fila de hornos que, construidos con ladrillos, fulgían por todas sus rendijas con el brillo cegador del acero líquido que contenían. Alguno de estos hornos presentaba deformidades peligrosas mas, a pesar de ello, los operarios seguían trabajando enfrente, protegiéndose los ojos con lentes azules cuando tenían que abrir las portillas. Una mañana, cuando Jurgis cruzaba la nave, uno de los hornos reventó y roció de su candente líquido a dos de los obreros. Jurgis corrió en ayuda de los hombres, que se revolcaban en tierra profiriendo alaridos desgarradores. El socorro le costó perder buena parte de la piel de la palma de una mano y, si bien el médico de la empresa le vendó la herida, no hubo quien le mostrara el menor agradecimiento: él, en cambio, se pasó ocho días sin trabajo y sin jornal.

El accidente, por fortuna, coincidió con la tan esperada admisión de Elzbieta en los trabajos de limpieza de las oficinas de una cárnica, que comenzaban todos los días a las cinco de la mañana. Jurgis, de vuelta a casa, se envolvía en mantas, para no enfriarse, y empleaba una parte del día en dormir y la otra, en jugar con el pequeño Antanas. Juozapas pasaba un buen número de horas hurgando por los vertederos y Elzbieta y Marija, por su parte, salían en busca de nuevo trabajo.

Antanas, que había cumplido ya un año y medio de edad, era un parlanchín infatigable. Tan rápidamente aprendía que, con el transcurso de cada semana, Jurgis, al volver a casa, tenía la im-

presión de estar ante un niño distinto. Sentado cerca de él, se extasiaba escuchando y mirándole, y luego daba rienda suelta a sus alborozadas exclamaciones: *¡Palauk! ¡Mumal! ¡Tu mano szirdele!* Aquella personita era, en verdad, la única alegría que a Jurgis le restaba en este mundo: el niño representaba su única esperanza y su solo triunfo. Daba gracias a Dios de que Antanas fuera varón y que a su reciedumbre de roble uniera el apetito de un lobo. Nada había hecho mella en él y nada podía hacerlo. De todos los sufrimientos y privaciones salía incólume, sin otras marcas que una voz acaso más aguda de lo normal y unas ansias de vida que, de otra manera, quizá no hubiera tenido. El hecho, por lo demás, de que el niño fuera rebelde no preocupaba en lo más mínimo a su padre que, al mirarle, se sonreía para sus adentros. Nunca sería demasiado combativo su carácter, pensaba Jurgis no sin satisfacción, dado que la vida le exigiría mucha lucha.

Jurgis había adquirido el hábito de comprar, siempre que dispusiera de dinero, el diario del domingo. Por sólo cinco centavos podía uno adquirir la más fantástica de las publicaciones, todo un manojo de páginas impresas que ponían de relieve, en grandes titulares, noticias del mundo entero. Auxiliado por los niños cuando las palabras eran demasiado largas, lentamente, letra por letra, desentrañaba su contenido. El diario hablaba de guerras, de asesinatos, de muertes repentinas. Era inconcebible que sus redactores pudieran enterarse de tanto sucesos amenos y apasionantes. Las historias no tenían más remedio que ser ciertas, pues cosas como aquellas no podían haber sido creadas por la imaginación de ningún hombre. Venían, además, ilustradas con fotos tan veraces como la propia realidad de las cosas. El diario dominical resultaba tan emocionante como una visita al circo y casi tan divertido como irse de pachanga; era, sin duda, una buena recompensa para el obrero que, agotado y embrutecido por su trabajo —aquel reventadero que se repetía jornada tras jornada, año tras año sin una hora de esparcimiento y, aún menos, la oportunidad de solazarse contemplando alguna vez una campiña—, no disponía, para avivar su imaginación, de

otro recurso que el alcohol. Además de otras cosas, el diario traía páginas repletas de viñetas cómicas, que procuraban al pequeño Antanas mayor gozo que cualquier otra cosa de la vida. El niño se extasiaba en ellas y, tan pronto se las había agenciado, obligaba a su padre a explicárselas. Había en las ilustraciones animales de todas clases, cuyos nombres el pequeño conocía sin excepción e invocaba, sentado en el suelo, durante horas enteras señalando con sus deditos gordos los personajes de aquel mundo animal. Cuando, por su sencillez, Jurgis conseguía desentrañar el texto de la historieta, el niño se la hacía repetir hasta retenerla en la memoria y, luego, la relataba a su manera, con su media lengua, mezclándola, a veces, con otros temas y haciendo que sus relatos resultasen una pura delicia. También encandilaba su manera de pronunciar las palabras y su habilidad para captar, y repetir más tarde, frases de los mayores. ¡Qué extravagantes, qué absurdamente divertidas eran las cosas que decía! La primera vez que el granuja saltó con un "¡Maldita sea!" faltó poco para que el padre se muriera de risa. Luego, sin embargo, Jurgis se arrepintió, pues Antanas no tardó en extender sus maldiciones a todas las cosas.

Jurgis tuvo dos visitantes durante su reposo: la hermosa joven del Auxilio Social y la señorita Wheeler. Los Wheeler eran una de las familias que, desde hacía uno o dos meses, habían alquilado una habitación en el sótano de Panel Aniele. Nadie los conocía en el barrio y eran bastante introvertidos. No quedaba aún claro por qué estaban allí, ya que parecían provenir de una clase social muy diferente de la que se estila en Packingtown. Eran una madre, inválida total, la hija y un hijo de unos veinticinco años. Una vez por semana la hija iba al centro de la ciudad para recoger su labor de costura, fuera de esto, nunca salía de casa. El hijo, por su parte, trabajaba en una de las fábricas de uno de los empresarios de carne "independientes", pero, dado que nadie más del vecindario trabajaba allí, nadie sabía nada más, excepto que tocaba el violín por las tardes, y lo hacía de un modo que nadie allí había escuchado nunca: una música salvaje, hermosa, que les ponía los pelos de punta y los dejaba

perplejos y maravillados. Ellos se daban cuenta de que esa música siempre hería sus corazones de pena, que nunca salían más que una docena de notas alegres de ese sótano con las cortinas echadas.

Fue casualmente el accidente de Jurgis el que terminó por resolver el misterio. La señorita Wheeler se había enterado de algún modo del percance y preguntó a Elzbieta si podía hacerle una visita. Vino al final de la tarde, cuando todos estaban ya en casa. Se sentó en la oscura buhardilla y estuvieron conversando. Había escuchado que Jurgis se había herido en la mano y ella entendía lo que significaba, ya que también su hermano Harry había pasado por una desgracia terrible. Era músico, como ya sabían todos, y su puesto de trabajo era una máquina de enlatado que le había amputado dos dedos de la mano izquierda. Eso hizo que no pudiera dedicarse ya al violín profesionalmente, lo que le había vuelto una persona desgraciada e infeliz. La joven hablaba con una voz baja y dulce que sonaba como un violín. Era la primera vez que Jurgis hablaba con alguien de esa clase, de modo que se quedó abrumado y en silencio cuando ella le dijo que sabía todo el dolor por el que había pasado y que, si le agradaba, ella estaría encantada de que bajara a hablar con ellos: ver a su madre y hablar juntos mientras ella cosía. Elzbieta tuvo que darle una patada a Jurgis, en la oscuridad, para que respondiera y luego pedir disculpas en su nombre por ser tan pelmazo.

Jurgis devolvió el favor, por supuesto. Aunque se sintió como un pez fuera del agua, pronto se encontró en casa de la señorita Wheeler viendo cómo volaban sus dedos y escuchando su dulce voz. Era una mujer encantadora, pálida y delgada. Tenía los ojos rojos de tanto coser: nunca paraba, excepto cuando tenía que atender a su madre, una anciana de pelo blanco que estaba siempre recostada en un sofá y que podía estarse así, en silencio, como un cadáver, durante más de una hora. La hija tenía cierto interés por este corpulento extranjero que tanto había sufrido y tan callado permanecía. Ella logró que se abriera un poco y que le contara cosas sobre su vida y sobre Lituania. Ella nunca contaba nada de su propia vida, pero Jurgis se daba cuenta de que eran tan pobres como ellos, aun-

que todo lo que había en su casa fuera ajeno a lo que se encontraba en Packingtown. La mujer tenía una cortina alrededor de su cama y el hermano se había apañado un cuartito con un biombo. Había cuadros y objetos decorativos que remitían a otra vida. Pasó un tiempo antes de que Jurgis escuchara la historia de los Wheeler.

Su padre había sido un comerciante en un pueblo cerca de Connecticut: se había arruinado y se había volado la cabeza. El hijo, que estudiaba música y que tenía mucho talento, se había encargado de mantener a la familia tocando en un teatro. Escuchó que había más oportunidades en Chicago y decidieron ir allí. Anduvo enfermo y ellos errantes de un lugar para otro: al final encontró empleo como cajero en una sastrería, a seis dólares por semana. Pero él quería trabajar con sus manos y se empleó después en una imprenta y luego como maquinista de tranvía; al final, como no podía aguantar la exposición a la intemperie y las jornadas eternas de trabajo, buscó en los mataderos y aprendió a manejar una máquina de enlatar. Antes de que pasaran dos semanas en el puesto había contraído una infección en la sangre y, al mes, ya había perdido los dos dedos. Ello no le impedía trabajar, pero había destrozado su corazón. Se estaba muriendo poco a poco: la mitad de la noche la pasaba sentado, llorando de angustia, por los intermitentes fragmentos de música que aún lograba tocar.

Recuperado ya el uso de las manos, Jurgis cargó de nuevo con su ropa de cama y se reincorporó a su trabajo de trasegar raíles. Corría el mes de abril y las nieves habían cedido el paso a lluvias frías y copiosas que, por carecer de pavimento, convertían en un auténtico canal la calle donde habitaba Aniele. Para alcanzar la casa, Jurgis se veía obligado a vadearlo y, a veces, si la hora era avanzada y había mucho lodo, podía ocurrir que quedara empantanado hasta la cintura. Esto, sin embargo, no le preocupaba en exceso, pues la proximidad del verano constituía una gozosa certidumbre. Marija había conseguido por fin trabajo en una pequeña fábrica conservera como preparadora de restos de carne de vacuno. Jurgis, aleccionado por su parte, se había prometido rehuir en adelante cualquier oca-

sión de accidente y, con todo ello, en el horizonte parecía perfilarse ya el fin de todas sus cuitas, presentes y pasadas. Jurgis comenzó a soñar de nuevo y a hacer planes. Ahora podrían volver a ahorrar y procurarse, para el nuevo invierno, un alojamiento acogedor. Podrían sacar a los niños de la calle y llevarlos a la escuela. Así, a fuerza de trabajo, verían reavivados el decoro y la amabilidad que antaño constituyeran sus hábitos de existencia. Jurgis comenzaba a fraguar planes y alentar sueños de nuevo.

Tal era su estado de ánimo al apearse, al atardecer de cierto sábado, del tranvía. El sol declinaba fulgurante bajo un techo de nubes que habían traído una verdadera inundación a las calles en las que abundaba el barro. Había un arco iris en el cielo y otro en el corazón de Jurgis, que tenía ante sí treinta y seis horas libres que pasar junto a su familia. Mas, al llegar frente a la casa, advirtió de pronto que había una multitud congregada a la puerta. De un salto salvó los escalones que conducían al porche y, abriéndose paso entre la gente, irrumpió en la cocina de Panel Aniele, atestada por una muchedumbre de mujeres agitadas. La escena trajo a su memoria con terrible nitidez el día que, al regresar a casa de la cárcel, descubrió que Ona estaba muriéndose. Tan viva fue la evocación que su corazón pareció paralizarse.

—¿Qué sucede? —exclamó.

Un silencio sepulcral había invadido la pieza y Jurgis advirtió que todas las miradas estaban fijas en él.

—¿Qué sucede? —repitió.

Fue en ese momento cuando le llegó del sotabanco la voz de Marija, sofocada por los sollozos. Ya se precipitaba Jurgis hacia la escalera cuando, sujetándole por el brazo, Aniele le detuvo.

—¡No, no! —exclamaba la vieja. ¡No subas!

—Pero ¿qué sucede? —gritó él.

Entonces la anciana, casi inaudible la voz, respondió

—Antanas. Está muerto. ¡Se ha ahogado en la calle!

CAPÍTULO XXll

La noticia suscitó en Jurgis una singular reacción. Mortalmente lívido al principio, se dominó al punto y, luego, crispadas las manos, apretados los dientes, permaneció inmóvil en el centro de la habitación por espacio de medio minuto. Luego, y tras apartar a Panei Aniele, ganó de dos zancadas la habitación vecina y escaló los peldaños que llevaban al desván.

En un rincón, sus formas insinuadas por la manta que lo cubría, había un cuerpo y, tendida junto a él, llorando acaso desvanecida —no era posible precisarlo—, estaba Elzbieta. Marija iba y venía por todo el espacio del sotabanco dando voces y retorciéndose las manos. Jurgis comprimió más las suyas y la interpeló, la voz llena de dureza:

—¿Cómo ha sucedido?

Era tal la desesperación de Marija que apenas oyó la pregunta. Entonces él la repitió más alto y con mayor aspereza todavía.

—¡Se cayó de la acera! —gimió ella.

Al hablar de la acera se refería a un entarimado hecho de leños podridos que bordeaba la casa a unos cinco pies sobre la depresión de la calle.

—¿Y cómo había llegado el niño hasta allí? —quiso saber Jurgis.

—Salió... salió a jugar —explicó Marija entre sollozos que la ahogaban. No habíamos conseguido retenerle en casa. ¡Debió de quedar atrapado en el lodo!

—¿Es seguro que está muerto?

—¡Sí, ay, sí! —clamó ella. El médico vino a verle.

Luego, durante unos segundos, Jurgis estuvo balanceándose, como inseguro de su equilibrio. Pero no vertió una sola lágrima. Por fin, tras echar una última ojeada a la manta y el bulto que ocultaba, se dio la vuelta, bajó la escalera y desapareció en el piso bajo donde,

al llegar, se hizo un nuevo silencio. Jurgis se encaminó directamente a la puerta, traspuso el umbral y se lanzó calle abajo.

Cuando murió su mujer se había echado a la calle para meterse en el bar más cercano. Esta vez, sin embargo, y a pesar de que llevaba en el bolsillo el dinero de su semanal no fue eso lo que hizo. Esta vez anduvo incesantemente, ciego a todas las cosas, a través del barro y el agua, hasta que, por último, buscó asiento en un escalón, hundió el rostro en las manos y se quedó, por lo menos media hora completamente inmóvil. De vez en cuando, para sus adentros, musitaba: «¡Muerto! ¡Muerto!».

Al cabo de un rato se alzó otra vez y reemprendió su caminata. El crepúsculo andaba ya avanzado y Jurgis estuvo caminando hasta que, caída ya la noche, encontró cerrado el camino por la barrera de una vía férrea que estaba tendida al paso de un tren de mercancías que avanzaba lenta pero estruendosamente. Jurgis se detuvo a mirar y, en ese momento, de la manera más inopinada, un loco impulso que, callado, latente, desconocido, había estado germinando en su interior, cobró súbita vida y se apoderó de él. Había reemprendido la marcha, esta vez a lo largo de la vía y, cuando hubo dejado atrás la caseta del guardabarrera, dio un salto al frente y subió a uno de los vagones.

El tren se detuvo casi en seguida. Jurgis se apeó entonces y corrió a esconderse bajo el vagón, donde el espacio era suficiente para permanecer sentado. Luego, cuando el tren se puso nuevamente en marcha, Jurgis hubo de librar una batalla con su alma. Cerrados los puños, apretados los dientes, había resuelto no verter una sola lágrima, ¡ni una sola! Lo sucedido era ya parte del pasado y, como tal, lo rechazaba: no tendría poder sobre él por más tiempo. Era una carga que, con todo lo demás, aquella misma noche se sacudiría de los hombros para ser libre. A partir de ese momento se disiparía, como una pesadilla negra y odiosa, y, a la mañana siguiente, él sería un hombre nuevo. Y, así, cada vez que un pensamiento, un recuerdo enternecido o el rastro de una lágrima parecían atacarle, se alzaba enfurecido y, profiriendo juramentos, los sofocaba.

La lucha que libraba era por su propia vida y le llevaba a rechinar los dientes de desesperación. ¡Qué necio, qué necio había sido! Por su condenada debilidad había malogrado su vida y arruinado su persona. Pero todo eso tocaba ahora a su fin. Arrancaría el mal de raíz y no habría ya ni lágrimas ni vestigios de ternura. Unas y otras le habían reducido a la esclavitud. A partir de ahora sería libre. Rotos los grilletes, se alzaría para luchar. Se alegraba de que el fin hubiera llegado tan pronto. Llamado a producirse un día u otro, mejor era así. Ni mujeres ni niños tenían cabida en aquel mundo; cuanto antes lo abandonaran, mejor para ellos. Sufriera Antanas lo que sufriera en el lugar donde se encontraba ahora, sus padecimientos nunca excederían los que la tierra le reservaba. Este pensamiento era el último que su padre estaba dispuesto a dedicarle. De ahora en adelante, ese hombre iba a vivir para sí y luchar por sí mismo contra un mundo que se había ensañado con él sin regatearle frustraciones ni torturas.

Así continuó Jurgis arrasando el jardín de su alma, pisoteando y machacando cuanto antes le diera belleza. Tras una ensordecedora tronada de la locomotora, una oleada de polvo le barrió el rostro. Mas, aunque el tren se había detenido, y lo haría otras veces, a lo largo de la noche, Jurgis no se movió de su escondrijo, dispuesto tercamente a permanecer allí hasta verse lejos, muy lejos de Packingtown, pues conforme aumentaba la distancia, con cada milla, sentía disminuir la carga que agotaba su espíritu.

Cada vez que el convoy hacía una parada sentía bañado el rostro por una brisa con perfume a campiñas, a madreselva y a trébol. Jurgis aspiraba ávidamente esos aromas, que hacían batir su corazón a un ritmo loco. ¡El campo! ¡Otra vez estaba en el campo! El alba le sorprendió escudriñando con ansia los retazos de prados, de bosques y riberas, que alcanzaban sus ojos. Por último, incapaz de soportarlo más, saltó de su escondrijo, tan pronto el tren hizo su siguiente parada. Había en el techo del vagón un guardafrenos que, al verle, blandió el puño y profirió un juramento. Jurgis le respondió con un ademán burlesco y se alejó campo a través.

¡Y pensar que él, campesino de nacimiento, hubiera pasado tres años sin ver un solo paisaje, sin oír un solo sonido campestre! Excepto el corto paseo que le ofreciera su salida de la cárcel, cuando de puro atribulado nada percibía, y de las horas pasadas en los parques urbanos durante aquel invierno sin trabajo, podía asegurar, con todo rigor, no haber visto un árbol. Así, ahora se sentía como el pájaro que, habiendo alzado el vuelo, se ve llevado en alas de un ventarrón. A cada paso se detenía para contemplar arrobado alguna portentosa estampa: un rebaño de vacas, una pradera colmada de margaritas, un seto rebosante de rosas o un árbol de pájaros cantores. Sólo era un pobre y sucio vagabundo y no sabía nada de poesía, pero entendía todas estas cosas y sabía que se alegraban de verlo y no sentían vergüenza de él.

Al avistar finalmente una granja, se procuró un palo y, así protegido, se encaminó hacia ella. El dueño se encontraba engrasando las ruedas de un carro. Jurgis se aproximó a él.

—Quisiera desayunar, si tiene usted la bondad —le dijo.

—¿Está dispuesto a trabajar? —averiguó el granjero.

—No —dijo Jurgis. No pensaba hacerlo.

—Entonces no será aquí donde saque usted nada —le replicó el otro con brusquedad.

—Tengo intención de pagar —adujo Jurgis.

—¡Mira tú! —exclamó el granjero para, luego, permitirse un sarcasmo—: No tenemos servicio de desayuno después de las siete.

—Tengo mucha hambre —insistió Jurgis en tono grave. Quisiera comprar un poco de comida.

—Pregúntele a la mujer —dijo el granjero, indicando con un movimiento de cabeza un lugar situado a su espalda.

La "mujer" se reveló más accesible. Por diez centavos le vendió dos gruesos emparedados, un pedazo de tarta y dos manzanas. Jurgis se alejó dando cuenta de la tarta por parecerle el más perecedero de los víveres comprados. Al cabo de unos pocos minutos llegó a un curso de agua y allí, tras saltar una valla, siguió la ribera por un boscoso sendero. Hallando, por fin, un lugar propicio, hizo ho-

nor al almuerzo y, luego, sació la sed en las aguas del arroyo. A esto siguieron horas muertas, sin otro afán que solazarse en las vistas y embriagarse de gozo, hasta que, vencido por la fatiga, se tendió a la sombra de un arbusto.

Al despertar tenía la cara ardiendo de sol. Al incorporarse y estirar los brazos su mirada quedó prendida en el quieto curso de las aguas. Advirtiendo, no lejos de donde se encontraba, un remanso profundo, abrigado, lleno de silencio, concibió una idea maravillosa: ¡podía bañarse! El agua era de todos y nadie le impedía disfrutar de ella a su antojo. ¡Aquélla sería la primera vez, desde que dejó Lituania, que disfrutase de un verdadero baño!

A su llegada a los mataderos, Jurgis era tan aseado como pueda esperarse de un obrero. Los sábados por la noche siempre tapaba la pila de la cocina y se daba un baño. Pero, más adelante, al conjuro de la debilidad, del frío, del hambre y del desánimo, por no decir nada de las inmundas condiciones en que se desarrollaba su trabajo ni de toda la fauna de parásitos que invadía la casa, había renunciado a lavarse en invierno y, en verano, limitaba su aseo al que pudiera atender en las dimensiones de una palangana. Durante su estancia en la cárcel se había dado una ducha, la última que conociera su cuerpo. ¡Pero ahora iba a poder nadar!

El agua estaba templada y en ella estuvo chapoteando con el abandono de un niño. Luego, sin salir de ella, se sentó junto a la orilla y lenta, metódicamente, comenzó a frotar con arena, pulgada a pulgada, todo su cuerpo. Una vez emprendido el trabajo, quería que fuera concienzudo, que le permitiera conocer la sensación de estar limpio. Con arena también se frotó la cabeza, deslizando los dedos entre sus largos cabellos negros a fin de desprender lo que sus compañeros de trabajo llamaban "huéspedes" y luego hundió la cabeza en el agua pensando que, si permanecía así el tiempo suficiente, era posible que acabase con todos los parásitos. Finalmente, y al advertir que el sol calentaba todavía, fue en busca de su ropa, abandonada en la ribera, y se puso a lavarla prenda por prenda. Según el agua se llevaba la grasa corriente abajo, él rezongaba de

satisfacción y refregaba la ropa con redoblado ahínco, dando ahora por verosímil el propio sueño de alejar para siempre hasta el hedor del fertilizante.

Luego, con la colada tendida y mientras aguardaba a que se secase, se tumbó al sol y de nuevo se abandonó a un largo sueño. Al despertar, encontró las prendas tiesas, rígidas corno palos en la parte alta, y un poco húmedas en los bajos, pero, como volvía a sentir hambre, se vistió y reemprendió su camino. No disponía de cuchillo pero, a fuerza de paciencia, acabó por conseguir una estaca recia y de buenas proporciones y, armado de esa forma, regresó al camino.

Divisó, al poco, un caserío grande hacia donde encaminó sus pasos enfilando la senda que le daba acceso. Era justamente la hora de la cena y el granjero estaba lavándose las manos a la puerta de la cocina.

—Por favor —dijo Jurgis—, ¿no podrían darme algo de cenar? Tengo con que pagarlo.

A esto, el dueño de la casa se apresuró a responder:

—Nosotros no alimentamos vagabundos. ¡Largo!

Jurgis se alejó sin pronunciar palabra, mas, al rodear el granero e internarse en un campo recién cavado donde el dueño del caserío había plantado albaricoques jóvenes, fue tirando de ellos conforme avanzaba y, antes de alcanzar el otro extremo del campo, había dejado tras de sí, arrancados de cuajo, más de un centenar de árboles. Ésa era su respuesta, fiel reflejo de su actual disposición. Había decidido batallar y, en adelante, cualquier hombre que arremetiera contra él recibiría cumplidamente su merecido.

Al salir del huerto Jurgis encontró ante sí un bosque y, más allá, un campo de mieses de otoño. Franqueados ambos, alcanzó, por fin, un nuevo camino que al poco le condujo hasta las cercanías de otra granja. Como el cielo comenzara a encapotarse, Jurgis se acercó al lugar y solicitó al granjero alojamiento y comida.

—Me daría por satisfecho con que me dejaras dormir en el pajar —añadió al advertir que el hombre sentía desconfianza.

—Pues no sé qué decirte... —titubeó el campesino. ¿Fumas?

—A veces, pero cuidaré de hacerlo fuera— respondió. Y, cuando el hombre hubo dado su consentimiento, averiguó a su vez—: ¿Cuánto me cobrarás? No ando sobrado de dinero.

—Unos veinte centavos por la cena —contestó el hombre. El granero va gratis.

Así pues, Jurgis entró en la casa y tomó asiento a la mesa en compañía del campesino, su mujer y la media docena de chiquillos que formaban su prole. La cena fue copiosa: judías estofadas, puré de patatas, un guiso de espárragos troceados, un plato de fresas y grandes rebanadas de pan, muy gruesas, con un jarro de leche por bebida. Desde el día de su boda, Jurgis no había asistido aun festín semejante. Dar cuenta de esos veinte centavos de alimentos le costó un esfuerzo supremo. Todos estaban demasiado hambrientos para charlar. Pero, al concluir la cena, se instalaron en el porche y, mientras fumaban, el granjero estuvo interrogando a su huésped. Luego, cuando Jurgis le hubo explicado que procedía de Chicago, donde trabajaba como peón, y que andaba sin rumbo fijo, el hombre le preguntó:

—¿Por qué no te quedas y trabajas para mí?

—En este momento no busco empleo —fue la respuesta de Jurgis.

—Te pagaré bien —dijo el otro mientras apreciaba con la vista su poderosa constitución. Estoy dispuesto a darte un dólar, alojamiento y comida por mi cuenta. Por aquí no hay donde encontrar mano de obra...

—¿Su oferta alcanza también al invierno? —se apresuró a averiguar Jurgis.

—No, no... La granja es pequeña. Pasado el mes de noviembre no tendría trabajo para ti —contestó el dueño.

—Sí —dijo Jurgis—, ya me lo imaginaba. Y, dime, este otoño, cuando tus caballos dejen de prestarte servicio, ¿los abandonarás a su suerte en la nieve?

En los últimos tiempos Jurgis comenzaba a tener ideas propias.

—No es lo mismo —replicó el granjero percatándose de la intención de su pregunta. Un caballo no es un hombre. Un tipo fuerte como tú, puede encontrar trabajo sin dificultad en invierno, bien en la ciudad, bien en otra parte.

—Sí, lo mismo piensa todo el mundo —respondió Jurgis— y, por eso, caen como moscas sobre las ciudades. Una vez allí, cuando la necesidad les obliga a pedir limosna o a robar para subsistir, la gente les pregunta por qué no van al campo, donde faltan brazos por todas partes.

El granjero se quedó pensativo un instante.

—Y cuando se te acabe el dinero, ¿qué me dices? ¿Tendrás, o no, que trabajar entonces?

—Cuando llegue ese momento —dijo Jurgis—, ya veré lo que hago.

Tras un sueño reparador en el pajar, Jurgis disfrutó de un abundante desayuno a base de café, gachas de avena, pan y confitura de cerezas, por todo lo cual el granjero, acaso influido por sus razonamientos de la víspera, le cobró sólo quince centavos. Y, con eso, Jurgis se despidió y reemprendió la marcha. Así comenzó su vida de vagabundo. Trato como el dispensado por el último granjero pocas veces lo obtuvo. Eso le enseñó, al paso de los días, a esquivar las casas en favor de los bosques, cuando de dormir se trataba. En tiempo de lluvia, buscaba cobijo en construcciones deshabitadas y, cuando no las había, aguardaba la caída de la noche y, entonces, bastón en ristre, se introducía subrepticiamente en pajares. De ordinario, se escondía antes de que los perros advirtiesen su presencia y, una vez en el interior y oculto entre la paja, nada tenía que temer hasta el alba. Cuando, por el contrario, los perros le atacaban, retrocedía en perfecto orden de ataque y, aunque no era ya el hombre fuerte que había sido, rara vez necesitaba más de un único golpe para despachar a un perro.

Pronto la estación trajo frambuesas y, luego, arándanos con que economizar sus recursos. Los huertos y los sembrados ofrecían, también, manzanas y patatas, que Jurgis se avezó a cosechar abundantemente tan pronto anochecía. En dos ocasiones pudo, incluso, hacerse con pollos que le procuraron un festín, la primera vez en un caserío abandonado y, la segunda, en un rincón tranquilo, cerca de un río. Cuando, falto de todas estas cosas, se veía obligado a echar mano de su dinero, lo hacía con cautela pero sin resquemor, sabiendo que podía ganar más en cuanto quisiera. Con media hora de partir leña a su velocidad bastaba para obtener una comida e incluso presiones del granjero para retenerlo, en vista de su forma de trabajar.

Nada, sin embargo, podía atar a Jurgis que, hombre libre ya, bucanero a su modo, había despertado al viejo *Wanderlust* y llevaba en la sangre el gozo de una vida sin ligazones, el júbilo de la búsqueda y la esperanza infinitas. Tal vida, abundante, sin duda abundante en contratiempos y penalidades, siempre traía consigo, en revancha, alguna novedad, por no decir nada de la recompensa que por sí misma representaba para un hombre que había pasado largos años recluido en un espacio siempre idéntico, sin más horizontes que una desolada perspectiva de fábricas y casuchas, y que, de pronto, abierta la puerta de su jaula, se había encontrado dueño de su albedrío bajo un cielo sin fronteras, con nuevos paisajes y lugares que admirar, encontrando a cada hora gente nueva. ¿Qué no significaría todo esto para una criatura humana cuya vida entera había consistido en realizar una sola y misma función todo el día, hasta que sus fuerzas quedaban tan exhaustas que sólo le permitían tenderse y dormir a la espera de una nueva jornada? ¿Cómo imaginar el alborozo de ese ser al verse súbitamente dueño de sí mismo, libre de trabajar como y cuando le apeteciera y enfrentado a cada paso a una aventura diferente?

Hasta la salud le había sido devuelta y, con ella, todo el vigor juvenil y todas las gozosas potencias cuya pérdida tanto había lamentado. Todo ello le fue restituido de un súbito embate que le dejó

aturdido, lleno de sobresalto. Era como si su niñez, muerta tiempo atrás, regresara a él risueña y provocadora. Para un hombre harto de alimentos, ebrio de aire puro y ejercicio voluntario, suponía una bendición despertar de un sueño cumplido y partir, pleno de energías que no sabe en qué emplear, estirando los brazos, riendo y entonando viejas canciones devueltas por el recuerdo. En ocasiones, como es natural, no podía menos que pensar en el pequeño Antanas, a quien no había de volver a ver, cuya vocecita no escucharía ya jamás. Estas evocaciones le suscitaban batallas interiores. A veces, por la noche, despertaba tras haber visto en sueños a Ona y tendía los brazos hacia ella para, luego, bañar en llanto el suelo. Pero, llegada la mañana, todo quedaba al margen con una mera sacudida y, de nuevo, se echaba al camino para luchar contra el mundo.

Nunca se detuvo a preguntar dónde se encontraba o adónde le conducía un camino. Era muy vasto aquel país, le constaba, y no había, pues, peligro de que se le acabara. En cuanto a compañías, éstas, de desearlas, a buen seguro que no le hubieran faltado. Por todas partes adonde iba encontraba hombres entregados a una vida como la suya, en cuya sociedad hubiera sido bien recibido con sólo pedirlo. Entre estas gentes prevalecía el espíritu de clan e, inexperto como era Jurgis en el oficio, no rehusaron enseñarle sus trucos y sus tretas. De ellos aprendió qué aldeas y qué pueblos convenía evitar, cómo conocer una casa por los rasgos distintivos de un seto, cuándo robar era preferible a pedir limosna, y cuándo lo aconsejable era practicar ambas cosas a la vez. Ellos rechazaban con risotadas algunos principios de Jurgis como el de pagar cualquier cosa por medio del dinero o a base del trabajo. Aquellos hombres conseguían cuanto necesitaban por otros medios. Jurgis acampaba a veces con alguna de estas cuadrillas en lo profundo del bosque y con ellas salía en batidas de aprovisionamiento con el beneficio de la oscuridad. Ocurría a menudo que un miembro de estas partidas "hiciera migas" con él. Entonces marchaban juntos y, por espacio de una semana, viajaban codo con codo hablando de sus vidas.

Buena parte de los que se dedicaban a este vagabundeo profesional habían sido toda su vida, a buen seguro, holgazanes recalcitrantes. La inmensa mayoría, sin embargo, no eran sino obreros que, como Jurgis, habían luchado, perdido y desistido, al fin, de su empeño. Más adelante Jurgis topó con una tercera categoría de hombres, que eran el núcleo de donde emanaba el vagabundo corriente: hombres errantes y desarraigados que no por eso dejaban de buscar trabajo. Su objetivo solían ser los campos durante la cosecha. Sus filas formaban un verdadero ejército: el de los excluidos del mecanismo laboral de la sociedad. Estos habían venido a la vida, conforme a una implacable ley de la naturaleza, con el solo propósito de desempeñar todos los trabajos ocasionales de este mundo, todas las tareas que no por transitorias e irregulares dejan de ser indispensables. Estos hombres, por supuesto, no sabían qué era lo que les unía: sabían solamente que necesitaban trabajar y que las oportunidades de hacerlo eran fugaces. Instalados en Texas al comenzar el estío, iban derivando hacia el norte con la estación, al mismo ritmo que siegas y recolecciones tocaban a su fin. El otoño les encontraba en Manitoba y allí algunos se enrolaban en las explotaciones madereras, donde era abundante el trabajo invernal; los que no lo conseguían, se encaminaban hacia las ciudades para vivir allí de lo que hubieran podido ahorrar, ayudándose con los trabajos temporeros que el lugar permitiese: el trasiego de cargas en los puertos, el de descarga al pie de los camiones, la abertura de zanjas o el paleo de la nieve. Cuando el número de los que se ofrecían sobrepasaba al de los solicitados, los más débiles, también en eso obedientes a otra ley inmutable de la naturaleza, eran eliminados por el hambre y el frío.

Los trabajos de la recolección, que vienen con los últimos días de julio, encontraron a Jurgis en Missouri, donde cosechas que habían costado tres y hasta cuatro meses de labor se perderían, a menos que los granjeros pudiesen contratar brazos por un par de semanas. Esto hacía que todo el territorio se viera recorrido por un clamor de voces que solicitaban hombres. Ávidas de ganancias, las agencias habían abierto oficinas que sangraban a las ciudades de su

contingente obrero, echando mano, incluso, de muchachos todavía en edad escolar, que llegaban por carretadas, mientras hordas de granjeros enloquecidos detenían los convoyes de ferrocarril y a viva fuerza se llevaban consigo cuantos braceros pudieran cargar en un carro. No eran los salarios lo que se escatimaba: por una jornada de trabajo cualquier hombre podía conseguir dos dólares y la manutención, y, para los mejores, la oferta alcanzaba los dos dólares y medio, e incluso tres. La fiebre de la cosecha embargaba el propio aire; sólo un hombre por completo exento de espíritu hubiera podido hollar aquel suelo sin percibirla. Jurgis se unió a una cuadrilla y durante dos semanas trabajó de sol a sol, dieciocho horas diarias sin una sola pausa. Al concluir los trabajos había reunido una suma de dinero que en los lejanos días de escasez hubiera supuesto una fortuna. Mas ¿qué empleo podía dar ahora al dinero? Hubiera podido, a buen seguro, depositarlo en un banco —con suerte de que no fuera uno de esos envueltos en la locura de Wall Street— para recurrir a él cuando le hiciera falta. Pero Jurgis era ahora un desarraigado, un hombre que erraba a través de un continente; ¿qué podía saber él de operaciones bancarias, de giros, de cartas de crédito? Viajar, por otra parte, con ese dinero encima le valdría, a la larga, que le desvalijaran. Así pues, ¿qué otra alternativa le quedaba salvo gastarlo cuando todavía era tiempo de ello?

Un sábado por la noche él y algunos compañeros aparecieron en una ciudad pequeña. Llovía y no había mejor lugar donde guarecerse que una taberna. Allí encontró parroquianos que le invitaron a beber y a los cuales él correspondió. Todos reían, la gente cantaba al fondo del salón, una chica alegre, de sonrosadas mejillas, sonrió a Jurgis y él, súbitamente, sintió que el corazón se le subía a la garganta. Hizo a la chica una indicación de cabeza y la muchacha se acercó y tomó asiento a su lado. Juntos bebieron varias rondas y, luego, él la acompañó a una de las habitaciones de arriba. Allí, la bestia que llevaba en sus adentros se despertó y comenzó a ulular como ha venido haciéndolo en el fondo de la selva desde la noche de los tiempos. Después de eso, porque sus recuerdos le hacían sentirse

avergonzado, celebró que otros, hombres y mujeres, se les unieran. Hubo nuevas rondas de bebida y, juntos todos, la noche se fue en relajamiento y alboroto.

Al contingente de los que la sociedad había arrojado de sus filas obreras se sumaba otro, de mujeres, empeñadas, también ellas, en una lucha regida por leyes naturales estrictas. La existencia de hombres ricos y libidinosos les había procurado, mientras fueran jóvenes y hermosas, bienestar y abundancia. Pero, con la llegada de nuevas generaciones que las superaban en belleza y juventud, su destino las había llevado a seguir la ruta de los jornaleros. Algunas lo hacían por propia iniciativa, partiendo sus ganancias con los que regentaban los salones. Otras llegaban por el intermedio de las agencias, al igual que los hombres. Durante la recolección frecuentaban las ciudades y, en el invierno, las explotaciones madereras. Estaban, también, en las ciudades a la espera de la llegada de los hombres, y en cualquier sitio donde hubiera una concentración de obreros; si se construía un ferrocarril o un canal o se preparaba una festividad, las mujeres acudían y se instalaban en improvisados pabellones, en las tabernas o en habitaciones de alquiler que a menudo compartían entre ocho o diez, de acuerdo con el severo sistema natural.

A la mañana siguiente Jurgis no tenía un céntimo en el bolsillo y, una vez más, se echó al camino. Le invadía el malestar y sentía repugnancia, pero, atendiendo a sus nuevas normas de vida, sofocó esos sentimientos. Tenía conciencia de haberse comportado como un necio, mas nada arreglaba con lamentarlo. Sólo podía tratar de que lo sucedido no se repitiese. Resuelto a eso, prosiguió la marcha hasta que el ejercicio y el aire fresco disiparon su jaqueca, restituyéndole gozo y energías. Así habría de ocurrirle muchas veces porque, criatura impulsiva, el placer no había cobrado para él carta de naturaleza. Habría de pasar mucho tiempo antes de que comenzara a comportarse como la mayoría de los trotamundos que iban errantes hasta que el ansia de mujeres y bebida se apoderaba de ellos y les impulsaba a trabajar sin otra meta que la de realizar su propósito,

abandonándolo todo tan pronto como conseguían lo suficiente para costearse una juerga.

A Jurgis, por el contrario, le atormentaba la conciencia y, por más que lo intentase, no conseguía ahuyentar aquel fantasma que le hostigaba sin descanso. Surgido en los lugares más inesperados, con frecuencia su acoso le conducía a la bebida.

Una noche, sorprendido por una tormenta, buscó abrigo en una pequeña casa que se levantaba a las afueras de una población. Era el hogar de un obrero, un hombre de su propia raza, recién emigrado de Bielorrusia. El propietario dio a Jurgis la bienvenida en la lengua de su lejano país y le invitó a pasar a la cocina y secarse junto al fuego. No tenía cama que ofrecerle, dijo, pero sí la buhardilla, donde podría hacerse un lecho de paja. La esposa se afanaba con la cena y los hijos, entretanto, jugaban en el suelo. Jurgis tomó asiento y ambos hombres cambiaron impresiones acerca de su patria, los lugares que conocían y los oficios que habían practicado. Luego cenaron y, a continuación, durante la sobremesa, siguieron hablando, mientras fumaban. Esta vez la conversación giró en torno a América y la opinión que el país les merecía. En eso se ocupaban cuando, en mitad de una frase, Jurgis se detuvo al advertir que la esposa de su anfitrión había sacado una gran jarra colmada de agua y se disponía a desnudar al chiquillo más pequeño. Los demás se habían retirado ya al cuartito donde dormían, pero el pequeño, según explicó el dueño de la casa, tenía que tomar un baño antes de acostarse. Las noches habían comenzado a ser frescas, y la madre, que nada sabía del clima de América y creía inminente la llegada del invierno, había envuelto al niño en mantas, asegurándolas después, al uso de su país, con hilo y aguja. A todo esto un brusco regreso del calor había cubierto el cuerpo del niño de un salpullido que el médico aconsejó curar con baños que debían repetirse todas las noches y su mujer, la muy necia, le creía.

Jurgis apenas había prestado oídos al relato; era el niño el que reclamaba su atención. No tendría más de un año de edad, pero su cuerpo, de piernas bien torneadas y rechonchas que remataba un

estómago de redondez perfecta, hacía pensar en una robusta personita casi adulta. Tenía el pequeño los ojos negros como el azabache y las ronchas no parecían mortificarle en exceso, a juzgar por el júbilo con que se anticipaba al baño, largando pataditas entre alborozadas risas que unas veces le llevaban a lanzarse contra el cuello de la madre y, otras, a concentrar la atención en los dedos de sus menudos pies. Cuando la mujer lo metió en el baño, el pequeño se sentó sonriente en mitad de la jofaina y comenzó a rociarse de agua mientras profería gritos de lechoncito. Hablaba en ruso, lengua que a Jurgis le era familiar, dando a las palabras esas maravillosas inflexiones que sólo un niño puede prestarles y despertando en el alma de Jurgis, con cada una de ellas, el recuerdo de otras palabras pronunciadas por su propio hijo, cuando aún vivía. Y, cada vez que eso ocurría, era como si le hincasen un cuchillo en el corazón. Jurgis se quedó mudo y absolutamente inmóvil en su asiento, crispadas las manos mientras una tempestad iba cobrando forma en su seno y algo, semejante a una crecida, se le agolpaba en los ojos. Hasta que, incapaz de soportarlo por más tiempo, hundió la cara en las manos y prorrumpió en un llanto que dejó a sus anfitriones tan perplejos como alarmados. Avergonzado y ahogado por la pena, llegó un momento en que, no pudiendo sobrellevarlo, se levantó y corrió al exterior, a perderse en la lluvia.

Anduvo camino abajo sin detenerse hasta alcanzar un bosque tenebroso donde se ocultó y estuvo llorando como si su corazón fuera a quebrarse. ¡Qué dolor y desazón los suyos, cuando el sepulcro de la memoria alzaba su lápida y dejaba en libertad a los espectros de su vida de antaño para acosarle! ¡Qué espanto contemplar el pasado que ya nunca podría repetir: ver a Ona y al hijo de ambos, y su propio ser de entonces, tendiéndole los brazos, llamándole a través de un abismo insondable! ¡Qué terror comprender que todo aquello le había abandonado para siempre y que ahora no le restaba sino retorcerse hasta sofocarse en la ciénaga de su propia vileza!

CAPÍTULO XXIII

Al comienzo del otoño, Jurgis finalmente encaminó sus pasos hacia Chicago, porque la vida del vagabundo perdía todas sus alegrías tan pronto como el heno de los pajares dejaba de ofrecer abrigo suficiente. Por otra parte, y al igual que muchos otros, se engañaba pensando que anticipar la partida le valdría una ventaja sobre el tropel de los competidores más tardíos. Llevaba consigo, guardados en un zapato, quince dólares que había sustraído a los crápulas de las tabernas, no tanto por conciencia como por el temor de enfrentarse en la ciudad a un inverno sin trabajo.

El viaje lo realizó a bordo de trenes de carga, en cuyos vagones él y otra porción de hombres buscaban acomodo aprovechando la noche, expuestos a ser arrojados del convoy en cualquier instante, sin tener en cuenta la velocidad de la marcha. De estos compañeros de viaje se separó en cuanto llegaron a la ciudad porque, disponiendo él de algún dinero y los otros no, seguía resuelto a luchar sólo para sí mismo. Dispuesto a echar mano de todas las habilidades adquiridas de la experiencia, tenía el firme propósito de ganar la batalla sin preocuparse para nada de los que tuviesen peor fortuna. Las noches de bonanza las pasaba en los parques o buscaba, para dormir, acomodo en algún camión o, a falta de otra cosa, en el interior de un viejo tonel o en el de un cajón de embalaje. Cuando, por el contrario, el tiempo era lluvioso o apretaba el frío, se agazapaba, por diez centavos, en la litera de una casa de hospedaje o pagaba tres por una "plaza" en un dormitorio público. Sus comidas las despachaba en aquellos lugares donde había almuerzo gratis con pagar un trago: cinco centavos, ni uno más, con lo cual creía posible sobrevivir dos meses, o aún más tiempo, y en ese plazo, sin duda conseguiría alguna colocación. Este régimen de vida le obligaba, por supuesto, a despedirse de su aseo estival, pues una sola noche de pensión dejaría sus ropas plagadas de parásitos. Por otra parte y exceptuado el lago, cuyas orillas pronto se verían cubiertas de hielo,

no había en la ciudad un solo lugar donde uno pudiera lavarse ni tan siquiera la cara.

Lo primero que hizo fue presentarse en la acería y en la fábrica de maquinaria agrícola. En uno y otro sitio le dijeron que su plaza ya había sido cubierta tiempo atrás. En el barrio de los mataderos no quiso ni poner un pie, repitiéndose que ahora era un hombre libre y que así debía seguir: no tenía que compartir su salario con nadie cuando encontrara trabajo. Así inició, una vez más, la larga y fatigosa ronda de los almacenes y las fábricas, recorriendo a pie la ciudad de una a otra punta durante toda la jornada. Adondequiera que fuese, siempre encontraba un grupo de hombres, de diez a un centenar, que habían llegado antes. También recurría a los periódicos, aunque ahora a sabiendas de que no iba a ser presa de ningún agente de lengua refinada; sus compañeros de sus días de vagabundeo le habían enseñado todas estas tretas.

Consiguió finalmente un empleo por medio de un anuncio en un periódico, después de haberlo buscado por espacio de casi un mes. El anuncio solicitaba un centenar de obreros y, al principio, Jurgis lo tomó como un mero «gancho», a pesar de lo cual, y porque eran cercanas, acudió a las señas que indicaba. Al llegar encontró una cola de una manzana de largo, pero, como advirtiera un carro que, al salir de una calleja, había interrumpido la fila, Jurgis aprovechó la oportunidad para intercalarse, de un salto, entre los que aguardaban al otro lado. Sus competidores le amenazaron e hicieron lo posible por echarle, a lo cual Jurgis prorrumpió en juramentos e inició un escándalo con ánimo de atraer algún policía y, ante esto, dándose cuenta de que si el guardia intervenía sería para desalojar a todo el mundo, los hombres optaron por callar.

Unas dos horas más tarde le hicieron pasar a una habitación donde se encontró ante un corpulento irlandés parapetado tras un escritorio.

—¿Ha trabajado antes en Chicago? —le preguntó el hombre.

Ya fuera por inspiración de su agudo instinto, ya porque un ángel velaba en ese momento por él, Jurgis creyó mejor contestar:

—No, señor.

—¿De dónde procedes?

—De Kansas City, señor.

—¿Tienes referencias?

—No, señor. Yo soy un simple peón, pero tengo buenos brazos.

—Estoy buscando hombres para un trabajo duro. Se trata de excavar túneles para los cables del teléfono, todo bajo tierra. Es posible que no sea lo que andas buscando.

—No hay inconveniente, señor. Cualquier trabajo es bueno para mí. ¿Cuánto es la paga?

—Quince centavos por hora.

—De acuerdo, señor.

—Perfectamente. Vuelve a la entrada y que apunten tu nombre.

Y así, antes de que transcurriera media hora, Jurgis se encontraba ya trabajando a buena profundidad bajo las calles de Chicago. Para tratarse de un conducto destinado a conexiones telefónicas, el túnel, con sus tres yardas de anchura y un alto casi equivalente, no podía ser más singular: una verdadera telaraña con brazos y bifurcaciones que se extendían en todos sentidos. Jurgis caminó más de una milla con el resto del equipo hasta llegar al lugar donde tenían que trabajar. El túnel, cosa todavía más extraña, estaba dotado de luz eléctrica y tenía un doble tendido de rieles para ferrocarril de vía estrecha.

Jurgis no estaba allí para hacer preguntas, de modo que hizo caso omiso de aquello y ni siquiera volvió a reparar en lo observado. Hubo de pasar un año antes de que se enterara de lo que ocultaba aquel tinglado. Discretamente y casi con sigilo, el municipio había aprobado un pequeño e inocuo proyecto por el que se autorizaba a cierta compañía la construcción de una red de conductos subterráneos destinada a la instalación de cables telefónicos. Amparándose en dicha autorización, un gran grupo de empresas había perforado todo el subsuelo urbano creando un trazado de líneas subterráneas

para trenes de carga con el que los más importantes empresarios de la ciudad —cuya fuerza conjunta representaba un capital de cientos de millones de dólares— se proponía escapar al azote del sindicato de transportes, que era, de todos, el que más les hostigaba. Cuando quedase terminada la red de túneles, que comunicaba todas las grandes fábricas y almacenes con los depósitos ferroviarios, los patronos tendrían al enojoso sindicato en la palma de la mano. Los rumores y las especulaciones que habían llegado alguna que otra vez al Consejo lograron que se instruyesen investigaciones al respecto, pero, a cada intento del comité investigador, la aparición de sumas de dinero había echado tierra sobre el asunto y, cuando la ciudad quiso darse cuenta de ello, se encontró ante un hecho consumado. El hecho, a buen seguro, dio lugar a un escándalo formidable que puso al descubierto una serie de delitos, entre ellos la falsificación de las actas municipales, lo cual puso en la picota —en sentido figurado, naturalmente— a varias figuras influyentes de Chicago. Y, a pesar de que las obras tenían su acceso principal en la trastienda de una taberna propiedad de uno de los miembros del Consistorio, estos alegaron no haber tenido conocimiento de lo que estaba ocurriendo.

Jurgis tenía su lugar de trabajo en una de las perforaciones de reciente apertura, lo cual le garantizaba ocupación para todo el invierno. Tanto fue su júbilo al descubrirlo que aquella noche se fue de juerga. Luego, con el dinero que le había sobrado, se aseguró hospedaje en una casa de huéspedes donde podía, por un dólar semanal, compartir con otros tres hombres un gran colchón de paja de hechura casera. Otros cuatro dólares le proporcionaron pensión alimenticia para toda la semana en una casa vecina a su trabajo. Esto le dejaba un remanente semanal de cuatro dólares, una cantidad nunca soñada por Jurgis, si bien al principio hubo de costearse las herramientas y un par de botas recias, por cuanto las suyas, de puro viejas, se le caían de los pies. Algo parecido ocurría con su única camisa, que un verano de uso había convertido en un harapo, por lo cual hubo de sustituirla por otra de franela. Y, finalmente, estaba el abrigo. Toda una semana se pasó Jurgis reflexionando si debía o

no adquirir el que su patrona ofrecía de ocasión, propiedad de un buhonero judío que no había dejado, a su muerte, otra cosa con que liquidarle los atrasos. Jurgis, sin embargo, acabó por desestimar la compra en vista de que las horas del día las pasaba bajo tierra y, las de la noche, en la cama.

Nunca pudo errar más que tomando aquella decisión, la más propicia para empujarle a las tabernas. Su horario de trabajo, que le ocupaba desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, no le concedía más asueto que la media hora destinada al almuerzo, con lo cual los días laborables no llegaba Jurgis a ver la luz del sol. Y, luego, caída la noche, no tenía adónde ir, como no fuesen las tabernas: único lugar que, además de luz y calor, podía proporcionarle la oportunidad de escuchar un poco de música o de charlar un rato en compañía de algún compañero. Sin un hogar donde cobijarse, huérfano de todo afecto en este mundo, no le restaba en verdad otro amparo que el que procede de lo que, burlescamente, ha dado en llamarse la camaradería del vicio. Cierto que los domingos podía uno acudir a la iglesia, mas ¿dónde encontrar una en la que un obrero apestoso, cubierto de parásitos que se le asomaban al cuello, pudiera sentarse en un banco sin advertir cómo la gente se apartaba de él con aire de disgusto? Cierto, también, que le quedaba su cuarto de la casa de hospedaje o, al menos, una esquina de él: un espacio cerrado y sin caldear, con un ventanuco abierto sobre una tapia desnuda que se levantaba a dos pies de distancia; y, cómo no, estaban, por último, las calles desiertas, barridas por el viento huracanado del invierno. Aparte de estas cosas, sin embargo, Jurgis no tenía más que las tabernas y, para permanecer en ellas, se veía, claro está, obligado a beber. Un trago de vez en cuando le daba derecho a acomodarse a su antojo, a jugar a los dados o echar, con una baraja grasienta, sentado a una mesa con un tapete raído, una partida de cartas; también podía hojear las páginas color de rosa de un periódico "deportivo", donde abundaban las manchas de cerveza y las fotografías de asesinos y de mujeres medio desnudas. En tales diversiones gastaba Jurgis su dinero y así transcurrió su vida a lo

largo de las seis semanas y media que estuvo a sueldo de los magnates de Chicago, trabajando con denuedo a fin de que estos pudieran salirse de las garras de su sindicato de transportes.

En un trabajo que se desarrollaba entre tantas conspiraciones criminales no se podía prestar excesiva atención a la seguridad personal de los operarios, de ahí que la excavación de los túneles viniera costando, por término medio, la pérdida diaria de una vida humana y una serie de tullimientos y mutilaciones. Y, sin embargo, estos accidentes rara vez llegaban a oídos de los demás obreros; la noticia solía quedar entre los compañeros de la víctima: una decena, una veintena de hombres a lo sumo. Las obras se efectuaban mediante moderna maquinaria perforadora, lo que reducía las voladuras estrictamente al mínimo. No obstante, los desprendimientos, las explosiones espontáneas y el corrimiento de galerías eran frecuentes, eso sin contar con las desgracias que ocasionaba el ferrocarril subterráneo, el mismo que una noche, cuando los equipos se retiraban del tajo, alcanzó a Jurgis. Era una unidad compuesta por la máquina y un vagón que, al precipitarse a la galería principal procedente de uno de los numerosos túneles que desembocaban en ángulo recto, se le vino encima y le lanzó, tras golpearle en un hombro, contra un muro de cemento. Cuando cayó al suelo, Jurgis estaba sin sentido.

Le despertó la campana de la ambulancia que le transportaba al hospital del condado. Le habían cubierto con una manta y el vehículo se abría paso con dificultad entre la muchedumbre que recorría las calles haciendo compras para las fiestas. Al llegar a su destino, un cirujano joven le puso el brazo en su sitio. Luego, una vez lavado, le dieron una cama en un pabellón que compartía con una veintena de otros hombres, de los cuales unos sufrían mutilaciones y otros fracturas.

Aquellas Navidades, que pasó en el hospital, fueron las mejores que Jurgis conociera en América. La institución donde estaba asilado había sido frecuente blanco de investigaciones escandalosas y de articulistas de la prensa, que le acusaban de permitir que sus médicos

realizasen con los pacientes experimentos horribles, pero Jurgis, ciertamente, no sabía nada de esto. Su única queja se refería a la alimentación, que tenía por base carne enlatada y de un tipo que nadie, habiendo trabajado en Packingtown, aceptaría echar en la escudilla de su perro. A menudo Jurgis se había preguntado adónde iba a parar la cecina de buey, el *roast beef* y el jamón en lata que se fabricaba en los mataderos. Ahora comenzaba a comprenderlo. Aquellos productos fraudulentos —nunca mejor empleado el término— eran destinados a los organismos oficiales, cuyos mandos y agentes de compra los adquirían para la alimentación de soldados, marinos y reclusos, o para distribuirlos entre los internos de las instituciones benéficas, las brigadas del ferrocarril y, por último, los indigentes.

Transcurridas dos semanas, dieron a Jurgis de alta del hospital. Ello no significaba que su brazo estuviera sano ni él en condiciones de regresar al trabajo, sino, sencillamente, que podía pasar sin atención médica y que su plaza era necesaria para alguno en una situación peor que la suya. El hecho de que Jurgis quedara por completo indefenso y sin ningún recurso con que salir adelante no preocupaba en lo más mínimo ni a las autoridades del hospital ni a ninguna otra persona en todo Chicago.

Quiso la casualidad que, habiendo sufrido su accidente el lunes, acabase de satisfacer el alquiler de la habitación y la pensión alimenticia de la última semana, y, como el sábado había gastado casi todo el dinero sobrante, sus recursos se limitaban a los setenta y cinco centavos que llevaba en el bolsillo y el dólar y medio que le adeudaban por el trabajo realizado antes del percance. De haber demandado a la compañía habría obtenido, tal vez, una pequeña indemnización, cosa que él ignoraba y que sus jefes no tenían interés en señalarle. Así pues, se contentó con retirar su paga y las herramientas. Luego, tras dejar éstas últimas en una casa de empeño a cambio de medio dólar, se dirigió primero a la casa de huéspedes, cuya dueña le hizo saber que había alquilado su plaza y no contaba con ninguna otra disponible; a continuación, fue a ver a su patrona que, después de examinarle de arriba abajo, le asaeteó a preguntas.

Jurgis no llevaba más que seis semanas en su casa y tenía ante sí dos buenos meses de forzosa inactividad, así es que la mujer no tardó en decidir que alimentarle a crédito era un riesgo que no valía la pena.

De esta manera se vio en la calle, abandonado a la peor de las situaciones. El frío era crudísimo y nevaba. Los copos helados le azotaban la cara. No tenía abrigo ni lugar donde cobijarse. Llevaba en el bolsillo dos dólares con sesenta y cinco centavos y en el ánimo la certidumbre de no poder ganar un solo centavo por espacio de varios meses. Ni siquiera la nieve arreglaba las cosas: mientras otros, vigorosos y activos, la limpiaban por encargo, armados de palas, él, con el brazo izquierdo en cabestrillo, debía contentarse con mirar y seguir su camino. La esperanza de seguir adelante por medio de trabajos ocasionales debía ser, también, desechada. Incapaz de cargar un camión, no le quedaba ni tan siquiera, a merced como estaba de sus rivales, la posibilidad de vender periódicos o de acarrear equipaje de mano en las estaciones. No hay palabras para describir el terror que se apoderó de él al darse plena cuenta de lo que significaba esto. Semejante a un animal herido, se veía obligado a competir en desigualdad con una jungla de adversarios. Su inferioridad no daba lugar a la clemencia, porque nadie ganaba nada ayudándole o haciendo que la lucha le resultase más llevadera ni por un ápice. Ni aun recurriendo a la mendicidad, habría de menguar su desventaja, como al tiempo pudo descubrir.

Al principio su única preocupación fue sustraerse al espantoso castigo del frío. Buscó, pues, refugio en una taberna de las que antes había frecuentado y, tras pedir una copa, se quedó de pie junto al fuego, aguardando a que le echaran. Una ley no escrita estipulaba en un cierto tiempo el derecho de permanecer en aquellos locales a cambio de un consumo. Transcurrido el plazo, el cliente podía optar entre repetir el consumo o retirarse. Su calidad de viejo parroquiano hacía que el plazo convenido fuera un poco más largo para Jurgis que, sin embargo, tenía en contra el hecho de haberse ausentado por espacio de dos semanas y de encontrarse, como era evidente, en situación de paro. Claro que podía suplicar, explicando la historia

de sus desventuras, mas eso hubiera servido de bien poco. De doblegarse a tales argumentos, un propietario de taberna hubiera visto su local atestado de mendigos en noches como aquella.

No le quedó a Jurgis, pues, otro camino que buscar un nuevo local y gastar en él otros cinco centavos. Era tanta su hambre que esta vez no pudo sustraerse al estofado caliente de buey, iniciativa que reducía drásticamente el tiempo de acogida. Cuando también en este lugar le pidieron que se marchara, encaminó sus pasos hacia cierta taberna del distrito de los muelles, un lugar rufianesco al que en otros tiempos había acudido en compañía de un hombre de nacionalidad bohemia que tenía ojos de rata y que andaba tras los pasos de determinada mujer. Animaba a Jurgis la vaga esperanza de que el propietario le permitiera permanecer en una silla de la barra en el local. Porque, con lo más frío del invierno, los dueños de establecimientos de baja clase solían dar cobijo a uno o dos sujetos de aspecto desvalido que, cubiertos de nieve o calados por la lluvia, se instalaban junto al fuego y, en cierta forma, atraían clientela, pues ocurría a menudo que el parroquiano que regresaba a su casa lleno de ánimos después de una jornada de trabajo se resistiera a dar cuenta de su copa con tan triste espectáculo a la vista, de manera que no tardaba en exclamar: "¡Ey, amigo! ¿Qué pasa? ¡Parece que la estás pasando mal!". A lo cual el interpelado desgranaría un rosario de desventuras, que haría que el cliente respondiera: "Anda, tómate un trago, a ver si eso te levanta los ánimos". Ambos hombres beberían juntos y, si el aspecto del infeliz era lo bastante conmovedor, o bien suficiente su experiencia en esos casos, a la primera copa seguiría una segunda, o incluso podía ocurrir, cuando los hombres en cuestión compartían la misma nacionalidad, o habían vivido en un mismo lugar o profesado idéntico oficio, que se sentaran a una mesa y pasaran charlando un par de horas, con lo cual el propietario de la taberna se vería compensado por unas ganancias adicionales. Esta maniobra podrá parecer de una astucia diabólica, pero el propietario del tugurio no es el mayor culpable de ella, pues su situación no difiere del fabricante que se ve obligado a adulterar y presentar

fraudulentamente sus productos. Si un tabernero no recurre a esos métodos, otro lo hará, y si el primero no forma parte de ninguna concejalía, pronto se verá endeudado con las grandes destilerías y en trance de perder su negocio.

Pero no quedaban plazas en la barra en la taberna cuando llegó Jurgis, y eso aumentó a treinta centavos lo que ese día terrible hubo de gastar para procurarse cobijo. Por si eso fuera poco, la noche no había hecho sino comenzar y las comisarías de policía no abrían sus puertas a las gentes sin hogar antes de las doce. El último de los locales que visitó, por fortuna, estaba atendido por un camarero que le conocía y apreciaba, y por ello le permitió, mientras no llegara el patrón, echar una cabezada apoyado en una mesa. Su amigo fue más lejos: antes de que Jurgis abandonara el local le informó que una manzana más abajo se celebraba una velada religiosa, con cánticos y oraciones, a la que acudirían centenares de desamparados en busca de techo y abrigo. Jurgis se encaminó derecho al lugar indicado, donde una pancarta anunciaba el comienzo del acto para las siete y media. En vista de ello no le quedó más que seguir caminando —o, más exactamente, corriendo— hasta que, cien yardas más abajo, pudo guarecerse durante un rato en un portal. Luego vino una segunda carrera y así sucesivamente hasta que llegó la hora. Cuando alcanzó la entrada se encontraba en un estado próximo a la congelación y era tal la muchedumbre congregada que abrirse paso hasta el interior y, luego, encontrar un sitio cercano a la estufa, estuvo a punto de costarle una nueva fractura del brazo.

A las ocho era tanta la concurrencia que los oradores debieron sentirse halagados en su vanidad. Los pasillos que conducían a la sala estaban atestados y el espacio interior del recinto tan prieto de gente que hubiera sido fácil caminar sobre las cabezas. Sobre el estrado había tres caballeros de edad avanzada y, al otro extremo, una joven sentada ante un piano. El acto se inició con un cántico, concluido el cual uno de los tres vetustos caballeros —un hombre de elevada estatura, muy afeitado, delgadísimo, que lucía gafas ahumadas— acometió su charla, de la cual Jurgis no alcanzó

a oír sino fragmentos, aterrorizado como estaba por la posibilidad de dormirse y, como consecuencia de sus ronquidos —que él sabía abominables—, verse puesto en la calle, lo cual, en esos momentos, hubiera equivalido a una sentencia de muerte.

La homilía del evangelista se refería al pecado y su redención gracias a la bondad infinita de Dios y Su Divina clemencia ante las flaquezas humanas. Sus palabras rebosaban sinceridad y buena intención, pero Jurgis no pudo evitar que el rencor inundase sus adentros al escucharle. ¿Qué podía saber de pecados y penalidades aquel hombre? ¿Cómo osaba, vestido con su levita de buen paño negro, el cuello almidonado e impecable, caliente el cuerpo, lleno el vientre y provisto de dinero el bolsillo, alzar la voz ante una horda de desdichados que se debatían por sobrevivir, que bordeaban, hostigados por los poderes demoníacos del frío y del hambre, las fronteras de la muerte? Él se las había arreglado para obtener las cosas buenas de la vida, pero ¿por qué no las disfrutaba y se dejaba de azotar a los pobres por sus desgracias? La actitud de Jurgis distaba, por supuesto, de ser piadosa, mas eso no hacía menguar su convicción de que los predicadores, faltos de contacto con la vida que enjuiciaban, no estaban en condiciones de resolver sus problemas porque, lo que era más, aquellos hombres formaban parte del problema mismo y eran, a su vez, representantes de un orden establecido a favor del cual otros seres resultaban abatidos y apaleados. Pertenecían, también ellos, a la raza triunfadora e insolente de los amos que, provistos de hogar y fuego con que calentarlo, abastecidos de alimentos y ropas y gozando de dinero, emprendían ante los hambrientos prédicas que aquellos debían escuchar con humildad. Trataban, además, de salvar sus almas, mas ¿quién, sino un necio, hubiera dejado de ver que el único defecto de esas almas era el no haber podido conseguir una existencia decente para sus cuerpos? Predicaban sobre el vicio: ¿por qué un trabajador tenía que relacionarse con mujeres de clase baja? ¿Acaso podría casarse alguna vez con una muchacha decente? Predicaban sobre el alcohol: ¿qué es lo que llevaba a beber a los trabajadores, sino el hecho de vivir en casas abominables, el frío, el hambre, la explota-

ción y el trabajo en tales condiciones de precariedad? En una palabra: si su vida era un infierno, más valía vivirla borracho.

La velada concluyó al sonar las once y el desvalido auditorio regresó a la nieve murmurando maldiciones contra el pequeño número de traidores descastados que, tras alegar arrepentimiento, habían subido a la tarima y obtendrían algo de comida a cambio. Faltaba todavía una hora para que la comisaría abriera sus puertas y, en el transcurso de ese tiempo, falto de abrigo, con las fuerzas minadas por una larga enfermedad, Jurgis estuvo a punto de perecer. No tuvo otro recurso, para mantener la sangre en circulación, que emprender continuas y desaforadas carreras; por último, al ganar la puerta de la comisaría la encontró bloqueada por un alud de gente. Esto ocurría en el mes de enero de 1904, cuando el país estaba al borde de una época de "vacas flacas". Los diarios daban cuenta diariamente de la clausura de más y más fábricas y se estimaba en millón y medio el número de los que quedarían sin trabajo antes de la primavera, lo cual explicaba que no quedase en la ciudad un cobijo practicable y que los hombres luchasen como fieras a la puerta de las comisarías. Cuando la que había de acoger a Jurgis estuvo atestada, las puertas se cerraron sobre el contingente de los que aún aguardaban en la calle. Jurgis, con el brazo inválido, se había quedado fuera; no tenía más remedio que buscar acomodo en una pensión previo pago de otros diez centavos. Esa perspectiva le desgarraba el corazón, tras haber pasado la mitad de la noche entre la calle y la velada religiosa. Eran las doce y media en ese momento y sabía que a las siete en punto le arrojarían del dormitorio, dotado de literas abatibles que enviaban al suelo a los que, sonada la hora, desoían las órdenes.

Así transcurrió el primero de los catorce días que duró la ola de frío. Al concluir el sexto, Jurgis, agotados por completo sus recursos, se echó a la calle determinado a mendigar para subsistir.

Comenzando tan pronto como la ciudad se ponía en movimiento, abandonado el cobijo de la taberna, se hacía a la calle y, tras cerciorarse de que no hubiera ningún guardia a la vista, abordaba a cuantos viandantes de aspecto plausible se cruzaban en su camino

y les refería la historia de sus infortunios, implorando una pieza de diez, de cinco centavos. Luego, conseguida la limosna, rodeaba la esquina a toda prisa para precipitarse de nuevo hacia el calor de la taberna, con lo cual la víctima, al advertir la dirección de sus pasos, se daba vuelta y juraba no volver a dar en su vida un solo centavo a ningún mendigo, ya que se lo gastaban todo en bebida. El viandante nunca se detenía a considerar qué otro asilo podía conseguir un hombre en las circunstancias de Jurgis ni, tampoco, cómo hubiera procedido él en la misma situación. En la taberna Jurgis podía procurarse más comida y de mejor calidad de la que ningún restaurante le hubiera ofrecido por el mismo dinero y, además de eso, un trago, incluido también en el precio, con que confortarse. No paraba ahí la cosa: la taberna proporcionaba a Jurgis un lugar junto al fuego, donde podía sentarse y conversar con algún camarada hasta tostarse de calor; además, le hacía sentirse acogido. En buena parte, los propietarios de las tabernas tenían por cometido el acoger a los mendigos y, a cambio de sus ganancias, procurarles calor y alimento. ¿Quién, en toda la ciudad, hubiera hecho otro tanto? ¿Se hubiera avenido a ello el viandante de las quejas? Del pobre Jurgis se hubiera podido esperar el mayor éxito en su papel de mendigo: recién salido del hospital, tullido el brazo y terriblemente demudado el semblante, carecía de abrigo y tiritaba que daba pena. Mas en eso, ¡ay!, se repetía la historia del tendero honesto que descubre, arrinconada junto a la pared, la mercancía legítima y no adulterada, que un producto de hábil falsificación ha desplazado. Comparado con sus competidores, maestros de la profesión, que la dominaban con rigor científico, Jurgis no era más que un chapucero abocado al fracaso. Cierto que acababa de abandonar el hospital —un argumento, por lo demás, usado hasta el desgaste—, mas ¿cómo probarlo? ¿Con su brazo en cabestrillo? Ése era un recurso tan burdo que hubiera provocado el escarnio no ya de los mendigos profesionales, sino del menor de sus hijos. Y, en cuanto a su palidez, sus estremecimientos, los pedigüeños de oficio los compensaban ampliamente con sus cosméticos y su habilidad para castañetear los dientes, apren-

dida a conciencia. El hecho de que caminase sin abrigo tampoco le concedía ventaja. Entre los pordioseros existían hombres que, cualquiera lo hubiera jurado, no llevaban encima más que un delgado guardapolvo y unos pantalones de algodón: tal era su destreza en disimular las numerosas prendas de pura lana que escondían debajo. Muchos de estos mendicantes profesionales gozaban no sólo de hogar y familia, sino incluso de cuentas bancarias con buenos saldos. Buen número de ellos, retirados ya merced a sus ganancias, se dedicaban ahora al negocio de adiestrar y procurar rudimentos a los principiantes o de adiestrar a los niños. Mendigos había que, privados de ambos brazos mediante el recurso de atárselos duramente al cuerpo, llenaban sus mangas con muñones de algodón y salían a limosnear en compañía de un chiquillo contratado que les llevaba el cuenco. Los había, también, que, desprovistos de piernas, se arrastraban a bordo de pequeñas plataformas rodantes; otros, que habían conseguido el don de la ceguera, se paseaban conducidos por pequeños y encantadores perros; unos terceros, menos afortunados, habían tenido que conformarse con mutilaciones o con espantosas llagas obtenidas mediante productos químicos. En cualquier calle podía uno encontrar un indigente que le paraba para mostrarle un dedo podrido al que la gangrena había robado su color, o a otro desharrapado haciendo alarde de heridas cuya roja lividez no conseguían paliar unos vendajes inmundos. Estos últimos constituían la hez de los propios sumideros de Chicago, desechos humanos que por la noche corrían a esconderse en los sótanos anegados de los más deleznables dormitorios públicos o en fumaderos de opio y horrendos antros, donde el olor a cerveza agria había corrompido el aire, buscaban cobijo junto a mujeres perdidas, antiguas pupilas de proxenetas chinos, que estos habían abandonado a su suerte y conocían ahora las postrimerías de la vida de ramera. Diariamente centenares de estas mujeres callejeras caían en las redes policiales y eran conducidas al Hospital de Internamiento donde, hacinadas en un minúsculo infierno, deformes, repugnantes, manchados los rostros por la enfermedad y las úlceras, reían o gritaban y, confor-

me a su grado de embriaguez, proferían alaridos bestiales, ladraban como perros, farfullaban cosas simiescas o rabiaban y se herían a sí mismas, víctimas del delirio.

CAPÍTULO XXIV

Confrontado por tales impedimentos, Jurgis se veía en la imperiosa necesidad de obtener lo suficiente para costearse el alojamiento y, a intervalos de una o dos horas, un poco de alcohol. Lo contrario hubiera determinado su muerte por congelación. Un día tras otro, el frío glacial que azotaba la ciudad le sorprendía errante por las calles, el alma henchida de amargura y desesperanza. Nunca se le había representado con la nitidez de entonces la imagen de la jungla, un mundo en el que sólo contaba la fuerza bruta y que se regía conforme a un orden creado por los que detentaban esa fuerza con el fin de someter a los que no lo poseían. Él formaba en las filas de estos últimos, y todo lo externo, la vida entera, se había convertido para él en una prisión colosal, donde se debatía como un tigre enjaulado que recorre su encierro probando todos los barrotes para descubrir que no hay uno solo que ceda. En la encarnizada batalla de la avidez y la voracidad había resultado vencido y su derrota le condenaba al exterminio, mientras la sociedad entera cuidaba de que no escapase a su sentencia. Adondequiera que volviera los ojos, lo que veía eran barrotes carcelarios; eso y miradas hostiles que no se apartaban de él: las de los policías que, lustrosos y bien cebados, parecían asir más fuertemente la porra cuando le avistaban; las de los taberneros, que no cesaban de vigilarle mientras permanecía en sus locales y que, tan pronto había terminado su consumición, comenzaban a regatearle la estancia; las de los viandantes afanados, que se mostraban sordos a sus súplicas y ni siquiera advertían su existencia, como no fuera para reaccionar con desdén o brutalidad al menor asomo de apremio. Esas personas tenían sus propios quehaceres y no había entre ellas el menor lugar para él. Para él no

había ningún lugar en parte alguna y así lo confirmaba cuanto se le venía a los ojos. Todo parecía construido para repetirle la misma verdad: las mansiones, con sus espesos muros, sus puertas avasalladoras y sus sótanos, de ventanas protegidas por rejas de hierro; los grandes almacenes, atestados de productos procedentes de las cuatro esquinas del mundo, pero reguardados por persianas metálicas y pesadas verjas; y los bancos, con su caudal de incontables millones en cajas fuertes y bóvedas acorazadas.

Y no sólo era que todos esos tesoros estuvieran ahí delante sin que él pudiera disfrutar de ellos: además, los dueños los hacían desfilar delante de sus narices. Jurgis siempre había sabido que había mucha riqueza en Chicago pero, habiendo dedicado su vida a trabajar en las fábricas y talleres, y vivido en los barrios pobres, no había tenido oportunidad de verla. Ahora, en cambio, andaba libremente por las zonas comerciales, mirando los miles y miles de escaparates que la luz eléctrica hacía refulgir por las noches en los que se amontonaba todo el esplendor de la ciudad: deslumbrante, blasfemo. Estaba muerto de frío y ahí delante había montañas de ropa, escaparates llenos de zapatos, de guantes, otros de batas de toda clase con pieles caras y maravillosas, otros resplandecían con diamantes y rubíes, con adornos de plata, perlas y oro. Tras el largo tiempo que llevaba sin alimentarse decentemente parecía un cadáver: ahí, delante, le tentaban viandas venidas de todos los rincones del mundo, clubs, hoteles, salas de fiestas brillantes y radiantes con sus flores y palmeras, en los que se daba perfecta cuenta del modo en que los ricos se regocijan de su poder: hombres acicalados, inmaculados; bellas mujeres en prendas de lujo. Ellos eran los vencedores de la pelea, los que tenían el poder, los amos. Suyas eran las fábricas, los talleres y los almacenes. Jurgis había trabajado para ellos y eran ellos los que le habían dejado en la miseria: los que ahora le estaban pisando. Eran ellos los que hacían las leyes y las aplicaban. El mundo se movía a su arbitrio. Antes la amargura de Jurgis era abstracta; era el modo de ser de las cosas lo que le generaba frustración, la vida, que era tan cruel y dura. Ahora tenía delante

a gente para la que la vida no suponía dureza alguna y su odio se volvió concreto y personal: odiaba a los ricos. Él podía deambular por los fastuosos bulevares y calles donde ellos construían sus palacios, donde vivían en su magnificencia altiva, alardeando de su grandeza ante el mundo. Él los veía pasar en sus automóviles y trineos; veía a sus hijos, desfilando junto a sus niñeras; veía a sus mujeres, de esplendor enjoyado y desdeñoso, salir de las joyerías y floristerías con sus carruajes, con los sirvientes ataviados con pieles de oso, con sus rostros llenos de desprecio e insolencia. Tiritando, hambriento y agonizante, daba vueltas entre esta clase de visiones: con un brazo en cabestrillo y el otro estirado, mendigando un poco de dinero o un mendrugo de pan, con una rabia que era ya casi locura y que se le subía por las espaldas: un deseo de vomitarlos, de pisotearlos y aplastarlos, de arrojar una bomba en medio de todos ellos y mandarlo todo al infierno.

Mas he aquí que un día, inesperadamente, a Jurgis le sucedió la mayor aventura de su vida. La noche andaba ya avanzada, pero él no había conseguido todavía lo necesario para pagar su alojamiento. Estaba nevando y llevaba tanto tiempo en la calle que, blanco de copos, el frío le había helado los tuétanos. Aplicado a la clientela de los teatros, pasaba rápidamente de uno a otro grupo, expuesto en cualquier momento a que le detuviera la policía, eventualidad que no dejaba de contemplar en su desesperación. Lo cierto, sin embargo, es que, al ver un guardia de uniforme que se abría paso hacia él, el corazón le dio un vuelco y, tras volver la esquina como alma que lleva el diablo, puso de por medio, a la carrera, la distancia de dos manzanas. Cuando, por fin, se detuvo, distinguió a un hombre que se le acercaba en dirección opuesta. Jurgis le cerró el paso.

—Por favor, caballero —comenzó, echando mano de su fórmula habitual—, ¿no me daría usted para el hospedaje? Me rompí un brazo y no puedo trabajar ni tengo un centavo en el bolsillo. Soy un hombre honrado, señor, y es la primera vez que pido limosna. Yo no tengo la culpa.

De ordinario Jurgis solía continuar hasta que le interrumpían, pero el hombre que tenía delante se guardó de hacerlo, obligándole a detenerse, por fin, falto de aliento. El desconocido se había parado y en ese momento Jurgis se dio cuenta de que no guardaba bien el equilibrio.

—¿Qué es lo que has dicho? —le preguntó, de pronto, con voz espesa.

Jurgis inició de nuevo la retahíla, esta vez esforzándose en hablar despacio y pronunciar claramente las palabras, pero antes de que consiguiera recitar la mitad de lo que se proponía, el otro le dejó caer la mano en un hombro.

—¡Pobre muchacho! —exclamó. La suerte te ha dado... ¡hip!... la espalda, ¿no es eso?

Y, pronunciadas estas palabras, la pérdida del equilibrio hizo que lo que antes había sido una mano en el hombro de Jurgis se convirtiera en un brazo tendido en torno a su cuello.

—Yo ando en las mismas —continuó. ¡Qué perro mundo este!

La luz de un farol cercano permitió a Jurgis entrever las facciones de su interlocutor, un muchacho que no andaría arriba de los dieciocho años, con un hermoso rostro de adolescente. Vestía un abrigo de paño rico y suave y llevaba al cuello una bufanda de seda asomando bajo la piel que guarnecía el abrigo.

—Yo también me encuentro en aprietos, mi buen amigo —dijo a Jurgis, sonriendo con benévola simpatía. Si no fuera por la crueldad de mis padres, yo arreglaría tus penas. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Acabo de salir del hospital.

—¡El hospital! —exclamó el joven manteniendo su dulce sonrisa. ¡Eso es terrible! Mi tía Polly también... ¡hip!... también está en el hospital. La buena de la tía Polly ha tenido gemelos. Y lo tuyo ¿qué ha sido?

—Me rompí un brazo y... —comenzó a explicar Jurgis.

—¡Vaya! —le interrumpió, compasivo, su interlocutor. Aunque eso no es grave; hay cosas peores. ¡Ojalá me rompiera a mí

alguien un brazo! Lo digo en serio, viejo. ¡Así me tratarían mejor! ¡Vaya si lo harían...! Pero ¿qué es lo que me habías pedido?

—Tengo hambre, señor.

—¡Hambre! ¿Y por qué no cenas un poco?

—Estoy sin dinero.

—¡Sin dinero! ¡Ja, ja! ¡Ésa sí que es buena! Lo mismito que yo, muchacho... Eso nos hace amigos... También yo estoy en bancarrota, como quien dice. ¿Por qué, pues, no pones rumbo a casa, como yo?

—Yo no tengo casa —respondió Jurgis.

—¿No tienes casa? Forastero en esta ciudad, ¿no? ¡Santo cielo, eso es una cosa mala! Lo que tienes que hacer es acompañarme a mí. Exactamente, ¡qué diantre! ¿Cómo no se me habrá ocurrido? Te vienes a casa... ¡hip!... y juntos tomamos un poco de cena. ¡Mi soledad es terrible! La casa está vacía. Bobby, de luna de miel; Polly, en el hospital, con los gemelos... ¡Todos se han marchado! Lo que yo digo: razones so... ¡hip!... sobradas para que cualquiera se eche a la botella. Solo y sin otra compañía que el viejo Ham, plantado delante, pasándote bandejas... ¿Es que alguien, ¡maldita sea!, puede comer así? Lo mío es el club, y nada más que el club, muchacho. Pero ¡mira nada más!, ahora resulta que no puedo dormir en mi club. ¡Órdenes del viejo, qué coño! Sí, señor; en casita todas las noches. ¿Habías oído alguna vez una cosa semejante? Yo le pregunté: ¿con las mañanas no basta? "No, señor, todas las noches", me respondió él, "o despídete de tu asignación". ¡Así es mi viejo, caray, un hueso duro! Y, no contento con eso, va y le encarga al bueno de Ham que no me pierda de vista. ¡Espiado por mi propia servidumbre! ¿Qué te parece eso, amigo? Un muchacho como yo, co... ¡hip!... correcto, pacífico y bondadoso, ¡pero su viejo no puede marcharse a Europa dejándole en paz! ¡No me negarás que es un escándalo! Obligado a meterme en casa todas las noches apenas comienza el jolgorio, ¡qué lata! Eso es lo que ocurre y la razón de que esté aquí en este momento. Hube de dejar a mi Kitty y volverme a casa. Llorando se quedó. ¿Qué me dices de eso, viejo? "Tenemos que separarnos, mi gatita", le dije. "Ven a mí tan pronto puedas." "Yo acu... ¡hip!...

acudo adonde el deber me llama. Adiós, adiós, amor querido; adiós, adiós, querido amor. "

Esto último era parte de una canción que el joven caballero atacó con voz grave y entristecida mientras se balanceaba agarrado del cuello de Jurgis, quien, entretanto, echaba nerviosas miradas a derecha e izquierda, no fuera que se acercase alguien. Pero continuaban solos.

—Pero volví, ¡vaya si volví! —continuó el joven, esta vez en tono agresivo. Yo sé sa... ¡hip!... salirme con la mía cuando quiero, ¡qué coño! Cuando Freddie Jones se pone serio, es duro de manejar. ¡Nada de eso!, le dije. ¡Que me claven, si necesito yo que me lleven a casa! ¿Por quién me tomas? ¿O es que piensas que estoy borracho? ¡Ésa sí que es buena! ¡Si tú lo estás tanto como yo, gatita!, le dije. "De acuerdo, querido Freddie", va y me dice ella, que se sabe lista, la Kitty, "pero la diferencia está en que yo me quedo en el piso, mientras que tú intentas salir al frío horrible de la noche". Pues, si no te gusta así, mi encantadora Kitty, le añades café, dije yo. "No hagas bromas, Freddie, mi niño", me respondió ella, "y déjame, al menos, que te busque un taxi. Anda, pórtate bien". "Yo no necesito que nadie me busque taxis", le dije; "sé cómo hacerlo y también sé cuidar de mí mismo, aunque tú no lo creas". Y bien, amigo mío, ¿qué me dices? ¿Vendrás a mi casa, a cenar conmigo? Anda, sé buen chico y acompáñame, ¡no te hagas de rogar! Tú, que también tienes la suerte en contra, puedes comprenderme porque te sobra corazón, ¡qué coño! ¡Vamos a montar la de Dios! ¡Pumba! Mi propio viejo lo ha dicho: en tanto no salgas de casa, puedes hacer lo que te apetezca. ¡Hip, hip!

Habían comenzado a caminar, el joven, casi aturdido, tirando de Jurgis, cuyo brazo había enlazado. Jurgis, entretanto, trataba de pensar lo que debía hacer. Si atravesaba zonas concurridas con su acompañante corría el riesgo de que le detuvieran. Si hasta aquel momento no habían llamado la atención de nadie era a causa, únicamente, de la espesa nevada. Llegado a esta conclusión, Jurgis se detuvo bruscamente.

—¿Está lejos la casa? —averiguó.

—No demasiado —dijo el otro. Pero seguro que estás cansado. Bueno, pues ¡que nos lleven! ¿Qué dices a eso? ¡Magnífico! ¡Para un coche!

Y, sin dejar de agarrarse fuertemente a Jurgis con un brazo, el joven comenzó a palparse los bolsillos sirviéndose de la mano libre.

—Tú avisas al coche y yo lo pagaré —propuso. ¿Te parece eso, muchacho?

Y, acto seguido, sacó de alguna parte un abultado fajo de billetes. Había allí más dinero del que en toda su vida viera junto Jurgis, que se quedó mirándolo como pasmado.

—Parece una fortuna, ¿verdad? —dijo el señorito Freddie al tiempo que revolvía el dinero. Pues te equivocas, muchacho, porque son, todos, billetes pequeños. Dentro de una semana, estoy en bancarrota, palabra. Y, hasta principios de mes, ni un centavo más, órdenes del viejo, ¡ni uno solo, maldita sea! Vamos, como para volverse loco. Esta tarde le cablegrafié, otra de las razones de que haya decidido volver a casa. "Próximo a morir de inanición", le decía. "Por honor familiar, envía pan. Hambre me obligará a reunirme con ustedes. Firmado: Freddie." Eso es lo que le dije en el cable, maldita sea, y no retiro ni una palabra. Si no me envía fondos, me escaparé de la escuela, ¡como que vivo!

Mientras el joven caballero seguía parloteando de esta suerte, Jurgis no dejaba de estremecerse, presa de la excitación. ¡Qué fácil hubiera sido arrancarle de las manos aquel fajo de billetes y perderse de vista antes de que el otro tuviera tiempo de reaccionar! ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué mejor provecho podía sacar prolongando la situación? Pero Jurgis, que no había cometido en su vida un solo delito, ahora había vacilado por una fracción de segundo en sus consideraciones. El señorito Freddie separó un billete del fajo y guardó el resto en un bolsillo del pantalón.

—Ahí tienes, viejo —dijo, tendiéndole un billete que el aire movió entre sus dedos. Quédatelo.

Estaban ante la ventana de una taberna y, a su luz, Jurgis se dio cuenta de que el billete que le había dado era de cien dólares.

—Quédatelo —repitió el muchacho. Paga el coche y quédate con el cambio. Yo, en cosas de cuentas, soy un desastre. Al menos, eso es lo que dice mi viejo, y él debe saberlo, porque, de eso puedes estar seguro, para los negocios no hay otra cabeza como la suya. Por eso le dije una vez: de acuerdo, jefe, monte usted la función que ya me encargaré yo de la taquilla. Entonces encargó a la tía Polly que me vigilase. Pero Polly está ahora en el hospital, con sus gemelos, y yo, en la calle, ¡sembrando discordia! ¡Eh, ahí va uno! ¡Hazle una seña!

En efecto, un coche de punto avanzaba calle abajo. Jurgis corrió hacia él agitando la mano y el carruaje se desvió para arrimarse al bordillo. No sin dificultad, el señorito Freddie subió a él y, cuando Jurgis se disponía a imitarle, el conductor le detuvo con un grito:

—Eh, tú, ¿adónde vas? ¡Venga abajo!

Jurgis tuvo un momento de vacilación y ya se disponía a obedecer cuando intervino su compañero:

—¿Qué le pasa a usted? ¿Qué es lo que ha dicho?

El cochero optó por callar y Jurgis montó, por fin, en el vehículo. Luego Freddie dio unas señas que correspondían al lujoso Lake Shore Drive y el carruaje se puso en movimiento. El joven, que se había acurrucado junto a Jurgis, se arrellanó en el asiento, balbuceó algo que denotaba satisfacción y se quedó, apenas un minuto más tarde, profundamente dormido. En su rincón del coche, Jurgis, trémulo, seguía especulando con la posibilidad de apoderarse del fajo de billetes. Por una parte, no se atrevía a registrar los bolsillos de su acompañante y temía, por otra, que el cochero pudiera estar vigilándole. Sin duda, lo mejor sería conformarse con los cien dólares que tenía ya a buen recaudo.

Transcurrida una media hora, el coche de alquiler se detuvo por fin. Estaban en la ribera del lago, de cuyo horizonte de hielos, desde el Este, soplaba un viento glacial y huracanado.

—Ya hemos llegado —dijo el cochero.

Jurgis despertó a su acompañante que, sobresaltado, se incorporó con un respingo.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Quién eres tú? ¡Oh, claro! Casi me había olvidado de ti, amigo. Hemos llegado a casa, ¿no es eso? Veamos... ¡Brrrr... qué frío! Sí, vamos, ésta es mi ca... ¡hip!... cabaña. ¡Humildísima, como ves!

Se encontraban delante de un gigantesco edificio de granito cuya mole se levantaba a buena distancia de la calle ocupando la superficie de una manzana de casas. La luz de las farolas que orillaban el camino de acceso dejó entrever a Jurgis la fachada, que tenía torres y enormes almenas, como un castillo medieval.

Pensó, entonces, que su joven compañero debía de haberse equivocado. Él, al menos, no podía concebir que persona alguna habitase en un lugar que más parecía, por sus proporciones, un hotel o la sede del Ayuntamiento. A pesar de ello, siguió en silencio y juntos, unidos por el brazo, remontaron una larga escalinata que conducía hasta la puerta.

—Ahora, viejo, no queda sino localizar el timbre. Sé que está por alguna parte y, si me sujetas un poco, no tardaré en dar con él. ¡Sí, señor: ya lo tengo! ¡Estamos salvados!

Al sonido de la campanilla, se abrió, un instante más tarde, la puerta. Tras de ella, sujetándola, apareció un hombre de librea azul que, inmóvil como una estatua, mantenía fija la mirada. Deslumbrados por la luz, se detuvieron un momento en el umbral. Luego, notando que su compañero tiraba de él, Jurgis entró en la casa y el autómata del uniforme azul cerró la puerta tras ellos. A Jurgis el corazón le latía desenfrenadamente a causa de lo que consideraba una gran temeridad por su parte. ¿En qué extraño y asombroso lugar se estaba aventurando? Lo ignoraba, pero su agitación era mayor que la que, entrando en su cueva, hubiera podido experimentar Aladino.

A pesar de que la luz era tenue, pudo, desde donde se encontraba, vislumbrar un vestíbulo inmenso cuyas columnas se perdían en la sombra del techo y, al fondo, el nacimiento de una gran escalera. El suelo era de baldosas de mármol que rutilaban como el cristal

y, junto a las paredes, se adivinaban, entre ricos cortinajes de colores espléndidos y armoniosos, extrañas siluetas e imágenes que, asomando de pinturas soberbias, adquirían un misterioso aspecto en aquella penumbra cuajada de reflejos purpúreos, rojos y dorados, que hacían pensar en los destellos del sol poniente reverberando en un bosque umbrío. El hombre de la librea se les había acercado con pasos inaudibles. Tras descubrirse y entregarle el sombrero, el señorito Freddie, que por vez primera había soltado el brazo de Jurgis, empezó a debatirse con el abrigo del que, asistido por el criado, logró liberarse, por fin, al segundo o tercer intento. Entretanto había hecho su aparición un segundo personaje —un hombre de elevada estatura y buen porte— que, con toda la circunspección de un verdugo, se encaminó derechamente hacia Jurgis y, asiéndolo por un brazo, lo arrastró, sin pronunciar palabra, hasta la puerta. En ese momento sonó la voz del señorito Freddie.

—Mi amigo se queda, Hamilton.

El hombre que sujetaba a Jurgis se paró en seco, haciendo menos ruda la presión de sus manos.

—¡Adelante, mi buen amigo! —exclamó el joven amo.

Jurgis avanzó hacia él.

—¡Señorito Frederik! —exclamó el hombre.

—Encárguese de que pag... ¡hip!... paguen al cochero —se limitó a responder el joven enlazando a Jurgis por el brazo.

Poco le faltó a Jurgis para decir: "Yo tengo el dinero del pasaje", pero se contuvo. El más robusto de los dos criados hizo, entonces, una seña a su compañero, el cual salió en busca del coche, mientras él marchaba detrás de Jurgis y de su joven amo.

Tras cruzar el enorme vestíbulo, viraron a un lado. Dos puertas descomunales se alzaban frente a ellos.

—¿Hamilton? —sonó la voz del señorito Freddie.

—¿Sí, señor? —respondió el otro.

—¿Qué les ocurre a las puertas del comedor?

—Nada, señor.

—Entonces, ¿por qué no las abre?

El hombre descorrió ambas hojas revelando un nuevo panorama sumido en la penumbra.

—¡Luces! —ordenó el señorito Freddie.

El mayordomo pulsó entonces un botón y una oleada de fulgente claridad inundó la estancia desde lo alto, produciéndole a Jurgis una ceguera momentánea. Luego, recuperada poco a poco la visión, pudo discernir una gran estancia de cuyo techo, en forma de cúpula, descendía la luz a raudales. Los muros constituían un enorme retablo con ninfas y dríadas que danzaban dejando tras de sí guirnaldas suspendidas en el aire, mientras una diana ecuestre cruzaba al galope un arroyo de montaña, escoltada por mastines y rodeada de caballos. En otra parte, un grupo de doncellas se bañaban en el estanque de un bosque. Todas las imágenes eran de tamaño natural y tan vívidas que Jurgis se creyó, como por obra de magia, en un palacio de ensueño. Su mirada, a continuación, se detuvo en la mesa que ocupaba el centro de la estancia, un mueble enorme sobre cuya negrura de ébano rutilaban el oro y la plata repujados. Campaba en mitad de la mesa un descomunal cuenco de cristal tallado, púrpura y rojo, con pámpanos y exóticas orquídeas, a las que una luz instalada debajo arrancaba destellos opalescentes.

—Éste es el comedor —informó el señorito Freddie. Ya me dirás qué te parece, campeón.

Y como siempre insistía en obtener respuesta a sus observaciones, Jurgis, al ver que se inclinaba sobre él y le sonreía a la cara, dijo que el lugar le gustaba mucho.

—Demasiado grande, en todo caso, para dos personas solas. Ni el propio infierno debe de ser más grande —comentó Freddie al cabo. ¿No piensas tú lo mismo?

Y, en ese momento, impulsado por una nueva ocurrencia, prosiguió sin transición:

—A lo mejor no habías visto un... ¡hip!... nunca una cosa así, ¿eh, colega?

—Nunca —contestó Jurgis.

—Debe de ser que eres de provincias, ¿no?

—Sí —dijo Jurgis.

—¡Claro! ¡Ya me lo imaginaba! En provincias hay mucha gente que no ha visto un lugar semejante. Mi viejo la trae aquí y les ofrece gratis su gran espectáculo. ¡Mejor que el circo! Luego, al volver a casa, los visitantes lo cuentan todo: "¡Menuda casa la del viejo Jones! Jones, el de las conservas, claro está. ¡Y pensar que el viejo bribón ha conseguido todo eso con los cerdos! ¡Bien se ve adonde va a parar nuestro dinero! Claro que el sitio merece la pena, ¡es cosa de verse...!" ¿Has oído hablar alguna vez de Jones, el de la carne, colega?

A pesar suyo, Jurgis experimentó una sacudida que el otro, dotado de aguda visión, advirtió al punto.

—¿Qué pasa? ¿Le conoces acaso?

A eso, Jurgis acertó a responder con un balbuceo:

—He trabajado para él. En los mataderos.

—¡Cómo! —exclamó Master Freddie emitiendo, al mismo tiempo, un grito. ¿Que tú has trabajado en los mataderos? ¡Ja, ja, ésa sí que es buena! ¡Chócala ya, amigo! A mi viejo, si estuviera aquí, le daría gusto conocerte. El viejo es un gran amigo de los obreros. La comunidad de intereses entre el capital y la mano de obra, y todas esas zaran... ¡hip!... zarandajas. No me dirás, campeón, que no ocurren cosas divertidas en el mundo. Hamilton, déjeme que le presente a un amigo de la familia, un viejo amigo del jefe, que trabaja en los mataderos. Ha venido a pasar conmigo la noche, ¡por todo lo alto, Hamilton! El señor... ¿cómo dijiste que te llamabas, amigo? Dinos tu nombre.

—Me llamo Rudkos, Jurgis Rudkos.

—Mi amigo el señor Brutus, Hamilton. Dense la mano.

El mayordomo, todo dignidad, inclinó la cabeza sin articular, sin embargo, el menor sonido, con lo cual el señorito Freddie, inesperadamente, blandió en dirección a él un dedo amenazador.

—Ya sé lo que le pasa a usted, Hamilton, ¡un dólar a que lo sé! Usted pien... ¡hip!... piensa que estoy borracho. ¿Es cierto o no?

El mayordomo inclinó nuevamente la cabeza.

—Es cierto, señor.

A eso, el señorito Freddie se aferró duramente al cuello de Jurgis y se abandonó a un ataque de risa.

—¡Maldito bribón! —bramó. ¡Haré que le despidan por descarado, Hamilton! ¡Verá si lo hago! ¡Ja, ja, ja! ¡Decir que estoy borracho! ¡Ja, ja!

Tanto Jurgis como el mayordomo aguardaron a que el ataque se disipase para ver qué nuevo capricho se apoderaba de él.

—¿Qué te apetece hacer? —inquirió Freddie de pronto. ¿Quieres ver la casa? ¿Quieres que te haga los honores, al estilo de mi viejo? Hay espléndidos salones, todo Lui-Quens y Lui-Ses, con sillas de a tres mil dólares la pieza. El salón de té es Mariantuañeta, con un Ruysdael, pastores bailando, de veintitrés mil. La sala de baile tiene columnas que fueron importadas a bordo de un barco especial, por sesenta y ocho mil dólares. Los frescos del techo fueron pintados en Roma. ¿Cómo se llama el tipo que lo hizo, Hamilton? ¿Mattatoni, Macaroni? Y, en cuanto a este lugar, el centro que hay sobre la mesa es una talla de Benvenuto Cellini, un italiano un poco chiflado. Y el órgano costó treinta mil dólares, amigo. Póngalo en marcha, Hamilton, para que lo escuche el señor Brutus. No... para. Mi amigo, Hamilton, casi lo había olvidado, dice que tiene hambre. Sírvanos un poco de cena. Pero... ¡hip!... que no sea aquí. Subiremos a mi guarida, campeón. Ya verás qué acogedora y agradable. Por aquí. Cuidado con el suelo... no vayas a resbalar. Sírvanos un tentempié frío, Hamilton, y un poco de champán. Sobre todo, maldita sea, ¡no se le ocurra olvidar el champán! Y tráiganos un poco de ese Madeira mil ochocientos treinta. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí, señor —asintió el mayordomo—, si bien su padre, señorito Frederick, dejó instrucciones...

Adoptando un aire de inusitada arrogancia, el señorito Frederick replicó:

Las instrucciones que mi padre dejó iban destinadas a mí, ¡hip!, no a usted.

Tras lo cual, aferrándose con fuerza al hombro de Jurgis, sa-

lió, vacilante, de la sala para, apenas emprendida la marcha, inspirado por una nueva idea, indagar:

—¿Ha llegado... ¡hip!... algún cable para mí, Hamilton?

—No, señor —respondió el mayordomo.

—El jefe debe de encontrarse en ruta. Y de los gemelos, Hamilton, ¿qué sabemos?

—Se encuentran bien, señor.

—¡Espléndido! —exclamó el señorito Freddie para, en seguida, añadir fervientemente—: ¡Dios bendiga a esos corderillos!

Remontaron la gran escalera deteniéndose en cada peldaño. En su extremo superior, la oscuridad se tornaba penumbra donde una ninfa de mármol, una figura de gracia exquisita, de carne que se hubiera dicho viva y cálida a causa de la pureza de la piedra, se reclinaba junto a una fuente. Luego llegaron a un atrio de techo abovedado, a cuyo espacio se abrían las puertas de diversas habitaciones. El mayordomo, que se había detenido un instante en la planta inferior con ánimo de dar instrucciones, no tardó en regresar. En seguida pulsó un botón y la gran sala se llenó de luces. Luego, tras abrir una de las puertas y accionar un segundo botón, dejó franco el paso a su amo que, acompañado por Jurgis, se introdujo en la sala dando tumbos.

La disposición de ésta sugería un estudio. En mitad de la pieza había una mesa de caoba, cubierta de libros y salpicada de utensilios de fumador. Las paredes mostraban trofeos y distintivos universitarios, como banderas, pasquines, fotografías y diversos objetos decorativos, desde raquetas y remos de canoa hasta palos de golf y bastones del juego del polo. Una enorme cabeza de alce, cuya cornamenta no mediría menos de una yarda y media de una a otra punta, daba frente a una testa de búfalo que pendía del muro contrario, mientras que el entarimado aparecía cubierto por pieles de oso y de tigre. Había sofás y otomanas por todas partes y el alféizar de los ventanales, también convertido en asiento, tenía blandos cojines de fantástico diseño. Una de las esquinas del cuarto había sido decorada al gusto persa, con un dosel descomunal y, bajo éste,

una lámpara de cuentas iridiscentes. Al fondo, una puerta comunicaba con la alcoba y dejaba ver, tras ésta, una piscina de purísimo mármol que le había costado cerca de cuarenta mil dólares al dueño de la casa.

El señorito Freddie se detuvo un instante para examinar el entorno. En ese momento, procedente de la pieza contigua, apareció un bulldog monstruoso, la más repugnante de las criaturas que Jurgis había visto en su vida. El animal bostezó, abriendo una boca que no podía diferir de la de un dragón, y seguidamente, meneando el rabo, se acercó al joven.

—¡Hola, Dewey! —exclamó su amo.

—Conque un sueñecito, ¿eh? Vaya, vaya... ¡Hola, qué es eso! ¿Qué haces?

—El bulldog estaba gruñendo a Jurgis. Bueno, está, Dewey. Es un amigo, el señor Burdus, gran amigo, también, del jefe. Señor Burdus, el almirante Dewey; estré... ¡hip!... ¡estréchense la mano! No me dirás que no es una joya, ¿eh? ¡Cinta Azul de la exposición de Nueva York! Ocho mil quinientos y casi nos ganan la delantera. ¿Qué te parece eso?

El joven se dejó caer sobre una amplia butaca bajo la cual fue a agazaparse el almirante Dewey que, si bien no volvió a enseñar los dientes al invitado, tampoco le perdió de vista ni por un instante. A diferencia de su amo, el almirante estaba perfectamente sobrio.

Durante un instante el joven se quedó mirando fijamente un maletín de cuero en que había una chapa dorada.

—Vaya —exclamó. Ya está aquí, ¿no?

De un salto se lanzó hacia él.

—¿No es una joya?—gritó. Mira, viejo amigo, ¿has visto alguna vez algo así? Un regalo de Navidad... del viejo... Es por eso que soy tan bueno... Acércate. No muerde: mírala.

El maletín contenía un set de afeitado e higiene personal con medio centenar de objetos útiles para otros tantos cometidos inimaginables. Cada uno de ellos estaba repujado de una manera diferente y todos eran de oro.

El mayordomo, que había cerrado la puerta y permanecía de pie junto a ella, también vigilaba a Jurgis de cerca. Un momento más tarde se escuchó un ruido de pasos. Hamilton volvió a abrir para franquear la entrada a un criado de librea que llevaba una mesa plegable, al que seguían otros dos hombres cargados con bandejas cubiertas y que adoptaron una inmovilidad de estatuas mientras el primero extendía la mesa y presentaba sobre ella el contenido de las bandejas: patés fríos, delgadas lonchas de carne, diminutos emparedados de mantequilla a base de pan sin corteza, un cuenco con melocotones —¡eso en enero!— bañados en nata y, junto a una bandeja de pastelillos de fantasía, verdes, amarillos, blancos y color de rosa, media docena de botellas de vino helado.

—¡Ahí tienes! —exclamó, jubiloso, el señorito Freddie más atento, por su parte, a la bebida. Adelante, campeón. Acércate una silla.

El joven amo se instaló ante la mesa. El mayordomo descorchó una botella, que él se apropió sirviéndose y apurando, en rápida sucesión, tres copas de vino. Exhaló, entonces, un largo y profundo suspiro y finalmente, siempre expansivo, volvió a pedir a Jurgis que ocupara su asiento.

Jurgis no lo había hecho antes porque, viendo que el mayordomo retiraba ligeramente la silla, creyó ver en esa maniobra el propósito de negársela; pero al comprender, por último, que la intención del sirviente era acomodarle, aceptó, aunque no sin cierto cauteloso recelo, la plaza que le destinaban. Entonces, advirtiendo que la presencia de la servidumbre cohibía a su invitado, el señorito Freddie hizo con la cabeza un signo de aprobación y dijo:

—Podéis retiraros.

Todos, salvo el mayordomo, le obedecieron.

—Usted también, Hamilton —dijo el joven.

El aludido inició, entonces, una protesta:

—Señorito Frederick...

—¡Márchese! —gritó, enojado ahora, el muchacho. ¿Es usted sordo acaso, maldita sea?

El hombre se retiró, cerrando tras de sí la puerta, pero Jurgis, que no le iba a la zaga en agudeza, se dio cuenta de que, al salir, sin

duda con ánimo de continuar la vigilancia a través de la cerradura, había retirado la llave de la puerta.

Enderezándose otra vez ante la mesa, el señorito Freddie animó a Jurgis.

—Bueno, venga, ¡adelante...!

Jurgis lo miró, vacilante.

—¡Vamos, campeón! ¡Empieza!

—¿No vas a comer nada? —indagó Jurgis.

—No tengo hambre —respondió su anfitrión. Estuvimos comiendo dulces con Kitty. Lo único que tengo es sed. Tú dale.

En vista de eso, Jurgis no se hizo más de rogar y atacó con tal ansia las viandas que, más que de un tenedor y un cuchillo, se le hubiera dicho armado de dos palas. Abandonado a su apetito de lobo, nada pudo ya detenerle hasta que hubo dado cuenta de todo.

—¡Je... sús! —exclamó por fin el joven Jones, que había estado observándole con admirada perplejidad. Y, en seguida, tendiendo a Jurgis la botella, añadió:

—Veamos, ahora, qué tan bueno eres para la bebida.

Jurgis aceptó el reto y, aplicado el gollete a los labios, invirtió la botella hasta apurar la última gota de aquel néctar maravilloso que animaba todas sus fibras, embriagando de gozo sus sentidos.

—Está bueno ¿verdad? —preguntó Freddie, de pura condescendencia, hundido en la silla, con el brazo tras la nuca, y mirando a su huésped.

A esa atención Jurgis correspondió con la suya propia. El heredero Jones era, con sus cabellos de oro fino y la testa de un Antínoo, un muchacho de gran belleza, cuyo atractivo resaltaba aún más su traje de etiqueta, impecable. Tras esbozar una sonrisa que infundía confianza, el joven recomenzó su discurso adoptando de nuevo aquel aire suyo, de feliz despreocupación. Esta vez habló a Jurgis por espacio de diez minutos y sin hacer una sola pausa, de todo lo concerniente a su familia. El mayor de sus hermanos, Charlie, estaba enamorado de la cándida criatura que hacía el papel de la "Pequeña Ojos de Lucero" en "El Califa de Kamchatka". Charlie ha-

bía estado a punto de casarse con ella y lo hubiera hecho a no ser por "el viejo", que juró, primero, desheredarlo y le ofreció, después, una suma capaz de excitar la imaginación y que se tambaleara, de paso, la virtud de "Pequeña Ojos de Lucero". Ahora Charlie, que había obtenido un permiso de la universidad, se encontraba viajando en su automóvil, disfrutando de un soberbio sustituto de la luna de miel. Gwendoleen, la hermana del señorito Freddie, había recibido las mismas amenazas del "viejo" cuando contrajo matrimonio con un marqués italiano, tan ilustre por sus títulos como por el historial de sus duelos. La pareja habitaba el castillo que era propiedad del marqués, o eso habían hecho, hasta que éste comenzó a probar su puntería utilizando a su esposa por blanco y por proyectiles los platos y tazas del desayuno. La joven, ante esto, había corrido al telégrafo solicitando ayuda del viejo Jones, quien había puesto rumbo a Europa para entrar en negociaciones con Su Excelencia. De ahí que Freddie se encontrara en aquel momento solo y con menos de dos mil dólares en el bolsillo, lo cual le tenía en pie de guerra y dispuesto a todo, como no tardarían en comprobar sus padres cuando su "Kittens" les telegrafiase —si no le dejaban otro camino— diciendo que iban a casarse. Y, luego, que viniera lo que Dios quisiera.

Así continuó el mozalbete hasta que, vencido por el cansancio y tras obsequiar a Jurgis con la más radiante de sus sonrisas, entornó unos ojos cargados de sueño. Luego volvió a abrirlos y sonreír pero, al cerrarlos por segunda vez, se olvidó por completo de que debía mantenerse despierto. Por espacio de varios minutos Jurgis se mantuvo totalmente inmóvil. Fijos los ojos en su anfitrión, se regodeaba en las extrañas sensaciones producidas por el champán. Cuando, por fin, acertó a moverse en el asiento, el perro emitió un gruñido y, a partir de ese momento, apenas osó respirar. Así continuó hasta que, un rato después, la puerta se abrió sigilosamente para dar paso al mayordomo. El sirviente se acercó de puntillas hasta donde estaba Jurgis. Intimidado por la gravedad de su semblante, Jurgis se puso en pie y, asumiendo él mismo un aspecto contrariado, siguió al hombre hasta que ambos estuvieron junto a la puerta. En ese momento el mayordomo se inclinó hacia él y, señalando la salida, musitó:

—¡Fuera de aquí!

Jurgis tuvo un momento de vacilación y volvió los ojos hacia Freddie, que roncaba de manera casi inaudible.

—¡Como se te ocurra despertarle, hijo de... —intervino el mayordomo—, te parto la cara!

Jurgis vaciló un instante todavía, mas viendo al almirante Dewey, que había salido al encuentro del sirviente con nuevos gruñidos, acabó por ceder y se dirigió hacia la puerta.

Sin el menor ruido descendieron por la amplia escalinata, llena de ecos, y de igual manera atravesaron el zaguán ahora oscuro. Al llegar junto a la puerta principal, Jurgis se detuvo un instante y el mayordomo, de una gran zancada, se colocó junto a él.

—¡Las manos en alto! —le espetó. Jurgis retrocedió un paso cerrando con fuerza el puño de su mano sana.

—¿A qué viene eso? —Y entonces, al comprender que el otro se proponía registrarle, agregó—: ¡Antes tendrás que matarme!

—¿Quieres acabar en la cárcel? —inquirió el mayordomo en tono de amenaza. Voy a llamar a la policía y...

—¡Llámala! —bramó Jurgis con rabia. ¡Pero, entretanto, no serás tú quien me ponga las manos encima! ¡Yo no he cogido nada de esta condenada casa y no permitiré que me registren!

A esto el mayordomo, sin duda aterrado por la posibilidad de que su joven amo despertase entretanto, se lanzó inesperadamente hacia la puerta y, abriéndola, gritó:

—¡Fuera de aquí!

Y ya trasponía Jurgis el umbral cuando una formidable patada del hombre le envió, sin tocar siquiera los anchos peldaños de piedra, al fondo de la escalinata, donde fue a dar de bruces sobre la nieve.

CAPÍTULO XXV

Jurgis se levantó enfurecido, pero la puerta se había cerrado entretanto y, sumido ahora en la oscuridad, el gran castillo se veía inexpugnable. A esa impresión se sumó el dolor frío del golpe, y entonces Jur-

gis se dio vuelta y salió corriendo, sin detenerse ya hasta alcanzar las primeras calles concurridas, donde su ir a la carrera podía llamar la atención. A pesar de la última humillación sufrida, la idea del triunfo hacía que su corazón latiera con demasiada fuerza. Por una vez, la suerte había estado de su lado y, para convencerse de ello, a cada paso deslizaba la mano en el bolsillo y palpaba el precioso billete de cien dólares.

No tardó, sin embargo, en darse cuenta de que se encontraba en un aprieto, incluso un aprieto grave, pues no disponía, aparte de aquella fortuna, de un solo centavo y eso le obligaba, por cuanto era preciso hallar cobijo donde pasar la noche, a cambiar el billete.

Ese problema le tuvo dando patadas y devanándose los sesos por espacio de media hora. No teniendo a quién recurrir, debía resolver él mismo la cuestión. Intentar el cambio en una casa de huéspedes equivaldría a poner la vida en juego, porque era seguro que intentarían robarle —incluso matarle, además— durante la noche. Podía, desde luego, probar en un hotel o en el despacho de billetes del ferrocarril, pero, en uno y otro sitio, se arriesgaba a que le detuvieran. Un billete de cien dólares en manos de un "pordiosero" despertaría sospechas. ¿Cómo explicar su procedencia? Por otra parte, a la mañana siguiente, cuando Freddie Jones advirtiera la desaparición del dinero, le buscarían por todas partes y él acabaría perdiendo su dinero. Su única alternativa, pues, era probar suerte en una taberna. El cambio, en el peor de los casos, podía ser propiciado mediante una gratificación.

Así comenzó a examinar, mientras avanzaba, distintos locales. Un buen número de ellos los rechazó por demasiado concurridos, hasta que, al descubrir finalmente uno que, a excepción del en cargado de la barra, aparecía desierto por completo, se armó de improvisado coraje y entró.

—¿Puedes cambiarme cien dólares? —preguntó. El que atendía el mostrador era un tipo fornido, de aspecto hosco, cuyas mandíbulas de boxeador ensombrecía una barba rala, de acaso tres semanas.

—¿Qué has dicho? —preguntó a Jurgis.

—Que si podrías cambiarme un billete de cien dólares...

—¿De dónde lo has sacado? —quiso saber el otro, incrédulo.

—Eso no importa —respondió Jurgis. Lo tengo y necesito cambiarlo. Le daré una gratificación.

El tabernero le dedicó una mirada ruda.

—Déjame verlo. Jurgis apretó fuertemente el billete, con la mano en el bolsillo.

—¿Vas a cambiármelo, o no?

—¿Y cómo sé yo si es bueno o falso? —replicó el del mostrador. ¿Me tomas acaso por tonto?

A eso Jurgis se le aproximó con suma cautela y, extrayendo el billete, le dio varias vueltas entre los dedos mientras el otro, parapetado tras la barra, seguía observándole con aire hostil. Luego, por fin, se lo entregó.

El tabernero tomó el billete y comenzó a inspeccionarlo, primero alisándolo entre índices y pulgares, mirándolo, después, a contraluz y dándole vuelta por una y otra cara, por último. Era nuevo y la rigidez del papel lo hacía sospechoso. Jurgis, entretanto, seguía con atención felina los movimientos del hombre.

—¡Hum...! —exclamó finalmente el de la barra mientras sometía a Jurgis a un crítico examen. Un vagabundo maloliente, deshecho de ropa, sin abrigo siquiera, el brazo en cabestrillo, y ahí lo tienes, ¡con cien dólares! ¿Vas a tomar algo?

—Sí —dijo Jurgis. Una cerveza.

—De acuerdo —dijo el tabernero—, te lo cambiaré. El hombre se metió el dinero en el bolsillo, sirvió la cerveza y puso el vaso delante de Jurgis, sobre el mostrador. Luego se situó ante la caja registradora, marcó los cinco centavos de la consumición y saco del cajón unas monedas que recontó antes de entregárselas a Jurgis. Era una pieza de medio dólar, otra de un cuarto y dos más, de a diez centavos cada una.

—Ahí va —dijo. Jurgis se quedó esperando un momento, seguro de que el hombre regresaría a la caja.

—Mis noventa y nueve dólares —reclamó al cabo.

—¿Qué noventa y nueve dólares? —preguntó el tabernero.

—¡Mi cambio! —exclamó Jurgis. ¡Lo que falta hasta los cien!

—¡Qué va! —dijo el del mostrador. ¡Tú estás chiflado!

Jurgis se lo quedó mirando con ojos furibundos. Primero, durante un instante, se sintió dominado por un terror ciego, un terror indescriptible, que le agarrotaba, como si fuera a paralizarle el corazón; luego, sin embargo, se impuso la cólera con una fuerza arrebatadora, incontrolable, que le hizo emitir un aullido salvaje y agarrar el vaso para enviarlo, con todas sus fuerzas, contra la cabeza del tabernero. El hombre se agachó a tiempo de esquivar el impacto justo por una pulgada y, luego, enderezándose, se enfrentó a Jurgis, que en ese momento se disponía a saltar el mostrador apoyándose en su brazo sano, y le descargó en plena cara un golpe brutal que le hizo caer de espaldas al suelo. Luego, al ver que Jurgis se ponía otra vez en pie y rodeaba, dispuesto a darle caza, la esquina del mostrador, prorrumpió en grandes gritos de "¡Socorro! ¡Socorro!".

Sin detenerse en su carrera, Jurgis se hizo con una botella que campaba sobre la barra y, aprovechando un salto del hombre, le lanzó el proyectil con todas sus fuerzas. La botella, que rozó apenas la cabeza del tabernero, fue a dar en el mismo dintel de la puerta, donde se hizo añicos. De nuevo echó a correr Jurgis en pos del hombre, esta vez en dirección opuesta, hacia el medio de la sala, pero olvidando, en su exasperación, armarse como antes. Mejor oportunidad no podía esperar su adversario, el cual salió a su encuentro y le asestó en mitad de la frente, con el puño cerrado, un golpe seco que abatió a Jurgis. No había transcurrido un segundo de eso cuando, a punto Jurgis de levantarse por tercera vez, los batientes de la puerta de doble hoja retrocedieron al paso de dos hombres que entraban muy apresurados en la taberna. Jurgis, presa de la rabia, tenía espumarajos en la boca y trataba, a tirones, de librar su brazo enfermo del cabestrillo.

—¡Cuidado! —gritó el tabernero. ¡Tiene una navaja! Y, advirtiendo que los recién llegados parecían dispuestos a secundarle, se

precipitó de nuevo sobre Jurgis y, tras desviar su débil guardia, consiguió derribarle de otro buen golpe. Al verlo rodar por el suelo, los tres hombres a un tiempo se arrojaron sobre Jurgis y, ya en tierra, comenzaron, todos, a darle golpes y patadas.

Un instante más tarde irrumpió en la taberna un policía y el tabernero volvió a gritar.

—¡Cuidado con la navaja!

Jurgis, que continuaba debatiéndose, había conseguido ya ponerse de rodillas cuando, abalanzándose de un salto sobre él, el guardia le propinó, con la porra, un contundente golpe en mitad de la cara. Aunque el impacto le hizo tambalearse, era tanta la furia que Jurgis llevaba dentro que aún encontró fuerzas para ponerse en pie, saltar y embestir a sus atacantes, momento en que la porra volvió a abatirse sobre su cabeza y, derribado, cayó al suelo como un saco.

El policía se acuclilló junto a Jurgis porra en ristre como a la espera de una nueva acometida. El tabernero, que entretanto se había puesto en pie, se llevó la mano a la cabeza y dijo:

—¡Cristo! ¡Creía que no salía de ésta! ¿Tengo algún corte?

—Yo no te veo nada, Jake —contestó el guardia. ¿Qué le ocurre a ese fulano?

—Que se ha vuelto loco de lo borracho que iba —explicó el tabernero. Lisiado y todo, por poco me da un disgusto. Creo, Billy, que no estaría de más avisar a la patrulla.

—No hará falta —dijo el policía. Me parece que no va a darnos ya más guerra y, por otra parte, la comisaría está a un paso—continuó mientras sujetaba a Jurgis por el cuello de la chaqueta y, haciendo una especie de torniquete con la ropa, comenzaba a zarandearle. ¡Eh, tú, arriba! —ordenó.

Pero Jurgis no se movía. El tabernero se fue entonces detrás del mostrador y, tras poner el billete de cien dólares a buen recaudo, llenó un vaso de agua y, ya de regreso, se lo echó a Jurgis por encima. Luego, como Jurgis profiriera un tenue gemido, el policía le forzó a ponerse en pie y se lo llevó, a rastras, del local. La comisaría

estaba, en efecto, a la vuelta de la esquina y, de este modo, unos minutos más tarde Jurgis ingresaba en un calabozo.

Una mitad de la noche la pasó tendido, inconsciente, en un catre; la otra derivó entre una jaqueca lacerante y las torturas de la sed. Varias veces gritó pidiendo agua, pero nadie le oía. Había, en ese mismo puesto de policía, muchos otros detenidos con fracturas de cráneo y aquejados de fiebre; los había por cientos en la gran ciudad y por decenas de miles en el ancho país, pero nadie les oía. Por la mañana dieron a Jurgis una taza de agua y una porción de pan, y luego le metieron a empellones en un furgón de la comisaría y le condujeron al tribunal más próximo donde, en compañía de otra veintena de hombres que ocupaban, como él, los bancos de la jaula, esperó su turno.

En las declaraciones le precedió el tabernero —un boxeador de renombre, según se supo— quien expuso, tras el juramento de rigor, su versión de los hechos. El acusado había acudido a su local pasada la medianoche en estado de manifiesta embriaguez, había pedido una cerveza y entregado, para pagar la consumición, un billete de un dólar. Al recibir los noventa y cinco centavos del cambio había exigido otros noventa y nueve dólares, pasando en seguida, y sin dar lugar siquiera a que el demandante le respondiese, a proyectar contra él la jarra que tenía en la mano para, luego, atacarle con una botella de bitter. El local había sufrido serios destrozos.

A continuación prestó juramento el demandando, un pobre diablo harapiento, hirsuto, con un brazo suspendido por una mugrienta banda de tela, la frente y los pómulos cubiertos de cortes no cicatrizados y un hematoma violáceo cerrándole, casi por completo, un ojo.

—¿Qué tiene usted que decir en su defensa? —inquirió el magistrado.

—Su señoría —dijo Jurgis—, yo entré en el local de este hombre y le pregunté si podía darme cambio de cien dólares. Él dijo que lo haría, a cambio de un consumo. Entonces yo le entregué el billete,

pero él se quedó con el cambio. El magistrado se le quedó mirando perplejo.

—¿Que usted le dio un billete de cien dólares? —exclamó.

—Así es, señoría.

—¿Y de dónde sacó ese billete? —Me lo dio un hombre, señoría.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre, y por qué razón?

—Fue un joven que me encontré en la calle cuando pedía limosna.

Un rumor de risas contenidas recorrió la sala. El propio oficial que tenía sujeto a Jurgis alzó una mano para que no se le viera reírse. El magistrado sonrió sin disimulo.

—¡Lo que digo es la verdad, señoría! —exclamó Jurgis con vehemencia.

—Si no me equivoco, además de pedir limosna la noche pasada estuvo usted bebiendo, ¿no es así? —indagó el magistrado.

—No, señoría —protestó Jurgis. Yo...

—¿Va usted a decirme que no bebió nada?

—No, señoría. Lo cierto es que tomé...

—¿Qué tomó usted?

—Una botella de... no sé qué era. Algo que quemaba.

De nuevo cundieron las risas en la sala del tribunal para extinguirse bruscamente en el momento en que, muy ceñudo, el magistrado se encaró a Jurgis.

—¿Le han detenido con anterioridad? —le preguntó a bocajarro. Eso cogió a Jurgis por sorpresa.

—Yo... —balbuceó—, yo...

—Dígame la verdad, ¿quiere? —le apuró severamente el magistrado.

—Sí, señoría, me han detenido.

—¿Cuántas veces?

—Una sola, señoría.

—¿Por qué razón?

—Por golpear a un capataz, señoría. Por entonces yo trabajaba en los mataderos y él...

—Entiendo —le interrumpió su señoría. No hace falta que prosiga. Le recomiendo que, si no es capaz de controlarse, deje de beber. Diez días y los costos. Siguiente causa.

Jurgis no pudo reprimir, en su desaliento, un grito que el policía cortó en seco, agarrándolo del cogote. Lo sacaron a empellones de la sala y empujado al interior de un compartimiento donde aguardaban los demás convictos. Allí la rabia contenida le hizo caer en un banco y romper a llorar como un chiquillo. Que policías y jueces desoyeran sus alegatos para dar crédito a los del tabernero le parecía monstruoso. ¿Cómo podía saber el pobre Jurgis que el dueño del sitio pagaba al policía cinco dólares semanales en concepto de "atenciones varias", amén del privilegio de servir alcohol los festivos? ¿Cómo imaginar que el mismo tabernero, y boxeador por lo demás, se encontraba entre los acólitos más cercanos del líder del Partido Demócrata en el distrito? ¿Podía él sospechar, por último, que pocos meses antes había testificado en favor del juez que acababa de condenarle, cometiendo perjurio en una acusación de lenidad presentada contra él por ciertos caballeros con odiosas ideas reformistas?

Por segunda vez, Jurgis fue conducido a la prisión de Bridewell. Durante la pelea se había lastimado nuevamente el brazo, de modo que, incapaz de afrontar trabajos, le pusieron en manos del médico. Éste hubo de curarle, además, el ojo y vendarle la frente, con todo lo cual su aspecto era verdaderamente seductor cuando, transcurridos dos días después su ingreso, fue a topar en el patio, durante el recreo, con Jack Duane.

Fue tal la alegría que al ver a Jurgis experimentó el joven, que estuvo a punto de besarle.

—¡Que me cuelguen si no es mi "Apestoso" quien tengo delante! —exclamó. Pero... ¿qué tienes? ¿Te has caído en una máquina de hacer salchichas?

—No tanto —respondió Jurgis. Lo que ves son reliquias del atropello de un tren aderezadas, luego, por una pelea.

Y a continuación, mientras los reclusos iban congregándose en torno, les relató sus peripecias de las últimas horas. La mayor parte de los que escuchaban achacaron la historia a la fantasía de su autor; Duane, sin embargo, sabía que Jurgis era incapaz de llevar tan lejos una invención.

—Qué perra suerte, muchacho —le dijo cuando estuvieron solos. Aunque es posible que te sirva de lección.

—He aprendido unas cuantas cosas desde que nos separamos —le confesó con gesto sombrío Jurgis, para, seguidamente, narrarle sus andanzas de aquel verano, vivido "a la ventura" como suele decirse. —¿Y tú? —le interrogó al cabo. ¿Continúas aquí desde entonces?

—¡Ya! —exclamó Duane. Entré justamente anteayer. Es la segunda vez que me encarcelan bajo cargos ficticios. No pude conseguir la libertad porque las cosas no se me han dado bien y no tenía para pagarles. ¿Por qué no nos marchamos juntos de Chicago, Jurgis?

—Es que no tengo adónde ir —respondió entristecido Jurgis.

—A mí me sucede lo mismo —replicó su amigo con un amago de risa. Pero, una vez en la calle, podemos ver qué hacemos...

Pocos de los reclusos con quienes trabó Jurgis relación en la prisión de Bridewell pertenecían al grupo de los que conociera en su anterior estancia, pero los había, en cambio, por docenas y docenas, jóvenes y viejos, de características idénticas a las de aquellos. Al igual que ocurre con los rompientes de las playas, el agua puede ser nueva, mas las olas se antojan siempre iguales. Jurgis se paseaba entre ellos y se detenía a conversar. Así observó cómo los que gozaban de primacía se regalaban contando sus proezas en tanto los otros, más jóvenes o inexpertos, formaban corros para escucharles en embelesado silencio. En el curso de su anterior encierro, Jurgis había consagrado casi todos los pensamientos a su familia; ahora, sin embargo, nada le impedía prestar oídos a las palabras de aquellos hombres y, bebiendo en ellas, percatarse de que eran de su misma raza, que sus puntos de vista eran los que él sustentaba y que

los métodos que les habían asegurado la subsistencia respondían en todo a los que pensaba adoptar en el futuro.

Así dispuesto su ánimo, al verse fuera de la prisión y sin un céntimo en el bolsillo, lo primero que hizo fue recurrir a Jack Duane. Acudió a él rebosante de humildad y agradecimiento por el hecho de que, siendo Duane un caballero, un hombre de profesión, no tuviera reparos en correr suerte con él, un obrero de la más modesta condición, que había llegado a mendigar y vagabundear. Eso hacía que no acertase a ver cómo podía serle útil a Duane. Y era porque no comprendía que un hombre de su condición, capaz de todas las lealtades y dispuesto a partirse el alma por cualquiera que le mostrase amabilidad, resultaba en el mundo del hampa no menos singular que entre el resto de los humanos.

Las señas que Jurgis guardaba correspondían a un sotabanco del gueto de Chicago donde se había instalado una linda francesita —la amiga de Duane— que se pasaba el día haciendo trabajo de aguja aunque, para salir adelante, hubiera de recurrir a la prostitución. La muchacha le informó de que Duane, acosado por la policía, se había mudado de alojamiento. Él amenazaba con largarse para siempre y dejarla: los ojos de la joven estaban enrojecidos de tanto llorar. La habían arrestado por "pasearse por la calle" y tenía miedo de acabar en un burdel: la policía pedía mucho dinero a las prostitutas independientes.

La nueva dirección de Duane era un sótano habilitado como tienda, cuyo propietario aseguró no haber oído el nombre de Duane en toda su vida. Luego, sin embargo, y tras haber sometido a Jurgis a un interrogatorio minucioso, le franqueó el paso, a través de una escalera situada en la trastienda y una falsa cerca, hasta el patio trasero del local de un prestamista y, de allí, a las dependencias de una casa de citas en una de cuyas habitaciones tenía Duane su escondrijo.

Duane iba a abandonar la ciudad esa misma noche. Le contó a Jurgis que la policía iba tras él. No tenía un céntimo y tenía que comprar el billete. Jurgis le sugirió que podían probar en un tren de carga, pero Duane no viajaba de ese modo, menos aún en pleno invierno.

Él conseguiría el dinero, estaba claro; Jurgis sólo tenía que ayudarle a conseguirlo y lo compartirían. Entonces le expuso su plan —era la primera clase de Jurgis y quizá la última—, aunque lo cierto es que consagró el resto del día en poner a su amigo al corriente de todos los resortes del mundo del hampa, señalándole aquellos que podían procurarle una forma de subsistencia. El invierno no se le presentaría propicio, a causa del estado de su brazo y, también, de un imprevisto recrudecimiento de la actividad policial. No obstante, nada tenía que temer, en tanto extremara la prudencia y evitase convertirse en sospechoso. Allí, en casa de "Papá Hanson" (ese era el nombre que daban al propietario del sótano convertido en tienda), podría descansar sin sobresaltos, pues el viejo «jugaba limpio» y no le haría ninguna faena, siempre y cuando fuera puntual en el pago y, en caso de un registro de la policía, cuidaría de avisarle con una hora de antelación. Por otro lado, Rosensteg, el prestamista, le compraría por un tercio de su valor cualquier objeto que le ofreciese, comprometiéndose, además, a no sacarlo a la luz hasta transcurrido un año.

En el armario de una de las habitaciones había un fogón de petróleo sobre el cual prepararon una improvisada cena. Luego, al filo de las once, abandonaron su escondite Duane, armado de una cadena utilizando una puerta trasera. Ya en la calle, dirigieron sus pasos a un barrio residencial. Llegados a determinado lugar, Duane se encaramó a una farola, la apagó de un soplo y luego fue a esconderse junto a Jurgis bajo una escalera, ambos en completo silencio.

Un instante más tarde un primer viandante acertó a cruzar ante ellos. Reconociéndolo como un trabajador, le dejaron pasar. Después, bastante más tarde, fue audible el paso grávido de un policía y los dos amigos se agazaparon, conteniendo el resuello, hasta que el agente hubo pasado de largo. Medio ateridos de frío, aguardaron todavía un buen cuarto de hora; al cabo escucharon pasos, ahora un hombre que caminaba rápido. Duane largó a Jurgis un breve codazo en el costado y, apenas el desconocido hubo rebasado su escondite, los dos se pusieron en pie. Duane avanzó con el sigilo de una sombra y, un segundo más tarde, Jurgis oyó un golpe seco seguido de

un grito sofocado. Situado dos pasos detrás del viandante, Jurgis se apresuró a callarle la boca mientras Duane, según lo convenido, le inmovilizaba los brazos. Al descubrir, sin embargo, que el hombre estaba inerte y ni siquiera podía mantenerse en pie, Jurgis se limitó a sujetarlo por el cuello del abrigo mientras su compañero recorría uno a uno, con dedos expertos, los bolsillos, empezando por los del abrigo para registrarle, a continuación, chaqueta y chaleco y traspasar cuanto contenían a los suyos propios. Por último, y tras haber palpado las manos y la corbata de su víctima, Duane susurró:

—¡Listo!

Arrastraron al hombre hasta debajo de la escalera y, al momento, Duane partió en una dirección y Jurgis en otra, apretando ambos el paso.

Duane fue el primero en llegar. Jurgis lo encontró examinando el "botín": un reloj con su cadena y un guardapelo unido a ella, todo de oro; además, una pluma de plata, una cerillera, un puñado de calderilla y, por último, una billetera que Duane desplegó con aire ansioso. Había en ella cartas y cheques, dos entradas para el teatro y, finalmente, oculto en su parte posterior, un fajo de billetes de varias denominaciones. Duane los contó: uno de veinte dólares, cinco de a diez, cuatro de a cinco y tres billetes de un dólar. El examen le hizo exhalar un hondo suspiro.

—¡Esto nos saca de apuros! —exclamó.

Luego, tras una segunda inspección, quemaron la cartera y cuanto contenía, a excepción de los billetes de banco y la foto que contenía el guardapelo de una niña de corta edad. Luego Duane corrió con el reloj y el resto de cachivaches a la tienda del prestamista, de donde regresó poco después con dieciséis dólares en la mano.

—El viejo granuja me ha salido con que la caja del reloj no tenía de oro más que el chapado. Mentira, claro; pero sabía que necesitaba el dinero.

Dividido el botín, Jurgis recibió cincuenta y cinco dólares y algunas monedas. Y como esto le pareciera demasiado y protestara, Duane le recordó que el trato había sido ir a partes iguales. Sin em-

bargo, reconoció que el golpe había resultado muy bueno; de ordinario no solían serlo tanto. Era suficiente para viajar a Nueva York, así que esperaría hasta la noche siguiente; tenía miedo de salir de día y allí estaba seguro. Cuando se levantaron, a la mañana siguiente, Duane le encargó que comprara el periódico. Una de las satisfacciones de cometer un delito era, según él, verlo reflejado, luego, en la prensa.

—Yo tenía un amigo —evocó Duane comenzando a reír— que siempre lo hacía. ¡Hasta que cierto día se enteró de que había pasado por alto tres mil dólares que una de sus víctimas llevaba en un bolsillo oculto en el chaleco!

El diario dedicaba al robo una media columna en la cual achacaba el asalto —tercero de una serie ocurrida en el transcurso de una semana— a las actividades de una banda de delincuentes que se había hecho fuerte en aquel distrito de la ciudad sin que, a todas luces, consiguiera la policía remediarlo. Refiriéndose a la víctima, añadía que se trataba de un agente de seguros cuya identificación hubiera sido más trabajosa de no darse la circunstancia de que llevaba su nombre bordado en la camisa. El agresor, que le había despojado de los ciento diez dólares que llevaba encima, pero que no eran de su propiedad, le había producido, a causa de un golpe demasiado rudo, una conmoción cerebral. Las lesiones afectaban, además, la mano derecha de la víctima, tres de cuyos dedos habrían de ser amputados como consecuencia de la grave congelación sobrevenida durante las horas que precedieron al rescate. El activo cronista daba cuenta, por último, de haber visitado a la familia con el fin de comunicarles lo anterior y detallaba el efecto que habían tenido entre sus miembros las malas nuevas.

Al ser su primera experiencia, Jurgis no pudo menos de sentir aflicción, como es natural, al conocer sus resultados. Duane, sin embargo, lo tomó muy a la ligera: riendo. Dijo que eran las reglas del juego y que había que admitirlas. Pronto Jurgis no daría a eso más importancia que la que se da al sacrificio de una res en los mataderos.

—Se trata de elegir entre nuestra supervivencia y la de otro. Y yo he optado siempre por lo primero —razonó.

—De acuerdo —dijo Jurgis en tono reflexivo. Pero lo cierto es que ese hombre no nos había hecho ningún daño.

—Pero se lo hacía a algún otro con todas sus fuerzas. De eso puedes estar seguro —concluyó su amigo.

Duane ya le había explicado a Jurgis que todo hombre que hiciera carrera en aquel oficio tenía que pagar a la policía, lo que permitía que a uno lo dejaran actuar por su cuenta, al menos mientras no le pillaran con las manos en la masa. Él no había pagado más que a un par de peces gordos, ya que, una vez entrado en el ruedo, uno se veía obligado a trabajar continuamente para satisfacer sus demandas. Por eso había aconsejado a Jurgis que pasara en su escondrijo cuanto tiempo le fuera posible, y que cuidara de no dejarse ver en compañía de su camarada. Mas Jurgis no tardó en aburrirse de su enclaustramiento. No era divertido comer y beber solo, además pagando por ello más de lo que estaba acostumbrado a pagar en otros lugares que le ofrecían compañía y diversión. Transcurridas dos semanas, al recuperar las fuerzas y, en parte, también el uso del brazo lastimado, no podía ya tolerar la reclusión. Duane, que a raíz de un trabajo emprendido por cuenta propia, había negociado una especie de tregua con las autoridades, hizo acudir a Marie, la francesita, para que compartiera con él sus favores. Tampoco eso fue una solución duradera, y Duane, por último, tuvo que capitular y avenirse a que Jurgis saliera a la calle y conociese, por su mediación, a las figuras prominentes del mundillo rufianesco, cuyo cuartel general solían ser las tabernas y las llamadas "casas de recreo".

De esta manera Jurgis pudo acceder a los que en Chicago representaban la aristocracia del hampa. En una ciudad como aquella, nominalmente democrática, pero en realidad sometida al poder de una oligarquía de grandes comerciantes, los relevos en el mando exigían la movilización de un verdadero ejército de negociadores capaces de dirigir o comprar las voluntades. A este ejército eran transferidos dos veces por año, con ocasión de las elecciones de primavera y las de otoño, millones y millones de dólares que, desembolsados por los empresarios ricos, servían para organizar reuniones,

contratar oradores profesionales, alquilar bandas de música y sufragar fuegos de artificio, distribuciones de propaganda y de bebidas alcohólicas por cisternas, sin olvidar la compra de votos, cuyas papeletas eran adquiridas, dinero en mano, por decenas de millares. Ahora bien, durante todo el año había que mantener en nómina, a buen seguro, a este ejército de la corrupción. Sus dirigentes y organizadores eran atendidos en forma directa por los patronos; los concejales y los miembros del poder legislativo recibían sus estipendios en forma de sobornos; los altos cargos del partido se nutrían de los fondos recaudados para la campaña; los de los *lobbies* y los abogados tenían sueldos fijos; los contratistas actuaban a cambio de encargos, los dirigentes de sindicatos mediante subsidios, y los propietarios y directores de periódicos por los espacios publicitarios. Quedaban, por último, los del montón, que recibían su salario bien de las arcas municipales, bien de la contribución directa de los ciudadanos. ¿No existía acaso un cuerpo de policía, un servicio de bomberos, una comisión de aguas dónde enrolarlos? Eso sin contar con los innumerables puestos creados por la burocracia del municipio, desde el más humilde, de portero, hasta el cargo de alcalde. Y para el resto, para las hordas que no podían hallar cabida en ninguno de estos estamentos, quedaba el mundo del vicio, del crimen. Había carta blanca para corromper, estafar y rapiñar. Las esposas de los corruptos y los predicadores habían promovido una ley para la prohibición legal de expender bebidas alcohólicas en domingo, lo que había puesto en manos de la policía a los taberneros de la ciudad, obligándoles a negociar los términos de su alianza. Las esposas de los corruptos y los predicadores querían acabar con la prostitución, de modo que las amiguitas y concubinas de los empresarios se habían visto, también ellas, obligadas a entrar en el trato. Lo mismo ocurría con los que regentaban garitos de apuestas y con los dueños de las cantinas donde se practicaba el juego. Y en esta lista había que incluir a cuantos de una forma u otra obtenían beneficios de amaños, o por vías ilegales, con la consiguiente necesidad de ceder parte de sus ganancias: los falsificadores, los bandoleros, los carteristas,

los ladrones y, a partir de ahí, un amplio grupo compuesto por todos aquellos que practicaban distintas formas de comercio ilegal: vendedores de leche adulterada, de fruta en malas condiciones y de carne no apta para el consumo, caseros que alquilaban casas inhabitables, médicos sin título, usureros, mendigos e, incluso, vendedores ambulantes. Sometidos a este sistema se encontraban también los boxeadores y los que habían hecho una profesión de sus puños, los vendedores de apuestas, los alcahuetes, los tratantes de blancas y los que vivían de corromper a jovencitas sin experiencia. Todos estos órganos de corrupción se hallaban en connivencia con la policía y las fuerzas políticas, aglutinados por una alianza económica y hermanados por el crimen y la sangre. Harto frecuentemente, un solo individuo tenía intereses en uno y otro bando a la vez. Así, el jefe de policía resultaba ser el propietario de la casa de lenocinio que simulaba intervenir, mientras que el político de turno establecía su cuartel general en una taberna que le pertenecía. Personajes que se habían hecho famosos en la ciudad bajo motes como el de "Hinky Dink" y "John Retretes", propietarios de lupanares celebérrimos en Chicago, ocupaban puestos en el consejo municipal y abandonaban la ciudad a la rapacidad de los hombres de negocios. Los clientes de sus locales eran boxeadores o tahúres habituados a fijar su propia ley, amén de los ladrones y chulos de toda especie que mantenían aterrorizada a la ciudad. Al acercarse las elecciones, todas estas jerarquías del vicio y el crimen se aliaban para formar una sola fuerza que no sólo conocía de antemano, y con un margen de error no superior al uno por ciento, cuál iba a ser el resultado de los votos en su distrito, sino que podía alterarlo efectivamente con tal que se le concediera una hora de tiempo para hacerlo.

Jurgis, que apenas hacía un mes había estado a punto de morir de hambre, entraba ahora, de repente y como por ensalmo, en un mundo donde el dinero y todas las cosas buenas de la vida cundían y se prodigaban. Su amigo le presentó a cierto irlandés que respondía al nombre de Buck Halloran, el cual actuaba como "asistente" político y conocía bien los entresijos del negocio electoral. Después

de mantener con Jurgis una breve conversación, Halloran le dijo que tenía a la vista ciertos planes que podían proporcionar fáciles ganancias a un hombre que tuviera aspecto de obrero. El asunto requería, por su naturaleza, a una persona discreta. Jurgis le aseguró que podía contar con él en ese sentido, y éste le condujo aquella misma tarde —era sábado— a una oficina donde se liquidaban los pagos de los trabajadores municipales. El cajero ocupaba una pequeña garita custodiada por dos policías en cuyo mostrador había una gran cantidad de sobres apilados. Siguiendo las instrucciones recibidas, Jurgis se acercó a la ventanilla y dio el nombre de "Michael O'Flaherty", recibiendo, entonces, un sobre que unos momentos más tarde, tras dar la vuelta a la esquina, entregó a Halloran, que le aguardaba en una taberna. Luego volvió a presentarse allí, esta vez con el nombre de "Johann Schmidt" y, posteriormente, hizo una tercera incursión bajo la identidad de "Serge Ostrinski". Halloran disponía de toda una lista de obreros imaginarios, a cambio de cuyos nombres Jurgis iba recibiendo un sobre tras otro. Halloran le remuneró con cinco dólares y dijo que podía contar con igual cantidad todas las semanas en tanto mantuviera callada la boca. Y dado que Jurgis se distinguía por su discreción, no tardó en ganar la confianza de Buck Halloran, quien le presentó a varios conocidos, recomendándole como "persona de confianza".

El trato con el irlandés le fue de utilidad a Jurgis no sólo en ese sentido, sino en otros. Antes de que pasara mucho tiempo había descubierto ya el significado de la palabra "influencia", a cuyo poder debía el que su antiguo capataz, Connor, y también el tabernero pugilista, hubiesen conseguido meterle en la cárcel. Se celebró una de aquellas noches un baile público en "homenaje" a un tal "Larry el Tuerto", un tullido que actuaba de violinista en cierto refinado prostíbulo de Clark Street, un bromista que gozaba de muchas simpatías en todo el distrito de los muelles. El baile, que se celebraba en una sala de enormes proporciones, constituyó una de aquellas veladas en cuyo curso la gente disipada de la ciudad se entregaba al desenfreno. Jurgis, que asistía al homenaje, se embriagó hasta per-

der casi el sentido y se enzarzó, por una cuestión de faldas, en una pelea. Habiendo recobrado por entonces, casi por completo, el dominio de su brazo herido, se consagró a la tarea de despejar la sala y acabó en un calabozo de la comisaría. Como el local se encontraba atestado de vagabundos cuyo hedor enrarecía la atmósfera, Jurgis, que no contemplaba con entusiasmo la perspectiva de dormir allí la borrachera, mandó avisar a Halloran quien a su vez, habló con el líder político del distrito y obtuvo, a las cuatro de la mañana y por teléfono, su libertad bajo fianza. Luego, más avanzado el día y antes de que Jurgis compareciera ante el juez para responder de los cargos, el líder del distrito se entrevistó con el secretario del juzgado para explicarle que Jurgis Rudkos era una persona de bien cuya conducta de la víspera sólo podía atribuirse a una imprudencia. Jurgis, en vista de ello, fue sancionado con una multa de diez dólares cuyo pago, sin embargo, se consideraba "diferido", es decir, que Jurgis no hubo de satisfacerlo, ni lo haría nunca, tampoco, a menos que alguien decidiera, en el futuro, desenterrar el expediente.

En la sociedad que ahora frecuentaba Jurgis, el dinero era objeto de juicios de valor que nada tenían que ver con los que rigieran entre la masa obrera de Packingtown, lo cual no impedía, por extraño que parezca, que en el nuevo ambiente Jurgis consumiese, por ejemplo, mucho menos alcohol que cuando trabajaba en los mataderos. Esto, sin duda, obedecía al hecho de que no existieran, en su actual forma de vida, ni el antiguo agotamiento ni la anterior desesperanza —alicientes para buscar consuelo en la bebida— y, también, al estímulo de ver abierto ante sí un horizonte por cuyas promesas valía la pena luchar y esforzarse. Porque, en efecto, no había tardado en persuadirse de que, a poco que ejerciera su buen sentido, pronto se le ofrecerían nuevas oportunidades y, emprendedor como era por naturaleza, se consagró no sólo a moderar su vida sino a introducir un poco de orden en la de su amigo Duane, un auténtico entusiasta del vino y las mujeres.

Luego, como suele ocurrir, unas cosas llevaban a otras. Cierta noche Jurgis y Duane se encontraban, a hora ya avanzada, en la

misma taberna donde Jurgis había celebrado su primer encuentro con Buck Halloran, cuando apareció en el local, bastante ebrio por cierto, un "cliente de provincias", hombre que se dedicaba a realizar compras en Chicago por cuenta de un comerciante de fuera. Exceptuando al encargado del mostrador, no había nadie más en el establecimiento y, al ver marchar al forastero, Jurgis y Duane salieron tras él para seguirle hasta un paraje sombrío rodeado de un edificio sin inquilinos y un puente del ferrocarril elevado. Entonces Jurgis se plantó de un salto frente al hombre y le metió un revólver por la boca mientras Duane, con el sombrero encasquetado hasta los ojos y prestos dedos, registraba, sin olvidar un rincón, los bolsillos del forastero. Apenas pudo éste dar un grito que ya la pareja le había despojado del reloj y el dinero, y habían desaparecido tras la esquina para refugiarse de nuevo en el interior de la taberna. El de la barra, a quien habían prevenido con un guiño, ya les tenía abierta la puerta de la bodega, por donde llegaron, a través de un acceso secreto, a un burdel instalado en la casa de al lado. Desde el tejado del edificio se accedía a otros tres establecimientos de similar naturaleza, de manera que la clientela de cualquiera de ellos podía ser puesta a salvo, ante la eventualidad de una incursión policial por causa de desavenencias, utilizando los pasadizos. Estos constituían, además, un recurso conveniente frente al apuro de tener que sacar a escondidas a alguna de las muchachas que, llegadas a Chicago para ocupar puestos de «sirvientas» o «auxiliares de fabricación» ofrecidos por anuncios de la prensa, caían en las redes de falsas agencias de colocación y, de ahí, pasaban a lupanares donde eran secuestradas. Generalmente bastaba con despojar a las muchachas de todas sus ropas, si bien, en algunos casos, las víctimas habían de ser reducidas mediante el uso de drogas y sometidas a reclusiones que duraban semanas. Sus familiares cursarían telegramas a la policía, o incluso se pondrían en camino hasta Chicago para averiguar por qué no se hacía nada con respecto a sus denuncias. Lo único que podía hacerse para satisfacerlos era conducirlos hasta el lugar donde las jóvenes habían sido localizadas.

Veinte de los ciento treinta y tantos dólares que se habían agenciado los dos amigos fueron a parar a los bolsillos del mozo de la taberna en pago a sus servicios. Esto, como es natural, les granjeó sus simpatías y sirvió para que les presentase, pasados unos días, a un judío que actuaba de agente para la "casa recreativa" donde Jurgis y Duane habían buscado refugio después de su asalto. Apuradas unas cuantas copas, el hombre, que se llamaba Goldberg, comenzó a explicar, con algunos ambages al principio, la reyerta que había sostenido con cierto tahúr por causa de una de las mejores chicas del establecimiento. El tipo en cuestión, al que Goldberg acusaba de haberle largado un puñetazo en la mandíbula, era forastero en la ciudad y, según aseguró el judío, nadie lo echaría en falta si una de aquellas noches lo encontraban por ahí, con la cabeza rota. Bien dispuesto, como estaba a esas alturas, a partirles la crisma a todos los tahúres de Chicago, Jurgis quiso saber qué iba a recibir por el trabajo, a lo cual, y adoptando un tono todavía más reservado, el judío dijo disponer de ciertas informaciones relativas a las carreras que se celebraban en el hipódromo de Nueva Orleans. Los soplos, al parecer, venían de un capitán de policía del distrito, hombre relacionado con el gremio de criadores de caballos, a quien Goldberg había sacado en cierta ocasión de un aprieto. Duane se percató del asunto en el acto; pero a Jurgis hubo que explicarle en detalle, antes de que se hiciera cargo de lo excepcional del ofrecimiento, cómo funcionaba el mundo de las carreras hípicas y su aparato de apuestas.

Estaba, en primer lugar, el formidable Trust Hípico, que tenía comprados en pleno los cuerpos legislativos de todos aquellos Estados de la Unión donde desarrollaba actividades. El trust poseía, incluso, varios rotativos de importancia, lo cual le daba acceso a la opinión pública; y no había en el país fuerza capaz de oponérsele, como no fuese, quizás, otro consorcio: el que controlaba los salones de apuestas. El Trust había construido por todo el territorio de la nación hipódromos magníficos a los que atraía, mediante la creación de premios espectaculares, a grandes masas de espectadores de las que más tarde, y merced a una modalidad de juego que en

nada se diferenciaba de la estafa, extraía anualmente centenares de millones de dólares. Las carreras de caballos, que en épocas habían constituido un deporte, no eran más que un negocio. Los animales podían ser controlados por medio de los más diversos trucos: algunos sometidos al efecto de las drogas, otros eran viciados por distintos procedimientos, como, por ejemplo, adiestrándolos más, o bien menos, de lo necesario, o, incluso, provocándoles una caída en plena competición y en el momento que más conviniese, para lo cual bastaba con que el jinete les trabase la marcha con la fusta, una maniobra que, vista de lejos, los espectadores interpretaban como un supremo esfuerzo por conservar la delantera. Había infinitas tretas de esa clase a las que unas veces recurrían los propios criadores, obteniendo, de ese modo, auténticas fortunas, o bien eran empleadas por jinetes y domadores, o, finalmente, por personas ajenas al medio hípico, que ocasionalmente intervenían con sobornos; pero, en la mayoría de los casos, era el Trust quien amañaba las carreras. En aquel momento, sin ir más lejos, estaba celebrándose en Nueva Orleans la temporada hípica de invierno: uno de los del gremio anticipaba diariamente a sus agentes de las ciudades norteñas el programa y resultados, con el fin de que decantasen de la forma más propicia el juego de los salones de apuestas. Los avisos se recibían por teléfono, y en cifra, momentos antes de que se celebrase la carrera dada, y cualquiera que tuviera acceso a esas informaciones podía dar por hecha su fortuna.

El judío dijo a Jurgis que, en caso de desconfiar, podía hacerle una demostración. Propuso, entonces, que se encontraran a la mañana siguiente en un determinado salón de juego donde podían llevar a cabo el ensayo. Tanto Jurgis como Duane se mostraron de acuerdo y, a la hora convenida, hicieron su aparición en un local de categoría frecuentado por promotores y comerciantes —amén de no pocas damas de la alta sociedad, éstas instaladas en un reservado— que llevaban a cabo sus apuestas. Jurgis y Duane compraron sendos billetes de diez dólares a favor de un caballo llamado "Black Beldame". El premio era seis veces el valor de la apuesta y lo ganaron. Por

una fórmula semejante valía la pena propinar cuantas palizas hiciera falta. Pero, al día siguiente, Goldberg les hizo saber que su tahúr, enterado de lo que se le avecinaba, había abandonado la ciudad.

El negocio, desde luego, tenía sus altibajos, y hasta en la cárcel permitía vivir a los que no habían conseguido mejor suerte fuera de ella. Por otra parte, se habían convocado elecciones para comienzos de abril, lo que significaba un período de prosperidad para cuantos regentaban el mundo del crimen. En su deambular por toda clase de antros, garitos y burdeles, Jurgis había trabado relación con lugartenientes de los políticos de ambos partidos y sus conversaciones le instruyeron acerca de los entresijos del combate electoral, proporcionándole, al mismo tiempo, una serie de ideas en cuanto a las múltiples posibilidades de emplearse con aquella gente tan pronto se avecinasen las elecciones. Como Buck Halloran pertenecía al Partido Demócrata, Jurgis adoptó su filiación política. La actitud del irlandés, sin embargo, distaba mucho de ser revanchista. Los republicanos eran, para él, gente hecha de buena pasta que, sin duda alguna, se saldrían con un buen montón de dólares de la próxima campaña. Por Halloran supo Jurgis que en las últimas elecciones los republicanos habían pagado cuatro dólares contra los tres que ofrecían los demócratas por un voto. Y por un amigo del irlandés se enteró, en el curso de una fiesta a la que Jurgis había sido invitado, que una vez Halloran había recibido el encargo de conseguir el voto de una "carga" de 37 italianos recién llegados al país. El que contaba la historia se había encontrado con el representante republicano —ansioso, a su vez, de conseguir el lote—; finalmente, entre los tres habían convenido repartirse equitativamente los votos de los italianos —que compraron a razón de una caña de cerveza por piocha— y embolsarse el saldo de la operación.

No mucho tiempo después de esta conversación, algo cansado de los riesgos y vicisitudes del oficio, Jurgis decidió meterse en política. En esa época la atmósfera ciudadana bullía a causa de un escándalo que, aireado por los reformadores, estaba alcanzando proporciones gigantescas: el pacto de connivencia existente entre la

policía y el mundo del hampa. Habían sacado a la luz pública algunos documentos y habían logrado que los peces gordos se vieran obligados a intervenir. Era lo que se llama «un canal paralelo» y, al estar sus réditos enteramente en manos de la policía, las actividades delictivas en nada beneficiaban a los magnates empresariales que, si bien veían con buenos ojos —porque esto presenta a la ciudad una imagen atractiva— que Chicago practicase el juego y se entregara sin recato al libertinaje, no aprobaban de la misma manera los atracos y los robos. Así las cosas, quiso la suerte que cierta noche, cuando se dedicaba a forzar la caja fuerte de una tienda de prendas de vestir, Jack Duane fuera sorprendido *in fraganti* por el vigilante del establecimiento, quien lo puso en manos de la policía. Ocurrió entonces que el agente, que resultaba conocer bien a Duane, le permitió escapar, asumiendo él todas las responsabilidades. El hecho provocó inmediatamente tal arremetida por parte de la prensa que no hubo más remedio que decretar la caza y captura de Duane, quien tuvo el tiempo justo para abandonar la ciudad.

Coincidiendo con estos hechos, a Jurgis le presentaron a un individuo apellidado Harper, en quien reconoció al guarda nocturno que había velado por su naturalización como americano cuando, en su primer año de estancia en el país, trabajaba en el matadero Smith's. A pesar de despertar su interés, el hombre no recordaba a Jurgis y alegó, en su descargo, que eran muchos los "principiantes" a quienes había tenido que atender en aquella época. La charla, que tenía lugar en una sala de baile, se prolongó hasta la madrugada, y en su transcurso Harper, Halloran y Jurgis evocaron peripecias e intercambiaron impresiones. Luego su invitado les refirió una larga historia acerca de una reyerta que había con el encargado de su departamento, a resultas de la cual había descendido a simple peón, además, de buen sindicalista. Sólo al cabo de algunos meses llegó Jurgis a darse cuenta de que la pelea a que Harper se había referido no era sino un truco previamente amañado por la dirección de la fábrica, a partir del cual el antiguo guarda recibía ahora un salario de veinte dólares semanales por procurar a los conserveros informa-

ción concerniente a las sesiones secretas que celebraba el sindicato. Los mataderos, manifestaba Harper asumiendo su falsa identidad de sindicalista, eran un hervidero de actividades reivindicativas. La población obrera de Packingtown había agotado su capacidad de sufrimiento y era muy probable que en las próximas semanas se decretase una huelga.

A resultas de este encuentro, Harper hizo indagaciones acerca de Jurgis y, al cabo de un par de días, volvió con una oferta interesante. El hombre creía —aunque no tenía de ello certeza absoluta— estar en condiciones de procurarle salario fijo y un puesto de trabajo en Packingtown siempre y cuando estuviera dispuesto a hacer lo que se le mandara y supiera tener callada la boca. Harper, al que todos conocían por el sobrenombre de «Bush», era uno de los hombres de confianza de Tom Cassidy, el cacique demócrata del distrito de los mataderos, a quien la proximidad de las elecciones había creado una singular disyuntiva. Le habían propuesto a Cassidy designar para la candidatura del distrito al acaudalado propietario de unas destilerías, un judío domiciliado en una elegante avenida que bordeaba la zona. El individuo en cuestión, que suspiraba por la placa de concejal y el título de "honorable" a que el cargo da derecho, carecía por completo de talento, pero era inofensivo y estaba dispuesto a financiar la campaña con inusitada generosidad. Tras aceptar la propuesta, Cassidy había salido al encuentro de los republicanos para hacerles, a su vez, una oferta. Poco seguro de poder manejar a su antojo al judío y menos dispuesto todavía a correr riesgos en su demarcación, propuso a los republicanos que designasen por su parte a cierto amigo de Cassidy, que a la sazón trabajaba en un boliche instalado en los sótanos de una taberna de la avenida Ashland, donde disponía los bolos para las partidas. Utilizando el dinero del judío, Cassidy conseguiría que el hombre saliera elegido y los republicanos podrían apuntarse el triunfo, que era más de lo que iban a obtener por otros medios. Los republicanos se habían avenido inmediatamente al trato, pero lo malo del caso era, según Harper, que ese partido estaba integrado por necios —había que

serlo, y mucho, para formar parte de él en un distrito como el de los mataderos, donde Cassidy era el rey— que lo ignoraban todo acerca del trabajo electoral. Por otra parte, y como era de imaginar, no se les podía pedir a los trabajadores demócratas, los nobles miembros de la Liga del Grito de Guerra, que prestasen su apoyo a los republicanos. El obstáculo que todo ello planteaba no hubiera parecido tan insalvable a no ser por una contingencia surgida en el curso de los últimos dos años en el horizonte político de los mataderos: la aparición de un nuevo partido, el Socialista, con lo cual se había organizado, según palabras de "Bush" Harper, un lío de todos los demonios. La mención de la palabra «socialista» no despertaba en la mente de Jurgis otra imagen que la del infeliz de Tamoszius Kuszleika que, invocando esa filiación política, y acompañado de un par de correligionarios, solía, las noches de los sábados, plantar en cualquier esquina un cajón de madera, encaramado en el cual peroraba hasta quedar afónico. Tamoszius había intentado explicar a Jurgis la esencia del socialismo, pero Jurgis, acaso por carecer de imaginación suficiente, nunca había llegado a asimilarlo del todo, por que aceptó ahora como válida la explicación de Harper, conforme a la cual los socialistas eran los enemigos de las instituciones americanas y, aparte de eso, no se les podía ni amedrentar ni comprar, tampoco se acomodaban a componendas o pactos de ninguna clase. Cada vez que se intentaba algo de esa clase, ellos contestaban con un comunicado insolente, lo imprimían y lo hacían circular entre los trabajadores. Tom Cassidy sentía una honda preocupación ante las oportunidades que su pacto secreto con los republicanos ofrecía a los socialistas. Por una parte, la sola idea de verse representado por un candidato capitalista y enriquecido soliviantaba al electorado demócrata de los mataderos y, por otra, se temía que, forzados a elegir entre un agitador socialista y un republicano holgazán, se decantasen por el primero. Ese estado de cosas —explicó Harper— era precisamente el que podía dar a Jurgis la ocasión de situarse. Con su pasado de obrero en los mataderos, le explicó "Bush" Harper, y habiendo sido, también, miembro de un sindicato, por fuerza había

de contar con centenares de conocidos ante los cuales, por no haber intervenido anteriormente en política, podía ahora presentarse como defensor de la causa republicana sin que ello suscitara la menor sospecha. Una persona capaz de desempeñar satisfactoriamente ese cometido tendría a su disposición enormes cantidades de dinero y, además, el apoyo de Tom Cassidy, de quien jamás se podría decir que hubiera dejado a un amigo en la estacada.

Cuando Jurgis, todavía algo desconcertado, quiso saber en qué consistiría su labor, Harper pasó a los detalles. En primer lugar, habría de emplearse en los mataderos, cosa que, por poco que le sedujera, no dejaría de proporcionarle un salario que añadir a lo que ganase por otras vías. A continuación, volvería a desarrollar su activo papel de antaño en el seno del sindicato, tratando, a poco que resultase posible, obtener, como el propio Harper lo había hecho, un cargo en la organización. Entretanto, aleccionaría a sus compañeros de trabajo acerca de las virtudes de Doyle, el candidato republicano, y de los defectos del judío de las destilerías. Con posterioridad, y en los locales que Cassidy aportaría al efecto, Jurgis iniciaría un movimiento que tanto podía llamarse «Asociación de Jóvenes Republicanos» como cualquier otra cosa similar, al que no habían de faltar abundantes provisiones de la excelente cerveza del judío ni fuegos de artificio y oradores como los que exhibía la Liga del Grito de Guerra. Jurgis, a buen seguro, contaba con cientos de amigos y conocidos que correrían encantados a disfrutar de semejantes diversiones. Tampoco había que olvidar la ayuda procedente de los líderes y los obreros que regularmente participaban en el Partido Republicano, con todo lo cual el día de las elecciones la victoria quedaría asegurada por un margen suficientemente amplio.

Tras escuchar las directrices de Harper, Jurgis le preguntó:

—Pero ¿cómo conseguir empleo en Packingtown estando, como estoy, en la lista negra? A esto, "Bush" Harper rompió a reír.

—Deja eso de mi cuenta, que no te defraudaré.

Con lo cual Jurgis replicó:

—En ese caso, trato hecho. Soy su hombre.

Así es como se produjo el regreso de Jurgis a los mataderos y su subsiguiente presentación al rector político del distrito, el hombre que dictaba órdenes al propio alcalde de Chicago: Tom Cassidy, propietario —por mucho que Jurgis ignorase ese extremo— de las ladrilleras de Packingtown, de su vertedero, y hasta de las ciénagas de donde obtenía hielo en invierno; de donde habían surgido los gérmenes que habían acabado con la vida del pequeño Sebastijonas. Cassidy era el responsable de que la calle donde el hijo de Jurgis había muerto ahogado no estuviera pavimentada; era quien había puesto sobre el estrado al juez que dictó su primera sentencia de cárcel; y quien poseía la mayor parte de las acciones de la sociedad que, tras vender a la familia una casa inhabitable, se la había arrebatado. Pero Jurgis ignoraba todo esto, como ignoraba el hecho de que Cassidy no fuera sino un instrumento, una marioneta manejada a voluntad por los empresarios. No; para él Cassidy era una potencia, el más poderoso de los hombres que había conocido.

Cuando lo tuvo delante se encontró con un irlandés de manos temblorosas, pequeño y consumido; se había convertido en un persona con influencia en la política de Chicago, y en un millonario, pero su salud se había resentido durante ese tiempo. Después de cambiar con él algunas palabras, comenzó a estudiarle con ojos que recordaban los de una rata. Al cabo, cuando se hubo formado una opinión de Jurgis, le entregó un escrito dirigido a un tal Mr. Harmon, que ocupaba un alto cargo directivo de Anderson's. La nota rezaba como sigue:

El portador de la presente, Jurgis Rudkos, es persona cuya amistad me honra y a la que, por razones de peso, me gustaría encontrara una buena ocupación. El señor Rudkos cometió en cierta ocasión un acto irreflexivo que espero que no tenga en cuenta.

Al leer esas últimas palabras, Mr. Harmon alzó una mirada inquisitiva:

—¿Qué quiere decir con lo de "un acto irreflexivo"?

—Es que estoy en la lista negra —le respondió Jurgis.

Harmon arrugó la frente.

—¿En la lista negra? —dijo. ¿A qué te refieres?

Jurgis se sonrojó de pura confusión. Había olvidado que no existían listas negras.

—Bien... verá... —comenzó con un balbuceo—, quiero decir que no me ha sido fácil encontrar trabajo.

—Y eso ¿por qué?

—Tuve una reyerta con un encargado que, por cierto, no era mi capataz, y le golpeé.

—Entiendo —dijo el otro, iniciando una breve reflexión. ¿Qué clase de trabajo le gustaría hacer? —preguntó luego.

—Cualquiera —respondió Jurgis—, pero el pasado invierno me rompí un brazo y debo andar con cuidado.

—¿Qué me dice un puesto de guarda de noche?

—No es el puesto que ando buscando. Por la noche tengo que estar entre mis compañeros.

—Ya veo: actividad política. En fin, ¿le interesaría trabajar preparando canales de cerdo?

—Sí, señor, me interesaría.

A lo cual Mr. Harmon llamó a un vigilante y le dijo:

—Acompañe a este hombre al departamento de Pat Murphy y dígale que lo acomode como sea. Y así fue como hizo Jurgis su entrada, vivo y airoso el paso, en la nave destinada al sacrificio del ganado porcino, lugar que en días ya lejanos había frecuentado para implorar trabajo. Y hasta sonrió para sus adentros, al ver la expresión ceñuda del capataz cuando le dijo el guarda:

—Mr. Harmon quiere que metas a este hombre en tu equipo. La orden significaba saturar de gente el departamento y dar al traste con los planes de producción que pudiera contemplar el capataz, el cual, sin embargo, se limitó a responder:

—Está bien.

Y, a partir de ese momento, convertido, una vez más, en operario de los mataderos, Jurgis salió al encuentro de sus amigos de antaño, se reincorporó al sindicato y se puso manos a la obra a popularizar a "Scotty" Doyle, el futuro candidato republicano, del que

dijo, para empezar, que le había tendido la mano en un momento de apuro y que era un tipo fantástico. Más adelante añadió que Doyle era un trabajador como todos ellos y que sabría defender la causa obrera. ¿Por qué iban a votar a un judío cargado de millones? ¿Y qué demonios había hecho Cassidy en toda su vida por ellos para que anduvieran respaldando continuamente a sus candidatos? A todo ello, Jurgis se presentó ante el líder republicano del distrito con una nota firmada por Cassidy y conoció al equipo con el cual iba a colaborar. Gracias al dinero del judío, los republicanos habían alquilado ya un espacioso salón de actos que se convirtió en sede de la "Asociación Republicana Doyle", a la que noche tras noche Jurgis atraía un nuevo grupo de simpatizantes, nunca menos de una docena.

Poco tiempo después, la asociación celebraba su sesión inaugural, un acto que se vio aderezado por la intervención de una banda, que recorrió las calles con su música, y por la quema de cohetes y otros fuegos de artificio ante la fachada del salón de actos, que aparecía engalanada con linternas rojas. Los dos mítines concertados atrajeron a una enorme multitud ante la cual, por haberse fusionado de hecho las dos convocatorias, el trémulo candidato hubo de repetir tres veces, demudado el semblante, un breve discurso, apañado por uno de los satélites de Cassidy, que el candidato había tardado un mes en aprender de memoria. Lo mejor de la velada, sin embargo, fue la arenga del celebrado y elocuente senador Spareshanks, candidato a la presidencia de la nación, que llegó en su automóvil para disertar acerca de las prerrogativas inestimables que el obrero americano había de ver en su ciudadanía, en su prosperidad y en sus derechos. Sus inspiradas palabras merecieron, en todos los diarios matutinos, menciones de hasta media columna donde, además, se ponía de manifiesto que la inesperada popularidad conseguida por Doyle, el candidato que los republicanos presentaban para la concejalía, estaba causando, según se había sabido en medios dignos de todo crédito, una profunda inquietud a Mr. Cassidy, actual presidente del Comité Demócrata Municipal.

La preocupación del presidente se había visto redoblada ante la descomunal procesión en que, tocados con gorras y sombreros rojos y portando antorchas encendidas, participó la concurrencia para poner fin a un acto en el que la cerveza —la mejor que se hubiera ofrecido nunca con motivo de una convención cívica, según unánime reconocimiento del electorado— había corrido en abundancia y gratis para todo el mundo. Tanto en esa ocasión como en las incontables reuniones que se celebraron al aire libre, Jurgis mostró una actividad infatigable. Su trabajo no consistió en pronunciar discursos —para eso contaban con abogados y otras personas de experiencia—, sino en organizar los actos con distintas iniciativas: distribuyendo anuncios, fijando pasquines en las paredes y estimulando al público para que asistiera; luego, iniciados ya los actos, se encargaba de los fuegos de artificio y atendía al abastecimiento de cerveza. Esto hizo que por sus manos pasaran durante la campaña muchos cientos de dólares sacados al judío de las destilerías, fondos que Jurgis administraba con un candor y una honradez que llegaban al alma. Con todo, y cuando la operación tocaba ya a su fin, se enteró de que el resto de sus colegas alentaban hacia él sentimientos adversos porque, con su probidad, Jurgis les forzaba a elegir entre restar lucimiento a los actos que ellos protagonizaban o renunciar, como él, a una parte del pastel. Al tener noticia de ello, Jurgis hizo cuanto estuvo en su mano para contentar a los "muchachos" y, al mismo tiempo, resarcirse del tiempo que había perdido hasta comprender que con los fondos de la campaña podía adoptarse una actitud más liberal.

Si todos quedaron satisfechos, Tom Cassidy no quedó a la zaga, porque el día de las elecciones Jurgis se puso en brega a las cuatro de la mañana, listo para "reclutar votos". Al pescante de un coche tirado por dos caballos recorrió, uno por uno, los domicilios de sus amigos para escoltarlos hasta el colegio electoral. Tras haber votado seis veces por su parte, consiguió otro tanto de muchas de sus amistades. Luego corrió a embarcar en el carruaje a numerosos contingentes de lituanos, polacos, bohemios y eslovacos que figuraban entre las últimas hornadas de la inmigración extranjera. Des-

pués de empujarlos hasta las urnas, Jurgis los ponía en manos de un segundo agente, encargado de repetir la operación, y continuaba la marcha. Cuando Jurgis hubo terminado su trabajo, el presidente del colegio le dio cien dólares, provisión que Jurgis renovó tres veces en el transcurso del día, pero no pudo conservar en sus bolsillos más de veinticinco en cada ocasión. La suma restante la aplicó íntegramente a la compra de votos. Ese día se produjeron importantes cambios de opinión en el que los demócratas salieron perdiendo, ya que presenciaron la elección de "Scotty" Doyle por una mayoría relativa de casi mil puntos. El resto de la jornada, desde las cinco de la tarde hasta las tres de la madrugada siguiente, Jurgis no se dedicó a otra cosa que a beber sórdidamente y sin tino, hasta pescar una borrachera de las que hacen historia. Ese impulso, sin embargo, fue compartido por la casi totalidad de los habitantes de Packingtown, incapaces de contener su gozo por el hecho de que la voluntad popular hubiera triunfado de manera arrolladora: un plutócrata jactancioso había sido derrotado por el pueblo llano.

CAPÍTULO XXVI

Después de las elecciones Jurgis permaneció en Packingtown y mantuvo su puesto de trabajo. Persistiendo el clamor que había despertado la connivencia policial con el mundo del hampa, le pareció lo más prudente moderar, de momento, sus ambiciones. Los casi trescientos dólares que había acumulado en el banco, le daban, sin duda, derecho a un descanso; pero, siendo el suyo un empleo muy llevadero, el propio hábito le mantuvo en él, tal vez influido por el consejo de Tom Cassidy que, cuando Jurgis le consultó al respecto, le había advertido que en breve podían surgir "acontecimientos".

Buscó, alojamiento en una casa de huéspedes que habitaba un grupo de amigos de su agrado. Las pesquisas daban cuenta de que Elzbieta se había trasladado con los suyos al centro de la ciudad y eso bastó para que Jurgis no volviera a acordarse de la familia. Sus

nuevos amigos eran hombres jóvenes, solteros, amantes de la vida disipada. Él había desechado hace tiempo sus ropas de la fábrica de abonos y llevaba, desde su ingreso en la política, cuello blanco que cerraba con una grasienta corbata roja. Ahora daba más importancia a su vestido, cosa perfectamente factible con los once dólares semanales que obtenía de su trabajo, dos tercios de los cuales podía dedicar a sus gustos manteniendo sus ahorros siempre intactos.

Algunas veces se trasladaba a la ciudad en compañía de un grupo de amigos y juntos recorrían teatros de atracciones, *music-halls* y otros locales de índole parecida que formaban parte de su itinerario habitual. En Packingtown, por otra parte, había muchas tabernas donde se jugaba y algunos locales, donde se podía pasar la velada por poco dinero. Los dados y las cartas tenían, sin embargo, sus reveses. Cierto sábado Jurgis se enzarzó, ya de noche, en una partida que le produjo ganancias prodigiosas y que no dejó, por ser hombre de temperamento, hasta muy avanzada la tarde del domingo; para entonces llevaba perdidos cerca de veinte dólares.

Las veladas del sábado también solían dar lugar en Packingtown a una serie de bailes públicos adonde los hombres acudían cada uno con su pareja y pagaban medio dólar por la entrada y varios más, en concepto de consumiciones, a lo largo de la fiesta, que se prolongaba hasta la madrugada si ninguna pelea la interrumpía. Y durante todo ese tiempo, aturdidas por la sensualidad y el alcohol, las parejas no cesaban de bailar, el mismo hombre siempre con la misma mujer. Lo que sucedía en cuanto salían es mejor dejarlo a la imaginación que describirlo.

Jurgis no tardó en descubrir a qué se refería Cassidy al hablar de "acontecimientos". El contrato entre los empresarios y los sindicatos expiraba en mayo y en ese momento habrían de suscribir uno nuevo. Y, con el inicio de las negociaciones, en los mataderos no se hablaba más que de huelga. Las tarifas anteriormente aprobadas sólo beneficiaban a los obreros con categoría de oficial, mientras que los afiliados al Sindicato de Carniceros eran, en sus casi dos terceras partes, peones sin especialización. En Chicago, la mayoría

del peonaje venía percibiendo dieciocho centavos y medio por hora de trabajo, y los sindicatos aspiraban a fijar en esa cifra el patrón salarial del año venidero. El salario resultante no era, ni mucho menos, lo espléndido que parecía. Con motivo de las negociaciones, el cuerpo administrativo del sindicato había estudiado la distribución de una nómina de diez mil dólares que mostraba, como más alto, un salario semanal de catorce dólares; como mínimo, otro de dos dólares con cinco centavos y; como media, seis dólares con sesenta y cinco centavos. Eso significaba que cada hombre estaba cobrando realmente por seis horas de trabajo diario. No obstante seis dólares con sesenta y cinco no era una cantidad que se pudiera considerar generosa, menos aún aplicada a la manutención de una familia. Los patronos podían pagar eso holgadamente, teniendo en cuenta que en el curso de los últimos cinco años el precio de la carne procesada se había incrementado en casi el cincuenta por ciento, mientras que el de los canales había descendido otro tanto. Pero los empresarios se mostraban contrarios a la mejora y rehusaban satisfacer las exigencias sindicales, en prueba de lo cual redujeron unánimemente a dieciséis centavos y medio por hora, cuando el convenio llevaba una o dos semanas expirado, el salario de no menos de mil obreros; mientras se aseguraba haber oído decir al viejo Morton, puñetazo en la mesa mediante y jurando por Dios, que no cejaría hasta verlo situado en quince centavos. En esa época había en el país un millón y medio de parados, de ellos cien mil sólo en la ciudad de Chicago; cada mañana había miles de hombres aguardando en las puertas de las fábricas y con sólo poner un anuncio en el periódico acudirían cien mil al día siguiente: todos ellos estarían encantados de trabajar por quince centavos la hora. Ante semejante estado de cosas, ¿iban los empresarios a consentir que los siervos del sindicato les dictasen órdenes y les impusieran un contrato que les ocasionaba la pérdida de varios miles de dólares diarios durante el transcurso de un año? ¡Ni en broma!

Todo esto ocurría en junio y, poco tiempo después, el tema fue sometido a referéndum en los sindicatos. El resultado fue la de-

cisión de ir a la huelga, respaldada en todas las ciudades del país en donde la actividad conservera revestía alguna importancia. La prensa, y con ella la opinión pública, no tardaron en reaccionar ante las perspectivas de una carestía de la carne. Aquello fue una tempestad y todo el mundo se puso a hablar de "los derechos supremos de la población". Cada año la gente de Packingtown se había matado trabajando y esa población jamás les había dedicado un minuto ni un pensamiento, ni a sus derechos ni a sus quebrantos. Sólo ahora, cuando estaban furiosos y peleando por sus derechos, la población descubría su existencia y lo único que hacía era clamar contra ellos y denunciar su carácter rebelde y su osadía.

Las llamadas al buen sentido se multiplicaron por doquier, pero los empresarios no se mostraban dispuestos a claudicar y no cesaban, entretanto, de reducir salarios y cancelar compras de reses mientras se aprovisionaban de colchones y catres que llevaban en camiones a sus establecimientos. La fiebre iba así en aumento, hasta que una noche la sede central de los sindicatos emitió telegramas a todos los grandes centros conserveros, desde Saint Paul hasta South Omaha y desde Sioux City a Saint Joseph, pasando por Saint Louis y Kansas City hasta llegar a Nueva York, y al día siguiente, al filo de las doce, un contingente de obreros, cuyo número estaba entre cincuenta y sesenta mil, abandonó, tras retirar sus equipos de trabajo, las fábricas. La temida huelga de carniceros había comenzado.

Después de despachar su cena, Jurgis se fue a visitar a Tom Cassidy, que habitaba una casa de espléndida construcción en una calle de pavimento e iluminación impecables, uno y otra realizados en su solo y exclusivo beneficio. Cassidy, que vivía ahora en régimen de retiro parcial, daba la impresión de estar nervioso y preocupado.

—¿Qué quieres? —preguntó abruptamente al ver a Jurgis.

—He pensado que tal vez podría usted conseguirme alguna ocupación para el tiempo que dure la huelga —respondió él.

Cassidy frunció el ceño y dedicó a Jurgis una larga mirada escrutadora. En los diarios de la mañana Jurgis había leído la denuncia que hacía Cassidy de los conserveros, a los que atacaba diciendo

que, a menos que diesen mejor trato a los obreros, verían sus fábricas clausuradas por el municipio. No fue poca, pues, la sorpresa que experimentó al oírle decir de pronto:

—Y, vamos a ver, Rudkos, ¿por qué no continúas con tu trabajo de ahora?

—¿Que trabaje como esquirol? —exclamó el otro. ¿Es eso lo que me propone?

—¿Y por qué no? —persistió Cassidy. ¿Qué te va a ti en todo eso?

—Pero es que... pero... —balbució Jurgis que, por algún motivo, se creía obligado a respaldar la iniciativa del sindicato.

—Los empresarios necesitan hombres capaces —continuó Cassidy—, y los necesitan con apremio, de modo que se mostrarán generosos con quienes cierren filas a su lado. Así pues, ¿por qué no aprovechar una oportunidad que puede situarte para siempre?

—Pero —objetó Jurgis— ¿dónde deja eso mi colaboración en el terreno... político?

—En cualquier caso, en ese terreno, no me ibas a servir de nada— fue la brutal respuesta de Cassidy.

—¿Por qué? —quiso saber Jurgis.

—¡Joder con el chico! —exclamó el otro. ¿Acaso has olvidado tu filiación republicana? ¿O es que crees que me voy a pasar la vida eligiendo candidatos de la oposición? El judío destilador ha descubierto el uso que hicimos de su patrocinio y pide cabezas.

Jurgis se había quedado mudo de asombro. Era la primera vez que consideraba ese aspecto de la cuestión.

—Podría hacerme demócrata, sin embargo —dijo, por fin.

—Claro que sí —respondió Cassidy—, pero no de la noche a la mañana. No es posible cambiar de tendencias políticas cada veinticuatro horas y, por otra parte, tampoco te necesito; no sabría en qué emplearte. Las próximas elecciones están aún muy lejanas; ¿qué ibas a hacer tú entretanto?

—Yo pensaba que podía contar con usted... —comenzó Jurgis.

—Por supuesto —le interrumpió el otro. Yo nunca he dejado a un amigo en la estacada. Pero ¿consideras justo plantar el trabajo que te proporcioné y venir a solicitar uno nuevo? Más de cien tíos han llamado a mi puerta, sólo en el día de hoy. ¿Qué puedo hacer yo ante eso? En lo que llevamos de semana he metido a diecisiete, como barrenderos, en la nómina del municipio. Pero ¿crees que puedo hacer lo mismo indefinidamente? A otro no podría hablarle como te hablo a ti, que conoces ciertas interioridades lo suficiente como para darte cuenta de las cosas. Mi sinceridad no sería... bien vista. A ti, sin embargo, puedo preguntarte: ¿en qué te beneficia esta huelga?

—No me he detenido a pensarlo —respondió Jurgis.

—Eso es, exactamente, lo que ocurre —continuó Cassidy. Pero no estaría de más que reflexionaras. La huelga, puedes creerme, fracasará dentro de muy pocos días y los obreros se verán derrotados; pero a ti nadie podrá quitarte lo que hayas ganado entretanto. ¿Me explico?

Y se explicaba, en efecto. Convencido de ello, Jurgis regresó a los mataderos y se dirigió a su lugar de trabajo donde, asesorados por un capataz, un equipo de escribientes y taquígrafos que sumaban alrededor de la veintena, trataban torpemente de descuartizar y dejar lista para las cámaras frigoríficas la hilera de cerdos que los huelguistas habían abandonado a media labor.

Encaminándose resueltamente hacia el capataz, Jurgis le dijo:

—Yo me incorporo al trabajo, Mr. Murphy.

A éste se le iluminó el semblante.

—¡Bravo muchacho! —exclamó. ¡La faena te espera!

—Un momento —dijo Jurgis antes de que el otro se entusiasmara excesivamente. Creo que tengo derecho a un poco más de salario.

—Sí, claro está —admitió el capataz. ¿Cuánto pides?

Jurgis, que había estado haciendo cábalas al respecto por el camino, cerró fuerte los puños y, espantado por lo que iba a decir, declaró:

—Creo que tres dólares diarios sería lo justo.

—Conforme —se apresuró a responder Mr. Murphy. Y cuando descubrió, antes de concluir la jornada, que los taquígrafos y el restante personal de oficina estaban obteniendo por su colaboración cinco dólares por día, Jurgis sintió ganas de abofetearse a sí mismo.

He ahí cómo accedió Jurgis a la categoría de "héroe americano" comparable, por sus virtudes cívicas, a los mártires de Lexington y de Valley Forge. El paralelismo, por supuesto, no llegaba a tanto, pero lo cierto es que, aparte de un generoso salario, Jurgis se vio gratificado con tres comidas diarias y buena ropa, y recibió, además, un catre de muelles y un jergón donde pasar la noche. Su sosiego y seguridad personal estaban, también, garantizadas contra todo riesgo salvo, tal vez, los que pudiera buscar él mismo abandonando, inducido por el deseo de solazarse en la cerveza, el recinto de los mataderos. Pero ni aun en esas aventuras se veía privado de protección, pues un buen número de los turbios policías de Chicago habían recibido orden de abandonar la caza de criminales para consagrarse a la protección de los esquiroles. También los líderes sindicales habían alquilado caballos y carruajes, que apenas podían pagar, y se daban vueltas para constatar que se cumplían sus proclamas de "no violencia". Habían costeado, además, una pega de carteles por todo el distrito, en cinco idiomas, en los que advertían a los hombres que "no molestaran a las personas ni a las propiedades y de acatar las leyes del país. Tu organización no te asistirá si te metes en problemas con la ley".

Tanto la policía como los huelguistas alentaban el firme propósito de evitar la violencia. Ésta, sin embargo, atraía poderosamente la atención a un tercero en discordia: la prensa. Los periódicos de Chicago se dividían en dos bandos: aquellos que dependían de los peniques de la gente que los compraba, y cuyas ganancias dependían de las noticias sensacionalistas que pudieran inventarse, y aquellos que vivían de los millones de dólares que aportaban tanto la publicidad de los empresarios de la carne como de las asociaciones de empresarios de la ciudad, cuya meta era acabar con los sindicatos. Cuando a esto se añade que los editores de los periódi-

cos no acudían a los lugares donde se producían las huelgas, sino que mandaban a los aprendices a cubrir las noticias, y les pagaban conforme a las páginas que fueran capaces de rellenar, no es difícil concluir que los habitantes de la ciudad, y de todo el país, iban a estar muy bien informados de los relatos de violencia que sucedían en los mataderos. Al término de su primera jornada de esquirol —sin precedente en su vida de obrero—, Jurgis salió temprano del trabajo y por puro valentón desafió a tres de sus compañeros a acompañarle y tomar con él un trago fuera del recinto. El reto fue aceptado y los cuatro salieron de los mataderos por la puerta de Halsted Street, donde montaban guardia cierto número de policías y también algunos piquetes de huelguistas, estos bien atentos a cuantos franqueaban la verja en uno y otro sentido. Jurgis y sus compañeros habían ya avanzado por Halsted Street hasta más allá del hotel cuando, cruzando inesperadamente la calle, se les enfrentó un grupo compuesto por media docena de hombres que comenzaron a increparles. Y, dado que sus razonamientos no fueron interpretados como ellos esperaban, se pasó de las palabras a las amenazas y, en esto, uno de los huelguistas hizo volar por el aire un sombrero perteneciente a alguno de los esquiroles, y la prenda cayó tras una tapia. El propietario del sombrero, entonces, echó a correr con ánimo de recuperarlo, y ahí, a un grito de "¡Al esquirol!", de varias tabernas y portales salió como una docena de hombres, todos corriendo hacia el grupo, y así fue que otro de sus acompañantes, fallándole el coraje, emprendió también la huida. Jurgis y el último de sus compañeros se quedaron lo bastante para cambiar, muy a su gusto, unos cuantos golpes y, luego, como los otros dos, apretaron los talones hasta dejar atrás el hotel y ganar nuevamente la seguridad de los mataderos. A todo esto los policías comenzaban a acudir a la carrera, y uno de ellos, viendo que se espesaba la muchedumbre, mandó aviso a la fuerza antidisturbios. Jurgis, que permanecía ajeno a todo esto, había encaminado sus pasos a la calzada interior que, por atravesar el recinto de los mataderos, recibe el nombre de Packer's Avenue, y allí, frente a la Portería Central, encontró a uno de sus camaradas

que, apurado casi el aliento y presa de una agitación extraordinaria, se dedicaba a explicar a una muchedumbre cada vez más nutrida, cómo él y tres de sus amigos se habían visto acorralados y atacados por una horda de gente enfurecida que por poco los despedaza: los ladrillos volaban y aparecían las navajas y los revólveres. El que hablaba había logrado escapar gracias a sus puños, pero sus compañeros habían caído y habían sido asesinados. La policía había cargado con sus porras y etcétera. Jurgis escuchaba todo eso con una sonrisa cínica en los labios al tiempo que varios de los espectadores, todos jóvenes y bien vestidos, empezaban a tomar notas en unas libretas, y no habían transcurrido dos horas de esto cuando vio correr por los alrededores chiquillos cargados con brazadas de periódicos en cuyas primeras páginas podía leerse, con enormes titulares en rojo y negro, con letras de seis pulgadas de altura:

¡VIOLENCIA EN LOS MATADEROS! ¡ESQUIROLES ACORRALADOS POR MUCHEDUMBRE ENLOQUECIDA!

De haber tenido acceso a todos los rotativos del país, a la mañana siguiente Jurgis hubiera descubierto que sus peripecias servían de lectura a no menos de cuarenta millones de ciudadanos y motivaban editoriales en la mitad de los diarios financieros de la nación, conocidos por su sobriedad informativa y su templanza, en los que advertían a los líderes sindicales que, mediante esa clase de estrategias, estaban perdiendo la credibilidad que la "opinión pública" les había concedido hasta entonces.

Y no sería ésta, por lo demás, la última vez que Jurgis viera fenómenos semejantes. Pero aquel día, concluida ya su jornada, era libre de despedirla en el centro de la ciudad, adonde podía trasladarse a bordo de los trenes que cubrían el trayecto desde los mataderos sin detenerse en las estaciones intermedias, o bien de pasar la noche en una nave del recinto donde se habían dispuesto largas filas de catres. Optó Jurgis por la segunda alternativa, pero muy a su pesar, pues durante la noche no cesaron de llegar al dormitorio nuevos

contingentes de esquiroles, especímenes del nuevo héroe americano entre los que predominaban, ante la imposibilidad de contratar en gran número auténticos profesionales, delincuentes y proscritos de las más variadas condiciones, todos gente del propio Chicago, y también abundaban los negros y lo más bajo de la inmigración extranjera: griegos, rumanos, sicilianos y eslovacos. Por la mañana Jurgis se encontró con varios en Bridewell y en los tugurios y burdeles que había frecuentado junto a Jack Duane. Acudían atraídos, más que por los altos salarios, por las promesas de desorden. Con sus cantos y su alboroto hicieron de la noche una pesadilla, no accediendo a acostarse hasta que era ya hora de levantarse a trabajar.

A la mañana siguiente, y antes de que hubiera podido dar cuenta de su almuerzo, el capataz «Pat» Murphy, pidió a Jurgis que se entrevistase con uno de los directores de departamento y, cuando el hombre empezó a indagar acerca de su experiencia en el *killing floor*, a Jurgis le dio un vuelco el corazón al comprender, de pronto, que su hora había llegado y que iban a convertirle en capataz.

Buen número de los capataces eran miembros del sindicato, y otros, sin serlo, se habían solidarizado con los obreros. Los empresarios habían hecho esfuerzos extraordinarios para mantenerlos: a un hombre, incluso, le habían ofrecido un extra de quinientos dólares y un contrato de cincuenta dólares por semana durante cinco años. Las naves de sacrificio eran, por ello, las que planteaban a los patronos el mayor problema. El adobo, el ahumado y el envasado de la carne podían ser pospuestos, y hasta cabía renunciar al aprovechamiento de los productos secundarios; sólo la provisión de carne fresca no admitía espera. Faltos de ella, hoteles, restaurantes y cantinas se verían en serios apuros, y eso desencadenaría imprevisiblemente las furias de "la opinión pública".

Era ésta una de aquellas oportunidades que no se presentan dos veces, y Jurgis la tomó al vuelo. Claro que conocía el trabajo, se apresuró a decir; lo conocía a la perfección y podía, además, enseñarlo a otros. Pero, en el supuesto que asumiera esa responsabilidad, lo haría con la certeza de conservar el puesto si su trabajo

había sido satisfactorio. Y, finalizada la huelga, ¿no corría el riesgo de verse en la calle? A esto, el director del departamento le dio plenas seguridades de que Anderson's no defraudaría su confianza, tanto más cuanto que era intención de la empresa escarmentar a los sindicatos y, particularmente, a todos los capataces que habían secundado su iniciativa. Mientras durase la huelga, Jurgis percibiría un jornal de cinco dólares y, una vez concluido el conflicto, el sueldo sería de veinticinco dólares por semana.

En seguida, Jurgis fue provisto de un equipo de matarife —botas especiales y unos pantalones tejanos— y emprendió afanoso la tarea. No podía ser más deplorable el espectáculo que encontró en el *killing floor*, medio desvanecidos por el tórrido calor y el tufo de la sangre fresca, un atajo de negros estúpidos y de extranjeros absolutamente incapaces de comprender lo que se les decía, se debatían, codo a codo con archiveros y oficinistas descoloridos y de pecho plano, entre un par de docenas de reses que trataban de aviar en el mismo sitio en que veinticuatro horas antes los antiguos matarifes, trabajando con precisión maravillosa y a un ritmo de vértigo, habían despachado cuatrocientos canales cada sesenta minutos.

Los negros, y también los chulos de los muelles, se negaban a trabajar. A cada pocos minutos, so pretexto de tomar un respiro que los rehiciera, se retiraban de las naves y abandonaban la tarea. Dos días más tarde, Anderson y Cía. instalaba en las naves ventiladores eléctricos que las refrescasen e incluso jergones destinados al descanso de los operarios que, mientras, pasaban a algún rincón umbrío donde echar un sueñecito. Y, como nadie tenía asignados puestos específicos, ni regía sistema de ninguna especie, pasaban horas antes de que los capataces se dieran cuenta de su ausencia. En cuanto a los empleados de oficina, los infelices hacían cuanto estaba en su mano por sacar adelante la labor. Lo cierto, sin embargo, es que actuaban por pura compulsión, ya que treinta de ellos, junto con una porción de mecanógrafas y auxiliares femeninos, se habían visto en la calle, ellos por negarse a realizar trabajos manuales y, las mujeres, por rehusar el puesto de ayudantes de carnicero.

Tal era el personal cuya organización habían confiado a Jurgis, el cual, no obstante, se esforzaba en la medida de sus posibilidades, recorriendo a la carrera los distintos departamentos, donde hacía formar en fila a los operarios para enseñarles los trucos del oficio. Era la primera vez que daba órdenes en su vida pero, como había obedecido tantas, no tardó en aprender el oficio de mandar e, imbuido de sus atributos, gritaba tanto y tan bien como cualquiera de los capataces veteranos. Sus discípulos, sin embargo, sabían poco de docilidad.

—Mire usted, patrón —le dijo un negro—, si mi trabajo no le gusta, ¿por qué no se busca a otro que se lo pinte más bonito? Es que yo no estoy aquí para aceptar órdenes de nadie.

Y eso bastó para convocar en torno un grupo maldiciente que, escuchando, mascullaba amenazas. Despachado el primer almuerzo, no quedó apenas un cuchillo en la cantina. Se los habían quedado los negros que, después de afilarlos y aguzarles la punta, se paseaban con ellos encima, escondidos en las botas.

Pronto descubrió Jurgis que era enteramente inútil buscar remedio a un caos semejante y se rindió a la evidencia. Desgañitarse a gritos no le conduciría a nada, como tampoco buscar culpables si la piel o los intestinos de un animal eran desgraciados de una cuchillada. Tampoco resultaba práctico salir en busca de un operario que había olvidado reincorporarse a la labor, cuando sabía que compañeros iban a aprovechar su ausencia para quitarle de en medio. Al socaire de la huelga, todo pasaba, y los patronos, entretanto, iban pagando. Poco tiempo después advirtió Jurgis que a más de un espabilado la costumbre de las pausas para descansar le había hecho descubrir la posibilidad de inscribirse en otras empresas y ver multiplicados, de esa forma, los cinco dólares del jornal. La primera vez que sorprendió a uno de sus operarios haciéndolo, su reacción fue despedirle. Pero, dado que la cosa había ocurrido en un rincón apartado y el hombre le había tendido, con un guiño, un billete de diez dólares, Jurgis se limitó a aceptar el dinero. Bien pronto, como

es de imaginar, cundió la idea entre los operarios y, con ella, los ingresos de Jurgis aumentaron sustancialmente.

Enfrentados a tal estado de cosas, los conserveros se daban por satisfechos con poder sacrificar las reses que se habían lisiado durante el transporte y los cerdos que habían contraído enfermedades. En el tránsito hacia los mataderos, que solía durar entre dos y tres días, no era extraño que, privados de agua y expuestos al calor, algunos cerdos muriesen víctimas del cólera. Esto no impedía que, tan pronto caía al suelo el animal apestado, y antes de que cesara de debatirse, ya que el cerdo es el animal más caníbal que existe, el resto se lanzaba a él, de modo que, cuando llegado a su destino y se abría el vagón, de los animales enfermos no quedaba más que la osamenta. En tales casos no quedaba otro remedio que sacrificar inmediatamente al resto de la carga antes de que cundiera la infección y su carne se convirtiera en un reto inabordable incluso para los químicos de Packingtown. Lo mismo ocurría con las reses que, habiendo sido cornadas, llegaban agonizantes y con las que habían sufrido fracturas, y al desembarque mostraban huesos al desnudo después de haberse perforado la piel. El sacrificio, aunque fuera a costa de que tratantes, compradores y jefes de departamento se quitasen las chaquetas y lo emprendieran por cuenta propia, debía ser inmediato. Y, entretanto, los agentes de los conserveros se dedicaban a contratar, en los distantes estados sureños, cuadrillas de negros a los que prometían jornales de cinco dólares amén de alojamiento y alimentación, pero sin mencionar para nada la existencia de una huelga. Sus contingentes empezaban ya a llegar a Chicago a bordo de trenes atestados a los que las compañías ferroviarias habían concedido tarifas especiales y prioridad de tránsito. Muchas ciudades pequeñas y grandes estaban aprovechando la oportunidad para aligerar de reclusos sus cárceles y presidios. En Detroit, por ejemplo, los magistrados concedían la libertad a cuantos presos prometieran abandonar el municipio antes de veinticuatro horas, responsabilidad que asumían eficientemente los agentes de los empresarios de la carne. También llegaban a la ciudad en ese mismo período va-

gones colmados de suministros con que acomodar a aquella gente. Hasta en la cerveza y en el whisky se había pensado, a fin de que no sintiesen la tentación de abandonar los mataderos ni por un instante. En Cincinnati contrataron a treinta muchachas, supuestamente requeridas para el embalaje de fruta, y a su llegada las pusieron a envasar carne en conserva y, luego, para dormir, les instalaron catres en un pasillo por donde los hombres transitaban libremente. A todo esto, y como el personal seguía afluyendo día y noche, escoltado incluso por la policía, hubo que habilitar, para su alojamiento, viejos almacenes, naves abandonadas y hasta antiguas cocheras, donde el hacinamiento era tan grande que los catres tocaban uno con otro. En ocasiones, se utilizaba un mismo local indistintamente como comedor y dormitorio, y, entonces, los hombres tendían sus jergones sobre las mesas para escapar a las hordas de ratas.

A pesar de todos sus esfuerzos y de todas sus fanfarronadas en los periódicos, los patronos estaban desmoralizados. La huelga había llegado antes de lo que esperaban y no habían previsto en ningún momento el despliegue de fuerza que habían desarrollado los sindicatos. Algunos de ellos habían pensado que no habría huelga y que todo era un *bluff* de los obreros. Con el noventa por ciento de sus plantillas en huelga, se enfrentaban al compromiso de rehacerlas por entero con dos adversarios en contra: el precio de la carne, que había experimentado un aumento del treinta por ciento, y el clamor público, que exigía una solución a la crisis.

Tan sólo seis horas después de comenzar la huelga habían hecho una propuesta de someter a arbitraje las cuestiones en disputa. Sabían que ya era demasiado tarde y que no aceptarían las condiciones que planteaban, pero esto les dio a los periódicos la oportunidad de publicar que los huelguistas habían rechazado esa oferta. Habían continuado con esto un día o dos, pero los sindicatos no aceptaban la reducción de salario para los obreros no calificados, de modo que las negociaciones se habían roto de nuevo. Más adelante, la amenaza de diecinueve organizaciones sindicales que aún no habían entrado en huelga les había convencido de retomar la oferta

de arbitraje. Obtuvieron, transcurridos diez días, el beneplácito de los sindicatos, con lo cual la huelga quedaba suspendida. En ese momento se convino que todos los obreros serían readmitidos en el plazo de cuarenta y cinco días, y que no se ejercerían medidas discriminatorias en contra del personal afiliado a sindicato.

Para Jurgis éste fue un período de vivas tensiones. Si los antiguos empleados eran readmitidos "sin discriminación", él, por lo mismo, se vería en la calle. Y, cuando acudió al director del departamento, éste, con una lúgubre sonrisa, no supo sino aconsejarle que "esperase acontecimientos". En los mataderos Anderson's los esquiroles se quedaban.

Difícil sería afirmar si el recurso del "arbitraje" fue, o no, una maniobra de los conserveros para ganar tiempo, o si en verdad se proponían con ella desbaratar los sindicatos. Lo cierto, sin embargo, es que aquella misma noche de las oficinas de Anderson y Cía. salió, dirigido a todos los grandes centros carniceros del país, un telegrama con el siguiente texto: "Absténganse de emplear dirigentes sindicales". Y, a la mañana siguiente, cuando veinte mil obreros se congregaron, con sus fiambres y ropas de trabajo, en los patios de los mataderos, Jurgis se quedó a la puerta de la nave donde se sacrificaban los cerdos, la misma donde había trabajado antes de declararse la huelga, y desde allí vio a los hombres, una muchedumbre deseosa, vigilada de cerca por un par de docenas de policías; vio también aparecer a uno de los jefes de departamento que, paseándose a lo largo de las filas, iba entresacando de ellas a los obreros que le complacían. A ese jefe siguieron otros varios, que procedieron de idéntica manera; pero quedaban siempre, en cabeza de las filas, hombres que elegía: todos ellos eran dirigentes o representantes sindicales, gente a la que Jurgis había oído hablar ante las asambleas de la asociación. Semejante procedimiento selectivo hizo, como es de imaginar, que los murmullos fueran subiendo de tono y que los semblantes se ensombreciesen más y más. Lo que sucedía en Anderson's sucedía también en Smith's: en los talleres mecánicos de quinientos hombres sólo admitieron a seis. Oyendo vocerío

entre las filas de los matarifes, y al advertir que se formaba allí un tropel, Jurgis se acercó apresuradamente al lugar. Al ver cómo se rechazaba cinco veces a un matarife de constitución colosal que era presidente del Consejo Sindical del Ramo Conservero, los hombres se enfurecieron; el comité de tres representantes que habían designado para conversar con el jefe del departamento no había conseguido su propósito ni aun después de tres tentativas, viéndose, en cada ocasión, alejados de la puerta por las porras de los agentes que la custodiaban. A esto siguió un estallido de voces y silbidos que no cesaron hasta que el jefe del departamento salió a la puerta y, entonces, cien voces gritaron al unísono: "¡O todos, o ninguno!". Y el director, blandiendo el puño ante los congregados, gritó a su vez: "¡Salieron ustedes de aquí como ganado, y como ganado van a volver!"

En este momento, e inesperadamente, el gigantesco carnicero se plantó de un salto encima de un montón de adoquines y proclamó: "¡Esto ha terminado, muchachos! ¡Todos a la calle otra vez!". Y así los matarifes declararon una segunda huelga allí mismo. Luego corrieron a reunirse con el resto de sus colegas, que estaban siendo objeto de engaños similares en las demás factorías. Luego, todos juntos, desfilaron por la calzada central de Packers Avenue, donde otros obreros, congregados por millares, los vitorearon estruendosamente. Otros, los que se habían incorporado ya a su trabajo en los mataderos, corrieron, dejando caer sus herramientas, a unirse a ellos. Algunos corrían por las instalaciones, anunciando lo que estaba pasando. Y, media hora más tarde, todo Packingtown, esta vez preso de furia, volvía a estar en huelga.

En Packingtown, los ánimos eran ahora muy distintos, ya que se había convertido en un foco de pasiones encendidas en el que ningún esquirol hubiera podido aventurarse impunemente. Cada día se producían uno o dos incidentes de este tipo; los periódicos daban detalles acerca de ellos y siempre culpaban a los sindicatos. Lo cierto, sin embargo, era que diez años antes, cuando en Packingtown aún no existían asociaciones de obreros, se había pro-

ducido ya una huelga en la que tuvieron que intervenir las tropas nacionales y que dio lugar a auténticos combates nocturnos que se libraban al resplandor de los trenes incendiados. Packingtown había sido siempre un polvorín a punto de estallar. En la "Encrucijada del Whisky", donde se alzaban cien tabernas en torno a una sola fábrica de cola, las reyertas eran continuas, tanto más frecuentes y virulentas cuanto más arreciaba el calor. Cualquiera que se hubiera tomado la molestia de consultar el registro de la comisaría local habría descubierto que los actos de violencia habían disminuido aquel verano, eso con veinte mil hombres en paro, sin más ocupación que cavilar todo el día acerca de las amargas injusticias de que habían sido víctimas. Pero a todo el mundo le pasaba inadvertido el papel que jugaban los dirigentes sindicales, cuya labor era difícil de imaginar en su aspecto práctico: dirigir aquel enorme ejército, impedir los enfrentamientos y los actos de pillaje, alentar, dirigir, encauzar a lo largo de seis interminables semanas de hambre, de desengaño y desolación, a un contingente humano que excedía las cien mil almas y hablaba doce idiomas distintos.

Los patronos, entretanto, habían acometido en serio la tarea de formar una nueva fuerza laboral. Noche tras noche llegaban a los mataderos expediciones de trabajadores contratados para sabotear la huelga que, en número de mil a dos mil, eran distribuidos a proporción entre las distintas empresas del consorcio. Entre los así reclutados había profesionales expertos —carniceros, dependientes y encargados que procedían de los almacenes de las sucursales—; pero la mayoría eran negros inexpertos, salidos de las plantaciones algodoneras del sur del país y que llegaban en rebaños, igual que borregos, a nutrir las factorías conserveras. La ley prohibía utilizar como dormitorio público cualquier local que careciera de licencia oficial para ello y no dispusiera, por tanto, de instalaciones adecuadas —esto hacía referencia a la ventilación, las escaleras de acceso y las salidas de emergencia, que habían de ser aptas y suficientes—, lo cual no impidió que en una nave de los mataderos, antaño utilizada como taller de pintura, en la que existía tan sólo una puerta,

y ninguna ventana, se alojase a setecientos hombres que, en estado de total hacinamiento, habían de dormir sobre el desnudo armazón de muelles de los catres y ceder estos, durante el día, a los hombres de su relevo. Alertada la opinión pública acerca de estas circunstancias, y cuando el alcalde se vio forzado a ordenar el cumplimiento de los preceptos de habitabilidad, los empresarios consiguieron que un juez dictara un decreto que invalidaba la normativa municipal.

Alrededor de esas mismas fechas, el alcalde se ufanaba de haber erradicado de la ciudad el juego y los combates con apuestas; ello, sin embargo, no impedía que, aliados con la policía, un ejército de tahúres profesionales desplumase cotidianamente a los obreros contratados para hacer fracasar la huelga y que, una noche tras otra, desnudos de cintura para arriba, fornidos negros se enzarzaran por dinero en combates que tenían por escenario la explanada existente ante la factoría Smith's, y por público a una turba de tres o cuatro mil espectadores, hombres y mujeres, entre los cuales era posible ver jóvenes campesinas blancas codo con codo con aquellos negros rufianescos de navaja en las botas, y docenas de lanudas cabezas admirando el espectáculo desde todas las ventanas de los talleres circundantes. Era la primera vez que aquellos negros, cuyos antepasados habían sido salvajes en las tierras del África y, más tarde, esclavos sujetos a libre comercio, o vasallos sometidos a una sociedad de tradiciones esclavistas, veían abierta ante sí aquella forma de libertad: la de dar rienda suelta a sus pasiones y dejarse llevar hasta la perdición. Habían sido llamados para aplastar una huelga y, cuando ésta concluyese, los que eran sus amos no volverían a verlos; de ahí que el whisky y las mujeres llegasen a carretadas para ofrecérseles a cambio de dinero, y que los mataderos se vieran convertidos en una sucursal del infierno. Todas las noches había tiroteos y duelos a cuchillo, violaciones y asesinatos, y se llegó a decir que los patronos gozaban de licencias especiales que les permitían sacar cadáveres de la ciudad sin importunar a las autoridades. En una misma planta se daba hospedaje a hombres y mujeres, lo que suscitaba, tan pronto caía la noche, auténticas saturnales y escenas

de desenfreno como América jamás había conocido y el mundo no había visto desde los días de Baal y Moloch. No se podía pasar a lo largo de los andenes de carga de los ferrocarriles por la cantidad de cuerpos que dormían allí: hombres y mujeres, blancos y negros. Y, como las mujeres eran la hez de los burdeles de Chicago y los hombres, en su mayoría, campesinos negros ignorantes, no tardaron en cundir y hacer su labor las enfermedades venéreas de peor nombre. Todo ello en un lugar donde se preparaban alimentos que habían de ser expedidos a todos los rincones del orbe.

Los mataderos de Chicago no habían sido nunca un lugar agradable; pero convertidos en campamento de un ejército de veinte mil bestias humanas, excedían cuantos horrores se les pudiera atribuir. El implacable sol estival azotaba todo el día aquella milla cuadrada, sede de todas las aberraciones, donde las cabezas de ganado se apiñaban, por decenas de millares, en rediles cuyo suelo de tablas era un hediondo cultivo de bacterias; batía ese sol de justicia sobre tendidos ferroviarios con entrevías sembradas de cenizas y cemento, y sobre los bloques mastodónticos de destartaladas factorías cárnicas en cuyos laberínticos pasadizos ningún soplo de aire conseguía penetrar jamás; y no eran sólo ríos de sangre humeante, carretadas de carne viscosa, tanques para derretir manteca, hervideros de jabón, fábricas de cola y depósitos para fertilizantes, cuyas emanaciones hacían pensar en los cráteres del infierno, lo que se ofrecía a la radiación solar y soportaba su castigo. No, el sol de justicia caía también sobre toneladas de basura amontonadas a la intemperie, sobre las grasientas coladas de los obreros, tendidas a secar. En las salas en las que se cocía el pan y se preparaba la comida había montones de colchones hediondos y mantas grisáceas de roña; en la habitación de al lado había un retrete sin ventana que era una alcantarilla, tal cual. Detrás había un almacén de carne en el que había un basurero de cajas y barriles con escaleras viejas y vagonetas tiradas en una parte y, junto a éstas, una improvisada mesa hecha con una docena de tablas alargadas cubiertas por un hule que era negro por la cantidad de moscas que había. El suelo resbalaba a

causa de los escupitajos de tabaco de mascar y los restos de comida las ratas correteaban a su antojo a plena luz del día. No había ventanas, sólo quemadores de gas que daban una luz turbia que se unía a la nube del humo de tabaco: era ahí adonde cuatrocientos hombres se arrastraban a comer, una tarde de agosto, vestidos con tejanos y en camisetas de ropa interior, con los rostros bañados en sudor y las manos en sangre.

Y, luego, al caer la noche, cuando aquella turba se hacía a la calle en busca de recreo, ¡allí se daban las luchas, el juego, las borracheras y las broncas, los juramentos y las voces, las risotadas y los cánticos, las melopeas de los banjos y el baile! Todo ello se repetía en los mataderos los siete días de la semana, sin perjuicio de que, los domingos por la noche, se celebrasen, además, veladas de lucha y partidas de dados; pero, al mismo tiempo, en cualquier rincón, no faltaría la vieja negra de cabeza cana y cuerpo escuálido, una hechicera por su aspecto, profiriendo, entre cánticos y alaridos, suelta al viento la melena y los ojos inflamados, vaticinios que hablaban del fuego de la perdición y de la sangre del "Cordero" ante hombres y mujeres que, tendidos en la tierra, gemían y se revolcaban convulsos de terror y remordimiento.

Tal era la situación en los mataderos durante la huelga, mientras los sindicatos se mantenían en actitud de hosca expectativa, el país reclamaba a gritos su alimento como un niño desfallecido, y los patronos proseguían, inexorables, la ruta emprendida, "trayendo orden al caos y quebrando a sus oponentes". A cada nuevo día, conforme se multiplicaba el número de reclutamientos, podían mostrarse más inflexibles hacia los obreros que habían desertado y hacia los que aún conservaban, estos últimos sometidos a la producción a destajo, y despedidos, cuando el ritmo de aquella no era satisfactorio. Jurgis, ahora convertido en agente de los conserveros y su reforma, advertía el cambio día a día, como se advierte, después de arrancado un gigantesco motor, la alteración de su régimen de revoluciones. Había adquirido ya la costumbre del mando, pero movido por el calor y la hediondez sofocantes, y también por su

condición de esquirol y la repugnancia que de sí mismo sentía por el hecho de conocerla, había comenzado a beber y su humor era abominable. Ahora insultaba a los obreros y arremetía contra ellos, hostigándolos hasta que los veía rendidos de fatiga.

Cierto día, uno de los últimos del mes de agosto, uno de los jefes irrumpió en el departamento donde trabajaban Jurgis y su equipo, y les ordenó a voces que dejasen lo que tuvieran entre manos y le siguieran. Una vez en la calle, corrieron tras él hacia un lugar donde se podía distinguir, en medio de una nutrida muchedumbre, una serie de carros tirados por dos caballos y, junto a ellos, contingentes de policías llegados a bordo de tres furgones repletos. Jurgis y sus hombres montaron de un salto en uno de los carros. El conductor dio un grito de advertencia a la multitud y en seguida partieron a galope tendido. Fue entonces cuando se enteraron de lo que ocurría. Algunos terneros, tras escapar del recinto de los mataderos, habían caído en manos de los huelguistas y los furgones policiales estaban allí para recuperarlos: todo parecía presagiar que habría pelea.

Después de salir a la avenida Ashland, la cruzaron en dirección al vertedero. Tan pronto se le vio, la expedición provocó un estallido de voces, hombres y mujeres surgían presurosos de casas y tabernas al paso raudo de los caballos. Pero, como en el carro viajaba, además, un pelotón de policías, no hubo contratiempos hasta que la comitiva alcanzó cierto punto de la calle, donde la multitud obstruía el paso. A una voz de advertencia surgida del carro que iba en cabeza, la gente se dispersó en tropel exponiendo a la vista uno de los cabestros, que yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. Y, dado que en los alrededores había más de un carnicero sin gran cosa en que ocuparse, como no fuera de los niños que había dejado hambrientos en casa, al animal, abatido por una mano anónima, le faltaban ya un buen número de los mejores pedazos, sustraídos por cualquiera de aquellos hombres que no necesitaban más allá de dos minutos para despachar a un buey. Lo ocurrido suponía, por supuesto, un delito que debía ser castigado. Y, saltando de los carros, la policía procedió a ello descargando las porras sobre

cuantas cabezas encontraba a su alcance. Se produjeron entonces alaridos de furia y de dolor, mientras la gente corría aterrorizada a refugiarse en el interior de viviendas y almacenes, o bien se dispersaba a la carrera, como podía, calle abajo. Jurgis y su cuadrilla se sumaron al deporte del castigo, cada hombre atento a elegir una víctima y acosarla hasta que cayera en sus manos. Cuando el perseguido buscaba cobijo en alguna casa, su perseguidor no vacilaba en derribar la puerta, siempre endeble, y correr tras de él escaleras arriba, golpeando a cualquiera que encontrase en su camino, hasta que, por fin, se hacía con el fugitivo, por lo regular recuperado debajo una cama o del interior de un armario.

Jurgis y algunos policías se precipitaron tras un grupo de hombres que se habían refugiado en un bar. Uno de los que huían se había parapetado tras el mostrador y allí lo acorraló uno de los agentes, que comenzó a golpearle en los hombros y la espalda hasta que el otro tuvo que bajar la guardia y exponer la cabeza a los golpes. El resto de los fugitivos habían saltado un seto que cerraba por detrás el establecimiento, burlando a un segundo policía, entrado en carnes, que hubo de volver sobre sus pasos profiriendo furiosas maldiciones. Una fornida polaca, propietaria del local, que entretanto había irrumpido en la sala dando grandes voces, recibió en pleno estómago un puñetazo que la hizo caer al suelo doblada en dos. A todo esto, Jurgis, siempre práctico por temperamento, atendía en el mostrador a su apetito de alcohol, conducta que imitó el primer policía después de renunciar a su presa. No contento con lo que bebía, el agente sacó botellas al exterior y guardó otras en sus bolsillos y, como remate, cuando ya se disponía a marchar, despejó con la porra el mostrador de cuanto lo cubría. El ruido de los vidrios rotos hizo que la polaca se levantase del suelo; pero, a eso, acercándosele por la espalda, un tercer policía la inmovilizó clavándole la rodilla en la espalda al tiempo que le tapaba los ojos con las manos. Hecho esto, dio una voz a su compañero y éste, volviendo sobre sus pasos, hizo saltar la cerradura de la caja y se llenó los bolsillos con su contenido. Jurgis y los dos policías salieron corriendo a continuación,

imitados, en último lugar, por el agente que sujetaba a la tabernera, quien, después de alejarla de un empellón, también dejó el local a la carrera. Recuperado el ternero, que ya había sido cargado en el carro, la cuadrilla emprendió el regreso al trote, despedida entre gritos y maldiciones, y bajo una lluvia de piedras y adoquines disparados por un enemigo invisible. La granizada de proyectiles habría de figurar en el informe que, antes de transcurridas dos horas, se facilitaría a un millar de periódicos interesados en la noticia de los disturbios. El incidente del bar y su caja desvalijada no volvería, en cambio, a ser mencionado. Como no fuera en aquellas leyendas de Packingtown, que quebraban el corazón.

Cuando regresó la cuadrilla, la tarde estaba ya muy avanzada, y los hombres se limitaron a concluir el trabajo iniciado, añadiendo a la tarea un par de terneros sacrificados durante su ausencia. Hecho esto, dieron la jornada por concluida. Jurgis se trasladó al centro para cenar en compañía de tres colegas suyos que también habían formado parte de la expedición matinal, a bordo de otros carros.

Durante el trayecto cambiaron impresiones acerca del suceso y, ultimada la cena, se dejaron caer por un salón de ruleta donde Jurgis, que nunca había tenido suerte en el juego, perdió cosa de quince dólares. Reponerse del golpe le costó unos cuantos tragos y cuando, de regreso de esta lamentable escapada, puso de nuevo pie en Packingtown, eran más de las dos y él, dicho sea en honor a la verdad, traía más que merecida la calamidad que le aguardaba.

De camino hacia el lugar donde dormía encontró a una mujer de cara pintarrajeada que iba envuelta en un grasiento quimono. El paso de Jurgis no debía de ser firme, pues ella le enlazó por la cintura como para prestarle apoyo, y de este modo se adentraron, cambiando de rumbo, en un departamento oscuro que encontraron a su paso apenas habían avanzado un par de yardas cuando se abrió bruscamente una puerta y entró en la estancia un individuo que llevaba una linterna en la mano. "¿Quién está ahí?", vibró, aguda, la voz del hombre. Y ya se disponía Jurgis a farfullar su respuesta cuando, alzando el farol a la altura de la cara, el intruso hizo per-

fectamente reconocibles sus rasgos. Jurgis se quedó paralizado de asombro y el corazón le saltó en el pecho como dislocado. ¡Aquel hombre era Connor!

¡Connor, el capataz de los cargadores! ¡El mismo que se había aprovechado de su esposa; el hombre que había hecho que le encarcelaran, que había arruinado su hogar y su vida! Y ahora estaba allí, enfrente de él, el rostro bañado por la luz del farol. A raíz de su regreso a Packingtown, el recuerdo de Connor había vuelto varias veces a la mente de Jurgis, pero siempre como una evocación lejana, como una imagen que hubiera perdido toda relación con él. Pero he aquí que, al verlo ahora ante sí, vivo y palpitante, criatura de carne y hueso, la vieja reacción se reprodujo fielmente en sus adentros; de nuevo se apoderó de él el mismo ciego frenesí y otra vez se sintió inundado por un río de furia ardiente. Volando de un salto sobre su enemigo, le descargó el puño entre los ojos y, luego, cuando lo tuvo en tierra, cayó sobre él, lo agarró por el cuello y comenzó a golpearle la cabeza contra las losas.

A los gritos de la mujer empezó a llegar, presurosa, la gente. Al caer al suelo, la linterna se había apagado, de modo que nada podía verse. El jadeo de Jurgis, y el ruido que producía la cabeza de su víctima al encontrar una y otra vez el suelo, eran, en cambio, perfectamente audibles, y en tal dirección se precipitaron los ciegos testigos con ánimo de arrancar a Jurgis de su presa. Entonces, fidedigna repetición del pasado, se alzó con un jirón de carne de su adversario entre los dientes y arremetió contra aquellos que trataban de interponerse, hasta que, abatido por un policía que había acudido al lugar, cayó sin sentido.

El resto de la noche lo pasó Jurgis en el puesto de guardia de los mataderos. A diferencia de lo ocurrido antaño, esta vez llevaba dinero en el bolsillo y pudo conseguir algo de beber y, también, que un mensajero le advirtiera a "Bush" Harper del trance en que se encontraba. A pesar de ello, Harper no compareció hasta después de que Jurgis, indispuesto y muy débil, fuera conducido ante el juez del distrito, quien, a la espera de conocer la importancia de las lesiones

de su víctima, dictó una fianza de quinientos dólares. Jurgis estaba soliviantado de ira porque, siendo un magistrado distinto el que estaba sentado en la silla del juez y después de declarar que aquella era la primera vez que le detenían y que el ataque lo había iniciado Connor, hubieran bastado unas cuantas palabras dichas en su favor por un testigo para que le concedieran la libertad al momento.

Ante estas protestas arguyó Harper que él se encontraba en el centro de la ciudad cuando llegó el aviso, y que por esa razón lo había recibido con retraso.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó entonces.

—Le di una paliza a un tipo —explicó Jurgis— y me han pedido quinientos dólares de fianza.

—Eso es cosa que puede arreglarse —contestó Harper—, si bien te costará algún dinero, naturalmente. Pero ¿cuál es el problema?

—Una perrada que me hizo tiempo atrás ese fulano —fue la respuesta de Jurgis.

—¿Quién es él?

—Un capataz de la fábrica de salchichas Smith's. O, al menos, ése era entonces su puesto. Se llama Connor.

Harper reaccionó con un respingo.

—¡Connor! —exclamó. ¡No será Phil Connor!

—Sí, así es como se llama. ¿A qué viene...?

—¡Santo Dios! —le interrumpió con viveza el otro. Si es así, te has metido en un buen lío, muchacho. Y lo peor es que no puedo sacarte de él.

—¿Que no puedes? ¿Por qué no?

—Porque ese tipo es uno de los hombres favoritos de Tom Cassidy; está metido en la Liga del Grito de Guerra y el viejo tenía pensado meterlo en el cuerpo legislativo. ¡Cielo santo, Phil Connor!

Jurgis se quedó inmóvil en su asiento. Estaba desmoralizado por completo. Harper siguió hablando.

—¿Te das cuenta de que, si se le antoja, el viejo puede mandarte al mismísimo Joliet?

—¿Y no podríamos hacer —propuso Jurgis después de haber meditado— que Cassidy me sacase de aquí antes de que se enterara de lo ocurrido?

—Pero si ni siquiera sé dónde encontrarlo. Se marchó de la ciudad para quitarse de en medio mientras durara la huelga (el jefe de los mataderos se había metido en su escondite, al darse cuenta de que no es posible servir a dos señores cuando ambos han entrado en una guerra abierta).

Su situación no podía ser, en efecto, más comprometida. Sus buenas influencias habían entrado en conflicto con otras de mayor magnitud y ahora se enfrentaba a un salto al vacío.

—¿Y ahora qué hago? —acertó a decir por último con voz desfallecida.

—¿A mí me lo preguntas? —le contestó Harper. ¡Si ni siquiera me atrevo a sacarte bajo fianza, al pensar que podría costarme la carrera!

A esto siguió un nuevo silencio.

—¿No podrías hacer eso por mí —indagó Jurgis— y luego fingir que no sabías quién era mi víctima?

—¿Y de qué te serviría eso a la hora del juicio? —replicó Harper para sumirse, en seguida, en una larga reflexión. No hay más que una salida —declaró por fin—, y es que yo trate de reducir la fianza. Si consigues el dinero para la fianza, podrías pagarla y después quitarte de en medio.

—¿Cuánto haría falta? —preguntó Jurgis una vez conocidos los detalles de la proposición.

—No tengo idea —respondió Harper. ¿De cuánto dispones?

—Alrededor de trescientos dólares —declaró Jurgis.

—En fin —dijo Harper—, no estoy seguro de conseguirlo, pero intentaré sacarte por esa suma. Asumo el riesgo por amistad y porque no me gustaría nada que te cayesen un par de años en la prisión del Estado.

En vista de eso, Jurgis echó mano de su talonario de cheques, que llevaba cosido a los pantalones, y puso su firma en el que exten-

dió Harper por la totalidad del saldo. Luego su protector corrió en busca del dinero y regresó rápidamente al juzgado para comparecer ante Su Señoría y explicar que Jurgis era una persona de bien, a la que Tom Cassidy distinguía con su amistad, y que lo ocurrido se debía al ataque de que le había hecho víctima un huelguista. Esto bastó para que la fianza fuera reducida a trescientos dólares, de cuyo pago salió garante el propio Harper, circunstancia que éste, sin embargo, no mencionó a Jurgis. Como tampoco el hecho de que, llegada la fecha del juicio, no sería difícil componérselas para eludir el pago, con lo cual los trescientos dólares pasarían a su bolsillo como recompensa por el riesgo de ofender a Tom Cassidy. A Jurgis se limitó a decirle que ya era libre y que lo mejor que podía hacer era despejar el lugar lo antes posible. Entonces Jurgis tomó el dólar y catorce centavos, que era cuanto había sobrado de sus depósitos del banco después de abonada la fianza, y, uniendo esa cantidad a los dos dólares y veinticinco que habían sobrevivido a la juerga de la víspera, montó en un tranvía del que no se apeó hasta haber alcanzado el otro extremo de la ciudad.

CAPÍTULO XXVl1

Jurgis se había enfrentado a una criatura de la jungla más poderosa que él y había salido del combate herido, abatido y pisoteado, de modo que sólo le quedaba arrastrarse. Estaba literalmente tullido: como una criatura que hubiera perdido sus garras o le hubieran quitado su caparazón. De un solo golpe se veía desposeído de todas aquellas armas misteriosas a las que debía no solamente la vida fácil que había disfrutado, sino también la impunidad de sus actos. En adelante no podría conseguir empleo con sólo pedirlo, ni expoliar a otros, una vez conseguido, sin temor a las consecuencias.

No, en lo sucesivo habría de correr la suerte común a los de su especie; o ni siquiera eso, sin coraje, como se sentía, para mezclarse con la gente de su propio medio, y obligado como estaba

por la amenaza de destrucción que pesaba sobre él, a esconderse y salvarse prescindiendo de ayuda ajena. Sus antiguos camaradas no vacilarían en traicionarle, pensando en los méritos que les valdría la delación y él habría de pagar no sólo por el delito cometido, sino por los que quisieran imputarle a pesar de su inocencia, como le había ocurrido al infeliz que prendieron acusado de asaltar al "cliente de provincias", un crimen cuyos autores habían sido él y Duane.

Otro elemento que Jurgis tenía ahora en su contra eran sus nuevos hábitos de vida, nada fáciles de cambiar. La última vez que se había visto sin empleo se había dado por satisfecho con pasar la noche en un portal, o bajo un carro, al abrigo de la lluvia y, cuando a eso podía añadir una comida de quince centavos en una taberna, su dicha era completa. Ahora, en cambio, sus necesidades eran muchas más, y muy distintas, y el no poder atenderlas le causaba verdadero sufrimiento. No podía prescindir ya, por ejemplo, de la copa tomada entre horas por el mero gusto de hacerlo y sin que ello tuviera que ver nada con la ingestión de una comida. La sola fuerza de ese anhelo bastaba para aplastar cualquier otra consideración, hasta el extremo de que no vacilaría, por complacerlo, en gastar su última moneda aunque su acto le abocase a la total inanición.

Y una vez más, Jurgis se vio rondando las puertas de las fábricas. Pero nunca, desde su llegada a Chicago, habían sido más remotas sus probabilidades de obtener un empleo. A la crisis económica, que mantenía en la calle a buena parte del millón y medio o dos millones de parados de los últimos seis meses, había que añadir la huelga general de la carne, que había creado un total de setenta mil huelguistas en todo el país, de los cuales veinte mil vivían en Chicago y llevaban cerca de dos meses en esa situación. En nada remediaba las cosas el hecho de que los trabajadores cediesen, unos días más tarde, y retornaran, casi la mitad de ellos, a sus puestos de trabajo pues, conforme se iban cubriendo las antiguas plazas, los esquiroles abandonaban las suyas y huían. En esas mismas fechas, un contingente de entre diez y quince mil negros sin preparación, extranjeros y delincuentes estaban siendo despedidos y abandona-

dos a su suerte. Adondequiera que Jurgis se dirigiera encontraba hombres de aquella procedencia y el temor a que alguno de ellos supiera que era un fugitivo de la ley le causaba un desasosiego indecible. Gustosamente hubiera salido de Chicago, de no ser porque sus recursos, cuando se dio cuenta del peligro que corría, casi se habían extinguido. El frío invierno caería pronto y los vagabundos estaban comenzando a refugiarse en la ciudad. Además era preferible acabar en la cárcel que verse enfrentado a un invierno de indigencia en el campo.

Transcurridos diez días, apenas le quedaban a Jurgis unos cuantos centavos en el bolsillo. Y, en todo ese tiempo, no había podido conseguir ocupación alguna, ni siquiera por una jornada, echando una mano donde la requiriesen, o por un rato, acarreando algún equipaje en una estación. Una vez más, como a su salida del hospital, se veía atado de pies y manos y encarando el fantasma del hambre. Se apoderó de él un miedo cerval, un terror desnudo que anulaba sus sentidos y tenía efectos más devastadores que la propia falta de alimentos. ¡Iba —gritaba la voz— a morirse de hambre! El temido espectro alzaba ya hacia él sus brazos escamosos; ya le rozaba; ya percibía su aliento en el rostro. Y el horror que esto le infundía le hacía gritar; le hacía, por las noches, despertarse sobresaltado, estremecido, bañado en sudor. Entonces se levantaba de un salto y echaba a correr. Implorando trabajo hasta quedar exhausto, incapaz de detenerse, de permanecer quieto, seguía avanzando a toda costa, ojeroso y famélico, con la mirada errática e inquieta. La ciudad, adondequiera que fuese, en todos sus confines, rebosaba de infelices en su mismo predicamento. Y, junto a ese espectáculo, se ofrecía por doquier el de la abundancia, siempre protegida por la mano de la autoridad que despedía, implacable, a los hambrientos. Porque hay dos clases de prisiones: unas, donde el individuo está en el interior, alejado por barrotes de las cosas que desea; y otras, donde él está afuera, y son las cosas deseadas las que quedan tras las rejas.

Cuando no le quedaba ya en el bolsillo más que una última moneda de veinticinco centavos, Jurgis se enteró de que, por la no-

che, antes de cerrar, las panaderías liquidaban sus existencias a mitad de precio. Entonces pudo conseguir, por cinco centavos, un par de hogazas endurecidas que desmenuzaba y se distribuía por los bolsillos para, luego, ir consumiendo el pan conforme el hambre se lo pedía. En nada, aparte de estas compras, gastaba ni un cuarto y, pasados dos o tres días, por no gastar del todo ese pan, comenzó a hurgar en los cubos de basura que hallaba a su paso en las calles, donde encontraba, alguna que otra vez, algo aprovechable que, después de sacudido, se llevaba a la boca considerando que así se alejaba unos cuantos minutos del fin.

De esta forma vagó por espacio de varios días, siempre famélico y cada vez más y más débil, hasta que algo que ocurrió cierta mañana estuvo a punto de desgarrarle el corazón. Descendía Jurgis por una calle bordeada de almacenes y tiendas. Había varios camiones aparcados en línea, cargados de hombres bajo las órdenes de un enorme irlandés. Jurgis se iba a ofrecer cuando el irlandés le gritó:

—Eh, tú, ¿quieres trabajar?

Jurgis respondió afirmativamente.

—A trabajar entonces—, dijo el hombre.

Jurgis se quitó el abrigo y se puso manos a la obra. Antes de que tuviera tiempo de levantar una de las cajas, escuchó de nuevo la voz del capataz: «Eh, ven aquí».

Jurgis se giró y se dirigió hacia el hombre, que lo miraba escudriñándolo: mejillas hundidas, piel macilenta...

—Enséñame los brazos, le dijo.

Jurgis alzó uno, perplejo. El irlandés lo cogió por debajo del codo y lo apretó. Lo dejó caer con una expresión de disgusto.

—Carajo, no es más que pellejo. Con eso no puedes levantar nada.

El corazón de Jurgis dio un vuelco:

—Sí puedo, señor, déjeme intentarlo.

—Lárgate de aquí—, dijo el capataz dándole la espalda. Jurgis le siguió suplicándole y él se giró y le amenazó con el puño.

—Que te largues de aquí de una puta vez —gritó. Jurgis se tambaleó, anduvo medio desmayado medio minuto, justo lo suficiente para ver que otros dos hombres intentaban tomar su puesto y cómo finalmente uno de ellos se quedaba con él. Recuperó su abrigo y se alejó sin prorrumpir en sollozos como un niño. ¡Estaba perdido! ¡Perdido y condenado! Ya no había esperanza. Entonces, de pronto, su desaliento dio paso a la ira y se deshizo en juramentos. ¡Aquella tarde, tan pronto oscureciese, volvería al almacén y demostraría al canalla aquél que sus brazos no eran sólo pellejo!

Farfullaba todavía estas cosas cuando, al llegar a la esquina, encontró una verdulería que mostraba, ante la puerta, una cubeta llena de repollos. Echando, entonces, una rápida mirada en torno, Jurgis se agachó y, tras apoderarse de la pieza más hermosa, echó a correr por la primera travesía. Pronto se oyeron gritos de «¡Al ladrón!» y un grupo compuesto por una docena de hombres y muchachos se precipitaron en pos de Jurgis, el cual, sin embargo, habiendo encontrado un pasaje, lo enfiló, para luego torcer por otro que le permitió alcanzar una calle distinta donde, tras esconder el repollo bajo la chaqueta, continuó alejándose, ahora a paso normal, sin que la muchedumbre reparase en él. Cuando, por fin, hubo puesto bastante tierra de por medio, se sentó en un rincón y devoró la mitad del repollo, crudo como estaba, reservando el resto, que guardó en los bolsillos, para el día siguiente.

En esas mismas fechas, uno de los diarios de la ciudad, gran defensor del "pueblo llano", había abierto, en beneficio de los parados, una cafetería donde se servía sopa gratis. Un sector del público calificó la iniciativa de artimaña publicitaria, mientras que otra parte de la opinión la atribuía al temor que albergaba el periódico de que la totalidad de sus lectores pereciesen de hambre. La sopa, sin embargo, y cualesquiera fueran los motivos que entrañara su distribución, era espesa y caliente, y se servía durante toda la noche a razón de una escudilla por persona. Al enterarse de la noticia por un camarada de vagabundeo, Jurgis hizo voto de conseguir no menos de seis raciones antes de que apuntara el día; pero, en la práctica,

tuvo suerte de conseguir una, porque había una fila de dos manzanas de largo cuando llegó al puesto y la cola no había menguado en absoluto a la hora de cerrar.

La filantrópica cafetería se encontraba situada en una zona peligrosa para Jurgis —el barrio de los muelles—, donde mucha gente le conocía. Pero, a pesar de ello, desesperado como estaba —había, incluso, considerado la prisión de Bridewell como una posibilidad de refugio—, acudió al lugar. Hasta ese momento, el tiempo se había mostrado apacible, lo cual le permitía pasar las noches en un solar, al raso; pero, de pronto, un viento frío del norte, al que había sucedido una tormenta, parecía preconizar la llegada del temido invierno. Aquel día Jurgis hizo dos consumos en otras tantas tabernas sólo por el cobijo a que le daban derecho y luego, al caer la noche, gastó sus últimos centavos en uno de aquellos sótanos que llamaban "antros de cerveza rancia", cuyo propietario, en efecto, salía a recoger las sobras de cerveza que las tabernas dejaban a sus puertas en el fondo de viejos barriles y, después de manipularla para que tuviera espuma y burbujas, la servía a razón de dos centavos la caña, consumo que daba a sus parroquianos el derecho de pasar la noche tumbados en el suelo de la bodega entre una cohorte de proscritos y degenerados de ambos sexos.

Nuevamente se hizo a la calle y allá lejos, en medio de la oscuridad y la lluvia, distinguió un brillo de fanales rojos y el latido sincopado de un tambor. Conociendo inequívocamente que se trataba de una reunión política, el corazón le dio un vuelco y se precipitó hacia el lugar.

Aunque una campaña electoral no significaba ya para Jurgis lo que había sido antaño, él sabía que se podía sacar tajada. En cinco o seis semanas los votantes elegirían un presidente y eso significaba que, al menos, habría un día de prosperidad para los mendigos y vagabundos de la ciudad. Ellos se referían a ese momento con anhelo y expectación y estaban debidamente contentos de vivir en una república.

Aquella campaña se había visto caracterizada por lo que la prensa llamaba "apatía". Por alguna razón desconocida el públi-

co rehusaba excitarse con el combate electoral y era virtualmente imposible atraerlo a los mítines o apasionarlo en forma alguna, en aquellos casos en que una convocatoria conseguía despertar cierta expectación. Las reuniones políticas que hasta la fecha se habían celebrado en Chicago concluyeron en fiascos más o menos deprimentes, y aquella noche, ya que presentaban a un orador tan desprovisto de fama como de posibilidades de acceder a la vicepresidencia del país, los organizadores se mostraban trémulos de ansiedad. La providencia, sin embargo, siempre misericordiosa, les había deparado aquella racha de temporales, con lo cual sus cuitas se reducían a preparar unos cuantos fuegos de artificio, plantar en la puerta un tambor que repicase un rato y esperar a que todos los náufragos de la marea de la vida acudiesen de todos los puntos de una milla a la redonda e invadieran el local. Con esto, a la mañana siguiente los periódicos encontrarían oportunidad de referirse a "clamorosas ovaciones", y al hecho de que el público congregado "no iba exactamente de chaqué", lo cual era prueba de que los encumbrados objetivos del candidato merecían también la aprobación de las masas obreras del país.

Y he ahí a Jurgis en una sala de vastas proporciones, profusamente decorada con banderas y colgaduras, y cuál no sería su sorpresa al descubrir, tras el pequeño discurso de presentación pronunciado por el presidente, y el estallido metálico con que la banda acogió al orador, que el que les iba a dirigir la palabra no era otro que el muy famoso y elocuente senador Sparehanks, quien ya se había dirigido a la Asociación Republicana Wendel en los mataderos para facilitar la elección del peón de bolera que Tom Cassidy había designado para el Concejo Municipal.

Lo cierto, sin embargo, es que la aparición del senador estuvo a punto de hacerle saltar a Jurgis las lágrimas. ¡Qué angustia la suya al pensar en el dorado ayer, cuando también él tenía su puesto a la mesa del festín! ¡Horas doradas aquellas, cuando había figurado entre el grupo de elegidos que hace entrar y salir gobiernos, cuando sabía suya una parte de los caudales que la campaña movilizaba! Y,

entretanto, ahora, otras elecciones en las que todo el dinero estaba en manos republicanas y él, a no ser por aquel malvado accidente, hubiera podido participar de su abundancia en lugar de encontrarse donde y como estaba.

El elocuente senador estaba refiriéndose al proteccionismo, un ingenioso sistema económico a tenor del cual el obrero autorizaba a los fabricantes a cobrarle precios más altos a fin de que él pudiera percibir un salario también mayor, con lo cual parte del dinero que le quitaban de un bolsillo con una mano le era restituido por la otra. En opinión del senador, este singular dispositivo se acomodaba, en su funcionamiento, a muchas de las grandes verdades rectoras del universo. Él era el que había convertido a América en gema del océano; y todos sus triunfos, su poder y su prestigio internacional en lo porvenir habrían de depender del celo y la fidelidad con que cada uno de sus ciudadanos apoyase a los hombres que estaban luchando por la realización de esos logros. Esos heroicos hombres se hallaban agrupados en una asociación política que había merecido el título de «el Gran y Viejo Partido», el Partido Republicano.

A estas últimas palabras la banda atacó una interpretación musical haciendo que Jurgis se enderezara en su asiento con un vivo respingo. Por increíble que parezca, Jurgis estaba tratando con denuedo de comprender el discurso del senador, de imaginar el alcance de la expansión americana, la magnitud de su prosperidad y el formidable progreso de su comercio; se esforzaba por entrever el porvenir de la Unión en el Pacífico, en Sudamérica y en cuantos lugares se alzase, lastimera, la voz de los oprimidos. La causa de su inusitado interés estaba en el deseo de mantenerse despierto, porque sabía que, si se relajaba y caía dormido, pronto rompería a roncar en forma intolerable. Era, pues, indispensable que se mantuviera atento, que escuchara... ¡Pero había comido tan bien, y era tanto su cansancio, y tan agradable la temperatura de la sala, y tan cómodo su asiento...! La esbelta figura del senador comenzó a oscilar y tornarse borrosa ante sus ojos, a alargarse y decrecer bailando al ritmo de los datos alusivos a importaciones y exportaciones, de la producción de

algodón en China y Asia, hasta que la banda atacó *Hail Columbia* y él se sentó erguido de nuevo.

Pero duró poco despierto. A los diez minutos ya estaba roncando de nuevo. A un rudo codazo de su vecino de asiento, se incorporó sobresaltado y compuso una expresión de inocencia; pero, al poco tiempo, volvió a cabecear, y pronto comenzaron a dirigirle miradas de disgusto a las que se unían destempladas interjecciones. Por último, uno de los espectadores llamó a un policía que se acercó a Jurgis, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo arrancó del asiento zarandeándolo de tal forma que el durmiente tuvo un terrible sobresalto. Parte de los concurrentes se volvieron, atraídos por el revuelo, y el senador Sparehanks tuvo un lapsus en su alocución; pero, en seguida, una voz gritó en son de aliento: «¡No pasa nada! ¡Un simple advenedizo que hemos expulsado! ¡Tú sigue, campeón!». La jaculatoria hizo que los reunidos prorrumpiesen en vítores suscitando una amplia sonrisa del senador, que reemprendió su discurso. En cuanto a Jurgis, unos segundos más tarde se veía arrojado a la lluvia bajo una cascada de improperios.

Buscando abrigo en un portal, trató de recobrarse. No tenía nada roto ni le habían detenido: bastante más de lo que cabía esperar. Después de maldecir su suerte y su persona durante algunos segundos, volvió a enfocar el lado práctico de las cosas. Sin dinero y sin alojamiento donde pasar la noche, no le quedaba más remedio que volver a mendigar. Y, con tal propósito, la cabeza escondida entre los hombros y, temblando al gélido contacto de la lluvia, echó a caminar calle adelante. Viendo que en dirección opuesta se aproximaba hacia él una dama muy bien vestida que se protegía bajo un paraguas, esperó a cruzarse con ella y, luego, girando sobre los talones, se puso a caminar a su lado.

—Por favor, señora —rompió a hablar—, ¿no podría usted prestarme para el alojamiento? Soy un trabajador en desgracia que...

No dijo más porque, súbitamente, al llegar a la zona iluminada por un farol, acertó a ver el rostro de la dama y se dio cuenta de que la conocía.

¡Era Alena Jasaitis, la belleza que todos se disputaban en la fiesta de su boda! La que, radiante y con aire de reina, había pasado la noche bailando con Juozas Raczius, el camionero. Después de la boda, Jurgis la había visto en un par de ocasiones, a lo sumo, porque Juozas la había dejado por otra y entonces ella desapareció de Packingtown sin que nadie supiera su paradero. ¡Y encontrarla ahora aquí! La sorpresa de Alena era tan grande como la suya.

—¡Jurgis Rudkos! —exclamó abriendo mucho la boca. Pero... ¿qué demonios te ha ocurrido?

—He... he tenido un revés de fortuna —tartajeó él. He perdido mi trabajo y estoy sin casa y sin dinero. ¿Y tú, Alena? ¿Qué es de tu vida? ¿Te has casado?

—No —respondió ella. No me he casado, pero estoy en buena posición.

Entonces, durante un nuevo instante, se miraron el uno al otro hasta que, por fin, Alena volvió a hablar:

—Te ayudaría si pudiese, Jurgis. Palabra que sí. Pero sucede que salí sin mi monedero y no llevo encima ni un centavo. Sin embargo, puedo hacer algo mejor por ti: puedo decirte dónde encontrar a Marija. Ella está en condiciones de ayudarte.

Jurgis experimentó una sacudida.

—¿Marija? —exclamó, sin aliento.

—Sí —continuó Alena. Ella te echará una mano. Está bien situada y le va bien. Se alegrará mucho de verte.

Poco más de un año había transcurrido desde el día que escapó Jurgis de Packingtown, con la misma sensación del hombre que se fuga de la cárcel: y eran Marija y Elzbieta la prisión de donde él huía. Y ahora, sin embargo, a la sola mención de uno de aquellos nombres, sentía alborozado de gozo todo su ser. ¡Sí, sí, deseaba verlas, anhelaba correr al hogar! Ellas le ayudarían y se mostrarían generosas con él. Un segundo le bastó para ponderar mentalmente la situación. En la muerte de su hijo tenía una buena excusa para justificar su huida y el hecho de que ellas hubiesen abandonado Packingtown bastaba para explicar también su posterior ausencia.

—Está bien —dijo Jurgis por fin; iré a verla.

Alena, entonces le dio unas señas en la calle Clark y agregó:

—No hace falta que te diga dónde vivo yo, pues Marija conoce mi paradero.

Y, como no había más que decir, Jurgis se alejó en la dirección indicada. Llegó a un edificio de piedra, de aspecto señorial. Había una puerta, que correspondía al sótano, y Jurgis tiró de la campanilla. Atendió la llamada una muchacha de color, casi una niña, que entreabrió la puerta no más de una pulgada y examinó a Jurgis con desconfianza.

—¿Qué quieres? —averiguó.

—¿Vive aquí Marija Biarczynskas? —dijo Jurgis.

—No lo sé —respondió la muchacha. ¿Qué quieres de ella?

—Deseo verla —replicó él. Soy pariente suyo.

Tras un instante de vacilación, la muchacha abrió la puerta y dijo:

—Pasa. Iré a ver. ¿A quién debo anunciar?

—Dígale que es Jurgis.

La muchacha desapareció escaleras arriba para regresar transcurridos un par de minutos.

—No hay nadie aquí que responda a ese nombre —declaró al llegar.

A Jurgis le dio un vuelco el corazón.

—Me han asegurado que eran éstas las señas —exclamó entonces.

Pero la chica se limitó a sacudir la cabeza.

—Mi señora dice que aquí no hay nadie que responda a ese nombre —insistió.

Jurgis se detuvo un instante, indeciso, anonadado. Luego se volvió, dispuesto a marcharse. Pero, en ese preciso momento, alguien llamó a la puerta con los nudillos y la muchacha corrió a abrir. En seguida se oyó ruido de pasos y, luego, un grito de la chica que, un segundo más tarde, llegó corriendo, lívida de espanto, y, sortean-

do a Jurgis, se precipitó escaleras arriba al tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡La policía! ¡La policía! ¡Está aquí la policía!

Aturdido, Jurgis no supo qué hacer en ese momento. Pero, luego, al ver hombres de uniforme azul que avanzaban presurosos hacia él, se abalanzó hacia la escalera para seguir los pasos de la muchacha. Las voces de la criada habían hecho cundir el pánico en la planta superior. La casa estaba llena de gente que empezó a correr, tan pronto irrumpió la muchacha en el pasillo del piso alto, en todas direcciones gritando y dando voces de alarma. En esa actitud vio Jurgis hombres y mujeres; ellos, en su mayor parte, vestían batines, y las mujeres sólo tenían puestas prendas interiores; unas más y, otras, menos. A un lado del pasillo Jurgis entrevió una sala grande, con sillas tapizadas de felpa y mesas cubiertas de vasos y bandejas. Había naipes esparcidos por el suelo y también botellas que rodaban sobre la alfombra, derramando su contenido, luego que una mesa fuera derribada. Dos hombres trataban de auxiliar a una joven que se había desmayado y otros, acaso una docena, se agolpaban en dirección a la puerta principal.

En seguida, sin embargo, resonó ésta bajo una tanda de fuertes golpes, por lo que el tropel de los que huían reculó. En ese mismo instante apareció, corriendo escaleras abajo, una mujer robusta, con pintura en las mejillas y brillantes en las orejas.

—¡Por atrás! ¡Deprisa! —exclamó jadeante.

Y, seguida por Jurgis, salió mostrando el camino que conducía a la cocina a través de una escalera posterior. Al llegar allí, la mujer accionó un resorte. Una alacena que se despegó de la pared dejó al descubierto un pasadizo oscuro.

—¡Por ahí! —indicó la mujer a los fugitivos, que ahora se acercaban a la treintena.

Todos se internaron en el pasadizo, pero no bien había desaparecido el último en su interior, se oyó un clamor y el aterrado tropel comenzó, otra vez, a retroceder gritando: «¡También llegan por ahí!», «¡Estamos atrapados!»

—¡Por la escalera! —gritó entonces la mujer.

De nuevo se agolpó, precipitada, la muchedumbre, hombres y mujeres jurando, chillando y batiéndose por ganar la delantera. Así salvaron uno, dos, tres tramos de escaleras hasta alcanzar el último descansillo, donde había una escala de mano, a cuyo pie se apiñaron los fugitivos mientras uno de los hombres trataba, encaramado en el último peldaño, de alzar la trampilla. Era en vano el intento, y entonces, al pedirle la mujer que soltase el gancho del cierre, el otro contestó:

—¡Y bien suelto que está! Pero hay alguien sentado encima de la puerta.

Un instante más tarde, una voz surgida del piso bajo anunciaba:

—Señores, en su lugar yo me dejaría de artimañas. No estamos aquí para jugar.

Eso hizo que los huéspedes de la casa desistieran de su empeño. Poco después, varios agentes ganaban la parte alta de las escaleras y comenzaban a inspeccionar el contorno y, también, con miradas de soslayo, a sus presas. De éstas, los hombres, en su mayoría, parecían asustados y corridos de vergüenza. Las mujeres, en cambio, tomaban la cosa a broma, como si no les viniera de nuevas; aunque, de haber palidecido, nadie lo hubiera notado tampoco, cargadas de maquillaje como llevaban las mejillas. Una de las chicas, de ojos negros, se encaramó en lo más alto del barandal y, calzada con chinelas como iba, comenzó a largar puntapiés contra los cascos de los policías, hasta que uno de ellos, agarrándola por el tobillo, la apeó de su emplazamiento. En el piso inferior, cuatro o cinco chicas que habían buscado asiento encima de baúles sacados al pasillo se burlaban de la procesión que discurría por aquel lado de la casa. Su hilaridad y su bullicio eran clara prueba de que habían estado bebiendo. Una de ellas, que lucía un quimono de un rojo brillante, lanzó una voz que ahogó todos los demás ruidos del corredor. Jurgis volvió la mirada hacia ella y tuvo un estremecimiento.

—¡Marija! —exclamó.

Ella se dio vuelta al oírle, y pareció contraerse y retroceder. Luego, saltando al suelo, no pudo disimular su asombro.

—¡Jurgis! —exclamó.

Durante un par de segundos quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué haces aquí? —habló ella por fin.

—He venido a verte —respondió Jurgis.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un minuto.

—Pero, ¿cómo sabías? ¿Quién te dijo dónde encontrarme?

—Alena Jasaitis. Me la encontré en la calle. A esto siguió un nuevo silencio que ambos dedicaron a examinarse mutuamente. Pero, como la gente empezaba a mirarles, Marija avanzó más hacia él.

—Pero ¿y tú? —continuó Jurgis. ¿Vives aquí?

—Sí —respondió Marija—, aquí vivo.

En eso, bruscamente, una voz gritó desde el piso bajo:

—¡Esas chicas! ¡Vístanse un poco y andando! Más les vale que no se tarden, porque afuera está lloviendo nos van a hacer enojar.

Alguien soltó un «¡Brrrr!». Las chicas que permanecían sentadas encima de los baúles echaron pie a tierra y desaparecieron en seguida tras las distintas puertas que flanqueaban el pasillo.

—Ven —dijo Marija. Y llevó a Jurgis a su habitación, un reducido espacio, de como mucho siete yardas cuadradas, donde, además de un catre y una silla, podía verse un pequeño tocador. Había, también, unos cuantos vestidos colgados detrás de la puerta y varias prendas, diseminadas por el suelo. El desorden era total. Había tarros de colorete y frascos de perfume encima del tocador mezclados con sombreros y platos sucios, y la única silla de la habitación daba soporte a un par de chinelas, un reloj y una botella de whisky.

Marija no llevaba encima más que el quimono y un par de medias, pero eso no le impidió proceder a vestirse enfrente de Jurgis sin tomarse siquiera la molestia de cerrar la puerta. Él, por supuesto, había tenido suficiente para comprender en qué clase de

lugar se encontraba y, habiendo visto ya tanto mundo, eran pocas las cosas que podían causarle espanto. Y, sin embargo, ver a Marija entregada a una vida semejante no pudo menos de causarle un estremecimiento de dolor. En su casa habían sido siempre gente decente y el solo recuerdo de otros tiempos debía haberle servido a Marija de guía y de freno. Pero, luego, se rió de sí mismo. ¿Quién era él para invocar la decencia?

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó entonces.

—Cosa de un año —respondió ella.

—¿Por qué te metiste en esto?

—Tenía que vivir —fue su respuesta. Y no podía ver a los niños morirse de hambre.

Jurgis hizo una pausa y dedicó a Marija una larga mirada.

—¿Te quedaste sin trabajo? —averiguó por último.

—Me enfermé —contestó ella—, y eso hizo que me quedara sin dinero. Elzbieta se enfermó también y, luego, al morir Stanislovas...

—¡Que ha muerto Stanislovas!

—Sí —respondió Marija. Olvidé que no lo sabías.

—¿Cómo fue?

—Se lo comieron las ratas —dijo Marija.

Jurgis contuvo el aliento.

—¿Se lo comieron... las ratas?

—Así es —asintió Marija que atendía, en ese momento, a los cordones de sus botas, doblada de medio cuerpo. Estaba trabajando en una fábrica de aceite, aunque el trabajo no consistiera en otra cosa que ir a buscar cerveza para los obreros. La transportaba en latas, que colgaba de una pértiga larga, y solía tomar un trago de cada recipiente. Pero un día se pasó de la medida y se quedó dormido en un rincón antes de que cerrasen el establecimiento, de manera que se quedó atrapado allí toda la noche. Cuando lo encontraron, las ratas no habían dejado gran cosa de su cuerpo.

Jurgis se había quedado paralizado de espanto en su asiento. Marija continuó con los cordones de sus botas. Se produjo, entonces, un largo silencio.

Cuando menos lo esperaban, un corpulento policía apareció junto a la puerta.

—¡A ver si nos damos prisa! —exclamó.

—Hago lo que puedo —respondió Marija al tiempo que comenzaba a ponerse con grandes prisas el corsé.

—Y los demás, ¿siguen vivos? —preguntó Jurgis.

—Sí —respondió ella.

—¿Dónde están?

—Viven cerca de aquí. Ahora están bien.

—¿Trabajan?

—Elzbieta sí —respondió Marija—, siempre que puede. Pero yo me ocupo de ellos. Ahora gano mucho.

Jurgis guardó un momento de silencio.

—¿Saben ellos dónde vives y... la clase de vida que llevas? —preguntó.

—Elzbieta, sí. A ella no hubiera podido mentirle —dijo Marija. Y es posible, desde luego, que también los chicos lo sepan, a estas alturas. Pero no hay por qué avergonzarse, cuando no se puede evitar...

En ese momento Marija se abrochaba el vestido ante el espejo. Jurgis permanecía en su asiento, mirándola. Le costaba creer que fuera la misma mujer que había conocido en otros tiempos. ¡Había tanta indiferencia, tanta dureza en ella! Al contemplarla, se sintió sobrecogido de impresión. Entonces, de pronto, ella se volvió hacia él y lo midió con la mirada.

—Al parecer, tampoco a ti te han ido bien las cosas —dijo.

—Es verdad —confesó Jurgis. Estoy sin un céntimo y tampoco tengo trabajo.

—¿Dónde has estado?

—Un poco por todas partes. Primero vagabundeé por ahí y, luego, volví a los mataderos, justo antes de que empezara la huelga —hizo una pausa, y después añadió indeciso. Hice indagaciones y me enteré de que ustedes se habían ido. Nadie sabía adónde. Seguramente pensarás, Marija, que les jugué una mala pasada al quitarme de en medio como lo hice...

—No —respondió ella. No te culpo de nada. Ninguno de nosotros lo hemos hecho. Tú diste cuanto podías. Sólo que la tarea era superior a nuestras fuerzas. Se detuvo entonces y, luego, añadió:

—Éramos excesivamente ignorantes. Eso nos perdió. No teníamos ninguna posibilidad de salir airosos. Si yo hubiera sabido entonces lo que ahora sé, las cosas habrían rodado de otra manera.

—¿Quieres decir que habrías adoptado esta vida? —intervino Jurgis.

—Sí —respondió ella. Pero no me refiero a eso. Me refiero a ti y a tu conducta para con Ona. ¡Qué distinta podría haber sido! Jurgis guardó silencio. Él nunca había mirado el problema desde ese punto de vista.

—Cuando la gente se está muriendo de inanición —prosiguió Marija—, y atesoran, sin embargo, cosas de valor, su obligación, me parece, es venderlas. Pero hay lecciones que no se aprenden hasta que es demasiado tarde. Cuando todo nos iba tan mal, Ona pudo haber sacado adelante a la familia.

Hablaba Marija con un acento falto de emoción, con todo el aire de la persona que ha acabado por ver tan sólo el lado mercantil de las cosas.

—Sí... supongo que tienes razón —contestó vacilante, sin referirse a los trescientos dólares y el puesto de encargado sacrificados por el placer de un segundo enfrentamiento con el capataz Connor.

En ese momento el policía se asomó de nuevo a la puerta.

—¡Vamos ya! —exclamó. ¡Rapidito!

—En seguida —respondió Marija echando mano del sombrero, una cosa gigantesca, con plumas de avestruz por todas partes.

Salió entonces al pasillo, Jurgis caminando en pos de ella, mientras el policía entraba en el cuarto para cerciorarse de que no había quedado nadie bajo la cama ni detrás de la puerta.

—¿En qué va a acabar todo esto? —preguntó Jurgis mientras bajaban por las escaleras.

—¿Te refieres a lo de la policía? ¡Oh, no tiene importancia! Ocurre a cada dos por tres. La patrona está en conversaciones con la

policía. Ignoro qué se traen entre manos, pero seguramente llegarán a un acuerdo antes de que termine la noche. A ti, de todas maneras, no te pasará nada. Nunca detienen a los hombres.

—A los demás, tal vez —intervino Jurgis—; pero yo no saldré tan bien parado.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy reclamado por la policía —explicó él bajando el tono, aunque la conversación era en lituano. Mucho me temo que me puedan encerrar por un par de años.

—¡Demonios! —exclamó Marija. Aguarda. Tal vez consiga que te suelten.

Al llegar al pie de las escaleras, donde se había congregado la mayor parte de los detenidos, Marija se abrió paso hacia la corpulenta mujer de los brillantes, a cuyo oído susurró unas palabras. La otra, entonces, se dirigió al sargento que dirigía la incursión.

—¡Eh, Billy! Ahí hay uno —dijo, señalando a Jurgis— que sólo trataba de visitar a su hermana. Acababa de llegar, cuando ustedes llamaron a la puerta. No arrestan vagabundos, ¿no es cierto?

El sargento rompió a reír mientras se volvía hacia Jurgis.

—Lo siento —dijo—; pero las órdenes son de llevarse a todo el mundo, excepto a la servidumbre.

Así pues, Jurgis se sumó al grupo de los hombres, cada uno de los cuales parecía empeñado en ocultarse detrás del vecino, como los corderos que han olido un lobo. Había, entre los detenidos, viejos y jóvenes; junto a muchachos que aún no habían acabado sus estudios, vetustos caballeros de barba blanca, con edad suficiente para ser sus abuelos. De estos, muchos vestían traje de etiqueta y otras ropas de calle; pero ningún atuendo, a excepción del de Jurgis, denotaba pobreza.

Finalizado el registro se procedió a abrir las puertas y la comitiva salió a la calle. Tres furgones celulares aguardaban junto al bordillo. El barrio entero había acudido a presenciar el divertido espectáculo. Entre los detenidos, las mujeres gastaban chanzas o alzaban la cabeza con aire de reto en beneficio de los curiosos, que

rumoreaban asomándose por todas partes; los hombres, en cambio, caminaban cabizbajos, los sombreros encasquetados para mejor protegerse el rostro. Luego subieron a los furgones, apretujándose, como el público de los tranvías. Finalmente, la expedición partió bajo una salva de aclamaciones. Al llegar a la comisaría, Jurgis, que al identificarse había dado un apellido polaco, fue conducido a un calabozo en compañía de cinco o seis de los otros detenidos; y mientras estos, ya acomodados, se dedicaban a comentar en voz baja, él se retiró a un rincón y se entregó a sus pensamientos.

Tras haber sondeado el fondo de la sociedad hasta sus más profundos estratos, Jurgis había acabado por habituarse a todos los espectáculos que ésta ocultaba. Convencido de que no había sino vileza y podredumbre entre la humanidad, siempre, sin embargo, había situado a su familia al margen de ese juicio, acaso movido a ello por la fuerza del afecto. Y ahora, de pronto, el espantoso descubrimiento: ¡Marija convertida en una puta y Elzbieta y los niños viviendo a expensas de su vergüenza! Y, por mucho que razonase consigo mismo hasta persuadirse de que más reprobable había sido su propia conducta, por mucho que se repitiera que sus escrúpulos eran ridículos, no conseguía sobreponerse a la terrible impresión de aquel inesperado hallazgo, ni podía impedir que le llenara de congoja. ¡Qué conmoción sentía en lo más íntimo de su ser! ¡Cuántos recuerdos olvidados al extremo de creerlos extintos cobraban ahora nueva vida! Todos los ecos del pasado se reproducían en su mente: ¡los viejos anhelos, las esperanzas y los sueños de una existencia digna, libre de toda servidumbre! De nuevo oyó la voz de Ona y percibió su imagen y sus súplicas. Volvió a su mente la estampa de Antanas, su pequeño, y todos sus planes de hacer de él un hombre. Vio a su anciano padre, cuyo amor incomparable les había colmado de bendiciones. Con crudeza atroz revivió el aciago día en que le fuera revelada la deshonra de Ona. ¡Oh, Dios, cuánto, cuánto había sufrido! ¡Cuánta locura! ¡Qué dolor indecible había experimentado entonces sin sospechar siquiera que un día, sentado junto a Marija, habría de darle la razón cuando ella le calificase de necio por no

haber accedido a vender la honra de su esposa y vivir a sus expensas! También el recuerdo de Stanislovas y su espantoso fin acudió a hostigarle. ¡Y en qué forma lo había resumido todo Marija; qué fría, qué desapasionada narración, y cuánta indiferencia la suya! ¡Pobrecito chico, con sus dedos mutilados por la congelación, con su horror ante el frío! La voz lastimera del chaval acosaba a Jurgis de tal forma que aun allí, en el oscuro rincón del calabozo, el sudor acabó por perlarle la frente. Una y otra vez, todo su ser se estremecía de espanto al imaginar a Stanislovas atrapado en el desierto edificio, luchando contra las ratas que lo devoraban.

El alma de Jurgis había dejado de ser sensible a emociones semejantes; las torturas que le habían inferido quedaban tan lejanas que ni siquiera creía posible volver a experimentarlas.

Indefenso, prendido como estaba en una trampa, ¿qué podía ganar de ellas, con qué objetivo permitir su regreso? Todos sus esfuerzos de los últimos tiempos los había consagrado a combatirlas y extirparlas de su ser. Y nunca hubieran conseguido mortificarle otra vez de no haberle tomado, como ahora, por sorpresa, de no haber caído sobre él sin darle tiempo de defenderse. Pero, sorprendido con la guardia baja, anonadado por el golpe, las viejas voces, las antiguas imágenes reaparecían. Los fantasmas olvidados le llamaban y le tendían los brazos. La escena, sin embargo, era lejana y borrosa, y había en medio un negro foso insondable; los espectros acabarían por diluirse nuevamente en las brumas del pasado. Sus voces se extinguirían, jamás volvería a escucharlas. Y, así, el último vestigio de nobleza que subsistía en su alma dejaría de existir para siempre.

CAPÍTULO XXVIII

Después del desayuno, Jurgis fue conducido a la sala del tribunal, que aparecía repleta de gente. A los detenidos se habían sumado los curiosos, y a estos los que acudían con la esperanza de reconocer a alguno de los hombres y utilizar el hecho como base para un chan-

taje. En primer lugar comparecieron los hombres, quienes, después de recibir una reprimenda colectiva, fueron puestos en libertad. Jurgis, en cambio, fue llamado separadamente, por considerarse su caso —qué alarma no sentiría él— un tanto sospechoso. El tribunal era el mismo donde había sido juzgado en aquella ocasión en que se vio "suspendida" su condena, y juez y secretario eran, también, los de entonces. Este último dirigió a Jurgis una mirada que sugería reconocimiento; pero el juez no pareció sospechar nada, cosa fácil de comprender, teniendo en cuenta que, en ese mismo instante, toda su atención estaba concentrada en cierto mensaje telefónico que debía recibir. La llamada iba a efectuarla un amigo del jefe de policía del barrio, para darle instrucciones en relación con el caso de la "Poli" Simpson, que era como llamaban a la propietaria del burdel objeto de la incursión. El juez, entretanto, escuchaba lo referente a la visita que Jurgis hacía a su hermana en el momento en que apareció la policía y, después de recomendarle secamente que mantuviera a las mujeres de la familia en lugares más apropiados, lo puso finalmente en libertad y procedió a sancionar a las chicas con multas de cinco dólares, que fueron abonadas de un fajo que "Poli", la *madama,* se había sacado de la liga.

Aguardó en la calle a que saliera Marija y la acompañó hasta la casa, que encontraron vacía de policías y visitada, en cambio, por los primeros clientes. Antes de caer la noche, el establecimiento funcionaría de nuevo con plena normalidad, como si nada hubiera sucedido. Marija le invitó entonces a subir a su cuarto, donde se acomodaron para charlar. A la luz del día, Jurgis pudo apreciar que el color que ahora mostraban sus mejillas no era el de antaño, producto de una robusta salud. Bien al contrario, su piel había tomado el tono amarillento de la cera y estaba ojerosa.

—¿Has estado enferma? —preguntó él.

—¿Enferma? —repitió Marija. ¡Carajo! —ahora juraba como un carretero o un estibador—, ¿cómo iba a estar sana con esta vida que llevo?

Entonces hizo una pausa, al cabo de la cual, con la mirada fija y sombría, declaró:

—Es la morfina. Cada día, según parece, la necesito en mayor cantidad.

—¿Y por qué la tomas? —indagó Jurgis.

—No sabría decirlo. Será porque forma parte de esto. Y, si no fuera eso, sería la bebida. Si las chicas no bebieran, no habría una que soportara esta vida ni un instante. Cuando llega una nueva, lo primero que hace la patrona es administrarle drogas y así es como contraen el hábito. Primero, por combatir jaquecas y cosas parecidas y, más tarde, porque tienen el hábito. Yo lo tengo, me consta. He intentado dejarla. Lo he probado con todas mis fuerzas, pero sé que, mientras continúe aquí, no lo conseguiré.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir con esto? —preguntó Jurgis.

—No sé —respondió ella. No creo que lo deje nunca. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿No ahorras nada?

—¡Ahorrar, dices! —exclamó Marija. ¡Dios mío, claro que no! Gano mucho, desde luego; pero todo desaparece. Voy a medias con la casa en los cinco dólares que paga el cliente. Hay noches que mis comisiones alcanzan veinticinco y hasta treinta dólares, ¡lo bastante para poder ahorrar, digo yo! Pero entonces aparecen los cargos en concepto de hospedaje y comida... ¡y a qué precios; no lo creerías! También tengo que pagar los extras, y las bebidas; cualquier cosa que encargue, e incluso muchas que ni siquiera veo. Nada más que por el lavado de mi ropa pago una factura de casi veinte dólares semanales; ¿habías oído nunca una cosa semejante? Pero ¿qué puedo hacer yo? Hay que aceptarlo o marcharse, sin más alternativa. Y adondequiera que fuera las cosas serían iguales. No me queda otra opción, si quiero ahorrar los quince dólares que semanalmente le doy a Elzbieta para que los chicos puedan ir a la escuela. De eso se valen para retener a las chicas. Primero hacen que contraigan deudas y, luego, como no pueden saldaras, tienen que quedarse. Es el

caso de tantas jóvenes extranjeras, que llegan sin experiencia, sin conocer una palabra de inglés y caen en cualquier lugar como éste. Cuando reaccionan y quieren marcharse, la dueña les enseña facturas a su cargo por un par de cientos de dólares, las despoja de toda su ropa y las amenaza con denunciarlas a la policía, si se niegan a permanecer en la casa y hacer lo que se les mande. Las chicas, pues, no tienen más remedio que quedarse y cuanto más prolongan la estancia tanto más aumentan sus deudas. A menudo, las que caen en la trampa son infelices que vienen engañadas con un contrato como sirvientas. ¿Te fijaste antes en la muchacha rubia que tenía a mi lado en el tribunal?

Jurgis asintió.

—Es una francesa que vino a América hace cosa de un año. Trabajaba como empleada de unos almacenes y, al llegar, aceptó el puesto que le dio un desconocido: obrera en una fábrica de Chicago. La chica viajaba con un grupo de otras cinco y todas vinieron a parar a una casa de esta misma calle. Allí la encerraron en una habitación, le pusieron un narcótico en la comida y, al despertarse, comprobó que la habían violado. Se deshizo, entonces, en lágrimas y gritos y, en su desesperación, se arrancaba los cabellos. Pero, como no le habían dejado más ropa que una bata, tuvo que quedarse en la casa, hasta que, a fuerza de drogas, consiguieron torcer su voluntad. Permaneció allí durante diez meses sin salir una sola vez a la calle y luego la echaron, alegando que no servía. No creo que dure mucho aquí, porque ha abusado del ajenjo y le dan ataques de locura. De todas las chicas que la acompañaban, sólo una consiguió escapar y lo hizo arrojándose a la calle desde la ventana de un segundo piso. Hubo un gran escándalo a raíz de eso; no sé si llegaste a enterarte...

—Sí —respondió Jurgis; —me enteré más tarde.

La cosa había sucedido en el local adonde él y Duane habían corrido a refugiarse después de asaltar al "cliente de provincias". Por suerte para la policía, la muchacha había perdido la razón.

—Hay mucho dinero mezclado en esto —continuó Marija. Las traen de todas partes. De las diecisiete que hay aquí, nueve

proceden de países distintos, y en algunos lugares la diversidad de nacionalidades es todavía mayor. Aquí tenemos seis francesas; supongo que eso se debe a que la dueña habla su idioma. De todas formas, son las peores compañeras, exceptuando a las japonesas. La casa de al lado está llena de japonesas. Yo no aceptaría vivir bajo el mismo techo ni con una sola.

Después de una breve pausa, Marija agregó:

—La mayoría de las mujeres que viven aquí son muy decentes. Si las conocieras, quedarías sorprendido. Yo pensaba que a esta clase de vida se llega por afición. ¡Qué error tan grande! ¿A quién se le ocurriría que una mujer obligada a entregarse al primer hombre que llega, viejo o joven, blanco o de color, puede, además, sentirse atraída por eso?

—Algunas afirman que así es —observó Jurgis.

—Me consta —replicó ella, —dicen lo que sea. Se saben atrapadas y sin posibilidad de escapar. Al principio, ninguna te lo negará, no soportan esta clase de vida. Nunca la habrían aceptado, de no empujarlas a ello la miseria. Conozco a una muchacha judía que trabaja aquí. Antes lo hacía, de recadera, en un taller de sombrerería; pero enfermó y perdió su empleo. A eso siguieron cuatro días de vagar por las calles sin un bocado que llevarse a la boca. Entonces se dirigió a una casa de la esquina y ofreció allí sus servicios. ¡Y no le dieron ni un pedazo de pan hasta que hubo entregado todas sus ropas!

Después de esto, y durante un par de minutos, Marija guardó silencio. Parecían embargarla sombríos pensamientos.

—Háblame de ti, Jurgis —dijo de pronto. ¿Qué ha sido de tu vida?

Y él comenzó a narrarle la larga historia de sus correrías a partir del momento en que abandonó el hogar. Le habló de sus peripecias de vagabundo, de su trabajo en los túneles del ferrocarril de carga y de su accidente. También se refirió a Jack Duane y a los Wheeler, a su carrera política en los mataderos; por último le habló de su tropiezo y de todas las amarguras que con él le habían sobrevenido. Marija escuchaba con interés y cercanía. El relato de miseria

y hambre no requería pruebas. Su rostro daba cumplido testimonio de ello.

—Has dado conmigo lo que se dice en el momento crítico —apuntó Marija. —Estoy a tu lado. Yo te ayudaré hasta que consigas un trabajo u otro.

—Yo no puedo aceptar... —comenzó él.

—¿Por qué no? ¿Porque trabajo aquí?

—No, no se trata de eso —replicó Jurgis. Es por... haberlos abandonado como lo hice.

—¡Qué tontería! —exclamó Marija. Ni lo pienses siquiera. Yo nunca te he culpado —y después de un breve silencio, prosiguió en otro tono. Debes tener hambre. Quédate a almorzar. Pediré que nos suban algo. Pulsó, entonces, un timbre. Una mujer de color acudió a la llamada y tomó el encargo.

—Es muy agradable tener alguien que nos sirva —comentó ella sonriendo mientras se reclinaba en la cama.

Como el desayuno de la comisaría no se había caracterizado por lo copioso, Jurgis hizo honor al almuerzo con excelente apetito. Fue una pequeña fiesta para los dos, animada por comentarios que se referían a Elzbieta, a los chicos y a los días de antaño. Poco después de haber dado cuenta de la comida, una segunda muchacha de color acudió con el recado de que Madame solicitaba a Marija, o "Mary, la lituana", como la llamaban allí.

—Eso significa que debes marcharte —dijo Marija volviéndose hacia él.

Jurgis se puso en pie, y ella, entonces, le dio las nuevas señas de la familia: una casa de vecindad situada en el distrito del gueto.

—No dejes de ir —dijo ella. Se alegrarán mucho de verte.

Jurgis, sin embargo, daba muestras de vacilar.

—No me atrevo, Marija. De veras. ¿Por qué no me prestas un poco de dinero y me das ocasión de que encuentre trabajo antes de ir?

—¿Para qué quieres el dinero? —replicó Marija. Según yo lo veo, lo que tú necesitas es algo de comida y un sitio donde dormir, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas —contestó él—; pero me cuesta recurrir a la familia, después de mi abandono, y así sin trabajo, y encontrándote tú... estando tú...

—¡Lárgate ya! —exclamó Marija apartándolo de un empujón. ¿Qué significa esa palabrería? No pienso darte dinero —agregó acompañándole a la puerta. —Te lo gastarías en beber y el favor no haría sino perjudicarte. Aquí tienes veinticinco centavos. Cógelos y ve a ver a la familia. Se alegrarán tanto de verte que no habrá ocasión de sentirse avergonzado. Y ahora, ¡adiós!

Así abandonó Jurgis la casa y, una vez en la calle, mientras caminaba, comenzó a dar vueltas a la idea. Finalmente decidió que, en primer lugar, debía encontrar trabajo. Y en ese propósito invirtió el resto del día, errando de una fábrica en otra y de almacén en almacén, sin obtener el menor resultado. Más tarde, próximo ya el anochecer, resolvió visitar a la familia; pero entonces, habiendo encontrado un restaurante en su camino, entró y gastó sus veinticinco centavos en una cena, y más tarde, al salir, cambió de parecer. La noche era apacible y le pareció mejor pasarla en cualquier parte y prolongar así, llegada la mañana, sus posibilidades de encontrar ocupación. Emprendió, pues, la marcha sin detenerse hasta que, habiendo alzado casualmente la mirada, se dio cuenta de que había enfilado la misma calle y cruzado ante el mismo local donde asistiera, la víspera, al discurso político. Frente a la sala no había ahora rastro de linternas rojas, ni tampoco de ninguna banda de música, pero sí advirtió un cartel que anunciaba una reunión, y un río de gente que afluía a la entrada. Un segundo le bastó para decidirse a entrar. Acomodado en la butaca podría, mientras descansaba, determinar qué acción emprender. No viendo a nadie que recogiera boletos, concluyó que, al igual que la noche anterior, la asistencia debía de ser gratuita.

Al entrar observó que esta vez no había adornos en la sala y que apenas quedaban butacas libres. Acomodado en una de las pocas localidades que permanecían desocupadas al fondo, se olvidó

enteramente de lo que le rodeaba. ¿Pensaría Elzbieta que era vivir a sus expensas lo que se proponía con su regreso, o se daría cuenta de que su intención era trabajar y de nuevo contribuir al sostenimiento de la familia? ¿Le acogería bien, o censuraría su conducta? ¡Qué no daría por conseguir un empleo antes de presentarse! ¿Por qué no habría accedido el encargado de aquel almacén a darle una oportunidad?

Una súbita, tumultuosa ovación del público, le forzó en ese punto a alzar la cabeza. La sala aparecía abarrotada de gente. Hombres y mujeres, algunos en pie y apiñados junto a la misma salida, saludaban con pañuelos, voces y jubilosos gritos. El alboroto obedecía, sin duda, a la aparición del conferenciante; ¡qué manera de hacer el ridículo, aquella gente! ¿Qué esperaban obtener de todo aquello? ¿Qué podían importarles las elecciones, o el mismo gobierno del país? Jurgis sabía qué se ocultaba entre las bambalinas del teatro político.

Volvió a concentrarse en sus pensamientos, esta vez turbado por una nueva circunstancia: el hecho de que, atestada como estaba la sala, sería imposible abandonarla antes de que concluyera el acto y, para entonces, sería demasiado tarde para realizar la planeada visita. No le quedaría, pues, otro remedio que componérselas lo mejor posible para pasar la noche en la calle. Eso sería, tal vez, lo mejor. Si esperaba a la mañana siguiente, los chicos andarían en la escuela cuando él llegase y, de esta forma, Elzbieta y él podrían hablar con tranquilidad. Ella siempre había hecho gala de buen sentido y, ya que sus intenciones, en verdad, eran enteramente sinceras, no resultaría difícil conseguir que le aceptase. Además, Marija estaba de su lado y ella, al fin y al cabo, era quien les procuraba la subsistencia, cosa que no vacilaría en recordar a Elzbieta, si su acogida resultaba desconsiderada.

Cerca de dos horas llevaba Jurgis sumido en tales reflexiones cuando, por fin, advirtió los mismos síntomas de lo que había motivado, la víspera, el incidente de la expulsión, nada airoso, por

cierto. La intervención del orador no se había interrumpido ni por un momento y, mientras el auditorio prorrumpía ahora en vítores y aplausos, se percató de que los ruidos de la sala empezaban a cobrar distinta sonoridad, al tiempo que las ideas iban espesándose en su cabeza, y ésta a vacilar y ladearse. Igual que la víspera, varias veces estuvo a punto de sucumbir a la somnolencia, a cuyos embates reaccionaba con tenacidad, resuelto a superarlos. Pero reinaba en la sala una temperatura muy agradable y la larga caminata, sumada a la cena, le causaba una fatiga invencible, hasta que por fin, derrotado, con la cabeza hundida hacia adelante, entornó los ojos.

También esta vez le despertó la presión de un codo en el costado. Presa del pánico, dio un salto en el asiento. También esta vez, sin duda, se había puesto a roncar. ¿Qué iría a ocurrir ahora? Un penoso esfuerzo le permitió fijar la vista al frente, hacia el lugar ocupado por el escenario, con todo el aire de no tener, ni poder concebir tampoco, ningún otro interés que el de lo que allí se desarrollaba. En su mente se representaban ya las exclamaciones de protesta y las miradas furibundas del público, seguidas por la aparición del policía que le agarraba sin contemplaciones por el cuello de la chaqueta. ¿O acaso disponía de una última oportunidad? ¿lrían, por ventura, a dejarle en paz esta vez? Así permaneció en su asiento, trémulo, en ansiosa expectativa.

Y, entonces, cuando menos lo esperaba, sonó en su oído, con amabilidad y dulzura, la voz de una mujer:

—Si prestases un poco de atención, camarada, es seguro que te interesaría—dijo.

Esta observación causó a Jurgis mayor sobresalto que ningún zarandeo de un policía. Como antes, siguió mirando fijamente ante sí; pero el corazón le había dado un vuelco. ¡Camarada! ¿Quién sería la que así le llamaba?

Después de una larga, larguísima espera, y sólo cuando estuvo seguro de no ser observado, lanzó con el rabillo del ojo una breve mirada a su vecina. La mujer era joven y sumamente hermosa. Iba

muy bien vestida y todo su aspecto correspondía a lo que suele llamarse "una dama". ¡Y, sin embargo, le había tratado de "camarada"!

Cautelosamente volvió un poco la cabeza a fin de poder verla mejor. Luego quedó fascinado, contemplándola. Su compañera parecía haberle olvidado por completo, fija ahora su mirada en la tribuna, desde la cual un orador dirigía al público la palabra. Jurgis percibía vagamente la alocución, pero todos sus sentidos continuaban atentos a la mujer que ocupaba la butaca vecina. Cuando, por fin, la miró directamente al rostro un sentimiento peculiar, casi de alarma, embargó su ánimo hasta que sus carnes se estremecieron. ¿A qué influjo, a qué emoción podía obedecer tal semblante? ¿Qué sucedería en la sala que justificase una actitud como la suya? Inmóvil, como petrificada en su asiento, las manos unidas en el regazo, pero crispadas al extremo de que sobresaliesen los tendones de sus muñecas, traslucía su cara la agitación y el desasosiego del que se debate contra algo o asiste, con el alma transida, a la lucha de otros. Un leve temblor hacía vibrar sus aletas nasales, y a intervalos se humedecía los labios con apasionada premura. Su pecho se alzaba, y retrocedía luego, por la fuerza de la respiración, mientras su excitación parecía subir y remontarse más y más alto para, después, semejante a una barquilla transportada por las ondas de un mar embravecido, descender nuevamente hasta el fondo. ¿A qué se debía aquello? ¿Qué estaba ocurriendo? Sin duda su conmoción estaba motivada por las palabras del hombre que ocupaba la tribuna. ¿Qué clase de individuo sería aquel y qué era, después de todo, lo que decía? Movido por esa curiosidad, se le ocurrió a Jurgis, por fin, dirigir su mirada al orador.

Fue como encontrarse, de pronto, frente a algún soberbio espectáculo de la naturaleza; como asistir a los embates de una tempestad azotando un bosque profundo, o a la lucha de un navío zarandeado por la galerna. Jurgis se sintió invadido por una sensación rayana en el malestar, como de turbación, de desconcierto, de un intenso azoramiento que, sin embargo, carecía de sentido. Era el orador un hombre flaco, de elevada estatura y semblante que recor-

daba, por lo macilento, al del propio Jurgis. Una fina barba negra le cubría la mitad del rostro y dos cavidades, profundas y oscuras, parecían ocupar el lugar correspondiente a sus ojos. Hablaba velozmente y con gran vehemencia y determinación. Se movía, mientras fluía su palabra, de un lado al otro del escenario, alzando los brazos hacia el público, como si quisiera alcanzar con ellos a cuantos componían su audiencia. Su voz era profunda, como la de los tonos graves de un órgano; pero pasó algún tiempo antes de que Jurgis, fascinado por la expresión de los ojos, reparase en ella o en lo que el orador decía. En un momento dado, sin embargo, tuvo la impresión de que el conferenciante se dirigía de forma personal a él, como si de entre todo el público hubiera elegido a Jurgis como destinatario de sus declaraciones. Fue entonces cuando cobró súbita conciencia de esa voz que vibraba, trémula de emoción, afanosa, como si el dolor modulase sus acentos, como si el peso de las cosas inexpresables, las que están allende las palabras, la sofocara. Escuchándola, el ánimo quedaba paralizado, sujeto, paralizado.

—Ustedes dirán —decía el hombre en ese momento— "Sí, son ciertas esas cosas, pero hace tiempo que las conocemos"; y otros objetarán: «Quizá llegue a realizarse todo eso; pero yo no lo veré, no alcanzaré sus beneficios». Y eso les bastará para volver a la inercia del quehacer cotidiano, para entregarse de nuevo a la expoliación del poder económico, esa máquina gigantesca cuyos resortes alcanzan a todos los rincones de la tierra: la misma en que son ustedes triturados para procurar provecho. Volverán corriendo a afanarse largas horas en beneficio ajeno. Y, mientras tanto, viven en lugares miserables e inhóspitos, realizan trabajos malsanos y peligrosos, luchan contra el espectro del hambre y las privaciones, siempre acechados por los accidentes, por la enfermedad o la muerte. Y esa lucha se hace cada día más denodada, más cruel. Con cada nueva jornada crecen un poco las exigencias del trabajo y sentimos cerrarse un poco más sobre nosotros la mano férrea de las circunstancias. Transcurren meses, años tal vez, y al final vuelven aquí y aquí me encuentran de nuevo apelando a ustedes, ávido de saber si las nece-

sidades y la miseria han surtido por fin su efecto, si las injusticias y la opresión han conseguido abrirles de una vez los ojos. Sigo y seguiré esperando, porque nada puedo hacer aparte de eso. No hay ningún desierto donde yo pueda esconderme para no ver esas cosas, ni puerto alguno que me ofrezca abrigo contra ellas. Aunque viajase a los mismos confines de la tierra, en ellos volvería a encontrar el mismo abominable sistema. Por todas partes, los gestos bellos y nobles de la humanidad, los sueños de los poetas y los suplicios de los mártires se verán siempre atados, siempre puestos al servicio de la codicia rapaz y organizada. De ahí que haya renunciado a los regalos de la vida y a la felicidad, que haya vuelto la espalda a la salud y al prestigio para lanzarme al mundo y proclamar las heridas que llevo en el espíritu. Por eso nada puede sellar mi boca: no lo pueden ni la pobreza ni la enfermedad, ni los odios ni los vilipendios, ni, tampoco, las amenazas o el escarnio; no hay prisión ni hostigamiento capaz de silenciarme, ni lo conseguirá poder alguno, de este mundo, o de otro entre cuantos han sido, son o pueden ser creados. Si esta noche fracaso, no me quedará sino probar mañana, sabiendo que la culpa no es sino mía; porque si las visiones de mi alma llegaran a alcanzar expresión siquiera una vez, si las agonías que lo consumen pudieran ser vertidas al lenguaje humano, ninguna barrera, ni aun las de los más ciegos prejuicios, podría oponérseles, ni habría una sola alma, entre las más indolentes, que no se alzara y emprendiera la acción. Esas visiones avergonzarían a los más cínicos y causarían espanto a los más egoístas; y, entonces, los que se complacen en la burla enmudecerían, y el fraude y la falsedad retrocederían a sus cavernas haciendo que la verdad saliera a la luz. Porque mi voz no es otra que la de los millones de seres que carecen de ella. Es la voz de los oprimidos que no tienen quien los consuele. Mi voz es la de los desheredados de la vida, los que no conocen tregua ni descanso; la de aquellos para quienes la existencia es una prisión, un cuarto de tortura, una tumba. Mi voz reproduce la del niño que esta noche se afana en alguna plantación algodonera del sur rendido de fatiga, anonadado de angustia e incapaz de concebir otra esperanza que

la de la fosa. Es mi voz la de la madre que está cosiendo a la luz de una bujía en el sotabanco de una casa de vecindad, con los ojos húmedos de llanto, con el cuerpo exhausto y el espíritu atormentado por el hambre de sus pequeños. Yo invoco al hombre que, tendido sobre su miserable lecho de muerte, se debate contra la enfermedad hasta el último, agónico momento, sabiendo que los que deja tras de él, sus seres queridos, quedan abocados al exterminio. Hablo por la muchacha que en estos momentos recorre alguna calle de esta horrenda ciudad y, abatida, languideciendo de inanición, trata de optar entre el burdel y las aguas del lago. Hablo por boca de todos aquellos, quienesquiera que sean y dondequiera que estén, que son arrollados por las ruedas asesinas del carro de la codicia. Clamo en favor del alma imperecedera del hombre que, surgido del polvo, trata de liberarse de sus prisiones, pugna por abatir el yugo de la opresión y la ignorancia y busca, a tientas, el camino que conduce a la luz.

El orador hizo una pausa. A ella siguió un breve silencio, no más largo que el tiempo que empleó el auditorio en recuperar el aliento para, en seguida, prorrumpir en un solo grito compuesto por mil voces. Jurgis permanecía en perfecto silencio. Inmóvil, rígido, la mirada fija en el orador, estaba trémulo y anonadado por el asombro.

De pronto, el hombre que ocupaba la tribuna alzó los brazos y de nuevo se hizo el silencio, con lo cual reemprendió su discurso:

—Esta noche apelo —dijo— a cuantos de ustedes, independientemente de su condición, aprecian la verdad; pero mi llamada va dirigida en particular a los obreros, a aquellos para quienes los males que describo no representan un mero concepto sentimental con el que quepa entretenerse y jugar para, finalmente, ponerlo de lado y, tal vez, relegarlo al olvido, sino crudas e implacables realidades emparentadas con las fatigas cotidianas, con las cadenas que sujetan e inmovilizan sus miembros, con el látigo que se abate sobre sus lomos y con los hierros que les laceran el alma. ¡A ustedes me dirijo, obreros! A los trabajadores que, habiendo alzado este país,

carecen de voz en sus instituciones. A aquellos cuyo destino es sembrar para que otros cosechen, trabajar y obedecer sin recibir más recompensa que la destinada a las bestias de carga, ni otro alimento y cobijo que el que les permita subsistir hasta la próxima jornada. Es a ustedes a quienes acudo con mi mensaje de salvación, a ustedes a quienes apelo. No ignoro la magnitud de lo que les pido, porque la situación y la vida de ustedes han sido, en otro tiempo, las mías propias, y no hay hombre en esta sala que sepa más acerca de ellas. Yo he conocido la existencia del limpiabotas callejero que carece de hogar, se alimenta de mendrugos y pasa sus noches en la escalera de un sótano o bajo un carromato vacío. Sé lo que es esforzarse y anhelar y nutrir sueños esplendorosos para verlos, después, aniquilados; yo he visto las mejores galas de mi espíritu pisoteadas y envilecidas en el barro por las potencias bestiales que rigen el mundo. Sé, también, a qué precio adquiere un obrero los conocimientos; lo sé porque lo he pagado a costa del descanso y del alimento, del bienestar corporal y del sosiego del espíritu, a costa de la salud y casi de la vida misma. Por eso al comparecer ante ustedes para proclamar la esperanza y la libertad, para transmitirles imágenes que hablan de un nuevo mundo que aguarda ser creado, de nuevas tareas que piden ser emprendidas, no me sorprende encontrarlos avarientos y materialistas, indolentes e incrédulos. Si la desesperanza no hace mella en mí es porque también soy consciente de las fuerzas que operan detrás de esa actitud, a que sé lo que pueden el azote de la pobreza, el aguijonazo del desdén y el poderío de los amos, porque conozco la audacia de las dignidades y la altanería. No desfallezco porque tengo la seguridad de que, entre los muchos que han acudido a mí esta noche, y pese a toda la obcecación y la indiferencia que pueda encontrar mi llamado, por mucho que sean la simple curiosidad o el ánimo de criticar lo único que los ha hecho venir aquí, sé que entre ustedes ha de haber un hombre a quien el dolor y el sufrimiento han arrojado a la desesperanza, un hombre al que algún fortuito espectáculo de horror o de injusticia ha despertado con una brusca sacudida. Para él, mis palabras tendrán el efecto del

relámpago para el caminante que, avanzando en la oscuridad, ve iluminada la ruta y manifiestos sus peligros y obstáculos; de esa misma manera mis palabras resolverán sus problemas y arrojarán luz sobre sus dificultades. Y, caída la venda que le cubría los ojos, libres sus miembros de los grilletes que los apresaban, ese hombre se alzará con un grito de gratitud y emprenderá la marcha, libre al fin. De él emergerá un hombre liberado de una esclavitud cuyas condiciones él mismo ha creado; un hombre que no volverá a caer en la trampa; un hombre invulnerable a los elogios e inaccesible a las amenazas; un hombre que, a partir de esta noche, avanzará en lugar de retroceder, que se aplicará a estudiar para comprender, que empuñará su espada para incorporarse a las filas de sus camaradas y hermanos; un hombre que llevará a los demás, como yo se la he llevado a él, la buena nueva y, con ella, el don precioso de la libertad y la luz, que no es propiedad mía ni suya, sino patrimonio del alma humana. ¡Obreros, trabajadores, camaradas, abran los ojos y miren a su alrededor! Han vivido ustedes tanto tiempo en la esclavitud que los sentidos se les han embotado y el alma se les ha quedado yerta; pero, aunque sólo sea una vez en su vida, cobren ustedes conciencia del mundo en que existen; arránquenle los harapos de sus costumbres y convencionalismos y contémplenlo tal cual es, en su desnudez repugnante. ¡Cobren conciencia de él, cóbrenla! Dense cuenta de que, esta misma noche, mientras nosotros estamos aquí, en las llanuras de Manchuria dos ejércitos hostiles se enfrentan el uno al otro; en este preciso instante, mientras ustedes escuchan y yo hablo, un millón de seres humanos atentan los unos contra los otros como locos, cada uno empeñado en destrozar a su contrario. ¡Y esto ocurre en el siglo veinte, mil novecientos años después que el Príncipe de la Paz naciera en el mundo! ¡Mil novecientos años lleva su palabra predicándose como divina cuando dos ejércitos se abaten uno sobre otro para aniquilarse mutuamente a la manera de las fieras salvajes en la jungla! Pese a todas las ideas de los filósofos, de las profecías, de los avatares, del llanto y las súplicas de los poetas, ese monstruo abominable anda suelto y destruye a su antojo.

Hemos construido iglesias y universidades y disponemos de libros y periódicos; hemos sondeado los cielos y explorado las entrañas de la tierra; hemos sopesado, razonado y ensayado, hemos explotado el ingenio y... todo ha sido únicamente para procurar a los hombres instrumentos con que destruirse. A ese ejercicio le llamamos Guerra y con ese pretexto lo llevamos a cabo. Y no traten de contentarme con trivialidades y lugares comunes; en cambio, vengan conmigo, ¡vengan y dense cuenta! ¡Vean los cuerpos de los hombres, atravesados por las balas, destrozados por la metralla; oigan el chasquido de las bayonetas al hundirse en la carne humana; escuchen los gemidos y los gritos agónicos; contemplen los rostros contraídos por el dolor y desfigurados por la rabia y el odio! Pongan ustedes la mano sobre ese despojo de carne: está tibio y aún palpita, y hace apenas un instante formaba parte del cuerpo de un hombre. ¡Y a esa sangre que exhala vaho la movía e impulsaba un corazón humano! Y ese exterminio organizado, sistemático, premeditado, ¡oh Dios Todopoderoso!, sigue y avanza. Y, conociéndolo, habiéndolo leído, nosotros, sin embargo, lo aceptamos como una cosa natural; nuestros periódicos dan cuenta de él, pero no detienen sus imprentas; nuestras iglesias lo conocen, pero no cierran sus puertas; la gente lo contempla, pero el horror no la mueve a alzarse sublevada.

Tal vez Manchuria sea un lugar demasiado remoto para ustedes. Vengan entonces conmigo aquí, a Chicago. En esta ciudad y esta misma noche diez mil mujeres se encuentran encerradas en inmundos rediles y el hambre les lleva a vender sus cuerpos para subsistir. Y este hecho, que nos consta, lo convertimos en bromas: esas mujeres están hechas a imagen de sus madres y podrían ser sus hermanas o sus hijas; a esa criatura que han dejado ustedes esta noche en casa, y cuya mirada risueña encontrarán con la mañana, le puede estar aguardando un destino idéntico. Esta misma noche en Chicago diez mil desdichados sin hogar que, aspirando sólo a trabajar, suplican una oportunidad de hacerlo, están al borde de la inanición y se enfrentan aterrados a la perspectiva de un invierno gélido. Esta noche, en Chicago, para ganarse el pan, cien mil niños

agotan sus fuerzas y malogran su vida. Y un número igual de madres luchan, sumidas en la miseria y la inmundicia, por defender un jornal con que alimentar a sus pequeñuelos. E igual cantidad de ancianos indigentes esperan, indefensos, a que la muerte los arranque a sus tormentos. Y hay un millón de seres, hombres, mujeres y niños, que comparten la suerte de los esclavos, que, por un salario que apenas alcanza a mantenerlos vivos, trabajan con denuedo tantas horas como su cuerpo aguanta y sus ojos son capaces de ver; un millón de seres condenados hasta el fin de sus días a no conocer otra cosa que la monotonía y la fatiga, el hambre y la desolación, el frío y el calor extremos, la suciedad y las enfermedades, la ignorancia, el alcohol y el vicio.

Y, ahora, hay un millar de hombres, diez mil, tal vez, que son los amos de esos esclavos y se benefician de su trabajo. Nada hacen para ganar lo que reciben y ni aun tienen necesidad de pedirlo; todo ello acude a sus manos por propio impulso, y su único cuidado es gastarlo. Esos hombres habitan palacios en medio de un lujo y un despilfarro como no hay palabras para describirlos, capaces de anonadar la imaginación y trastornar el espíritu hasta la náusea. Por un par de zapatos, por un pañuelo, por una liga pagan cientos de dólares; miles de dólares en adornos, flores y perros. En caballos, coches y yates los gastan por millones; millones de dólares dilapidan en lujosas moradas, en banquetes y en pequeñas piedras brillantes con que adornar sus cuerpos. Su vida es una competición mutua por ser los primeros en cuanto a ostentación y derroche, por aventajar a cualquier otro en destruir recursos naturales y cosas necesarias, en malgastar el trabajo y el producto de las vidas de sus semejantes, la labor y los afanes de países enteros, el sudor, las lágrimas y la sangre de la especie humana. Todo les pertenece y todo va a parar a ellos como van a parar los arroyos a los riachuelos, y estos a ríos mayores que desembocan, a su vez, en los océanos. Así, de manera igualmente automática e inevitable, todas las riquezas de la sociedad discurren hacia ellos. El labriego rotura los campos, el minero excava las entrañas de la tierra, el tejedor manipula el telar, el

cantero talla la piedra; el hombre de ingenio inventa, el sagaz dirige, el sabio estudia, el inspirado canta… y los resultados de todo ello, los productos del cerebro y el músculo, se ven acumulados en una corriente única y colosal que va a verterse en los regazos de ellos. El bosque ha sido despejado, la tierra civilizada. Sobre ella se tienden vías de tren, se levantan ciudades poderosas. Se diseñan máquinas, se organizan sistemas industriales: todo para ellos. La sociedad entera está a su merced, y todo el trabajo de la tierra en sus manos. Semejantes a lobos sanguinarios, asolan y destruyen: al igual que las aves rapaces, devoran y destrozan. Todas las potencias de la humanidad les pertenecen, sin posibilidad de rescate y para siempre; haga aquella lo que haga, por más que luche y se debata, su vida les está supeditada hasta la extinción. Esos mil, o tal vez diez mil hombres, no sólo poseen y disponen del trabajo de la sociedad, sino que tienen, además, comprados sus gobiernos. En países como Estados Unidos, que antaño fueron democracias y en los que la voluntad del pueblo se opuso a ellos, han logrado llevar a cabo su golpe de Estado mediante sobornos. Sin freno, se han servido del poder de sus expoliaciones y sus robos para reafirmarse en sus privilegios y construir canales más hondos y caudalosos para que fluyan mejor sus beneficios. Pero ¿y ustedes, los obreros, los trabajadores? Ustedes siguen bregando como bestias de carga, sin más conciencia que la del día que pasa y sus fatigas, porque los han habituado a eso y eso les han enseñado. Y, sin embargo, ¿hay aquí, entre ustedes, algún hombre capaz de creer que un sistema así pueda durar indefinidamente? ¿Hay, entre el auditorio de esta noche, un solo hombre tan endurecido y degradado que se atreva a ponerse en pie ante mí y declarar que lo cree posible; que crea posible que el producto del trabajo humano, lo que constituye los medios de subsistencia de la sociedad, pertenecerá eternamente a los ociosos y a los parásitos; que será dilapidado sin cesar para sufragar la vanidad y la concupiscencia; que quedará al servicio de cualquier arbitrio y al arbitrio de cualquier voluntad? ¿Habrá aquí algún hombre que afirme que no ha de llegar el tiempo de que el producto del quehacer humano

pertenezca a la humanidad, que sea empleado en su beneficio y administrado conforme a su voluntad?

Y, si eso ha de ser así, si ha de realizarse, ¿cómo ocurrirá, cuál es el poder capaz de instaurar ese estado de cosas? ¿Creen ustedes, acaso, que sucederá por obra de sus amos; que serán ellos quienes redacten los estatutos de las libertades de ustedes; quienes forjen la espada de la liberación de ustedes, quienes acaudillen y conduzcan al combate a ejércitos de ustedes? ¿Creen que gastarán sus caudales en financiar esa empresa; que construirán las universidades y las escuelas para que ustedes reciban cultura; que imprimirán para ustedes periódicos que les hablen de sus logros; que organizarán partidos políticos para asesorarlos y guiarlos a ustedes en la lucha? ¿Es que no se dan cuenta de que la tarea es enteramente de ustedes, de que son ustedes quienes deben soñarla, hacerla posible, llevarla a cabo? ¿No comprenden que si es llevada adelante lo será tan sólo a fuerza de combatir los obstáculos de todo género que han de oponerles a ustedes la opulencia y el poderío de los amos; a fuerza de enfrentarlos al escarnio, a la difamación, al odio, a los hostigamientos, a los golpes y a las condenas de prisión? ¿No ven que todo se debe conquistar luchando a pecho descubierto contra la furia del opresor, a cambio de la triste, amarga enseñanza que trae la aflicción ciega e infinita? El triunfo de ustedes ha de venir del doloroso avanzar a tientas de una mente que no ha sido instruida, del balbucear de una voz que no ha aprendido a hablar, del hambre triste y amarga del espíritu; de la búsqueda, la lucha y el anhelo; de la desesperanza y las torturas del corazón; del sufrimiento, el dolor, el sudor y la sangre. Deben ustedes comprar su propio despertar con dinero sacado del hambre, con conocimientos adquiridos a costa de horas de sueño, de ideas comunicadas a la sombra de los patíbulos. Será una progresión que se inicie en lo más remoto del pasado. Al principio, un propósito desprovisto de brillantez y de honores, fácil de ser escarnecido y despreciado; un impulso sin el sello de lo amable y lo ameno, con el rostro del odio y la venganza; pero para ustedes,

los trabajadores, estará dotado de una voz imperiosa y penetrante, de una voz a cuya llamada no podrán sustraerse dondequiera que se encuentren. ¡La voz de todas las injusticias que les han infligido; la voz de sus deseos, la de aquello que saben que es su deber y su esperanza, la de todo lo que en este mundo tiene valor para ustedes! ¡La voz de los pobres que claman por la desaparición de la pobreza; la de los oprimidos que abogan por la supresión de los yugos! ¡La voz de la fuerza templada en el yunque del sufrimiento; la de la decisión arrancada a la flaqueza; la del júbilo y el coraje surgidos del fondo insondable donde moran la angustia y el desaliento! ¡La voz del trabajo! ¡Este gigante que, ultrajado, desdeñado, yace en el suelo, ignorante de su poderío; ese coloso descomunal, más grande que las montañas, que vive sujeto por cadenas y cegado! Pero he aqui un sueño de rebeldía visita al coloso: la esperanza se debate en sus adentros contra el miedo, hasta que, de pronto, se agita, cae un grillete, una sacudida anima su cuerpo formidable conmoviendo lo más apartado de sus extremidades y, entonces, con la viveza del relámpago, el sueño se torna acción. El gigante se levanta, da un primer paso, saltan las cadenas y las cargas que lo agobiaban son rechazadas. Y, una vez en pie, titánico, imponente, grita su gozo de recién nacido.

La voz del orador se vio interrumpida por el énfasis de su sentimiento. Firme en la tribuna, con los brazos alzados ante sí, parecía que la fuerza de su sueño le había llevado a una especie de levitación. El público se alzó entre un estallido de voces, unos agitando los brazos, otros con una risa abierta a impulsos de la excitación que experimentaban. Y entre ellos estaba Jurgis, gritando hasta quedarse ronco; gritando porque no podía sustraerse a esa necesidad, porque la carga emocional que sobre él pesaba era superior a cuanto podía tolerar. No obedecía esto únicamente a las palabras del orador, al torrente de su elocuencia; también lo motivaba por su aspecto mismo y su voz, una voz cuyos extraños registros alcanzaban todos los compartimientos del alma, invadiéndolos como el tañido de una campana; una voz que hacía

que quien la oyera sintiera su cuerpo aferrado por ella como por un puño poderoso, que conmovía y sobresaltaba, que infundía al ánimo el pavor de las cosas ajenas a este mundo, de los misterios nunca invocados, del hálito de lo sobrenatural. Con ella el oyente veía que ante sí se desplegaban perspectivas no imaginadas: sentía que la tierra cedía bajo sus pies y veía conmocionado, sacudido, trastornado el contorno. A su conjuro cesaba de sentirse un hombre ordinario para descubrir en su interior potencias jamás soñadas, fuerzas demoníacas en conflicto y portentos, viejos como la propia vida, pugnando por manifestarse. El que percibía esa voz se sentía sofocado de dolor y de gozo y embargado por una sensación de hormigueo que alcanzaba las mismas yemas de sus dedos, mientras su respiración se volvía profunda y violenta.

Las palabras de aquel hombre habían tenido para Jurgis el impacto de un trueno que le estallara en el alma, liberando un aluvión de emociones incontenibles y dando nueva vida a las viejas esperanzas y los viejos anhelos, a los antiguos pesares y a todas las iras y desazones que creía olvidadas. Cuantos sentimientos había experimentado a lo largo de su vida parecían regresar a él de golpe, ahora dotados de una intensidad que difícilmente lograrían transmitir las palabras. Que hubiera sido víctima de tal opresión e infamia era ya bastante castigo; pero el hecho de que aquellas cosas lo hubiesen aplastado y abatido al extremo de hacerle ceder, de forzarle a olvidar y a buscar el sosiego era algo incalificable, más de lo que cualquier criatura humana debía soportar, lo bastante para abandonar a un ser al terror y abocarlo a la locura. "¿Qué es el crimen del que mata el cuerpo —pregunta el profeta—, comparado con el de quien asesina el alma?" Y Jurgis era uno de esos hombres cuya alma había sido asesinada. Un hombre que había dejado de creer y de esperar, que había pactado con la degradación y el desaliento. Y ahora se le revelaba de pronto ese hecho sórdido y monstruoso. Todos los pilares de su alma se habían desmoronado, y el cielo parecía hendirse sobre su cabeza. Allí estaba: en pie, crispados y en alto los puños, inyectados los ojos en sangre, las venas del rostro purpúreas

y congestionadas mientras él, frenético, fuera de sí, enajenado, profería aullidos de fiera salvaje.

Y, cuando se quedó sin gritos, continuó en la misma posición de antes, boqueando y apurando la voz para, con un ronco gemido, repetir una y otra vez:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

CAPÍTULO XXIX

El orador se retiró entonces y fue a ocupar un asiento en el fondo del escenario, y con ello Jurgis comprendió que el discurso había concluido. Los aplausos se prolongaron todavía por espacio de varios minutos. Luego, alguien comenzó a entonar un himno que, coreado al punto por la muchedumbre, hizo temblar la sala con su sonido. ¡Era La Marsellesa! Jurgis no había escuchado nunca su música ni conseguía, tampoco, entender su letra, pero era tan portentoso el espíritu de la canción, y tanto su ardoroso ímpetu, que quedó subyugado por ella. Mientras las estrofas iban brotando una a una en atronadora sucesión, él, trémulo de excitación, con los nervios tensos y los puños crispados, volvió a su asiento. Jamás en su vida había sentido una emoción semejante; era un milagro lo que le había sucedido. De puro aturdido, no conseguía coordinar sus ideas; pero, a pesar de ello, se daba cuenta de que la formidable conmoción ocurrida en su alma había dado nacimiento a un hombre nuevo, un ser sustraído a las garras del anonadamiento, arrancado a la servidumbre de la desesperación. Toda su vida se veía renovada, cambiada, y ahora... ¡era libre!, ¡libre! Aunque en lo sucesivo hubiera de sufrir como hasta entonces, aunque hubiera de mendigar y desfallecer de hambre, las cosas serían enteramente distintas porque, comprendiendo ahora su sentido, no le faltarían fuerzas para cargar con ellas. Nunca más habría de ser juguete de las circunstancias, porque ahora era un hombre, un hombre dotado de voluntad propia y animado por un objetivo, un fin por el cual luchar y, si

fuera necesario, morir por él. A su alrededor había hombres que le mostrarían el camino, amigos y aliados que le ayudarían a vivir a la luz de la justicia y a avanzar, cogidos del brazo.

Al extinguirse, por último, el clamor de la concurrencia, Jurgis se irguió en el asiento. Entonces apareció el presidente del acto quien, avanzando hacia el público, comenzó a hablar. Su voz, tras la intervención del orador, resultaba fútil y aflautada. Jurgis veía su irrupción como un auténtico sacrilegio. ¿Cómo podía nadie hacer uso de la palabra después de aquel hombre portentoso? ¿Por qué no permanecían todos en sus asientos guardando silencio? El presidente comenzó a explicar que, a continuación, se iba a proceder a una colecta con el fin de sufragar los gastos de la velada y contribuir al fondo que el Partido tenía abierto para campañas sociales. Jurgis quedó enterado pero, como no contaba con un solo centavo que aportar, se entregó otra vez a sus pensamientos.

Tenía fija la mirada en el orador que, apoyada la mano en la cabeza, ocupaba su butaca del escenario con aire de profunda fatiga. De pronto, sin embargo, se alzó de nuevo y Jurgis oyó al presidente decir que el orador, acto seguido, contestaría a las preguntas de los asistentes. Entonces el hombre avanzó hacia el público. Una mujer se puso en pie y le interrogó a propósito de algo que, durante su conferencia, había dicho a propósito de Tolstoi. Jurgis nunca había oído hablar de Tolstoi y tampoco le importaba quién pudiera ser ese personaje. No podía comprender que, después de una arenga semejante, pudiera nadie sentir deseos de hacer semejantes preguntas. No se trataba allí de hablar, sino de actuar; de despertar a los que aún dormían, animarlos para la acción, organizarlos y prepararlos para el combate. Pero la conversación entre el conferenciante y su interrogadora proseguía, a pesar de todo, en los mismos términos prosaicos, y Jurgis se sintió devuelto al mundo de las realidades cotidianas. Unos minutos antes había sentido el impulso de tomar entre sus manos las de su hermosa vecina de asiento y besarla, o de lanzar el brazo en torno a los hombros del hombre que ocupaba la butaca opuesta. Pero ahora volvía a cobrar

conciencia de lo que era: un vagabundo desastroso y sucio, que olía mal y no tenía dónde pasar la noche.

Por eso, cuando se levantó la sesión y el público comenzó a abandonar la sala, Jurgis se sintió zozobrar en un mar de confusión. Ni siquiera se había planteado la idea de marcharse de allí; muy por el contrario, estaba convencido de que aquel sueño iba a prolongarse indefinidamente, convencido de que había encontrado amigos y camaradas. Y, en lugar de eso, se encontraba con que tenía que partir. La visión se desvanecía y sus ojos jamás habrían de verla de nuevo. Asustado, sin saber qué hacer, permaneció inmóvil en su asiento, pero había en la misma fila otros que deseaban salir y entonces hubo de levantarse y seguir la corriente del público. Todo el mundo parecía excitado y cambiaba impresiones acerca de la conferencia; todos se mostraban apasionados por ella, pero nadie se ofrecía a discutirla con él. Cerca de la salida, allí donde el aire de la noche se hacía ya perceptible, la desesperación se apoderó de Jurgis. Nada sabía acerca del discurso que acababa de escuchar y ni siquiera conocía el nombre de quien lo había pronunciado. ¡No, no! Aquello resultaba absurdo. Era preciso hablar con alguien; era preciso dar con el propio orador y abrirle su corazón. Aunque su aspecto fuera el de un vagabundo, aquel hombre no lo rechazaría.

Animado por ese propósito, se introdujo en una de las filas ya desalojadas y se mantuvo atento. Luego, mientras la concurrencia iba menguando, se encaminó al escenario. El orador ya no estaba allí, pero Jurgis reparó en una puerta lateral, abierta y sin vigilancia, que la gente cruzaba en uno y otro sentido. Haciendo acopio de valor, la franqueó por fin y, tras un tramo de escaleras y un corredor, alcanzó la entrada de una sala atestada de gente. Nadie reparó en su presencia y Jurgis se abrió paso hacia el interior hasta distinguir, en un rincón, al hombre que buscaba. Estaba sentado en una silla, con los hombros comprimidos y los ojos entornados. Uno de sus brazos colgaba inerte fuera del asiento y su rostro mostraba una palidez aterradora, de tonos oliváceos. Junto a él permanecía en pie

un hombre corpulento con gafas y que en ese instante trataba de rechazar a los que invadían el cuarto.

—Apártense, apártense un poco, por favor —decía. ¿Acaso no ven que el camarada está muy fatigado?

En vista de ello y por espacio de cinco o diez minutos, Jurgis se limitó a observar. A ciertos intervalos, el hombre alzaba la cabeza y contestaba con monosílabos a las personas que tenía a su lado. Hasta que, por fin, en uno de esos momentos de atención, sus ojos discernieron a Jurgis. Había en su mirada algo que sugería extrañeza o deseo de saber. Entonces, presa de un súbito impulso, Jurgis se adelantó hacia él.

—¡Permítame, señor, que le dé las gracias! —exclamó con una premura que le robaba el aliento. No quise irme sin decirle lo muy agradecido, lo muy dichoso que me siento de haberle escuchado. Yo... no tenía idea de ninguna de esas cosas...

El hombrón de las gafas, que se había alejado un momento, acertó a volver en ese instante.

—El camarada está muy cansado para hablar con nadie —comenzó.

Pero el otro lo interrumpió sujetándole la mano.

—Aguarda —intervino. Este hombre tiene algo que decirme —y, luego, fijando la mirada en el rostro de Jurgis, continuó— ¿Quieres saber más del socialismo?

Jurgis experimentó una sacudida.

—Yo... verá... —tartamudeó. ¿Es del socialismo de lo que ha hablado? No lo sabía. No sabía que tuviera ese nombre. Pero quiero ayudar, porque yo... he pasado por todas esas cosas.

—¿Dónde vives? —preguntó el orador.

—En ninguna parte —respondió Jurgis. Estoy sin trabajo.

—Eres extranjero, si no me equivoco.

—Lituano, señor.

Tras un instante de meditación, el hombre se dirigió a su compañero.

—Veamos, Walters, ¿de quién podemos echar mano? —indagó. Tenemos a Ostrinski; pero es polaco...

—Ostrinski habla lituano —respondió Walters.

—En este caso, ¿te importaría averiguar si ha marchado ya?

El otro se alejó. Entonces el orador volvió a mirar a Jurgis. Sus ojos eran negros y profundos y su rostro denotaba una gran ternura unida a un intenso sufrimiento.

—Te ruego me perdones, camarada —dijo a Jurgis. Estoy muy cansado... Este último mes he comparecido a diario ante el público. Pero te presentaré a alguien que te orientará tan bien como pudiera hacerlo yo mismo.

Walters, que no había tenido más que llegar hasta la puerta para cumplir su encargo, regresó seguido de un hombre que fue presentado a Jurgis como "el camarada Ostrinski". Era un hombrecillo menudo, cuya cabeza alcanzaba apenas el hombro de Jurgis, marchito y arrugado, algo cojo y extremadamente feo. Iba metido en una levita de largos faldones, con dobladillos y ojales ennegrecidos por el uso. Su vista debía de ser débil, pues usaba unos anteojos de cristales verdes ahumados que le conferían un aspecto grotesco. Pero su forma de estrechar la mano era firme y efusiva, y eso, unido al hecho de que hablase lituano, predispuso a Jurgis en su favor.

—¿Deseas información acerca del socialismo? —inquirió. Cuenta conmigo. Podemos salir y caminar un poco. Eso nos permitirá hablar con tranquilidad.

Jurgis, ante ello, se despidió del maestro brujo y salió de la estancia. Ostrinski, que se había ofrecido a acompañarle a casa, quiso saber dónde vivía y eso obligó a Jurgis a explicar, una vez más, que carecía de hogar. Entonces, a petición de su acompañante, relató su historia: en qué circunstancias había llegado a América, su suerte en los mataderos, la disolución de su familia y los hechos que le habían convertido en un vagabundo. Ostrinski, tras haber escuchado la narración hasta el fin, estrechó con fuerza el brazo de Jurgis y dijo:

—¡La vida no te ha regateado amarguras, camarada! ¡Haremos de ti un luchador!

A continuación fue Ostrinski quien contó a Jurgis los pormenores de su existencia. Dijo que gustosamente le habría ofreci-

do cobijo en su casa, a no ser porque la vivienda constaba de dos únicas habitaciones y él no disponía de otro lecho que el suyo, que le hubiera cedido de no encontrarse enferma su mujer. Pero al comprender que, a menos que lo acogiera en su domicilio, Jurgis habría de pasar la noche en los pasillos del puesto de policía, propuso buscarle acomodo en el suelo de la cocina, cosa que Jurgis aceptó de muy buen grado.

—Quizá podamos encontrar mejor solución mañana —concluyó Ostrinski. Hacemos lo posible por evitar que nuestros camaradas sufran penalidades.

Ostrinski vivía en el distrito del gueto, en una casa de vecindad en cuyos sótanos ocupaba un par de habitaciones. Al entrar escucharon el llanto de un niño de pecho. Ostrinski cerró la puerta que comunicaba con el dormitorio y a continuación explicó a Jurgis que tenían tres hijos de corta edad además del que acababa de nacer. Luego, y mientras acercaba un par de sillas a la estufa de la cocina, pidió a Jurgis que disculpara el desorden reinante, agregando que a esas horas todo andaba trastocado en la casa.

La mitad del espacio de la pieza destinada a cocina la ocupaba una mesa de taller que aparecía cubierta de prendas amontonadas. Ostrinski explicó que se ganaba la vida acabando pantalones. El trabajo lo traía él mismo a casa en grandes fardos y lo despachaba, luego, con la ayuda de su mujer. Hasta ese momento habían conseguido salir adelante, pero la situación iba haciéndose más difícil a causa de su vista, que comenzaba a fallar, y ni siquiera sabía qué iba a ser de ellos cuando le faltase por completo. No tenían nada ahorrado ni había posibilidad de hacerlo, cuando las jornadas de doce y catorce horas apenas alcanzaban a cubrir las necesidades más perentorias. Acabar pantalones era una tarea que no requería una particular destreza, por lo cual sobraba gente capaz de realizarla y, con ello, el precio del trabajo no cesaba de descender. Precisamente en eso radicaba el sistema de competencia salarial, dijo, y por ahí debían comenzar, si deseaba comprender Jurgis la esencia del socialismo, con lo que él llamaba «la ley de hierro de los salarios».

Los salarios tienden siempre a descender al mínimo. Para su subsistencia cotidiana —comenzó Ostrinski su explicación—, el obrero depende enteramente de su trabajo y éste nunca es retribuido más que con arreglo al salario que están dispuestos a aceptar los que están más abajo. El punto fundamental de análisis es siempre el lugar de los pobres. Organizándose, mediante sindicatos y huelgas, podían elevar un poco el nivel salarial, pero siempre había una masa de trabajadores no organizados y de desempleados que los barría como una riada, de modo que los salarios descendían de nuevo y, de esta forma, la mayoría de la clase obrera se veía siempre enfrentada a la pobreza en una lucha eterna y sin cuartel. Ese estado de cosas, que recibe el nombre de "competencia", vale tan sólo para el obrero, que no tiene otros medios de fortuna que la venta de su trabajo. Elevada al nivel de las altas esferas, donde se encuentran los explotadores, la idea de la "competencia" pierde, por supuesto, toda entidad, en cuanto el número de los que rigen es muy reducido y su función se presta, por ello, a los acuerdos de grupo, de donde emergerá la capacidad rectora, de solidez inquebrantable: pagan lo que quieren por el trabajo y venden los productos al precio que les da la gana. La clave de todos los problemas del mundo moderno era la combinación entre un índice de precios monopolístico y un índice salarial sometido a competencia. Ello había determinado la formación, a escala mundial, de dos únicas clases separadas por un abismo infranqueable: los capitalistas, poseedores de enormes fortunas, y el proletariado, sometido a la esclavitud mediante cadenas invisibles. La relación numérica entre el primer grupo y el último era de uno a mil, pero los miembros de la clase obrera habían de acarrear, con su ignorancia y su indefensión, un lastre que les mantendría a merced de los explotadores, en tanto no se organizaran y adquiriesen "conciencia de clase". Ésa era una máxima socialista: significaba que el trabajador tenía que darse cuenta de una vez y para siempre de que los intereses de su patrón y los suyos eran opuestos. Así se uniría al movimiento socialista y dedicaría todas sus energías a abrir los ojos al resto de trabajadores. Era un proceso lento y penoso,

pero nada podría impedirlo. Cabía establecer un parangón con el desplazamiento de un glaciar: una vez iniciado, nada podía contenerlo. A esa labor se consagraban los socialistas sin jamás perder la fe en los "buenos tiempos que han de venir", cuando la clase obrera tome las riendas del poder y arranque los medios de producción del control de la propiedad privada. Por más pobre que fuera un hombre, por muchos que fuesen sus sufrimientos, nunca, en tanto sustentara su fe en ese tiempo futuro, se podría sentir realmente desdichado. Sabía que, aunque él no alcanzase a conocer esa nueva época, su hijo sí la vería. Para un socialista, la victoria de su clase era la suya propia. Además, siempre podía encontrar aliento en los progresos de la lucha común. En Chicago, sin ir más lejos, el Partido estaba ganando terreno a pasos de gigante. Chicago era el centro industrial del país y sus trabajadores adelantaban al resto en lo que a conciencia de clase se refería. En ninguna parte tenían los sindicatos la fuerza de la que allí gozaban; pero de estas organizaciones los obreros sacaban escaso provecho, porque también los patronos tenían las suyas y eso hacía que las huelgas, por lo general, acabaran en el fracaso. Los sindicatos se venían abajo, pero los trabajadores comenzaban entonces a militar en el socialismo.

Ostrinski pasó entonces a explicar la organización del Partido y cómo funcionaban los mecanismos de que el proletariado se servía para su autoeducación. Todo partía de la idea de los "locales", de los cuales existía uno por lo menos en todas las grandes urbes y, también, en las ciudades de segundo orden, mientras su organización iba extendiéndose rápidamente a los centros de población de menor importancia. Los locales, que podían tener un mínimo de cien y un máximo de mil socios, sumaban mil cuatrocientos en todo el país, con un total de veinticinco mil afiliados que mantenían la organización mediante el pago de cuotas. El Local del Condado de Cook, como se llamaba la organización central de Chicago, contaba con ocho filiales y en esos momentos estaba invirtiendo miles de dólares en su campaña. Se publicaban además semanarios en tres lenguas distintas —inglés, bohemio y alemán— y una revista mensual

editada, también, en Chicago. A esto había que añadir la existencia de una editorial cooperativa que lanzaba actualmente un millón y medio de ejemplares, entre libros y folletos, de carácter socialista. Y todo ello había sido producto de los últimos años de labor, pues cuando Ostrinski llegó a Chicago ninguna de esas cosas existía.

Ostrinski, que era polaco-alemán y contaba alrededor de cincuenta años, procedía de Silesia. Miembro de una raza despreciada y perseguida, formaba parte del movimiento proletario cuando, en los primeros años de la década de 1870, y tras haber derrotado a Francia, Bismarck había vuelto sobre la Internacional Obrera su política de sangre y fuego. Ello había costado a Ostrinski dos condenas de cárcel que, siendo joven, había afrontado sin concederles mayor importancia. No paró en eso su lucha, pues, al convertirse el socialismo, tras haber franqueado todas las barreras, en la mayor fuerza política del imperio, él se había trasladado a América para volver a comenzar desde el principio. Sus ideas socialistas habían provocado allí estallidos de risa. "¡En América todo el mundo es libre!", solían decirle. Y, a eso, Ostrinski replicaba: "¡Como si la libertad política hiciera más tolerable la esclavitud laboral!"

Todo esto lo relataba el sastrecillo trepado en su silla, de cuyas patas únicamente dos tocaban el suelo, con los pies reposando sobre el horno de la cocina, ahora vacío, y hablando en voz muy baja, a fin de no despertar a los que dormían en la habitación contigua. Jurgis veía en él un ser no menos portentoso que el orador de la asamblea. Pobre como era, humilde entre los humildes, desposeído de todo y reducido a una existencia miserable, ¡cuántos eran, sin embargo, sus conocimientos, cuántos sus logros y qué heroica su conducta! Y como él había muchos otros, millares de hombres de esa categoría, ¡y todos eran obreros! Que ellos fuesen los artífices de tan prodigiosos mecanismos de progreso le parecía a Jurgis una cosa increíble, demasiado buena para ser cierta.

Ostrinski dijo entonces que la reacción de Jurgis era típica de los que llegaban al socialismo por vez primera. Los nuevos conver-

sos perdían el mundo de vista a fuerza de entusiasmo: incapaces de comprender que los demás permaneciesen ciegos ante lo que consideraban ellos tan evidente, se creían seguros de evangelizar al mundo entero en el transcurso de la primera semana. Pasado algún tiempo se percataría Jurgis de que la tarea era bastante más ardua y se sentiría satisfecho con ver llegar otros voluntarios que le librasen del marasmo. Añadió Ostrinski que la situación del momento, con la campaña presidencial en curso y todo el mundo hablando fervorosamente de política, no podía ser más propicia para dar rienda suelta a su fogosidad. Propuso entonces llevarle a la próxima asamblea de la filial, donde podría, después de ser presentado, hacerse miembro del Partido.

Todo lo que tenía que hacer era firmar una declaración en la que renunciaba a toda conexión con los partidos tradicionales y en la que afirmaba a la lucha de clases como eje fundamental de la sociedad moderna. La cuota era de cinco centavos semanales, pero aquellos que no podían costearla quedaban dispensados del pago. El Partido Socialista era una organización política de corte netamente democrático: regida por sus propios afiliados, mediante la iniciativa particular y el referéndum.

Todas las naciones civilizadas —continuó Ostrinski— contaban con organizaciones socialistas. El Partido era de ámbito internacional, y con sus treinta millones de afiliados, de los cuales ocho millones tenían derecho a voto, ocupaba el primer lugar de todos los existentes en el mundo. El primer diario socialista había visto la luz en el Japón, y su primer diputado había sido nombrado en Argentina. En Francia gozaba de fuerza suficiente para componer gabinetes, y tanto en Italia como en Austria constituía el equilibrio del poder y hacía caer ministerios. En Alemania, donde contaba con más de un tercio del total de los votos del país, los restantes partidos habían formado a una coalición para combatirlo. Ostrinski explicó entonces que no se podía pensar en el triunfo del movimiento proletario en un solo país, pues eso llevaría a la nación a ser aplastada por los poderes militares enemigos, razón por la cual el movimiento so-

cialista era un movimiento internacional que abogaba por la unión de toda la humanidad bajo los principios de la libertad y la fraternidad: todos eran iguales, blancos, negros, rojos o amarillos. Era la nueva religión del género humano o, dicho con más exactitud, la materialización de una religión ya existente, pues el socialismo resultaba una estricta aplicación de las enseñanzas de Cristo.

Bien pasada la medianoche, Jurgis continuaba absorbido en la charla. Las declaraciones de Ostrinski constituían para él una experiencia maravillosa, casi sobrenatural. Era como haber establecido contacto con un habitante de una dimensión sobrenatural, con un ser ajeno a todas las limitaciones humanas. Jurgis había pasado cuatro años vagando sin rumbo por lo más intrincado de una jungla abundante en trampas; y ahora, de pronto, una mano se tendía hacia él para sacarlo de ese lugar de perdición y elevarlo a las cimas de las montañas, desde donde le era revelado en plenitud un panorama en el que podía reconocer todas las sendas que había recorrido errabundo, todos los cenagales donde había quedado atrapado y todas las guaridas de los animales de presa que se habían abatido sobre él. Estaban, por decir algo, sus experiencias de Packingtown; pero ¿qué había en ellas que Ostrinski no pudiera explicar? Para Jurgis los empresarios de la carne habían representado una fuerza del destino; Ostrinski, en cambio, le demostró que no representaban sino al Trust Carnicero: una gigantesca alianza de capitales que había conseguido aplastar toda oposición, pisoteando las leyes del país y sacando ventaja del pueblo llano. Jurgis tenía aún presente la impresión de crueldad y salvajismo que había obtenido, durante su primera visita a los mataderos, del sacrificio de un cerdo. Tras presenciar tal crueldad, había abandonado el establecimiento dichoso de no pertenecer a aquella especie. Pero Ostrinski le demostró que los conserveros habían sacado de él exactamente el mismo beneficio que obtenían de uno de sus puercos. En eso, obreros y animales se encontraban igualados, y de unos y otros obtenían los patronos idénticos beneficios. El negocio es el negocio. De la misma manera que ninguna reflexión se dedicaba a los sentimientos y el parecer

de los cerdos, tampoco los obreros, ni los consumidores de la carne sacrificada, inspiraban el menor reparo. Esta ley, vigente en todos los lugares del mundo, hallaba en Packingtown su mejor confirmación. La propia ferocidad y crudeza del trabajo de matarife debía de guardar cierta relación con ello, y ésta no podía ser otra que el hecho de que para los conserveros cien vidas humanas no alcanzaban a compensar diez centavos de beneficios.

Ostrinski le indicó que, tan pronto se familiarizase con los textos socialistas —lo que no tardaría en ocurrir—, Jurgis tendría acceso a una nueva visión que contemplaba el Trust Carnicero desde todos los ángulos posibles. Entonces comprendería que aquél no era sino una repetición del sistema que imperaba por doquier: el ciego e insensato código de la codicia, un monstruo dotado de cien bocas devoradoras y otras tantas garras aplicadas a la destrucción. En él cabía reconocer al Gran Carnicero, a la encarnación misma del capitalismo: era un barco pirata en las aguas del comercio que, tras alzar la bandera negra, había declarado la guerra a la civilización. La corrupción y el soborno, saltarse las leyes y desafiar a la constitución constituían sus métodos habituales de trabajo. El Ayuntamiento de Chicago no era sino una de sus sucursales. Sin pudor alguno robaban el agua a la ciudad por millones de galones; dictaban a los tribunales las sentencias que debían ser impuestas a los huelguistas rebeldes e impedían al propio alcalde que hiciera cumplir aquellas leyes de urbanismo que resultaban contrarias a sus intereses. Su influencia sobre la renta nacional les permitía escamotear sus negocios a la inspección y falsificar informes gubernamentales. Violadores de las leyes de compensación, cuando se sentían amenazados por alguna investigación estatal quemaban sus libros y mandaban a sus cómplices al extranjero. En el mundo de los negocios constituían una fuerza devastadora a cuyo paso sucumbían anualmente millares de empresas e infinidad de hombres eran conducidos a la locura o al suicidio. La industria pecuaria, de cuya actividad dependía todo el país, había sido arruinada por los paupérrimos precios de compra dictados por el trust que, además, había llevado a la ruina

a millares de carniceros contrarios a comercializar sus productos. El trust había dividido al país en distritos donde fijaban a su arbitrio el precio de la carne. Aparte de ello, y como poseían la totalidad de los vagones refrigeradores existentes en la nación, imponían enormes cánones sobre todo el tráfico de aves, huevos y verduras. A favor de los millones de dólares que semanalmente ingresaban, sus apetencias de dominio estaban extendiéndose a otras demarcaciones, como los ferrocarriles, los tranvías eléctricos y los servicios de gas y electricidad, mientras que el cuero y todos los negocios de grano del país estaban ya en su poder. La gente mostraba una gran sensibilidad en cuanto a las implicaciones de estas maniobras, pero nadie era capaz de proponer remedios efectivos. Lo único que se podía hacer era educar y preparar al pueblo para el momento en que esa gran maquinaria llamada el Trust Carnicero cayera en sus manos, de forma que fuera utilizada no para amasar capitales en favor de un grupo de asesinos y piratas, sino para producir alimentos destinados a los seres humanos.

A pesar de que era ya de madrugada cuando Jurgis se tendió en el suelo de la cocina de Ostrinski, todavía pasó una larga hora antes de que lograse conciliar el sueño. ¡No conseguía apartar de su mente la gozosa imagen que representaba a los trabajadores de Packingtown desfilando hacia los mataderos de la Unión para tomar posesión de ellos!

CAPÍTULO XXX

Jurgis desayunó con Ostrinski y su familia, y luego fue a ver a Elzbieta. La timidez con que antes contemplara el encuentro había desaparecido y, olvidando todas las cosas que había pensado decir, cuando entró en la casa empezó a hablar a Elzbieta de la revolución. La mujer creyó al principio que Jurgis había perdido el juicio y hubieron de pasar varias horas antes de que se convenciera de que no era así. Luego, convencida de que, excepto en cuestiones de

política, gozaba de salud mental, no prestó más consideración al asunto. Más tarde Jurgis habría de descubrir que Elzbieta vivía bajo una especie de caparazón que la tornaba impenetrable al socialismo. Forjada a fuego lento sobre los yunques de la adversidad, había adquirido formas imposibles de alterar. Para ella la vida se reducía a la consecución del pan cotidiano y las ideas existían solamente como instrumentos que lo posibilitaban. Del apasionado delirio que parecía haberse adueñado de su yerno lo único que le interesaba era saber en qué grado favorecía los principios vitales de la sobriedad y el trabajo; luego, al percatarse de que Jurgis tenía el propósito de encontrar trabajo y contribuir al fondo familiar en lo que le correspondiese, su resistencia cesó por completo y aun alentó a Jurgis a que la convenciera de lo que quisiera.

Era Elzbieta una mujer de extraordinaria sabiduría. Capaz de discurrir con la rapidez de un conejo atrapado, media hora había de bastarle para adoptar respecto al socialismo la actitud que luego sustentaría durante toda su vida. Todo lo aceptó, excepto la necesidad de que Jurgis abonase cuota alguna e incluso se mostró dispuesta a asistir de vez en cuando a alguna de las asambleas, donde aprovecharía el calor del debate para planear su menú del día siguiente.

Durante la semana que siguió a su conversión, Jurgis estuvo recorriendo las calles en busca de empleo, hasta que, por último, quiso la fortuna depararle una singular oportunidad. Cruzando ante uno de esos pequeños hoteles que en Chicago se cuentan por centenares, decidió, después de algunos titubeos, entrar en él y probar suerte. En el vestíbulo encontró de pie a un hombre que tenía aspecto de ser el propietario y, acercándose a él, le solicitó empleo.

—¿Qué sabes hacer? —indagó el otro.

—Me avendría a cualquier cosa, señor —dijo Jurgis con viveza. Llevo mucho tiempo sin ocupación, pero soy un hombre honrado, fuerte y bien dispuesto.

El propietario le examinaba atentamente con la mirada.

—¿Bebes? —quiso saber.

—No, señor.

—Te lo digo porque he tenido empleado a un portero que sí lo hacia, y en exceso. Lo he despedido siete veces y siete veces lo he vuelto a readmitir, hasta que por fin he resuelto tomar una decisión. ¿Aceptarías esa plaza?

—Sí, señor.

—El trabajo es duro. Hay que fregar suelos, limpiar escupideras, poner petróleo a las lámparas, acarrear baúles...

—Lo haré de buen grado, señor.

—En ese caso, no hay más que hablar. Le ofrezco treinta dólares mensuales más manutención. Si le interesa, puede comenzar inmediatamente. No tiene más que vestirse el uniforme que el otro dejó y empezar el trabajo.

De manera que Jurgis se aplicó a la tarea y hasta última hora de la tarde estuvo trabajando como mula. Al terminar la jornada se dirigió a casa de Elzbieta para ponerla al corriente y, a continuación, a pesar de que era ya muy tarde, quiso visitar a Ostrinski a fin de hacerle partícipe de su buena fortuna. Y eso hubo de procurarle una grata sorpresa pues, mientras le refería la situación del hotel, Ostrinski le interrumpió de pronto para exclamar:

—¡No irás a decirme que estás en casa de Hinds!

—Sí —respondió Jurgis—, así se llama el hotel.

A lo cual el otro se apresuró a decir:

—Entonces has ido a dar con el mejor patrón que pueda encontrarse en Chicago. Hinds es uno de los organizadores estatales del partido, amén de figurar entre nuestros mejores oradores.

En vista de ello, a la mañana siguiente Jurgis salió al encuentro de su jefe y se lo explicó todo. El hombre, entonces, le tomó la mano y se la estrechó.

—¡Magnifico! ¡Qué peso me quita de encima! —exclamó. ¡He pasado toda la noche en blanco por el remordimiento de haber puesto a un buen socialista en la calle!

A partir de ese momento Jurgis se convirtió para su "jefe" en el "camarada Jurgis" y se vio invitado a corresponder, llaman-

do "camarada Hinds" al hombre que le daba empleo. Billy Hinds, como le llamaban sus íntimos, era un hombrecillo rechoncho, de amplios hombros y rostro rebosante de salud adornado de unas amplias patillas grises. Era la más bondadosa de las criaturas humanas y también la más jovial. A eso había que unir su inagotable entusiasmo: para él, el día y la noche no tenían horas suficientes que dedicar a la charla sobre temas socialistas. Hinds era un conductor de multitudes y sus intervenciones convertían cualquier asamblea en una tempestad. Su elocuencia, cuando aquel hombre se iluminaba, era un torrente que sólo cabía comparar a las cataratas del Niágara.

Aprendiz en una herrería en su primera mocedad, Billy Hinds había huido más tarde de su casa para unirse a los ejércitos de la Unión, en cuyas filas hubo de topar por primera vez con los chanchullos y la rapaz actividad del capital, cuyos especuladores suministraban a los soldados mosquetes que la herrumbre había dejado inservibles y mantas en cuya confección nunca intervino la lana. Hinds siempre había atribuido al fallo de una de esas armas la muerte de su único hermano y a las mantas de material regenerado seguía achacando ahora cuantos males amargaban su vejez. Cuando, en tiempo lluvioso, sus articulaciones acusaban el reumatismo, siempre componía la misma mueca de disgusto y exclamaba: «¡El culpable es el capitalismo, muchacho! ¡Siempre el capitalismo! *Ecrasez l'lnfame!*». Contra todas las calamidades de este mundo esgrimía Hinds un remedio infalible cuyas bondades no dejaba de predicar a cuantos acudían a él afligidos por algún infortunio, ya fuera la dispepsia, el fracaso en los negocios o una suegra rencillosa. En esas ocasiones un destello animaba sus ojos y él decía en seguida: "Eso tiene una sencilla solución: apoye usted con su voto al Partido Socialista".

Los primeros enfrentamientos de Billy Hinds con el monstruo octópodo del capitalismo databan del mismo final de la Guerra. Cuando, a su regreso a la vida civil, había tratado de encauzarse en los negocios, pronto hubo de ver cortado su camino por la desleal competencia de los que, mediante el robo, habían amasado fortunas mientras él peleaba en el campo de batalla. Estos capita-

listas controlaban el gobierno de la ciudad, tenían los ferrocarriles en sus manos y habían llevado al comercio honrado al borde de la desaparición. En vista de ello, y tras invertir sus ahorros en valores inmobiliarios urbanos, había partido a combatir, por propia iniciativa, todas las formas de corrupción y cuantas actividades ilícitas llevaba aparejadas. Eso hubo de conducirle, primero, al ayuntamiento, luego al seno del Partido lndependiente y, de ahí, a movimientos como el sindical de la Labour Union, el del Partido Popular y el *bryanista*. Finalmente, y después de treinta años de lucha, en 1896 había terminado por convencerse de que el poder de los consorcios de capital nunca podría ser controlado, siendo su destrucción la única alternativa posible. En apoyo de su tesis hizo publicar un panfleto que la dilucidaba y, cuando iniciaba preparativos para formular un partido de su dirección que preconizase aquellos conceptos, un folleto del partido socialista, caído fortuitamente en sus manos, le reveló que otros se le habían adelantado en la iniciativa. Por aquel entonces, Hinds llevaba ocho años combatiendo en favor del socialismo. Llevaba su lucha a todos los ámbitos y ninguna ocasión —ya se tratase de una reunión del G.A.R., una convención de propietarios de hotel, un banquete para comerciantes afroamericanos o un picnic campestre de la Sociedad Bíblica— le parecía inadecuada para hacerse invitar y poner de relieve los puntos de contacto existentes entre el socialismo y el tema de que se tratase. Agotadas esas posibilidades, no vacilaba en organizar por cuenta propia giras políticas que, iniciadas en Chicago, podían concluir en cualquier punto geográfico comprendido entre los Estados de Nueva York y Oregon. Cuando regresaba de ellas, era para recorrer el propio Michigan organizando nuevos locales para el comité estatal del partido y, cumplidas todas esas tareas, ponía, por fin, rumbo al hogar para, una vez en Chicago, descansar hablando de socialismo en su propia ciudad.

El hotel de Hinds era un auténtico centro de propaganda socialista. Todos los empleados de la casa pertenecían al partido y, si alguno no formaba parte de él al ingresar en el establecimiento

era seguro que no lo abandonaría en las mismas condiciones. Tan pronto Hinds entablaba un debate con cualquiera en el vestíbulo del hotel —cosa que sucedía con mucha frecuencia—, el resto de la dotación iba acudiendo al mismo ritmo que se animaba la charla, hasta que toda la gente de la casa acababa reunida en el mismo lugar atendiendo a lo que se había convertido en un verdadero acto político. En ausencia de Hinds, estos mítines, que se repetían una noche tras otra, eran protagonizados por su ayudante, y cuando también éste se ausentaba con motivo de alguna campaña, los actos corrían a cargo de su auxiliar, mientras la señora Hinds, sentada al escritorio, cuidaba del trabajo administrativo. El ayudante, que se llamaba Amos Struver, antiguo e íntimo amigo de Hinds, un torpe gigantón lleno de huesos y magro de carnes, cuyo rostro alargado y también escuálido, dotado de patillas que le descendían por bajo de la misma mandíbula y una boca que llamaba la atención por lo ancha, respondía cabalmente, como el resto de su anatomía, a la imagen del típico ranchero de las llanuras, que era justamente lo que el hombre había sido a lo largo de toda su vida. Cincuenta de sus años los había dedicado a combatir los ferrocarriles de Kansas, primero como grajero, luego como miembro de la Alianza de Granjeros y, posteriormente, convertido en populista desarraigado hasta que, por último, Tommy Hinds le había revelado la fabulosa idea de servirse de los trusts en lugar de destruirlos, lo cual convenció a Struver de vender sus tierras y comprar algunas casas de alquiler en Chicago. Eso en cuanto se refiere a Amos Struver.

Luego venía Harry Adams, su auxiliar, un hombre descolorido, con aspecto de erudito, que procedía de Massachusetts, de una familia descendiente de los Padres Peregrinos. Inicialmente trabajador algodonero en Fall River, Adams se había visto obligado, como consecuencia del creciente marasmo que acusaba aquella industria e incapaz de tolerar por más tiempo las penurias que ello les imponía, a emigrar con su familia a Carolina del Sur. Mientras que en el Estado de Massachusetts la proporción de analfabetos de raza blanca es de ocho por ciento, en el de Carolina del Sur

alcanza una cota de ciento treinta y seis por cada millar de habitantes. En ese último Estado ocurre también que el derecho al voto exige que quien lo ejerza tenga determinada cantidad de bienes y, por esa razón, amén de otras muchas más, el trabajo infantil estaba allí ampliamente generalizado, con lo cual las compañías textiles de Carolina del Sur estaban dando al traste con las de Massachusetts. Adams ignoraba todos estos pormenores y le constaba únicamente que las factorías algodoneras del Sur continuaban en funcionamiento. Pero al llegar allí, descubrió que su subsistencia sería posible sólo a cambio de emplear a toda su familia, y ello en turnos que funcionaban de las seis de la tarde a la misma hora de la mañana siguiente. Eso le llevó a tratar de organizar la mano de obra local conforme a los patrones que regían en Massachusetts y el empeño acabó con su despido. Consiguió entonces otro trabajo, a cuyo amparo perseveró en su antiguo propósito, consiguiendo, por último, llevar a los obreros a una huelga en demanda de una reducción de los horarios. Su pretensión de organizar, más tarde, un acto público en la calle le costó la ruina. En los estados más remotos del Sur, el trabajo de los presos se le concede a los contratistas que obtengan la licencia, y cuando el número de presos es demasiado bajo, se le incrementa recurriendo a cualquier recurso. Uno de sus favoritos era la caza del negro: encuentran a unos cuantos jugando a cualquier cosa en un vestíbulo o permitiéndose el lujo de una partida de póquer un domingo por la noche y los mandan de tres a seis meses a un campo de trabajo acusados de juego ilegal, en donde se ven forzados a trabajar de sol a sol y, si se atreven a decir algo, son apaleados. Así se vio Harry Adams condenado por decisión de un juez que era primo del propietario del molino de algodón que Adams había criticado. Cumplir la sentencia estuvo a punto de costarle la vida; pero, hombre prudente ante todo, Adams se guardó de alzar la voz en ningún momento y, una vez libre, abandonó Carolina del Sur —la trastienda del infierno, como él la llamaba— en compañía de su familia. Adams no podía costearse el transporte por ferrocarril, pero como la cose-

cha andaba en su apogeo, optaron por emplearse una jornada para continuar a pie el camino al día siguiente. De esa forma llegaron a Chicago y, una vez allí, Adams se afilió al Partido Socialista. Hombre principalmente estudioso y reservado, carecía por completo del talante del orador, lo cual no impedía que en su escritorio del hotel se amontonaran indefectiblemente los textos de cariz político y que sus artículos comenzasen a atraer la atención de la prensa del Partido.

Contra de lo que cabría imaginar, todo este radicalismo no perjudicaba la prosperidad del hotel: los radicales siempre acudían allí y los viajantes de comercio lo consideraban divertido. En los últimos tiempos, el establecimiento de Hinds se había convertido, además, en hospedaje predilecto de los ganaderos del Oeste. Desde que el Trust Carnicero había dado con la treta de alzar los precios de compra para luego hacerlos caer bruscamente y beneficiarse a mansalva de los enormes excedentes producidos por la maniobra en la expedición de ganado, ocurría con frecuencia que los criadores se encontraran en Chicago con dinero apenas suficiente para sufragar la factura del transporte de la mercancía, circunstancia que les obligaba a buscar alojamiento en hoteles económicos, sin que el hecho de encontrarse con un agitador en la recepción les molestara en lo más mínimo. Para Billy Hinds estos ganaderos del Oeste constituían su audiencia predilecta. ¡Qué poco le costaba agrupar a una docena de ellos en torno a sí para ganárselos mediante los pequeños bosquejos que hacía del Trust! En cuanto conoció los relatos de Jurgis, no le dejaba ni irse de allí.

—Sin ir más lejos —solía interrumpirse en mitad de una discusión—, ahí está uno de mis empleados que, por haberlo vivido personalmente, conoce todo eso en sus menores detalles.

A lo cual Jurgis abandonaba el trabajo que en ese momento pudiera ocuparle para acercarse al corrillo.

—Cuenta a estos caballeros, camarada Jurgis, las cosas que has visto en los mataderos...

Estas invitaciones hacían, al principio, que Jurgis sufriera lo indecible. Sacarle las palabras de la boca era como arrancarle uno a uno los dientes. Pero, luego, de forma gradual, fue descubriendo lo que se esperaba de él, y al cabo de algún tiempo aprendió a asumir su papel con toda naturalidad, y lo desempeñaba con entusiasmo. En esas ocasiones, Hinds solía animarle desde su asiento con exclamaciones apropiadas y movimientos de cabeza, y, entonces, mientras Jurgis facilitaba al público la fórmula del "jamón enlatado", o refería lo concerniente a los cerdos "condenados" que se enviaban a otro estado para hacer manteca con ellos, solía Hinds exclamar, al tiempo que soltaba un rodillazo:

—En fin, ya me dirán ustedes si hay hombre capaz de inventarse semejante historia.

Y, a continuación, el propietario del hotel pasaba a explicar por qué la única solución a semejante estado de cosas se encontraba en manos de los socialistas, único partido que había adoptado "una actitud seria" respecto al Trust Carnicero. Y cuando, en respuesta a la alusión, la víctima acertaba a decir que toda la nación estaba removida por esas cuestiones, que la prensa las había denunciado, y que el Gobierno estaba tomando medidas en lo concerniente a ellas, Billy Hinds suministraba el golpe de gracia, que había estado reservando para el final.

—Sí —contestaba—, todo eso es cierto; pero ¿a qué atribuye usted esa reacción? Porque no será tan ingenuo como para suponer que es el bien público lo que la motiva: en el país existen muchos otros trusts, no menos ilegales y corruptos que el Trust Carnicero: ahí tiene usted el Trust del Carbón, que hace que los menesterosos se hielen en invierno; y el Trust del Acero, que le cobra a usted doble precio por cada uno de los clavos de sus botas; y el Trust del Petróleo, que le impide leer de noche. Pero ¿por qué cree usted que toda la furia de la prensa y el gobierno recae, precisamente, en el Trust Carnicero?

Y, cuando la víctima objetaba que el Trust del Petróleo había generado bastante ruido, Hinds le interrumpía para apuntar:

—Hace diez años, en su obra: *Riqueza contra bien común*, Henry D. Lloyd reveló todas las interioridades de la Standard Oil. Compraron la edición entera para hacerlo desaparecer. Pero recientemente dos revistas han tenido el coraje de plantar cara otra vez a la Standard Oil, y ¿cuál es el resultado? La prensa hace mofa de los autores, las iglesias salen en defensa de los criminales y el gobierno... el gobierno observa una pasividad absoluta. Pero ¿por qué es tan distinta la reacción en lo que respecta al Trust Carnicero?

Y cuando, tomada por sorpresa por este planteamiento, la víctima confesaba su ignorancia, Billy Hinds se apresuraba a ilustrarle sobre el particular y ver la perplejidad de su interlocutor convertida en regocijo.

—Si fuera usted socialista —comenzó el propietario del hotel—, sabría que la potencia que hoy en día rige verdaderamente a los Estados Unidos es el Trust Ferroviario. Es él quien gobierna el Estado al que usted pertenece, sea éste cual sea, y el que dirige el Senado de los Estados Unidos. Eso sin contar con que todos los trusts que he nombrado anteriormente son propiedad del Trust Ferroviario. ¡Todos, con excepción del Trust Carnicero! Éste ha desafiado a los ferrocarriles, cuyo feudo viene socavando día a día mediante el empleo del Vagón de Propiedad. ¡Ésa, y no otra, es la razón de que el público esté enfurecido, de que la prensa reclame a gritos una adopción de medidas y de que el Gobierno esté en pie de guerra en lo que respecta al Trust Carnicero! El Trust del Acero es quien decide las leyes tributarias en este país y nos esta robando a manos llenas; ¿se hace algo al respecto? El Trust del Carbón viola las leyes de Pensilvania que prohiben conjunciones entre la industria ferroviaria y la minera, ¿se hace algo al respecto? Ese mismo Trust infringe la ley de bonificaciones de Colorado y es el mismo delincuente confeso el que se sienta en el despacho del presidente y le ayuda en su intento de meter a la cárcel a los empresarios de la carne. Y, entretanto, ustedes, el gran público, asisten a esa pantomima y aplauden, sin duda convencidos de que toda esa lucha es en beneficio suyo, y ni en sueños creerían que lo que en realidad esconde es el apogeo de

una contienda, vieja de cien años, en la que se dirime la supremacía o la extinción de una de las dos fuerzas encontradas en el combate: el Trust Carnicero y la Standard Oil, ambas empeñadas en la posesión y el control de los Estados Unidos de América. Y el que está ganando es el Trust Carnicero porque tiene la capacidad de sangrar a los ferrocarriles. Se esta intentando utilizar todo el poder del Gobierno de los Estados Unidos, de la prensa y de la opinión pública para dar la vuelta a la contienda.

Ése era el nuevo hogar donde Jurgis no sólo vivía y trabajaba, sino también perfeccionaba su educación. Él hubiera creído que esa labor no exigía gran cosa, pero se hubiera equivocado, porque para Jurgis, que hubiera dado gustoso una mano por Billy Hinds, mantener su hotel hecho un primor era la máxima aspiración de su existencia. El que una docena de distintos conceptos socialistas pudiera ocupar entretanto su pensamiento no perjudicaba en lo mas mínimo la tarea. Muy por el contrario, si Jurgis limpiaba escupideras y pulía barandas con tal vehemencia, era porque, al mismo tiempo, creía, en sus adentros, estar luchando contra algún recalcitrante imaginario. A lo anterior sería grato poder añadir que Jurgis había abandonado definitivamente la bebida y, con ella, todos sus demás hábitos perniciosos; pero eso distaría de ser exacto, pues aquellos revolucionarios no eran ángeles, sino hombres de carne y hueso: hombres que procedían de los lodazales de la sociedad y aún no se habían desprendido por completo del cieno que los manchaba. Algunos de ellos abusaban del alcohol, otros juraban; los había que ni siquiera sabían sentarse con modales a una mesa. Entre ellos y el resto de la gente de su condición había una sola diferencia: el hecho de que a estos hombres les asistía la esperanza; de que, a diferencia de los demás, ellos tenían algo por lo que luchar y sufrir. En ocasiones, cuando la esplendorosa visión se le antojaba lejana y desprovista de sus colores de antes, Jurgis podía sentirse tentado de cambiarla por algo más inmediato y tangible, como, por ejemplo, una jarra de cerveza; pero, si a esa jarra seguía otra, y a esa otra muchas más, siempre le quedaba algo que a la mañana siguiente servía

de acicate para el remordimiento y los buenos propósitos. Gastar el dinero en bebida era una acción cuyo carácter reprensible saltaba a la vista, en cuanto uno pensaba que la clase obrera andaba a tientas aguardando a que la rescataran de sus tinieblas, y que el precio de una jarra de cerveza bastaba para financiar la edición de cincuenta folletos que, distribuidos entre los que esperaban la redención, serían motivo para embriagarse de veras, esta vez del gozo, al saber cuánto bien se estaba difundiendo. Era así como había sido creado el movimiento socialista, y así, únicamente, como podría prosperar; conocerlo sin luchar por él era como no hacer nada, porque su porvenir estaba en que llegase a la totalidad de los hombres, y no en permanecer al servicio de unos pocos. El corolario de todo ello era, por supuesto, que quienquiera que rehusase aceptar el nuevo evangelio incurría en la responsabilidad personal de privar a Jurgis del más caro sueño de su corazón, y esto, ¡ay!, lo volvía un maestro impaciente y una amistad poco cómoda, como quedó demostrado muy pronto. Elzbieta le presentó algunos de los amigos adquiridos en el nuevo vecindario. Su resolución de convertirlos colectivamente en socialistas había estado a punto, en varias ocasiones, de concluir en una reyerta.

Las verdades de su credo eran para Jurgis tan evidentes que no alcanzaba a comprender que los demás no las percibieran de inmediato. Todas las riquezas y recursos del país, la propia tierra y cuanto en ella se asentaba, los edificios, los ferrocarriles, las minas, las fábricas e incluso las tiendas y los almacenes, todo estaba en manos de unos cuantos particulares —los capitalistas— a quienes el pueblo debía servir con su trabajo a cambio de salarios. Luego todo el producto de la labor de esos obreros iba a engrosar las fortunas de los capitalistas para multiplicarlas una y otra vez, sin tasa ni medida, con independencia de que aquella gente, y cuantos se movían a su alrededor, viviesen rodeados de los lujos más exorbitantes. ¿No resultaba entonces evidente que, si el pueblo reducía el incesante flujo de beneficios de los que se limitaban a "poseer", dichas riquezas redundarían en los que las trabajaban? En ese principio, tan vi-

sible como el hecho de que dos y dos son cuatro, estribaba todo, absolutamente todo el socialismo. Y, sin embargo, había gente que no alcanzaba a darse cuenta de ello y que, además, echaba mano de cualquier pretexto para no hacerlo. No faltaba, por ejemplo, quien afirmase que los gobiernos no podían atender a ciertas funciones de la economía, y que estas debían ser asumidas por la iniciativa privada; y se hartaban de repetir lo mismo una y otra vez, convencidos de haber llegado al meollo de la cuestión. ¿Es que no se daban cuenta de que esa gestión económica por parte de los patronos significaba solamente que había que trabajar más, en peores condiciones y cobrar menos? Ellos, los obreros, eran esclavos y sirvientes, eran los que no podían vender más que su trabajo, que no tenían esperanza alguna de vida y que llevaban una mera existencia, puestos a merced de explotadores cuyo único propósito estaba en sacarles el mayor provecho posible y, entretanto, los explotados no hacían sino interesarse en el buen éxito del proceso, como si les preocupase la posibilidad de que no se llevara a cabo con la eficiencia debida. ¿Tener que escuchar argumentos semejantes, no era, sinceramente, como para desesperarse?

Pero eso no era lo peor; había cosas aun más lamentables. Como, por ejemplo, ponerse a hablar con un pobre diablo que llevaba treinta años trabajando en el mismo taller, sin jamás haber conseguido ahorrar un solo céntimo; un infeliz que todas las mañanas salía de su casa a las seis en punto y no regresaba a ella hasta bien entrada la noche, después de haberse pasado la jornada atendiendo a una máquina, sin fuerzas para nada más que quitarse la ropa y meterse en la cama; un hombre que no había disfrutado una semana de descanso en toda su vida, que no había viajado a ninguna parte, ni aprendido nada, ni concebido esperanza alguna, y que, tan pronto alguien comenzaba a hablarle de socialismo, arrugaba la nariz y decía: "A mí esas ideas no me interesan: ¡yo soy un individualista!". Y, dicho eso, agregaba que la doctrina socialista era "paternalista", y que, si algún día llegara a imponerse, el mundo dejaría de progresar, porque acabaría con la iniciativa individual. Escuchar estupide-

ces de esa clase hubiera hecho reír hasta a una mula. Y, sin embargo, la cosa era para tomarla bien en serio, tan pronto se daba uno cuenta de que había en el mundo millones de pobres necios como él, cuyo crecimiento interior se había visto atrofiado por el capitalismo hasta el extremo de que ni siquiera sabían en qué consistía la individualidad y que se contentaban con repetir una estupidez ideada en reuniones secretas de asociaciones de empresarios y que transmitían los políticos de turno, los editores de periódicos y los predicadores de altos vuelos. Y estaban sinceramente convencidos de que ser "individualista" consistía en agruparse por miríadas para obedecer las órdenes de un magnate del acero, proporcionarle con su labor cientos de millones de dólares de beneficios y, luego, dejar que les donase bibliotecas; mientras que tomar la industria a su cargo y hacerla rendir conforme a sus necesidades y, finalmente, construirse ellos mismos las bibliotecas era, a su modo de ver, una forma de "paternalismo". "Individualismo" significaba estar en manos de amos corruptos e ignorantes a los que los grandes magnates controlaban a placer a base de dinero y que conducían al pueblo a las urnas como se lleva a los corderos al matadero. Cuando la gente se alzaba contra esto y formaba un partido político propio, costeaba sus gastos y pulía sus fundamentos conforme a un discurso político, lo llamaban "paternalismo".

A veces estas constataciones producían a Jurgis sufrimientos imposibles de tolerar y, sin embargo, no había escapatoria posible, ni otra cosa que hacer que tratar de abrir brechas en la base de esas montañas de ignorancia y prejuicio:

"No, el socialismo no es paternalismo. Es el capitalismo el que es paternalista. El capitalismo se basa en que hagas lo que se te manda y sin hacer preguntas, en mendigar trabajo y que tomes lo que se te ofrezca, en que sepas claramente qué lugar es el que tienes que ocupar. El socialismo es libertad e independencia: es ser dueño de tu propio trabajo y ser tu propio jefe, trabajar cuando quieras y del modo en que quieres, es abundancia y oportunidad: todo lo que quieres en el mundo y que tus amos evitan que accedas a ello."

Eso llevó a Jurgis a adquirir el hábito de la lectura. En su bolsillo nunca faltaba algún folleto u otra publicación breve obtenidos en préstamo, a los que recurría cuando se le presentaba, en el curso de la jornada, un momento de ocio, y luego, al reanudar el trabajo, sometía lo leído a reflexión. También hojeaba los periódicos y hacía preguntas acerca de sus informaciones. Había, entre los demás porteros del hotel de Hinds, uno irlandés, hombre de pequeña talla y muy vivaracho, que estaba al corriente de todo aquello que le interesaba a Jurgis. Así, mientras trabajaban, su compañero le iba dando a conocer qué era América: su geografía e historia, su constitución, sus leyes y, también, las principales características de su comercio y sus vías de comunicación, pasando, luego, a referirse a sus grandes corporaciones, a sus propietarios y, asimismo, a los sindicatos, las huelgas más importantes ocurridas en el país y los nombres de quienes las habían promovido. Después, por la noche, al concluir su jornada, Jurgis asistía a las reuniones del Partido. Como sea que durante la campaña electoral no era posible esperar gran cosa de los actos políticos celebrados en la vía pública, cuyo éxito dependía tanto de las condiciones climatológicas como de la calidad del orador, ahora, noche tras noche, se sucedían las conferencias que tenían por escenario salas de actos y auditorios, donde era posible escuchar a los más dotados conferencistas del país. Estos analizaban la situación política desde los más diversos puntos de vista, y el único pesar de Jurgis era poder hacer acopio de una parte tan mínima de los tesoros que se le ofrecían.

Recordaba Jurgis la disertación de un hombre que en el seno del Partido era conocido como «El Pequeño Gigante». Para crear aquella cabeza, Dios había empleado tanto material que apenas había quedado algo para las piernas, lo cual no era obstáculo para que en la palestra se desenvolviera como nadie, ni impedía, tampoco que cuando agitaba aquella testa suya, de negras patillas lustrosas, el capitalismo temblara desde sus mismos pilares.

Posteriormente intervino un joven escritor californiano, hombre que había practicado la pesca del salmón y la piratería que tiene

por objeto los criaderos ostríferos; que más tarde, estibador y marinero, había recorrido el país en toda su extensión a la manera de los vagabundos; que, tras conocer la cárcel, había vivido entre el hampa del Whitechapel londinense y llegado hasta el lejano Klondike como buscador de oro. De todos estos episodios daba cuenta en sus libros y, hombre de talento excepcional, no había dejado al mundo otro recurso que escucharle. Ahora gozaba de fama, pero no por ello dejaba de invocar, adondequiera que fuese, el evangelio de los pobres. Un tercer orador, «El Millonario Socialista», como se le solía llamar, había hecho en los negocios una enorme fortuna cuya casi totalidad había gastado en la creación de una revista que, amenazada de clausura por el departamento de correos, tuvo que trasladar a Canadá. Era aquél un hombre reposado y de aspecto apacible, a quien cabía identificar con cualquier actividad imaginable, excepto la de agitador socialista. Había sido candidato del Partido en Inglaterra, en Australia, en la Columbia Británica, en California y en Nueva York.

En su discurso, que se había caracterizado por la sencillez y la ausencia de formalismos, dijo que le sorprendía que alguien se excitase a la vista de lo que no era más que un proceso de evolución económica, cuyos métodos y leyes de funcionamiento puso, más tarde, de manifiesto. La vida era una lucha por la subsistencia en la que los fuertes anulaban a los débiles para más tarde ser, a su vez, anulados por un tercer grupo, de fuerza superior a la suya. Los que fracasaban en el combate solían ser exterminados; pero, en ocasiones, algunas de las víctimas lograban salvarse mediante la alianza, que era una nueva y superior forma de fuerza. De esta manera habían conseguido los animales gregarios imponerse a los depredadores, al igual que, trasladando el símil a la historia humana, los pueblos habían avasallado a sus reyes. Los obreros no eran más que ciudadanos de la industria, y el movimiento socialista, la expresión de su voluntad de supervivencia. La inevitabilidad de la revolución estribaba precisamente en ese hecho: los obreros no tenían más alternativa que unirse o ser exterminados; y esa cruel e inexorable rea-

lidad no estaba en función de ninguna voluntad humana, sino que era una ley dictada por el proceso de evolución económica, cuyo mecanismo el editor analizó con una precisión portentosa.

Más adelante, con la celebración de la velada cumbre de la campaña, Jurgis tuvo ocasión de escuchar a dos de los portaestandartes de su Partido. Diez años antes se había producido en Chicago una huelga en la que habían intervenido más de cincuenta mil empleados de los ferrocarriles, cuya dirección contrató criminales que fomentasen actos de violencia. El presidente de Estados Unidos envió entonces tropas que desmantelaron el movimiento huelguista por el método de encarcelar, sin juicio previo, a los representantes sindicales. El presidente del sindicato había abandonado su calabozo convertido en socialista y, a partir de ese momento y por espacio de diez años, no había dejado de viajar por los cuatro puntos cardinales del país para enfrentarse cara a cara con el pueblo y llamarlo a la defensa de la justicia. En esos diez años apenas había un trabajador en el país que no lo hubiera escuchado hablar y esta noche, en Chicago, donde había sido apaleado y encarcelado, los representantes de noventa y cinco sindicatos estaban sentados junto a él en el estrado y, de entre ellos, cuarenta portaban sus banderas e insignias. Había masas de colores sobre el escenario, detrás ondeaba la bandera común de la revolución: la bandera roja de la hermandad. El auditorio estaba a rebosar con una masa de cuatro mil obreros que se pusieron en pie y comenzaron a gritar en cuanto sus líderes ocuparon el escenario.

Alguien le puso a Jurgis en las manos una copia de una revista y él se la llevó a casa para su lectura. Ése fue su primer encuentro con el *Llamado a la Razón*.

El *Llamado* era un periódico "de propaganda", dotado de un carácter y estilo propios, profusamente salpimentado, al gusto del Oeste americano, y reflejaba su peculiar lenguaje y su típico dinamismo. El *Llamado* recogía de los diarios ecos emanados del mundo de los "plutócratas" que luego aderezaba para el consumo de "la mula de carga americana". Su tónica era la de los paralelismos

detonantes: junto a columnas dedicadas a comentar la fabulosa colección de diamantes de determinada dama de la alta sociedad, o el albergue que alguna otra había creado para acoger perritos de compañía, insertaba noticias como la referente a cierta señora Murphy, de San Francisco, que había caído muerta de inanición en plena calle, o la que hablaba de un tal John Robinson que, recién salido de un hospital de Nueva York, y ante la imposibilidad de encontrar trabajo, había puesto fin a su vida ahorcándose. De la prensa diaria obtenía, también, noticias relacionadas con historias de corrupción y miseria, que suministraba a sus lectores parafraseadas mediante observaciones satíricas. Por ejemplo: "¡Tres bancos de la localidad de Bungtown, en el Estado de Dakota del Sur, se declaran en quiebra arramblando con una nueva porción de los ahorros de los obreros!"; "El alcalde de Sandy Creek, ciudad del Estado de Oklahoma, desaparece con cien mil dólares del erario municipal. ¡He ahí la clase de gobernantes que les proporcionan sus partidos!"; "El presidente de la Flying Machine Company de Florida, encarcelado por bigamia. ¿Es éste el hombre que con tanta saña se oponía al socialismo, por estimarlo lesivo para el concepto de la familia?"

El *Llamado a la Razón* contaba con lo que el periódico denominaba "su ejército"; un grupo de treinta mil incondicionales que lo apoyaban de distintas maneras y a los que no dejaba de exhortar a que mantuviesen siempre ardiente la llama de las reivindicaciones. En ocasiones, y a manera de estímulo, organizaba competencias con premios que iban desde un reloj de oro hasta un yate de recreo o una explotación agraria de cincuenta acres de superficie. Cada semana publicaba los "bravos" y "fueras" de cada estado, a los que cubría de elogios o críticas según las circunstancias. Los que procuraban información al "ejército" aparecían siempre bajo extraños seudónimos, como "lke el Tinta", "El Calvo", "La Muchacha Pelirroja", "El Bulldog", "El Chivo Expiatorio" y "Hoss el Único".

Sin embargo, en otras cosas, el *Llamado* procedía con extrema seriedad. Así, al tener noticia de que en el Estado de Colorado se pisoteaban las instituciones americanas, había enviado allí a un co-

rresponsal y dedicado planas enteras a ventilar sus informaciones. También había situado a más de cuarenta miembros de su «ejército» en la oficina central de telégrafos de una de las grandes ciudades del país, con lo cual ni un solo mensaje de los que pudieran afectar a los socialistas era cursado sin que se proporcionase al periódico una copia de su texto. Luego, durante las elecciones, solía publicar grandes sueltos de medio pliego, uno de los cuales —que Jurgis había tenido en sus manos— era un manifiesto dirigido a los obreros que habían intervenido en la huelga, y de él se habían distribuido cerca de medio millón de ejemplares en todos aquellos centros industriales donde las asociaciones de patronos habían puesto en práctica su programa de "talleres abiertos". "¡Su huelga ha sido derrotada! —rezaban sus titulares—, ¿y qué piensan hacer ahora?" El llamamiento, que era de los que cabía calificar de "incendiarios", había sido escrito por un hombre con el alma marcada por los hierros de la tortura. Tan pronto la edición vio la luz, veinte mil ejemplares fueron enviados al distrito de los mataderos, donde quedaron almacenados en la trastienda de un pequeño establecimiento dedicado a la venta de cigarros, y luego, por las noches, y también los domingos, los miembros de los locales socialistas de Packingtown pasaban a retirarlos y se los llevaban por brazadas para distribuirlos por las calles y en sus casas. Los habitantes de Packingtown, que habían perdido su huelga —con todo lo que la pérdida de cualquier huelga pueda conllevar— se lanzaron con tal avidez a la lectura del manifiesto que los veinte mil ejemplares apenas alcanzaron a atender todas las peticiones. Jurgis había resuelto no volver nunca más al que fuera su barrio y, en cierto modo, su hogar; pero, al enterarse de lo que allí sucedía, no pudo soportar por más tiempo la pasividad, y durante una semana, tomando noche tras noche el tranvía de los mataderos, se dedicó a remediar allí parte del daño que doce meses antes había ocasionado al contribuir a que Tom Cassidy alcanzase la concejalía de la ciudad.

Los cambios que el transcurso de ese año había operado en Packingtown eran algo que uno no podía constatar sin maravillarse.

La población comenzaba, por fin, a abrir los ojos, y nada parecía capaz de contener el arrollador avance que estaban consiguiendo los socialistas con motivo de aquellas elecciones, lo cual era causa de que Tom Cassidy y cuantos manejaban la maquinaria electoral del Condado de Cook se devanasen los sesos en busca de un remedio. Por último, cuando la campaña estaba próxima ya a finalizar, de que la huelga había sido saboteada mediante el empleo de negros, enviaron a buscar un político de Carolina del Sur, hombre tristemente célebre por sus convicciones secesionistas, que se hacía llamar "el Senador-Granjero", maldecía como un mercenario y consideraba esencial, para hablar con los obreros, quitarse la chaqueta. Una mañana, todo Packingtown se levantó para leer que ese famoso orador iba a visitar el barrio. La convocatoria fue profusamente anunciada no sólo por los demócratas, sino también por los socialistas, que consiguieron, con esta iniciativa, reunir en la velada a más de un millar de sus miembros. Había además cerca de dos mil trabajadores de los mataderos, la mitad de ellos socialistas, preparados para darle al "Senador-Granjero" la paliza de su vida. El senador aguantó por cerca de una hora las incesantes preguntas y luego se fue a casa completamente disgustado, por lo que el resumen del debate se mantuvo estrictamente dentro de los confines del partido. Jurgis, que insistió para poder asistir al debate, se divirtió como nunca esa noche; bailaba y agitaba los brazos excitado, y justo en el clímax se liberó de sus amigos, se colocó en el pasillo, y comenzó a pregonar su discurso. El senador había estado negando que el Partido Demócrata fuera corrupto: eran siempre los Republicanos los que compraban los votos, dijo —y ahí estaba Jurgis gritando furiosamente. —"¡Es mentira, es mentira!" Y prosiguió a explicar cómo lo sabía; lo sabía por que él mismo había comprado esos votos! Y hubiera continuado su discurso si no es por que Harry Adams y otro amigo lo agarraron del cuello y lo obligaron a sentarse.

CAPÍTULO XXXI

Una de las primeras cosas que hizo Jurgis tras obtener empleo fue visitar a Marija. Esta vez fue ella quien salió a su encuentro, y la entrevista se celebró en el sótano de la casa. Allí, plantado junto a la puerta, con el sombrero en la mano, dijo Jurgis:

—He conseguido trabajo. Ahora puedes dejar este lugar.

Pero Marija acogió sus palabras con una muda negativa expresada por un movimiento de la cabeza. Nada podía hacer fuera de lo que ahora hacía, dijo, ni habría nadie que consintiera emplearla. No podía pretender que se olvidara su pasado. Algunas de sus compañeras habían hecho esa tentativa, pero todas, más tarde o mas temprano, se habían visto descubiertas. El lugar donde ahora vivía era frecuentado por millares de hombres y alguno de ellos acabaría siempre por reconocerla. Cuando se entra aquí, ya no se sale.

—Y, aparte de eso —agregó—, tampoco estoy en condiciones de trabajar. No sirvo para nada. ¿Qué partido puede sacarse de una mujer que vive a fuerza de estupefacientes?

—¿No puedes dejarlos? —preguntó Jurgis.

—No —fue su respuesta. Nunca lo voy a lograr. Ni tiene sentido hablar de ello. Mi destino, supongo, es seguir aquí hasta que muera. Para otra cosa no sirvo.

Había adoptado esa postura, y de ahí era imposible sacarla. Y, cuando Jurgis le dijo que hablaría con Elzbieta para que no le aceptase más dinero, su reacción fue de completa indiferencia.

—Eso sólo servirá para que lo malgaste aquí —dijo.

Tenia enrojecido y congestionado el rostro, y sus párpados daban la impresión de ser pesadamente sólidos. Viendo, entonces, que su presencia le molestaba y que no esperaba sino que se fuera, Jurgis se machó abatido y lleno de tristeza.

La vida familiar no procuraba al pobre Jurgis demasiadas alegrías. En los últimos tiempos, Elzbieta caía enferma con mucha frecuencia y los muchachos, a quien la vida callejera había perjudicado bastante, se mostraban díscolos e ingobernables. Pero, a pe-

sar de ello, continuaba aferrándose a la familia por lo que le recordaba de su felicidad de otros tiempos. Y, cuando eran muchos los sinsabores, corría a solazarse en el movimiento socialista. Desde que su vida se había sumido en el fluir de esa impetuosa corriente, muchas de las cosas que en otra época entrañaran para él el mismo sentido de la existencia habían empezado a representársele relativamente de poca importancia. Ahora sus intereses giraban en torno a otros motivos, emparentados, siempre, con el mundo de las ideas. Su vida externa era trivial y carecía de atractivos; simple portero de hotel, así esperaba continuar durante el resto de su vida. En las regiones del pensamiento, en cambio, su existencia era una perpetua aventura. ¡Había tanto que aprender... tantas maravillas por descubrir! Nunca en su vida olvidaría Jurgis la víspera de las elecciones, cuando, en respuesta a un mensaje telefónico de un amigo de Harry Adams, que le había pedido que fuera aquella noche a verle acompañado de Jurgis, tuvo ocasión de conocer a uno de los cerebros del movimiento.

La invitación había partido de un hombre llamado Fisher, un joven millonario de Chicago que había abandonado sus actividades para consagrarse a las obras de carácter social, y ahora habitaba una pequeña vivienda en los barrios pobres del centro. Fisher, que, sin estar afiliado al Partido, simpatizaba con él, dijo que aquella noche iba a ser su invitado el editor de cierta renombrada revista con sede en la costa atlántica, hombre que atacaba el socialismo sin conocer, en realidad, su naturaleza. Se le había entonces ocurrido la idea de que acudiesen también a la cita algunos socialistas, y sugirió el nombre de Jurgis, para que sacara a colación el tema de "los alimentos puros", por el que el editor mostraba interés.

La casa del millonario era un pequeño edificio de ladrillo, de dos plantas, cuyo exterior carecía de gracia y acusaba los efectos del duro clima, pero que resultaba, por dentro, acogedor y agradable. La habitación que vio Jurgis tenía la mitad de sus paredes cubiertas de libros y mostraba, en las restantes, multitud de cuadros apenas discernibles a la débil luz amarillenta que iluminaba la estancia. En

la chimenea, en respuesta a la fría noche lluviosa, ardía un vivo fuego de leña y, alrededor de este, se hallaban reunidas, cuando los dos amigos hicieron su aparición, siete u ocho personas entre las que advirtió Jurgis, casi con un vahído, la presencia de tres mujeres. A esos sentimientos se sumaba otro, de indecible turbación, al verse, por vez primera en su vida, entre personas de aquel rango. Plantado junto a la puerta con el sombrero duramente agarrado entre las manos, se inclinó solemnemente ante cada una de las personas que le presentaron. Luego, en cuanto le invitaron a tomar asiento, lo hizo en la silla que ocupaba el rincón más oscuro, y aun así en el mismo borde, incluso a costa de enjugarse con la manga el sudor que le perlaba la frente. La sola idea de que pudiera verse obligado a hablar le llenaba de espanto.

Entre los reunidos figuraban, además del propio anfitrión —un hombre joven, de elevada estatura y aspecto atlético, que vestía de etiqueta—, el editor invitado, un caballero con aire de padecer dispepsia, que respondía al nombre de Maynard; la esposa del dueño de la casa, que era joven y de aspecto frágil; una dama de edad avanzada, la señora Miller, que estaba al cargo del jardín de infancia patrocinado por Fisher; y una joven estudiante universitaria, la señorita Harkness, bella muchacha que poseía un rostro lleno de expresión y sensibilidad. Durante la estancia de Jurgis, la joven no intervino más que un par de veces en la conversación; el resto del tiempo guardó silencio y, siempre en su asiento, próximo a la mesa que ocupaba el centro de la sala, cruzadas las manos bajo la barbilla, permaneció atenta a lo que se decía y dando la impresión de beberse las palabras. Los restantes contertulios eran dos hombres que el anfitrión había presentado a Jurgis como los señores Lucas y Schliemann y en los que, por el tratamiento de "camarada" que dieron a Adams, reconoció la condición de socialistas.

El que se apellidaba Lucas era un hombre de escasa corpulencia y aspecto que por su mansedumbre y dulzura hacía pensar en un clérigo. La suya, según pudo colegir Jurgis, había sido una vida de nómada consagrado a predicar el evangelio, hasta que, iluminado por la gracia, se había convertido en profeta de la nue-

va revelación. En ese momento Lucas recorría el país de punta a punta, de San Francisco a Texas pasando por Maine, viviendo, a la manera de los antiguos apóstoles, de la hospitalidad ajena, y predicando en las calles cuando no encontraba otro lugar donde hacer oír su doctrina. El otro invitado, Schliemann, se encontraba enzarzado en un debate con el editor en el momento en que Adams y Jurgis habían entrado en la sala, debate que, a petición del dueño de la casa, reanudaron tan pronto fueron hechas las presentaciones. Poco más tarde, Jurgis, que permanecía como hechizado en su asiento, llegaba a la conclusión de que era ése el hombre más extraño de cuantos pisaran nunca la tierra.

Nicholas Schliemann, un sueco alto y extremadamente delgado, de manos vellosas e hirsuta barba rubia, era un hombre de formación universitaria que había sido catedrático de filosofía hasta descubrir, según sus mismas palabras, que estaba dilapidando su tiempo y sus facultades. Era, además, un violinista de gran talento, pero no quería vender su arte. Tras llegar a estas conclusiones, había emigrado a América y ahora habitaba una buhardilla en el mismo barrio pobre donde Fisher tenía su casa, consagrado a convertir su fuego en energía volcánica. Habiendo estudiado la composición de las materias nutritivas, conocía con exactitud la cantidad de proteínas y carbohidratos que precisaba su cuerpo para funcionar normalmente y, poseía un método de masticación científica que le permitía multiplicar por tres el valor nutritivo de cuantos alimentos se llevaba a la boca, de modo que había conseguido subsistir con un coste de tan sólo once centavos diarios. Más o menos a comienzos del mes de julio emprendía todos los años, a pie, una excursión que no abandonaba hasta haber alcanzado tierras de cosecha para, una vez allí, emplearse como bracero, por un jornal de dos dólares y medio, y no regresar al hogar hasta conseguir los ciento veinticinco dólares que precisaba para atender sus necesidades de un año. A su modo de ver, era ésa la máxima independencia a que, o sometido al capitalismo, podía aspirar un hombre. Y no pensaba casarse por-

que, según explicó, ningún hombre en su sano juicio debía enamorarse mientras la revolución no hubiera sido culminada.

Schliemann se había instalado en un amplio sillón, cruzadas una sobre otra las piernas y tan sumida en la oscuridad la cabeza, que de su rostro apenas se distinguían los ojos, iluminados únicamente por el resplandor de la chimenea. Se expresaba con sencillez y en un tono singularmente exento de emoción, pronunciando, con la frialdad con que desarrolla un catedrático ante sus alumnos un axioma geométrico, declaraciones capaces de espeluznar a cualquier individuo corriente. Si su oyente alegaba no haber comprendido, procedía, entonces, a explicar lo anterior en términos que hacían la proposición aún más escandalosa. A ojos de Jurgis, el doctor Schliemann era como una formidable tormenta, o acaso un terremoto, a pesar de lo cual, y por extraño que parezca, pronto se estableció entre ambos una especie de nexo invisible que permitía a Jurgis seguir su argumentación sin apenas perder ningún concepto. Moderno Mazepa a lomos de un corcel enfurecido sin otro nombre que el de especulación, se sentía transportado a velocidad de vértigo a través de la charla sin notar el obstáculo de los pasajes más difíciles.

Nicholas Schliemann conocía todo el universo y, con él, su representante terreno: el hombre. Familiarizado con todas las instituciones humanas, las hacía desaparecer, semejantes a pompas de jabón, de un simple soplo. Era increíble que la mente de un solo hombre pudiera albergar tal capacidad de destrucción. ¿Que se hablaba de gobierno? El propósito de éste no era más que la defensa del derecho de propiedad, la perpetuación de esa antigua fuerza y ese moderno fraude. ¿Que se trataba del matrimonio? Éste y la prostitución, eran las dos caras de una misma moneda: una explotación que ese depredador que es el hombre hace del placer sexual. La diferencia entre matrimonio y prostitución era una diferencia de clase. El matrimonio era una prostitución que requería una cierta capacidad de ocio. Cuando una mujer tenía dinero, estaba en situación de imponer sus condiciones, a saber: la igualdad, el contrato de por vida y, en cuanto a los hijos, su legitimidad o, dicho de otro

modo, su derecho hereditario. Si, por el contrario, la mujer carecía de fortuna, convertida en proletaria, debía venderse a sí misma para vivir. Desde una perspectiva ética, el matrimonio era un acto de cobarde comodidad, al igual que otros convencionalismos, un intento por obviar la condición del alma. Después de la revolución, la mujer sería libre y no necesitaría venderse para vivir. Con la igualdad industrial, la propiedad perdería su significado. Con la abolición del trabajo esclavo, la familia desaparecería al momento: la maquinaria ocuparía el lugar del sirviente doméstico y la educación de los hijos se convertiría en una labor en común: todo ello significaría que la ciencia tendría algo que decir en el desarrollo de la humanidad. La mayor barrera que se oponía a la civilización era el modelo de hogar y la primera tarea que tenía que acometer la inteligencia moderna era la emancipación de la mujer.

Con lo cual el tema pasaba al ámbito de la religión, la más mortal de las armas de aquel súper genio del mal. Si el gobierno oprimía el cuerpo de la clase obrera, la religión oprimía su mente, envenenando, con ello, las aguas del progreso en el mismo manantial. El obrero había de conformar sus esperanzas a una vida futura, mientras su bolsa era desvalijada en la terrena, y todavía se le enseñaba a ser frugal, humilde y obediente y responder, en breve, a todas las demás pseudo-virtudes del capitalismo. El destino de la civilización sería decidido en una última lucha a muerte entre la Internacional Roja y la Negra, es decir, entre el socialismo y la Iglesia Católica de Roma; pero las cosas no eran mucho mejores allí, en su país, debido a la medianoche estigia del evangelismo protestante norteamericano.

En ese punto intervino el ex predicador, lo cual dio lugar a una viva controversia. El "camarada" Lucas no era lo que se llama un hombre cultivado; sus únicos conocimientos se referían a *La Biblia*, pero una *Biblia* interpretada conforme a una experiencia inmediata y eso, según dijo, le autorizaba a preguntar cuál era el sentido de confundir la religión con las tergiversaciones que el hombre había hecho de ella. Que, en el presente, la Iglesia se encontraba en

manos de mercaderes era un hecho indiscutible; pero ello no impedía que comenzasen a manifestarse indicios de rebelión y, si el camarada Schliemann aceptaba dar un poco de tiempo al tiempo...

—¡Oh, claro está! —exclamó su oponente. No me cabe la menor duda de que dentro de cien años el Vaticano negará que se haya opuesto al socialismo en momento alguno, como hoy niega categóricamente haber sometido a Galileo al suplicio.

—Yo no defiendo al Vaticano —exclamó Lucas con vehemencia. Lo que yo defiendo es la palabra divina, que es el largo clamor del espíritu humano por verse rescatado del poder de la opresión. Consulta el capítulo veinticuatro del Libro de Job, al que suelo llamar en mis pláticas «La Biblia aplicada al Trust Carnicero»; o lea las palabras de Isaías, o las del propio Maestro, que no es el príncipe de la elegancia de corona de oro y fino lino que representa nuestro arte vicioso y depravado, ni el alhajado ídolo que exhiben nuestras iglesias, sino el Cristo de la espantosa realidad, el hombre del abatimiento y el dolor infinitos, el proscrito, el desdeñado del mundo, que no tenía donde descansar su cuerpo...

—Mi pleito no es con Cristo —le interrumpió el otro.

—¡Muy bien! —exclamó Lucas. ¿Por qué, entonces, me niega la relación de Jesús con su Iglesia? ¿Por qué sus palabras y su vida habrían de carecer de toda autoridad entre los que declaran profesar su fe? Con él aparece el primer revolucionario del mundo, el verdadero fundador del movimiento socialista; un hombre que detestaba las riquezas con toda la fuerza de su ser, y abominaba de todo lo que las riquezas representaban: el orgullo, el lujo y la tiranía; un hombre que vivió como un mendigo y como un vagabundo, un hombre del pueblo que no rehusaba su trato a taberneros y mujeres públicas; el mismo que una y otra vez condenó, en el más explícito de los lenguajes, las riquezas y su posesión: "No acumuléis tesoros en la tierra", "Vended lo que poseáis y entregadlo a los pobres", "Bienaventurados los menesterosos, porque suyo es el reino de los cielos", "¡Ay de los ricos, pues ellos han alcanzado ya su recompensa!", "En verdad, en verdad os digo que ningún rico entrará en el

reino de los cielos"; un hombre que denunció sin consideración a los explotadores de su tiempo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, ay de ustedes, hombres de leyes, ay de vosotros, serpientes, generación de víboras! ¿Cómo esperáis escapar al castigo del infierno?"; un hombre que, látigo en mano, arrojó del templo a los mercaderes y usureros que hacían allí sus negocios; un hombre, ¡imagina eso!, que fue crucificado por atentar contra el orden social de su época. Y ese hombre ha sido convertido en sumo sacerdote de la complicidad con todos los horrores y abominaciones de la propiedad, la hipocresía social y de la moderna civilización comercial. De él se hacen imágenes enjoyadas; sacerdotes amantes del lujo queman incienso en su honor y los piratas de la industria aportan sus dólares, extraídos del trabajo de mujeres y niños indefensos, para construirle templos desde donde escuchar, arrellanados en sus asientos, sus enseñanzas invocadas por hombres doctorados en una teología de polvo y herrumbre...

—¡Bravo! —exclamó Schliemann rompiendo a reír. Pero su oponente, que había invocado el mismo tema por espacio de cinco años sin que nadie hubiera conseguido jamás enmudecerle, corría ya a galope tendido:

—¡Así era Jesús de Nazaret! —exclamó. ¡Así era ese obrero de suprema conciencia social! ¡Carpintero de oficio, agitador, transgresor de las leyes, incendiario y anarquista! ¡Así era el señor y maestro soberano de un mundo que tritura los cuerpos y las almas humanas para convertirlas en clases! Y si ese hombre volviera en el día de hoy a la tierra y contemplara las cosas que la humanidad ha hecho en su nombre, ¿no se estremecería de horror su alma? Él, príncipe de la Misericordia y el Amor, ¿no enloquecería ante semejante espectáculo? Aquella noche terrible en el huerto de Getsemaní en la que el dolor le estremecía hasta el punto de hacerle sudar sangre, ¿creen ustedes acaso que contempló algo más espantoso que lo que esta noche podría ver en las llanuras de Manchuria, donde los hombres avanzan tras una enjoyada imagen de su persona para perpetrar asesinatos masivos en beneficio de

unos monstruos de crueldad y depravación? ¿Saben ustedes que, si hoy se encontrara en San Petersburgo, empuñaría el látigo con que arrojó del templo a los usureros y...?

Ahí hizo Lucas, para cobrar aliento, una brevísima pausa que Schliemann aprovechó para interrumpirle:

—No, camarada —dijo con desinterés—, no lo haría, porque era un hombre práctico. Seguramente preferiría echar mano de esos preciosos limoncitos de imitación que se están exportando actualmente a Rusia y que, aptos para ser llevados en el bolsillo, contienen explosivos suficientes para hacer volar cualquier templo por los aires.

Lucas aguardó a que se extinguiesen entre los reunidos las risas a que este inciso había dado lugar y, luego, con más apasionamiento si cabe, reanudó su discurso:

—Considera entonces la cuestión, camarada, desde el punto de vista de la política práctica. Estamos ante una figura histórica a la que todos los hombres aman y reverencian; un hombre que fue de nuestra propia carne, que vivió nuestra misma vida y predicó nuestra doctrina. ¿Seremos capaces de abandonarle ahora en manos de sus enemigos? ¿Permitiremos que estos supriman y degraden su ejemplo? Poseyendo sus palabras, que no pueden ser desmentidas, ¿caeremos en la injuria de no recordárselas al pueblo, de no demostrar a la gente, por su testimonio, quién fue ese hombre, qué enseñó y qué hizo? No, no, ¡mil veces no! ¡Tenemos que servirnos de su potestad para expeler de su ministerio a los bribones y haraganes que lo detentan! ¡Y no sólo eso; debemos, además, empujar al pueblo a la acción!

Lucas hizo una nueva pausa que sirvió a su interlocutor para alcanzar un diario que descansaba sobre la mesa.

—Aquí, camarada —dijo riendo—, encontrará usted un posible punto de partida para la acción que recomienda. Una noticia que hace referencia al robo de que ha sido víctima la esposa de un obispo. ¿El botín? ¡Diamantes valorados en cincuenta mil dólares! ¡El obispo más untuoso y grasiento que hay! Notable, también, por

su eminencia y erudición. ¡Un obispo filántropo y defensor de la clase obrera! ¡Todo un señuelo de las ligas cívicas con quien cloroformizar a las masas obreras!

A este intercambio de armas, los reunidos habían asistido en calidad de meros espectadores. Pero, al llegar a ese punto, el editor Maynard aprovechó la oportunidad para señalar, en forma un tanto ingenua, que él siempre había creído que los socialistas contaban, en lo concerniente al porvenir de la civilización, con una fórmula preparada tiempo atrás, embotellada y lista para su uso, por lo cual no era poca su sorpresa al tropezar allí, de pronto, con dos activos miembros del Partido quienes, a su juicio, no se firmaban recíprocamente compromisos de ninguna clase. En vista de ello, y para su gobierno, ¿sería mucho pedir de la bondad de los señores Lucas y Schliemann que explicasen qué era exactamente lo que tenían en común y por que formaban en las filas de un mismo partido? Esta petición se concretó, después de un largo debate, en el establecimiento de dos postulados de muy cautelosa terminología, a saber: primero que el ideal socialista contempla la colectivización de la propiedad y la dirección democrática de aquellos medios de producción que afectan a las necesidades humanas; segundo, que el criterio socialista para la consecución de lo anterior es la concientización social y la organización política de los que trabajan por un salario. En la fase actual, ellos estaban completamente de acuerdo en esto, sin que su avenencia llegase a más. Para Lucas, un zelote religioso, la cooperativa de riqueza común se encontraba en el Nuevo Jerusalén, esto es, ese reino de los cielos que "está dentro de ustedes", el reino de la paz y de la buena voluntad. Lucas miraba con cierto rechazo las ideas de su contendiente para el que el socialismo no era sino un primer paso hacia una meta más lejana; una fase previa que debía ser sufrida "con impaciencia". Schliemann, que se definía a sí mismo como "anarquista filosófico", explicó que anarquista es el hombre que cree que el fin de la existencia humana está en el libre desenvolvimiento de toda personalidad individual, al margen de toda restricción y toda ley, salvo aquellas que son consubstanciales

a su existencia. Puesto que la cerilla empleada en encender la lumbre de cualquier hombre es de idéntica calidad, como idéntica debe serlo la hogaza de pan que nutra su estomago, el someter la industria al control del voto mayoritario era una idea perfectamente sancionable por cuanto la disponibilidad de bienes materiales estaba limitada por el hecho de que todos provenían de un mismo y único planeta. Los bienes morales e intelectuales, en cambio, existían en cantidades ilimitadas, y nadie empobrecía a su prójimo por utilizarlos en mayor cuantía que él, por lo cual la expresión del moderno pensamiento proletario estaba en el principio de «comunismo en la producción material y anarquismo en la intelectual». Tan pronto se superase la agonía del nacimiento de esta idea y se restañaran las heridas sociales, se implantaría en el mundo un sencillo sistema en el cual en el haber de todo hombre se anotaría el producto de su labor, contrapesado por el importe de sus compras, que pasarían a la columna del debe; y, a partir de ese instante, los procesos del intercambio productivo y del consumo se desarrollarían de forma automática y sin que siquiera fuéramos conscientes de ello, como no lo somos, por ejemplo, del latir de nuestros corazones. A continuación —explicó entonces Schliemann— la sociedad se disuelve para recomponerse en forma de comunidades, independientes y auto gobernadas, de personas unidas por afinidades mutuas, de lo cual son actualmente ejemplo los clubs, las religiones y los partidos políticos. Después de la revolución, todas las actividades intelectuales, artísticas y espirituales de los hombres serían atendidas por "asociaciones libres" como las que he citado. Los novelistas románticos tendrían el apoyo de los que se deleitan en la literatura sentimental; los pintores impresionistas, el de los que se complacen en el impresionismo, y así, sucesivamente, ocurriría con los predicadores, los científicos, los editores, los actores y los músicos. Si alguien, deseando trabajar, pintar u orar, no encontrase quién le respaldara, podría sostenerse a sí mismo a base de dedicar parte de su tiempo a otro quehacer. Tal es, en efecto, el sistema que se ha venido practicando hasta el presente, con la diferencia de que la existencia de una competición

salarial obliga al hombre a vender, para subsistir, la totalidad de su tiempo libre, mientras que, con la abolición de los privilegios y la explotación, cualquiera podría atender a sus necesidades con sólo trabajar una hora al día. Otra de las características del sistema actual es que, en lo que se refiere, por ejemplo, a un artista, su creatividad se ve limitada por la calidad de su público, degradado y vulgarizado en cualquier caso por el esfuerzo que ha tenido que dedicar a su lucha por la subsistencia; de lo cual resulta que no podamos siquiera formarnos un concepto aproximado del nivel que las actividades intelectuales y artísticas alcanzarían a partir del momento en que la humanidad se viera libre de la pesadilla de la competencia.

En ese punto, quiso el editor Maynard saber sobre qué base apoyaba el doctor Schliemann el aserto de que una sociedad podría funcionar a cambio de tan solamente una hora diaria del trabajo de sus miembros.

—Nada podemos saber —respondió Schliemann— cuál sería exactamente la capacidad productiva de la sociedad, de aplicarse los recursos con que la ciencia cuenta en la actualidad; pero podemos tener la certeza de que esa producción excedería cuanto puedan estimar razonable los cerebros habituados a las feroces barbaridades del capitalismo. Tras el triunfo del proletariado internacional, la de la guerra sería, por supuesto, una idea inconcebible. ¿Y quién puede estimar lo que las guerras cuestan a la humanidad, no sólo en términos de las vidas humanas y los materiales que destruye ni, tampoco, en los del desembolso que supone mantener ociosos, equipar y armar, tanto para las batallas como para los desfiles, a millones y millones de hombres, sino especialmente por lo que suponen en cuanto a la pérdida de energías vitales que acarrean a la sociedad los estados de guerra, con todo el terror, la brutalidad, la ignorancia, la ebriedad, la prostitución y los delitos que comportan y fomentan; ello por no mencionar la crisis productiva y la muerte moral que son sus secuelas? ¿Cree usted excesivo afirmar que cuando menos dos de las horas de la jornada laboral de cualquier miembro hábil de la sociedad actual van a nutrir el sangriento espectro de la guerra?

Dicho esto, Schliemann pasó a perfilar algunos de los despilfarros que engendraba el sistema de la competencia: el mantenimiento de una industria bélica; un incesante estado de fricción e inquietud de las comunidades; la aparición de vicios como el de la bebida, cuyo consumo se había duplicado, o poco menos, en el transcurso de veinte años como consecuencia del recrudecimiento de la lucha económica; la aparición de miembros ociosos o improductivos en el seno de las comunidades, como lo son los ricos con su frivolidad y los pobres con su penuria; el mantenimiento de la ley y de toda la maquinaria represiva; los dispendios de la ostentación social, cual sea el trabajo de los sombrereros, los sastres, los peluqueros, los profesores de danza, los chefs y los lacayos.

—¿Se da usted cuenta —agregó entonces— de que en una sociedad gobernada por el fenómeno de la competencia comercial el dinero se convierte en inevitable prueba de aptitud, y el grado en que aquél se gaste es el canon por el que se determina el poder? Y, de esta manera, nos encontramos con una sociedad que, en el momento actual, emplea algo así como el treinta por ciento de su población en producir artículos superfluos, que un ulterior uno por ciento se dedica a destruir. Y no para ahí la cosa; pues nos encontramos, también, con que los servidores y agentes de los parásitos participan, a su vez, de esa condición, de modo que sombrereros, joyeros y lacayos gravitan, también, sobre los individuos útiles de la comunidad, que deben mantenerlos. Pero no vaya usted a creer que esta enfermedad monstruosa afecta únicamente a los holgazanes y sus intermediarios; su veneno infesta, por el contrario, todo el organismo social. Por debajo de las cien mil mujeres que componen la elite se encuentra un millón de otras, de clase media, que sufren por no pertenecer a aquel medio y en público se esfuerzan por pretender lo contrario; y, por debajo de estas, hay cinco millones de esposas de granjeros que leen revistas «de modas» y se aderezan sombreritos; y de empleadas de almacén y domésticas que se prostituyen por conseguir joyas lamentables e imitaciones de piel de foca. Y a esa competencia en la ostentación añada usted otra, la de las

ventas, que resulta la mejor manera de añadir leña al fuego. ¡Manufacturas enteras dedicadas a la confección de decenas de millares de baratijas que los almacenes exhiben en sus aparadores y diarios y revistas anuncian profusamente en sus páginas!

—Sin olvidar —apuntó el joven Fisher— los despilfarros que resultan del fraude...

—Cuando uno tropieza con la ultramoderna profesión de la publicidad —respondió Schliemann—, que es la ciencia de convencer a la gente de comprar lo que no necesita, ha dado uno con el mismo osario de la capacidad destructora capitalista, y ya no sabe cuál de la docena de horrores expuestos a sus ojos merece ser mencionado en primer lugar. De todas formas, consideren ustedes el derroche de tiempo y energías que representa fabricar diez mil variedades de un mismo artículo destinado a la ostentación y el esnobismo, ¡cuando una sola de ellas cumpliría sobradamente el propósito! Consideren el derroche que supone la producción de artículos de baja calidad, de géneros destinados a engañar a los ignorantes; el dispendio que engendra toda adulteración: las ropas de mezcla, las mantas de algodón, las viviendas baratas, los salvavidas de corcho aglomerado, la leche manipulada, el agua de soda a base de anilina, las salchichas de harina de patata...

—Y consideren también —intervino el ex predicador— las implicaciones morales de todo ello...

—Ni más ni menos —aprobó Schliemann—; la infame bribonería y la despiadada crueldad que engendra la adulteración: los amaños, los embustes, los sobornos, las bravatas y las chulerías, el egoísmo delirante, el apresuramiento y la inquietud. La adulteración y la imitación constituyen, por supuesto, la misma base de la competencia, y no son sino un nuevo ejemplo de la máxima: "comprar en el mercado más barato y vender en el más caro". Un funcionario del gobierno ha declarado que la adulteración de alimentos le cuesta al país una pérdida anual de mil doscientos cincuenta millones de dólares; con lo cual, naturalmente, se refiere no sólo al desperdicio de substancias que hubieran podido ser provechosas sin

alcanzar el estómago humano, sino también al empleo innecesario de recursos y personal médicos para tratar a gente que en otras circunstancias no los hubieran necesitado, y a la pérdida de infinidad de vidas humanas diez o veinte años antes de lo justo. Y, a continuación, imaginen el desperdicio adicional de tiempo y energías que supone tener que vender todos estos artículos en una docena de distintos establecimientos, cuando con uno solo hubiera bastado. Háganse una idea de las infinitas manipulaciones, cuentas, planificaciones, balances y, en definitiva, angustias generadas por ese proceso. Consideren la magnitud de los mecanismos legales que esa misma actividad requiere; las bibliotecas de abultados textos, los tribunales y jurados aplicados a interpretarlos, los abogados consagrados a encontrar formas de burlarlos, y todas las artimañas y trapacerías, los odios y los embustes anejos a ello. Estimen el derroche que supone la fabricación ciega y casual de bienes de consumo: las clausuras de fábricas, el paro obrero, la caducidad de las mercancías almacenadas. Consideren las maniobras de los agentes de bolsa, que realizan industrias enteras y estimulan artificialmente el trabajo de otras, todo ello con fines especulativos; el hundimiento de valores y las quiebras bancarias, las crisis y los pánicos, la ruina de las ciudades y el hambre de sus poblaciones. Piensen en las energías dilapidadas en la búsqueda de mercados, y en las ocupaciones innecesarias, como la de viajante de comercio, procurador, colocador de anuncios o agente de publicidad. Figúrense el coste que supone sobrecargar las ciudades de población por causa de la competencia y como resultado del precio especulativo del transporte. Piensen en la proliferación de suburbios miserables, en el envenenamiento del aire, en las enfermedades y en el desperdicio de energías vitales que todo ello conlleva. Consideren los edificios dedicados a oficinas, con nuevo derroche de tiempo material, sin contar con las obras de cimentación. Vuelvan, luego, los ojos hacia toda la industria del seguro, con la ingente cantidad de trabajo administrativo que absorbe y entraña, y el gigantesco dispendio...

—No alcanzo a entender eso —le interrumpió el editor.

—El socialismo, como sistema de riqueza común cooperativa, es por sí mismo una compañía de seguros y una caja de ahorros, ello de una manera universal y automática. Siendo el capital propiedad de todos, los daños que cada uno sufra los asume y enfrenta toda la comunidad. La función bancaria la cumple el sistema universal y gubernamental de cuentas de crédito, donde existe para cada individuo una, en la que se asientan las partidas correspondientes a sus ingresos y gastos. Existe, igualmente, un boletín gubernamental universal, en el que aparecen relacionados y descritos con plena exactitud todos los artículos que la cooperativa tiene dispuestos para la venta. De esta nadie se beneficia; cesa el estímulo al consumo innecesario y, también, la falsificación de productos; se suprimen el fraude, las adulteraciones, las imitaciones, y, con ello, el cohecho y la corrupción.

—¿Y cómo se determina el precio de un artículo?

—El precio, que es el del trabajo que ha costado producirlo y hacerlo llegar a su destinatario, se determina conforme a los principios básicos de la aritmética. Si el millón de obreros que trabajan en los trigales del país han trabajado un centenar de días cada uno para producir mil millones de *bushels*, eso significa que el precio del *bushel* será la décima parte de una jornada de trabajo en la granja. Si, por emplear un símbolo convencional, decimos que ese trabajo se retribuye a razón de cinco dólares diarios, el precio del *bushel* de trigo queda establecido, por tanto, en cinco centavos de dólar.

—Habla usted de "trabajo de granja" —observó el señor Maynard. ¿Es que no se retribuye por igual toda la labor?

—Por supuesto que no, ya que existen tareas fáciles y tareas arduas. De otro modo nos encontraríamos con millones de carteros rurales y nadie que quisiera trabajar en una mina de carbón. Aunque, por supuesto, el ajuste puede venir de reglamentar el número de horas de trabajo dejando los salarios como factor común. Y uno u otro término tendrán que ser alterados continuamente según sea mayor o menor el número de obreros que una determinada industria requiera. Es decir, exactamente el mismo sistema que se observa

en la actualidad, con la excepción de que ahora la transmisión de obreros de una a otra actividad se realiza sin orden ni concierto, a base de rumores y anuncios, en lugar de proceder de forma instantánea y razonada, de acuerdo con los datos de un boletín universal y gubernamental.

—¿Y qué me dice de esas ocupaciones en que el tiempo empleado resulta un factor difícil de determinar? ¿Cuál es el coste laboral de un libro?

—Obviamente, el del papel, la impresión y el tiempo empleados en confeccionarlo. Seguramente una quinta parte de su precio actual.

—¿Y en cuanto al trabajo del autor?

—Con anterioridad he dicho que el Estado no podría controlar la producción intelectual. A la afirmación estatal de que la redacción de un libro había costado un año, el autor podría oponerse diciendo que el plazo había sido de treinta. Goethe dijo que cada uno de sus *bon mots* había costado una bolsa de oro. Lo que esbozo no es sino un sistema nacional, o, mejor dicho, internacional, para atender a las necesidades materiales de los hombres. En cuanto a las necesidades intelectuales, que también existen, es misión de cada hombre satisfacerlas a su gusto y acomodo, para lo cual habrá de realizar una mayor cantidad de trabajo que, a su vez, le produzca mayores ingresos. Yo habito el mismo planeta que el resto de la sociedad, uso la misma clase de zapatos y duermo en idéntica cama; pero difiero por mis pensamientos y me niego a mantener a los pensadores que la mayoría apoya. Deseo que esas cosas queden, como hasta el presente, sometidas a la libre voluntad. Si las gentes desean escuchar a determinado predicador, se asocian para ello, aportan lo que les acomoda, le construyen un templo y mantienen al predicador para poder escucharle, sin que todo ello me cueste nada a mí, que no comparto ese interés, de la misma manera que nada me cuestan las revistas que hoy se publican sobre numismática egipcia, santos católicos, maquinas voladoras y récords deportivos. Por otra parte, si fuera abolida la esclavitud salarial y pudiera yo ganar algún dinero sin necesidad de pagar tributo a un capitalista explotador, existiría

una revista consagrada a la interpretación y divulgación de las doctrinas de Friedrich Nietzsche, el profeta de la evolución, y también a Horace Fletcher, inventor de la noble ciencia de la alimentación higiénica; y también es posible que se publicara algo en favor de la supresión de las faldas largas y en pro de la formación científica de hombres y mujeres y el establecimiento del divorcio por consentimiento mutuo.

El doctor Schliemann hizo una breve pausa.

—Acabo de darles toda una conferencia —dijo— ¡y, sin embargo, apenas he comenzado!

—¿Qué le queda a usted por decir? —preguntó Maynard.

—Hasta aquí he presentado algunos de los derroches que origina el sistema de competición —dijo Schliemann—; pero apenas me he referido a los rasgos económicamente positivos de la cooperación. Suponiendo que sean cinco los componentes de la familia media, resulta que hay quince millones de familias en el país, de las cuales diez millones, por lo menos, viven de forma independiente. Las tareas del hogar corren a cargo ya del ama de casa, ya de una esclava asalariada. Pues bien, poniendo aparte los modernos sistemas que utilizan el aire para la limpieza moderna, y prescindiendo, también, de los beneficios y la economía que supone el cocinar colectivamente, subsiste el problema de lavar los platos. Seguramente no es exagerado afirmar que la limpieza de los platos utilizados por una familia de cinco personas requiere un mínimo de media hora diaria de trabajo; si atribuimos a la jornada laboral una duración media de diez horas, nos encontraremos con que medio millón de personas útiles —en su mayoría mujeres— son empleadas para la limpieza de los platos del país, una tarea, por lo demás, ingrata y desagradable de la que sólo efectos negativos se derivan: anemia, crisis nerviosas, enfados, mal carácter, prostitución, suicido, locura, maridos alcoholizados e hijos malcriados, cuyo costo, naturalmente, corre a cargo de la comunidad. En contraposición con esto, contemplen ustedes el hecho de que en cada una de mis pequeñas comunidades libres existiría una máquina capaz de lavar y secar los platos,

y no "a montón", sino científicamente, es decir, esterilizándolos, todo ello eliminando la ingratitud del trabajo y reduciendo éste a una décima parte del tiempo que actualmente absorbe. Acerca de estas cosas pueden ustedes encontrar información en los libros de la señora Gilman. Pueden, también, referirse a la obra de Kropotkin *Campos, fábricas y talleres*, en la que se describen las nuevas técnicas agrarias descubiertas en el curso de los últimos diez años, las cuales permiten a un agricultor, tras un adecuado tratamiento del suelo, obtener diez, y hasta doce, cosechas en un año, y un rendimiento de doscientas toneladas de verduras de un huerto de menos de un acre de superficie. Atendiendo a métodos semejantes, toda la población de la tierra podría ser alimentada con sólo la superficie de terreno que hoy en día cultivamos en los Estados Unidos. Debido a la ignorancia y la pobreza de nuestra muy diseminada población agraria, es imposible adoptar actualmente tales procedimientos de explotación; ¡pero si se piensa en que quedaría el problema de abastecer de alimentos a nuestra nación, una vez confiado a la sistematización y la racionalización de los científicos! Todos los terrenos pobres o pedregosos serian aislados y dedicados a reservas nacionales de madera donde jugarían nuestros niños, se esparcirían nuestros jóvenes y habitarían nuestros poetas. Para cada producto serían elegidos el clima y el terreno más adecuados. Conocidos con exactitud los requerimientos nutritivos de la comunidad, se destinaría a ellos el número preciso de acres, que serían explotados mediante el empleo de la maquinaria más avanzada y bajo la dirección de expertos peritos agrónomos. Yo me he criado en una granja y conozco bien las terribles fatigas que exige su mantenimiento. Por eso me complace imaginar cómo sería todo eso después de que se implantase la revolución. Me gusta imaginar la poderosa máquina de plantar papas, tirada por cuatro caballos o un motor eléctrico, mientras avanza roturando los surcos, cortando, depositando y cubriendo de tierra los frutos de la siembra, hasta fertilizar diariamente una superficie de diez acres. Me complace imaginar otra gran máquina, la de recolectar esas mismas papas, impulsada, acaso, por electricidad,

recorriendo un campo de mil acres para recoger juntamente tierra y papas y depositar las últimas en sacos. ¡Y ver tratados de igual manera otras clases de frutos y legumbres: manzanas y naranjas recolectadas mecánicamente! ¡Ordeñar las vacas con electricidad! Cosas que, como tal vez no ignoren, se realizan ya hoy en día... Me deleito imaginando los campos cosecheros del futuro: hombres y mujeres acudiendo a ellos por centenares de miles, felices y contentos ante la perspectiva de una vacación estival a la que han llegado en trenes especiales y en el número que se necesita. Y, en contraste con todo ello, acude a mi mente el agónico sistema contemporáneo de explotación agraria independiente: un hombre embrutecido, desastrado e ignorante, que comparte su suerte con un siervo pálido, encorvado, demudado, de ojos tristes, ambos trabajando como mulas desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche siguiente, y que son secundados por su prole tan pronto los más pequeños aprenden a caminar, todos empeñados en escarbar la tierra con sus primitivos aperos, todos privados de cualquier forma de conocimiento, de toda esperanza, de todos los beneficios y hallazgos de la ciencia, de todos los gozos del espíritu; uncidos, eso sí, a una estéril existencia de competición y fatiga, y jactanciosos de su libertad por el mero hecho de que están demasiado ciegos para advertir sus cadenas.

El doctor Schliemann guardó un instante de silencio.

—Y a este porvenir de ilimitados recursos de nutrición —añadió al cabo— unan ustedes el último descubrimiento de los fisiólogos, según el cual la mayoría de las afecciones que aquejan el organismo humano proceden de un exceso de alimentación. Y no sólo eso; también el Dr. Chittenden ha demostrado que la carne es un elemento dietéticamente superfluo, siendo evidente que su producción es más trabajosa que la de los alimentos vegetales, amén de menos grata de preparar y manipular y, además, más propensa a las infecciones. Pero ¿qué importa eso —añadió sardónicamente— si es mayor la satisfacción que procura al paladar?

—¿Qué haría el socialismo para cambiar esas cosas? —indagó la universitaria en su primera intervención de la velada.

—En tanto persista la esclavitud asalariada —respondió el doctor Schliemann—, siempre, por más degradante y repulsiva que sea una labor, se encontrará alguien dispuesto a realizarla. Pero la retribución concedida a ese tipo de tareas se verá incrementada tan pronto el trabajo sea libre. Poco a poco las viejas, destartaladas y malsanas factorías se irán viniendo abajo por el simple hecho de que resultará más económico construir otras nuevas. De la misma manera los vapores dispondrán de sistemas automáticos para la alimentación de sus calderas, y los trabajos peligrosos serán desprovistos de sus riesgos, o bien se hallarán sustitutos para los productos que se obtienen de ellos. De idéntica manera, y conforme los miembros de nuestra sociedad industrial vayan refinando sus gustos, el coste de los productos de matadero se verá incrementado año a año, hasta que, por último, los que deseen comer carne se verán obligados a sacrificar ellos mismos la res; ¿y cuánto tiempo creen ustedes que sobreviviría ese hábito en tales condiciones? Luego, y por regresar al tiempo venidero, una de las inevitables compañías del capitalismo democrático es la corrupción política; y una de las consecuencias de la administración civil por parte de políticos viciosos e ignorantes es que la mitad de nuestra población perece víctima de enfermedades susceptibles de prevención: por ejemplo el tifus, que es plenamente previsible, y que mata treinta y tres de cada mil habitantes del planeta año tras año. Los ciudadanos que quieren hacer el bien leen revistas y conjuran el peligro bebiendo agua pura del manantial, pero lo hacen en un vaso que ha sido enjuagado en el agua corriente de su ciudad. Además, está la tuberculosis, una enfermedad que podría ser erradicada en el plazo de una generación, si nos preocupáramos de ella, mediante el aislamiento de los enfermos y la educación del resto de la gente. Sin embargo, permitimos que los enfermos sigan a nuestro lado; que escupan en los tranvías y en las calles, sentenciando así a muerte a uno de cada diez. El rico se jacta de no montar en los tranvías, pero su esposa va a una tienda y compra un vestido que ha sido confeccionado en un taller a destajo: resulta que, en el curso de unas pocas semanas, su hijo muere de fie-

bre escarlata y el cura les dice que Dios lo ha querido así, como evidentemente es. Realmente es una lectura socialista, después de una consideración fría e impersonal de la madre naturaleza: una demostración de la igualdad entre los seres humanos hecha a alguien que la ridiculizaba y la negaba. En el momento actual, la mayoría de los seres humanos no lo son; son máquinas que se ocupan de generarles riqueza a otros. Hacinados en viviendas inmundas, sometidos al azote de la miseria, sus condiciones vitales crean más enfermedades de las que podrían remediar todos los médicos del mundo juntos, lo cual, claro está, los convierte en permanentes focos de infección de la vida de cada uno de nosotros y hace imposible la felicidad aun para los más egoístas. Por esa razón me atrevería a sostener seriamente que, una vez los desheredados de la tierra hayan adquirido el derecho a una existencia humana, todos los futuros descubrimientos médicos y quirúrgicos de la ciencia no podrán compararse a la aplicación de los conocimientos que ya poseemos.

Tras estas últimas palabras, el doctor Schliemann guardó silencio.

Reparando en la atención con que escuchaba la hermosa joven que estaba sentada junto a la mesa de centro, Jurgis reconoció en su actitud algo de lo que caracterizara su propia reacción el día de su primer encuentro con el socialismo. ¡Cuánto le hubiera gustado hablarle, sabiendo con certeza que ella le habría comprendido! Más tarde, y cuando ya se disolvía la reunión, oyó que, dirigiéndose a ella, la señora Fisher decía en voz baja:

—Después de esto, ¿volverá el señor Maynard a escribir las mismas cosas acerca del socialismo? A lo cual ella respondió:

—Lo ignoro; pero, si lo hiciera, sabríamos que es un mentiroso.

Era el día de las elecciones, el mismo en que, concluida la larga campaña preparatoria, la nación entera daba la impresión de paralizarse y contener el aliento a la espera de los resultados finales. Jurgis había salido con una fianza de mil dólares que había depositado su jefe. Ambos, junto al resto del personal del Hotel Hinds,

estaban ansiosos de correr hacia la gran sala que había alquilado el Partido para la velada de aquella noche, de modo que apenas terminaron la cena.

Aun así, ya había gente en el local cuando llegaron y el equipo telegráfico instalado en el escenario comenzaba a suministrar los primeros datos. Los cómputos provisionales daban un total de cuatrocientos treinta mil votos a los socialistas, lo cual significaba un incremento de casi el trescientos cincuenta por ciento en cuatro años, cifra verdaderamente alentadora. Pero, como ésta había sido ajustada a tenor de los primeros escrutinios obtenidos de los locales del Partido, y los primeros en recibirse no eran los más cuantiosos, sino los que representaban progresos más espectaculares, ninguno de los reunidos aquella noche en la sala dudaba de que el recuento final alcanzara los seiscientos, setecientos o, incluso, ochocientos mil votos.

Entre los avances espectaculares se encontraba el de Chicago y su Estado, donde los votos socialistas de la ciudad habían sumado 47 mil frente a los 6,700 del año 1900. Lo mismo cabía decir de Illinois, con un total de 69 mil votos frente a los 9,600 de entonces. Con todo ello, y a medida que la gente se iba aglomerando en la sala, la velada adquiría un aspecto digno de verse. Conforme se iban leyendo los sucesivos informes, la muchedumbre prorrumpiría en vítores ensordecedores. A eso sucedería un discurso improvisado por alguno de los asistentes y, al discurso, nueva algarabía, tras la cual, restaurado el silencio, se procedería a la lectura de los informes recibidos entretanto. Las secretarias socialistas de los estados vecinos enviarían mensajes relativos a sus logros. En Indiana, de 2,300 los votos, habían pasado a doce mil; en Wisconsin, de siete mil a 28 mil; en Ohio, de 4,800 a 3 mil. Luego llegaron los escrutinios de los estados del Oeste, en donde el movimiento socialista tenía más fuerza, debido a que la población era casi enteramente autóctona. Washington había pasado de dos mil a diez mil; Óregon de mil 500 a 7,600; California de 7,600 a treinta mil. En la sede nacional del partido se recibían entusiasmados telegramas de personas de pequeñas localidades donde en el transcurso de un solo año se habían obte-

nido incrementos espectaculares. En Benedict, Kansas, los 26 votos iniciales de la población se habían convertido en 260; en Henderson, Kentucky, se había pasado de 19 a 111; en Holland, Michigan, de 14 a 208; en Cleo, Oklahoma, de 0 a 104; en Martin's Ferry, Ohio, de 0 a 296. Y así sucesivamente en multitud de otras poblaciones. Había centenares y centenares de ellas, cuyos comunicados aparecían por docenas en cada nuevo despacho de telegramas. Despachos que eran leídos al público por veteranos de la campaña; hombres que, habiendo recorrido aquellas localidades para captar y promover votos, estaban en condiciones de comentar los escrutinios:

—¡Quincy, Illinois, el lugar donde el alcalde detuvo a un orador socialista, se pasa de 189 a 831 votos! ¡Crawford County, Kansas, sede de la *Llamada a la Razón*, sitúa en 1,975 los 285 votos iniciales! ¡Battle Creek, Michigan, donde se instauró el Movimiento de Alianza Ciudadana, pasa, y ahí tienen sus fundadores la respuesta, de 4,261 a 10,184 votos!

Luego empezaron a conocerse los escrutinios oficiales de los distintos distritos del propio Chicago. Los incrementos no parecían obedecer en lo más mínimo al hecho de que un determinado distrito fuera de tipo fabril o de clase alta. Lo que sí sorprendió a los dirigentes del partido fueron las cifras devastadoras que se recibían del sector de los mataderos. Packingtown, que comprendía tres distritos de Chicago, había arrojado quinientos votos en la primavera de 1903 contra los mil seiscientos del otoño de ese mismo año. Ahora, tan sólo un año más tarde, se obtenían seis mil seiscientos votos contra los menguados ocho mil ochocientos del poderoso Partido Demócrata. Y, en otros distritos, los socialistas habían derrotado claramente a los demócratas, consiguiendo, dos de ellos, promover sendos representantes a la legislatura del Estado. Chicago se situaba, con ello, a la cabeza del país y proporcionaba un nuevo estandarte al Partido. ¡Chicago enseñaba a los obreros cuál era el camino a seguir! Lo que era incluso más importante, el volumen de votos le permitía al partido celebrar sus primarias: los miembros que llegaran a la administración recibirían un sueldo de la ciudad que redun-

daría en las finanzas del Partido, de modo que la ciudad de Chicago iba a colaborar en su campaña electoral con cinco mil dólares al año.

Ésas fueron las palabras del orador que había ocupado el escenario y en cuya figura se concentraron las miradas de dos mil espectadores, dos mil voces que vitoreaban a coro cada una de sus declaraciones. El que les dirigía la palabra había sido director de la oficina de asistencia pública de los mataderos, hasta que el espectáculo de tanta miseria y corrupción acabaron por vencerle. Hombre joven, apasionado y de ávido aspecto, cuando saludaba a la multitud con los brazos alzados, Jurgis creyó ver en él el propio espíritu de la revolución.

—¡Organicémonos, organicémonos, organicémonos! —fueron sus primeras palabras antes de explicar que estaba asustado de la imponente magnitud de aquellos votos que el Partido no esperaba. ¡La gente que se los ha concedido —exclamó entonces— no es socialista! ¡No saben ni qué es el socialismo! Ha votado en señal de protesta, no había otra salida. Ahora quiere aprender, si ustedes están dispuestos a enseñarle. Estas elecciones pasarán y, conforme se vaya disipando su entusiasmo, todo será olvidado. Y, si ustedes hacen lo mismo, si olvidan, si dejan de remar y se reclinan a descansar, no sólo perderemos la victoria que hemos cosechado, sino que nuestros enemigos se mofarán de nosotros a carcajadas. El éxito final está en manos de ustedes y depende de su resolución; la resolución de aprovechar este momento de victoria para salir al encuentro de esos hombres que han votado por ustedes, para atraerlos a nuestras reuniones, organizarlos y aliarlos con nosotros. No todas las campañas venideras nos serán tan propicias como la presente. Esta noche, en todo el país, los políticos de los viejos partidos están estudiando estos resultados para acomodar a ellos su futura ofensiva. Y en ninguna parte será su actuación más rápida o más astuta que en nuestra propia ciudad. Los cincuenta mil votos socialistas de Chicago significan que la próxima primavera el municipio será gobernado por los demócratas, y éstos aprovecharán una vez más su mandato para engañar al electorado y poner nuevamente en funcionamiento

y al frente del poder toda su maquinaria de corrupción y saqueo. Pero, independientemente de las medidas que tomen cuando ocupen el mando, hay una sola cosa que con toda seguridad no harán: cumplir con la función para la cual fueron elegidos. Los demócratas no concederán a los habitantes de esta ciudad la facultad de regir su municipio. No tienen la intención de hacerlo y no lo intentarán siquiera. Lo que sí harán es proporcionar a nuestro partido la mayor oportunidad que haya conocido nunca el socialismo en América. La oportunidad de desenmascarar y poner en evidencia a los impostores que se dicen reformistas. ¡La oportunidad de no dejar a los demócratas que se dicen de izquierda un solo embuste con que cubrir sus vergüenzas! Y, a partir de ese momento, se iniciará una corriente imposible de contener; una marea que no dejará de avanzar hasta haber alcanzado su plenitud y, con ella, el más arrollador, el más poderoso de los fenómenos: ¡la unión de la ultrajada clase obrera de Chicago bajo la bandera de la revolución! ¡Y nosotros la organizaremos, la adiestraremos y la conduciremos hacia la victoria! Juntos aplastaremos a la oposición, la arrojaremos de nuestro camino y, entonces... ¡Chicago será nuestra! ¡Chicago será nuestra!

¡CHlCAGO SERÁ NUESTRA!

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. Para Leer en Libertad. Antología literaria.
2. El cura Hidalgo, de Paco Ignacio Taibo II.
3. Jesús María Rangel y el magonismo armado, de José C. Valadés.
4. Se llamaba Emiliano, de Juan Hernández Luna.
5. Las Leyes de Reforma, de Pedro Salmerón.
6. San Ecatepec de los obreros, de Jorge Belarmino Fernández.
7. La educación francesa se disputa en las calles, de Santiago Flores.
8. Librado Rivera, de Paco Ignacio Taibo II.
9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán, de Armando Bartra.
10. La lucha contra los gringos:1847, de Jorge Belarmino Fernández.
11. Ciudad quebrada, de Humberto Musacchio.
12. Testimonios del 68. Antología literaria.
13. De los cuates pa' la raza. Antología literaria.
14. Pancho Villa en Torreón, de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. Villa y Zapata, de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo, de Fritz Glockner.

17. La oveja negra, de Armando Bartra.

18. El principio, de Francisco Pérez Arce.

19. Hijos del águila, de Gerardo de la Torre.

20. Morelos. El machete de la Nación, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.

21. No hay virtud en el servilismo, de Juan Hernández Luna.

22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español, de Paco Ignacio Taibo I.

23. Con el puño en alto, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.

23. El viento me pertenece un poco (poemario), de Enrique González Rojo.

24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial, de Luis Hernández Navarro.

25. Las dos muertes de Juan Escudero, de Paco Ignacio Taibo II.

26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía. Varios autores.

27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México. Antología literaria.

28. De los cuates pa' la raza 2. Antología literaria.

29. El exilio rojo. Antología literaria.

30. Siembra de concreto, cosecha de ira, de Luis Hernández Navarro.

31. El Retorno, de Roberto Rico Ramírez.

32. Irapuato mi amor, de Paco Ignacio Taibo II.

33. López Obrador: los comienzos, de Paco Ignacio Taibo II.

34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto, de Emilio Carballido.

35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero.Tres grandes luchas de los años 20, de Mario Gill.

36. ¿Por qué votar por AMLO?, de Guillermo Zamora.

37. El desafuero: la gran ignominia, de Héctor Díaz Polanco.

38. Las muertes de Aurora, de Gerardo de la Torre.

39. Si Villa viviera con López anduviera, de Paco Ignacio Taibo II.

40. Emiliano y Pancho, de Pedro Salmerón.

41. La chispa, de Pedro Moctezuma.

42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc. Antología literaria.

43. El bardo y el bandolero, de Jacinto Barrera Bassols.

44. Historia de una huelga, de Francisco Pérez Arce.

45. Hablar en tiempos oscuros, de Bertold Brecht.

46. Fraude 2012. Antología varios autores.

47. Inquilinos del DF, de Paco Ignacio Taibo II**.**

48. Folleto contra la Reforma Laboral, de Jorge Fernández Souza.

49. México indómito, de Fabrizio Mejía Madrid**.**

50. 68: Gesta, fiesta y protesta, de Humberto Musacchio.

51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antolgía de poesía para resistentes. Varios autores.

52. 1968. El mayo de la revolución, de Armando Bartra.

53. 3 años leyendo en libertad. Antología literaria.

54. El viejo y el horno, de Eduardo Heras León.

55. El mundo en los ojos de un ciego, de Paco Ignacio Taibo II.

56. Más libros, más libres, de Huidobro **(no descargable).**

57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial), de Luis Hérnandez Navarro.

59. Sin novedad en el frente, de Eric Maria Remarque.

60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida, de Jorge Belarmino Fernández.

61. Los brazos de Morelos, de Francisco González.

62. La revolución de los pintos, de Jorge Belarmino Fernández.

63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas, de Guillermo Cabrera Álvarez.

64. En recuerdo de Nezahualcóyotl, de Marco Antonio Campos.

65. Piedras rodantes, de Jorge F. Hernández.

66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX), de José C. Valadés.
67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano, de Martí Batres.
68. Rebeliones, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013. Antología literaria.
70. Un transporte de aventuras. **El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
71. Padrecito Stalin no vuelvas. Antología.
72. En un descuido de lo imposible, Enrique González Rojo.
73. Tierra Negra. Cómic (no descargable)
74. Memorias Chilenas 1973, de Marc Cooper.
75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado. Antología de relatos sobre el narcotráfico.
76. Lázaro Cárdenas: el poder moral, de José C. Valadés.
77. Canek, de Ermilo Abreu.
78. La línea dura, de Gerardo de la Torre.
79. San Isidro futbol, de Pino Cacucci.
80. Niña Mar, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
81. Otras historias. Antología.
82. Tierra de Coyote. Antología.
83. El muro y el machete, de Paco Ignacio Taibo II.
84. Antología Neza, de varios autores.

85. Cien preguntas sobre la Revolución Méxicana, de Pedro Salmerón.
86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX, de Paco Ignacio Taibo II.
87. Topolobampo, de José C. Valadés.
89. De golpe. Antología.
90. Sobre la luz. Poesía militante, de Óscar de Pablo.
91. Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas, de Luis Hernández Navarro.
92. Teresa Urrea. La Santa de Cabora de Mario Gill.
93. Memorias de Zapatilla, de Guillermo Prieto.
94. Práxedis Guerrero y la otra Revolución posible, de Jesús Vargas Valdés.
95.La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza, de Patricia Galeana.
96. Espartaco, de Howard Fast.
97. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1)**. Antología literaria.
98. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2). Antología literaria.
99.Los hombres de Panfílov, de Alejandro Bek.
100. Diez días que conmovieron al mundo, de John Reed.
101. Vietham heroica, varios autores.
102. Operación masacre, de Rodolfo Walsh (no descargable).

103.Cananea, de Arturo Cano.
104. Guerrero bronco, de Armando Bartra
105.Misterios de seis a doce, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
106. La descendencia del mayor Julio Novoa, de Gerardo de la Torre.
107. Otras miradas, varios autores.
108. Relatos de impunidad, de Lorena Amkie.
109. No sabe a mermelada, de Carlos Ímaz.
110. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965, de Ricardo Pozas Horcasitas.
111. Ciudad Cenzontle, de José Alfonso Suárez del Real.
112. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México, varios autores.
113. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo, de los Hermanos Cerezo.
114. El pueblo es inmortal, de Vassili Grossman.
115. Dos historias, de Horacio Altuna (no descargable)
116. Tierra negra 2. Cómic (no descargable)
117. El estilo Holtz, de Paco Ignacio Taibo II.
118. Julio César Mondragón, varios autores.
119. Abrapalabra, de Luis Britto.
120. Los 43 de Ayotzinapa, de Federico Mastrogiovanni.
121. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica, de Armando Bartra.

122. Asesinato en la Cuesta de los millonarios, de Gisbert Haefs.
123. Terraza Marlowe, de Bruno Arpaia.
124. Juárez la rebelión interminable, de Pedro Salmerón.
125. La gran marcha, varios autores.
126. Taxco en lucha, de Aarón Álvarez.
127. El capitán sangre fría, de Óscar de Pablo.
128. Norman Bethune, de Eduardo Monteverde.
129. El poeta cautivo, de Alfonso Mateo-Sagasta.
130. El hombre de la leica, de Fermín Goñi.
131. La balada de chicago, de Hans Magnus Enzensberger.
132. DFendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas, de José Alfonso Suárez del Real.
133. Las ratas invaden la escena del cuadrúple crimen, de Javier Sinay.
134. La marca del Zorro, de Sergio Ramírez.
135.¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?
1**36. La novena ola magisterial**, de Luis H. Navarro.
137. Banana gold, de Carleton Beals.
138. Libertad es osadía, de Leonel Manzano.
139. La jungla, de Upton Sinclair.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de AGOSTO del año 2016.

Distribución gratuita.
Queda prohibida su venta.